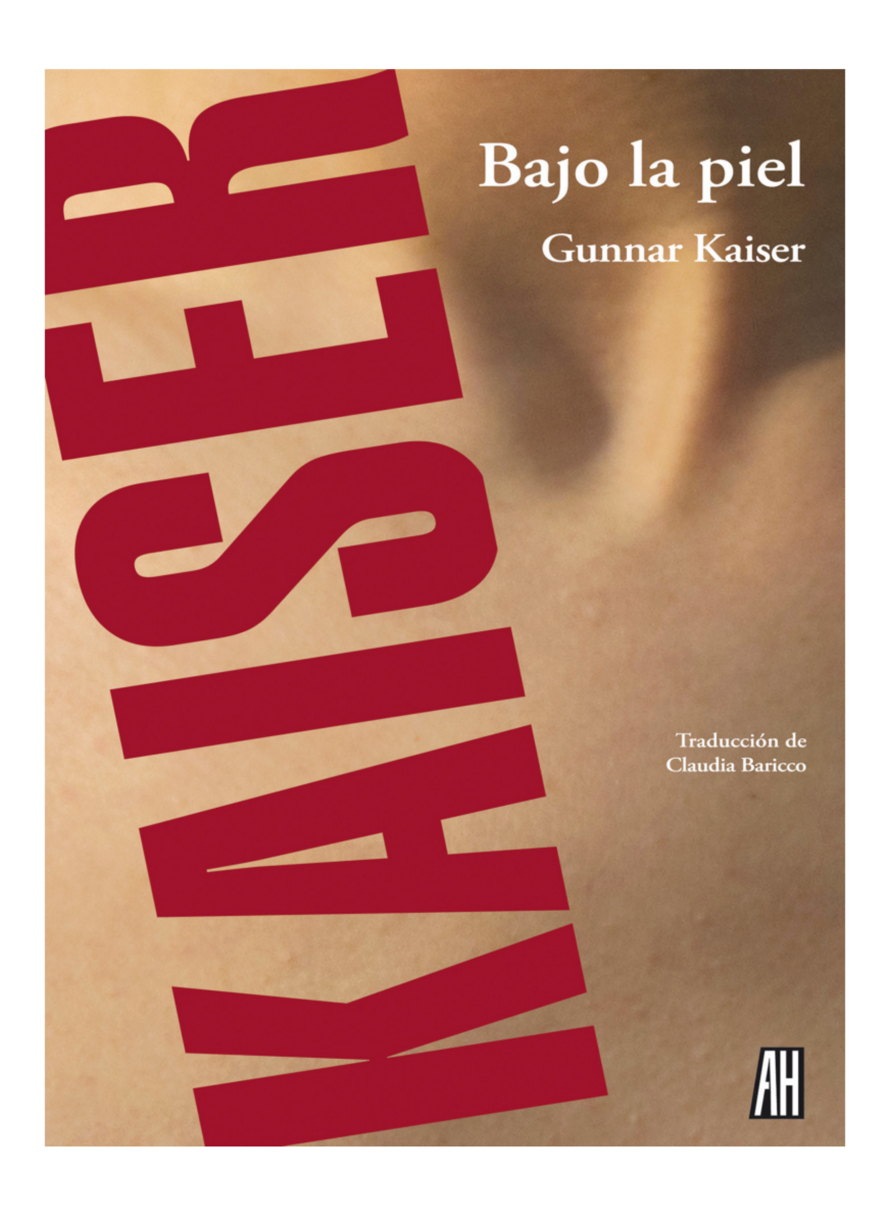

KAISER
Bajo la piel
Gunnar Kaiser
Traducción de
Claudia Baricco
AH

BAJO LA PIEL

GUNNAR KAISER

Traducción de Claudia Baricco



Kaiser, Gunnar
Bajo la piel / Gunnar Kaiser.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2020
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
Traducción de: Claudia Baricco.
ISBN 978-987-8388-08-3

1. Narrativa Alemana. I. Baricco, Claudia, trad. II. Título. CDD 833

narrativas

Título original: *Unter der Haut*
Traducción: Claudia Baricco

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe
Producción: Mariana Lerner

1a edición en Argentina
1a edición en España

www.adrianahidalgo.com

ISBN 978-987-8388-08-3

La traductora agradece el apoyo del Ministerio de Cultura y Ciencia del Estado Federado de Renania del Norte Westfalia y del Colegio Europeo de Traductores de Straelen.

Impreso en Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Para S.

LIBRO UNO

NUEVA YORK, 1969

1

Cuando era joven, buscaba chicas. Mi búsqueda comenzó temprano en la mañana del día en el que cumplí veinte años y terminó bajo las estrellas de la última noche de verano de mi vida. Por entonces y allá de donde vengo, de los jóvenes como yo decían que éramos como los sonámbulos, adictos a la luna, y lo mío era una adicción. Pero mi caso era algo especial.

En la primavera había dejado la casa de mis padres, me había mudado a Manhattan y había comenzado a estudiar. Lo poco que necesitaba lo ganaba haciendo el reparto de carne para los carniceros judíos de Williamsburg y Staten Island. Al menos eso era lo que les decía a mis padres cuando me preguntaban qué hacía, y no era una mentira.

Pero tampoco era la verdad. La verdad era que me la pasaba dando vueltas por la ciudad con la cámara que había heredado de mi hermano, de día por las calles de Brooklyn y de noche por los clubes y los bares al sur de la Houston Street; fotografiaba aquí a los travestis delante de las entradas de los sótanos de la Greenwich Lane, allí las manos de una parejita fumando en una fiesta, más allá la ropa tendida que flameaba entre los tejados. Yo iba andando y mirando. Y buscaba chicas.

Mi trabajo me obligaba a saltar de la cama temprano, al amanecer conducía dos horas recorriendo las carnicerías y antes de las nueve regresaba al local del mayorista con el camión de reparto vacío y un par de billetes en los bolsillos. Luego el día era todo para mí y mi Rolleiflex. Iba andando por las calles y despilfarraba mi vida como si fuera inmortal. Bien pasada la medianoche regresaba sin remordimiento alguno a mi cueva del East River, me desplomaba en la cama y soñaba que sostenía entre los brazos a una de las muchachas que aquel día se habían cruzado en mi camino. Era el año 1969, la Luna estaba en la casa siete, yo tenía veinte años y estaba claro que no dormía lo suficiente.

Ella era la chica definitiva, como se dice. Nadie lo dice, tampoco se decía entonces, pero aquel día para mí ella lo era, y aquel día era lo único que yo tenía. Ella lo era: definitiva, irrevocable y absoluta. Se cruzó en mi camino una mañana a comienzos del verano en la avenida Flatbush detrás del Prospect Park. Había surgido de la oscuridad de una boca del metro e iba andando delante de mí, rizos rubio rojizos, chaqueta de cuero y una falda color malva, una diosa salida de un catálogo de modas. Calculaba que tendría unos tres años más que yo, pero me había dicho a mí mismo que eso no me importaría. Tampoco era ya ninguna niña, sino una mujer madura, más madura que yo. Quizás estaba cursando el último semestre de Historia del Arte, llevaba un libro ilustrado sobre Caravaggio en su mochila y trabajaba en algún café. Pero ella lo era: la chica definitiva, yo lo sabía y la seguí. Aquel día no debía llegar a su fin sin que yo antes hubiera conseguido una foto o un beso suyo. O ambas cosas.

Su camino nos llevó por aquella umbrosa mañana de junio y por medio Brooklyn, pasando por delante de los discípulos del Hare Krishna y de los sin techo de la Estación Atlantic, hasta que finalmente, como si esperara a alguien, se detuvo delante de un *diner*, se arregló los cabellos en el reflejo de la vidriera y entró. Yo conocía el local. Allí había llevado yo los viernes el sobre sellado con mi sueldo; a un local repleto, porque los estibadores de los muelles habían tenido la misma idea y allí se podían comer tacos rellenos por cincuenta centavos de dólar. Pero a aquella hora temprana no había mucho movimiento. En su interior una indolencia complaciente me recibió en medio de flotantes partículas de polvo, sobre las mesas había una luz dorada, y en el aire persistía aún el olor a humo y cerveza de la noche anterior. Un hombre mayor estaba sentado en una esquina con el periódico y bebía té, una pareja negra en el centro tapaba la música con su charla y el sonido de las bolas de billar al entrechocarse, y en la barra Pedro, un joven latino de elegante bigotito, miraba algo aburrido a mi chica definitiva. Ella se había sentado en una pequeña mesa junto a la ventana, había sacado un libro de su mochila y se había puesto a leer bajo la luz matinal que caía sobre el rojo cobrizo de sus cabellos y el blanco marfil de su rostro. Por un momento me quedé como perdido en medio del salón, como fuera de lugar, porque en realidad yo no tenía nada que buscar allí, al menos nada respetable, salvo entablar conversación con una muchacha desconocida, un beso y una noche con ella. Pero el día de mi cumpleaños había hecho un juramento: a partir de ese instante ya no

sería un cobarde. A partir de ese instante no me detendría ante nada. Quería vivir una vida salvaje, salvaje e insaciable.

En ese momento me acordé de aquello y, como aparentemente nadie se había fijado en mí, me armé de valor, me liberé de mi rigidez, apoyé la cámara sobre la mesa al lado de la muchacha y me senté. Desde allí podía observarla y cuando fuera el momento, dirigirle la palabra. Hablarle a una muchacha es como tomar una fotografía, hay que hacerlo en el momento justo. Mientras tanto intenté ver el título de su libro, quizás yo lo había leído o al menos podía hacer como si lo hubiera hecho. Pero en ese mismo momento Pedro apareció delante de ella, tomó su pedido y volvió a deslizarse detrás de la barra sin dignarse a dirigirme siquiera una mirada. Admiré la serenidad que mostraba aun en presencia de aquella diosa. Mientras el cansancio matinal se imponía por sobre el llamado de su naturaleza masculina, yo me fui poniendo cada vez más nervioso a medida que parecía acercarse el momento adecuado y cuanto más pensaba en cómo hacer para hablarle.

La excitación me paralizaba. No podía apartar los ojos de ella, de ese ser irresistible de ojos demasiado radiantes y pestañas demasiado largas; no podía dejar de observarla, su mirada como sumida en sus propios pensamientos, una actriz de una película de Antonioni. Cuando cinco minutos después Pedro le llevó el café, yo aún no me había animado a decirle una palabra. Ahora que lo tenía enfrente, le pedí tartamudeando lo primero que me vino a la mente. En un intento de dar una impresión de *cool* y desenvuelto, a la diez de la mañana pedí con voz ronca una cerveza. No había conseguido leer el título de su libro ni había podido distinguir ningún detalle que me permitiera entablar una conversación casual con ella; una conversación inofensiva, que no despertara sospechas, como las que entablan hombres y mujeres en tantos lugares de esta Tierra. Una conversación por la que uno no fuera ni lapidado ni proscrito públicamente. Jonathan, ¿por qué eres tan cobarde, pese a todos tus juramentos y los buenos propósitos para tu nuevo año?, me pregunté.

Mientras me preguntaba esto, un hombre se había parado delante de su mesa. Debía haberle hablado, porque ella alzó la vista hacia él, sonrió y cerró el libro. Supuse que había estado sentado en algún oscuro rincón, fuera de mi campo visual. Entonces se acercó a sólo unos pasos de la muchacha e intercambió algunas palabras con ella, pero en voz tan baja que no alcancé a comprender nada. Al principio pensé que se conocían, pero pronto tuve que admitir que él era un desconocido como yo. La rapidez con la que ese hombre, un judío espigado de unos

cuarenta y tantos largos y camisa blanca de cuello duro, había establecido una suerte de familiaridad con ella me dejó perplejo, pues ella volvió a sonreír, dijo algo y con un parpadeo dejó que tomara asiento enfrente de ella.

Lo que dijo entonces lo entendí. Lo dijo tan fuerte y claramente que es el día de hoy que no lo he olvidado.

“Aunque viajemos por todo el mundo para encontrar la belleza, no la hallaremos si no la llevamos dentro.”

Lo dijo como en una letanía, por lo que supuse que estaba recitando algún verso de un poema. La muchacha se echó a reír fuertemente, con dos dedos se corrió un mechón de pelo de la frente y luego acarició con la palma el libro que tenía delante.

—¿Lo leyó? —preguntó.

—¿Leerlo? —Él tomó el libro, fue palpando el gastado volumen de tapas de lino, amarillo sol con una cinta señaladora verde, y lo sostuvo sobre las palmas de sus manos como si fuera un pequeño animal que durmiera allí bajo su guarda—. Yo lo escribí.

—¿Entonces usted es Ralph Waldo Emerson? —Ella rio—. Encantada, *Sir*. Pensé que hacía tiempo que había fallecido.

—Se podría decir así —respondió él—. Pero tranquila, llámeme Ralph.

Ella bajó la vista y sonrió mientras *Mr*. Emerson observaba el libro y, repitiendo el mismo gesto de la muchacha, acariciaba delicadamente la tapa con la yema de los dedos. Ahora que él lo sostenía en la mano finalmente alcancé a ver el título.

R.W. Emerson. Naturaleza.

Luego él volvió a hablar. Había algo en su voz que me irritaba, pero no podía decir qué era.

—Es una bella edición la que tiene usted. Algo así no se consigue en cualquier sitio.

Se hizo una pausa en la que mi muchacha bajó la vista. No me quedaba claro qué podía tener el libro que fuera tan valioso; me hubiera gustado observarlo más de cerca para poder participar en la charla, pero tenía que cuidarme de no llamar demasiado la atención mientras los miraba. La pareja negra de la mesa de billar debía haber notado mi curiosidad y seguro que ya estaban cuchicheando sobre mí.

Finalmente ella dijo:

—Un regalo de mi padre.

El hombre acercó el libro a su rostro. Parecía olerlo, inspirar su aroma, con los ojos cerrados, como si entre esas tapas estuvieran ocultos todos los secretos del mundo. Luego fue pasando cuidadosamente la palma de la mano por el lomo, bajó la cabeza y dijo:

—Un libro magnífico.

Oí cómo la chica se deslizaba hacia un lado y otro en su silla como si de pronto algo la hubiera excitado. Yo me había olvidado de toda mi timidez, tenía la vista clavada en ellos como un idiota, y vi cómo la mirada de ella iba de las manos del desconocido a sus ojos.

—Siempre lo llevo conmigo.

La sonrisa había desaparecido de su rostro.

—Yo también tengo una edición en casa —dijo el hombre casi en un susurro, pero a un volumen suficientemente alto como para que yo entendiera. Él parecía responder a la inquietud de ella, querer calmarla con sus palabras—. La primera edición del ensayo. Un suntuoso volumen de Concord que incluso quizás Emerson tuvo alguna vez en sus manos. Ya es un poco antiguo, pero no se le nota. ¿Quieres verlo?

Diciendo estas palabras se levantó, sin devolverle el libro, y ella lo permitió. Por un momento pensé que él se pondría de rodillas y le pediría casamiento, pero no, permaneció erguido y la miró, y al cabo de tres interminables segundos ella también se levantó, tomó su chaqueta y su mochila, siguió a *Mr*. Emerson sin siquiera mirar atrás y se fue del *diner* con él.

¿Yo estaba furioso o entusiasmado? Ya no lo sé, y quizás tampoco lo supe en ese momento. No sólo era que me había robado la chica definitiva con un truco barato sin dignarse a dedicarme siquiera una mirada; no sólo que ella se había involucrado con él con una presteza como si aquella mañana sólo hubiese ido allí con esa intención; no sólo era que él era tan viejo como ella y yo juntos y hubiera podido ser nuestro padre: lo que más me desconcertaba era el hecho de que aquel tal *Mr*. Emerson no había tocado ni un solo momento a mi chica, ni su hombro, ni su espalda, ni su mano, y no obstante ella se había ido con él como llevada por un hilo invisible.

Acabé mi cerveza. La parejita del billar se había quedado muda y estaba allí parada como indecisa, el hombre del periódico dormitaba. Pedro levantó las mesas y se quedó mirándome con una sonrisita mientras yo agarraba la cámara, abría la puerta de un golpe y salía del local.

2

La Nueva York de aquellos días y el joven que llevaba una cámara colgada al cuello y también mi nombre: ninguno de los dos existe más. En mí ya no hay ningún cabello, ninguna célula de la piel que le pertenecieran, y también la ciudad, por cuyas calles él fue andando, hace tanto tiempo que desapareció que ni siquiera las viejas fotos consiguen evocarla. Cuando miro las fotos que me enviaron y que ahora tengo de nuevo delante mío, no encuentro en ellas ningún indicio real de cómo era la vida en aquel entonces. Las veredas, los autos, los ruidosos niños con su soga para saltar, la salida del sol sobre el muelle 1, las calles con los cafés gitanos, los gatos reunidos en los patios traseros al caer la noche, los brazos fláccidos de los hombres mayores en camiseta, los últimos *hippies* del Bridge Park: todo eso que yo alguna vez registré ahora me parece falso y como si fuera una imitación, artificial y afectado, como si junto con el polvo sobre el papel fotográfico se hubiese depositado también una capa de un nostálgico kitsch. También de los detalles del edificio de la Willow Street, delante del cual estuve por primera vez aquel día de junio de 1969, recuerdo otros diferentes a los que me muestra la fotografía. No recuerdo la hiedra de hojas pequeñas que va trepando desde gruesos maceteros de piedra a ambos lados del pórtico y cubre toda la fachada hasta el segundo piso; no recuerdo los nichos de las ventanas con sus vidrios repartidos de seis piezas, tan altos y angostos como troneras y que hacen que el frente parezca una fortaleza; apenas si recuerdo los tres frontones georgianos de ladrillo colorado de los cuales los dos pequeños forman el caballete del tejado, y el grande, sostenido por austeras columnas, se destaca sobre la entrada del edificio. No lo recuerdo.

Y eso, aunque desde el día con el que comienzo estas notas estuve tantas veces delante de su casa como de ninguna otra en mi vida. ¿Cómo puede ser? ¿Las fotos están mal hechas? ¿Me quieren engañar con sus extraños ángulos, con sus manchas de humedad y su pátina

blanco-negruzca? ¿O con los años algo se interpuso a mi recuerdo, la imagen de un sueño, de un modo tan imperceptible que ahora me hace dudar de estos insobornables testigos del pasado? ¿Es en realidad sobre mí sobre el que se depositó una capa de kitsch nostálgico?

Pero yo recuerdo. Recuerdo el silencio que reinaba cuando uno estaba parado ante los cinco escalones que conducían al portal por debajo del voladizo. Es que el edificio era uno de los pocos en ese tramo de la Willow Street que estaba retirado algunos metros de la vereda, de modo que entre los muros de las casas vecinas se formaba como una especie de patio que el visitante debía atravesar antes de poder subir los escalones hasta las alas de ébano de la puerta de entrada. Es el día de hoy que sigo sintiendo el olor que me recibió en la sombra del patio empedrado aquel día y todos los días que siguieron, un aroma a un frescor húmedo, un hálito mohoso que emanaba de los zarcillos de la vieja hiedra y de los húmedos ladrillos ya desde tiempos inmemoriales jamás tocados por la luz del sol. Recuerdo la sensación de frío en mi mano cuando me agarré de la baranda de hierro fundido de la escalera, como queriendo impedir toda retirada; la lisura del pomo del picaporte que yo giré vacilante antes de tomar conciencia finalmente de que a partir de ese instante ya no había marcha atrás.

Esa era la casa a la que el judío del *diner* había llevado raptada a mi chica. Yo los había seguido hasta esa calle, había visto cómo habían doblado internándose en la oscuridad del patio, y a partir de ese punto ya no cabía otra posibilidad que el que hubieran subido juntos la escalera en la que ahora, ni cinco minutos más tarde, me encontraba yo solo y dubitativo.

Después, en Israel, pensé a menudo en esta casa de Brooklyn Heights. Soñé con ella, con su ubicación sobre el acantilado sobre la bahía de Nueva York, con las barandas color ámbar de sus escaleras, con sus techos altos y el hogar de mármol, como si fuera un ser humano que aún tenía una cuenta pendiente conmigo. Volvieron a mí vívidamente sus proporciones, su olor y esa frialdad que me penetraba, y me estremecí sin explicarme si mi estremecimiento sólo se debía al recuerdo de la crispación que aquel verano mis inexpertos nervios debieron de soportar a partir de aquel día de junio, o si me estremecía porque lentamente comenzaba a sospechar. Pero al mismo tiempo me gustaba pensar en ello y estremecerme. En algún momento sentí un ansia de volver a traer a la memoria todo aquello y de sentir el horror ante tal… sí, ¿ante qué? Por qué el recuerdo me volvía a transportar

siempre a ese estado de medrosa avidez es algo sobre lo que durante mucho tiempo no reflexioné en absoluto, y es el día de hoy que, sentado en otra punta totalmente diferente del mundo y sosteniendo en mis manos fotos de una vida olvidada, no me lo puedo explicar. Quizás es porque ni siquiera ahora sé quién era realmente el hombre que vivía allí en el último piso.

Y así es como el recuerdo de la casa y del hombre que la habitaba a veces me parece como si fuera mi primer recuerdo de infancia. Los vidrios ciegos de las ventanas, sin limpiar como los cristales de unas vetustas gafas, las hojas de hiedra y del periódico vespertino del día anterior que crujen sobre el empedrado bajo mis pasos, la luz plomiza que cae indolente sobre el patio. Me veo en la escalera delante de la puerta del edificio, día tras día, con un atado de libros bajo el brazo o una muchacha de la mano; lo veo a él, cómo está sentado arriba en el salón, huelo el humo de los cigarros y el aroma del cuero, oigo su voz susurrándome por centésima vez.

Mi cabeza me juega malas pasadas. Recuerdo que mi hermano me enseñó cómo lanzar una pelota de fútbol americano, yo tenía seis años, pero siento como si hubiera sido muchos años después de haber conocido al tal *Mr*. Emerson. Ya no recuerdo nada del día de mi segunda boda, aunque fue recién hace un par de años y lo pasé como mucho a veinte millas de aquí. Pero sí sé, como si aquel primer día de mi vida consciente hubiese sido ayer, que temblé cuando giré el pomo de la puerta y entré por primera vez a ese vestíbulo cuyo frescor habría de recibir aún tan a menudo al joven visitante.

3

—Tú debes ser Johnny.

Ya no sé qué respondí cuando tuve delante a mi chica definitiva y me llamó por un nombre que no era el mío. Nadie me llamaba Johnny por aquel entonces, mis padres me llamaban Jonathan; cuando las cosas se ponían serias, mi padre lo pronunciaba a la alemana; y mi hermano me decía simplemente “nene”.

—Gretchen. —Ella sonrió y me dio la mano.

Yo no había golpeado, no había hecho siquiera ningún ruido perceptible, sólo me había quedado parado delante de la única puerta que había en el último piso y había respirado. La puerta estaba abierta, entornada, de modo que, como anestesiado y expectante en la oscuridad, pude distinguir una débil franja de luz y escuchar voces. En los dos pisos inferiores había pasado por delante de negras puertas laqueadas, sin letreros, sin nombres, apartamentos sin timbres, sin felpudos. Ninguna señal de vida humana me había recibido allí por lo que mi curiosidad me había impulsado hacia más arriba como a un animal depredador; hasta arriba de todo, donde me quedé quieto, a la escucha, en el último rellano de la escalera.

Habló un hombre, luego una mujer. Una muchacha quizás. *La* muchacha. Se hizo una pausa, yo no me moví. Sentía mi corazón luchando contra mi respiración. Entonces se abrió la puerta y delante de mí la tuve a ella, con sus altos pómulos y sus cobrizos cabellos; sonrió y me hizo pasar.

Estaba tan excitado que no atiné más que a preguntar titubeante:

—¿Nos conocemos?

Pero ella ya iba andando por el largo corredor delante de mí. Vi los libros en las estanterías a la derecha y a la izquierda, las que llegaban hasta el techo, y luego las líneas de su cuerpo. Sus hombros, sus caderas, su trasero. El corredor, estrecho y en sombras y que recién al final se ensanchaba un poco, me dio la sensación de la entrada a una

mina. De golpe me invadieron pensamientos que yo quizás debía haber tenido antes: ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué buscaba? ¿Por qué me esperaban los dos? ¿Me habían oído en la escalera? ¿Se habían dado cuenta de que los había seguido? ¿Acaso ya les había llamado la atención en el *diner*?

Y mientras pensaba esto, me di cuenta de que ya era demasiado tarde para volver atrás y toda pregunta carecía de sentido.

—Tienes que mejorar tu puntualidad si quieres ser un verdadero artista.

Su voz fue lo primero con lo que se dio a conocer. La profunda voz gutural del judío del *diner* venía del centro de la espaciosa habitación a la que me había conducido Gretchen. Un suave resplandor de luz rojiza se coló por las ventanas a través de las pesadas cortinas de fieltro y alcanzó apenas para llegar a distinguir los objetos más voluminosos del cuarto. Era más bien un salón, una enorme sala biblioteca y escritorio con un hogar de mármol rodeado por los tres lados por armarios para libros que llegaban hasta el techo. A la derecha había un caballete con una tela, a la izquierda un piano de roble. Delante de las ventanas, un anticuado escritorio de caoba, un sillón y dos alargados divanes con almohadones; nuestro anfitrión estaba más echado que sentado en el de la izquierda. Aparentemente el apartamento abarcaba toda la planta, probablemente habían unido tres apartamentos para hacer uno.

De nuevo me molestó algo en su voz, como si fuese falsa, como si no fuese su propia voz. Gretchen se sentó en el sillón, con la mochila a sus pies, y sonrió al verme tan perdido. O bien los dos querían burlarse de mí o allí había habido una equivocación que no me correspondía a mí solo aclarar. Entre el lugar donde estaba sentada Gretchen y el diván de la derecha había dos libros sobre una pequeña mesa baja; la cubierta amarillo sol me permitió volver a reconocer la *Naturaleza* de Emerson; el otro, un pesado volumen con encuadernación de cuero, supuse que sería la sensacional edición de 1838, la de Concord, que Emerson mismo había tenido en sus manos y que aquel día me había enseñado que también con libros viejos se podía seducir a mujeres jóvenes.

Hasta ese momento el dueño de casa no se había movido, por lo que al cabo de un par de segundos de silencio me sentí obligado a dar el primer paso. Me acerqué y me disponía a extenderle la mano cuando, con una agilidad que no hubiera esperado en él, saltó del diván, avanzó un paso hacia mí, ante lo cual yo retrocedí, e hizo una inclinación con

las manos unidas delante del pecho. Yo no pude hacer más que responder su saludo. Con las manos unidas me quedé allí parado mientras él se alejaba de Gretchen y de mí e iba hasta la ventana.

—Creo que por hoy bastará con un par de fotos retrato. El cuerpo lo hacemos después.

Permanecimos callados. Yo la miré a Gretchen, a la que casi había olvidado. Qué hermosa era. La oscuridad la envolvía como a una piedra preciosa que capta aún la luz más exigua y la potencia, y con ella ilumina toda una cueva. *Mr*. Emerson había recogido una de las cortinas de tal modo que una rendija de luz diurna cayó sobre las paredes cubiertas de libros y había murmurado algo ininteligible. Entonces se volvió hacia nosotros mientras detrás de él el cortinado volvía a caer delante de la ventana. Hizo un gesto con la cabeza indicando la cámara que yo llevaba colgada al cuello y atravesó la sala hasta una puerta de estilo francés rodeada de armarios de libros.

—A esta hora del día hay mejor luz en el atelier.

Yo comprendí, o mejor dicho: esperé haber comprendido. Con un golpe de puño él había abierto el ala izquierda de la puerta, logré echar un vistazo al enorme cuarto inundado de luz y vacío salvo por una cama que había del otro lado; él abrió también la otra ala de la puerta y se quedó parado bajo su marco. Cuando entonces Gretchen avanzó y pasando por delante de él ingresó a la luz, yo estuve seguro de que se trataba de un error: un error, empero, que yo no debía dejar escapar. Lo que estuviera sucediendo allí y lo que fuese a suceder, a fin de cuentas… me encontraba en una misma casa con mi chica definitiva; ella me había hablado, me había dado su nombre y —aunque no había sido del todo mi propio mérito— me disponía a tomarle fotos. Mi nueva vida comenzaba de un modo sumamente prometedor.

Los resplandecientes rayos de sol que entraban en el atelier me hicieron entornar los párpados. Brillaban sobre la cama blanca como la nieve que había en el centro y se reflejaban en los cuatro pomos de bronce de sus esquinas. Las paredes y el techo, incluso las vigas sobre las ventanas estaban todos pintados de blanco, sólo el piso de madera relucía en un gris hielo. Mientras nuestro anfitrión permanecía en el marco de la puerta, yo entré al austero cuarto y me pregunté qué podía justificar su denominación como “atelier”; me pareció más bien un dormitorio que no se había terminado de acondicionar.

Gretchen se sentó sobre el borde del colchón, con las piernas

cruzadas sobre la manta blanca, se ubicó en el centro del cono de luz, el que parecía que iluminaba todos los edificios y todas las calles de todo Brooklyn, se ubicó en ese resplandor santo, presentó su sonrisa perlada y compitió radiante con el sol. Y ganó.

Yo temí que las veinticuatro fotos que le hice estuvieran sobreexpuestas y también movidas sin arreglo, tal luminosidad irradiaba su belleza, y tanto temblaba yo mientras cumplía con aquel repentino encargo y en silencio *Mr*. Emerson nos miraba desde el dintel de la puerta.

Ella sabía exactamente cómo quería que la fotografiaran, no necesitaba que le dieran indicaciones. No era su primera vez. Ponía su rostro donde estaba la mejor luz, a veces miraba a la cámara, le sonreía o la miraba meditabunda, a veces miraba soñadora por la ventana por debajo de sus largas pestañas, a veces se mordía el labio inferior como plagada de dudas sobre sí misma, luego volvía a separar los labios como si el airecillo calmara un dolor invisible, a veces alzaba el torso, a veces dejaba caer los hombros, a veces se pasaba los dedos por el pelo. Ella sabía cómo hacerlo, sabía lo bella que era y por lo visto también sabía cuándo se acababa una película; pues con el último clic se levantó, se alisó la falda y me agradeció con un beso en la mejilla. La cámara se me escapó de las manos, justo alcancé a rescatarla antes de que golpeara contra el piso. Gretchen se había ido del atelier.

—Si quieres, podemos comenzar mañana con las sesiones.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que él no se había dirigido a mí, sino a ella. Los vi a ambos de pie en la semipenumbra del salón, vi el rostro de ella resplandecer cuando se volvió hacia él y dijo algo. Finalmente unió las manos delante del pecho y se inclinó ante él. Él también unió las palmas e inclinó lentamente la cabeza ante ella.

Luego ella desapareció en la oscuridad, tan rápido como una hora antes había salido del metro detrás del Prospect Park y había ingresado en mi vida.

4

—Una chica inteligente se va antes de que la dejen.

Lentamente comencé a sospechar de dónde venía ese malestar que me provocaban sus palabras. No era lo que decía, y tampoco ese tono negligente, casi lacrimoso, era algo totalmente diferente. Antes de poder reflexionar sobre ello me hizo un gesto para que me acercara. Yo cerré detrás de mí la puerta del atelier y volví al salón donde ahora me encontraba a solas en la oscuridad con el dueño de casa, el que acababa de acompañar a la puerta a Gretchen; la única luz era la de las bombillas que había arriba de los armarios de libros y que iluminaban su colección de por lo visto valiosos volúmenes.

Me miró, nos quedamos callados. Por primera vez registré su figura completa; era alto y delgado y, aunque su cuerpo estaba envuelto en una especie de bata oriental, pude percibir una cierta condición física, sí, buena forma por entrenamiento. Sus movimientos eran elásticos, ligeros, más los de mi hermano mayor que los de un hombre de cincuenta años como había estimado que tenía. Pero cuando fue hasta el atril y bajó la tela de él mientras yo permanecía allí parado con la espalda contra la pared y las manos delante del pecho como un alumno que espera las preguntas del rabí y pude observarlo mejor, me invadió la duda: sus sienes grises, las blancas líneas alrededor de los ojos negros en el rostro exangüe, los tres surcos en la frente, su voz ronca, todo ello contradecía lo ancho de sus hombros, sus pasos al mismo tiempo gráciles y enérgicos y las manos fuertes que sostenían la tela y la volvieron hacia mí de modo que pude ver que estaba vacía.

—Gretchen es una chica inteligente —dijo, y en ese momento me di cuenta de por qué sus palabras me resultaban tan perturbadoras. Él pronunció su nombre, el que oí por primera vez de su boca, no con acento norteamericano, con una oscura y hueca “r” después de la primera letra y un rápido siseo al final, sino como lo hubiera pronunciado mi padre. Como mi padre pronunciaba mi nombre a la

alemana cuando se ponía serio, así dijo también ese hombre el nombre de la muchacha, con acento alemán, del mismo modo en que todas sus frases, recién me di cuenta en ese momento, tenían un ligero acento alemán. Un norteamericano común quizás no lo hubiera notado, pero la severa y ligeramente monótona melodía de sus frases, la “l” de “*girl*” pronunciada un poco demasiado adelante así como las fuertes consonantes al final de algunas palabras: de pronto me recordó tanto la forma de hablar de mis padres, sobre todo de mi padre, que estuve seguro de que Emerson también debía ser de familia alemana, y quizás en los primeros años de su infancia sólo le habían hablado la lengua materna. Quizás incluso había vivido en Alemania.

Pero no dije nada. En lugar de eso contemplé la tela virgen y comencé a tiritar. O bien en la sala había comenzado a hacer notablemente más frío o yo me estremecía porque era consciente de que ya no iba a poder evitar más aclarar la confusión e iba a tener que mostrarme como el *stalker* sonámbulo, adicto a la luna que era. Él debió percibir mi temblor, pues en ese mismo momento apoyó la tela sobre el piano, se frotó las manos y dijo:

—Y también es bonita. Tan bonita que se siente frío en el cuarto cuando se va.

Se quitó la bata y la dejó caer sobre el sillón; debajo llevaba sólo un pantalón de lino, de modo que ahora estaba delante mío con el torso desnudo.

—Una chica tan inteligente como ella, tan bonita como ella y que además lee libros… una chica así no la encuentras todos los días. Debes atacar, muchacho.

Yo me esforzaba por no mirarlo fijo, su pecho con su vello canoso y sus redondos hombros, los largos y fuertes brazos debajo de la piel quebradiza, el torso de un exboxeador, el que ahora cubrió con una camisa blanca. Con un gesto de la cabeza me indicó que lo acompañara, aparentemente quería salir. Delante de una especie de tocador que había en la esquina derecha del salón, tomó de una percha su saco, el mismo que llevaba cuando lo había visto en el *diner*, se lo puso, se alisó los cabellos delante del espejo y tiró luego de los puños de su camisa para luego volverse sonriente hacia mí como preguntándome si podía salir así.

Yo tomé coraje.

—Pero ahora se fue. ¿Me robó la chica sólo para dejarla ir?

—La dejé irse para que pueda volver.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Por qué no? Tiene la chance de que la pinte un tipo como yo. Quizás de que se la tire un tipo como tú, ¿quién sabe? ¿Qué podría haber más tentador en su joven vida? ¿No es el motivo por el que se ponen bonitas todas las mañanas? ¿Por el cual se sientan en un café, dejando que el sol ilumine sus cabellos, y abren sus libros delante de ellas: la esperanza de que un día les hable alguien que ha percibido su verdadero ser?

Fue hasta el escritorio, abrió una cajita alargada y sacó un delgado cigarro, luego otro que me alargó alzando las cejas. Detrás y encima de él distinguí entre las cortinas la lámina enmarcada, una copia de un grabado en cobre que conocía de un libro escolar: el Zeus de Fidias, con su ancho tórax, en su trono. Debajo, él y su sonrisa de niño pícaro. Sacudí la cabeza, más en respuesta a sus palabras que a lo que me ofrecía. Volvió a guardar el segundo cigarro y se puso el suyo en la boca. Hoy ya no sé más si contradije sus palabras sólo por principio, aunque en mi interior pensaba sobre las chicas igual que como él lo había expresado, o si esa visión sobre el ser de la mujer recién cobró forma en mi cabeza más tarde, recién con el transcurso del verano.

—¿No? —preguntó—. ¿Crees que las muchachas sueñan con buenas notas en la escuela y el elogio de la madre cuando por la noche se acuestan solas en sus camas? ¿Crees que su verdadero ser no quiere ser reconocido?

—No tengo ni idea de lo que quiere su —al decir esto curvé dos dedos en el aire— verdadero ser. Pero no creo que sea querer que se las tiren.

Al menos no sólo eso, pensé quizás, pero no lo dije. Él dio una pitada a su cigarro y exhaló lentamente añadiendo al olor de la habitación esa mezcla algo rancia de cuero y humo, una fuerte nota de este último.

—Espero que tus fotos sean mejores que tus conocimientos sobre el ser humano, muchacho.

Yo repliqué sin saber qué decir.

—Yo no estaría tan seguro.

—Confía en mí, regresará. Y además —fue hasta la mesa que estaba junto al sillón donde había estado sentada Gretchen y agarró el volumen amarillo sol— se olvidó algo que pronto echará de menos.

El cielo resplandeciente sobre el puente, las sirenas de los patrulleros

viniendo del *parkway*, las vidrieras de las tiendas con sus persianas levantadas y el gesto hambriento en las colas delante de los *delis* me recordaron que era mediodía en Brooklyn y que se acercaba el verano. El hombre mayor que iba andando mientras fumaba por la Pierrepont Street y que me generaba una sensación para mí casi imposible de definir —como si me aceptara en su vida, como si me quisiera tener de algún modo en ella— me hizo creer que aquel sería el verano más excitante de mi joven vida. Un verano de una energía y una curiosidad desmesuradas. El verano definitivo, en cierto modo.

Fuimos andando uno al lado del otro, él con el sombrero puesto, yo con el rostro de Gretchen veinticuatro veces dentro de la cámara, él envuelto en un suave abrigo color crema, yo, en incredulidad, excitación y esperanza. ¿Debía estarle agradecido o debía estar enojado con él? Evidentemente siempre había ido un paso adelante de mí, ya me había visto en el *diner* de Pedro antes de que me sentara al lado de Gretchen, sólo le había hablado para ganarme una (¿o para darme una lección?), me había probado a mí y a mi cámara, había urdido un plan y lo había llevado a la práctica con una frialdad absoluta.

Fuimos paseando rumbo al sur, por Cobble Hill y luego por debajo de los ya casi marchitos árboles de magnolia del Carroll Park hasta que finalmente entramos a un restaurante al que no era la primera vez que él iba, según pude juzgar por las reacciones de las tres jóvenes camareras —rubia, castaña, morocha—. Comimos: yo, huevos fritos, él, hígado picado con una hoja de menta; bebimos: yo, jugo de naranja, él, vino tinto; él habló, yo pagué. Lo que dijo no parecía tener ningún motivo especial, eran pensamientos sobre diversos temas, más bien una charla intrascendente. Habló sobre pintura y dónde se podían conseguir buenas telas, sobre los trascendentalistas, sobre escribir un diario, sobre los alquileres en el barrio. No hablamos más sobre chicas ni sobre el verdadero ser de la mujer, y callamos sobre Gretchen.

—¿Cuánto pides por las fotos? —preguntó finalmente cuando ya habíamos salido a la calle.

—No sé siquiera si salieron bien. Quizás no le sirven para nada…

—No te preocupes —dijo—. Las necesitamos. La semana que viene tráelas.

Hizo una inclinación con el sombrero en la mano, se lo puso con una sonrisa y se fue y me dejó allí parado.

Ese día no supe su verdadero nombre.

5

Por lo visto me había convertido en un genio de la fotografía. Pero quizás la clave estaba simplemente en el objeto. Dejé pasar dos días hasta que abrí la Rolleiflex y llevé la película a la tienda. El dueño era un viejo negro de barba blanca, la tienda estaba en la avenida Lexington y se llamaba “Harlem One-Hour-Photo”, pero para las mías necesitaba veinticuatro horas. Otras veinticuatro horas las pasé resistiéndome a la tentación de mirarlas. Dejé el sobre cerrado entre los libros de teoría y mis apuntes de las clases encima de la caja de madera contrachapada que me servía de escritorio en mi apartamentucho del piso dieciséis del edificio más al sur de las Triborough Houses, y desde mi colchón miraba sus bordes marrones. Una caja de madera contrachapada, un colchón de goma espuma, un anafe eléctrico, un estante en la pared con siete libros y una tarjeta del futbolista Babe Parilli sobre la repisa debajo de la ventana, la que ofrecía una vista de unos veinte metros hasta la pared del edificio vecino: esa era toda mi habitacioncita, cuyo alquiler pagaban mis padres y donde yo pasaba el menor tiempo posible. Pero en los días después del encuentro con Gretchen y el pintor alemán sólo dejé mis doce metros cuadrados cuando fue absolutamente indispensable: para ir al baño con candado que había en el corredor con alfombra de hilo sisal y que yo compartía con una docena de otros habitantes de la casa, la mayoría italianos, de los cuales, salvo por nubes de marihuana, gritos nocturnos y la suciedad en el baño, poco era lo que me enteraba; para ir al supermercado de la esquina a comprar huevos, tocino, manzanas y dos sachets de leche; y finalmente para ir a la tienda fotográfica, donde ya sabedor el viejo negro de barba blanca me guiñó el ojo. Durante esos días hice todo lo posible para no pensar en Brooklyn, no pensar en la casa de la Willow Street, no pensar en Gretchen ni en el hombre de acento alemán. Pero no lo conseguí.

El miércoles por la mañana me arrojé finalmente encima del sobre

como un animal hambriento. Saqué las fotos, las extendí arriba de la manta de la cama y entendí por qué me había guiñado el ojo el hombre de la tienda. Eran brillantes. Sin mácula, como si hubiéramos trabajado varios días y de miles de fotos hubiésemos elegido las mejores veinticuatro. Las mejores veinticuatro que ahora tenía delante de mí y de las cuales todas y cada una eran perfectas y al mismo tiempo como si hubieran salido espontáneamente. Eran grandiosas y yo me sentí de pronto como el Cartier-Bresson de Nueva York. Pero no era así. En aquel momento no hallé palabras para lo que vi, y aún hoy, ahora que las saqué de la única caja de cartón que quedó de mi antigua vida en los Estados Unidos y que las tengo en la mano, no me resulta fácil describir la sensación que esas fotos me causaron en ese momento. La muchacha que estaba allí en blanco y negro en mi cama, una joven y prometedora estrellita, una futura diosa de la pantalla grande, estaba evidentemente enamorada de mí. O caliente conmigo. O acababa de acostarse conmigo. En cada una de las fotografías, cuando sonreía, cuando miraba tímida, salvaje, soñadora o seria, cuando miraba a la cámara o a lo lejos: en todas las fotografías esa conexión que había entre la muchacha y quien la observaba tenía algo increíblemente íntimo. Como si hubiera un lazo mágico, como entre un hipnotizador y su víctima, aunque no quedaba claro quién era quién.

Lo extraño era que en los cinco minutos en los que había hecho esas fotos yo no había percibido nada de ello. Pero del mismo modo en que Gretchen había estado sentada en esa cama aquella mañana de Brooklyn ahora estaba en mi cama. Y del mismo modo en que en ese momento Gretchen supo cómo tenían que fotografiarla, ahora sabía cómo tenía que mirarla yo.

Un segundo después tuve una sensación extraña en el estómago. Inconscientemente pensé en que le había prometido a él mostrarle las fotos, las palmas de las manos comenzaron a sudarme. Me imaginé que él las vería… exactamente como las veía yo en ese momento. Me sobrevino una mezcla de aversión y celos. Me imaginé su mirada, la penetrante mirada de sus ojos negros como el carbón, cómo se posaba sobre ella, cómo la penetraba. Me imaginé la marca de sus dedos arácnidos sobre el papel. Me imaginé su sonrisa, la sonrisa lasciva que le provocaba el pensar en pintarla. Me imaginé cómo ella le lanzaba la misma mirada apasionada y entonces, de golpe, me vino a la mente un pensamiento que casi me hizo vomitar de lo nauseabundo: ¿qué si esa mirada íntima desde el principio no iba dirigida a mí, el fotógrafo, sino a él, al hombre que finalmente pintaría su rostro? ¿Al hombre en cuyo

atelier, en cuya cama ella pasaría finalmente horas, sí, días? ¿Al hombre con el que ella se había ido, a quien ella había seguido a su cueva? ¿Qué si el lazo mágico que se percibía claramente en esas fotos no existía en absoluto entre mi chica definitiva y yo, sino entre ella y ese judío desconocido que hubiera podido ser mi padre? ¿Si yo no era ni hipnotizador ni víctima en esta historia, sino simplemente un mediador, un involuntario cómplice o apenas un observador ajeno a los hechos que el mero azar había involucrado en esta historia? Yo necesitaba certezas. Apresurado volví a guardar las fotos en el sobre, me vestí y salí.

Tomé el metro hasta Atlantic Terminal, fui andando por la avenida Flatbush hasta el Prospect Park, me paré en la salida del metro Grand Army Plaza donde había visto por primera vez a Gretchen y esperé. Allí había surgido ella de las profundidades, allí había aparecido ante mí, allí debía volver a verla. No tenía ni idea de qué era exactamente lo que pretendía, pero me daba lo mismo. No quería pensar, quería actuar. Al cabo de una media hora, sin embargo, me di por vencido y fui andando sin rumbo por las calles de Brooklyn y al final llegué al *diner* de Pedro.

La pareja negra seguía jugando al billar, y desde su ubicación detrás de la barra Pedro me saludó con la misma mirada cansina de tres días atrás. Ella no estaba allí.

En ese momento me di cuenta de cómo se le había ocurrido a Gretchen llamarme Johnny cuando me tuvo parado delante de ella con la boca abierta en la escalera. Pedro, cuyo padre (también Pedro) era el dueño del local, me había saludado así; como lo había hecho siempre desde la primera vez que había ido al *diner* y él había leído mi nombre en el sobre del cual yo había sacado los billetes que había ganado esa semana para pagar los tacos y un par de cervezas. En lugar de Jonathan me había llamado Johnny, y un hombre atento que estaba sentado en una esquina y revolvía su café lo había escuchado. Me había visto, había notado que yo había ido allí por un único motivo y se me había adelantado. Y camino a su apartamento o luego en el salón, cuando en la conversación había salido el tema del arte y de que él era pintor y de que le gustaría mucho hacerle un retrato, él le había contado a Gretchen que su fotógrafo Johnny llegaría en unos momentos y que podía tomarle algunas fotos para que con ellas él pudiera ir preparando el cuadro. Y como a pedido, minutos después yo estaba parado delante de la puerta.

Le pregunté a Pedro si el tipo que un par de días atrás se había ido

con la chica bonita iba a menudo.

No lo pensó ni un segundo.

—¿El señor Eisenstein? —Su mirada se animó—. Por casualidad no se encontraron. Estuvo hace media hora.

—¿Lo conoces?

—Tanto como a ti —dijo Pedro.

—O sea que no lo conoces…

—Lo único que sé es que se llama Eisenstein, que vende libros y que ustedes dos comparten el mismo *hobby*.

Frunció los labios, enarcó las cejas y puso una sonrisa tan salaz que yo me avergoncé de mí mismo. Sospeché que con "*hobby*" no se refería a la pasión por sus tacos. ¿Pero qué sabía él exactamente?

—¿Vende libros?

—Eso dijo. Pero por la pinta que tiene debe ser proxeneta o algo así.

Reí.

—¿Cómo se te ocurre?

—Tengo un primo. Emilio, diez años mayor que yo. Vive en Co-op City. El tipo es proxeneta. Un tipo simpático, pero la forma en que mira. Y ese Eisenstein tiene la misma expresión cuando está acá en el local. Tiene algo en los ojos. Algo que no se olvida fácilmente.

Pedro hizo una pausa durante la cual recogió mi copa de la barra y la lavó. Luego volvió a poner una sonrisita y dijo:

—Además acá se levanta a un montón de chicas. Viene todos los días, bebe un café y si aparece algo potable, puedes apostar que en algún momento ella se irá con él. Proxeneta, te lo digo.

Sentí el deseo de protestar y de aclararle a Pedro algunas cosas en lo que se refería al verdadero ser del *señor* Eisenstein. Aleccionarlo sobre eso de que la apariencia a veces engaña. Eisenstein no era ningún proxeneta, sino incluso un artista, un pintor importante, probablemente de origen alemán, como yo, judío, como yo. Sentí el deseo de alardear con el vínculo más cercano que tenía con ese hombre. Pero pronto me di cuenta de que, a pesar de haber estado en su casa y de haber almorzado con él, sabía tan poco como Pedro, quizás incluso menos. Así pues, no dije nada, pagué y me fui.

Al final Pedro tenía razón. Un rostro como ese no se olvida. En los días que siguieron intenté retomar mi vida de siempre, pero no me podía quitar de la cabeza la expresión de Eisenstein, su mirada, su sonrisa, sus gestos. El jueves por la mañana volví a hacer el reparto de

carne, llevé un par de cientos de libras de achuras a Staten Island, por la tarde fui a una conferencia sobre poesía victoriana, y en todas partes a las que fui tuve la sensación de verlo. Las personas más disímiles de pronto me hacían pensar en él. El encargado de pagos del Mercado Kosher Westville, un delgado sefardí medio ciego llamado Alkalai que por lo general me ponía demasiados billetes en el sobre del jornal, casi me hizo estremecer. Su rostro huesudo, los altos pómulos debajo de unos ojos de un negro profundo en los cuales sólo cada tanto relampagueaba una franja blanca: así era él. El colaborador del profesor de la Universidad de Columbia, el que le llevaba el portafolios y borraba la pizarra, un tipo robusto, apuesto, de cuarenta y tantos largos, que ya llevaba un par de años de más capacitándose para acceder a una cátedra: un medio hermano menor de Eisenstein. Los canosos mechones engominados en las sienes, las espesas cejas bajo la ancha frente, el fino bigote bajo la alargada nariz que hacían que pareciera el Errol Flynn judío: así era él.

El viernes me compré los ensayos de Emerson en una de las librerías de viejo de la avenida Lexington. En Goldberg's Books, para ser más exacto. Quedaron mucho tiempo sobre la caja de madera en mi cueva del East Harlem, luego entre Thoreau y Alcott en mi estudio en Montauk y finalmente, cuando ya me había ido del país, en una caja de cartón junto con las fotografías en blanco y negro y mis viejos manuscritos. *Mr*. Goldberg, que me condujo al estante donde estaba la amarillenta edición de 1838, se parecía a Eisenstein casi como su hermano gemelo. La misma alta estatura, impresión que reforzaba al tener la costumbre de llevar el fuerte mentón alzado por encima de la articulación de la mandíbula, lo que resaltaba su nuez de Adán y le otorgaba al mismo tiempo un aire de arrogancia; su andar orgulloso por los pasillos… cuando al despedirnos se inclinó apenas levemente hacia mí, casi no pude contenerme y casi le menciono a su presunto hermano. Pero también entonces callé, pagué y me fui.

Al final de la semana tantas veces me había imaginado el rostro de Eisenstein, tantas veces lo había visto en los rostros de la gente que pasaba por mi vida que casi me había olvidado de cómo era mi chica definitiva.

De no haber existido las fotos.

6

Cuando la volví a ver, me quedé mudo. En la semana que había pasado habían subido las temperaturas, uno salía de su casa una mañana de primavera y pocas horas después estaba en un mediodía de verano tumbado en un parque con la camisa abierta. Las magnolias se habían marchitado, pero las muchachas de la ciudad recién comenzaban a ganar en atractivos, y también Gretchen parecía haber ganado en gracia y belleza desde nuestro último encuentro. Aquella noche llevaba un ligero vestido sin breteles a grandes cuadros, de tal modo que la piel de sus hombros brillaba bajo la luz, sólo superada por el brillo de sus cabellos, ondas de oro veneciano que envolvían su rostro. Las venecillas que corrían pálidas y azuladas desde la curva de su mandíbula hasta la concavidad entre los tendones vibraban apenas perceptibles bajo el moreno estival del relieve de su cuello, el escote de su vestido apenas cubría sus pechos hasta donde comenzaba a insinuarse la hondonada entre los senos; la falda, las piernas apenas hasta donde comenzaban los músculos de los muslos sobre la rodilla, y sus delgados pies estaban desnudos y juntos sobre los listones del piso de madera.

Esa era ella, mi chica definitiva.

Algunas semanas más tarde, cuando Gretchen ya había desaparecido de mi vida, intenté registrar mis impresiones en una especie de cuaderno de apuntes y ya entonces me di cuenta de lo inútil que era pretender hallar una expresión para todo aquello que me había sucedido. Cuán infructuoso era el intento de describir a esa muchacha. Cuán necio pretender hacer imaginable con palabras y frases lo inimaginable. Eso fue lo que nunca quise entender, nunca pude aceptar. Y también ahora que vuelvo a sostener en las manos el cuaderno de apuntes para intentar registrar por segunda vez aquellos días del verano de 1969 debo admitir que no puedo. Que es imposible. Y que no obstante debo hacerlo.

La mera presencia de Gretchen me desequilibró, a pesar de que me

había preparado tan bien para ese momento. Pero quizás todo el tiempo que había pasado solo en mi cuarto con sus fotos no había hecho más que enloquecerme. Allí estaba ella ahora, como siete días antes, sentada en la gran cama blanca de bronce en el medio del atelier, y me miraba. Pero a diferencia de la vez anterior no me sonreía, sino que me miraba con gesto severo, los combos arcos de sus rodillas castamente unidos, los brazos desnudos apoyados detrás de sus caderas, ofreciéndome la curva de sus clavículas… todo en aquel cuerpo me miraba serio y expectante.

El atelier estaba más oscuro, cortinas de gasa cubrían completamente las altas ventanas velando toda la luz que caía sobre su cuerpo y sumergiendo el cuarto en un naranja mate, un vapor del color de las bayas del espino falso en el que danzaban las partículas de polvo. Yo me concentré en lo que se veía, en lo que la tela de su estrecho vestido ofrecía a la vista del observador, aunque ardía por ver lo que había debajo. Así estaba parado yo allí, joven e inexperto, con la cámara delante del rostro como una máscara que debía ocultar mi excitación, y sin saber qué hacer. Tanto tiempo había soñado con muchachas, sin haber llegado jamás a una situación atrevida en lo más mínimo, excepto por el beso sin permiso en el establo que la hija del granjero, de doce años, me había estampado en los labios cuando yo, de dieciséis, había pasado en las vacaciones tres cálidas semanas de agosto en su granja. Cuatro veranos más tarde finalmente me había propuesto hacer las cosas en serio, me había jurado que, costase lo que costase, conseguiría estar con una bella muchacha, estar junto con ella en una casa, en la misma habitación, y ahora que lo había logrado, aunque sin saber exactamente cómo había sido, temblaba de tensión y no podía sacar ni una foto.

Y ahora era justamente su cuerpo el que debía ser fotografiado. Justamente esa figura, esa forma, esa superficie, y justamente ahora que estaba más excitado que nunca mi trabajo era fotografiar la causa de esa excitación, llevarla fría y profesionalmente al papel para que luego otro pudiera pintarla. Titubeé, me quedé paralizado, giré el objetivo como si no hallara la toma correcta. Minutos pasaron sin que pudiera sacar ninguna foto, minutos en los que me escondí detrás de esos ojos de la Rolleiflex a través de los cuales inspeccionaba el cuerpo de Gretchen.

Ella pareció notarlo. No se inmutó, permaneció como sin respirar, sentada apoyada hacia atrás, ofreciéndome sus pechos; pero su rostro la delató. A diferencia de la semana anterior su tez ya no era tan delicada,

las mejillas estaban enrojecidas y los hoyuelos debajo, más oscuros, como si la sangre le hubiera subido a la cabeza. El espacio a nuestro alrededor se hizo más pequeño, la luz, más difusa, el aire, más pesado. Ella también estaba excitada entonces, quizás tan excitada como yo, y recién en ese momento, cuando lo noté, me volvió a la mente él. Él, que en aquellos últimos minutos que yo había pasado con la muchacha en su atelier, había desaparecido por completo de mi mundo, aunque estaba parado a sólo unos pasos de nosotros y fumaba: expectante bajo el marco de la puerta que daba al salón, sólo interrumpía el silencio cuando cada tanto daba una pitada a su cigarrillo. Al volver a verlo, había percibido en él un extraño nerviosismo. Tampoco era ya más el amable, arrogante *gentleman* de la primera vez, sino que lo sentí más bien como el jugador en el momento en el que caen los dados, como un apostador desesperado poco antes de que termine la carrera. Apresuradamente se había levantado cuando yo había entrado al salón o biblioteca o estudio, como quisiera llamarlo, sólo para hacer una breve inclinación, indicarme con un gesto de la mano la puerta del atelier y luego volver a dejarse caer sobre el borde del diván en el que antes había estado echado. Y ahora se encontraba allí bajo el dintel de la puerta por la que yo había pasado para volver a ver a Gretchen, vigilaba desde la negra entrada su cueva y apenas si se lo alcanzaba a distinguir con su oscuro traje. El contorno de su cuerpo, los rasgos de su rostro yo sólo podía adivinarlos, sólo el blanco de sus ojos centelleó artero desde la oscuridad cuando entonces lo miré.

En realidad hasta un momento antes yo había creído que no había nadie en el apartamento del último piso del edificio de la Willow Street. Solo y perdido había ido andando por el largo corredor, esta vez sin la guía de Gretchen. Pues sin haber golpeado a la puerta o haber hecho señal alguna de que estaba allí, había entrado. O bien el dueño de casa me había vuelto a esperar esta vez o tenía la costumbre totalmente atípica entre los neoyorquinos de dejar la puerta abierta. Con la cámara sobre el pecho y el correspondiente nudo en la garganta había entrado finalmente al salón, el que continuaba sin ser iluminado por ninguna luz del día, inmerso en viejo humo de cigarros y el olor a libros de cuero, y donde seguía reinando el retrato de Zeus en su trono que había encima del escritorio. Antes de darme cuenta yo ya estaba de nuevo en el atelier donde Gretchen adornaba la cama como dispuesta por un colocador de maniquíes y sin dignarse siquiera a dirigirme una mirada. Recién cuando me puse la cámara delante del rostro, como para

protegerme de la vista de su cuerpo, el que me dejaba sin palabras y me hacía temblar porque temía convertirme en piedra si no apartaba mis ojos de él… recién entonces ella me miró con su severa mirada de diva como si supiera del poder de sus ojos y por un cruel capricho al principio hubiera querido librarme de ellos. Y recién cuando resolví que ese día no habría fotos porque yo temblaba demasiado, porque la luz era muy difusa y su figura se veía demasiado vaga, noté que él, Eisenstein, nos observaba desde el marco de la puerta.

Aunque tengo absolutamente clara y presente la imagen de lo que habría de suceder en los siguientes minutos o horas, es el día de hoy, a veinte años y diez mil millas de distancia, que ya no puedo recordar quién dijo las palabras que flotaban en ese momento en el ambiente. Y puedo volver a traer todo a la memoria de un modo tan absolutamente claro y presente porque aún meses y años después pensé en ello día tras día, noche tras noche. Y no tanto porque aquel cálido atardecer de junio fue la primera vez que me acosté con una mujer, sino porque… bueno, ¿por qué? ¿Porque sucedió lo que sucedió? Cuántas veces me pregunté si mi primera vez se me hubiera grabado de un modo tan imborrable si hubiera sucedido en circunstancias, digamos, más comunes. Quizás con una prostituta en el auto de mi padre o con la hija del portero en el garaje detrás de las palas para nieve. Cuántas veces me pregunté si en mi vida la relación con las mujeres hubiese sido más fácil de no haber comenzado con esta extraña experiencia.

Extraña e inolvidable: y sin embargo no puedo recordar quién fue exactamente el que empezó, quién habló y quién escuchó, quién actuó y quién esperó. ¿Fue ella? ¿O él? ¿Fui yo? ¿O fue sólo una voz en mi cabeza que en ese momento de duda en el que había dejado la cámara y primero me había vuelto a mirar al hombre que fumaba en las sombras y luego a la mujer tendida en la luz, me había ordenado hacer lo que hice? ¿O sólo después, en un sueño quizás, me había imaginado que alguien había hablado, para atenuar lo improbable del hecho, de ese silencioso consentimiento con lo que pasó, y neciamente había creído literalmente en aquel sueño?

Quizás yo había obedecido las palabras que me habían ordenado que me sentara al lado de ella, quizás las palabras habían seguido a mi acción. Como fuera, allí había estado sentado yo y de pronto mi cuerpo a sólo un palmo del de ella, el temblor había cesado como una maldición que se revoca por medio del único gesto correcto. A un palmo de ella me encontraba, el que pese a la distancia ya recorrida, aún me parecía insuperable; podía contemplarla, todo el esplendor de

su cuerpo, el que ella extendía hacia mí, pues sin vacilar ni retirarse sobresaltada ella permaneció medio sentada, medio tendida, bajó la mirada, respiró pesadamente y esperó. Yo la contemplé y me dije que si Dios verdaderamente había muerto, no podía haber sucedido hacía mucho tiempo si existía una criatura como ella. Como un pintor, como un escultor, como el arquitecto de una catedral gótica contemplé la impecable realización de un plan maestro, la complexión de su cuerpo, las vetas de su piel, la lisura marmórea de su rostro, el brillo de sus hombros, los finos vellos rubios en su nuca, la capa de terciopelo moreno dorado en su cuello y las venas debajo, los huesos de la clavícula como arbotantes sobre el ábside de su escote, la bóveda de su tórax. ¿Qué había debajo?

De nuevo me ordenó él, de nuevo obedecí yo. Alzó mi brazo como si quisiera quitarle a ella una brizna de hierba que le había caído sobre el cabello cuando algunas horas antes había estado echada en el parque bajo las magnolias, pero a mitad de camino reflexionó, vaciló y pensó en soltar la tira que sostenía la cámara colgada al cuello, porque era incómodo y molesto, pero luego finalmente cobró coraje, superó la última aparentemente insuperable barrera, finalmente sus dedos se extendieron y elevaron hacia el sitio que ahora entre los múltiples a los que hubieran podido llegar era el único que quedaba en el mundo, y tocaron el punto que quedaba libre detrás de su oreja derecha, entre el nacimiento del allí más oscuro, casi castaño cabello y el haz del músculo de la nuca. Allí se posaron. Allí permanecieron como si allí acabara toda ansia, al menos por un momento. Luego continuaron explorando lo que había para explorar, sintieron lo que había para sentir, la nuca, la curva entre el cuello y los hombros, sintieron los contornos de la piel, el lóbulo de la oreja, la mejilla, la frente, el nacimiento de la nariz entre las cejas, el párpado, las pestañas, la sien, el corto y transparente vello allí, el terco labio superior, el suave labio inferior que no ofrecía resistencia, la curva del mentón, la coraza de la laringe, el nacimiento de la columna vertebral debajo del cráneo, los omóplatos, los músculos de su pecho, su suave temblor.

Sus dedos sintieron todo su cuerpo, sus manos la sujetaron, sus brazos la tomaron. Dejaron que sucediera, se olvidaron del tiempo.

7

Cómo regresé a mi casa, no lo sé. Esa noche me encontré en mi cama, despierto desde hacía horas y con la vista clavada en el techo. ¿O sí había dormido? No podía quitarme de la cabeza las imágenes de ese atardecer. El torso de Gretchen giraba y se volvía en el resplandor de la luz del crepúsculo que fluía en el atelier a través de la cortina, sus cabellos eran un torrente de malvas y frambuesas sobre mi rostro, a la derecha e izquierda de mi cabeza colocaba ella sus gráciles brazos, delgados como los de una adolescente. Sus tobillos sujetaban mis piernas, ella apretaba sus muslos contra mis caderas, su pelvis se estremecía sobre la mía. Sus ojos no se fijaban en ningún punto, su mirada suave, su boca entreabierta. Me parecía tener aún su olor en mí, el aroma de su piel, el aroma de sus codos y sus axilas, el perfume sobre el hueso de su pecho, el champú en sus cabellos, la fragancia de su regazo, el aliento de su boca, su respiración profunda: todo eso me parecía sentir en mí mismo. Y cada tanto estaba también allí una y otra vez de nuevo el aroma a viejos libros y cigarros que yo erróneamente había supuesto desvanecido hacía mucho, perdido entre esa profusión de nuevos y desconcertantes estímulos. Sólo conmigo mismo seguía sintiendo sus caricias: sus manos se deslizaban subiendo por mi cuello, yo iba palpando sus costillas, asía sus pechos, apresaba sus caderas. Como si la palma de la mano fuera un rostro, como si las yemas de mis dedos tuvieran ojos. Podían verla.

En medio de todas estas imágenes aún hoy lo veo a él, lo vi esa noche, cómo nos miraba. En medio de todos estos recuerdos de mis sentidos está él. Está de pie en la entrada de su cueva, calla, fuma y mira. En silencio, sin respirar. Y a nosotros no nos parece inaudito. Nos sentimos a salvo. El pudor de nuestra desnudez se diluye en la protección de su mirada.

También las noches que siguieron regresó el recuerdo de lo que había vivido. La vi, la olí, la saboreé, la oí, la toqué, hice de ese

momento único e irrepetible una cadena de sensaciones cada vez más uniformes, cada vez más placenteras, las alargué artificialmente, sentí el éxtasis que me provocaba el poder de volver a traer el pasado al presente una y otra vez, de no dejarlo seguir su curso natural, sino de detenerlo y dirigirlo adonde yo quería, de obligarlo a servirme cada vez que lo deseaba. Apenas si dormía.

Y así me entregué al sueño de esa muchacha. Por las mañanas recorría millas por la ciudad perdido en mis pensamientos para acabar finalmente en la autopista Turnpike de Nueva Jersey sin saber cómo había llegado hasta allí. Cuando en el estacionamiento del matadero de Yonkers vi a los operarios pasar por delante de mí cargando medias reses y no pude evitar pensar en la pelvis de Gretchen, comencé a sentir vergüenza. Sentí vergüenza como años antes me había avergonzado al masturbarme. Sentí vergüenza de disponer de tal poder y de usarlo a mi antojo. No le tenía que preguntar nada a nadie, no le tenía que pedir ayuda a nadie. Esa semana insomne por fin fui libre de sentir lo que quería, y la nueva libertad me hizo estremecer.

Pero cuando finalmente al cabo de unos días y noches la atracción del recuerdo declinó, comprendí lo que sucedía. Me había vuelto adicto. Tardé una semana, no obstante, en comprender a qué.

El fin de semana salí de la ciudad y fui a casa de mis padres. Quería aprovechar el retiro de Sullivan County para poder avanzar por fin con mi lista de lecturas. Leer a Hawthorne, los relatos de viajes de los colonos, quizás a Emerson. Al menos eso es lo que les dije, y casi no hubiera sido una mentira. Pero en verdad los dos días en casa de mis padres junto al lago Swan y sobre todo las noches en mi antigua habitación de la infancia fueron un intento por luchar contra la adicción. El intento por borrar para siempre de mi memoria la fascinación de lo vivido.

—¿No crees, Gittel, tú también, que hoy en día se exagera mucho con la importancia que se les da a los modales? —preguntó mi padre mientras cenábamos. Puso el codo derecho sobre la mesa, apoyó la cabeza sobre la palma de la mano y miró a mi madre con los ojos bien abiertos. Por lo visto estaba enojado por lo poco educado de mi postura y me imitaba, porque yo estaba sentado allí como hundido en mis pensamientos y ausente, pero como tantas otras veces en su rabia se había deslizado una pizca de sorna, como un guiño que se sentía en su voz.

—Hijo mío, ¿para qué te mandamos a los mejores colegios del país?

Los dos no pudimos evitar reír, porque ni mis padres me habían mandado a los mejores colegios del país ni ninguno de nosotros pensaba que en aquellos días allí se podía aprender mejores modales que los que mi madre y mi padre nos habían enseñado con gran esfuerzo a sus dos hijos. No era con negligencia y chapucería que se pasaba de pobre inmigrante a ser el más reputado arquitecto de la región. *Schludern* era el término que usaba mi padre para referirse a hacer las cosas en forma chapucera, evidentemente porque creía que era una palabra ídish.

Y efectivamente mis padres vivían en aquella casa junto al lago que imponía tanto respeto por el trabajo que había hecho de mi padre alguien indispensable en un radio de cien millas a la redonda. Lo que él normalmente se olvidaba de mencionar era que desde hacía años era buscado como experto en el diseño de baños públicos y no de prestigiosos museos o teatros de ópera como se había imaginado en sus épocas de joven estudiante de arquitectura.

Yo apoyé el brazo sobre la mesa, alcé la cabeza y me senté erguido.

—¿Cómo van los estudios, Jonathan? —preguntó mi madre.

Para ganar tiempo tomé un bocado de la carne de res que nos había servido.

—Todavía me tengo que acostumbrar un poco —dije después de tragar ruidosamente—, a cómo funcionan las cosas. Es todo tan… diferente. Los profesores… y bueno. Y las clases teóricas… cómo aprender algo ahí, eso tampoco nos lo enseñaron en los mejores colegios del país. Pero así son las cosas, quizás fue siempre así.

Y cuando vi que mis padres estaban callados ocupados con sus platos, agregué:

—Pero a veces realmente quisiera que alguna vez nos ocupáramos también de algo que tenga vida. Quiero decir, verdadera literatura, no libros que ya estaban muertos cuando los escribieron. En lugar de eso tenemos *cosas como esto* en la lista de lecturas. —Alcé *La letra escarlata* de Hawthorne que, como coartada, me había dejado en la silla de al lado y del que aún no había leído ni una página.

—Bueno, lo principal es que seas aplicado y estudies como corresponde.

A pesar de no esperar en absoluto otra cosa, esa noche me sentí enfadado con mi madre porque no me había escuchado. A diferencia de lo que me sucedía con mi padre, del que ocasionalmente lo hubiera deseado.

—Oh, estoy seguro —objetó y dejó a un lado los cubiertos— de que actualmente en Nueva York te enseñan un montón de cosas útiles para la vida.

Yo alcé la vista. Por la mente se me cruzó la idea de que podía haberse enterado de mis experiencias de la última semana y que se refería a eso. Pero al verlo colocarse ambas manos ahuecadas delante de la boca e inhalar ruidosamente mientras ponía los ojos en blanco me di cuenta de que él, que hacía años que se quejaba de las costumbres cada vez más laxas y de la impertinencia de los "jóvenes de hoy", a lo que se refería era a ese estilo de vida que a un joven de mi edad, que pasaba sus días en el campus de Columbia y las noches en el SoHo y en la avenida Lexington, no podía más que corromperlo.

—No es tan terrible como te imaginas siempre —dije sabiendo perfectamente que no era *tan* terrible, sino mucho más terrible. Ninguna mentira, pero tampoco la verdad sobre el tipo que en realidad ya era demasiado grande como para pasarse mirando sin sacarle la vista de encima a toda chica que cruzara las piernas en el metro.

Mi madre no hizo más que sacudir la cabeza como lo hacía siempre cuando no quería seguir hablando sobre un tema, alisó el mantel y me sirvió un par de papas más en el plato.

Pero mi padre insistió y reclamó que satisficiera su curiosidad, la que él seguramente en su interior denominaba preocupación paternal.

—¿Entonces no es cierto lo que se escucha decir sobre la generación de ustedes, que quieren hacer todo mejor?

—¿Dónde escuchas decir eso?

—Tu veterano padre ya no es quizás el más verde retoño pero aquí no vivimos, ¿cómo se dice?, detrás de una roca.[1] Yo leo, miro televisión… La gente no habla de otra cosa más que de la fiesta que quieren festejar ahí en Bethel. Y ahí se van a venir todos, esos inadaptados y loquitos con sus pelos largos sin lavar, un puro caos va a ser… ¿no es cierto, Gittel? Ahí en Liberty, una parejita así se compró una iglesia abandonada y ahora la están convirtiendo en un centro *hippie*. ¿Y entonces qué pasa? Por ahí andan sólo pacifistas y gente con prontuario y vuelven *meschugge* a los niños. Y hace poco vimos un programa sobre ese Greenwich Village, ¿no es cierto, Gittel?

Aunque en ese momento me costó más que nunca, ya fuera por sabiduría o por costumbre contuve la actitud sabionda de corregirle sus expresiones lingüísticas y en cambio dije:

—Como si los de la televisión tuvieran idea de lo que pasa en el

Village.

—Parece que tú lo sabes mejor, Jonathan. Por propia experiencia, digamos.

—Sí, ¿y? Yo vivo en Manhattan, trabajo y me gano mi propio dinero y vivo mi vida. Yo tampoco vivo, ¿cómo se dice?, *detrás de una roca.*

Yo sabía que mis padres hubieran preferido que por lo menos fuera a Williamsburg, con los otros judíos, y no con los *polacken* y los *spiks* y los *wops*[2] de East Harlem, pero la cercanía del campus y el precio imbatible del alquiler allí habían hecho que al final cedieran.

—No te olvides de que tu madre y yo aún pagamos tus estudios.

—Yo les estoy eternamente agradecido. Pero no sabía que significaba que mientras tanto tenía que vivir según las normas de ustedes.

—Ya bastaría sólo conque te tomaras tus clases un poco más seriamente. ¿Por qué no nos cuentas un poco cómo es tu vida allí?

Yo había sospechado que la cena, en el peor de los casos el fin de semana entero, podía degenerar en un examen de conciencia, pero tan terrible no me lo había imaginado. Mi madre sacudió la cabeza y me extendió por tercera vez la salsera.

—Por favor, no se preocupen —dije, y como para reforzar lo dicho di un golpe sobre el libro de Hawthorne que ahora tenía al lado de mi bistec ya frío—. Voy a terminar mis estudios.

—Y entonces, cuando seas abogado o juez, nos devuelves… —Mi padre se interrumpió e hizo una pausa artificial de esas en las que nosotros habíamos aprendido a no caer—. Ah, pero no, los jueces normalmente no estudian Literatura. A ver, déjame pensar… —Se colocó pensativamente un dedo en la frente—. Literatura… Literatura… ¿qué puedes ser con eso?

Por un breve instante pensé en enumerarle algunas posibilidades de trabajo más realistas como las que nos habían mencionado en la Secretaría de Alumnos, profesor de Literatura, periodista… Pero el modo en que mi padre intentaba ponerme en evidencia en la cena me dejó en claro que no estaba buscando una discusión objetiva y que por lo tanto yo no necesitaba hacer como que quería convencerlo.

—Con literatura uno al menos no se convierte en un arquitecto de tercera que se pasa los días diseñando casetas para baños.

En un primer momento temí que tomara impulso para darme la merecida bofetada, pero luego percibí en él un segundo de indecisión, sí, lo vi inseguro, aún con el dedo índice sobre la frente; luego se

arrancó la servilleta del regazo y la arrojó sobre el plato, directamente sobre su bistec también frío, se levantó y sin decir palabra se fue de la habitación.

Yo miré a mi madre como queriéndole decir que él me había provocado, pero ella no me miró, sino que con hábil maniobra y como si fuera algo que hiciera todas las noches evitó que la servilleta de él siguiera absorbiendo demasiada salsa de la carne asada.

Un momento antes de que la puerta a la sala amenazara con cerrarse de un golpe, mi padre se volteó y volvió a poner un pie en el comedor.

—Si esto es lo que aflora cuando uno le ha dado la espalda a su patria, entonces deberíamos preguntarnos si no hubiéramos debido quedarnos allí. Nos hubiéramos ahorrado algunas cosas.

Dicho eso se fue. Yo comí el postre de gelatina con rodajas de duraznos que me había servido mi madre y también me fui.

Los días siguientes no tuvimos mucho que decirnos. Nos evitamos. Fui con mi madre en el nuevo auto de mis padres, un espacioso Kaiser Darrin, a Liberty a hacer algunas compras y hablamos sobre Sam del que habíamos recibido cartas de Saigón unos días antes. Sam era más el *nájes* de la familia, ahí yo podía buscarme otro papel. Aunque con un estudio en un *college* hubiera tenido la posibilidad de librarse de la obligación de servir a la patria, se había enlistado voluntariamente y ahora cada dos semanas nos enviaba un par de páginas en las que con toscas palabras nos relataba sus aventuras como mecánico de máquinas en la Marina. Mi madre le contestaba con fotos Polaroid y mermelada de rosas. La ayudé un poco con el jardín mientras mi padre estaba sentado en su banco junto a la orilla mirando el lago. Enrollé las alfombras del corredor en cartón de brea y las guardé por el verano en el cobertizo. Volví a agarrar el libro de Hawthorne, el que me gustaba más de lo que había esperado, pero de todos modos no me podía concentrar realmente. En lugar del espíritu de Hester Prynne era la figura de Gretchen la que llenaba el vacío nocturno de mi habitación de la infancia. Mi plan de avanzar con mi lista de lectura resultó un absoluto fracaso. Incluso durante el viaje de regreso la mañana del lunes, cuando me pasé tres horas sentado en el tren a Manhattan con *La letra escarlata* sobre el regazo y hubiera tenido tiempo, no hice otra cosa que mirar fijamente por la ventanilla. Mis pensamientos estaban maniatados, cautivos en los cabellos de ella y la mirada de él. Ambas cosas, con ella a la distancia y con aquellos días de principios del

verano de Sullivan County, cada vez más largos y más cálidos, no habían hecho más que convertirse en un deseo aún más intenso, en un deseo intenso y una atracción tal hasta el punto de sentir dolor en el cuerpo.

Muy lejos de ahogar el recuerdo de la Willow Street el fin de semana había intensificado aún más mi adicción a todo aquello y había madurado mi decisión de volver a visitarlo.

8

Tan repentinamente como Gretchen había entrado en mi vida desapareció también de ella. Una vez más aún volví a verla, una vez más aún me acosté con ella. Esta segunda y última vez tuvo lugar de nuevo en el apartamento de Eisenstein, pero entonces ya no fue la luz del atelier, sino la niebla del polvo de los libros y del humo de los cigarros en el salón lo que nos rodeó mientras yo refrescaba mi recuerdo de su cuerpo. A diferencia de la primera vez, de la que no habían transcurrido siquiera ocho días y a mí me parecía como hacía una eternidad, aquella tarde temprano nuestro encuentro no estuvo lleno de miedo no dicho y de secreto, sino que fue algo que sentimos como natural y casi obvio. Algo que debía suceder inevitablemente y que era ineludible.

Lejos de resultarme familiar, su cuerpo ya se había convertido en algo más conocido para mí. Al menos un poco menos ajeno. Pero ello apenas contribuyó a elucidar el enigma de su mera existencia; el enigma con el que me volvía a enfrentar siempre su presencia, su renovada presencia en el apartamento de Eisenstein, su repetida entrega a mí, la que desde la primera vez que estuvimos juntos adquirió ese carácter de lo que sólo sucede una vez, de lo que sucede más allá de nuestra voluntad, sólo por azar y de lo que ya en el momento del acto uno se arrepiente. Así como esta vez todos teníamos en claro que era en forma consciente y voluntaria que Gretchen se entregaba a la aventura que Eisenstein y yo podíamos significar para ella, así me trató también ella a mí esta vez y así fue nuestra nueva unión: consciente, voluntaria, deliberada; una posesiva, casi calculadora intimidad se apoderó de nosotros en aquellas horas de la tarde.

Ya no necesitábamos ningún pretexto. Eisenstein no pintaba, yo no era fotógrafo, ni ella modelo. Ella era una mujer y nosotros éramos hombres. El salón no era ninguna biblioteca de una culta burguesía, sino una cueva del vicio, un antro de corrupción. Una habitación trasera

de mala fama que se convirtió en testigo de nuestra pasión. Mi inseguridad cedió lugar a un indisimulado deseo no sólo por su cuerpo sino por el poder abandonar con él también el mío. Por sentir lo que ella sentía. Ya no era sólo su belleza lo que yo quería poseer. Era la presunción de un mundo interior al que yo en esos instantes y en esos clímax —y sólo en ellos— llegaba a tener acceso.

También el interés de Gretchen en mí parecía haber cambiado. Ella mostraba una curiosidad frente a mí y mi delgaducho, blanco cuerpo, un ansia nerviosa por indagar lo que podía hacer con él, y esta experiencia de que mis miembros pudieran tener importancia para otro ser humano era algo aún nuevo para mí. Ella me rodeó con brazos y piernas, me atrajo hacia ella, dentro de ella, me cercó, me sostuvo fuerte con sus pequeñas manos, apretó sus muslos contra mis caderas; luego volvió a apartarme de ella, golpeándome en el pecho y en el hombro, interponiendo su pelvis como un escudo que debía protegerla de mis ataques, mordiéndome con tal fuerza en el labio que sentí el gusto de mi propia sangre.

Pero yo también tomé posesión de ella. A medida que fui sintiendo crecer, endurecerse mis músculos bajo sus manos descubrí una fuente adicional de placer; un placer que ya no residía exclusivamente en el descubrir y admirar el cuerpo ajeno, sino en el ejercicio de la propia fuerza y de la propia voluntad sobre precisamente ese cuerpo; y en el percibir sus reacciones ante ello. Tiré violentamente de ella, tiré de sus cabellos, le doblé la cabeza sobre la nuca mientras ella cabalgaba encima mío. Le apreté los brazos detrás de la espalda, luego de nuevo se los extendí hacia ambos lados del diván cuando yo estaba arriba de ella, casi le disloqué el hombro y disfruté de no saber si su rostro estaba deformado de dolor o de placer.

La presencia de Eisenstein, el que estaba sentado hundido en su sillón detrás del formidable escritorio debajo del cuadro de Zeus, no nos molestaba. Apenas si lo registrábamos. Ya la primera vez su muda mirada extrañamente nos había incitado más que intimidarnos, estimulado más que inhibido, y sin embargo de forma borrosa por mi mente había pasado el pensamiento de que de algún modo podía no ser correcto lo que estábamos haciendo allí. El pensamiento de que debía sentir pudor si no ante los ojos de una muchacha desconocida, sí ante los de un hombre adulto que podía ser mi padre; y más todavía el temor de que la ausencia de ese pudor fuera el indicio de un problema psíquico que yo venía vislumbrando desde hacía mucho tiempo, de un carácter perverso, de una naturaleza malograda que tarde o temprano

sería mi perdición. Tampoco durante los días que pasé en casa de mis padres, y pese a todos mis esfuerzos por descartarlos interpretándolos como los restos de ese temor de Dios en el que me habían criado, conseguí desterrar estos pensamientos de mis recuerdos. Pero en ese instante, desnudo en los brazos de esa muchacha maravillosa, no sentí nada de eso. Ni pudor ni turbación. Ni pensé en lo particular de la situación ni en lo que un suceso tal significaría en mi vida. Yo tomé lo que ella me dio y le di lo que ella quería. Y Eisenstein miró.

Y luego ya había pasado. Permanecí tendido en sus brazos, ella, en los míos; desnudos y estrechamente abrazados sobre la manta a cuadros de lino marrón y roja, aliento contra aliento, susurro contra susurro, piel contra piel. El sol se puso, yo oí música, el sonido de la ciudad parecía desvanecerse, el latido de nuestros corazones se hizo más lento, alguien fumó. Las sombras se acrecentaron, comenzó a hacer más frío. Luego el silencio. Las paredes llenas de libros se acercaron, nos rodearon como guardias, nos dieron refugio y cobijo. Estábamos tendidos allí, el mundo se había acabado, no queríamos nada más.

De algún modo transcurrió luego el tiempo, quizás había dormido, quizás también soñado, lo cierto es que el tiempo había transcurrido, el momento había pasado.

Nos vestimos, en silencio de pie uno frente al otro en la oscuridad. Luego la acompañé hasta la puerta y no volví a verla nunca más. Hasta el día de hoy ambas cosas continúan siendo un enigma para mí: tanto su mera existencia como su repentina desaparición. Hasta el día de hoy muchas otras vinieron después de ella y del mismo modo se fueron también. Pero hasta el día de hoy extraño a esa muchacha. Su belleza, su mirada, sus dedos sobre mi piel.

Pero eso no lo sabía cuando se despidió de mí con dos besos en la mejilla y una intensa mirada… ¡qué fuego en mis venas!, ¡qué ardor en mi corazón!… No lo sabía y no podía saberlo cuando ella sonrió y su sonrisa fue toda para mí, no podía ser para nadie más que para mí; cuando cruzó la puerta y en el rellano de la escalera se volvió una vez más hacia mí, y parado allí yo me quedé mirándola, la vi desvanecerse en la nada, varios minutos me quedé aún allí escuchando el ruido de sus pasos bajando los escalones.

Luego regresé por el oscuro corredor. Había transcurrido un día entero: un día en el que por fin había vuelto a ver a Gretchen y a

Eisenstein, y que había resultado una mayor aventura y más excitante que lo que yo me había imaginado tumbado en la cama de mi habitación de la infancia. Sin hacer escala en mi sucucho de mala muerte y sin perder un instante pensando en la promesa que les había hecho a mis padres me había dirigido a Brooklyn, de la soledad de Sullivan County directamente a la soledad del interior de su cueva. Había tomado el tren de las nueve que iba a la Estación Grand Central y, en lugar de continuar en dirección al Norte y a East Harlem, había ido hasta City Hall y las últimas millas hasta la Willow Street las había hecho a pie con la intención de que la caminata cruzando el Puente de Brooklyn me ayudara a aclarar la mente. En qué estado febril me encontraba ante la esperanza de volver a verlo, ante la incertidumbre de cómo reaccionaría él cuando me viera después de que hubiera pasado más de una semana desde la tarde con Gretchen sin que yo me hubiera comunicado, y ante el temor de encontrar cerrada su puerta.

Pero él estaba allí, como siempre, y como siempre su puerta estaba un resquicio abierta. Quizás yo había esperado sorprenderlo, y hacerlo en una situación que volviera a traer mi imagen de él a la realidad: esa imagen de un Jay Gatsby judío que se presentaba como artista, ganaba su dinero con negocios turbios, pasaba sus días con la lectura de valiosos libros (si es que no se encontraba en cafés y *dinersacechando* a muchachas demasiado jóvenes para él) y sus noches en cervecerías poco iluminadas, en dudosos clubes y fiestas en la Quinta Avenida. Quizás había esperado desenmascararlo para así poder destruir esa fascinación que se había apoderado de mí, como último medio para dominar mi adicción.

Sigilosa y rápidamente había pasado yo esa mañana por delante de las estanterías de libros y había entrado en el salón. Pero el ensimismamiento en el que hallé a Eisenstein no hizo más que reforzar mi impresión de él. Estaba en camiseta parado delante del atril, el que había acercado más a la ventana, aunque casi no entraba luz a través de las cortinas. En la mano sostenía pincel y paleta, pero no pintaba, sino que estaba allí parado sin moverse, los fuertes hombros y antebrazos tensos como los de un boxeador, sus ojos clavados en la tela. Recién cuando al cabo de unos segundos me hice notar carraspeando, me vio, arrojó el pincel y la paleta encima del escritorio y me saludó a su manera. Después de la interminable semana en la que no habíamos tenido noticias uno del otro yo sentía la necesidad de abrazarlo, al menos de estrecharle la mano o si por mí era de simplemente tocar sus pies. Pero algo en él, un aura de fría amabilidad, me ordenó

conformarme con una inclinación. Me indicó los divanes que estaban en el medio de la habitación, donde ya había dispuestos sobre la mesita dos copas de oporto y un cigarro; me senté, me dejé caer, me hundí en los almohadones como si acabara de llegar a casa. Tumbado al lado mío como un príncipe de Oriente con su camiseta blanca, él prendió el cigarro. Así pasamos el día detrás de ventanas con opacas cortinas, en medio de la semipenumbra del salón, tumbados, riendo, leyendo, repantigados, bebiendo vino y embriagándonos juntos con el humo del único y mismo cigarro. Ese fue nuestro *bed-in.*[3] Pero la paz mundial no nos importaba un bledo, a nosotros nos interesaban las mujeres.

Conversamos, comimos, escuchamos música. Dentro del armario tenía un tocadiscos de caoba de 78 r. p. m. Eisenstein puso un par de discos, piezas para piano de Beethoven y Brahms, sonatas para chelo de Bach, arias de Gluck. Un compartimiento entero de sus armarios para libros estaba reservado para discos, pero allí no había ni jazz ni *swing*, ni folk y mucho menos *rock 'n' roll*. Después de Mahler se acababa para él, dijo, algo más moderno no entraba en su casa. A lo sumo Gershwin.

—Nómbrame a alguien que pueda hacer esto —susurró mientras escuchábamos a Kathleen Ferrier cantando las *Rückert-Lieder*—, y yo empiezo de nuevo a escuchar otra música.

Cuando unas semanas más tardé husmeé en su colección para meter de contrabando *Another Side of Bob Dylan*, pude constatar que el disco más nuevo en su armario era *La Traviata*, dirigida en 1960 por Carlos Kleiber, y el más antiguo, dirigido por su padre, Erich (¿una casualidad?), una grabación argentina de *Tristán e Isolda* del año 1948. Entre esos dos años parecía haberse editado para él todo lo que valía la pena escuchar.

Alrededor del mediodía llevamos jamón y queso de la cocina, también pan y la segunda botella de oporto. Esta vez no llegamos ni a la puerta, no fuimos a ningún restaurante, nos quedamos en casa y nos pasamos el tiempo así, holgazaneando. De todas maneras el tiempo era algo que no existía en su reino. En las paredes no había relojes, las horas y los minutos se difuminaban en una masa inerte, los días se deshilachaban hasta no distinguirse más los unos de los otros. Y no obstante ahora me parece como una espera, una espera de algo monstruoso que debía suceder, ineludiblemente. Eisenstein me contó sobre una puesta de *El oro del Rin* que había visto en el Met la semana anterior, y sobre una encantadora joven cantante cuyo nombre no había oído nunca antes. Luego me contó sobre las numerosas muertes que había habido en la historia de la Metropolitan Opera, infartos sobre el

escenario y accidentes detrás de bambalinas, suicidios entre el público e incluso hasta un asesinato.

—Hace un par de años, todavía era el viejo Met de la calle 39, en un pozo de ventilación debajo del lobby encontraron el cadáver de la joven violinista francesa Renée Hague… desnuda, maniatada y amordazada. La buscaban desde hacía tres días, su compañía ya había tomado el vuelo de regreso a París, ya se hablaba de secuestro. Pero resultó que alguien primero la había matado, luego amordazado, luego violado, luego maniatado y luego la había arrojado al pozo de veinte metros de profundidad. Extraño orden, ¿no te parece también? —Rio—. Hay quienes dijeron que por eso tiraron abajo el Met y lo construyeron de nuevo. No por los años del edificio. Hasta hoy no atraparon al asesino.

Animado por el alcohol yo también comencé a hablar y le conté sobre mi vida desde que había llegado a Nueva York, sobre mi trabajo como chofer de reparto de escalopes y muslos de pollo *kosher*, sobre las clases en la universidad de Columbia y las estudiantes de allí. Eisenstein no dejó percibir si prestaba atención a mi relato o simplemente dormitaba o escuchaba el cuarteto de cuerdas; mientras yo hablaba él tenía los ojos cerrados y cada tanto daba una pitada a su cigarrillo. Estaba lejos de mí. Pero no hizo tampoco ningún amague de interrumpirme y así, a medida que las sombras que iban pasando por su salón se iban haciendo cada vez más largas, yo fui cobrando coraje y le fui contando más y más sobre mí. Le conté sobre mi infancia en las montañas de Catskill, sobre mi hermano en Vietnam y sobre mis padres. Cuando dije que habían huido de Alemania en 1933, Eisenstein abrió los ojos y me miró.

—Así que vienes del cinturón del *borscht*,[4] ¿eh? Solomon County… bonita región esa.

—¿Solomon County?

—¿La gente joven ya no lo dice más? Pero “los Alpes judíos”, eso sí te suena, ¿no?

Yo reí.

—Sí, todavía se dice. En nuestro auto antes teníamos incluso atrás una calcomanía: “Mi castillo está en los Alpes judíos”. Y durante un par de años, en los años cincuenta, poco después de que yo naciera, mis padres les alquilaron un pequeño bungaló que tenían a judíos de Nueva York.

—Un *Koch-allein* —dijo Eisenstein ahora en alemán.

Yo le respondí también en alemán.

—Exactamente. Una pequeña casita sobre el Lago Lebanon, con todo para cocinarse uno. En esa época a menudo los judíos no conseguían vivienda en el estado de Nueva York, me contó mi padre, y así se las arreglaban. Pero ahora ya casi todas las colonias de vacaciones y los campos de campamento cerraron.

—Y… los judíos de Nueva York tendrán que volver a Europa a los campos…

Mi alemán y mi experiencia de cómo hablaba mi padre me alcanzaban justo para percibir el doble sentido en la frase de Eisenstein, pero no lo conocía lo suficiente como para saber si esa era exactamente su intención o sólo simple torpeza al expresarse o si se debía a una ambigua traducción de la palabra *camp*.

Antes de poder hacer referencia a ello, sonrió divertido y volvió a pasar al inglés:

—Si hoy un viaje de ultramar nos cuesta lo mismo que tres horas de auto rumbo al Norte, ¡a qué Tierra Prometida hemos llegado por fin! Verdaderamente no exageraron con las promesas. ¡Dios bendiga a América!

Yo admiré su biblioteca, quedé asombrado de la cantidad innumerable de libros con sus encuadernaciones en cuero rojo, marrón, negro, y le pregunté si alguna vez los había contado. Él dijo que no y así fuimos andando entonces por el apartamento y juntos calculamos que habría más de cinco mil. Los libros ocupaban las tres paredes del salón donde no había ventanas en todo su largo y tres metros y medio de alto hasta el techo, había libros apilados junto a la puerta del baño, el corredor era todo un largo túnel de libros, y hasta en la cocina había algunos arriba de la heladera. Sólo la pared con las dos ventanas que daban a la Willow Street y el atelier contiguo no tenían libros. Allí no había plantas como en otros apartamentos, ningún gomero ni ninguna orquídea, ni siquiera una maceta con berro hortelano en la cocina. Allí no había nada de verde ni aire fresco, ningún busto de mármol u otra cosa que hubiera ocupado lugar: ese reino les pertenecía a los libros.

Ya en ese primer día de los muchos que pasaría allí con él desde las tempranas horas de la mañana hasta la noche, la biblioteca privada de Eisenstein me pareció impecable y perfecta. No sólo la calidad y el estado de los volúmenes, también la selección de los distintos títulos y su ordenamiento eran algo excepcional. Aunque no pude leer ni una mínima parte de todos los títulos y de los que leí sólo había oído hablar de algunos, supe que me encontraba ante una valiosa colección que un

hombre de posición muy acomodada debía haber ido formando a lo largo de décadas. Si el mundo a nuestro alrededor hubiese desaparecido y sólo se hubieran salvado esos cinco mil volúmenes, con ellos se hubiese podido restaurar la memoria de la humanidad.

Nos parábamos delante de las paredes como de cuadros en un museo, y fumábamos y bebíamos a nuestro antojo.

—Hay que vivir con los libros —dijo—, si no no tiene sentido poseerlos.

Su relación con los libros era todo lo opuesto de sacra. Allí podía haber una edición centenaria del *Cantar de los Nibelungos* entre una botella de vino y jamón sobre la mesa de la cocina, como en una naturaleza muerta de un pintor barroco. Jamás lo vi ponerse un guante cuando sacaba un antiguo libro de la estantería. A veces leía como un niño de segundo grado con el dedo puesto sobre la página. Al final del día había un montón de libros diseminados por todo el piso del salón y encima de los divanes, pero cuando regresaba a la mañana siguiente, estaban todos de nuevo ordenados en su sitio. Allí estaban los clásicos de las grandes literaturas del mundo; de Homero y Hesíodo, de Ovidio y Virgilio hasta Gogol y Kafka. El *Beowulf* y *Le roman de la rose*, Dante, Petrarca, Cervantes, Shakespeare y Goethe, el Talmud, la Torá, la Biblia, el Corán, la epopeya de Gilgamesh, las Upanishads, el *Canon de Pali*, Confucio y Lao-Tse, los cuentos de *Las mil y una noches*, el *Libro de los reyes*, las *Historias* de Heródoto, César y Tácito; Horacio, Cicerón, los autores de teatro latinos, textos filosóficos de Platón a Kierkegaard y Wittgenstein, clásicos de las ciencias naturales como la *Nueva astronomía* de Kepler, Darwin, Sigmund Freud y Egon Friedell, y otros por el estilo cuyos títulos y autores yo en ese momento no conocía. La mayoría estaban en inglés y muchos en alemán, pero también había innumerables libros en latín, griego, hebreo, sánscrito, árabe, chino, japonés, francés, italiano y español, y en otros idiomas desconocidos para mí. La pregunta de si Eisenstein los había leído todos me la podía ahorrar: ¿cómo se podía leer en una vida más de cinco mil libros en más de veinte idiomas?

Era la biblioteca perfecta, el perfecto monumento a la imaginación y la inspiración humanas, y nada de lo que vería en años posteriores habría de parecerme más valioso que aquel reino en el que el tiempo se había detenido.

Le conté, medio riendo, medio acalorado por el pudor que me dio, sobre mi propia pequeña colección. Yo no tenía que estimar ningún número, porque eran los siete volúmenes que estaban en mi

apartamento de Harlem en el estante al lado de la ventana. Vergüenza no me dio porque aunque mi biblioteca no merecía ese nombre y al lado de sus ejemplares de lujo me parecía como un par de jóvenes pordioseras envueltas en harapos al lado de un harem lleno de engalanadas bellezas, yo estaba orgulloso de ella. Había leído todos los libros, algunos cinco o seis veces, sabía exactamente en qué orden estaban, había pasado noches solitarias con ellos y en cada uno de los casos recordaba exactamente cuándo lo había tenido en mis manos por primera vez. Algunos los había traído de lejos. *El conde de Montecristo*, cuyas páginas aún estaban todas deformadas porque (a los doce años) lo había leído en las cataratas del Niágara, incluso abajo de las cataratas, en el barco de pasajeros, mientras mis padres, tomados del brazo, vivían su segunda luna de miel y en la popa mi hermano flirteaba con las chicas provincianas. *La isla misteriosa* de Julio Verne, con encuadernación de lino y cubierta amarillo estridente, que había comprado un verano por dos dólares en un puesto de libros usados en la playa de Cape Cod. Aún seguían saliendo granos de arena de sus páginas. *Colmillo Blanco* y *La llamada de lo salvaje* de Jack London en una doble edición robada del armario de mi hermano, porque hacía años que estaba allí juntando polvo detrás de revistas de Micky Mouse sin que nadie la leyera. La edición original de *Emilio y los detectives* de Kästner; yo nos imaginaba a mi hermano y a mí en el Berlín de los años veinte, cómo resolvíamos casos y atrapábamos a los criminales. Me lo había regalado mi tía de Múnich cuando había estado de visita en casa. Yo tenía diez años y estaba sumamente orgulloso de que no sólo entendía alemán cuando mi familia lo hablaba, sino que también podía leer en alemán lo que alguien había escrito hacía muchísimo tiempo en un país tan lejano del otro lado del mundo.

Esos eran los cuatro de mi habitación de la infancia. En Nueva York se sumó a ellos el *Zaratustra* de Nietzsche, traducido al inglés por W. Kaufmann, porque en ninguna librería de la ciudad había conseguido Nietzsche en alemán; tres veces lo leí y nunca lo entendí. Luego *El trópico de Cáncer*, una edición de bolsillo agotada de tapas negras que le compré por un precio demasiado alto a un tipo, un pelado de barba que se parecía a Allen Ginsberg y andaba todo el tiempo por el campus y al que todos conocían porque vendía todas las cosas que eran de importancia vital para un estudiante regular. Y finalmente, en la primavera de ese año, porque hacía semanas que todos hablaban de él y no pude resistir la tentación, el día que cumplí veinte años fui a la librería de la avenida Lexington, mostré mi documento y compré el

libro que esperaba que me ahorrara una terapia: *El mal de Portnoy*.

—Desde que lo leí —dije— sé que quiero ser escritor. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Eisenstein me miró con una sonrisita.

Esos eran mis gloriosos siete amados. El último de todos que se había agregado ahora era el que había adquirido en la librería de viejo, los ensayos de Emerson. Si el mundo se hubiera acabado y ellos hubieran sido lo único que hubiera sobrevivido, sólo hubiesen podido contribuir muy vagamente a la memoria de la humanidad, pero a los sobrevivientes les hubieran deparado grandes placeres. Hasta ese momento esos eran todos. El poco dinero del que disponía mejor lo gastaba en mujeres y tacos rellenos en Pedro's Diner, pensaba, y los libros que necesitaba para estudiar los sacaba prestados de la biblioteca del *college*. Como el libro de Hawthorne que aquel día había traído de vuelta de Solomon County.

Saqué de entre las páginas de *La letra escarlata* mi lista de lecturas y se la mostré a Eisenstein: los cien títulos sobre todo de literatura inglesa, pero también de literatura clásica griega y romana, francesa, española y alemana que nos habían recomendado muy especialmente en el *college*.

"Estas son las cien obras fundamentales", nos habían indicado en tono ceremonioso, "indispensables para todo estudiante de literatura. Es literatura universal. Léanlas antes de que lleguen al quinto semestre, después ya será demasiado tarde". Era una lista clásica en el verdadero sentido de la palabra, cuyos títulos seguramente y sin excepción se encontraban reunidos en aquella sala, y por eso supuse que le gustaría.

Pero la sonrisa de Errol Flynn de Eisenstein se desvaneció cuando la miró. En sus ojos vi asombro, casi contrariedad. Pero él no estaba indignado, como muchos de mis compañeros, porque de los cinco libros de la lista escritos por mujeres, cuatro tenían más de cien años (*Middlemarch, Orgullo y prejuicio, Jane Eyre* y *La cabaña del tío Tom*); porque Emily Dickinson figuraba sólo entre paréntesis entre cinco nombres de hombres (bajo *Poesía norteamericana del siglo XIX*) y porque, por ejemplo, Mary Shelley, Virginia Woolf, Harper Lee o Flannery O'Connor no estaban incluidas. Su indignación no se debía tampoco al hecho de que los autores negros parecían no existir, no había ningún Langston Hughes ni Richard Wright, ni siquiera Alexandre Dumas padre; o porque la lista resultaba tan indisimuladamente norteamericana-europea. Era otra cosa.

Leyó cinco nombres lentamente y subrayándolos:

—Thomas Stearns Eliot. Ezra Pound. Fiódor Mijáilovich Dostoievski. Louis-Ferdinand Céline. Knut Hamsun.

Se quedó en silencio, aparentemente a la espera de mi reacción.

—¿No te llama nada la atención?

Yo sacudí la cabeza.

—"Las ratas están debajo de los pilotes, los judíos están debajo de todo, dinero en pieles." Eso es de Eliot. ¿Y Pound no dijo que los judíos provocaron la Segunda Guerra Mundial? "El señor de toda Europa es el judío y su banco." Dostoievski. Y de Céline y Hamsun no quiero ni hablar.

—Pero los libros en sí son literatura universal —defendí no del todo convencido a mis profesores. No entendía su indignación, porque estaba seguro de que entre los ejemplares de su biblioteca también había visto un Dostoievski o un Hamsun—. Si un autor erró el camino, eso a menudo no tiene que ver con sus obras. Por eso hay que separar.

—Errar el camino, dices. No eran ningunos niños, Jonathan. De la misma manera se podría decir que el faraón sólo "erró un poquito el camino" cuando mantuvo esclavos a los israelitas durante siglos.

Eisenstein sacudió la cabeza, dejó caer la lista al suelo, cerró los ojos mientras se hundía más profundamente en los almohadones del diván. Inspiró y exhaló, luego comenzó a hablar de nuevo en voz tan baja que apenas si podía entenderlo:

—Nada de conciencia negra, nada de liberación de la mujer, ningún socialista, *okay*. Con eso se puede vivir, los tiempos cambian, y eso aparentemente lleva su tiempo. ¿Pero ya cinco autores antisemitas en una lista de lectura para la futura élite del país?

Diciendo esto saltó de su asiento, casi vuelca el oporto, fue hasta la estantería y con mano rauda sacó un libro. Lo hojeó.

—Aquí. El joyero Isaí Fomich Bumstein. —Había encontrado un pasaje y lo leyó—: "¡Dios, qué hombre tan gracioso y divertido! De unos cincuenta años, debilucho, lleno de arrugas, con horribles marcas de quemaduras en la frente y en las mejillas, flaco, chupado, con la piel blanca de un pollo. En él había una extraña mezcla de ingenuidad, estupidez, astucia, desfachatez, simpleza, timidez, una manía por vanagloriarse e insolencia." De nuevo Dostoievski. *Memorias de la Casa de los Muertos.*

Eisenstein cerró el libro con tanta fuerza que salió una nube de polvo.

—¡Es una señal!, ¿entiendes, Jonathan? ¿Para qué todas esas protestas de ustedes si ni siquiera hacen que la facultad revise sus listas de lecturas?

—Yo no protesté —dije—. Yo estaba furioso con los idiotas del comité de estudiantes que en mayo bloquearon el ingreso a la Secretaría, exactamente el mismo día en que llegué a Nueva York, y por eso no pude inscribirme y tuve que esperar todo un semestre para poder empezar.

—Quizás fue por ti —dijo y volvió a abrir los ojos—. Quizás faltabas tú para que las protestas tuvieran éxito y en la lista ya no hubiera más antisemitas ni fascistas. Nunca se sabe lo que puede conseguir un solo hombre si está convencido de sus ideas y posee la suficiente determinación.

Volvió a llenarnos las copas. Ahora sonreía de nuevo, su ira parecía haberse desvanecido. Yo permanecí callado.

—Imagínate, Jonathan: hasta no hace mucho en este país no hubieras ni podido estudiar. En las universidades el ingreso de gente como tú y como yo estaba restringido. En Harvard había una cuota del diez por ciento, aunque casi la mitad de los postulantes eran judíos. ¿Y sabes cómo lo justificó el presidente de Harvard? "El mejor remedio para que haya menos antisemitismo es muy simple: menos judíos." Hasta hace un par de décadas en este país hubieras debido tener cuidado cuando salías a la calle durante las celebraciones de Pascuas. "¡Los judíos mataron a nuestro Dios!", decía en los letreros de las iglesias. Yo lo vi. Por ahora esos tiempos pasaron, pero autores como estos —sacudió el libro de Dostoievski— van a seguir siendo leídos siempre.

—Pero aquí también están en la biblioteca —objeté. Y todos los otros autores que él decía que eran antisemitas los tenía por supuesto también, como luego pude comprobar: Gustav Freytag, Gogol, Edith Wharton y por supuesto Martín Lutero.

Él sonrió abochornado como si lo hubiera pescado robando golosinas.

—Tienes razón, yo soy el peor de todos. Una vez hace mucho tiempo intenté sacar todo lo que tuviera una reputación algo dudosa, pero luego me di cuenta de que hubiera tenido que empezar por Shakespeare y lo dejé así.

Volvió a guardar el libro de Dostoievski en el estante, fue andando despacio y algunos metros más adelante sacó otro libro, uno rojo con

inscripciones en dorado.

—Si adivinas de quién es, tengo una sorpresa para ti.

De nuevo se puso a hojear, luego tamborileó con el dedo sobre un párrafo y comenzó a leer: “En la primavera si una doncella como una virgen me ofreciera una copa de vino junto a un verde campo de granos, aunque para el vulgo sea blasfemia, peor que un perro sería yo si mencionara otro paraíso”.[5]

—Dostoievski no es…

—Bueno, ya vas bien.

—¿Goethe? —¿Cuál podía ser la sorpresa?

—No, pero cerca. Mira… —Se acercó a mí, me pasó el libro y señaló algo en la portada. Yo leí mi propio nombre.

—Quizás fue tu bisabuelo, ¿quién sabe?

Me quedé con el libro y me senté. Estaba cubierto por una fina capa de polvo y tenía los lados gastados. En la tapa, en el centro de un escudo oriental ricamente ornamentado, estaba escrito con letras doradas en alemán: *Las sentencias de Omar, el fabricante de tiendas*, y en la portada: “Traducido del persa por Friedrich Rosen. Berlín, 1922”.

Yo estaba entusiasmado y quería seguir mirando, quería ver lo que había escrito mi eventual antepasado, pero Eisenstein me quitó el libro de las manos y se echó en su diván.

—Es el famoso *Rubayat* de Omar Khayyam. Siglo XI, Persia. Y esta es una de las dos traducciones que tengo. La mejor. A propósito, el traductor, este Friedrich Rosen, fue ministro de Relaciones Exteriores del Imperio alemán, el antecesor de Walther Rathenau.

Pero yo no había oído nunca ninguno de los dos nombres y pensé que si hubiésemos tenido un verdadero ministro de Relaciones Exteriores en nuestra familia, con toda seguridad mi padre no hubiera dejado de mencionarlo todos los días en la cena.

—Quién sabe —dijo Eisenstein, abrió el libro, lo apoyó sobre su pecho y se puso a hojearlo.

Durante un largo rato leyó para mí y para él los cuartetos de Omar, el fabricante de tiendas; la mayor parte del tiempo hablaba de muchachas y vino. Leía bien, en voz baja y lentamente, pero también melódicamente y en un alemán impecable como el que yo conocía de mi padre. Así me había leído él también hacía mucho tiempo, cuando yo estaba enfermo en cama. Seguimos bebiendo. En un momento cerró suavemente el libro y lo dejó apoyado sobre su corazón.

—En todos estos años —dijo— no logré descubrir qué es más

importante en la vida: seducir a una muchacha o leer un buen libro. Simplemente no encuentro una respuesta. Y es la pregunta más importante en la vida de un hombre.

Yo había cerrado los ojos y veía la imagen de Gretchen bailando delante mío. Tenía que dejar de beber urgentemente.

—No sé —dije. Sentía la lengua lenta y pesada—. Las dos cosas me resultan tentadoras.

Eisenstein se había levantado sigilosamente, como si no quisiera despertarme, y había ido hasta el escritorio.

—Creo —dijo mientras se sentaba en su sillón— que el secreto es no llegar nunca a la situación en la que uno tenga que decidirse. Mientras las dos cosas sean posibles no es errada la vida.

9

Ya no sé si ella había entrado exactamente con esas palabras, pero de pronto la tenía delante de mí, en el medio entre los dos divanes, entre el polvo de los libros y la niebla de los cigarros. Llevaba una camiseta blanca holgada y pantalones cortos de jean, su cabello rojizo relumbraba bajo la exigua luz, me sonrió y me miró. Yo quise levantarme, pero ella se sentó al lado mío en el diván y colocó su mano sobre mi pecho. Luego se inclinó sobre mí y me dio un beso.

Yo no había adivinado de quién era el poema, pero él igual tenía una sorpresa para mí.

Horas más tarde, cuando después de acompañarla a la puerta, fui tambaleándome por el corredor y entré a ese salón inmerso en la difusa turbiedad de un acuario, con la mente vacía y llena al mismo tiempo como después de una fuerte embriaguez, incapaz de cualquier idea clara y cercado por miles de imágenes de los últimos momentos, Eisenstein seguía como escondido detrás del escritorio. No se había movido un centímetro, por lo que pude distinguir en la semipenumbra; se había deslizado, empero, hundiéndose en el asiento del sillón negro como la pez, tenía las orejas a la altura de los reposabrazos, la cabeza hundida entre los hombros, de modo que su cuerpo, normalmente imponente, ahora se veía como el de un niño de delicada contextura. Pero su rostro tenía otra expresión. Si antes Eisenstein había parecido introvertido, distante como el distinguido contemplador de una obra de arte, de un *happening* que Gretchen y yo celebrábamos ante él, ahora que estaba solo conmigo su mirada era de una curiosidad clínica y de una indiscreción como si tuviera que saber sí o sí cómo había logrado yo lo que él acababa de presenciar. Como si hubiera algo que saber…

Indeciso de pie en el medio de la habitación incliné la mirada para ver lo poco que alcanzaba a espiar de él: sus blancos dedos, la colilla de un cigarrillo encendido entre ellos, los labios entreabiertos. Sus ojos

negros centelleaban desde la oscuridad, un animal depredador en su cueva.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Y… ¿cómo fue? —susurraba.

—¿Cómo fue… qué?

Me empezaron a temblar las piernas. Los desacostumbrados esfuerzos de la última hora se hacían notar. Estaba hambriento y sobresaturado a la vez.

—Dios, Johnny, no te hagas el tonto más de lo que eres. Vamos, dime.

Me dejé caer en el diván, allí donde hasta hacía unos momentos había estado tendido con Gretchen, y a medias incorporado apoyé la cabeza sobre el reposabrazos de tal modo que ya no lo podía ver más a Eisenstein.

—¿Decirte? ¿Qué tengo que decirte?

—¡Tienes que contarme, maldición!

Sus susurros habían dejado lugar a un hablar entre dientes impaciente.

—¿Qué quieres que te cuente si estabas ahí? ¿Qué te puedo contar que sea nuevo para ti? ¿No estuviste sentado todo el tiempo ahí y viste todo?

—Vi, Jonathan, vi. ¿Pero eso significa que participé? ¿*Yo* me acosté con ella? ¿*Yo* la toqué? Ni mucho menos. El único que participó fuiste *tú*, Jonathan. ¿Acaso yo soy tú? ¿Estoy en tu cabeza, estoy en tu cuerpo? Yo simplemente quiero que me dejes participar. Cuéntame sobre ella, sobre su cuerpo, sus movimientos, su perfume, su piel. Cuéntame tus sensaciones, cuéntame todo lo que sentiste. Déjame sentirlo, Jonathan, déjame sentir lo que pasó verdaderamente. Cuéntame cómo fue.

Yo me quedé entrecortado. Había subido el volumen de su voz, el tono sonaba más serio que lo que estaba acostumbrado de él, y tuve la sensación, ya antes de que el tercer “Jonathan”, esta vez totalmente alemán, me recordara definitivamente la forma severa en que solía llamarme mi padre, de que por un momento él había olvidado ocultar el acento extranjero en sus palabras.

—No estoy muy inspirado, creo.

—Conviértete en el amo y señor de tu inspiración entonces.

No cedía.

Yo no supe qué decir. No entendía. Él lo había visto, ¿qué más había para contar? Yo no sabía cómo se hacía para revivir en él con meras palabras algo que antes había estado vivo en mí.

—Yo… No sé qué decir.

Él no gritó, pero todo el cuarto se llenó de sus palabras.

—¿Qué significa eso de “no sé qué decir”?

Había dicho la primera parte de su frase en alemán y sólo mis palabras las había repetido en inglés. Yo volví a balbucear algo, empecé a filosofar sobre que toda vivencia es irrepetible e indescriptible y que cada ser humano es único y percibe las cosas de manera distinta a su vecino. Y sobre que las palabras, la lengua del hombre, no estaban hechas en absoluto para expresar la riqueza del instante fugaz.

—¿Cómo diablos quieres ser algún día escritor si no puedes hacerlo? ¿Sabes qué? —Ahora ya hablaba muy fuerte y agregó en alemán—: Tú sufres de impotencia, Jonathan. De impotencia descriptiva.

Luego todo se quedó en silencio, salvo su respiración detrás de mí. Algo se movió, por lo visto se había levantado. Oí su voz, por última vez en aquel atardecer. Había pasado definitivamente al alemán y volvía a susurrar, casi con en un canto, como si citara de un antiguo libro.

—Si no quieres contar nada, entonces no sé para qué viniste.

Yo me di vuelta y vi su oscura silueta saliendo de detrás del escritorio. Fue hasta la puerta del atelier, la abrió y quedó entonces bajo la última luz del crepúsculo que penetraba desde la otra habitación hacia nosotros.

—Te puedes ir ya mismo —dijo, y dejando que la puerta se cerrara de un golpe detrás de él, me dejó solo.

Al cabo de un par de minutos de silencio total me levanté y agarré mis cosas. Antes de salir del salón, fui hasta el atril junto al escritorio y di vuelta la tela. Estaba en blanco.

Luego fui andando por el corredor, pasando por delante de todos los libros; cuando bajé a la escalera, oí detrás de mí la puerta del apartamento cerrándose.

10

Y su puerta permaneció cerrada. Durante tres largos días no me animé ni a acercarme a la Willow Street, y cuando finalmente fui, no había nadie. Por primera vez me encontré allí arriba en el último rellano de la escalera delante de una puerta cerrada, como si ahora que yo la había cerrado una vez, no se pudiera abrir nunca más. Y así fue también las dos siguientes veces: esperé, respiré superficialmente, golpeé, traté de escuchar con atención, nadie me abrió. Me invadió el miedo de que hubiera podido mudarse o se hubiera ido de viaje por una temporada más larga, lo que hubiese significado el fin de nuestra amistad y de mi verano definitivo. El lunes a la mañana, empero, inesperadamente, la puerta había vuelto a estar entornada y yo encontré a Eisenstein en el salón, tumbado en uno de los divanes. Me recibió sin levantarse. Adoptó la forzada amabilidad de un altanero hombre de mundo e hizo como si nunca hubiera pasado nada. Mientras en el fondo se oía cantar a la Callas, sonriendo y mientras fumaba me sirvió oporto y al final terminamos de nuevo tumbados uno al lado del otro hablando sobre *El conde de Montecristo*, los ensayos de Emerson y Dostoievski.

Aquellos días intermedios, el tiempo de mi expulsión, empero, habían sido dulces y melancólicos e insoportables. No leí, no fui a las clases teóricas, después del trabajo me la pasé dando vueltas por ahí por el campus y corrí detrás de un par de muchachas de minifalda rosa que iban tarareando, las niñas de Belleville y North Bergen que ya no se portaban más bien. Pero no le hablé a ninguna y ninguna se percató siquiera de mí, lo único fue un “¡Ven aquí!” de las prostitutas de la Séptima Avenida. Yo había creído que mi primera vez había cambiado todo. Que ahora tenía que ser más seguro de mí mismo y estar más convencido, porque había demostrado que podía hacerlo, porque sabía cómo era y porque ahora era un hombre y ya no más un niño. Pero nada de eso, yo seguía siendo el niño pequeño, inexperto y tímido. Tumbado en mi cama, escribí un poema que debía medirse con

Rimbaud y Hart Crane y lo tiré a la basura. Pasé el rato con las fotos de Gretchen y mi radio a transistores. En las emisoras pasaban todo el tiempo “Get back”; “*Get back where you once belonged*”, me cantaba Paul, y sí, exactamente ese pensamiento era el que me torturaba en aquellos días. “*Get back, Jojo.*”

Pero yo no podía. El poder y la grandeza y la perdición de Nueva York, su brillar vibrante y centelleante y el vapor y el resplandor de noche y de día, su martilleo y su rodar y su trajín, su pulso acelerado, más fuerte y tintineante que el de las fábricas los lunes por la mañana me atraían, me atraían hacia ella, y así atravesé la noche con mi Rolleiflex en posición de tiro, disparé el obturador sacando de nuevo fotos de ella, la vi y la olí y la oí, cómo gritaba y aplaudía, tamborileaba y bailaba, su sublime y viviente y putrefacta naturaleza salvaje, los músicos que tocaban el bongó en el Washington Square Park con sus ponchos amarillo estridente, las cruces doradas de la procesión de San Genaro, el canto de las italianas y el llanto de la Virgen María, y de nuevo un desfile, aquí tocaban el banyo, allí gritaban Ho Chi Minh y NLF, una escuadra de jinetes que pasaba relinchando por la Bowery, otra por la Séptima Avenida, marchas por la paz rumbo al Central Park, *be-ins* y fuego de pajas en la pradera del Sheep Meadow, un quemado y tres policías heridos, debajo del Arco de Triunfo los turistas mochileros de Europa, arriba las gaviotas del muelle 45, del sucio pico les arrebatan directamente a las palomas el almuerzo que robaron de las terrazas del comedor universitario, y la esquina de Broadway y Lafayette, llena de los negros y los ticos de City College, y los proxenetas y las prostitutas y los *acid heads*[6] que acechan detrás de los tachos de basura, ¿me acechan a mí?, sí, a mí y a las *ladies* con sus seis perros el domingo por la tarde, a los gatos de tres patas sobre los tejados de chapa acanalada de zinc, a las ratas junto al río Harlem, a los hombres tatuados con sus jeans demasiado cortos, a los malabaristas y los payasos de Bryant Park, cómo revolotean a mi alrededor con sus trucos, cómo revolotean a mi alrededor las ventajosas oportunidades y los taxis y las bellas escolares con su lata azul para recoger donaciones para el Fondo Nacional Judío, revolotean como abejas buscando a su apicultor, y zumban: “*Jojo was a man who thought he was a loner*”, ¡sí, eso creyó!; cómo todo absolutamente zumba y canta, las fachadas de hierro fundido y los pizzeros y las grúas en el World Trade Center, cómo todo ruge y truena y llama, el bramido de los caballos cromados por el Puente de Manhattan, el aullido de los motores en Canal Street, el metro ladra y grita y chirría sobre nuestras cabezas y silba y tiembla y

traquetea bajo nuestros pies, el hombre del overol mete ruido, el vendedor de pescado bala, la vieja *algonquinsquaw* habla como echando pestes a toda voz, el grupo del jardín de infantes chilla, y el vagabundo vocifera, con sus gastadas botas está allí y vende coartadas, el barbudo Joe Namath me espera en la esquina de Church y Worth Street con el cartel de "Jesús murió por nuestros pecados", sospechosamente está todos los días delante de la entrada principal del Chase Bank, ¡muy sospechoso, *Mr*. Namath!, el Che Guevara me habla desde arriba del muro y grita: "*No more Miss America*!", y las futuras *Miss* América se vuelven, van balanceándose, me atraen llevándome por las calles, mecen sus caderas, se peinan los cabellos al andar, me saludan con la mano, dulce y melancólica e insoportablemente. Y yo, y yo soy sólo un pobre veinteañero con veinte monedas de cobre en el bolsillo y sólo quiero ser parte y no puedo y de algún modo siempre lo hago.

Me maldije y maldije mi incapacidad. Le di mis últimos dólares al venido abajo Napoleón junto al edificio del Empire State. Robé un *bagel* en Katz's Delicatessen porque ya no tenía más dinero. Me lo comí a la orilla del East River mientras miraba cómo jugaban a las bochas. Leí las palabras de los profetas en las paredes de las estaciones de metro. Fui al cine, vi *Butch Cassidy y Sundance Kid* en el Apollo y nos soñé a Eisenstein y a mí cabalgando juntos por el Salvaje Oeste: ¿no era él igual a Paul Newman, sólo que con rizos negros canosos, y yo igual a Robert Redford, sólo que sin bigote? Soñé que volábamos trenes y nos peleábamos por la misma mujer, la encantadora Katharine Ross en el rol de Etta Place en el rol de Gretchen. Nos vi huyendo a Bolivia y muriendo juntos en medio de una lluvia de balas.

—Muchacho, yo veo bien mientras el resto del mundo lleva gafas —me decía Eisenstein, y, muchacho, cuánta razón tenía.

¿Dónde está ahora él? ¿Cómo puedo saberlo? Esperan que pueda brindar información, yo, que pese a todo apenas conocí a Eisenstein y ahora que desde hace veinte años que no lo veo, pero yo vuelvo y vuelvo a insistir en que no sé nada y en que si supiera algo, no sabría decir si serviría de algo. Ni idea de por qué lo buscan y qué esperan de mis recuerdos, yo mismo no entiendo siquiera lo que espero de ellos cuando ahora vuelvo a revisar todo. Sé bien qué opinión me cabe tener acerca de mi memoria.

Describir día por día, eso es lo que me propuse, cada día y cada noche de mi primer y último verano de amor. Y después de pasarme noches revelando las fotos de mi Rolleiflex, hojeando viejos cuadernos

de notas y revolviendo en cajas con recuerdos, lo único que conseguí es volcar al papel un par de páginas cursis y chapuceramente escritas y con unos recuerdos falsos y contradictorios sobre algunos momentos que por alguna razón inconcebible me parecieron importantes.

Quizás no fui feliz aquel dulce, melancólico, insoportable verano de libros desconocidos y muchachas desconocidas, pero tampoco nunca fui más feliz, ni antes ni después. ¿No sospeché ya al cabo de mi primer día con Eisenstein, después de los atardeceres con él y Gretchen y Medea y Beatrice y todas las que seguirían y no supe después de que desapareció que mi vida ahora no sólo tomaría un curso totalmente diferente, sino que también yo podía hacer y dejar de hacer lo que quisiera y que no obstante jamás llegaría a la altura de aquellos días y semanas? Días y semanas de flanear por las calles y de ver, de conquistar y seducir, de leer y contar. Le llevé discos: las *Songs of Leonard Cohen, Nashville Skyline* de Bob Dylan, el álbum blanco de los Beatles, un *single* de "I Guess the Lord Must Be in New York City" de Nilsson… cosas que eran la última moda, pero las escuchábamos juntos. Momentos que parecen haberse preservado en el tiempo como las charlas con él cuando íbamos de compras por las calles arboladas de Brooklyn, el sexo con las chicas, "Suzanne" y "Lay Lady Lay", nuestras tardes y noches en los pisos vacíos de las fábricas del SoHo, en los *lofts* de Lower Manhattan y en los clubes nocturnos del Village, nuestras excursiones hasta Sheepshead Bay y Flatlands, las noches en la biblioteca de Park Slope, el murmullo de los pinos piñoneros y el aroma del aire al este del río Connecticut.

Momentos como estos. Estoy de pie junto a la ventana de su apartamento, miro abajo entre las cortinas la animada calle al mediodía donde una dama se arregla las medias, una madre llama a su hijo, los vecinos mayores se ubicaron sillas plegables a la sombra para poder sentarse un rato y conversar, donde dos vendedores de helado comenzaron a discutir, los dos con incipientes calvas y brazos musculosos de oscuro vello, hermanos parecen, que discuten por el derecho del primogénito de estacionar su carro delante de la entrada de la escuela primaria Beth-Hillel, donde ahora una horda de niños se abalanza por los portales y los rodea a los gritos. Los pequeños bárbaros de kipá y pantalones cortos no son registrados por los italianos gesticulantes que sobresalen de entre ellos como faros. Los veo romper como las olas, los veo bramar pero no los oigo. Ningún sonido penetra desde la calle, a mis oídos sólo llega la Callas cantando Violetta, interrumpida sólo por mi propia voz que se esfuerza por no titubear ni

entrecortarse mientras describo lo que veo.

Cuenta simplemente lo que ves, y cuando creas que ya contaste todo, simplemente sigue hablando, no te detengas nunca, pues siempre hay algo que no viste y no contaste aún.

Es mi ejercicio. Eisenstein está echado sobre los almohadones, un pesado infolio arma sobre su rostro un techo que lo protege del grano grueso de la luz diurna y de lo profano, su codo casi roza los tablones del piso, sus dedos dejaron caer el cigarro, el que apagado rodó hasta el pie de la mesa. No sé si se quedó dormido, pero no me atrevo a detenerme. Describo cómo la horda que rodea ambos carros de helado va saltando impaciente hacia un lado y otro, presiona y empuja. Cómo uno de los italianos gesticula salvajemente con la cuchara para servir helado y va dando golpes a su alrededor mientras el otro, más joven y más fuerte y con un aro reluciente pero también más moderado, lo mira con los ojos bien abiertos.

Me pregunto por qué uno gesticula tan agitadamente cuando está claro que tiene razón: se puede permitir permanecer tranquilo, al fin y al cabo el otro llegó después.

—No —dice Eisenstein. Quiere decir que no duerme—. No quiero saber tu opinión. Contaminas la escena con tu opinión.

Yo me concentro entonces de nuevo en lo que veo, intento describir cada detalle lo más exactamente posible para que ante sus ojos surja la imagen que me pidió.

—Descríbeme lo que ves, pero no como si *tú* lo vieras, sino como si estuviera simplemente allí, sin ti, sin tu mirada ni tu perspectiva. Describe qué es y descríbelo de tal modo que yo lo pueda ver. Y no sólo quiero verlo, quiero oír los sonidos, el ruido de la calle, las conversaciones, quiero oler sus olores, quiero degustar el sabor del mundo allí abajo en mi lengua. Quiero sentir lo que sienten los seres vivientes allí abajo. Si todos tus sentidos pudieran hablar, ¿qué dirían?

Yo miro una segunda vez y la veo. La conozco recién desde hace un par de días. Eisenstein y yo le hablamos en el Puente de Brooklyn, se llama Medea, sus padres son griegos. Tiene ojos oscuros y un corazón más oscuro aún, toca la guitarra en una banda y trabaja de camarera en Ottomanelli's, junto al parque. Después fui a tomar un café al local y le di "mi" dirección y le dije que la esperaba allí. Las palabras de Eisenstein puestas en mi boca.

Y ella viene en serio, corre, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, cruza la calle con su vestido floreado, el pelo suelto, su cuello moreno

por el sol como si hubiera pasado un verano infinito en la tierra de sus padres, su paso es el de una diosa de la Antigüedad, flota sobre el asfalto, pasando por delante de los vendedores de helado que en ese momento paran con su pelea, pasando por delante de los niños que se hacen a un lado como movidos por una mano mágica. Ella ingresa al patio delante de nuestra casa, su cabello negro desaparece debajo del techo del pórtico. Yo siento cómo gira el pomo de bronce, abre la puerta de caoba, se sumerge en el frescor de la escalera, sube los peldaños hasta bien arriba y finalmente se queda parada junto a la puerta del apartamento, vuelve a respirar hondo, se desprende de un velo de palpitaciones y temblor y entra en nuestro apartamento.

Después no le describí lo que vi. Le describí lo que sentí, lo describí como si yo mismo no hubiese estado allí. Dije lo que me decían mis dedos. Esa era mi parte de un trato que ninguno de nosotros jamás mencionó. Intenté hacerlo lo mejor posible. Supuse que él no estaba satisfecho conmigo y con mis habilidades; en su opinión yo sufría de impotencia descriptiva y eso era algo muy difícil de curar. Nunca lograría ser un escritor si no conseguía dominarlo. Pero él no me echó, él me escuchó y fumó y guardó silencio. Y con el tiempo y con las muchachas yo fui aprendiendo una y otra cosa.

Yo no le pregunté sobre su pasado y él no se interesó por el mío. Siempre que quería cambiar de tema o no quería responder a una pregunta, saltaba al ídish: "*Freg nisht, sog nisht*!",[7] y yo me quedaba callado. Después lamenté no haber insistido nunca, pero al final esto se me pasó cuando comprendí que él nunca me hubiera respondido con la verdad. La gente no sabía nada sobre él, a las chicas les mentía, ¿por qué iba a confiar precisamente en mí? Sólo algunas pocas cosas me quedaron en claro con el transcurso del tiempo: que había nacido efectivamente en Alemania, en alguna parte en el centro en alguna pequeña, insignificante ciudadela, como él decía; que debía haber vivido en Berlín (en el corredor había colgada una foto en blanco y negro donde se lo veía en una avenida de tilos, y cuando le pregunté al respecto, no evadió la respuesta, sino que indicando un punto sobre el horizonte de la foto exclamó ceremonioso: ¡La Puerta de Brandeburgo!); y que había llegado al país, al que por entonces yo aún llamaba "nuestro país", poco antes de que los Estados Unidos entraran en la guerra. Su alemán era mejor que el mío, algo comprensible, pues mis únicas fuentes para aprender alemán eran mi hermano, dos horas de clase por semana en la escuela y las periódicas visitas a la madre de mi madre en Pensilvania… sobre todo, empero, mis padres, los que si bien

en casa hablaban siempre alemán, eran simplemente mis padres. Incluso en Liberty, cuando iba con mi hermano y conmigo a comprar elementos para la pesca o íbamos a ver un partido, en las conversaciones con la gente de la ciudad mi padre deslizaba expresiones como *genau, meine Güte* o *mach nichts*. “Qué va a ser, el idioma uno lo lleva consigo”, solía decir, y cuando en aquella época después de la escuela yo iba por la calle principal y oía a dos personas conversando y uno de ellos decía *mox nix*, yo pensaba que mi padre, con esa actitud simpática y testaruda que tenía, se los habría enseñado. En contraste con los judíos que conocíamos, a mis padres no les importaba mucho parecer particularmente norteamericanos, por eso hablaban alemán, y cuando no querían que Sam y yo entendiéramos lo que decían, lo hacían en un extraño dialecto del que yo comprendía sólo palabras aisladas y que recién más tarde, en 1972, en mi primera visita a Múnich, volví a reconocer. A diferencia de los judíos que habían venido a los Estados Unidos antes de los años treinta y recién en los cincuenta se habían mudado del Lower East Side al interior, mis padres no ocultaban ni que eran judíos ni su origen alemán, y así sus hijos habían ido, por un lado, tres veces por semana a la escuela de Torá de Ferndale, Sullivan County, y, por otro, todos los viernes habían tomado clases de alemán con *Miss* Hoover, la cual en realidad era Fräulein Huber y hablaba alemán de Pensilvania.

Eisenstein, en cambio, hasta los veinte años no había hablado inglés. La gente que conversaba con él parecía no percibirlo, pues las veces que salí con él, ni una sola vez le preguntaron por su origen, algo que en Nueva York ocurría por lo general todo el tiempo cuando alguien notaba que su interlocutor tenía un acento extraño o un nombre inusual. Eisenstein imitaba el acento de Brooklyn casi a la perfección, se tragaba la “r” al final y pedía *ko-uh-fii* con tres sílabas, y así la gente pensaba que había nacido allí. Conmigo, sin embargo, hablaba alemán.

Lo segundo que sabía era más bien un no saber: yo sabía que todo lo que él decía sobre sus ocupaciones a la gente que lo conocía superficialmente no se correspondía con la verdad. Él no era ningún pintor, como yo ya había supuesto cuando había visto vacía y en blanco la tela donde en realidad debía estar el retrato de Gretchen. Todo aquello se reveló rápidamente como un truco para impresionar a las *shikses*. Músico tampoco era, porque más allá de sus largos dedos de pianista y el hecho de que prestaba una atención patológica a sus manos, y además de su pasión por la ópera, los conciertos, los *Lieder*, la música de cámara y las piezas para piano y entre estas sobre todo las

Variaciones Goldberg, no había nada en él que fuera comportamiento típico de un músico: cuando escuchaba una pieza no tocaba un teclado imaginario ni dirigía en silencio, no iba tarareándola, y tampoco se reunía nunca con otros aficionados para tocar. Su piano siempre estaba cerrado, las notas, una partitura de *Don Giovanni*, siempre estaban abiertas en un mismo sitio (*Aparece el comendador*). Tampoco lo vi nunca escribir, no había cuadernos de notas, ni máquina de escribir, ni hojas sueltas, ni manuscritos. Su escritorio meticulosamente ordenado no era siquiera un verdadero escritorio, y con toda seguridad no era el lugar de trabajo de un escritor que se encuentra abocado a un importante manuscrito; más bien era el sitio para guardar sus cajas de cigarros y, mucho más aún, una especie de protección para no ser visto detrás de la cual se escondía a medias cuando nos observaba a mí y a las chicas.

De dónde salía su dinero siempre siguió siendo un misterio para mí. Con qué había podido adquirir los libros, pagaba su alquiler y le invitaba copas a la gente en los bares nunca lo supe. *Freg nisht, sog nisht*! Quizás era simplemente descendiente de una familia adinerada, el hijo perdido de padres ricos que se pasaba sus ociosos días despilfarrando su herencia.

Tampoco me quedaba en claro qué hacía cuando yo no estaba. A menudo se quedaba hasta tarde en la cama, se levantaba recién poco antes del mediodía y luego iba en bata a su biblioteca. Hasta la tardecita se lo pasaba perdido en sus pensamientos en esa cueva, escuchaba a Beethoven u hojeaba algún libro. Era una vida realmente desperdiciada y carente de toda disciplina la que llevaba. No parecía dedicarse a ninguna actividad seria; nunca lo sorprendí en medio de un acontecimiento importante, nunca tuvo que hacer un llamado telefónico urgente, nunca estaba saliendo justamente porque tenía un compromiso imposible de posponer. No vi tampoco nunca apuntes diseminados por ahí ni lo vi enfrascado estudiando. En la selección de sus lecturas no se percibía sistema alguno, como para que uno al menos hubiera podido decir que iba perfeccionando sus conocimientos según un plan. Todo era juego, todo en el fondo era intrascendente, siempre le sobraba el tiempo, y siempre estaba dispuesto a dejarse distraer.

Salvo las muchachas que nosotros encontrábamos, no había mujeres en su vida. Llevaba la existencia de un hombre que ya a edad temprana abandonó la idea de una relación seria. Y pensar que fuera a burdeles resultaba ridículo, tan ridículo como pensar que fuera capaz o estuviera dispuesto a tener un matrimonio convencional e incluso a criar hijos.

Otras visitas aparte de mí por lo visto no recibía, pero en broma citaba cada tanto a un poeta alemán cuyo nombre olvidé: “No soy ningún misántropo. Pero si quiere visitarme, por favor sea puntual y no se quede demasiado tiempo”.

Hoy que *yo* soy el anfitrión y no quiero parecerle un misántropo al huésped que llega de improviso, veo todo lo que no sabía sobre Josef Eisenstein. Puede intentar describir quién no era. Pero no puedo decir lo que no hizo. Mi presencia, empero, no le molestaba. Incluso lo llevó a volver a explorar la ciudad.

—Cuando fuimos a comer juntos —confesó, el sombrero en una mano, el abrigo en la otra— era la primera vez que salía desde hacía por lo menos cuatro semanas. Vamos, salgamos.

La posibilidad de poder enseñarme Nueva York le dio la sensación de una actividad útil. Y así fue que en las siguientes semanas nos dedicamos a irnos de bares. Vivíamos en las calles, en los bares y en los bancos de la Washington Square Park como si fuera una gigantesca fiesta callejera que no terminaría nunca.

Momentos como estos. Estamos bajo la luz del sol en medio del Puente de Brooklyn, es un cálido día de junio, el viento canta en los cables de acero. Miramos las grúas por encima de nosotros, los autos y las motos y los camiones debajo y los barcos de pasajeros y los remolcadores bien abajo y volvemos el tiempo tres siglos y medio atrás, estamos junto a Henry Hudson en su barco Media Luna en medio del East River, bajo un nuevo cielo desconocido, rodeados de álamos plateados y sauces diamante en las islas e islotes y de cursos de agua y ríos, una banda dorada de nubes en el horizonte, la ensenada de Harsimus al oeste, el pantano de las cornejas, delante, la ribera del Mannahatta inmersa en las nubes de humo de los lenapes, con los que establecimos relaciones, intercambiamos pieles de zorro y almejas y conchas de caracol trompeta; después de rodear al Este Matouk, la Isla de los Jóvenes Guerreros, y al Sur la península de Narrioch, la Tierra Sin Sombras, subimos por el cinturón a la laguna superior, pasando por delante de la Isla de la Nuez, Paggank, donde algunos años más tarde desembarcarán treinta familias holandesas, finalmente un puerto seguro, pasando por delante de las tierras de los canarsies y la docena de minúsculas canoas para dos hombres entre los juncos de la ribera e ingresamos en el fiordo oriental, después de seguir durante millas hacia el Norte por el río Mauricio, hasta un sitio al que la gente del lugar llamaba Pempotow-wuthut-Muhhcanneuw, el fuego de los mohicanos,

sin tener éxito en nuestra búsqueda del pasaje noroccidental para la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, pero sí exitosos en reclamar todas las tierras cubiertas de pinos piñoneros en las márgenes derecha e izquierda del río para los Países Bajos Unidos, los que más tarde allí, allí atrás, ¿ves?, en la punta Sur de la isla, detrás del edificio de la American International, erigirán su fuerte, el que luego con el transcurso del tiempo cambiará seis veces de nombre y ocho veces de dueño, mientras a su alrededor se levantaban las casas, se asentaban las calles, se colocaban cercos de troncos y se construían los muelles en los que atracarán los barcos de Europa, para escupir a un par de temerarios y aventureros hombres y mujeres, comerciantes, artesanos y peones, grabadores, cazadores de pieles y prostitutas, ningunos peregrinos temerosos de Dios como más al Norte en Nueva Inglaterra, sino aventureros confiados en su suerte y gente ávida de hacer dinero.

—Un experimento humano único —dice—. Dale a todos los pobres y sometidos, a toda la gente que no encuentra solución en sus vidas un puerto seguro, arroja lo peor y lo mejor de todos los rincones del mundo en una minúscula superficie, revuelve con fuerza y espera a ver qué pasa.

Diciendo esto señala la línea costera de Manhattan, la que se extiende ante nosotros de Sur a Norte como hace trescientos cincuenta años la jungla en la que ahora nos disponemos a adentrarnos.

Hace calor, pero él sigue llevando puesto un abrigo ligero y sombrero mientras yo voy andando a su lado en jeans, zapatillas y una camiseta con diseño de batik. Seguramente nuestra imagen les causa gracia a los transeúntes y a las muchachas a las que abordamos, pero al menos no pasamos desapercibidos.

—Tienes que llamar la atención —me dice—, tienes que sobresalir de entre la masa como un poste totémico sobre la cúpula del *wigwam*, [8] tienes que ser Napoleón y el Minotauro al mismo tiempo. Es la única manera de lograr algo en el mundo.

Como si hubiera pronunciado la palabra clave viene hacia nuestros brazos, el mundo: sonriente, tranquila, deambulando, sin sospechar nada, nos la han enviado desde las tiendas, los bosques y las colinas como una mensajera de su tribu; su cabello negro lacio, peinado con aceite de cedro, con severa raya al medio, brilla en la luz de junio; lleva una camisa de seda de manga corta abotonada en todo su largo que deja ver sus brazos morenos y moreno también una parte de su escote; en su espalda carga una guitarra. Medea está a nuestra misma altura debajo del pilar occidental del puente. Quizás le asombra nuestro extraño

aspecto. Yo quiero llamarle la atención a Eisenstein sobre ella, pero él hace rato que ya la ha visto y ya ha pensado qué decirle, pues se cruza en su camino, no la deja pasar si ella antes no dice la palabra mágica.

Ella ríe y calla, nos mira con sus grandes ojos oscuros.

—Hace cien años en este lugar había una caseta con una barrera —dice él—. El que quería pasar a Brooklyn y daba la impresión de ser un vendedor ambulante o salteador o pordiosero debía pagar derecho de paso. Bueno, ¿tú qué eres?

Ella entra en el juego, no tiene prisa, no se hace rogar. Se recuesta sobre la baranda, toma su guitarra y la sostiene delante de su pecho.

—Yo soy sólo una pobre cantante.

—Musicantes y otras gentes errantes deben dar una muestra de su arte antes de que se les permita el paso. En caso contrario: pagar el derecho o dar la vuelta.

Ella se cuelga la guitarra, afina un par de acordes, se parece y canta como Joan Baez, *How many roads must a man walk down*, con el acompañamiento del murmullo de los camiones debajo de nosotros. Un par de transeúntes forman un corro a nuestro alrededor, sacan fotos, aplauden, dan un par de monedas, siguen camino alegres. Cuando acaba, aplaudimos y le hacemos lugar. Ella deja las monedas que tiene ante sus pies y pasa por delante de nosotros, siempre sonriente y tranquila y alegre. Yo noto que Eisenstein está simplemente parado allí y mira como ausente a la lontananza. *How many times must a man look up*, me cede el campo, pienso, y la sigo a ella unos pasos. Yo debería haber pensado un poco mientras ella cantaba, ahora tartamudeo y balbuceo algo de una cita, si estuviera interesada.

—Quiero decir una cita para una audición, tenemos contactos con una discográfica, quizás puedas firmar un contrato, quizás con nosotros puedas llegar lejos, y quizás sería algo lucrativo para ti, ¿qué opinas? —No me siento bien con mi mentira, es demasiado obvia y evidente, y por eso ella no me cree.

Sacude la cabeza y ríe.

—No toco nunca por dinero. El dinero destruye todo, el sentimiento, el amor, el arte, todo.

Tan fácilmente como Eisenstein lo logró con Gretchen ella no se deja engatusar. Tengo que trabajar en mi capacidad de convicción, pienso, o en la calidad de mis mentiras.

—Aparte tengo un trabajo que no tiene nada que ver con música, no necesito ningún contrato discográfico.

Entonces nos revela que trabaja como camarera en un café, en Ottomanelli's, junto al parque y se va y nos deja allí.

Momentos como estos. En Chinatown vemos cómo una unidad de unos cien hombres dispersa una sentada. Doce, quince chicas y chicos con sus mejores ropas de segunda mano, la luz del sol queda atrapada en sus coloridas camisas de volantes, están sentados sobre el asfalto de la Hester Street directamente delante de un supermercado asiático, cantan un par de canciones y sostienen en alto carteles. Cuando llegan los uniformados, se agarran de los brazos y se agachan, pero no sirve de nada. Esos no son policías, pienso, cuando veo cómo están armados esos hombres, eso es el ejército. Uno grita en un megáfono, otro le arrebata la pandereta a uno de pelo largo y vincha y la arroja contra la pared del supermercado. Las chicas y los chicos gritan "Ho Ho Ho Chi Minh" y logran hacerme sentir culpable, porque yo tengo la misma edad de ellos y sólo estoy parado a un costado. No lucho con ellos por la buena causa.

En segundos se ha reunido alrededor nuestro un gentío que se queda mirando. El cielo está mirando, y nosotros tenemos que irnos.

Después de la lluvia sale vapor de las alcantarillas del Lower East Side, y en las oleosas calles brillan tornasolados los charcos con los colores del arco iris. El cielo está suspendido lleno de nubes acuosas y desde una ventana abierta se escucha a alguien tocando el piano, primero apenas perceptible y algo irreconocible, luego se va distinguiendo una melodía que ya escuché alguna vez.

—Irving Berlin —dice Eisenstein, y comienza a dirigir para sus adentros en la vereda—. ¿Oyes? "Blue Skies". ¡Y el mismo hombre compuso "White Christmas" y "God Bless America!" Aunque el bueno de Izzy nunca abandonó realmente el *shtetl*.[9]

Luego Eisenstein se pone a cantar la canción. *Never saw the sun shining so bright, never saw things going so right*, y entonces yo también oigo tocar a la pequeña orquesta de Galitzia con clarinete y viola de arco y shofar y sus quejumbrosos tonos jasídicos. Después me enseña la casa donde se criaron Ira y George Gershwin, un angosto edificio blanco en la Segunda Avenida, en medio de la zona de los teatros ídish. Los Gershwin vivían en el segundo piso detrás de las escaleras de incendio, el edificio conoció mejores días, los vidrios de la tienda que hay en la planta baja están cubiertos con afiches pegados. En la parada de autobuses directamente enfrente de la entrada, Porgy y Bess están

sentados a la sombra y cantan “Summertime”.

—El bueno de George en realidad siempre quiso volver a Nueva York. Pero sólo llegó a los treinta y ocho años y murió allá en California.

Vamos recorriendo las calles, vamos a comer al East Village (“La pequeña Alemania le decían en ese entonces”, comenta Eisenstein, “hace cien años vivía aquí la mayor concentración de alemanes fuera de Alemania, podías comprar el periódico *Kölnische Zeitung* y beber una cerveza como corresponde, pero esos tiempos ya pasaron”), visitamos la Folksbihne y el Grand Theatre, les pedimos el teléfono a un par de bonitas rubias y les preguntamos cuál es el día de su santo, nos encontramos con Allen Ginsberg en la Bowery y bebemos una cerveza con Cole Porter.

—El *shtetl* lo llevas siempre contigo, Jonathan. Lo llevas dentro tuyo, te llames Gershovitz, Baline, Eisenstein o Rosen. Lo llevas bajo la piel, Jonathan. No puedes hacer nada.

Así transcurrieron los días. Yo fui andando por mi vida como una cámara con el obturador abierto. Por las noches apuntaba todo lo más fielmente posible en mis cuadernos de notas, como él lo exigía. Debía servirme como ejercicio. Yo quería escribir un libro pero no podía. En aquel entonces yo no sabía si llegaría el día en el que todo aquello habría de revelarse e imprimirse; ahora parece haber llegado. La década se acercaba a su fin, pero mi vida comenzaba. ¿Era feliz entonces? Así parece. Por lo menos yo no desconfiaba de mi felicidad.

11

Todavía lo recuerdo: fue el día en que allá en Queens había muerto Willy Ley; todavía al mediodía se oía a los vendedores callejeros de periódicos voceando la noticia.

—Otro nazi muerto —dijo Eisenstein—. Los norteamericanos tienen que llegar primero a la Luna para que sus científicos alemanes especializados en cohetes espaciales se puedan morir.

Un nublado y húmedo y pesado día de fines de junio cuyo atardecer había visto levantarse desde el Atlántico las primeras tormentas de verano. Después de la lluvia salimos a caminar por Brownsville y Crown Heights, abordamos a un par de muchachas en Prospect Park, pasamos por el Museo de Brooklyn y la boca de la estación de metro donde yo había visto por primera vez a Gretchen, y finalmente llegamos a Park Slope. Había sido un día particular, más particular aun que los ya particulares días con Eisenstein. Él estaba más callado y ausente y más distante que lo habitual. Iba andando apresurado por la calle, me dejaba medio metro atrás. Cuando lo alcanzaba, miraba testarudamente hacia adelante. En nuestras conversaciones con las chicas me dejó prácticamente toda la iniciativa, permaneció a un costado escrutándome, casi con desconfianza.

Cuando oscureció me enteré de qué era lo tan especial aquel día. En la Sexta Avenida, unas calles al norte del Cementerio de Green Wood, me condujo por una angosta entrada hasta un patio trasero lleno de basura. Se detuvo allí.

—Ahora tienes que jurar.

—¿Qué tengo que jurar?

—Jura que jamás le contarás a nadie.

—¿Contarle qué?

—Ya verás. Primero jura.

Juré.

—¿Juras por los pechos de Gretchen? —preguntó.

El juramento más sagrado. Recién lo rompo ahora.

Nos encontramos entonces ante las puertas de un bajo edificio de ladrillo a la vista que se escondía allí como si lo hubieran metido apretado entre garajes, la nave de la iglesia y la escuela primaria. Como una caja alargada, más un búnker o un cuartel que un edificio de viviendas. Las casas a su alrededor, edificios de piedra parda de cinco pisos, parecía como si lo protegieran, como los muros de una fortaleza medieval. Ningún cartel, ningún signo revelaba dónde estábamos, pero cuando entré detrás de él, comprendí. Bajamos un par de peldaños, yo cerré detrás de mí la pesada puerta con barras de hierro. El interior de la barraca era una especie de sótano, las enrejadas aberturas de las ventanas debajo de los equipos de aire acondicionado como máximo hubieran permitido alcanzar a ver las rodillas de la gente afuera, de haber habido alguien en el patio de la fortaleza. Pero estábamos solos. En un vestíbulo mal iluminado donde dominaba un imponente mostrador que quienes ingresaban debían traspasar. Un hombre ya no tan joven, de minucioso peinado y que parecía un enano detrás de su enorme mostrador, se asomó desde allí y mirándolo a Eisenstein asintió con la cabeza. Luego me observó de arriba abajo sin hacer el más mínimo gesto. Instintivamente me quedé quieto, como si de hacer un movimiento en falso me pudiera derribar con su mirada. Eisenstein, que ya estaba en la sala principal, se volvió y me hizo una seña para que me acercara. Yo le hice un gesto de asentimiento con la cabeza al hombrecito, el que ya no me prestaba más atención y estaba enfrascado en un libro, y lo seguí a Eisenstein al interior.

Llegamos a una especie de sala principal de la que, a derecha e izquierda, salían numerosos pasillos que llevaban a cuartos laterales. No había absolutamente nadie aparte de nosotros. Una atmósfera de silencio, concentración y soledad nos recibió y yo tuve la sensación como si en el fondo se oyeran suavemente coros gregorianos o al menos música de órgano, una tocata en menor. Pero en realidad lo que percibí fue el murmullo de los humidificadores de aire.

De todas formas el comportamiento de Eisenstein contrastaba extremadamente con aquella atmósfera conventual. Casi corría, como si hubiese olido un leve rastro que debía seguir apresuradamente. La sala principal era más vasta que lo que se podía suponer desde afuera y me recordó el salón de Eisenstein: también allí había una luz mortecina y crepuscular, también allí resonaba el eco de nuestros pasos y de nuestras voces en los negros tablones de madera, también allí las

paredes estaban cubiertas de libros, tan valiosos y únicos como en la Willow Street. Pero había diez, veinte veces más. Hasta donde llegaba el ojo, pared tras pared, hilera tras hilera llenas de libros. Algunos estaban abiertos en vitrinas, otros en armarios cerrados con cerrojo, y junto al predominante olor a cuero no olía a humo frío de cigarros y cigarrillos, sino a cera para el piso y bencina liviana de uso doméstico. En una columna había colgado un cartelito de plástico en el que escritas con marcador y casi ilegibles estaban las palabras que luego apunté en mi cuaderno de notas:

Un buen libro es la preciada sangre de un gran espíritu, embalsamada y atesorada para una vida después de la vida. John Milton.

En el centro había como una especie de sala de lectura. Eisenstein pasó rápidamente por delante de los cuatro sillones que había junto a las anchas mesas de madera de roble destinadas para estudiar allí. Yo lo seguí jadeando y como un novicio sigue a su maestro con la cabeza gacha hasta un pequeño cuarto lateral que me resultó más sombrío y más bajo aún. Había tan poca luz natural como aire fresco. Allí como en la otra sala había estanterías de metal laqueado, nada de costosos armarios de caoba como hubiese sido más adecuado para todos los libros que albergaba aquel sitio. Eisenstein se detuvo de repente delante de una estantería y sacudiendo extrañamente la cabeza se puso a mirar lo que había allí.

Los estantes no tenían ningún letrero. Tampoco había visto en ningún lado catálogos o registros. El que buscaba un libro allí sabía dónde encontrarlo. Esa no era la Public Library de Nueva York, con sus leones en la entrada y los frescos en el cielorraso, no era lujosa ni invitaba a permanecer allí, sino que, en lo austero y anodino, se asemejaba más a un depósito, a una filial olvidada hacía mucho tiempo en la que sólo unos pocos se extraviaban. Tampoco era la biblioteca de préstamo de Liberty donde yo había pasado las tardes lluviosas de la mitad de mi infancia leyendo libros de *boy scouts*. Aquí no se prestaba mayor valor al carácter público ni a un acceso fácil, eso estaba claro. Aquí se estaba entre nos.

Eisenstein parecía haber hallado lo que buscaba. Sacó un libro de uno de los estantes de arriba, lo acercó a su pecho y lo sostuvo un momento allí como si estuviera diciendo una oración de gracias. Tras estudiarlo brevemente —parecía aliviado— me extendió el ejemplar. Era un libro inesperadamente pesado, antiguo, grueso, con una extraña encuadernación roja. Las páginas tenían corte de oro con un grabado de estilizadas ramas de rosal. En la tapa vi también un exuberante motivo

floral, pero aquello no era cuero, era más suave y elástico, casi como un musgo rojizo.

—Terciopelo púrpura —dijo Eisenstein, que había escudriñado mi reacción— y las rosas están bordadas con hilos de oro, plata y seda y luego plisadas. No existe otra cosa así en todo el mundo.

—¿Qué libro es? —pregunté, porque me daba miedo abrirlo.

—La Biblia de Ginebra de 1583. Impresa en Londres por Christopher Barker. Barker era el impresor de la Corte de la reina Isabel I, y esta Biblia se le entregó a la reina el día del Año Nuevo de 1584. Isabel valoraba más estas encuadernaciones que las de cuero, y se dice que en su juventud incluso habría bordado ella misma libros como este. En su biblioteca había miles de libros así, con cubiertas de terciopelo y seda, algunos con perlas, otros con piedras preciosas, pero ninguno de esta calidad.

Hizo un movimiento como si quisiera volver a agarrar la Biblia, pero pareció contenerse y con un gesto me indicó que abriera el libro. Yo contemplé la portada, una página coloridamente ornamentada con títulos impresos en negro y en rojo (*THE BIBLE, Translated according to the Ebrew and Greeke*), las letras E y R de *Elizabeth Regina* sobre escudos azules y cuatro *putti* de piernas regordetas en las cuatro esquinas.

—La Biblia de Ginebra fue la preferida de todas las versiones en la Inglaterra del siglo XVI, y esta impresión fue seguramente la más perfecta y magistral. Ya sólo la portada es una obra de arte en sí misma. Se dice que Isabel hacía que en las misas se leyera de este ejemplar, y también Jacobo I, su sucesor en el trono, tuvo una. Pero cuando la Biblia del rey Jacobo estuvo lista, esta otra traducción se guardó de nuevo en un armario y fue olvidada.

Yo sacudí la cabeza sin poder creerlo. ¿Cómo podían estar esos objetos tan valiosos no en la biblioteca real en el Palacio de Buckingham, en Oxford o al menos en la Public Library, sino en aquel apartado depósito de Park Slope en Brooklyn?

—Efectivamente estuvo en Oxford, fue conservada en la biblioteca Bodleiana después de que el anticuario Francis Douce la cediera a principios del siglo XIX. Este, por su parte, la había obtenido del Museo Británico, que la había recibido tras la muerte de Jacobo.

—¿Pero cómo llegó de Oxford hasta precisamente aquí?

—Eso es algo que uno podría preguntarse de todas estas obras. Por caminos intrincados, diría.

Eisenstein no me dio nunca otra respuesta más que esta altamente

insatisfactoria, tampoco cuando, en posteriores visitas, le volví a preguntar. Lo único de lo que me enteré fue que aquel sitio era una especie de fundación, creada por numerosos amantes de los libros, particulares acaudalados que reunían en esa colección conjunta sus valiosos ejemplares y los exponían allí a disposición de todos los demás. Sólo iniciados tenían acceso a aquellas sagradas salas, Eisenstein se encontraba entre ellos y yo aquel verano también.

Aquel atardecer y los siguientes vi otros numerosos ejemplos de tal inapreciable arte librario que los innominados coleccionistas acopiaban en aquella oculta mazmorra. Pronto sospeché que en todo aquello había gato encerrado, pues si allí había libros que alguna vez le habían pertenecido a reyes y emperadores, obispos y Papas, en algún momento debían haber pasado a ser propiedad pública… y luego entonces, por intrincados caminos, habían caído en las manos de oscuros coleccionistas que a partir de ese momento los ocultaron de los ojos curiosos del populacho, y aquellos no podían ser caminos legítimos. Si Eisenstein mismo era uno de ellos o si aquellos ricos particulares por las razones que fueran simplemente le permitían el acceso a los espacios de la fundación, eso es algo que nunca pude saber. Como fuera, el hecho era que conocía bien esos espacios, como si él mismo los hubiera instalado, se movía entre las bibliotecas como un mago en su laboratorio de alquimia y me enseñaba lo que él consideraba correcto enseñarme.

Allí había libros de todas partes del mundo, indios, árabes, persas, japoneses, chinos, de la Antigüedad griega y latina, incunables medievales de Salamanca y París, del Renacimiento italiano, códices provenzales y bizantinos, herbarios, bestiarios, atlas, primeras impresiones de escritos de los padres fundadores, manuscritos con ilustraciones de Irlanda, Hungría o Armenia, novelas alemanas de principios del siglo en ediciones de colección y curiosas piezas únicas de los siete continentes. La calidad del cuero y del papel era excepcional y su presentación superaba todo lo que yo había visto hasta ese momento. Allí había incrustaciones de oro puro, bordados de seda, ornamentaciones hechas de ribetes y galones tejidos, encajes y volados, botones ornamentales de jade y marfil, confeccionados en los más diversos estilos de la historia del arte. Allí estaba el álbum de pinturas del imperio mogol, compilado en la India de la era de Shah Jahan, con encuadernación con barniz de laca, sesenta páginas de las cuales cada una estaba separada de la siguiente por una portada con ornamentos caligráficos. Los dibujos ilustraban escenas del Libro de los Reyes de

Persia: Rustam mata al dragón, Shirin encuentra a Farhad muerto, Layla visita a Majnun en el desierto. Junto a esto, imágenes de la vida de los mogules, cetrería, escenas de caza, retratos de ermitaños y derviches, incluso había una imagen de Jesucristo y la Virgen María.

En pergamino con tapas de cuero de cabra con inscripciones en oro estaba allí el *Filocolo* de Boccaccio del siglo XV, escrito y encuadernado en la Corte de Mantua por Andrea da Lodi con miniaturas del cremonés Pietro Guindaleri. Allí estaba el volumen verdinegro de la edición de 1843 en danés de *O lo uno o lo otro* de Kierkegaard, impreso en un delgado papel Biblia y publicado aún bajo el seudónimo de Victor Eremita. Allí estaba el *Don Quijote de la Mancha* de 1605, encuadernado en estuche atado con cordones e impreso en pergamino de becerro. Allí estaban las cuatro novelas de Jane Austen que había publicado en vida, entre 1811 y 1815, todas sin indicación de nombre y lugar, y al lado, en el mismo estilo, las primeras ediciones de sus dos novelas póstumas, en la cuales por fin se revelaba el nombre de la autora.

Allí estaba *Historia de mi vida* de Casanova en una edición pirata de Tournachon, quien a principios del siglo XIX tradujo la versión alemana de nuevo al francés. Allí estaba la *Historia natural* de Plinio el Viejo, con tapas de madera e impresa en vitela de Venecia con tornasoladas miniaturas multicolores en los márgenes de los comienzos de los capítulos e iniciales decoradas en cada página. Ya sólo hacer las miniaturas, explicó Eisenstein con ojos brillantes, había llevado cuatro años. Su nerviosismo, ahora que estábamos en medio de todos aquellos tesoros, se había desvanecido; como un adicto, me pareció, cuya necesidad había sido saciada y en cuyo rostro sobrevolaba ahora de nuevo el brillo de la satisfacción, por un momento de gracia.

Luego bajamos un piso más. Una angosta escalera de caracol llena de libros descendía en el cuarto de más al fondo a una gigantesca cueva, una cripta, la inmensa mazmorra de esa fortaleza. Allí sólo había un cuarto, y también este estaba cubierto hasta el último metro de estanterías, las que estaban ubicadas tan pegadas una a la otra que dos hombres apenas si hubieran podido pasar juntos entre ellas. Allí abajo hacía frío, olía a cuero y a plomo, y estaba tan vacío, sin un alma, como las silenciosas salas de la planta baja.

—Una pena que aquí no se pueda fumar.

Diciendo esto Eisenstein se puso un Davidoff entre los labios, lo prendió y me alargó el paquete. Yo sacudí la cabeza y miré a mi

alrededor, pues tenía demasiado respeto ante todos aquellos ejemplares de valor incalculable y demasiado miedo de que el viejo enano me descubriera y me echara de allí.

—El humo del tabaco no hace más que hacerles bien a estos libros —dijo Eisenstein—. ¿Qué sabes tú si no sabes eso? Al cuero, a la encuadernación, al papel. Al pergamino ni decir. Cuantos más años tienen, más humo necesitan. El humo conserva. Mata al gusano de la madera. Incluso el bordado en seda de la Biblia de Ginebra de arriba tendría una pátina más sana si aquí se fumara más.

Sacó un libro de una estantería, lo sostuvo delante de él y acarició lentamente las dos tapas, luego el canto y el lomo. Finalmente sopló una nube plomiza de polvo del libro y volvió a tocarlo, mientras sostenía el cigarrillo en la comisura de la boca, con la yema del índice y del dedo medio de la mano derecha.

—Así está mejor.

Allí lo entendí realmente por primera vez: el gesto que ya me había llamado la atención en Pedro's Diner y luego en su biblioteca cuando él sostenía un libro en sus manos, lo acariciaba y lo elogiaba, cuando acariciaba su superficie como si estuviera vivo y surcado por finos nervios. Él tocaba los libros como si ellos pudieran sentirlo. Cuando Eisenstein tenía tiempo, como aquel silencioso atardecer de verano bajo tierra, palpaba todos los cuerpos a los que podía acceder con sumo cuidado y delicadeza, de arriba abajo, por afuera y por dentro. Como si de ese modo los experimentara de una manera diferente que jamás le había sido concedida a ser humano alguno. Como si emitieran sonidos que sólo él oía. Como si sólo así pudiera leerlos realmente.

Eisenstein me extendió el libro. Esta vez era el orden opuesto a cuando yo había tocado primero a Gretchen y a Medea y a todas las otras muchachas y luego le había contado a él para que él también pudiera percibirlo con sus sentidos. Ahora él tocaba y luego me dejaba que yo experimentara lo que él había vivido. Pero del mismo modo en que le sucedía a él conmigo, yo también sólo podía suponer lo que él realmente sentía. ¿Acaso estaba yo en su cabeza, en su cuerpo?

Cuando toqué el volumen, me di cuenta de que esa era mi primera vez. No fue una coincidencia que se detuviera allí conmigo para encender su cigarrillo. El libro que había sacado no era un libro cualquiera. Fue el libro con el que comenzó mi amor. Su forma exterior era poco llamativa, mucho menos sensacional que la de los magníficos ejemplares de arriba, sin bordar, sin ornamentos en marfil, sin

cobertura de madera y sin corte de oro, sino encuadernado en un simple cuero oscuro. Era ligero, era cálido, estaba en mis manos como el brazo de una delgada muchacha.

Cerré los ojos y sentí. Entonces sucedió. No sé cuánto tiempo había pasado, pero de repente me incorporé asustado, abrí los ojos y casi dejé que el libro se me escapara de las manos. Miré interrogativamente a Eisenstein, pero él no hizo más que fumar y asentir con una sonrisa. Sí, aquello no fue un sueño, no fue una imaginación, o si lo fue, fue algo que compartí con él. El libro se había estremecido mientras lo asía, como un animalito en sus sueños, durante una fracción de un instante se había movido ligeramente en mis manos, había temblado entre mis dedos, como si pulsara la sangre bajo su superficie.

Miré, y allí yacía en mis brazos, como antes anodino e inocente, inmóvil, oscuro y muerto. ¿Pero no me había equivocado, no? Había golpeado contra la punta de mis dedos, el cuero había ascendido y descendido debajo de mi mano, ¡había respirado!

Cuidadosamente abrí el libro y leí el título: *Justine o los infortunios de la virtud.*

Eisenstein rompió el silencio.

—Por este libro al marqués de Sade lo internaron en un manicomio. Qué tiempos aquellos, ¿no? ¡Escribías un libro y te declaraban enfermo mental! Hoy en día ni a la cárcel vas por eso, a lo sumo se prohíbe la obra y un par de años más tarde se publica una versión domesticada. Qué pena. Porque cuando uno escribe, se trata precisamente de que tus congéneres te tomen por loco.

Lo hojeé brevemente. Las páginas eran de un material raro, de un tornasolado color amarillo paja y con una textura como la del papel de tina, suave y delicado y tan elástico que aunque se lo plegara no quedaría una marca.

Luego leí un par de frases que más tarde apunté de memoria:

Es preciso que el equilibrio se mantenga y sólo los crímenes pueden conseguirlo. Los crímenes sirven a la naturaleza y por lo tanto no pueden ofenderla.

Yo sólo pienso en el sacrilegio, yo sólo amo el sacrilegio, el sacrilegio debe marcar todos los momentos de mi vida.

El asesinato es la ley máxima de esta naturaleza ante la cual los necios se paran sin poder entender.

—En tus manos tienes la primera edición —dijo Eisenstein—. Escrita durante su encierro en la prisión de la Bastilla en los albores de la

revolución. Más tarde el Marqués reescribió dos veces *Justine*,pero esta versión es la mejor. Recién fue redescubierta por el poeta francés Guillaume Apollinaire hace sesenta años y fue publicada por primera vez en 1930 en París por una editorial comercial. Pero esta edición es de 1919.

—¿Cómo es posible?

—En 1909 Apollinaire compiló una edición de las obras completas en la cual, sin embargo, *Justine* se publicó sólo en forma parcial. Un par de páginas, nada más. Un admirador anónimo le escribió unos años más tarde diciendo que estaba interesado en la novela completa, que quería comprarle el manuscrito, que el precio no importaba. No obstante, Apollinaire se resistía y no respondió a la carta. Algunas semanas más tarde había muerto. Falleció el 9 de noviembre de 1918, supuestamente de gripe española, pero las verdaderas circunstancias de su muerte no fueron esclarecidas.

—Y un año más tarde se publica este libro…

—"Publica" no es exactamente la expresión correcta. Esta *Justine* es un ejemplar único, una pieza de colección que fue hallada dentro de la colección del Barón von Teck luego de su trágica muerte cuando se ahogó en el Rin. Antes le había pertenecido a un comerciante de cava de Bingen. También él se ahogó cuando su barco zozobró río abajo.

—Trágico.

—Hay quienes dicen también: el destino. Pero mira cómo está hecha: la encuadernación, el armado de las páginas, ya sólo el tipo de letra. Es una Centaur, una forma renacentista de la Antiqua, probablemente una de las tipografías más bellas de todos los tiempos. En ese entonces recién había sido hallada y aún hoy sólo se usa raramente. Pero siempre que encuentro un texto con la tipografía Centaur me sucede algo mágico y no puedo dejar de leer hasta la última página.

Yo me sentía inclinado a darle la razón. La agradable fisonomía de los tipos individuales, de una simplicidad impecable, la disposición entre ellos, la distancia entre las líneas, el espacio blanco en los márgenes: todo esto irradiaba una armonía, una promesa de paz espiritual repetida en cada página que tuve la sensación de ser absorbido por el texto, aunque estaba en francés y apenas si entendía una palabra. Pero allí no se trataba de entendimiento, sino de embelesamiento. Se trataba de que la lectura de la página de un libro podía suscitar un estado de absoluta claridad del espíritu más allá de

todo lo mundano.

—Este libro parece tener una maldición —Eisenstein me despertó de mi soñar despierto— que cae sobre todos los que lo poseen; por eso se lo conserva aquí, donde no hay un dueño conocido con nombre. Una jugarreta al destino.

—¿Y cómo llegó a Estados Unidos? ¿Por intrincados caminos?

—Así es. Se dice que un anticuario judío lo adquirió en 1929 y en 1933 lo llevó consigo a Francia. Por miedo de los alemanes y por sabia prudencia decidió emigrar en 1938 y partió en barco a Nueva York, pero en el viaje falleció de un infarto. *Justine* debe haber quedado en su cabina. El barco, el MS Normandie, era un gigantesco buque de pasajeros a vapor francés, el más grande de su época, portador de la Cinta Azul. Pero al iniciarse la guerra, a su arribo a Manhattan el Normandie fue confiscado por los Estados Unidos y con él, y sin que nadie supiera de ella, *Justine*. Los franceses reclamaron la devolución de su barco, pero los norteamericanos se negaron a hacerlo. Un par de años estuvo atracado allí en el muelle 88 enfrente de Weehawken, donde casi se incendió por completo. Durante las tareas de rescate un bombero italiano encontró a *Justine* en la cabina del anticuario y se la llevó en secreto para vendérsela por un par de dólares a sus socios de negocios, los honorables señores de la Mulberry Street. Y estos finalmente encontraron a alguien que estaba dispuesto a pagar mucho dinero por esta obra de arte.

—Un libro muy especial, entonces.

—Tócala. ¿Lo sientes?

Yo lo sentí.

Se había hecho tarde. Estábamos solos, dos hombres en un sótano, a nuestro alrededor, silencio. Qué hora era, cuánto tiempo había pasado desde que habíamos llegado: no podía decirlo. En un momento volví a subir, pero arriba las luces ya estaban apagadas. El viejo se había retirado de su puesto. Reinaba una calma espectral. Asustado tropecé en la oscuridad, sacudí en vano la puerta. También las ventanas no se podían abrir más que una hendija y con las rejas nadie podía entrar ni salir. Al no encontrar ninguna salida trasera regresé al sótano donde estaba Eisenstein.

Este se había acomodado en un pasillo sobre una base de libros. Estaba allí entre dos filas de estanterías tumbado con los brazos cruzados sobre una serie de libros que había extendido sobre el piso desnudo y que iban desde su cabeza hasta sus pies, envuelto en su

abrigo, inaccesible como un cruzado de piedra sobre su sarcófago. Debajo de la cabeza se había colocado una pila un poco más alta, tenía los ojos cerrados. Yo me acerqué sin saber si aún estaba despierto. Cuando estuve parado junto a él abrió de repente los ojos y me miró como si hubiera soñado conmigo.

—*Mr*. Rothbard nos permite que esta noche durmamos aquí.

Eisenstein susurraba. Por lo visto no era la primera vez que se quedaba encerrado allí abajo.

Yo lo imité, tanteé en el pasillo contiguo un par de libros en la estantería y los elegí según su grado de blandura. Con ellos me armé un lugar para dormir, coloqué el libro más blando arriba de todo y apoyé allí la cabeza. A través de las hileras de libros de los últimos estantes vi el cuerpo de Eisenstein tendido del otro lado, inmóvil. Había vuelto la cabeza hacia mí, pero no pude distinguir si me miraba o si ya estaba dormido.

—Imagínate —escuché finalmente su susurro— que todo el mundo estuviera hecho de libros.

No me resultaba difícil imaginármelo.

—Sería terrible, ¿no? Tan terrible como si no existieran los libros. El mundo vive en el resquicio que nos dejan entre sí los libros.

Yo temí que fuera una larga noche sin dormir. Allí estaba yo tendido con los brazos cruzados sobre el pecho, con la cabeza sobre una antigua novela alemana, con el aroma del cuero y el pergamino en la nariz. Recién entonces me di cuenta de que desde hacía horas me estaba congelando, pues sólo llevaba puesta una camiseta y allí abajo hacía frío como en una cripta.

Pero dormí larga y profunda y más profundamente y tuve sueños locos. Cuando me desperté a la mañana siguiente, sentí como si toda la historia del libro sobre el que había tenido apoyada la cabeza hubiese transcurrido delante de mis ojos. Como si yo mismo fuera un personaje de la novela.

LIBRO DOS. PRIMERA PARTE

BAJO LA PIEL
DE LA VIDA DE UN CRIMINAL

1

El siglo veinte, podemos afirmar ya aunque para que verdaderamente llegue a su fin todavía nos queden algún par de insignificantes años por delante, fue un siglo de los extremos. El que no fue extremo en este *saeculum* o bien fue un hombre del pasado, ingenuo habitante y vástago de un mundo previo manchado de tinta, caído en un feliz olvido, o pertenecía ya a un futuro no demasiado lejano, un futuro de tibios y mediocres, a una generación ya en marcha colmada de comodidad y conformidad cuyos seres fabricados en masa miran desde arriba entre divertidos y con desprecio a los extremos y parpadean. Estos, en cambio, los desmesurados y sin molde ni modelo podían estar seguros de que la posteridad los recordaría: es que sí, profundamente agradece el espíritu humano los excesos de lo excéntrico, lo extremo y lo extravagante. Los nombres de un Mao o de un Hitler o un Stalin, de un Idi Amin o un Pinochet, de un Pol Pot o un Suharto, de un Mengele o de un Göth, pero también los de un Chikatilo o un Fritz Haarmann han quedado grabados para siempre en la piel del siglo pasado como signo de su infamia.

En la lista de los villanos no ha de hallarse el nombre del hombre cuya historia queremos contar aquí. Es que Josef Eisenstein fue uno de los monstruos más geniales y al mismo tiempo de los más desconocidos. Algún contemporáneo, sino todos, lo habría de llamar bestia, monstruo y engendro del infierno; y quizás algunos pocos habrían de reconocer al genio que en sus obras sobreviviría a su época. Pero si nadie pronuncia su nombre y se estremece al hacerlo o expresa su admirado asombro —o ambas cosas—, esto se debe al simple hecho de que las obras y los actos de este hombre fueron al mismo tiempo tan atroces y geniales, sí, su genialidad reside en su atrocidad y viceversa, que no pudieron más que permanecer ocultos al mundo; y habrían de permanecer ocultos para siempre si no intentáramos aquí tan temerariamente volcar de una vez por todas al papel y arrancar del olvido lo inaudito. Pero este

destino de no ver jamás unidos sus actos a su propio nombre lo compartió y lo comparte Eisenstein con muchos otros monstruos no sólo de este siglo que ya se acerca a su fin, sino de toda la historia de la humanidad. Bastantes asesinos múltiples, criminales de guerra, terroristas, carniceros, asesinos seriales y otros seres inhumanos habrá habido cuyos nombres no han llegado hasta nosotros aunque en sus conciencias pesaran el sufrimiento y las vidas de innumerables personas —o no pesaran—, y si bien nosotros, los hombres del presente, solamente conocemos a los grandes tiranos y déspotas, esto no nos impide saber, aunque sólo lo reconozcamos para nuestros adentros, que del infranqueable macizo de psicópatas y autores de crímenes capitales que produjo la naturaleza humana los que de entre ellos poseen nombre no constituyen más que aquella cima que ya se divisa desde lejos.

Pero si uno se acerca un poco más al reino de lo inimaginable para el común de la gente, si dirige su mirada hacia el lado oscuro y los abismos de la vida humana, constatará que los nombres conocidos sólo con muy poca frecuencia corresponden a aquellos en cuya atrocidad también residió un cierto grado de genialidad; sí, cuya atrocidad recién por su genialidad adquiere el aroma de lo interesante, de eso que nosotros, hombres de la media, necesitamos tanto para darle algo de atractivo a nuestra sosa existencia. Este aroma que habrá de tensar al máximo nuestros nervios brotará del destino de Josef Eisenstein ya desde el día mismo de su nacimiento en el año 1919.

Ahora bien… Si hemos de presentar aquí la historia de su vida, es bien probable que el lector ya en este punto, tras estas palabras introductorias, no pueda evitar manifestar tempranas dudas sobre la veracidad de lo que va a relatarse. Tampoco con el transcurso de la historia, podemos afirmar, podrán descartarse totalmente tales dudas ni atenuarse siquiera en modo alguno: demasiado colosal es la medida del horror cuya minuciosa descripción sentimos que le debemos al espíritu de la historia como para que no sólo sean comprensibles reservas en cuanto a la sinceridad y la confiabilidad del narrador, sino también absolutamente esperables. Permítasenos afirmar entonces aquí, y no por última vez, que los elementos de la historia que se le ha de presentar al lector en las páginas que siguen no sólo fueron observados con ojo fiel en la pura vida tal como aconteció, sí, y si se permite la expresión, no sólo fueron sentidos con mano fiel, sino que en igual medida, y aunque no todos los detalles puedan presentar el deseado carácter inequívoco y la deseada verosimilitud, débense estos a una verdad superior como la

que la naturaleza sólo suele revelarle al hombre en las obras más sublimes del arte.

Entonces pues, el nacimiento. O quizás comencemos un poco antes. Es que Josef Eisenstein fue gestado en los revueltos tiempos del año 1918 de nuestro no precisamente poco revuelto siglo, en el atardecer del mismo día que vio caer sobre el Somme al Barón Rojo. Por la mañana de ese día, unos diez mil kilómetros hacia el oeste, un muchachito se despertó bajo un ciruelo debajo del cual, agotado por las labores del campo, se había quedado dormido la tarde anterior. Cuando al salir el sol el rocío temprano cubrió las briznas de hierbas, también de las hojas del ciruelo cayeron finalmente algunas gotas; una de ellas, que antes había entrado en contacto con los excrementos de un ave fragata y llevaba consigo los gérmenes patógenos de la gripe que allí se encontraban, cayó directamente en la garganta del muchacho que dormitaba con la boca abierta. Este se despertó entonces, se sacudió de los muslos el polvo y la suciedad del día anterior y se puso en camino hacia la casa de sus padres, donde a modo de saludo su madre lo recibió con una buena tunda.

El muchacho enfermó al día siguiente de una fuerte gripe que lo mantuvo dos semanas atado a la cama y luego se lo llevó, aunque no sin antes tener oportunidad de traspasarle el germen de la enfermedad a su madre, a su padre y a su hermano mayor. Mientras a los tres días de la muerte de su hijo la madre y el padre se hallaban juntos ante su tumba, aquel hermano mayor, llamémoslo Jim, ya había partido en un largo viaje del que no habría de regresar. La guerra había llamado a Jim y Jim había respondido a su llamado; hasta Europa había llegado, donde le traspasó el virus a la mayoría de sus compañeros y a una prostituta de Ámsterdam. Desde allí la gripe, a la que posteriormente se denominaría española porque las primeras noticias sobre una epidemia provinieron de la prensa española que se hallaba menos sometida a una estricta censura, y por ello naturalmente se supuso el foco de la enfermedad en la Península Ibérica, se expandió hacia Europa Occidental, Italia, Suecia, sí, hasta el Himalaya. En el año 1920 finalmente, cuando la epidemia presentaba visos de extinguirse, aparte de Jim, su pequeño hermano y la prostituta holandesa, veinte millones de personas habían hallado la muerte, tres veces más que las víctimas que había cobrado la Guerra Mundial.

Unos nueve meses después de la mencionada mañana de abril en la que derribaron a Richthofen, el hermano pequeño de Jim se despertó y Josef Eisenstein fue gestado en un coito breve y sin dolor, con la

denominada ola de otoño el germen patógeno llegó también a Weimar donde atacó sobre todo a los muy jóvenes y a los muy viejos, a los pobres y a los hambrientos. Corrieron rumores sobre quién tenía la culpa de ello y se escucharon supersticiosas fantasías sobre cómo se propagaba la enfermedad, presunciones sobre pescado envenenado por los franceses, otras que hablaban del polvo y pijamas demasiado ligeros, de ventanas cerradas o abiertas o simplemente del manejo descuidado de viejos libros. La administración de la ciudad reaccionó rápidamente y ordenó a sus empleados las más estrictas normas de higiene. En el tranvía se negaba el acceso a las personas que no llevaban mascarilla protectora, las escuelas permanecieron cerradas, en los hospitales se decretó cuarentena. Teniendo en cuenta lo riesgoso de la situación los futuros padres de Josef decidieron que el parto tuviera lugar sin asistencia médica en la casa de la Parkstrasse, en presencia sólo de la vieja y fiel nodriza María que ya en su momento había traído al mundo al señor de la casa ahora padre en ciernes y a su hermano mayor.

El nacimiento de Eisenstein tuvo lugar un helado día de febrero. Durante semanas había hecho tanto frío que la Fuente de Neptuno en la Plaza del Mercado se había congelado, pero ahora las temperaturas habían descendido hasta tal punto que hasta en el parque el río Ilm estaba cubierto por una capa de hielo de un dedo de grosor. El último invierno de la guerra había causado estragos, el carbón se había acabado hacía tiempo y la leña también escaseaba tanto que la gente había comenzado a talar árboles en el bosque de Webicht y en el barrio de Tiefurt. También en la casa de la Parkstrasse donde habitaban los Eisenstein desde 1912 se había acabado el combustible por lo que entre aquellos antiguos muros reinaba un frío glacial. Tanto frío hacía que María, la nodriza, ya tenía preparadas cinco mantas de lana, dos para el niño, tres para la madre.

A la madre de Josef, Fanny, Mendel de soltera, casi le alegró en igual medida el recién llegado como el saber concluido por fin aquel calvario, el cautiverio babilónico, como denominaba medio en broma a su embarazo. Pues cautiva se sintió desde el mismo instante en que se enteró del estado en que se encontraba; cautiva de un no nacido aún que comenzaba su vida poniendo fin a la suya. La suya que recién apenas había comenzado. Pues Fanny seguía siendo aún joven. Y antes de la guerra, a los dieciséis años, había alcanzado éxitos considerables en las tablas, razón por la cual ahora tenía la esperanza, más aún, esperaba que tras la finalización del conflicto su carrera prosiguiera sin dificultades, sí, y que se elevara incluso hasta más altas esferas. Ahora

que ya hasta los más tercos nacionalistas veían llegar la derrota del Reich a mediados del verano, ahora que pronto habría paz, que las cosas volverían a la normalidad y la gente volvería a acudir en masa a los teatros, ávida de entretenimiento y diversión después de todos aquellos años de privaciones, ahora Fanny podría hacer realidad su sueño de niña y ascender como una nueva estrella al firmamento.

Cuál no habrá sido entonces su decepción, más allá de toda su alegría de madre, cuando le anunciaron la buena nueva. Es que aquel molesto estado, aquel ser vivo que anunciaba su derecho a existir en mal momento, aquel ser humano amenazaba con aniquilar sus sueños. El ser madre, sospechaba ella, no sólo le quitaría flexibilidad ante ofertas de grandes salas, sino que también haría que fuera menos deseada apenas el público ya no la viera más como una joven virgen amazona sino como la matrona que era. Y ni hablar de las inclemencias a las que el embarazo sometía a su cuerpo. De ahora en adelante tendría que actuar con corsé, poniendo así fin a su juvenil destreza, debería levantar sus caídos pechos y tapar las arrugas de su escote.

Lejos de entregarse en sus pensamientos a la idea de poner prematuro término a su embarazo, sí se descubrió aquí y allá abrigando el mudo deseo de que el niño sufriera alguna minusvalía o no fuera apto para afrontar la vida, con lo cual por sí solo habría de ponerse fin a todo menester. El ser humano, solía decir ella citando a Humboldt, debe desear lo bueno y lo grande, del resto se encarga el destino.

Pero en los momentos que pasaba en el salón de lectura sin hacer nada e incapaz de cualquier ocupación útil ella también recordaba que desde el primer día, una sofocante jornada de julio del año 1914, la boda con el doctor Samuel Josef Cahn Eisenstein había significado que ella habría de dar a luz hijos. Si se limitaba a uno solo, aquello sería verdaderamente una buena fortuna. Debía lograr entonces que su esposo no tuviera en mal momento la oportunidad de hacerle otro. Quizás así, pese a la maternidad y su arruinada figura, le sería concedido poder proseguir con su carrera.

No era que ella no amara a su esposo, pero lo amaba por su dinero. Y todas las posibilidades que le había abierto la boda con el adinerado y famoso profesor, desde el día del anuncio de la buena nueva hasta el del parto, Fanny las había ido viendo desvanecerse rápidamente. Como fuera: cuando finalmente en la mañana del 6 de febrero hubo llegado el momento, Fanny Eisenstein se alegró al ver a su primer —y como habría de saberse más tarde— único hijo. Después de haber tocado el pequeño cuerpo y comprobar que estaba frío, frío como el de un niño

nacido muerto, y que de la proximidad a él no había de esperarse ningún calor, una breve mirada fue todo lo que, agotada por el gran esfuerzo del parto y por el frío cortante en la casa, pudo dedicarle aquel día a su hijo. Se alegró, pues, y le entregó aquella cosita menuda que lloraba a la nodriza, quien lo lavó, lo secó, lo envolvió en las mantas de lana y lo llevó al cuarto contiguo. Allí, en una habitación demasiado grande, casi como un salón, colocó María al bebé en su cunita donde en algún momento finalmente se calmó.

Fanny, a quien del otro lado de la doble puerta cerrada no le llegó nada del llanto de su hijo, moría de impaciencia por mostrarle el pequeño Josef a su esposo apenas este estuviera de regreso en la ciudad. Hasta llegado ese momento sentía que era su obligación cuidar de su belleza y salud, se envolvió en tres mantas y se durmió.

Para ese momento el padre de Josef Eisenstein daba un gran rodeo a la ciudad y contaba cáscaras de papas en el bolsillo de su abrigo. Estaba regresando de Jena donde acababa de anunciar su programa de clases para el semestre de verano, había llegado a la estación con el tren del mediodía y ahora, en lugar de, como lo hacía habitualmente, seguir derecho por la avenida Carl August y por la Wielandstrasse y la Schillerstrasse, tenía que buscar un camino evitando el centro para llegar a la mansión donde su familia residía desde hacía generaciones. Es que Samuel Josef Cahn Eisenstein, doctor en Filología por la Alma Mater Jenensis, pertenecía a una familia cuyas raíces en Weimar se remontaban hasta 1770, hasta el día en que Anna Amalia había nombrado Judío de la Corte del principado a un comerciante de Schwanfeld. Él era descendiente de un primo del Gran Duque Comisario y Banquero que había provisto de plata a la Corte. Su abuelo, así se decía, de niño había llegado a servir de sostén al viejo Goethe en su última caminata por la montaña del Kickelhahn, y su padre, allí mismo, en el año 1774, había ayudado a reconstruir la casita de Goethe que se había quemado en un incendio un par de años antes. Samuel personalmente no se había visto atraído por los negocios bancarios de la familia. Al momento de la concepción de su hijo era, con treinta y nueve años, un científico reputado entre los especialistas y que también gozaba de alta estima en el exterior, docente de Lingüística General y Comparada, coautor del *Diccionario etimológico indoario*, una obra que formaba parte de la bibliografía básica de la aún joven rama de la Lingüística Histórica. Pero su fama se extendía mucho más allá de los límites de su ciudad natal no sólo por su actividad científica: el haber

servido como oficial le había deparado, entre otras condecoraciones, en el año 1916 la Cruz de Guerra Wilhelm Ernst, su actividad como concejal de la ciudad de Weimar le había asegurado un lugar en el parlamento del Estado federado, y no sólo eso. Desde el último noviembre, con cartas a Berlín y en charlas personales, también se había empeñado y con éxito en ser candidato para la Asamblea Nacional, y había calculado que no tenía las peores chances. Cuando en enero la elección de la sede de las sesiones recayó en su ciudad natal, no cabía en sí de gozo; cinco días más tarde, empero, cuando se distribuyeron las bancas, resultó que los votos de su partido no habían alcanzado por muy poco para que él pudiera ocupar una.

Durante dos semanas el Dr. Eisenstein estuvo reñido con él y con el mundo, habló de complot e intrigas. En la mañana a la que nos referimos aquí, empero, decidió no otorgarle al asunto más importancia de la que merecía. Si esa república creía poder renunciar a hombres como él, entonces era de prever que no fuera a durar mucho. Él, por su parte, volvería a dedicarse a la ciencia y a cultivar su vida social. Ya en marzo pudo volver a sacar a la luz sus antiguos manuscritos, pues para preparar materiales completamente nuevos para sus clases había regresado demasiado tarde de Francia. Ahora finalmente podría comenzar también con ese proyecto que abrigaba, desde hacía tanto tiempo, de redactar una nueva y decisiva *Historia de la lengua alemana.*

Molesto le resultaba, por lo demás, todo el caos que provocaban ahora en Weimar y que ese día lo obligaba a emprender un más largo camino a casa. Policía en cada esquina, los representantes de la prensa venidos de la capital y luego el ejército gris de los diputados. Sacudiendo la cabeza pasó por delante de las vallas que se veían bordeadas de honorables ciudadanos de cuellos alzados y un par de tontos de la academia con blusas constructivistas, que cerraban el paso a la plaza del Teatro Nacional donde un total de doce guardias de mascarilla custodiaban las escalinatas, y entró en el Schützen, un local que desde que el hombre tenía memoria servía bebidas a los cocheros de la Plaza del Teatro. Allí bebió una taza de té y le encargó a un muchacho que le llevara a la Parkstrasse la leña que habían acordado allí mismo unos días antes. El muchacho, un rubio flacucho de como máximo doce años, no era el más saludable, como pronto pudo comprobar el Dr. Eisenstein. Tosía y jadeaba tanto que Eisenstein estuvo a punto de liberarlo de la carga, darle las cáscaras de papa acordadas y llevar él mismo el atado a su casa. El cargo de conciencia ya se le estaba haciendo casi insoportable cuando doblaron en la esquina del Frauentor

y divisaron los estucos de la fachada de la casa familiar. El doctor le dijo al pobre y simple muchacho que dejara la carga delante del portal, él mismo la subiría.

Llegado a las habitaciones del primer piso, también Eisenstein sudaba ahora del esfuerzo al que su delgado y delicado cuerpo de sabio no estaba acostumbrado, y sudaba tanto que, contra todo sentido común, pensó que el muchacho lo había contagiado y que la enfermedad ya se había declarado: una incubación de cinco minutos, bromeó para sus adentros, ¡impresionante! Pero más allá de si su agotamiento era algo normal o no: ya con el riesgo de que aquel muchacho lo hubiera podido contagiar de tuberculosis, peste neumónica o de la misma influenza que media Weimar sufría desde hacía siete días, bastaba. Decidió entonces saludar a su esposa sólo desde lejos. Cuando la vio durmiendo en su cama, recordó su estado, pero María, que recibió la leña que había traído, le comunicó la buena nueva. Y así fue como también le hizo una visita a su hijo recién nacido, visita durante la cual se cuidó extremadamente de no tocar a la nodriza ni acercarse a menos de diez pasos al bebé, el que en el último rincón de la sala le pareció como una larva transformada en crisálida. Ya llegaría el momento en el que el bebé se convertiría en una mariposa, pensó. Luego se dirigió con gesto satisfecho a su estudio y se puso a trabajar.

Aquel día María fue entonces la única que tocó el necesitado cuerpo de Josef después de que este dejara el vientre de su madre. Y todo el tiempo en que la gripe asolara aquellas tierras habría de continuar siendo así.

2

Ya haya sido debido a la influenza que seguía causando violentos estragos, y de la que los habitantes de la ciudad no podían decir si peor que los males que había traído consigo no eran las masas de diputados que desde hacía semanas abarrotaban las calles, las plazas y los restaurantes de la ciudad, o simplemente por la ya considerable avanzada edad de la nodriza y la longitud del hilo de la vida que le había sido otorgado, el hecho es que: una semana después del nacimiento de Josef, María falleció en paz y con una sonrisa en los labios en la *chaise longue* donde había pasado los días y noches anteriores velando por el pequeño Josef.

—¿Pero qué pasa? —preguntó el Dr. Eisenstein cuando entró a la habitación del niño. Su esposa, preocupada ante la ausencia de los ruidos que todas las mañanas le llegaban desde la habitación contigua hasta su lecho de parturienta, había encontrado muerta a María y enseguida lo había llamado. Él puso los brazos en jarretera y sacudió la cabeza, igual que si le hubieran jugado una mala pasada yahora no tuviera más que identificar al culpable para darle un sermón. Indeciso, permaneció tieso en la postura que había adoptado.

—Quizás deberíamos haber calefaccionado el cuarto del niño —dijo Fanny.

El Dr. Eisenstein sacudió de nuevo la cabeza, esta vez por la suposición de su esposa de que el frío en la habitación hubiera podido tener algo que ver con el deceso de María.

—Demasiado calor tampoco es bueno —dijo.

—Tenemos que sacarlo de aquí —dijo Fanny aparentemente preocupada por la salud de su bebé de una semana. Pero tampoco ella se movió.

—Correcto.

Ambos estaban tensos a la espera de lo que el otro dijera. El Dr. Eisenstein no estaba seguro de a qué se había referido su esposa cuando

había dicho "sacarlo": si a su hijo o al cadáver de la gobernanta. Lo que fuera, pensó, lo uno o lo otro, algo debía pasar. Pero ni él ni Fanny abandonaron su inmovilidad. Después de todo lo que se decía sobre el riesgo de contagio no querían tocar a la vieja María. Fanny todavía estaba amamantando, lo que significaba que María la había ayudado a sacarse la leche con una bomba para dársela luego al niño en mamadera. Si el niño ya se había contagiado o no era algo que los padres no se atrevían a decir. Todo parecía tranquilo en su cunita, nada de tos, nada de estornudos, nada de afiebrados gemidos. ¿Quizás ya…? ¡Pero no… ahí! La manta se movía aún, ascendía y descendía ligeramente. El niño dormía tranquila y profundamente.

Tras medio minuto de silencio que uno hubiera podido interpretar como de duelo, los padres de Josef se voltearon, salieron de la habitación donde para bien o para mal su hijo debía permanecer aún un pequeño rato junto a la muerta, cerraron firmemente las puertas tras de sí y, una vez que el señor de la casa se hubo ocupado de los trámites necesarios, volvieron a entregarse a sus ocupaciones.

Muchachas jóvenes no escaseaban. Pero Eisenstein resolvió que era importante que la nueva no sólo estuviera absolutamente sana, fuera eficiente y resistente, sino que también fuera capaz de obediencia absoluta. Al fin y al cabo, su tarea consistiría en mantener a Josef estrictamente alejado de todo contacto corporal con otros así como también en no entrar ella misma en ningún contacto con otros; al menos hasta que no se hubiera aplacado la ola de gripe. Ah, sí, y tenía que ser una *shikse*.

Así pues, a los diez días del nacimiento de Josef y tres del deceso de María del vecino Schöndorf llegó a la casa de los Eisenstein la joven de veintiún años Henriette Condé, una grácil reformada francesa de mirada tímida que ya había demostrado sus dotes como niñera con sus tres hermanas menores, a las que había criado junto con su madre en la casita de jardín donde habitaban.

Para Henriette, de cuya sana constitución el doctor se cercioró personalmente, el empleo significaba la posibilidad de alimentar a su familia, sobre todo porque el joven padre no le pagaba en contante sino en especias: todas las semanas le hacía llegar a su casita de Schöndorf una canasta con dos docenas de huevos, un cuarto kilo de papas, un repollo y un embutido de Schmalkalden. Ella comía en la cocina después de llevarle su sopa de harina, su bizcocho tostado y su cerveza de malta a la señora de la casa a la cama, pasaba las noches en la

misma *chaise longue* en la que había dormido su antecesora y desde allí sólo perdía de vista al pequeño Josef cuando tenía que cerrar sus ojos.

Cuando Henriette vio por primera vez al pequeño Josef quedó sumamente sorprendida. Estaba en su cuna cubierto de ajustadas vendas de la cabeza a los pies, vendas que debían protegerlo tanto de los piojos como de que se lastimara con sus propias manitos. Tan pequeño y frágil le pareció el bebé de diez días, tan pálido, silencioso e inmóvil que en un primer momento dudó de si en él quedaba aún un destello de vida. Se preguntó si no le daban demasiada poca leche, pero la señora Eisenstein le aseguró que todo estaba perfectamente, que el niño simplemente era un poco más delicado, que en eso al fin y al cabo salía a la madre.

Ese mismo día el Dr. Eisenstein mantuvo con ella una conversación sobre lo necesario que era el correcto trato de su vástago.

—Bajo ninguna circunstancia —dijo mientras observaba desde el vano de la puerta de la habitación infantil cómo se mecía la cuna que Henriette impulsaba con su pie izquierdo y sus pupilas se iban desplazando ligeramente hacia un lado y hacia otro—, bajo ninguna circunstancia debe entrar Josef en contacto con desconocidos. Mírelo, Henriette, lo delgado y pálido que es, y comprenderá que debemos hacer todo lo posible para proteger su débil constitución. Evite, por lo tanto, todo lo que pueda significar un riesgo para él. Envuélvalo siempre firmemente y en forma segura con las vendas. Aparte de eso tenga en cuenta evitar usted misma todo trato con personas que directa o indirectamente puedan ser sospechosas de portar el germen de la enfermedad. Y en este momento eso significa casi todos en la ciudad.

Henriette, que era consciente de que desde donde estaba parado el Dr. Eisenstein no podía ver de ningún modo a su hijo, miró al pequeño que dormía tranquilo. Sí, tenía razón, Josef era un niñito frágil y delicado, hasta su hermana más pequeña había sido más robusta al nacer que aquel niño enclenque de rostro exangüe. ¿Pero cambiarían algo las vendas, aquellas reglas para el trato? Al fin y al cabo, sus hermanas se habían revolcado en el barro, habían jugado con los perros y habían sido reprendidas por la misma mano que poco antes había recogido los huevos de ganso del nido. Y ninguna se había muerto por ello.

Pese a estos reparos Henriette se tomó a pecho las órdenes del señor de la casa. Más aún: cuando oyó lo serio que era el asunto para él y se percató de cuánto dependía de su obediencia que su madre y sus hermanas continuaran siendo provistas de alimentos, decidió sumar a la

precaución del padre una precaución aún mayor. Ni el pequeño Josef ni ella podían permitirse que él cayera enfermo. Así pues sometió sus cuidados en las primeras semanas a la más estricta observancia.

No dieron ningún paseo por las calles nevadas de la ciudad. También el parque fue tabú para Josef y para ella. Los alimentos, hacía que los dejaran delante de la puerta, los recogía recién después y los lavaba, cepillaba y cocinaba ella misma. Desinfectaba las mamaderas y los pezones de la madre con alcohol, los pañales del niño los lavaba con agua tan caliente que luego durante días se le pelaba la piel de sus escaldadas manos. Las ventanas de la habitación infantil permanecían siempre cerradas, también las cortinas estaban la mayor parte del tiempo corridas, como si la luz del sol pudiera afectar más aún la débil constitución del niño. Las puertas sólo se abrían para ella y recién se ventilaba cuando había cubierto la cuna con uno de los opacos paños de lino. Y también ella misma, aunque se sentía absolutamente sana, se cuidaba de tocar lo menos posible al pequeño Josef.

Al cabo de un par de semanas, sin embargo, comenzaron a instalarse las primeras dudas en la cabeza de la bella Henriette. Lejos de aumentar de peso, de tornarse más robusto, de crecer o de perder la palidez de la piel, el pequeño Josef parecía haberse vuelto aún más débil. También sus signos vitales, desde el momento de su primer encuentro ya bastante escasos, fueron cada vez menos y más débiles. A los padres, sin embargo, que casi nunca aparecían por aquel cuarto, esto no parecía preocuparlos. Aun cuando su predecesora les hubiera asegurado que todo seguía su curso normal y que los niños crecían cuando era el momento de su desarrollo, Henriette tenía suficiente experiencia con sus hermanas como para saber que a esa edad los niños ya no dormían más todo el día, sino que también alzaban la cabecita o, cuando les cambiaban los pañales, fijaban la vista en las cosas que tenían delante. Nada de todo aquello hacía el pequeño Josef. Su incapacidad para agarrar con sus manitos cosas que se movían o para al menos seguirlas con la vista en su opinión expresaba una insuficiente curiosidad frente a la vida. Como si en algún momento el niño hubiese decidido que el mundo no le podía ofrecer nada que pudiera despertar su interés y por ello rechazara todo intento de entrar en contacto con él. Su hambre no aumentó, como si se hubiera adaptado a la ración que se había decidido en un momento. Tampoco reía el niño como lo conocía de sus hermanas, tampoco reaccionaba a su rostro cuando ella sonreía o hacía morisquetas. El pequeño Josef simplemente miraba a un lado indiferente o era como si mirara a través de ella. Lo peor, sentía

Henriette, era el hecho de que le diera lo mismo si ella estaba en la habitación o no. Poder o no poder verla no parecía cambiar en nada su estado de ánimo siempre igual. Aquello que le había parecido la mayor carga con sus hermanas, esto es, la incapacidad para quedarse solas, era algo que ahora deseaba fervientemente, aunque más no fuera para satisfacer su orgullo femenino.

Las dudas de Henriette sobre el sano desarrollo de su pupilo se hicieron finalmente tan grandes que decidió revisar el estricto reglamento del cuarto infantil. Ni el pequeño Josef ni ella podían permitirse que él se debilitara tanto que muriera. Aparte ahora parecía que junto con el invierno por fin también la gripe se iba acabando. Se armó entonces de coraje, alzó al niño de su cunita con manta de lana y paño de lino incluidos, lo llevó al cochecito que estaba en el corredor sin usar desde febrero y a escondidas salió a dar un paseo con él.

Así pues, fue una soleada mañana de marzo cuando el pequeño Josef vio realmente por primera vez la luz del mundo, y a partir del momento en que el aire fresco revoloteó alrededor de su nariz también él pareció cobrar vitalidad. Se desperezaba y se estiraba en su carrito, extendía las manitos, gorgoteaba, y cuando llegaron al parque del río Ilm hasta pareció producirse la magia de una pequeña sonrisa en sus mejillas. Esto hizo tan feliz a Henriette y le produjo tanto orgullo que se olvidó del tiempo y continuó andando y andando por el parque.

Henriette no sabía bien qué pensamientos la habían conducido hasta allí, pero al cabo de un paseo de dos horas empujando el cochecito se encontró en Schöndorf delante de la casita de jardín donde vivía su familia, se dejó abrazar y besar por sus hermanas y recién entonces, cuando también su madre la abrazó cariñosamente, se percató de cuánto las había extrañado durante las semanas que había pasado recluida en la mansión de Weimar. Tanto las niñas como la madre tampoco podían despegarse del pequeño Josef: él, que seguía mirando tan extrañamente despierto, dejó tan embelesadas a las damas que lo alzaron de su carrito andante, le quitaron la manta y una tras otra lo tuvieron en brazos, lo acariciaron y besaron.

Y el silencioso pálido bebé de apenas unos meses pareció disfrutar de que se ocuparan de él. Puede ser que no se enterara mucho de lo que sucedía a su alrededor, pero viéndolo allí en el regazo de la hermana mayor que lo hamacaba hacia un lado y otro, viéndolo cómo agarraba con sus puñitos los dedos que la hermana del medio le había extendido, y viéndolo romper en regocijantes gorgoteos cuando la menor le sopló

en la cara… allí dio la sensación de que volvía a la vida.

3

Dos semanas más tarde sus hermanas habían muerto. El virus de Kansas había cobrado también allí, casi un año después y en otro rincón de la Tierra, su varias veces millonésimo tributo, y esta vez directamente en triple número. Lo maldito en él no era la forma inexorable en que actuaba, el que cobrara tantas víctimas y atravesara fronteras de naciones y los mares del mundo, sino el que fuera tan selectivo. El que fuera tan pretensioso como un niño mimado y no se llevara directamente a la familia entera, sino sólo a miembros aislados, mientras los sobrevivientes, sorprendidos y furiosos por tal arbitrariedad, sacudían la cabeza de pie junto a sus tumbas. También la madre de Henriette y ella misma se vieron exentas, libres de todo signo de la enfermedad, tan ignoradas por la muerte que al final la señora Condé se echó sobre el cuerpo de sus tres pequeñas hijas suplicando que no la rechazara.

En las penurias de su alma Henriette le confesó al doctor que había actuado en contra de sus indicaciones y se había llevado a su hijo; como si con ello abrigara la esperanza de apaciguar al destino y poder evitar lo peor. Luego pidió vacaciones. Una vieja conocida de la familia, Adele Flachsland, de la Riesstrasse, una persona confiable, informada y minuciosa, ocupó su puesto, y así pudo Henriette regresar por el tiempo que siguió a la casa materna y hacer allí todo lo humanamente posible.

Pero de nada sirvió. Ningún bizcocho tostado, ninguna agua de miel, ningunas medias con vinagre, ninguna compresa para la pantorrilla, ni manzanilla ni tilo. Tampoco sus oraciones fueron escuchadas. Los temblores se hicieron más intensos, los rostros se volvieron cada vez más pálidos, más frío el sudor en sus frentes infantiles. Subió la fiebre, aumentaron los calambres, luego vinieron el esputo y la bilis verde. Ni siquiera un pequeño trago de té podían retener. Sus gemidos sonaron más fuerte, más quejumbrosos, más deplorables, hasta que al final se hicieron más escasos, más sordos y se apagaron totalmente. Entonces se

las llevó, la muerte; en el transcurso de cinco horas, aprovechando que estaba allí, lanzó sus garras. Primero fue la menor, luego la del medio, luego la segunda, de modo que Henriette, aunque se sentía bien y no tenía síntomas, se preparó para comparecer ante el Salvador. Pero a ella no la quería. No se sentía más débil, no le raspaba la garganta, no tenía húmeda la nuca ni los ojos vidriosos. La muerte no tenía ningún interés en ella.

Así pues, tres días más tarde se encontró sola junto a su madre ante las tumbas recién cavadas de sus tres hermanas en el Cementerio Central. Henriette se disponía a tomar del brazo a su madre, pues el pastor ya había arrojado ceniza sobre ceniza, había pronunciado la bendición de despedida y el Padrenuestro, cuando percibió que había allí presente un tercer deudo. El Dr. Eisenstein había ido para darle el pésame a su madre. Consternado, esforzándose por contenerse, se lo veía allí guardando una distancia respetuosa, con su abrigo negro y sus pantalones grises. Cuando las dos mujeres lo miraron, las saludó quitándose el sombrero y haciendo una profunda reverencia.

Pero Henriette sospechó que su consternación, sino actuada, era de otra índole que lo que podía suponer su madre. Ella sabía que el señor doctor la consideraba a *ella* culpable de la muerte de las niñas. Y ella no podía evitar darle la razón. Al fin y al cabo, se había rebelado ante sus explícitas órdenes, se había ido en secreto y con ello había hecho que la desgracia cayera sobre inocentes. El Dr. Eisenstein y ella sabían ambos que la idea que desde hacía días se había apoderado de sus mentes, la idea de que las tres y también María, la nodriza, habían muerto porque en el interior del pequeño Josef anidaba latente algún germen maligno, en el fondo era algo absurdo. Afirmar tal cosa no era más que pura especulación, una imputación insostenible, bobadas católicas. Y condenar a Henriette en base a una tal suposición era algo más que impropio.

Pero el Dr. Eisenstein hizo lo que tenía que hacer.

—Quizás sea mejor —dijo mientras los tres iban andando por la avenida en dirección hacia la capilla— si en los próximos tiempos se dedica usted un poco a su anciana madre, Henriette. No se preocupe por sus ingresos; por supuesto se le enviará un paquete. Hasta ver. Y ya hemos encontrado también una reemplazante.

Hasta ver. El Dr. Eisenstein, pensó Henriette, tenía remordimientos de conciencia.

Y no se equivocaba. Pero en la conciencia de Eisenstein no sólo

pesaba el hecho de acusar a Henriette de algo de lo que de ningún modo se la podía acusar, sino también el reconocimiento de la debilidad de sus creencias. Es que para entonces la convicción de que todo tenía una explicación científica lo había abandonado y en lugar de ello se había entregado a la idea de que espíritus y demonios se habían apoderado del pequeño Josef. Lo que la inteligente Henriette no podía sospechar era cuán mal le hacía sentirse a Eisenstein la idea de que la presencia de su propia carne y de su propia sangre pudiera tener una relación causal directa con la muerte de seres inocentes. Pero como de esa idea no podía extraer prácticamente ninguna conclusión práctica y plausible, Henriette era el chivo que había que mandar a Azazel al desierto. ¿Qué más le quedaba?

Para calmar su conciencia, no sólo le había enviado otros tres meses embutidos de Schmalkaldener a la señora Condé, sino que también había tomado a la conocida que había ocupado el puesto de Henriette. Esta, una mujer mucho más mayor y mucho menos bonita, en los primeros momentos le dio la impresión de ser muda o sorda o las dos cosas, pues en su rostro no se trasuntaba ningún signo de comprender ya fuera que él le diera una orden, un consejo o algo por el estilo. Pero por lo visto se ocupaba bien del pequeño Josef, ya que, a diferencia de la bella Henriette, no perseguía ningún fin propio, sino que siempre hacía lo que le mandaban.

Pero Adele Flachsland no era ni muda ni tonta. Podía hablar, aunque sólo lo hiciera con frases relacionadas entre sí mientras dormía. Tampoco era sorda. Lo único que no funcionaba en ella era el órgano para captar las emociones humanas. Tenía dificultades para sentir lo que sentían los demás, por eso tampoco le parecía necesario darles una señal de que había comprendido o de que estaba de acuerdo. Ella hacía lo que le decían y eso era suficiente. Al pequeño Josef lo trataba con la misma imperturbable apatía con la que hubiera tratado a un cerco de jardín recién pintado que hubiese tenido que cuidar. No le parecía necesario tocarlo y así tampoco lo hizo. Simplemente para su supervivencia era necesario acostumbrarlo a alimentos sólidos, una vez por semana frotarle el fragilucho cuerpo con un cepillo y cambiarle los pañales cuando era necesario. Acariciar y mimar, hacer cosquillas, gatear y dar palmadas, hacer morisquetas, soplarle en la cara, aplaudir, parlotear y balbucear: nada de eso era el estilo de Adele. Y como Josef tampoco nunca lloraba ni se quejaba ni estornudaba ni tosía, tampoco existía razón alguna para pensar en hacer las cosas de otro modo.

Para los Eisenstein estaba bien. La madre de Josef, a la que no le

interesó el motivo por el cual Henriette había cambiado por Adele, tampoco le interesó cómo se comportaba la nodriza. Cualquier mujer que se hiciera cargo de su hijo los años difíciles le venía bien. Mientras no requiriera demasiado de ella y se encargara de que Josef tampoco lo hiciera no se preocupaba. El padre de Josef, en cambio, que participaba un poco más en la vida del pequeño, porque sentía que con su hijo también había resuelto el tema de la sucesión de la familia Eisenstein, consideraba a Adele un regalo del cielo. Pues aunque Henriette había sido más agradable a la vista, más inteligente e indudablemente más lista, y su comportamiento dejaba vislumbrar sentimiento y sensibilidad, por lo visto después de todo lo que había pasado la frialdad interior y la apatía que mostraba Adele constituían las condiciones de vida adecuadas para su hijo. Con Adele Flachsland como niñera el contacto con Josef no significaría más ningún peligro para inocentes.

Y así fue. Días y noches pasó Josef en su habitación infantil, sólo interrumpidas por breves excursiones por el salón y el corredor y por la mañana temprano o en las tardes al vecino parque. Seres humanos no veía a ninguno excepto por su nueva nodriza, su padre y ocasionalmente su madre. Eso debía ser suficiente.

Y Josef creció. Contra los antiguos temores de Henriette, no permaneció pequeño como un bebé de un mes, sino que poco a poco fue adquiriendo la corpulencia y la altura correspondientes a su edad. Pálido seguía siendo, pero sus bracitos se fueron alargando, sus piernitas se fueron poniendo más fuertes, finalmente comenzó a incorporarse, a estar sentado, a estar parado y a poner un pie por delante del otro, tal como tenía lugar habitualmente el desarrollo del aspecto físico.

Había otro aspecto, empero, donde su desarrollo no parecía corresponderse en absoluto con lo que se esperaba, y sobre todo con lo que su padre esperaba de él. No hablaba. Ningún sonido, ningún balbuceo incomprensible, ninguna palabra salía de sus labios. Cuando meses después de su tercer cumpleaños el pequeño Josef todavía no había emitido nada que se hubiese parecido a la expresión de un sentimiento o a un intento de establecer contacto, el Dr. Eisenstein comenzó a preocuparse. ¿Precisamente al hijo de un renombrado lingüista debía serle negada la facultad que nos distinguía de los animales? ¿Permanecería mudo para siempre, un pez entre los seres humanos, o limitado en el habla, ordinario y primitivo como los niños

encontrados en el bosque?

Cierto, se sabía de niños que durante años no decían una palabra y luego sorprendían a los presentes con frases enteras bien armadas. También se sabía de niños que no hablaban y satisfacían su natural necesidad de comunicación de otra manera. Niños que escribían más que hablar, u otros que pintaban, tamborileaban con los dedos o desarrollaban una lengua secreta hasta que finalmente sí articulaban los primeros sonidos comprensibles. Pero también se sabía de niños que a la edad de dos años podían hablar en latín y en francés como el niño prodigio de Lübeck o que a los tres años tomaban lecciones de griego como John Stuart Mill. O podían recitar de memoria la Torá a los seis años. El que su hijo evidentemente no perteneciera al grupo de estos no le provocó un fastidio menor al autor del *Diccionario etimológico indoario*.

Finalmente, corría el verano de 1922, para alivio de sus padres el pequeño Josef comenzó a hablar, y aunque no eran frases completas bien armadas, tampoco para nada citas de la Torá, eran expresiones con mayor o menor significado, algo banal sí, pero que cumplía con su objetivo y se adecuaba vagamente a formas existentes de la gramática alemana. Predeciblemente esto estuvo lejos ciertamente de causar admiración en el Dr. Eisenstein. Lo que sí le despertó una curiosidad realmente científica fue básicamente el hecho de que Josef hubiese llegado a aquella edad. No había sido algo necesariamente esperable en absoluto.

4

Cómo volaba el tiempo. Apenas finalizado el flujo posparto Fanny Eisenstein había retomado sus esfuerzos por hacerse un nombre en las tablas y en otoño, en la primera función del Teatro Nacional tras la partida de los delegados, había triunfado en un papel que estaba como hecho a su medida, el de la señora Miller en *Intriga y amor* de Schiller. El Dr. Eisenstein, por su parte y tal como estaba planeado, volvió a dar clases magistrales, dio seminarios y prosiguió trabajando en su *opus magnum*, el importante tratado sobre la historia de la lengua alemana. También habían reactivado su vida social y, en el fondo, para ambos el después de la guerra no fue muy diferente a como había sido antes de ella. El olor a podrido de la revolución se había disipado, habían sobrevivido a la influenza y la inflación, ¿qué podía venir ahora? El que antes de la guerra se había complacido criticando la situación ahora también tenía suficientes motivos para hacerlo. El que era inteligente se las arreglaba, al que no prestaba atención le pasaban por encima. El caído muerto estaba, pero los demás debían ver cómo hacer para que la vida siguiera adelante.

Y así fue, ¿qué otra cosa quedaba? Los Eisenstein se movieron ahora entre recepciones y el escenario, entre banquetes y podios, entre la cátedra y la diversión. Y la más bien delicada relación entre una tan atractiva como ambiciosa y mundana actriz con un sabio tan inteligente como activo y dotado del don de la palabra hizo que la casa de la Parkstrasse se convirtiera rápidamente en una de las más prominentes de la Weimar de posguerra. Las moscas de un día habían regresado de nuevo a la capital. El que aún seguía allí quería quedarse. Ministros, diplomáticos y secretarios, profesores y eruditos particulares, gente de teatro y músicos, escultores y pintores, profesionales y diletantes, judíos y cristianos, ortodoxos y librepensadores, seguidores del Emperador y republicanos, soldados y civiles, hombres y mujeres, ascendiendo y descendiendo en rango y nombre, a todos les gustaba frecuentar y, a

menudo, el salón de los Eisenstein, cuyas altas ventanas ofrecían vistas del Fürstenhaus, la sede del Parlamento, de la parte posterior del Hotel Elephant y, si uno se estiraba un poco, de la Biblioteca Ducal y de los tilos del parque del Ilm. El hecho de que los Eisenstein fueran judíos era algo sobre lo que se podía hacer bromas, que había que ignorar o que —al igual que no por último el príncipe— simplemente había que aceptar. "Si todos los judíos fueran como los Eisenstein…", comenzaba a decir alguien en un pequeño círculo, y todos los presentes podían terminar la frase mentalmente. Pero cuando en una oportunidad estuvo allí el príncipe, Samuel le escribió a su hermano que vivía en Berlín: "¡Si nuestro padre hubiera llegado a vivir esto!".

Así pues, el primer recuerdo de Josef Eisenstein no fue el de un rostro, una caricia, un olor, sino el de las voces de todos esos hombres y mujeres. Voces que llenaban la casa, el salón, el gran corredor, la sala de estar, el escritorio, la habitación de la madre. Pues uno de sus primeros juegos de niño fue espiar a los invitados de sus padres. Permanecer desapercibido como un pequeño animal. Deslizarse como una serpiente y esconderse detrás de los muebles como una cucaracha. Era pequeño, delgado y flexible, y con ello rápido como un turón. Nadie le prestaba atención. Y como no entendía mucho de lo que la gente decía allí arriba en estos juegos se sentía aún más como de otra raza. Como un ratón o acaso un pequeño pájaro.

Algunos años después de que Adele Flachsland se despidiera de los Eisenstein, llegó a la casa otra persona. El joven graduado de la escuela de leyes, un esbelto y rubio teniente de la reserva que había tomado el puesto de pedagogo y preceptor, hablaba en un tono tranquilo y pausado, a menudo en voz baja y de pronto susurrando hasta que ya casi no se le entendía más. Había algo en su forma de hablar que a Josef le fascinaba. Era tan diferente a como hablaba, por ejemplo, su padre, pero también tan diferente de como lo hacían todos los demás hombres que él había espiado: más suave y más femenino, como el sonido más grave de un clarinete, y como un instrumento su voz parecía a veces cantar, tocar y extraer melodías como mágicamente. El joven mismo parecía no percibirlo, pues eran momentos en los que parecía estar fuera de sí o como desdoblado junto a sí mismo, sin ser consciente de sí cuando su voz adquiría ese tono mágico.

Cuando Wilhelm Guthmann, así se llamaba, se encontraba de pie detrás de Josef o en la sala de clases donde pasaban las mañanas, cuando caminaba con los brazos cruzados en la espalda, cuando iba y venía vestido elegantemente con chaqué, chaleco gris y reloj de bolsillo

mientras él repasaba sus tareas, hablaba en forma melodiosa pero no llamativa. Cuando le preguntaba vocablos, le dictaba textos o le daba indicaciones, su voz era la de un joven tímido pero común. Pero una vez que habían terminado con los ejercicios escolares y habían estudiado los vocablos, cuando se sentaba a la mesa al lado de su alumno y comenzaba a leer en voz alta, su forma de hablar cambiaba melodía y color. Entonces las historias que de pronto le leía, de pronto le contaba, eran como canciones. En esos momentos con su voz y con los personajes y los mundos sobre los que le contaba Wilhelm despertaba en su alumno fantasías que debían haber estado dormidas mucho tiempo. Por las noches Josef seguía soñando estas historias, las continuaba urdiendo en una trama de desenfrenada fantasía, y luego, cuando se contaba a sí mismo los productos de su imaginación, siempre lo hacía con la voz seductora-embriagadora de su maestro.

Las historias de Wilhelm se convirtieron en el nexo de Josef con el mundo exterior. Nadie, ni sus padres ni su nodriza, le había leído jamás. El niño que seguía sin salir prácticamente de la casa sintió entonces un placer que le enrojecía las mejillas cuando Wilhelm le leía o le inventaba una historia hilando e hilando el hilo de la fábula. Le hizo indispensable el mundo. Wilhelm introdujo la vida en su pequeña fortaleza. Ya no había más motivo para abandonarla.

Wilhelm leía en forma salvaje y sin sucesión lógica alguna. Un día leía del libro de Dahn sobre Roma y al siguiente el de Dähnhardt, *Tradiciones del Reino de Sajonia*; primero leía a Schwab y después *Robinson Crusoe* y el mismo día a Tácito, *Las guerras de los judíos* de Flavio Josefo y las *Historias de las mil y una noches*. Cuando leía, Wilhelm ya no era más Wilhelm. Se convertía en la historia que contaba y en los personajes a los que les prestaba su voz. Se convertía en Sigfrido el matador del dragón, en Gunnar de los giukungos y en Hagen de Tronje. Se convertía en Helena y Casandra, en Pentesilea y Calipso, en la niña de los fósforos y en la sirenita. Amaba a los Andersen, más que a los hermanos Grimm o a Perrault; luego venían los cuentos de Oscar Wilde y naturalmente Bechstein.

Pero más que todos los cuentos y las sagas heroicas sobre seres humanos a Josef lo que le entusiasmaban eran las historias de animales. Ya fueran vacas o monos, ratones que iban a la guerra contra los sapos, zorros, conejos o erizos: sus historias lo cautivaban. Los seres humanos, pensaba, eran con todo banales, fácilmente se veían sus intenciones y a veces eran hasta repugnantes. Los animales, en cambio, permanecían para siempre extraños, no importaba lo que hicieran. Los animales no

trataban de congraciarse. Y así fue cómo Wilhelm le leyó cuentos de animales y fábulas, de Esopo a La Fontaine y a Lessing. *La hormiga y la cigarra, El señor Conejo, Los dos chacales.*

Cuando un día le contó la fábula de Esopo del murciélago, esa noche Josef no pudo dormir. No podía dejar de pensar en la breve historia, aunque no sabía por qué. El murciélago, lo oyó cantar a Wilhelm, había caído en el pasto y lo había atrapado una comadreja. Como la comadreja no mostraba compasión ante sus súplicas sino que se lo quería devorar con la justificación de que odiaba a todos los pájaros, dijo el murciélago: “Yo no soy ningún pájaro. Yo no soporto a los pájaros. Yo soy un ratón”. Y la comadreja le perdonó la vida. Cuando más tarde el murciélago volvió a ser atrapado por otra comadreja, volvió a suplicar. Pero esta comadreja odiaba a todos los ratones. Entonces dijo el murciélago: “Pero yo no soy un ratón. Yo odio a todos los ratones. Yo soy un pájaro”. Y volvió a escapar con vida.

Los días que siguieron Josef quiso volver a escuchar la fábula una y otra vez como si así pudiera haber otro final de la historia. Le asombraba la torpeza de ese murciélago, y más aún la estupidez de la comadreja. Después Wilhelm le contó más historias sobre murciélagos, se dedicó a buscarlas especialmente. En una se narraba la historia de murciélagos que se mantuvieron neutrales en una batalla entre animales terrestres y pájaros y recién optaron por un bando cuando este iba ganando; otra era sobre murciélagos que en realidad eran golondrinas, pero que por su repulsivo aspecto habían sido rechazadas por la reina de las golondrinas, la que les había lanzado la maldición de que deberían pasar sus vidas cabeza abajo en oscuras cuevas que sólo podrían abandonar durante la noche. Por lo visto algunos animales tenían una peor reputación que otros.

En aquellas horas fue que Wilhelm comenzó a sentir algo por su alumno. Josef era un niño peculiar, raro en los momentos en los que estaba como ausente y a veces inaccesible, pero cuando le leía, entonces su expresión inescrutable se transformaba y adquiría signos de celo y concentración, sí, de inteligencia. A Wilhelm le complacía ver que con la sola fuerza de su narración podía hacer que el niño saliera de su encierro, algo que por lo visto nadie había logrado. Así fue estirando más y más las horas de lectura, cada vez más al pasar y más a las apuradas fue liquidando las tareas escolares y el estudio de los vocablos y cada vez más ansioso estuvo por captar la atención de su alumno con nuevas historias. Quizás era sólo compasión, quizás eran las tantas mañanas que habían pasado juntos en el mismo cuarto, en la misma

mesa, quizás era también un eros pedagógico lo que Wilhelm fue sintiendo con el tiempo por Josef. Pero quizás era más que eso.

En un momento Wilhelm comenzó a dejarle a su alumno uno u otro libro para que pudiera continuar leyendo por la noche. Con los años fueron docenas de libros los que poblaron la habitación infantil. Jamás reclamó Wilhelm la devolución de ninguno, aunque fuera tan valioso como una primera edición de los *Cuentos populares de Turingia* o una traducción de la *Eneida* de Voss. Tampoco cuando algunos en el fondo no eran convenientes para la biblioteca de un niño de nueve años y se le hubiera podido recriminar a Wilhelm por sus inadecuados regalos. Allí había historias de guerra, amor y muerte, sobre la decadencia de familias o directamente del Occidente entero. Historias de hombres jóvenes que, infelices, ponían fin a sus vidas. Nathanael se arrojaba de una torre, Werther se disparaba en la cabeza; Heinrich Lindner, en el corazón. Como si en la vida no existiera otra posibilidad de enfrentar la miseria y las penurias. Pero Wilhelm sabía que al señor y a la señora Eisenstein no les interesaba la colección de libros de su hijo.

Y así le regaló ejemplares valiosos y se deshizo en elogios de otros aún más valiosos sobre los que había escuchado hablar en sus tiempos de estudiante en Berlín. Una edición de lujo del *Decamerónо* la rara edición de Estambul de las *Guerras judías*, con tapas de terciopelo marroquí y cierres de oro. Para leerlo hasta sería capaz de aprender hebreo, decía Wilhelm y sonreía.

Su pequeña colección se fue convirtiendo libro por libro, piedra por piedra, en un bastión contra los peligros que acechaban ahí afuera y que tanto tiempo le habían parecido superiores en fuerza. Con todos esos libros tuvo por fin en sus manos la herramienta para protegerse de toda violencia y las armas para contraatacar. Días y noches pasaba hojeando libros y enfrascado en la lectura, se sumía, se sumergía, descendía a ese segundo mundo que se convirtió en el primero y maldecía cuando un llamado a la mesa o cualquier otra obligación lo arrancaba de él. Aunque a él también Wilhelm le parecía algo peculiar y le provocaba compasión cuando lo veía intentando hacer que los vocablos le entraran en la cabeza, los libros hicieron que en él surgiera un sentimiento de agradecimiento por ese hombre.

Josef pronto comprendió que Wilhelm era diferente, pero durante mucho tiempo no pudo imaginarse en absoluto el motivo. Pronto descartó la idea de que se debía a que era cristiano y no judío, porque todos los empleados de la casa Eisenstein eran, en una larga tradición,

goy, y ninguno era como Wilhelm. El que en la guerra, sobre la que a veces contaba, hubiera podido vivir cosas que prefería callar, también fue algo que sopesó pero descartó. Tenía que ser otra cosa.

El padre de Josef, en cambio, supo desde un principio qué era lo que tenía el teniente de reserva Guthmann. Lejos de reírse de su algo delicada constitución, de burlarse o de usarlo como excusa para negarle el puesto al eficiente joven, sí se quedó pensando un poco sobre qué influencia podría tener en Josef la forma de actuar de Wilhelm. Afeminado, afeminado no quería ver a su vástago, y tampoco podía librarse del todo de la impresión de que Guthmann corría peligro de tratar con demasiada suavidad a Josef, ya fuera por una errada consideración o por su propia tendencia al libertinaje.

Así pues, en un momento mantuvo con su nuevo empleado una conversación en la que le hizo notar que en lo que respectaba a su hijo sus aspiraciones se resumían en hacer de él un buen alemán, un buen judío y un buen hombre. El orden le daba igual, porque en este caso una cosa dependía de la otra. Le hizo saber a Wilhelm que el objetivo de su empleo en la casa Eisenstein era que fuera para el niño un ejemplo en orden y férrea disciplina.

—Por eso lo exhorto —dijo el Dr. Eisenstein— a sacudir como corresponde a mi hijo. Más importante que los conocimientos aislados que le pueda transmitir es la correcta actitud frente al mundo que se esconde tras ellos.

—Sí, señor.

—Una actitud de celo y curiosidad científica que en los jóvenes sólo se desarrolla en conjunción con el correspondiente dominio de sí mismo y la debida moral del trabajo.

—Sí, señor.

—Si comete un error… —dijo el Dr. Eisenstein, y se pegó con la mano derecha sobre los dedos extendidos de la izquierda. Luego hizo una pausa y miró al teniente—. Péguele por amor.

—Sí, señor.

Pero aunque Wilhelm prometió sumiso aplicar los medios que se requirieran si era necesario quebrar aquella voluntad propia de Josef, en su interior sospechaba que no sería capaz de obediencia absoluta. No en este caso. Cuando llegó el momento de reprender con mano dura a Josef, quien se había equivocado diez veces en la conjugación del verbo *partiri*, no le sorprendió ver que le faltaba la necesaria convicción.

Los golpes engendran las virtudes de los esclavos, no las de los

hombres libres, se dijo para sus adentros, pues había leído los libros de consejos sobre la educación y el desarrollo infantil que estaban de moda en ese momento. Y quería hacerse a la idea de que él, como pedagogo, debía emprender nuevos caminos y enfrentar las flaquezas de sus alumnos con otros métodos. Pero una vez que cometía un error Josef lo repetía y repetía hasta el grado de lo insoportable, a menudo era lento y olvidadizo, y a veces se equivocaba en temas donde antes había mostrado sólidos conocimientos. Sólo parecían interesarle las historias que Wilhelm le contaba al final de la mañana. Cuando con el tiempo siguió sin hacer progresos suficientes, ni en latín ni en griego ni en cálculos, y la negativa de Wilhelm a pegarle parecía algo cada vez más insensato, comenzó a temer que si no le aplicaba ese castigo a su protegido, aquello se podría interpretar mal, como que estaba demasiado involucrado con el joven. Podría verse no sólo como consideración o falta de convicción, sino como afecto, simpatía, excesivo interés, hasta como ternura y un secreto enamoramiento.

Wilhelm sabía que bajo ninguna circunstancia debía surgir una sospecha tal. El Dr. Eisenstein se vería obligado a despedirlo y su reputación como preceptor quedaría destruida. No le permitirían volver a ver nunca más a Josef. Así que le pegó.

Wilhelm debió reprimir la silenciosa pero obstinada vacilación que se fue abriendo paso en él antes de poder reprender a su alumno. Era una mañana de primavera, Josef estaba sentado en la mesa con el libro de gramática cerrado delante de él. Se esforzaba. Tras el doceavo error en la misma conjugación de un verbo Wilhelm alzó el brazo, tomó impulso y le dio a Josef en el costado de la cabeza, apenas por encima de la oreja derecha. El golpe había sido mucho más fuerte que lo que había querido; Josef, que no lo había visto venir, lo miró completamente atónito y se frotó la sien. En los ojos del niño Wilhelm no pudo percibir ni lágrimas ni la comprensión de cómo era la conjugación correcta del verbo. Su mirada sólo trasuntaba sorpresa y confusión. Una eternidad se quedó mirando Josef a su maestro como intentando leer en su rostro la razón de aquel acto, luego bajó la cabeza, apartó la mano de la sien y la volvió a apoyar junto al libro que tenía delante. Temblaba.

También la mano de Wilhelm había temblado y continuó haciéndolo aún al atardecer de aquel día. A la mañana siguiente no fue a trabajar. El Dr. Eisenstein se sorprendió. Primero pensó que sería de nuevo algún feriado cristiano que se le había pasado por alto, el buen señor Guthmann se hallaría impedido y no podía enviar a nadie, teléfono no

tenía tampoco. Quizás estaba enfermo. Pero cuando Wilhelm tampoco se presentó al día siguiente, el Dr. Eisenstein le ordenó al sirviente que fuera a la casa del maestro, cerca de la estación de trenes Berkaer. No lo encontró, sólo su reloj de bolsillo sobre el escritorio. Las cosas de Wilhelm estaban intactas, su casera no sabía nada. Recién una semana más tarde, un día después del Domingo de Ramos y uno antes de Purim, el Dr. Eisenstein se topó en el periódico con la noticia de que paseantes habían encontrado en el bosque del Webicht el cadáver de un hombre joven. Un trágico accidente, se dijo, pero la policía, con la que Eisenstein se comunicó ese mismo día, partía de otra situación. Carta de despedida no se encontró. Wilhelm se había disparado al corazón.

5

Samuel Eisenstein no era supersticioso. La superstición trae mala suerte, se había burlado irónicamente cuando había visto a sus camaradas untando sus fusiles con sangre de paloma y metiéndose salvoconductos en las botas. Temor a los demonios y creencia en los milagros, todo aquello no era para él; aquello era para los cristianos o los jasidíes, una mala forma de pensar, salvaje, no domesticada, una manía que surgía de la mera ignorancia de ver en cada cosa el todo en lugar de buscar explicar cada suceso por sí mismo y en sí mismo. Y no obstante ello ya tras la muerte de las hermanas de Henriette se había descubierto pensando si quizás no podían existir cosas tales como maldiciones, imprecaciones, castigos divinos o pruebas del destino. O, si no existían tal como se lo imaginaban los carboneros, tal vez se trataba de fenómenos para los que hasta el momento la ciencia no había hallado una explicación, pero que en principio sí eran pasibles de una. Fenómenos que, a raíz de esa falta de esclarecimiento racional, resultaban nebulosos y a los legos les parecían como producto de fuerzas sobrenaturales. Hechos metafísicos tales como el mal de ojo, el ojo del basilisco, que producía desvanecimiento, parálisis y muerte, y del cual la gente intentaba protegerse con señas de la mano y amuletos; salmos de venganza o conjuros o maldiciones familiares con las que la cadena de la trama de culpa y expiación se extendía a lo largo de varias generaciones. Pero el Dr. Eisenstein siempre había descartado esos pensamientos suyos sobre tales fenómenos como necias especulaciones.

Después de Purim, sin embargo, cuando reconoció el cuerpo de Wilhelm en la morgue, se apoderó de él la idea de que su hijo tenía una mala estrella. Observado con claro juicio todo aquello no era probablemente más que obra del azar, María, las hermanas de Henriette, ahora también Wilhelm, quizás Elohim también gustaba de arrojar los dados, ¿pero qué si había algo de cierto en las creencias de los paganos y herejes? ¿Si había algo en el niño que traía males y

desgracia a todo el que se acercara demasiado a él? El hecho de que Adele, que así como no lo hacía con ningún otro ser viviente seguramente tampoco con Josef había establecido ninguna conexión emocional, aún estuviera viva y aparentemente gozara de excelente salud de pronto le pareció confirmar su sólo a medias y calladamente formulada teoría.

Y así fue como comenzó a tener miedo de Josef. Cuando lo veía y sentía que nadie lo observaba, buscaba señales de que su hijo poseía “la mirada”. Los ojos en blanco, pupilas temblorosas u ojos bizcos, venillas en el blanco del globo ocular, ojeras. Se fijó cómo habían crecido los ojos y el rostro del niño, estudió el crecimiento de cejas y frente, observó qué expresión adquiría su rostro mientras dormía, cómo ponía la cabeza cuando hablaba, cómo apoyaba los pies cuando caminaba y se preguntó si sus hombros no eran demasiado escuálidos o el pecho estaba demasiado hundido.

Y así fue como el Dr. Eisenstein realmente por primera vez miró a su único hijo. El mirarlo con tanto detenimiento hizo que en el niño, que ya tenía diez años, no viera a su vástago, ni su propia imagen, ni su propia sangre, sino a un ser raro, extraño. Desde el momento en que su padre había comenzado a observarlo tan minuciosamente, Josef se había convertido en un intruso, en una estaca clavada en su carne, en una criatura degenerada, sin vínculos y sin raíces.

¿Y si el peculiar fenómeno se debía a algo en su pasado o en el de su familia? ¿Una maldición familiar, o el castigo por los crímenes cometidos en la guerra, o porque ya no amaba más a su esposa? Cuando veía a su hijo él mismo se sentía culpable. Tres días después de Purim el Dr. Eisenstein compró en Jena un pañuelo escarlata que tenía bordada en seda amarilla una mano abierta con un ojo en el medio. Se parecía al pañuelo que su madre había colgado en la puerta de su habitación cuando él mismo era un pequeño niño y del que una vez había escuchado decir a su padre que eran *shmonzes*, tonterías. Compró el pañuelo y lo guardó en su maletín, pero cuando llegó a su casa, se avergonzó por la estupidez. *Shmonzes*, pensó ahora también él sacudiendo la cabeza. Un día más tarde volvió a llevar el pañuelo a Jena en su maletín y lo tiró.

Fanny Eisenstein se enteró poco de todo aquello. En esos días su interés estaba puesto en un papel que le había ofrecido un antiguo pretendiente, un papel en uno de los más renombrados teatros de la capital y con ello del Reich. Pero de haber advertido algo de todo lo que

preocupaba a su esposo, seguramente apenas se hubiese sorprendido. El miedo que habría percibido en Samuel no hubiera podido distinguirlo del que ella siempre —aunque sólo se lo había confesado secretamente a sí misma y al Dr. Spielvogel, su analista— había sentido en presencia de su hijo. No hubiese podido decir si el malestar, la sensación de opresión en el pecho que a veces le sobrevenía cuando miraba a Josef no era más que una respuesta de la naturaleza ante lo diferentes que eran su ser y el de él o si realmente indicaba un tipo de neurosis, un síntoma histérico, que se manifestaba porque ella se sentía violada por su hijo. Al fin y al cabo, así lo había formulado el Dr. Spielvogel, el embarazo y el parto —¡el parto justamente!— eran para una mujer sin duda una experiencia traumática, y el alma no podía distinguir entre un acto sexual agresivo y la violencia que sin anuencia de la madre el niño le infringía a menudo a su cuerpo. Y por eso la vida del alma debía librarse de la carga de la experiencia del horror reprimiéndola, lo cual, por otra parte, era la razón por la que se producían ataques histéricos u obsesivos.

Tan poco como hablaba la señora Eisenstein con su esposo sobre las sesiones con el Dr. Spielvogel, tan poco hablaba también sobre el agobio que sentía en presencia de su hijo. Para ella el teatro siempre había sido la vía para escapar de lo que la atemorizaba; y cuánto más lo era en estos días donde un vistazo al periódico bastaba para arrebatarle todo el ánimo para seguir viviendo a un espíritu de nervios frágiles como el de Fanny Eisenstein. Y además, un espíritu judío. Quizás, había pensado una vez cuando tras la lectura del *Vossische Zeitung* se había hundido sobreexcitada y agotada en la reposera, quizás era simplemente el miedo que sentía *por* su hijo, el que debía crecer en un mundo en el que había marchas de antorchas, enfrentamientos en las calles y noches sangrientas (pues donde había noches sangrientas pronto habría quizás también semanas sangrientas, incluso meses enteros sangrientos); en el que se temían crisis mundiales y en el que pronto un joven judío no tendría otra opción más que Palestina o la muerte. En una oportunidad, en un arrebato de ensimismada melancolía, Spielvogel le había dicho palabras que no habría de olvidar jamás: “En la misma medida en que la voluntad alemana vaya haciéndose más fuerte, para nosotros los judíos la idea de poder ser alemán en Alemania se nos hará cada vez más imposible, y nos veremos ante la última alternativa, que es: o ser judío en Alemania o no ser”.

Quizás entonces sí era que Fanny tenía tanto instinto maternal que por eso, cuando divisaba a ese hijo suyo en realidad digno de

compasión, la preocupación se apoderaba de ella tomando la forma de dolor de cabeza y opresión en el pecho. Como fuera: el teatro era lo que le prometía alivio y consuelo. La perspectiva del contrato, el papel de Elizabeth en una puesta de *María Estuardo* dirigida personalmente por Leopold Jessner, significaría para ella el tener que despedirse temporariamente de Weimar, pero con toda seguridad le traería invalorables beneficios a su carrera. Después de viajar varias veces a Berlín durante la primavera del año 1929 para reunirse en el Gendarmenmarkt con Jessner y su director de escena, le comunicó a su esposo la decisión de trasladarse a Berlín. Pasado Pésaj este aprovechó los viajes de Fanny a la capital para acompañarla junto con su hijo.

Y así fue como Josef llegó por primera vez a Berlín. Alojarse en el Excelsior, visitar al tío Efraín en Grunewald y a la media tía en Charlottenburg, tomar el tren eléctrico a Moabit y el barco a Spandau, hacer un buen pícnic al lado del canal, comprar el periódico *Rote Fahne* y helado con tres bolas, comprarle un atado de Davidoff al chico de los cigarrillos que con su bandeja colgante los vende en Hallesches Tor, escuchar a Erich Kleiber dirigiendo *Los maestros cantores* en la Ópera Kroll (¡brillante!), por la noche admirar a la joven Louise Brooks en *La caja de Pandora* y a la mañana siguiente pasear bajo el sol radiante por la avenida Kudamm. ¡La ciudad más rápida del mundo! ¡La Chicago de Europa! Por la tarde quejarse de la atrevida camarera mientras se bebe cerveza o vino blanco junto al lago, el Neuer See, y se conversa sobre el futuro. Sí, quizás sí hay un futuro para ella, allí, en la capital. ¿No han sido estos días aquí para nosotros como antes de la guerra? Si Fanny primero a modo de prueba… y mientras duren las funciones en el Staatstheater puede alojarse en el hotel… Samuel ve de conseguir algo en la Universidad… y Josef puede ir a vivir al principio con la tía… Y después, antes del plazo de un año y con la ayuda de Efraín pueden conseguir para los tres un apartamento en Dahlem o en Schmargendorf y vivir contentos y felices. Cada tanto a uno se le abren puertas en la vida. Al fin y al cabo, Weimar no es todo.

Y así fue como ya antes de su Bar Miztvá Josef se mudó de su apacible ciudad natal a un nido de avispas, de su gran cuarto de altos techos con molduras y vistas a la plaza del Príncipe a un pequeño cuarto con manchas en las paredes y vista a los ladrillos del inquilinato de enfrente; de la sala de estudio en el ala Sur donde Wilhelm primero por cada veinte y luego por cada diez verbos conjugados correctamente le había leído otra historia de las *Edda* al aula con olor a polvo de tiza y estufa fría de la Escuela Popular de Charlottenburg a la que asistía todas

las mañanas. Sería sólo por un breve tiempo, le habían asegurado sus padres cuando la tía Ruth lo había recibido a él y a sus tres maletas en el andén de la estación, pero a Josef no le importaba. Salvo por lo de la escuela que no entendía, Berlín le gustaba. Le gustaban los arcos de acero de los puentes sobre el río Spree que tenía que cruzar cuando volvía de la escuela a Kalowswerder, le gustaban los pálidos y lejanos techos alrededor de la plaza Gustav-Adolf y la fuente que había en el medio, las paredes encaladas de los inquilinatos de la Mindener Strasse, los baños exteriores, las piedras de los patios traseros que tenía que atravesar, allí el olor a jabón por las mañanas y el olor a carbón y el olor a pan integral recién hecho que salía de las cocinas, le gustaban los lisos azulejos de la estufa, y le gustaba su sombrío pequeño cuarto donde después de la escuela se echaba en la cama y leía. La ciudad le daba la sensación de que allí uno podía inventarse sus propias historias.

También le gustaba su madre sustituta a la que primero llamó "señora Schwarzkopf" y luego "tía Ruth", aunque en realidad sólo era medio hermana de su padre. La *mishigene*, la chiflada, tía Ruth con sus frases ininteligibles y su dúctil voz. Le sonaba como si hablara una lengua que había muerto hacía mucho tiempo y que a él siempre le resultaría incomprensible. Pero era sólo su dialecto, un dialecto berlinés mezclado con algunos elementos del de Baja Silesia que al principio a Josef le costó entender. Pues a diferencia de su padre que estaba orgulloso de sus antepasados ("ya figuraban en actas en Dessau y en la región de Anhalt desde 1729"), del lado de la madre, en realidad totalmente, su media tía no sólo era *goy*, sino que su familia se había establecido en el Reich recién una generación atrás. La madre de Ruth había conocido a su padre, el abuelo de Josef, en Bielsko, su ciudad natal, y después de la boda se había mudado con él a Berlín, donde en 1899 había dado a luz a Ruth.

A su propia hija la llamaba *ahle Gake*, vieja tonta, cuando se enojaba con ella, lo que en realidad sucedía siempre, y también eso le gustaba a Josef, aun cuando no sabía lo que significaba. Incluso legustaba su prima, la retardada que no hablaba y que sólo miraba muda como ensimismada cuando su madre la llamaba así y le hablaba como si esperara de ella una respuesta. Pero nadie esperaba una respuesta de Felice, ni esperaba nada. A la escuela no iba, lo que para Josef era como una gracia, por lo que la llamaba "la feliz Felice". A veces ayudaba a hacer albóndigas, a fregar los pisos o barría las piedras delante de la puerta de la cocina, pero la mayor parte del tiempo se lo pasaba sentada junto a la ventana con la boca entreabierta y la mirada fija en los

plátanos del patio. Una bendición de vida, pensaba Josef cuando volvía de la escuela, atravesaba el patio y la veía sentada allí. La veía que miraba hacia afuera y estaba seguro de que lo había visto, pero ella no lo miraba. Nunca lo miró en esas primeras semanas desde su llegada a la modesta vivienda de las Schwarzkopf.

Sería sólo por un corto tiempo. Eso habían dicho los padres, pero las cosas habrían de ser diferentes. Porque los tiempos cambiaron. Las puertas permanecieron cerradas y su padre en Weimar. Parecía no haber chance de un puesto en Berlín. A fines del verano lo había vuelto a intentar, había tomado el tren, visitado a su hijo y hablado con el decano y el rector. Lo hacían esperar con promesas. Comenzó a tratar con un antiguo colega de Jena por un puesto como docente privado en Lenguas, pero luego a fines de septiembre el colega falleció. Y luego murió Stresemann.

También para Fanny Eisenstein la situación había empeorado. Por un lado se había instalado en el hotel y ahora vivía en el Este de la ciudad, pero no le podían prolongar el contrato. Ya antes del otoño se fueron multiplicando las advertencias, las dificultades personales, los problemas financieros, las terribles noticias que venían de todas partes, y cuando a fines de octubre desde los Estados Unidos se difundieron las noticias sobre bancos al borde de la bancarrota, también en el teatro se sintió el miedo. El dinero escaseaba, no había los espectadores suficientes, Jessner comenzó a dudar. Era un mal momento para riesgos. *María Estuardo* se "postergó", pero todos sabían lo que significaba. También la señora Eisenstein tuvo en claro que tenía que buscar en otro lado, por lo que finalmente aceptó un contrato en el teatro de Josefstadt. En noviembre viajó a Viena sin pasar por Weimar.

Y allí habría de quedarse. Al fin y al cabo, sabía a su hijo en buenas manos en casa de su cuñada Ruth. Esta estaba conforme con los pagos mensuales de su medio hermano, por lo que le llevó al nuevo miembro de la familia, que hasta ese momento había hecho los deberes de la escuela en la mesa de la cocina, el viejo secreter del pasillo a su cuarto. Si el muchacho iba a quedarse más tiempo, había que hacer las cosas como correspondía.

Ruth Schwarzkopf, de Kalowswerder, era una mujer práctica. Sabía lo que quería y dónde conseguirlo. Todavía lograba agenciarse carbón cuando sus vecinos sólo tenían leña para calefaccionar. Y tenía suficiente leña cuando, como en el invierno de 1931-1932, sus vecinos se congelaban en sus casas. Hacía que le cortaran leña en el Tiergarten

y en los diferentes inviernos fueron siempre diferentes hombres los que se la llevaron.

Quizás, pensó más tarde Josef, esa había sido su estrategia de supervivencia. Cuando murió su primer marido, se había quedado sola en Berlín con su hija retardada, y no habían pasado dos meses de luto que ya se había vuelto a casar. Su segundo marido, el teniente Hermann Schwarzkopf, de Wilmersdorf, héroe de guerra condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase, había caído en el Aisne en 1917, y apenas un año después ella ya estaba comprometida de nuevo con otro. Pero cuando su nuevo prometido se enfermó y falleció poco antes de la boda, resolvió que permanecería viuda el resto de su vida. Pero eso no quería decir que de ningún modo fuera a renunciar a la ayuda de los hombres. Ellos no sólo le llevaban leña y carbón, sino también arvejas y tocino con los cuales hacía guisos; nabos, con los que hacía mus; membrillos y azúcar, con los que hacía mermelada. A veces le llevaban muebles, le construían un cobertizo en el patio o le plantaban berro en las macetas. Uno, un hombre de mundo por lo visto, incluso le llevó un vestido nuevo a Felice.

“Los hombres y las mujeres se necesitan mutuamente de formas diversas y a veces también inusuales”, solía decir Ruth. Y diversos eran los hombres que entraban y salían de la Mindener Strasse 22. Jóvenes de rubísimos cabellos con pelusilla en la barba, robustos soldados, hombres retacones de cara colorada, hombres de camisas pardas y hombres de camisas rojas, hasta uno con una pierna y con muletas apareció un día con un saco de papas atado a los hombros.

A Josef no le asombraba pero sí sentía curiosidad. Algo debía haber por lo que la tía Ruth siempre conseguía tener casa calefaccionada y una sopa sobre el fuego a pesar de estar desocupada y ser viuda, vivir sola con una hija idiota a cargo y ahora también un muchacho en edad escolar.

Cuando Josef, que tenía doce años, leyó a Boccaccio, comprendió cómo funcionaba. Comenzó a sospechar qué eran esos ruidos que le llegaban a los oídos desde el dormitorio mientras estaba tumbado en la cama leyendo. Por lo general era por las tardes, a veces al atardecer, muy esporádicamente lo despertaban en medio de la noche aquellos particulares crujidos y lamentos y quejidos que venían del otro lado de la pared. Entonces apoyaba su rostro caliente sobre el frío empapelado y pasaba las manos sobre él y era como si la pared debajo de sus dedos produjera aquellos ruidos. Se imaginaba que él se los arrebataba con sus caricias, que la pared tan cerca de él respondía a su tacto con esos

sonidos, que aquellos gruñidos y rugidos eran su respuesta, la latiente, bombeante, pulsante respuesta a sus delicadas caricias.

Pero como eran los mismos ruidos que oía de día cuando un hombre acababa de traer medio kilo de café de malta, Josef supo que debía haber otra causa. Y así fue como una noche de invierno, todavía estaba despierto, se deslizó sigilosamente fuera de su cuarto, fue por el pasillo y allí vio una inmensa figura parada a la luz de la luna en la puerta del apartamento. Cuando se aproximó más, notó que la figura, un hombre de dos o tres metros de altura, estaba de espaldas a él. Con sus anchos hombros y las piernas bien separadas estaba allí, el pantalón caído alrededor de los tobillos, el calzoncillo colgándole entre las rodillas de tal modo que el resplandor de la luna era un temblor ascendente y descendente sobre su blanco y velludo trasero. Sus manos como garras las tenía extendidas como el pequeño Jesús que estaba clavado sobre el dintel de la puerta y con rostro desgarrado de dolor miraba hacia abajo la escena y veía cómo se apoyaba el gigante en los marcos y se iba frotando y hundiendo, elevándose y descendiendo todo su poderoso cuerpo contra la madera de la hoja de la puerta.

Y entonces Josef miró directamente a su tía a los ojos. Estaba enterrada debajo del gigante, como una minúscula bruja emergía de abajo del hombre que la tenía aplastada entre él y la puerta y con sus embates amenazaba triturarla allí. La tía Ruth, en camisón, con los cabellos revueltos, tenía los ojos abiertos, pero no vio a su sobrino. Quizás porque estaba bajo la luz de la luna y él en la oscuridad, quizás también porque en ese momento su espíritu estaba ausente. Josef pensó que debía ir en su ayuda, titubeó sin embargo, porque le dio asco la idea de tocar al gigante con su resplandeciente trasero. Pero luego, cuando su tía emitió un leve sonido, como el siseo de una locomotora a vapor, cambió de opinión, pues interpretó aquello como un signo de que ella estaba bien. Decidió que su ayuda no era necesaria, regresó a su cuarto, se echó en la cama y enfrió su rostro ardiente contra la pared.

Desde aquella noche de luna llena de invierno Josef comprendió cómo lo hacía su tía. Pero lo que no sabía era que Ruth no lo hacía para darles un gusto a los hombres. Ellos le daban el gusto a ella. Pues desde el día de su llegada a Kalowswerder en el fondo ya no hubiera necesitado más dejarse manosear por ellos. Lo que Josef no sabía es que su padre, aun después del año 1933, le mandó de Weimar tanto dinero que ella en ocasiones pudo incluso ayudar a sus vecinos, y que ella sobre todo tenía relaciones con los hombres porque le daba placer. Pero aun cuando Josef lo hubiera sabido… no lo hubiese entendido. Hubiera

preferido que los ruidos realmente salieran de la pared.

6

Así pasaron los años. Continuó habiendo noches sangrientas y, tal como Fanny Eisenstein lo había temido, semanas sangrientas y el mes entero de mayo sangriento. Stresemann seguía muerto. A sus padres Josef no los vio y salvo por una postal de Austria fechada en enero de 1930 y una carta que su padre concluía con la frase: *¡No me hagas renegar!*, no tuvo tampoco noticias de ellos. Weimar estaba lejos, Viena mucho más aún, y su pequeño cuarto con el viejo secreter y el estante para los libros junto a la ventana era todo lo que necesitaba. Berlín era buena con él, pues allí la gente tenía sus propias preocupaciones y no le prestaban atención. Para la gente de la cuadra él era simplemente el muchacho Schwarzkopf, aunque debían haber sabido que Ruth no era su verdadera madre. Esta, por su parte, casi no registraba si él estaba o no en casa, y Felice, como fuera, no dejaba traslucir ni la más mínima emoción. Los maestros lo consideraban un poco tonto, a lo sumo, del montón, y los niños lo evitaban. Los transeúntes de la Sömmeringstrasse era como si miraran a través de él. Sentía como si pudiera desaparecer de un día para el otro y nadie se fuera a dar cuenta.

Y en la misma medida en que todas estas personas lo registraban poco, la ciudad en sí misma comenzó a ejercer una fascinación sobre Josef como si tuviera vida propia, las calles y los tejados, los parques y las plazas, las fábricas y los cementerios, los canales y las iglesias, los arcos de los puentes y las pasarelas, las colonias de parcelas con huertos familiares, los grandes lagos, las lagunas y las islas, las casas de inquilinato, los rieles del ferrocarril. El vapor que emanaba de las cloacas, el humo de las chimeneas. El enjuto campanario de la iglesia Gustav-Adolf, el café Alte Liebe en el lago Tegel, la tienda de productos de las colonias Trotta en la plaza Klausener. La sinagoga de la Behaimstrasse. Empezó a inspeccionarlos, a mirar por ellos como un cuidador del zoológico que se ocupa de sus animales. En caminatas cada vez más largas fue explorando la ciudad, primero sólo Kalowswerder y

el Huttenkiez, poco a poco Westend, Spandau, Wilhelmstadt y Witzleben. Luego fue describiendo círculos cada vez más amplios. A los catorce años ya había recorrido la ciudad desde Grunewald hasta Friedrichsfelde.

Caminando y mirando, así fue su conquista de la ciudad. Su conquista del mundo. Él era una cámara con el obturador abierto. Un día todo aquello habría de ser revelado, copiado y fijado. Y así fue registrando y coleccionando lo que había visto. Algunas mañanas de invierno, mientras cruzaba el Puente Caprivi para ir a la escuela, vio volar la nieve de las torres y las tejas de la usina eléctrica a orillas del Spree y a él le pareció como el palacio de un sultán en medio del viento del desierto. A menudo tenía la sensación de que la ciudad estaba muerta y de que él era el único joven aún vivo en Berlín. Sólo le llegaban los edificios, el paisaje y los animales. Durante las vacaciones, a la mañana temprano, observaba los camiones de reparto, los tiros de perros y las carretillas delante del edificio del mercado de la Arminiusstrasse, cómo se apiñaban y empujaban y pasaban rozándose entre ellos. Se trepaba a la compuerta de la esclusa de Charlottenburg; ante él en el agua, los barcos cargueros como ballenas naufragadas. Un caballo murió en los rieles eléctricos del tren Siemens. En el parque del palacio cazó una focha, en el lago Lietzen pescaba salvelinos. Todo aquello era suyo, nadie se lo podía quitar. Nadie podía destruir una ciudad entera.

En una caminata por Haselhorst en octubre de 1933, Josef, que tenía catorce años y medio, cazó un murciélago y lo mató. Ya desde hacía tiempo sabía que allí en la ciudadela se instalaban colonias enteras durante los meses del otoño y del invierno y ya antes había intentado a menudo verlos y cazar uno. Quizás se llevaría un animal joven a su casa y lo criaría en su pequeño cuarto. Pero recién cuando caía la noche las silenciosas bandadas que oscurecían el cielo sobre la fortaleza le permitían distinguir dónde se hallaban las entradas y salidas que utilizaban. Si se paraba del otro lado del foso de agua, en la isla de la fortaleza Schweinekopf, allí desde donde veía ocultarse el sol exactamente detrás de la torre de Julius, no tardaba mucho hasta que los animales se animaban a salir del sombrío mundo cavernoso de los sótanos, pasaban volando por encima de su cabeza y se posaban en los tejos y los fresnos debajo de los que se encontraba él.

No pudo evitar pensar en el cuento que le había contado Wilhelm cuando tenía ocho años. Y le dieron pena las maldecidas, deformadas,

degeneradas criaturas, expulsadas de la comunidad de las golondrinas que en realidad eran y jamás podrían volver a ser. Él amaba y odiaba al mismo tiempo a esos animales. Los admiraba por su vida invertida, esa forma contra natura de dormir de día y cazar de noche, de colgar cabeza abajo en lugar de estar erguidos, y por su rechazo a ser unívocos, su negación a decidirse entre la existencia de un ratón y la de un pájaro. Los envidiaba por su batir de alas imperceptible y sus gritos silenciosos que no usaban para comunicarse con otros de su especie, sino sólo para rastrear presas y capturarlas. Los odiaba porque no los podía oír. Porque aun ante él que todas las noches los esperaba en la oscuridad y los buscaba como un amigo ocultaban su lenguaje. Y cuanto más los odiaba, más desprecio sentía por sí mismo, porque por más callado y tieso que se quedara allí y prestara atención no podía entender lo que decían sus llamados, y era demasiado tosco y falto de talento, demasiado humano, en definitiva, como para que los malditos animales le fueran a permitir participar de su caza. Su carácter humano le hacía sentir asco de sí mismo.

Ya no sabía más si el animal que había cazado aquella noche había ido volando hacia él o si él lo había capturado. Seguro que lo había atraído con su farol, pero había sido lo suficientemente tonto como para haber caído en la trampa, lo suficientemente voraz como para no percibir al joven que espiaba en silencio debajo de la nube de mosquitos y había ido volando para caer directamente en sus brazos. Ahora el farol estaba sobre el pasto y el animal se agitaba en su mano, se estremecía y daba vuelta hacia un lado y otro como un conejo herido de muerte, sacudía salvajemente las alas y abría su pequeña boca. Cuando lo fijó al suelo con una piedra a un lado y otro y apoyando su puño sobre el bajo vientre, comenzó a berrear y a bufar. Un murciélago-Jesús que berreaba y bufaba. Primero Josef pensó que excitándolo e irritándolo, torciéndole la cabeza hacia atrás, estirándole las membranas de las alas, doblándole hacia atrás los bracitos y dislocándoselos, clavándole una rama en el blando vientre o arrancándole la piel de las orejas podría arrebatarle los secretos de su lenguaje a la criatura que ya sólo podía mover la cabecita hacia un lado y hacia otro. Pero no hizo más que berrear y bufar, lo que no podía ser su lenguaje real, un incomprensible maldecir con el cual el animal aparentemente le quería mostrar algo, y esto puso a Josef tan furioso que agarró otra piedra y se la aplastó sobre la boca y el hocico hasta hacerle estallar los huesos del cráneo.

Se incorporó, se limpió la suciedad de las rodillas y miró el cielo.

Había oscurecido, los murciélagos habían desaparecido de los árboles. Escuchó con atención, todo estaba en silencio. Nada había sucedido. La naturaleza no le había revelado ningún secreto. Seguía siendo tan tonto como antes.

Josef tomó el farol y se fue. Al cabo de algunos metros, sin embargo, regresó. Volvió al sitio donde había quedado su víctima y se metió el murciélago en el bolsillo del pantalón. Luego se puso en camino a casa.

Durante un par de días guardó el cadáver en el cajón de arriba de su secreter y se olvidó de él hasta que ante el fuerte hedor se vio obligado a vaciar el cajón. Miró entonces el cuerpo ya totalmente descompuesto, las membranas coriáceas entre las articulaciones de las manos y de los pies; el pelo gris, casi desteñido; la aplastada cabecita, y decidió no darse por vencido con el asunto. Si un murciélago no revelaba sus secretos ni bajo tortura, tenía que haber otro camino para descubrirle el juego. Y si no quería seguir despreciándose a sí mismo por su incapacidad para entender su lenguaje, entonces tenía que encontrar ese otro camino.

Así pues, cazó otros murciélagos y se los llevó a su cuarto para estudiarlos más de cerca. Primero intentó mantenerlos el mayor tiempo posible con vida, pero su constante sisear y bufar y batir de alas hacían imposible una inspección más a fondo. Al final los mataba directamente donde los capturaba, los metía en su mochila y en su casa los extendía sobre la cama a los fines de los más inmortales experimentos, como él se decía. La respuesta debía estar en algún lado en la cabeza. Con el escalpelo que había robado en la escuela, les abría la boca y el hocico, les arrancaba el pelo y la piel del cráneo y miraba lo que había debajo. Pero nada en los huesos y cartílagos y tendones daba algún indicio sobre cómo generaban los sonidos que sólo ellos oían ni cómo oían los sonidos que sólo ellos generaban. Ni las sobredimensionadas orejas con sus surcos y arrugas y los lóbulos delante, ni sus pequeños ojos negros como el carbón, ni los minúsculos dientecitos, ni las glándulas en la boca, ni los pelos táctiles en los agujeros de la nariz, ni el cráneo y tampoco el delicado, blancuzco, gelatinoso cerebro debajo quisieron revelarle a Josef en qué residía su secreto. Podía cazar tantos murciélagos como quisiera, diseccionar tantos cuerpos como quisiera y penetrar tan profundamente en sus entrañas: el enigma persistía.

Estaba con el último murciélago cuando Felice lo descubrió. Josef ya había perdido la convicción de poder hallar pistas del lenguaje de los murciélagos abriendo los cadáveres y sólo había diseccionado al

pequeño animal, una hembra, porque ya estaba muerta. Todos los demás restos de cadáveres los había tirado el día anterior a orillas del Spree. Estaba en cuclillas, con las rodillas sobre el colchón, inclinado sobre el cráneo medio abierto, horadando desganado el canal auditivo cuando el cuarto se oscureció. Alzó la vista y afuera, pegado a la ventana, en el patio, vio el cuerpo de su media prima que lo estaba mirando. En un primer momento, como su mirada había estado fija tanto tiempo en el cráneo de su objeto de investigación, le pareció ver los contornos de la cabeza de un gigantesco murciélago, pero luego sus rasgos fueron cobrando forma y sus ojos se transformaron de pequeños carbones en grandes zafiros azules en los que se reflejó la débil luz de la lámpara de su cuarto. No estaba seguro de lo que Felice podía ver exactamente a través del vidrio de la ventana y cuánto de lo que veía llegaba a su vez a su cerebro, pero sabía que ella no hablaría sobre lo que estaba sucediendo. El hecho, empero, de que Felice estuviera parada allí lo intranquilizó. Afuera estaba húmedo y frío, era un atardecer de fines de octubre, pero como fuera por lo general Felice no iba más allá de la puerta sin compañía. Se levantó de la cama y se dirigió hacia ella. Estaba sola en el patio. Con su vestido y los hombros desnudos. Él la miró directamente a los ojos. Y ella le devolvió la mirada, lo miró, a él le pareció como si ella lo estudiara, entre ellos sólo el vidrio de su ventana.

Él se apartó, salió del cuarto y fue por el pasillo hasta la cocina donde la puerta al patio estaba abierta. A su tía no se la veía ni oía en absoluto, por lo visto él y Felice estaban solos en la casa. Salió, ella seguía delante de la ventana, pero ahora volvió la cabeza hacia él. Ella temblaba. Sus hombros vibraban en el frío, en sus desnudos antebrazos tenía piel de gallina. Mudos se quedaron parados allí en el patio donde iba oscureciendo, mirándose. Olía a estufas a carbón y la primera nieve. Él fue hacia ella, se colocó delante de ella, allí afuera se congelaría. Ahora ya no había ningún vidrio entre ellos, sólo un par de centímetros de aire frío, su vestido, su camisa, la piel debajo. Él sabía qué debía hacer que volviera adentro, al calor, pero no se animaba a tocarla. Ni una sola vez en los más de cuatro años que él y ella llevaban viviendo en la misma casa él la había tocado o ella a él. Ella ni siquiera lo había mirado, y él tampoco le había dedicado casi una mirada a la pobrecita, ¿por qué habría de hacerlo? Pero ese atardecer, cuando ella estaba afuera congelándose, ella lo miró fijamente, moviendo los labios silenciosa y lentamente. Lo miraba con la boca abierta.

Y él también se quedó mirándola fijamente, la vio temblar debajo de

su vestido, sus delgados brazos y los hombros estrechos, el blanco y suave rostro con su nariz de niña, pues ella era una niña, lo había sido siempre, un año menor que él, a ambos lados los dos zafiros con sus negras inclusiones brillaban. Nunca había visto brillar los ojos de Felice, pues su mirada era si no tonta y vacía. Pero esa noche era diferente. Él vio sus caderas, su pelvis, su cintura, sus pechos, todo era el cuerpo de una niña; y sin embargo aquel atardecer era diferente. Era el cuerpo de una mujer desconocida.

Entonces él también comenzó a tiritar de frío, le temblaban las manos y su pecho se estremecía. Rápido se volvió, fue hasta la puerta de la cocina y esperó allí. Felice lo siguió, entró, se quedó parada en la cocina. Él fue a su cuarto y se disponía a cerrar la puerta detrás de él cuando la vio esperando. De nuevo se quedó mirándolo, luego dirigió la mirada más allá, a su cama, donde seguía extendido el murciélago muerto.

Josef se volteó, miró los jirones de pelo, piel y huesos, luego volvió a mirarla a Felice cuya mirada había quedado fija en la cama. Entró y se sentó sobre el colchón. Vacilante se acercó ella y se detuvo delante de él. Él podía oír su respiración, silencioso ascendía y descendía su tórax y con él la pequeña cruz de oro sobre el esternón. Allí hacía más calor, la piel de gallina de los brazos había desaparecido, pero ella temblaba aún. Él se calmó. La agarró de la muñeca a la altura de la articulación, la rodeó firmemente con todos sus dedos y se quedó quieto. Vio cómo en su mano infantil la sangre se iba oscureciendo, se iba poniendo más azulada y sintió latir el dorso de su mano bajo sus dedos. Felice no hizo nada para resistirse a su contacto. Simplemente permaneció parada allí mirando el cadáver al lado de Josef.

También Josef seguía temblando. Apretó aún más fuerte, sintió crujir los huesos de ella entre su dedo índice y el pulgar. Tenía que dolerle, pero ella seguía sin mostrar reacción alguna. Él le agarró la otra muñeca y comenzó a tirar. Ahora se resistió como si se hubiera quedado congelada delante de la cama. Él siguió tirando cada vez más fuerte hasta que pensó que le dislocaría los hombros si ella no cedía. Pero ella permaneció firme, era más fuerte de lo que nunca le había parecido, y su sorprendente fuerza, unida a esa peculiar pasividad e indiferencia, lo excitó al máximo. Con una mano tiró del brazo de ella hacia él mientras que con la otra la agarró de la rodilla desnuda, haciéndola doblarse, y casi cae al suelo delante de él si no la hubiera sostenido. Separada de la vista del murciélago, su mirada ahora no tenía objetivo y parecía apática y ausente de nuevo. El brillo de zafiro en sus ojos había

desaparecido.

A Josef, que con ambos brazos sostenía el delgado cuerpo de Felice agarrado de la cadera y la rodilla, no lo asustó este cambio en su ánimo, no, lo estimuló más. Se inclinó sobre ella y la arrojó a su lado sobre la cama de modo que su cabeza quedó junto al murciélago y los pies apenas rozaron el suelo de la habitación. Entonces rodó sobre ella, tocándola con la mayor superficie posible de su cuerpo. De repente se sintió enorme mientras la enterraba debajo de él con todo el peso de su pelvis sobre la de ella, de su pecho sobre el de ella, mientras la trituraba entre él y el colchón. Se sintió fuerte y poderoso mientras ella, la pequeña Felice, a su merced y mirando al techo con la boca entreabierta, apenas se atrevía a respirar. Él la sintió, la sintió, palpó y tocó, la olió, gustó y olfateó, un cuerpo humano muy cerca, pegado a él, debajo de él, inmóvil y sin embargo vivo, muerto y sin embargo animado, pero ¿con qué? Quería agarrar su cráneo, arrojarlo lejos, abrir la caja y arrancar las fibras cerebrales como lo había hecho con los murciélagos. Pero había sido en vano, nada le había aportado esclarecimiento alguno sobre su mundo interior, ¿por qué con Felice habría de ser diferente? Tenía que haber otra forma de acceder a su secreto.

Josef sintió cómo crecía el deseo en su interior, una bandada de murciélagos que al atardecer sale de su cueva y levanta vuelo oscureciendo el cielo, sintió una pulsión alzándose en su pecho y en su cuello e hinchándose allí, hubiera querido morder a Felice para hacerle sitio a su voracidad. Sintió su miembro duro latiendo en el regazo de ella. Presionó con más fuerza, cada vez más y más pesado, pero Felice permaneció muda, su rostro inexpresivo, y su deseo no se aplacó. Como del mismo modo tampoco su miedo, el pudor, la curiosidad. Apretó su rostro contra el de ella, su cráneo contra la frente de ella. Tenía que llegar más allá. ¿Qué era lo que había provocado aquel cambio en ella? ¿Qué pensaba ella en ese momento si es que pensaba en algo? ¿Qué pasaba en su interior?

En esa mezcla de deseo, sentimiento de superioridad y sed de conocimiento, tan torturante como devoradora, le arrancó el vestido, se bajó de un golpe los pantalones y se satisfizo en ella. Tuvo que aplicar violencia, tuvo que extenderle los brazos y sujetarlos con sus puños, y como ella mantenía fuertemente apretados sus muslos, quedó allí como el pequeño Jesús. Una pequeña niña-murciélago-Jesús. Tuvo que abrirle las piernas empujando con sus rodillas. Quería abrirla. Penetrar en ella. Quería herirla y al mismo tiempo no provocarle dolor. Quería entender

su lenguaje. Quería que ella le respondiera.

Cuando al cabo de un gruñido minuto todo hubo pasado, cayó separándose de ella. Felice se levantó, se arregló el vestido y atravesando la puerta aún abierta salió al pasillo. Allí se volteó una vez más y lo miró. Sonreía. Sus ojos resplandecían en la oscuridad, pero él no sabía si lo veían a él, tendido en la cama con el miembro fláccido, o como antes al murciélago hembra muerto al lado de él.

Luego se fue.

7

A principios de 1934 Josef devolvió el escalpelo que había robado. Simplemente lo volvió a dejar en la caja de madera de donde lo había tomado cuando había finalizado la clase de Biología y el maestro estaba distraído respondiendo a las preguntas de los aplicados alumnos. Le sorprendió lo fácil que era tomar cosas que no le pertenecían y devolverlas cuando ya no las necesitaba más. También a los murciélagos los había agarrado cuando había querido y después se había deshecho de ellos. Todo había sucedido sin que persona alguna lo notara y sin recibir castigo alguno. Él era invisible.

Después de librarse del escalpelo probó con llaves. Los profesores dejaban prácticamente todos los días sus llaves en algún lado, ni siquiera había que meterles la mano en los portafolios, y en el fondo ni siquiera se podía llamar robo cuando él sólo se hacía cargo de esos objetos sin dueño. Sintió que con ello se le abrían infinitos espacios. El edificio de la Escuela Secundaria Herder de la Bayernallee a la que iba desde hacía medio año era un laberinto y un paraíso al mismo tiempo, un palacio con torres y ventanas saledizas, un castillo de cuento de hadas lleno de historias y leyendas en el que un muchacho de quince años sólo necesitaba la suficiente imaginación para muy fácilmente perderse en él y en su propio mundo.

Si Josef les hubiera llamado la atención a sus profesores, estos hubieran admirado en él precisamente esa imaginación, su inventiva, su capacidad para fantasear y figurarse cosas que no existían. Pero o bien no les llamaba la atención o lo tenían por un simple joven de la media de bajo nivel intelectual, con una letra legible, sí, pero lento en los cálculos, sin chispa en las composiciones, sin una motivación evidente ni tampoco aplicado, incapaz de pensar en alemán y de actuar en alemán. Más aún, había algo en su presencia que a algunos de ellos les molestaba. No eran del todo conscientes de ello, pero la sola vista de ese rostro exangüe de Josef, de su crespo cabello negro les provocaba

un profundo rechazo, silencioso, pertinaz, inquietante. Para aquellos profesores él era como una espina clavada que los irritaba, pero les resultaba imposible decir por qué.

Y así lo dejaron en paz. No le prestaban atención cuando al izar la bandera no alzaba el brazo lo suficiente o cuando se caía de las barras en la hora de gimnasia. No le pegaban cuando traducía mal al latín "Los camaradas muertos por el Frente Rojo y los reaccionarios"[10] y repetía tres veces el mismo error. Se limitaban a mirarlo con severo desdén y se volteaban cuando no podía responder a preguntas que sabía cualquier alumno de secundaria, como quién era Friedrich Jahn,[11] por dónde pasaban el río Mosa y el Niemen y quién era el autor de la "Canción de la Patria". Y así tampoco veían si agarraba llaves y después de las clases exploraba salas y corredores, si husmeaba en la colección de martas y lagartos embalsamados en la sala de Biología o estaba parado junto a la ventana de la torre este, dejando vagar visionaria su mirada por los tejados de la ciudad e imaginándose dueño y señor de todo Berlín.

Una tarde de primavera Josef encontró en el cajón de un podio desde donde daban clase los profesores un manojo con dos llaves. No tardó mucho en darse cuenta de que con ellas tenía en sus manos el acceso, que hasta ahora le había sido vedado, a la biblioteca de la escuela. La biblioteca era un amplio espacio abovedado en el primer piso que no se abría nunca. A menudo se había parado delante de la puerta de roble y se había preguntado cómo hacer para lograr entrar a las sagradas salas que para él eran como el corazón de toda la fortaleza, como una Sala del Príncipe donde un emperador dormía en su trono mientras esperaba el momento de salvar el imperio y guiarlo hacia un nuevo esplendor. Cuando tocaba los herrajes de metal o las vigas de madera, era como si sus manos vieran desplegarse detrás de ellos un jardín de libros. Aquellas salas eran utilizadas sólo por el cuerpo de profesores, para el estudio, la reflexión y la reprimenda; los alumnos tenían vedado el ingreso. Qué era exactamente lo que se ocultaba detrás de esos muros era un secreto y un enigma.

Así pues, ahora solo allí, Josef se sintió más poderoso que nunca. Oyó el clic del hierro al girar, sintió la resistencia de los resortes de metal, forzó con violencia la pesada cerradura, la hoja de la puerta emitió un ronco sonido y dejó entonces abierta una hendija por la cual pudo deslizarse en el interior.

Y si bien en la abovedada sala sin ventanas no lo recibió ningún Barbarroja,[12] sí lo hizo un laberinto de estanterías que guardaban un sinnúmero de libros: manuales, infolios, gruesos volúmenes y delgados

cuadernillos, diccionarios y léxicos de conversación. La opaca luz de un par de lámparas que apenas alumbraban desde el techo le fue indicando el camino. A juzgar por el polvo y el olor a papel húmedo y podredumbre, el cuerpo docente había renunciado hacía tiempo al estudio, la reflexión y la reprimenda en aquellas sagradas salas. En las estanterías encontró lo que había esperado: dieciocho tomos color azul marino del diccionario de los hermanos Grimm, desde la “A” hasta “órgano, piezas para”, el resto faltaba. Veinte tomos en cuero marrón de la enciclopedia Brockhaus, diccionarios enciclopédicos, el Gran Diccionario Meyer. Luego muchísimos manuales, abecedarios, gramáticas, catecismos de todos los tipos, el *Atlas manual de Historia general*, el *Libro de lectura en alemán para escuelas superiores* y uno para el espíritu ario-olímpico. Homero, Tácito, Ovidio. Goethe y Schiller. Luego Karl May, las *Sagas heroicas alemanas* de Schwab, cuentos para el hogar y cuentos populares, *Mi lucha*, Hamsun, *El canto de amor y de muerte del corneta Christoph Rilke, El hombre y el sol, El caminante entre ambos mundos*. Un estante entero de *El joven hitleriano Quex. La abeja Maya* y *Años de peregrinación y aprendizaje de Heidi*. Éxtasis alpino y *edelweiss*. Verde de las altas praderas y surco del arado. Tierra labrada y flor de mayo. Escritos con conciencia de pueblo. Todo estaba allí.

Pero entonces Josef vio que en cada estantería, casi en cada estante había notorios huecos, lo que se hacía evidente porque había libros puestos horizontalmente para llenar el espacio, donde habían sacado libros algunos se habían caído y el orden alfabético se interrumpía bruscamente. No sabía qué era lo que faltaba, pero sentía su ausencia. Tras andar un poco por los pasillos finalmente descubrió de qué cerradura era la segunda llave. Era una puerta más pequeña que había en el último rincón de la sala, oculta hasta la altura de las caderas por cajas de cartón llenas de papel de diario y que por sola inscripción llevaba las letras W.H. Tras despejar la entrada y abrir la puerta con la llave se encontró con un estrecho cuartucho, sin luz, de techos bajos, tan pequeño como su cuarto en la casa, por lo visto un depósito para libros sacados de circulación o todavía no clasificados. Allí no había estanterías, por lo que las pilas de libros eran tan altas que amenazaban con caer en cualquier momento. Josef fue avanzando cuidadosamente entre ellas e inspeccionó los lomos de los libros cuyos títulos, con la exigua luz, apenas pudo descifrar.

Allí estaba entonces: lo más profundo de su interior, su entraña. Fue tan brusco el sobresalto que las pilas a su alrededor comenzaron a moverse y a tambalear y por poco no consigue evitar que cayeran. Josef

no supo por qué se había sobresaltado así, pero sí sintió que en ese segundo su poder se había vuelto infinito de golpe. Lo que tenía delante era la semilla de una fuerza verdaderamente sobrehumana que empezaba a germinar en él. Él era César y Nerón en uno. Era el Napoleón del Westend. Era el Minotauro en su laberinto. Era mitad santo, mitad monstruo inhumano.

Con cautela y respirando pesadamente acarició los lomos de los libros, volvió a observar títulos y autores. Allí estaban, los proscriptos y los perseguidos, los quemados y los prohibidos, en el corazón mismo de la escuela reposaban y dormían su sueño escondidos y fuera de la vista de todos, encerrados como insectos en ámbar. La gran mayoría de los títulos no le decía nada, pero cuando descubrió algunos como *El rabino de Bacharach, El capital, América*, que o bien ya había leído o de los que había oído hablar, comprendió claramente cuál había sido el criterio para seleccionar los libros de aquel depósito. Allí estaban Freud, Feuchtwanger, Lenin, Trotski, Gide, Zweig, Roth, Toller, Benjamin, Kaiser y docenas, cientos de otros que habían llevado allí en forma desordenada aunque con un cierto cuidado y también así, con el propósito que fuera, los habían apilado. Al cabo de aproximadamente una hora que pasó en cuclillas leyendo en la semipenumbra volvió a colocar todos los libros en su sitio, cerró las puertas con llave detrás de sí y dejó el edificio de la escuela.

En las semanas que siguieron Josef regresó una y otra vez, volvió a la pequeña celda donde los no-alemanes,[13] como los llamaba, invernaban como los murciélagos de Spandau en su cueva. Cada volumen individual le pareció como si fuera un murciélago, las tapas, sus alas, las páginas y las letras, sus entrañas, las que ahora finalmente responderían a todas sus preguntas. Volvía a dejar siempre las llaves de la biblioteca en el podio y volvía a tomarlas siempre de allí, donde por lo visto nadie las tocaba salvo él. Con el tiempo fue aprendiendo los nombres y los títulos de memoria, recordó dónde había dejado cada libro para poder comprobar después si alguna otra persona tenía acceso al depósito. Pero todo estaba siempre como lo había dejado, nadie iba allí, lo que hacía que le resultara aún más incomprensible por qué guardaban esos libros en lugar de tirarlos o entregarlos directamente a las llamas.

Recién en mayo de 1934 cobró valor para llevarse un libro a su casa. ¡Cuánto más difícil le resultó que robar un escalpelo o un búho embalsamado de la colección! Sustraer esos libros, aun cuando eran mil

veces más sin dueño que extraviadas llaves de profesores, era sacrilegio. Y sin embargo él sentía que él tenía que cometer precisamente ese sacrilegio. Él tenía que salvarlos, pues cuál sería su futuro destino era más que incierto. Lo primero que se guardó en el bolso fue *¡Abajo las armas!* de Bertha von Suttner, luego siguieron *Sin novedad en el frente* y *El súbdito*. Josef siempre se llevaba sólo un volumen y al principio sólo aquellos de los que conocía los títulos y de los que sabía que sus autores no eran judíos.

Con los judíos se animó recién en junio. Ya se había llevado una docena de no-alemanes a los que les había concedido asilo en su estantería, cuando comprendió que también tendría que salvar a los judíos. No supo por qué le costó más que con los comunistas y los socialdemócratas, los pacifistas y los anarquistas. El peligro era el mismo. Si lo llegaban a atrapar con uno solo de esos volúmenes en su portafolio, le harían una visita a su tía, entrarían a su cuarto y todo estaría perdido. Observarían con mayor atención y se darían cuenta por fin de quiénes eran sus verdaderos padres.

Pero sí: llevarse a los judíos era el guante que le arrojaría a la cara no sólo a la escuela, sino a toda esa cosa de Hitler. Al fin y al cabo, los judíos eran la conciencia del mundo. Siempre lo serían.

Y así fue, debía ser, y debía ser *rápido*. Cada vez más y más fue invadiendo a Josef el miedo de encontrarse un día frente una celda vacía de la que habían sacado todos los libros, expulsados, proscriptos, deportados a ninguna parte. Era necesario entonces llevarse más de un libro por vez, si es que quería tener una chance de salvar de la destrucción a todos los no-alemanes. Pero aquello resultó no ser nada fácil. Llevar tres libros en el portafolio más uno debajo de cada brazo fue el límite que se vio obligado a aceptar. Era demasiado llamativo un muchacho que todas las tardes iba andando con esfuerzo y paso pesado de Westend a Charlottenburg, demasiada desconfianza hubiese despertado su aspecto, y así tarde o temprano alguien lo hubiera agarrado del brazo y le hubiese exigido explicaciones.

Cinco por día entonces y ahora también los judíos. Sobre todo los judíos. Heine. Preuss y Rathenau. Bábel, Kisch y Liebknecht. Schnitzler, Sternheim, Roth. Oppenheimer, Reich, Eisner. Marcuse, Wassermann, Wedekind, Werfel. Zuckmayer, Zweig, Zech Frank Döblin Brod Feuchtwanger
EhrenburgGroszTucholskySeghersGorkiSachsgidesteinerholitschermeyrinkros

Le dolía que en su cuarto tuvieran que estar tan desordenados como los encontraba y los llevaba. Pero es que simplemente no había

suficiente espacio. El estante junto a la ventana ya estaba lleno desde el año anterior, por lo que tuvo que usar el armario, el cajón debajo de la cama donde guardaba almohada y edredón y los cajones. Pero también estos estarían repletos muy pronto. Pronto su pequeño cuarto guardó cien, quizás ciento veinte ejemplares. Tenía que ocurrírsele algo. ¿Quizás podía dejar algunos en la habitación de Felice o en el cobertizo en el patio? ¿O debía buscar la entrada a la cueva de los murciélagos en la ciudadela y almacenar allí los libros hasta que hubiera pasado todo el horror?

Pero no llegó a ese punto. Poco antes de las vacaciones de verano Josef descubrió algo que al menos por el momento le arrebató las ganas de intentar cualquier rescate. Una tarde se había guardado cinco pesados tomos más o menos del mismo tamaño, tres Schnitzler, un Zweig, un Werfel, había vuelto a cerrar la puerta del pequeño cuarto con llave y colocado las cajas de cartón delante cuando, mientras iba atravesando la sala principal, pasó por una estantería de la que hasta ahora no se había percatado de su existencia. Lo que ahora vio fue su propio nombre. En letras plateadas figuraba allí, sobre el lomo de un grueso, rechoncho volumen encuadernado en cuero de ternera. EISENSTEIN. Y después: *Historia de la lengua alemana.*

Josef apoyó su portafolio en el suelo y dejó caer el Zweig y el Werfel. Tomó en sus manos el Eisenstein, lo abrió, lo hojeó. *Historia de la lengua alemana, tomo I, redactado por el Dr. Samuel Eisenstein, Universidad de Jena*. Josef estaba confundido. Sabía que su padre había trabajado largos años en esta obra y no le sorprendía que al menos el primer tomo ya se hubiera publicado. *Fráncfort del Meno, 1932*. Pero lo que le sorprendía, no: le resultaba extraño, no: le disgustaba más era el hecho de que: ¡el libro de su padre estaba allí en la biblioteca y no en la celda de al lado! ¿Qué había llevado a la persona que se encargaba del orden allí a dejar precisamente a su padre entre toda aquella “sangre y tierra”?[14] ¿Acaso Samuel Eisenstein no era judío? ¿Para ellos no era lo suficientemente judío? ¿La *Historia de la lengua alemana* no daba testimonio de la subversiva inteligencia de un cosmopolita? ¿No se podía observar en ella el germen del bolchevismo y del judaísmo financiero, no atentaba acaso contra el orden y las costumbres alemanas? La primera reacción de Josef ante este aparente error de ubicación fue la de querer llevar a su padre a la celda donde le correspondía estar. Pero se detuvo y volvió a mirar el tomo y las letras plateadas que le gritaban a la cara su propio nombre. Era un bello libro, todo el tiempo y el esfuerzo que su padre le había dedicado día por día,

noche por noche estaba allí dentro. Lo sopesó en sus manos y luego lenta y delicadamente lo apoyó contra su rostro como para refrescarse. La piel de su mejilla tocó el liso cuero y se deslizó suavemente sobre él, sus dedos rozaron el lomo y las hojas, los acariciaron. Cuando lo apartó de su rostro, notó algunas gotas, como rocío matinal, que mojaban el cuero, estas se deslizaron y cayeron sobre otros libros que estaban en el piso. Era un extraño líquido lechoso que le costaba entender de qué estaba hecho y de dónde salía. ¿Acaso él mismo había llorado, o el libro no había podido contener sus propias lágrimas? Finalmente se incorporó y volvió a dejar a su padre allí donde lo había encontrado. Quizás sí debía estar allí. ¿Quién podía saberlo?

Agitado salió de la biblioteca, cerró detrás de sí y con llave la puerta de roble. Recién en su casa, envuelto en sudor por la larga y apresurada caminata, se dio cuenta de que había dejado los cinco libros de la celda en la biblioteca. Justamente debajo del Eisenstein humedecido por las lágrimas. Ahora ya sería imposible para él volver a poner un pie en la biblioteca. El primer profesor que pasara delante de aquella estantería y viera allí en el piso a los judíos daría voz de alarma.

Al día siguiente Josef aprovechó un momento en que no lo observaban para acercarse hasta el podio; volvió a dejar la llave allí y no volvió a tocarla nunca más.

Las vacaciones de verano Josef las pasó leyendo los libros rescatados y reprimió todo pensamiento sobre la biblioteca. Pero cuando en septiembre comenzó a ir de nuevo a la escuela, yendo del aula al patio, vio que la puerta de entrada estaba abierta. Algunos profesores estaban ocupados en su interior, aparentemente estaban cambiando la disposición. En los días que siguieron se escuchó decir que se quería volver a permitir el acceso de los alumnos a la biblioteca para que pudieran estudiar allí o sacar libros en préstamo, y cuando en octubre estuvo todo listo, Josef volvió a ingresar a las abovedadas salas por primera vez después de meses. Las estanterías estaban como antes, también los libros seguían estando allí, pero ahora se encontraban en otro sitio, el orden respondía a otro sistema. Los huecos en los estantes habían desaparecido.

Se animó a echar un vistazo al rincón del fondo. Habían sacado todas las cajas de cartón con los periódicos y la puerta del pequeño cuarto estaba abierta. El depósito estaba vacío.

Luego fue andando por los pasillos y buscó en las estanterías libros

sobre la lengua alemana. Encontró un par de compendios y gramáticas. La *Historia de la lengua alemana, tomo I,* no la encontró.

Recién abajo volvió Josef en sí. Se había abalanzado afuera, había bajado por las escaleras y ahora se encontraba con las manos húmedas y el pecho tembloroso junto al olmo que había en el medio del patio. Era su culpa. Había dejado rastros. Habían vaciado el depósito antes de que él pudiera salvarlos a todos. Se juró que en el futuro sería más cuidadoso.

Su respiración recién se había tranquilizado cuando sintió una mano sobre su hombro. Era el profesor que ya hacía meses lo había visto tomar la llave, entrar a la biblioteca y robar los libros. O el rector al que le habían notificado de sus fechorías. O directamente la policía. Cuando se volvió, vio la cara de rojas mejillas de un muchacho. Este le había gritado algo y seguramente esperaba una respuesta. Josef, tan sorprendido de que otro alumno se hubiera animado a tocarlo, no sabía qué decir. Balbuceaba, luego se calmó, inspiró profundamente y se quedó parado allí impasible.

El muchacho, una cabeza más alto que él, macizo y que respiraba con dificultad, con rollos carnosos sobre los ojos, seguía con el puño sobre el hombro de Josef. Caliente y fuerte se sentía ese puño, y amenazante, cuando entonces fue ascendiendo por su nuca, lo agarró a la altura de la primera vértebra y amenazó con triturarle los huesos. El pánico invadió a Josef, pero no podía moverse. Era Braun, al que en secreto llamaban "kermés" Braun, o porque era de una ciudad de nombre parecido o porque tenía la pinta de esos musculosos de feria. Josef había oído hablar de él.

En un abrir y cerrar de ojos se vieron rodeados por una veintena o treintena de alumnos, pues también conocían a Braun y sabían de lo que era capaz antes de que un profesor encargado de vigilarlos los descubriera. Sabían que "kermés" Braun no necesitaba ninguna excusa para atacar a alguien, ninguna más allá del puro placer que le provocaba la imagen de su atemorizada presa. Y también sabían que uno y otro profesor no se apuraban demasiado para intervenir si Braun tenía a la víctima correcta en sus manos.

Era la primera vez que otro muchacho tocaba a Josef por iniciativa propia, ni allí en la escuela ni en ningún otro lado había sucedido nunca. Sus compañeros de clase lo evitaban, en el patio estaba solo, y tampoco en la calle se trataba con otros chicos. En la clase de gimnasia, allí sí se producía algún contacto involuntario, y Josef lo odiaba. Le repugnaba tanto la cercanía de los cuerpos de los otros muchachos que

tenía verdadero miedo del vestuario, miedo de la clase de gimnasia y miedo del profesor de gimnasia. Le daba asco el olor, entre todos aquellos cuerpos mojados se le revolvía el estómago, y ya la sola idea de la piel desnuda de un muchacho en contacto con la suya lo hacía estremecerse.

Ahora, mientras Braun lo tenía agarrado de la nuca como a un gatito y la piel de su mano tocaba su desnudo cuello, pensó en los libros que lo esperaban en su cuarto en su casa. Golpeado y pateado regresaría a ellos, sangrando de la nariz y de los oídos, y ellos lo escucharían y le brindarían consuelo. Pensó en las peleas sobre las que había leído y se preguntó cuáles eran peores: ¿las que él miraba sin hacer nada o aquellas en las que dejaba que lo golpearan? En ambos casos le pareció casi la misma impotencia, una torpe incapacidad que no hacía más que avergonzarlo. Mientras veía que Braun alzaba y tomaba impulso con el otro puño, pensó en una historia que había leído en las vacaciones de verano. Trataba de pupilos en un internado que maltrataban y torturaban a un compañero que había robado. ¿Y ahora de pronto Josef debía ser ese muchacho? ¿Era finalmente el castigo por todos sus crímenes? ¿Por su desobediencia? ¿Por lo que fuera?

Cerró los ojos. Pero nada sucedió, ningún puño le pegó en el rostro o en el estómago, nadie lo pateó, hasta le soltaron la nuca, y cuando Josef volvió a abrir los ojos, lo vio a Braun alejarse encogiéndose de hombros y la masa dispersándose en todas direcciones. No había habido castigo. Primero pensó que habría aparecido un profesor, pero estaba absolutamente solo bajo el olmo en el medio del patio mientras todos los demás volvían a sus actividades como si nada hubiera sucedido. Y de hecho no había sucedido nada.

Su inacción lo había salvado. A Braun se le habían pasado las ganas, y aporrear a alguien que no hacía ni el menor amague de defenderse hasta a él le resultaba lamentable. Pero Josef no sabía esto.

Cuando al día siguiente Braun no fue a la escuela, todos se sorprendieron. Un tipo de su constitución física no se enfermaba tan rápido. Un pícnico, como figuraba en el libro. Cuando al cabo de una semana todavía no se había visto ni rastro de Braun, ni en el patio ni tampoco en el aula, y los profesores no daban ninguna respuesta sobre qué pasaba con él, empezó a correr el rumor de que Josef lo había matado. No se sabía cómo, no se sabía dónde y cuándo, pero se sabía el porqué y se sabía que Josef era capaz de ello. Seguro que no había titubeado cuando había empujado y hecho caer de espaldas a Braun en

el Spree. Mejor mantenerse alejado de un tipo como ese. Algunos decían haber visto un cuchillo en el portafolio de Josef y de nuevo otros hicieron correr rumores que hablaban hasta de magia negra. El impasible, mudo Josef, decían, le había echado una maldición a Braun. Mira el cráneo que tiene, decían, sus brazos y sus piernas flacos, su tórax chato. Mira sus ojos, decían, lo hundidos que los tiene y ese brillo maligno. Un tipo como ese tiene trato con el diablo.

8

Si realmente Josef hubiera estado aliado con el diablo, no lo hubiese seguido asombrando cómo podía ser que, pese a sus robos, todavía no lo hubieran hecho rendir cuentas. Cómo podía ser que la vida lo llevara por caminos que a otros les ocultaba. Cómo podía ser que él tuviera posibilidades que, de haber hecho las cosas por derecha, no hubiera podido tener. Los demás judíos de su clase habían sido excluidos de las excursiones, en las fiestas tenían que ayudar a armar todo pero no tenían permitido participar. La mayoría de los profesores no les hacía responder preguntas en clase, sólo los llamaban cuando había que barrer el aula. Y ni hablar de cómo eran tratados en el patio, donde debían quedarse parados apretujados con los demás judíos, esto antes de que ya finalmente se les postergaran los recreos. Pero Josef no se veía afectado por nada de todo ello. No era alguien de quien se sospechara, era el hijo de una madre alemana y un padre alemán caído en la guerra y que había sido condecorado con la Cruz de Hierro. Y este hijo alemán estaba allí ahora y veía cómo acusaban a Goldfarb, dos años menor que él, de robar una bicicleta que Josef se había llevado una semana antes. Al día siguiente la volvió a dejar en su lugar, sin que nadie lo viera, pero Goldfarb siguió teniendo la culpa. Josef vio cómo a Seligmann le ponían un insuficiente en composición en alemán, porque había puesto *Arminius* en lugar de *Hermann*, y cómo después de la escuela le quitaban su mesada a Levitsky.

Todo eso vio. Pero él no sentía compasión por los judíos, no la sentía por Levitsky ni por Seligmann ni tampoco por el pequeño Goldfarb. Le parecían tontos. Si él podía aparentar otra cosa, ¿por qué ellos no lo conseguían también? ¿O no querían?

Cuando Josef cumplió dieciséis años, durante sus caminatas por Berlín reflexionaba sobre cómo le hubiera ido en Weimar. Berlín era grande, allí era una pulga más entre muchas otras. Weimar, en cambio, era un pueblo, un ignoto rincón alejado, una pequeña ciudad de

provincia que se podía recorrer en un solo día. El que vivía allí, ¿cómo habría de esconderse? Su padre había tenido que dejar Jena hacía un año. Ahora estaba solo en aquellas habitaciones demasiado grandes de su casa y redactaba artículos para la Unión de Cultura Judía. Al principio le había enviado cartas a su medio hermana en las que le contaba sobre los cambios y le mandaba saludos a su hijo. Luego de su lado ya no llegó nada más. Su madre estaba en Viena, aparentemente quería volver a casarse, más noticias no tenían. En Weimar a Josef le hubiera esperado probablemente el mismo destino que a Goldfarb, Seligmann y Levitsky. Pero Berlín tenía otros planes para él. Cuantas más banderas izaban y más marchas de antorchas organizaban, cuanto más se apeaban enérgicos de sus automóviles y se paraban con sus uniformes ante las puertas de las grandes tiendas, más invisible se volvía él. Es que ellos estaban tan ocupados consigo mismos. Para ellos un muchacho de dieciséis años no existía.

Había pasado un año desde la desaparición de "kermés" Braun cuando un atardecer de verano, caminando por Friedenau, Josef descubrió algo. En una calle lateral de la avenida Kaiser donde no había un alma, desde la ventana abierta del piso superior de una casona, le llegó un rayo de luz. En un primer momento creyó que el edificio, que no encajaba en absoluto en la hilera de las fachadas de las casas de alquiler, porque tenía sólo dos plantas, y porque estaba más retirado de la vereda y rodeado por un cerco, un cubo amarillo con bandas de ladrillo rojo bajo un amplio techo a cuatro aguas, era una escuela o una sinagoga. Pero pronto en el cartel que había al lado de la puerta de entrada leyó que era una biblioteca. *Biblioteca de Préstamo Prusiana Niedstrasse*. Le llamó la atención la luz bajo cuyo resplandor se hallaba él en ese momento y supuso que trabajaban hasta tarde. Pero cuando se acercó más, no oyó ningún ruido que viniera de adentro y tampoco vio sombras moviéndose, por lo que se preguntó si alguien se habría olvidado de cerrar la ventana y apagar la luz. Traspasó el cerco de hierro y al final maceteros y plantas de vid lo ayudaron a treparse por la fachada hasta alcanzar la ventana. No se veía a nadie, no se oía ningún ruido. Cuando saltó sigilosamente desde el antepecho de la ventana adentro de la sala, volvió a sentirse como el niño de ocho años que, rápido como un turón y deslizándose como una serpiente, salvaba obstáculos y permanecía sin que nadie lo descubriera.

Se quedó petrificado. Todo el piso superior era un solo espacio y, por lo que alcanzaba a ver, estaba lleno de estanterías hasta el techo. Diez mil, veinte mil libros debía haber allí y en la planta baja quizás

más aún. Pero no había sido eso lo que lo había dejado desconcertado. Había ingresado en el interior de una biblioteca de préstamo y veía lo que era de esperar. Lo que lo había impactado era de golpe descubrir que estaba allí absolutamente solo. Que las estanterías eran suyas. Que él era dueño y señor de los miles y miles de libros que estaban reunidos allí, por lo menos hasta la mañana siguiente.

Cuando se liberó de su rigidez, fue recorriendo e inspeccionando los pasillos. Antes de todo apagó la luz, una lámpara de escritorio que estaba atornillada al alféizar, y cerró la ventana. A diferencia de la biblioteca del colegio, allí había luz natural, la cual ahora llegaba débil desde afuera, pues ya había caído el sol. Sus ojos debieron primero acostumbrarse a la penumbra. Luego se perdió entre las estanterías.

A la mañana siguiente lo despertó un ruido que venía del piso de abajo. Cuando abrió los ojos, se encontró transformado en una rata que se había quedado dormida después de saciar su voraz apetito. Volvió en sí. No, él no era ningún animal, él era Josef Eisenstein y todavía estaba en la sala superior de la biblioteca de préstamo de Friedenau. Tenía la espalda tiesa de la dura cama que se había armado en uno de los estrechos pasillos entre "Historia del Arte" y "Partituras". Silenciosamente se incorporó y puso atención a ver si escuchaba algo. Desde abajo llegaban voces, el ruido de llaves, de puertas. Ya era demasiado tarde como para bajar trepando por la ventana, afuera ya era de día. Lo único que le quedaba era esperar que no lo descubrieran allí arriba si se quedaba tendido en silencio sin moverse y que luego, con el transcurso de la mañana, pudiera bajar sin que lo vieran al piso inferior, pasar por delante del mostrador y salir tranquilamente.

Silenciosamente fue colocando de nuevo en los estantes los libros que le habían servido de cama durante la noche hasta que oyó pasos que venían de la escalera. Entonces descubrió que detrás de los libros de las hileras de abajo había un escondrijo, quizás lugar suficiente para servir de refugio a un delgado muchacho de dieciséis años. A presión se metió allí, comprimido entre los gruesos tomos de Historia del Arte y los de la estantería del otro lado que estaban colocados canto contra canto, luego volvió a correr los restantes libros sobre el estante delante de él hasta que se encontró en la oscuridad y contuvo la respiración.

Los pasos se aproximaban pero él no podía ver nada. Estaba tendido en un túnel que no conducía a ningún lado. Era estrecho y estaba lleno de polvo, no hubiera podido mover ni un dedo sin llamar la atención. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, estudió los libros que tenía pegados a la cara y, aunque desde tan cerca no podía descifrar las

letras, supo al lado de quién estaba tendido. Pues toda la noche anterior la había pasado hurgando en las estanterías, observando los folios y admirando las más valiosas encuadernaciones. La luna había iluminado pasillos y paredes y su corazón se había abierto como una flor de jazmín en la noche. Es que junto a los muchos libros comunes que se encontraban habitualmente en toda biblioteca, junto a obras de consulta, literatura de entretenimiento y revistas había allí, si uno buscaba con la minuciosidad necesaria, verdaderos tesoros. Ocultos entre ediciones de todos los días y productos masivos había rarezas. Así se encontró con un volumen de la *Historia natural* de Plinio en oscuro cuero verde oliva, o con un bestiario con tapas con aplicaciones de madera, por allí con dos gigantescos atlas mundiales, más allá con una edición en miniatura de la Biblia. Allí había mala literatura y alta literatura y todo estaba ordenado y catalogado con gran esmero. Allí habitaban no sólo más, sino también más valiosos ejemplares que en la biblioteca de su colegio, allí había volúmenes antiguos y de refinada encuadernación que tenían cien, doscientos años, primeras ediciones de almanaques de inicios del siglo XIX, una edición de las obras completas de Goethe ricamente ornamentada y partituras de las óperas de Wagner.

En la sección de Historia del Arte había enormes mamotretos con coloridas ilustraciones y grabados desplegables: Durero y Altdorfer, Corinth y Richter. Grabados en cobre, aguafuertes, óleos. Y exactamente allí se encontraba ahora él, con la cabeza recostada sobre el volumen sobre Rembrandt con el que había pasado la noche. Cerró los párpados y se entregó a la suave presión del libro sobre su mejilla. A lo lejos continuaban dando zancadas por los pasillos los perseguidores mientras él estaba tendido en silencio y refrescaba su frente contra el cuero. Quizás en unos momentos una tosca mano lo agarraría de los pies y lo sacaría arrastrando de su escondite. Y allí se habría acabado todo, lo encerrarían en el más profundo calabozo y a sus libros no los volvería a ver nunca más.

Pero los pasos se transformaron en ecos y al final volvió a reinar el silencio en la sala. Media hora más habría de permanecer aún en su túnel, luego se animó a salir, tomó el *Rembrandt* de la estantería, fue hasta la escalera y bajó. Desde la escalera vio la sala de abajo fuertemente iluminada; por aquí y por allí había gente, usuarios, por lo visto, que se desplazaban entre las mesas y las estanterías, y en la entrada había dos mujeres en el mostrador. Una vieja, la otra más vieja, de cabellos grises y blancos, ambas con vestidos floreados, inclinadas y sonriendo. Él les puso delante el *Rembrandt* y les dijo que quería sacarlo

en préstamo, pero se había olvidado el carnet. En una tarjeta de cartón garabateó un nombre inventado con una dirección falsa, luego, bajo la desconfiada mirada de las mujeres, tomó el volumen y salió de aquel palacio de los libros por la entrada principal.

Afuera ya hacía calor, en el cielo no había ni una nube. Debían ser las diez, una mañana de sábado. Clases no tenía, pero seguro que su tía, alterada y fuera de sí, ya había alarmado a la policía. Cuando tras una rápida caminata de una hora llegó a su casa, ella estaba en la sala y tenía visitas, ella en deshabillé en el sofá, el hombre de uniforme en el sillón; en la mesa, al lado de tazas de té y platos de galletas, había un cartón de cigarrillos Nestor Lord. Ambos lo miraron, el hombre le sonrió, la tía le hizo un gesto de asentimiento cariñoso. Felice estaba sentada apartada en el banco de la ventana mirando fijo el patio.

—¿Hoy no tienes clases, mi muchacho?

—No en el *sabbat* —dijo Josef. Pero el soldado no reaccionó. También la tía continuó sirviéndole té a su huésped. Por lo visto Josef sí se había quedado mudo.

Inmóvil estaba parado allí, su mirada iba oscilando entre Felice, su tía y el soldado. ¡Que lo detuvieran por fin! ¿Por qué las cosas seguían tan calmas? ¿Dónde estaban los fusiles y las vendas para los ojos para ejecutarlo como marcaba la ley? Pero por lo visto no había planes de nada de todo aquello, ni la Biblioteca de Préstamo Niedstrasse había seguido sus pasos, ni habían alertado a la Gestapo para que lo buscaran, y judío seguía sin ser. Sólo un simple soldado estaba sentado allí con su uniforme gris de verano, bebía té y le sonreía.

—Enséñame —le dijo entonces y le señaló el libro que Josef llevaba apretado contra el pecho y del que casi se había olvidado. Él le extendió el volumen al hombre pero no se acercó ni un paso.

—Muy buen libro, muchacho. ¡Yo también lo tengo en casa en mi armario! Hay que empezar temprano, ¿no? Mi Dios, yo a tu edad todavía leía a Karl Marx.

—¿Karl May? —preguntó Josef.

El soldado se detuvo, lo miró como dudando. Luego resonó su carcajada en todo el salón, tan fuerte que Felice se sobresaltó en el banco y despegó la mirada del vidrio.

—¡Ah, es listo tu muchachito! —dijo el soldado—. ¡Correcto, Karl May! *¡En el reino de los leones de plata! ¡El forastero de la India!* ¡Me los devoraba en la cama oculto debajo de la manta!

Y la miró a la señora Schwarzkopf y le hizo un guiño hasta que

también ella rompió en alegres risitas.

En la oscuridad de su pequeño cuarto Josef se preguntó si debía sentirse deprimido o asqueado. ¿Apesadumbrado porque su tía ni siquiera había notado que no había vuelto en toda la noche? ¿O furioso porque un soldado cualquiera de la Wehrmacht apreciaba su libro? Evidentemente tenía que ser más selectivo en la elección de su botín. ¿O debía sentirse decepcionado porque aquel tibio robo quedaría sin mayores consecuencias? ¿Porque ni lo habían denunciado ni parecían sospechar en absoluto de él y porque seguía siendo el hijito ario de su tía aria?

Pero luego se echó en la cama y supo la respuesta. Todo aquello era una inmensa fortuna. Podía hacer y dejar de hacer lo que quisiera. Él era invisible. Intocable. Tomó el libro, lo abrió y leyó, ahora por primera vez con calma, autor y título: Julius Langbehn, *Rembrandt como educador*. Preguntándose qué tendría ese libro que el soldado no sólo lo conocía sino que además lo había alabado, comenzó con el prefacio: “Poco a poco se ha ido convirtiendo en un secreto a voces que la vida espiritual del pueblo alemán se encuentra actualmente en un estado de lenta, algunos piensan también de rápida, decadencia”.

En los tiempos que siguieron el hombre de uniforme gris, el cabo primero Meier, fue más frecuentemente huésped en casa de los Schwarzkopf. Ahora que el tío Efraín estaba en Suiza y el padre de Josef se había quedado sin empleo, la tía Ruth tenía que arreglárselas de otro modo. La pensión por viudez ya hacía tiempo que no alcanzaba, pues al fin y al cabo había tres bocas que alimentar y ella no tenía trabajo. Hacía lo que podía. Josef tenía en claro que la presencia de Meier significaba un peligro para sus libros, pues no podía estar seguro de que en algún momento, por error, no entrara en su cuarto. Los exilados habían quedado fuera de la vista de cualquier ingenuo visitante, pero hubiese bastado con echar un vistazo a su armario o al cajón debajo de la cama para descubrir su escondite.

Lo que más perturbaba, sin embargo, a Josef era el hecho de haber sentido un bienestar corporal, sí, una satisfacción y un deseo al rozar con el rostro, en su escondrijo de la biblioteca de Friedenau, el cuero y el papel de un libro que ahora al leerlo le resultaba insoportable. Lejos de entender todo, al cabo de una semana de enervante lectura, había dejado el Langbehn en su repisa, pues para tirarlo le faltaba coraje. Lo

hubiese sentido demasiado como traición a un antiguo amigo. Aun cuando su interior carecía de estilo y era ridículo, su presentación seguía ejerciendo una cierta atracción en Josef. El Langbehn era como un amante un poco tonto y ordinario, pero agradable a la vista, cuya cercanía en otras épocas uno recordaba con gusto.

Pero en su cuarto, junto con los exilados, Josef no lo quería tener más. ¿Debía llevarlo entonces de vuelta a Friedenau? El plazo de préstamo había vencido hacía mucho, probablemente ya buscaban al joven que había dado un nombre falso. ¡Al fin y al cabo, era daño a la propiedad pública! ¿Debía volver a entrar a escondidas para dejar de nuevo en su lugar lo que había robado? Quizás era la manera más elegante de deshacerse de un viejo amigo. ¿Pero qué debía hacer con los demás? Tampoco podían permanecer allí, en el colegio tampoco había más lugar para ellos y tampoco podía llevarlos con buena conciencia a una biblioteca. Demasiado grande era el riesgo de que los agarraran a todos juntos.

En otoño Josef comenzó a buscar en la ciudad un escondite donde los libros pudiesen invernar hasta que llegaran otros tiempos. Pero ningún sótano, ningún cobertizo ni ningún apartado bosque le parecieron lugares adecuados. Todos aquellos sitios eran demasiado húmedos, demasiado fríos y además demasiado inseguros. ¿Y qué pasaría si llegaba la primavera y ya nadie más sabía de la existencia de sus libros? ¿Quién los liberaría? Los únicos lugares adecuados para libros continuaban siendo por eso las bibliotecas o las librerías.

Finalmente fue el Langbehn el que le dio la idea a Josef. Si podía devolverlo a su sitio sin que nadie se enterara de ello, entonces podía hacerlo también con otros. Sus libros tenían que desaparecer pero sin estar escondidos. A la vista de todos y al mismo tiempo ocultos. Emigrados pero no lejos. Esto sólo podía ser si los repartía por toda la ciudad. Sólo tenía que prestar atención de no esconder más de un libro en el mismo lugar. Era la mejor manera de que pudieran permanecer sin ser descubiertos.

Lo fácil que resultó. En tiendas de anticuarios de libros, librerías y bibliotecas Josef tenía entrada irrestricta, podía acceder a las estanterías sin que lo observaran. Al principio había llevado guardado un libro en su portafolio y había esperado el momento furtivo, pero luego se dio cuenta de que no era necesario. Con la cabeza en alto entraba de pronto con un libro bajo el brazo a una tienda, saludaba amablemente al dueño, miraba aquí y allá un poco en las mesas y los expositores,

tomaba uno u otro libro en la mano como estudiándolo, luego lo volvía a dejar en su lugar y, cuando le parecía que había encontrado el lugar correcto, ponía el suyo al lado. La mayoría de las veces eran sitios bien al fondo del pasillo y abajo o en un sector adonde podía esperarse que fueran menos los clientes, la sección de los libros de Derecho, por ejemplo, o entre los textos escolares de matemática. A menudo colocaba Josef sus tesoros detrás de los otros o, si el lomo del libro no llamaba la atención, simplemente al lado siguiendo la hilera. Allí podían dormir su sueño, allí el ambiente era cálido y seco, casi seguro. Si alguien llegaba a descubrir un libro allí y lo reconocía, sólo ese libro se habría perdido. Si las cosas se ponían muy mal, revisarían toda la tienda, quizás interrogarían al dueño, pero los libros restantes permanecerían sin ser descubiertos. Y quizás, alguna vez, llegaría el momento en que todos podrían dejar sus escondites.

Y así fue como Josef recorrió todas las librerías y bibliotecas de Berlín. Entró en ellas, las examinó y se enamoró de ellas. En su expedición militar se convirtió en peregrino, su ofensiva lo llevó hacia todos los puntos cardinales, hasta el último rincón de la ciudad. Josef era un caminante de los libros, sus idas a bibliotecas y librerías eran peregrinaciones; su Jerusalén, los libros. Aquel otoño conoció a legiones de ellos.

Y luego, en un anticuario de libros de la avenida Berliner donde no había un alma, mirando un volumen cuya apariencia lo había atraído, tuvo una idea prodigiosa. Si podía dejar un libro sin que nadie lo viera, del mismo modo podía llevarse uno sin que nadie lo viera.

9

Casi hasta la desesperación llevó a Josef el haber tenido que renunciar a su colección de admirados y degenerados, amados y subversivos libros. Para protegerlos les había regalado la libertad. Pronto su cuarto volvió a estar frío y vacío. Sólo habían quedado las obras que no eran sospechosas. Una edición del *El Anticristo* de Nietzsche que leía todos los días. *Hombre y tierra* de Ludwig Klages. *El canto de amor y de muerte del corneta Christoph Rilke*. Las *Confesiones* y *Sueños de un paseante solitario* de Voltaire. No eran muchos más con los que compartía su soledad. Pero ahora que había aprendido cuán fácil era sustraer libros de las bibliotecas y las librerías, tenía en sus manos el medio para aliviar su pena. Cuando robaba un libro, sentía satisfacción, lo invadía la emoción. Se sentía poderoso, aunque sabía que eran los libros los que tenían poder sobre él.

Al principio sólo robó pocos, robaba cuando la ocasión lo hacía ladrón, ya fuera porque el vendedor no estaba o estaba compenetrado hablando con alguien, o porque un libro le parecía tan valioso que el deseo lo consumía, simplemente tenía que poseerlo. Pero luego sus robos se hicieron más frecuentes. Ahora ya lo hacía casi todas las semanas y en grandes cantidades, hasta que finalmente se convirtió en una adicción que no lo abandonó más. Cada vez debió tener más y más libros, pero ahora no se fijó en el autor y el título, los contenidos no le interesaban, y tampoco se trataba de salvar algo, sino que ya lo único que le importó fue el aspecto exterior. Ya en su encuentro con el *Rembrandt* había sentido Josef la fascinación que podía suscitar en él una valiosa y preciosa encuadernación. También el libro que había robado en la avenida Berliner había ejercido sobre él un efecto semejante: lo había llamado, lo había atraído con sus encantos y ya a primera vista había sabido que tenía que poseerlo. Sólo lo especial podía despertar en él ese éxtasis, sólo lo que denotaba brillo y virtuosismo, y así se convirtió en un ladrón que sólo buscaba lo

perfecto. Lo cautivaba la belleza de los más bellos ejemplares; los demás, los comunes y mediocres, los dejaba a un lado. Pronto su cuarto volvió a estar lleno a tope. Lo había liberado de los no-alemanes pero ahora había allí el doble de libros. Ya hacía mucho que el armario y el cajón debajo de la cama no alcanzaban, pero como ahora ya no había libros peligrosos no le importó que el cabo primero Meier o quien fuera los pudiera descubrir. Josef sentía que pronto tendría que mudarse, ya sólo por el hecho de ofrecerles a sus nuevos libros un hogar más bello y mayor espacio.

En invierno de pronto la vio. No necesitó mirarla dos veces, no necesitó volver a tocarla. La vio y sintió: ella era la más bella de todos. Era delgada, casi podía decirse frágil, pero de sana contextura, y con todo no rígida o tiesa sino flexible. Su cuerpo era bien formado y su piel era suave, elástica, inmaculada, como si fuera joven y aún no hubiera llegado a la madurez, jamás hubiera estado expuesta al sol y jamás hubiera sido tocada por un extraño. En la oscuridad de la tienda poseía una iridiscencia rojiza, mate y perlada. Su exterior era aterciopelado y fina su estructura, pero bastaba hundir apenas un dedo para sentir su firmeza, su médula en lo profundo de su interior, resistente, endurecida y maciza. En ella había una obstinación, bien adentro, y si su piel también le hizo sentir que era él el primero que la había tomado jamás en sus manos, en esto ella no lo engañó. Ella era una joya, bien proporcionada y delicada y al mismo tiempo tan invulnerable. Ella le prometió que si él la poseía una vez, sería suya para siempre.

Ella era la *Germania*. Josef la amaba.

Pero sólo una vez había podido tocarla, sólo una vez le había sido permitido tenerla en sus manos. Pues el dueño de la librería de anticuario del Spittelmarkt donde Josef la había visto por primera vez sabía cuál era su valor y su precio. Y la cuidaba como a la niña de sus ojos. La sacó de la vitrina cuando Josef se lo pidió encarecidamente y le aseguró que sus intenciones eran serias. Menos porque creyera que Josef realmente pudiese adquirirla y más por la sensación de que el joven era un loco por los libros tuvo entonces compasión de él y con guantes blancos la depositó delante suyo sobre el mostrador. Josef había podido verla y admirarla. Absorto estaba allí cuando de pronto percibió su dulce voz, ella susurraba. ¡Llévame! ¡Léeme! Y en un breve, demasiado breve instante en que no lo observaban lo logró. Sus dedos acariciaron la dorada inscripción, en el dorso leyeron las palabras TÁCITO GERMANIA. Pero finalmente ella regresó a su prisión de cristal

donde Josef sólo podía contemplarla a la distancia.

A partir de ese día pensó en ella y ya no pudo dormir más. Josef tenía que saber cómo era en su interior. Tenía que abrirla, sentir sus hojas entre sus dedos y aspirar su aroma. Quería saber si era pergamino o papel de pulpa de madera o papel de tina o quizás vergé, quería ver cómo era la composición de los tipos, cómo estaban sujetadas las páginas y cómo era su diseño. Qué tipo de letras tenía. ¿Había iniciales, y de ser así, en qué colores?

Así pues, en diciembre no hubo lugar que lo atrajera más que la pequeña tienda detrás del Spittelmarkt, aquellos dos cuartos de la librería Anticuario de Libros Hoffmann, que a cualquiera le hubiera pasado inadvertida y a la que sólo se podía acceder por una callejuela lateral al oeste de la plaza. Primero había que descender dos peldaños hasta la entrada, y cuando uno cerraba la puerta tras de sí, se encontraba en la tenue luz de un semisótano cuyas ventanas ofrecían una vista de las faldas de las damas y de los zapatos de los caballeros que pasaban. ¿En tan angosto y sombrío calabozo esperaba ser liberada su amada? Josef estaba desesperado. Se sentía impotente, saber tan poco sobre su amada lo torturaba. No sabía cuántos años tenía ni qué lengua hablaba ni había podido ver más de ella salvo las dos palabras en su dorso. No podía ir día tras día y pasarse horas delante de la vitrina; ya en su primera visita el viejo Hoffmann, un jorobado de barba gris y paso vacilante, lo había estudiado de arriba abajo con gesto desconfiado desde detrás del mostrador. Probablemente se había dado cuenta de qué era lo que llevaba a Josef a su tienda. Estaba alerta.

Pero Josef halló una forma. Ya al cabo de unos días, eran las vacaciones de invierno, supo en qué horarios estaba el viejo Hoffmann en su tienda y en qué horarios lo reemplazaban. Por las tardes, cuando oscurecía, salía de la tienda con su abrigo y su sombrero y tambaleando se dirigía al mercado donde se paraba como un enano delante de la columna de anuncios y esperaba el tren eléctrico. Cuando Josef estuvo seguro de que no lo podía ver, entró en la tienda.

Ella estaba detrás del mostrador. Turbado se sintió él, pues no podía quitarle los ojos de encima. Pasó minutos y minutos andando por los pasillos dejando deslizarse su mirada por las paredes llenas de libros, pero siempre tenía que volver a mirarla. Desde detrás de una estantería a través de cuyos huecos entre los libros podía espiarla y mirarla como a través del ojo de una cerradura, la estudió. Tuvo la sensación de poder ver a través de ella, a través de todo lo que los separaba y de poder

sentir su piel bajo su mirada, la joven e inmaculada piel de su dorso.

Él jamás había visto antes algo como ella. Era mayor que él, tenía veinte, quizás veintidós años, cabello rojizo claro e incluso en invierno pecas por el sol. Su rostro era bien proporcionado, delgado y alargado, lo enmarcaban dos trenzas sobre las que sobresalían ligeramente sus pequeñas orejas. Sus ojos eran claros, redondos y grandes, también profundos y de color verde; sobre ellos, el arco de rosadas cejas y debajo, líneas sombreadas como pintadas con carbón. En el cuello, tenía un lunar carmesí. También ella era delgada y delicada como la *Germania*, de quien era la guardiana aquel temprano atardecer de diciembre.

Ella era pura. Ella era dulce. Ella era verdad y belleza. Él no se animó a hablarle.

La segunda tarde que fue a la tienda Josef tomó coraje. Le preguntó si también vendían libros escolares.

—¿Te refieres a libros para docentes?

Ella parecía no acordarse de él, ¿o fingía sólo?

—No, para alumnos. Para las clases.

—¿Qué? ¿No tienen libros en tu escuela?

Él se detuvo un instante, luego la miró fijamente a los ojos.

—Sí, claro, nos dan los libros en préstamo, pero yo perdí el mío.

—Y ahora tienes miedo de que te hagan pagarlo…

—Eso sería lo de menos. Una tunda es lo que me darán.

En la mirada de ella había duda, pero mezclada con una pizca de compasión. Josef decidió avanzar un paso más.

—Y eso no sería tampoco lo peor, tú sabes. Los golpes pasan, el dolor se olvida. —Se frotó en el brazo por encima del codo y bajó la mirada—. Pero lo que dirán…

—¿Qué dirán?

—Que soy un ladrón, dirán, que no sirvo para nada, que soy un perro deshonesto, y después todos pensarán eso de mí. Ese no llegará nunca a nada. Los muchachos alemanes no roban. Y después se lo contarán al jefe de sección[15] y él les creerá y entonces irá a ver a mi madre y le dirá que yo robé un libro y mi madre no entenderá y me mirará con tristeza.

Se preguntó si debía agregar también que su madre estaba enferma, atada a su lecho, pero decidió que aquello ya sería demasiado.

—Pero no pueden hacer eso —dijo ella, y en su mirada ahora todas sus dudas habían dejado lugar a la compasión—, eso sería malvado. Tienen que creerte. Puede pasar que uno pierda un libro.

—Puede, pero no *debe* pasar. Si después de las vacaciones vuelvo a clase sin el libro…

Y volvió a bajar la mirada de modo que sólo pudo imaginarse cómo lo contemplaba ella mientras él hacía la pausa. Finalmente ella rompió el silencio.

—Me encantaría ayudarte, pero no sé cómo. Aquí no tenemos libros escolares, este es un anticuario.

Él se volvió con los hombros caídos. Había acabado de abrir la puerta de la tienda cuando oyó que ella decía:

—Pero puedo preguntarle a mi padre quién tiene libros escolares. Quizás puedas volver mañana.

La tercera tarde ella le dijo su nombre y este sonó como una eterna primavera. ¿Cómo podía un enano de cuento como el viejo Hoffmann tener una hija como ella? Ella también quiso saber su nombre, pero él decidió mentirle. Era mejor no dejar ninguna huella. Cuando en el apuro no se le ocurrió nada mejor que “Fritz”, ella lanzó una fuerte risa y lo miró resplandeciente. Fritz y Frieda.

Afuera nevaba. En el resplandor de las farolas a gas los copos de nieve borraban todo recuerdo de un mundo exterior, del Spittelmarkt y la Speyerstrasse, de faldas de damas, zapatos de caballeros, columnas de anuncios y puestos de periódicos. Sólo a lo lejos se oía la campanilla del tren eléctrico y la bocina de un auto solitario. La nieve se fue acumulando delante de las vidrieras de la tienda de tal modo que en el interior se fue poniendo más y más oscuro hasta que al final sólo la opaca luz de la lámpara de escritorio sobre el mostrador de Frieda y sus ojos verdes iluminaron el cuarto.

Su risa ponía nervioso a Josef, y eso era más que una mala señal. Él le robaría, él le causaría un daño. Luego ella ya no reiría más. Luego ya no habría ningún Fritz y Frieda más y él se avergonzaría. Frieda se interpondría siempre entre Fritz y su *Germania*. No podía permitirse sentir algo por esa muchacha.

—Hay una tienda especializada en útiles escolares y textos de enseñanza en Schöneberg —dijo ella—. Si quieres, puedo llamar por ti.

Él asintió.

—¿Qué materia es? ¿Recuerdas cómo se llama el libro?

—Es para Latín. Textos para traducir.

—Entonces no es una gramática, ¿no?

—No, un libro de lectura. En latín.

—¿No recuerdas nada más?

Él sacudió la cabeza.

—No sé si con eso será suficiente. No puedo prometerte nada.

Josef se deslizó —¡los hombros caídos, la cabeza apenas inclinada, la mirada baja!— hacia la puerta de la tienda. Allí se volvió y le dijo a Frieda:

—Era un libro rojo.

La cuarta tarde finalmente ella fue suya.

—¡Feliz Año Nuevo, Fritz! —lo saludó ella cuando él entró en la tienda. Durante los días de las fiestas Josef no había podido pensar en otra cosa más que en *Germania* y Frieda. La sensación nerviosa en la boca del estómago que le producía la sola imagen de su risa seguía preocupándolo. Con obstinación intentó ignorar aquello, reprimirlo, hasta que al final halló que la mejor solución era exhalarlo con la respiración. Lenta y concentradamente expulsarlo de su interior. Era una pura cuestión de voluntad. Querer libera: en ello residía la verdadera doctrina de la voluntad y la libertad. Se ejercitó y ejercitó hasta que finalmente tuvo la sensación de ser dueño de sus sensaciones.

—Igualmente.

—¿Cuántos años cumples este año? —preguntó ella.

—Diecisiete en febrero —respondió él.

—Ya casi un hombre, el pequeño Fritz.

—Por favor, el viejo Fritz.[16]

Ahí estaba de nuevo, su cristalina risa de muchacha. Respirar. Hondo. Inspirar. Y espirar.

—¿Tienes mi libro? —preguntó él. Enseguida se arrepintió, en realidad debía haberle preguntado cuántos años iba a cumplir ella y cuándo era su cumpleaños. Pero el libro…

—Lo siento —dijo Frieda y su risa se desvaneció—, hay tantos libros de latín para la escuela, pero el que usan en el secundario no es rojo. Y esos libros tampoco se pueden comprar, tienes que ser profesor. ¿Estás totalmente seguro de que era rojo?

—Tan rojo como tu cabello —dijo él. Ella rio por segunda vez. Él percibió un ligero tirón en el estómago, luego lo exhaló. Inspirar. Y espirar. El triunfo de la voluntad.

Él la miró a los ojos, ella le devolvió la mirada.

—Lo siento —repitió ella.

—Quizás —dijo él interrumpiendo el silencio porque quizás a ella no se le ocurría la idea— hay una última salvación para mí. Si tuviera un libro que fuera muy parecido, lo podría tener en mi escritorio en las clases de Latín y el profesor no se daría cuenta.

—¿Un libro rojo?

—Uno en latín. Así el camuflaje sería perfecto. Sólo hasta que consiguiera en algún lado el verdadero.

—Sí, Fritz, si te parece. Miremos si entre los clásicos romanos hay alguno que…

—¿Y ese? —Él señaló la vitrina junto al mostrador detrás del cual en ese momento se había ubicado Frieda—. Es igual a mi libro de Latín.

Su tercera risa fue cautivante y perturbadora como siempre, pero ahora más dolorosa. Un tono de burla se había inmiscuido en ella como si pensara que él no estaba en sus cabales. Él tuvo que soportar la sensación de que ella se reía de su ingenuidad o simplemente porque él era más joven que ella. Inspirar. Y espirar. Fuerza de voluntad. Pagará por ello. Ya no habrá ningún Fritz y Frieda más.

—Mi querido Fritz, ese libro cuesta quinientos marcos, lamentablemente no te lo puedo dar. Por eso justamente está en la vitrina. Sólo mi padre puede tocarlo, y sólo… a ver, espera.

Ella sacó los guantes de tela del cajón y se los puso en sus manos demasiado pequeñas para ellos por lo que las puntas blancas de los dedos le colgaban bamboleándose. Ella rio divertida.

Josef abrió grandes los ojos. ¡Si había conseguido ver de cerca el libro con su padre, cómo no iba a lograrlo con Frieda!

—¿Quinientos marcos? ¿Por un solo libro, y tan delgado? —Ahora estaba en puntas de pie bien cerca de la vitrina.

—Es la *Germania* de Tácito. El título te dice algo, ¿no?

—¿Qué puede haber adentro que valga quinientos marcos?

—No se trata tanto de lo que hay adentro. Mira la edición. Es gran arte, mi querido Fritz. Este libro —ella se acercó más a él y a la vitrina— es la pieza favorita de mi padre, la niña de sus ojos. Por estos ejemplares magníficos, dice él, es que se convirtió en anticuario.

—¿Por este libro? ¿Qué puede tener tan distinto de todos los demás que hay aquí?

Fritz y Frieda se encontraban ahora en la semipenumbra de la tienda al atardecer, hombro a hombro uno al lado del otro y tan cerca delante

del cristal que este estaba empañado de su respiración. Él sentía el pecho de ella ascender y descender junto al suyo, escuchaba el latido del corazón de ella y sentía, con su mirada fija puesta en la *Germania*, que era el corazón de esta el que latía. Y de nuevo ella susurraba: ¡Llévame!, ¡léeme!, y lo atraía con voz tan dulce y cristalina que casi se apodera de él una excitación, una excitación que debía ocultar a toda costa. De ningún modo debía Frieda notar la intensidad del deseo que ya se había apoderado de él.

Exhaló fuertemente. Querer libera.

Pero ella no pareció notar nada.

—Para comprenderlo —su voz cambió ahora melodía y color, se hizo más queda y suave, como el tono más grave de un clarinete— se requiere mucha experiencia. Hay que saber cómo se hacen los libros, cuánto trabajo significa. Cuánto esfuerzo y sudor debe poner una persona para convertirse en un maestro en estos temas. Cuánto saber, cuánta destreza. Lo valiosos y raros que son los materiales. Mira ya sólo aquí la encuadernación: esto es gamuza. El curtido lleva meses. El corte delantero del libro es auténtico dorado a la hoja, igual que la inscripción en el lomo. Y el marco con los cierres, observa ya solo, Fritz, los minúsculos ornamentos que poseen —Frieda le indicó con el dedo la parte posterior de la *Germania* y se inclinó amenazantemente hacia él, hasta que sus hombros casi se rozaron—, todo paladio.

—¿Y el interior?

—Las páginas son algo sumamente especial, no has visto jamás algo así. Es lo que se denomina *carta bombycina*, es de algodón al que cuando se vierte la pulpa en el bastidor se le añade seda. Se ve como un paisaje nevado sobre el que cae la primera luz a la mañana bien temprano. Y las letras sobre él, los glifos, así se llaman, son bien, bien negros y lisos, en Antiqua, una fuente absolutamente proporcional, aunque en aquella época eso era algo todavía muy difícil, y creo que en algunas páginas incluso hay ilustraciones, aguafuertes del siglo pasado.

Fritz estaba a punto de estallar de deseo. La voz de Frieda, la que le describía una vez más minuciosamente la magnificencia y la belleza de su amada, vibraba ahora en un eco que parecía destinado especialmente para él. Su rostro se inflamó, el no poder tocarla aún casi le hizo perder los estribos.

Ya hacía tiempo era hora de apagar las luces y cerrar la tienda. Su padre seguramente la estaría esperando. Pero ella permaneció allí.

Interrumpiendo el silencio, con un susurro dijo ella:

—No te lo puedes imaginar.

—No, no puedo.

De repente ella miró en dirección a la entrada, como si temiera que pudieran llegar más clientes, se inclinó por encima del mostrador, dejando ante la vista de él la curva de su delgada espalda, y sacó una llave del cajón. Los blancos dedos de los guantes casi se enredaron entre ellos cuando apresurada abrió con la llave la vitrina, luego tomó, ahora de pronto lenta y cuidadosamente, la *Germania* en sus manos y la sacó. La depositó sobre el mostrador, exactamente en el mismo sitio sobre el que se había inclinado hacía unos instantes. Dio un paso a un lado para que Fritz pudiera acercarse más.

—¡Pero tienes que jurarme que serás sumamente cuidadoso!

Ahora él estaba a sólo un mínimo momento y una mínima distancia de ella.

Él calló.

Ella calló.

Ella respiraba.

Él temblaba.

Frieda fue tirando de los dedos de algodón, se fue sacando los guantes y los dejó caer. Sólo con las manos desnudas podía abrir los cierres para abrir la tapa y revelarle los tesoros en su interior. Allí fue cuando él la agarró. Cuando vio que los desnudos dedos de Frieda se acercaban a ella, comprendió que debía adelantársele. La agarró. Con ambas manos sujetó firmemente su cuerpo y ya iba a salir corriendo cuando notó que entre su mano derecha y el costado de la *Germania* había quedado atrapada la mano de Frieda. Ella también la había agarrado, apenas por encima del cierre superior, y ahora la palma de la mano de él se encontraba directamente sobre el dorso de la mano de ella, envolviéndola con su presa dentro. Ella lo miró, tiesa y aterrorizada, pero no cedió un milímetro. Parado delante de ella él le devolvió la mirada, miró directamente sus claros, grandes, redondos ojos verdes. Qué dulce y pura era.

Pero entonces él comenzó a exhalar jadeando e incorporándose y con dos rápidos golpes y tirones le arrancó el libro de la mano, tan violenta y fuertemente que ella tambaleó cayendo hacia adelante, casi contra él que ahora dio un paso a un lado, por lo que ella cayó al suelo.

Josef salió de la tienda con su *Germania* en brazos sin voltearse ni una vez para mirar atrás.

10

Después del día de Reyes se les comunicó a los alumnos que habían encontrado a “kermés” Braun. Sus padres ya no habían podido identificar más los restos, los que habían sido hallados en un huerto familiar abandonado, en la colonia Lindenblüte, directamente detrás de la penitenciaría de Plötzensee. Pero el triángulo de distrito del uniforme de la Juventud Hitleriana que envolvía como una bolsa sus huesos había hecho que la policía enseguida llegara a la conclusión de que sólo podía tratarse del alumno de la Escuela Secundaria Herder desaparecido hacía dieciocho meses. Su cuchillo de excursionista, el que se encontraba a su lado en la cabaña, por lo visto no le había servido de nada a Braun. Las autoridades estaban desorientadas pero consideraron conveniente informar a la escuela. Al principio los profesores fueron cautos y no se entregaron a especulaciones, pero al cabo de algunos días uno de ellos hizo un comentario que se prestaba a equívoco y de allí en más se oyó decir que había un monstruo cometiendo crímenes, un asesino de muchachitos que andaba suelto, el vampiro del lago Plötzensee como se lo bautizó en secreto. Y se especulaba sobre si alguna vez lo llegarían a atrapar. Pero los alumnos sabían quién era ese vampiro y que se encontraba entre ellos.

Josef estaba ocupado con cosas más importantes. No era que el hallazgo de su antiguo torturador le fuera indiferente, el pensar en el cadáver de “kermés” Braun incluso le provocaba una cierta inquietud. Pues, ¿quién le podía asegurar a Josef que él no tenía nada que ver con el asesinato de su compañero? Quizás como en el relato de Stevenson había en él un lado nocturno que lo llevaba a hacer cosas que su lado diurno no quería admitir. Quizás era sonámbulo, adicto a la luna y por las noches deambulaba por las calles de la ciudad, como el profesor Abronsius sobre el que había leído en una historia. Pero quizás, y esta posibilidad le provocaba a Josef mucho más fuertes dolores de cabeza, era una maldición que había caído sobre él, una mala estrella bajo la

cual él había nacido. Bastante había escuchado a sus compañeros hablar sobre él: ¿y si había algo de cierto? Quizás era el castigo por todos sus crímenes o simplemente por haber creído que él podía salvarse de ser tratado como Goldfarb, Seligmann y Levitsky debían soportar que lo hicieran con ellos. Un castigo divino, un castigo del destino por ser judío y seguir no siéndolo. Por estar muerto y seguir vivo.

El sentido del humor que había revelado el destino al no castigarlo directamente sino a través de un macabro rodeo no lo dejó dormir durante las primeras semanas del año 1936. La cabeza le estallaba ya al despertarse, su rostro se inflamaba. Era como si le subiera una fiebre que le envolvía de sudor la frente y le hacía temblar las manos. Josef casi no comía, en la escuela estaba sentado pálido en el último banco, con la mirada fija hacia adelante, se sentía aún más solo y aislado que en los años anteriores. Nadie hablaba con él, lo evitaban, también los profesores rehuían su presencia, sí, parecían tener miedo de su mirada. ¡Si por lo menos lo hubieran acusado de robar una bicicleta o le hubieran quitado su mensualidad! La tía Ruth, a la que el cabo primero Meier le había llevado una radio del pueblo ("¡Un regalo del Dr. Goebbels para la Sra. Schwarzkopf!"), pasaba su tiempo sentada en la sala mirando embelesada la caja de baquelita y escuchando "Qué bello es donde están los soldados". De su sobrino no registraba nada. Sólo los ojos de Felice relampagueaban a veces cuando lo miraba furtivamente desde su rincón.

Pero no era que se condoliera por lo sucedido a "kermés" Braun, y menos arrepentimiento, simplemente era miedo de que pudiera sucederle algo a Frieda. Si algo le pasaba, entonces el destino no sólo tendría un macabro sentido del humor, sino que demostraría también un gran talento en la elección de los medios. Probablemente era por su larga experiencia.

Josef estaba tendido en la cama despierto y pensaba en sus rojos cabellos. Vio el verde de sus ojos mirarlo resplandeciente transmitiendo esperanza y confianza y de repente transformándose en veneno. Su risa cristalina como el tintinear de las campanas crecía hasta convertirse en un grito agudo, y la imagen de su espalda inclinada delante de él por sobre el mostrador dejaba paso a la imagen de su cuerpo cayendo al piso. La virtud y la inocencia de Frieda se convertían bajo su tacto en basura y baratija, su verdad y su belleza en locura y porquería. ¡Él había jurado ante ella! Y ahora, qué locura, no podía sacarse de la cabeza la frase que había visto en la Alexanderplatz: "No confíes en ningún zorro en el verde brezal ni en el juramento de un judío".

Lo peor fue que pronto la *Germania* ya no pudo brindarle más consuelo. En las primeras noches con ella había sentido un enorme placer; había sido un éxtasis tocar sus páginas, acariciar su lomo, acercar la nariz a su cuero. Hasta las frases en latín, escritas en esa fuente Antiqua de contornos perfectamente definidos, y aunque sólo las entendía a medias, casi habían hecho estallar su pecho de entusiasmo. Pero ahora ya no era más así. El verla todos los días, lejos de continuar produciéndole un placer no opacado por nada, no hacía más que aumentar su preocupación, porque ahora ella debía permanecer en su cuarto, donde estaba de todo menos segura. Era cierto que nadie sabía de ella, y que nadie que no tuviera idea hubiese dicho tampoco que valía quinientos marcos, pero con toda seguridad en la mazmorra de Hoffmann había estado más protegida. No podía hojearla tranquilo porque siempre temía que en cualquier momento irrumpieran en su cuarto y le incautaran todo. Ahora que estaba bajo su posesión, la indescriptible belleza de la *Germania* le parecía al mismo tiempo más amenazada y más amenazante.

Hasta en las calles sentía el peligro. En el mismo instante en que había salido precipitadamente del anticuario aquella tarde él había perdido su invisibilidad, como si su abrigo hubiese quedado enganchado en la puerta de la tienda y le hubiera sido arrancado de los hombros. Ahora Josef sentía como si lo vieran, como si los transeúntes que pasaban por la Sömmeringstrasse no le quitaran la vista de encima, y en sus miradas veía la mirada confundida de Frieda cuando él la había tomado entre sus manos. Deslizándose sigilosamente junto a las fachadas sentía como si alguien lo siguiera. Pero sólo era él mismo, su sombra, de la que no podía escapar. Y luego de nuevo se encontraba delante de un afiche y leía lo que había hecho. Habían pegado esos afiches en toda la ciudad, finalmente se habían hecho públicos sus crímenes. Pero sólo era la publicidad de una película.

Entonces aquello era arrepentimiento… Se sentía como eso. ¿O era miedo lo que había en su interior? Como fuera, él tenía que hacer algo.

Berlín se había enarbolado de banderas. Era fines de enero, hacía un frío glacial y una vez más se cumplía un aniversario. Josef había tomado el tren eléctrico, pero desde la estación Friedrichstrasse había tenido que seguir a pie, porque los rieles del ferrocarril estaban cortados por la marcha de antorchas que pasaba por la Puerta de Brandeburgo. Una vez más. Un gélido viento sopló e hizo flamear banderas y guirnaldas, y pese a todo en la avenida Unter den Linden a Josef

comenzó a caerle el sudor, porque las masas, que ya se reunían ubicándose en largos cordones en las calles, casi hacen que le resulte imposible pasar intacto o sin ser visto con su pieza robada en sus brazos. Cuando la sorda masa comenzó a dispersarse a partir de la Französische Strasse, empezó a correr. Debía llegar antes de que cerrara la tienda.

En el Spittelmarkt se ubicó junto a la entrada de la Kurstrasse de modo que desde adentro no lo pudieran ver y la esquina del muro lo protegiera de los embates del viento, y esperó. Pero el viejo Hoffmann no abandonó su cueva. Josef ya llevaba media hora parado en medio del frío, sólo cubierto por su abrigo de lana y con el portafolio de cuero delante del pecho, cuando se atrevió a mirar por las vidrieras hacia el interior. Allí la vio, a la pensativa, pálida Frieda, callada estaba allí detrás del mostrador con la mirada perdida. A su lado el pequeño jorobado con su barba gris y su gesto ceñudo. Ahora que había desaparecido la niña de sus ojos ya no confiaba más en la hija para que se hiciera cargo de la tienda durante un par de horas. Seguramente la había reprendido, quizás incluso golpeado, y ella había llorado y callado. ¿Pero cómo hubiera podido explicarle a su padre lo que había sucedido?

Josef estaba indeciso. Mientras el viejo Hoffmann permaneciera allí, para él sería imposible entrar y ver a Frieda. Recién podría darle el libro cuando estuviera seguro de que estaban solos. Pero cuanto más tiempo se quedara él allí en la esquina mirando, mayor era el riesgo de que alguien se acercara y comenzara a interrogarlo. Él ya no era más invisible.

De pronto Frieda dejó de estar tiesa, salió de detrás del mostrador y se dirigió hacia donde estaba él. Lo había visto, allí afuera, ¡los ladrones siempre regresan al lugar del crimen!, ahora lo atraparía y le exigiría explicaciones. Pero al volver a mirar comprobó que ella seguía allí pensativa y pálida, la vio entonces tomar su abrigo del perchero al lado de la entrada y salir del local.

Rápido se agazapó él dando vuelta la esquina. Ella pasó delante de él sin verlo, su abrigo y su bufanda ondeaban al viento. Él permaneció a diez pasos de ella, siguió la bandera roja de su cabello por la Lindenstrasse hasta Hallesches Tor. El sol se ponía ahora sobre la ciudad, se encendieron las farolas, las calles y las plazas estaban desiertas. Recién entonces notó Josef que Frieda y él eran los únicos seres humanos en la ciudad, los únicos en el mundo entero en aquella tarde invernal. En la plaza Belle Alliance ella cruzó el canal Landwehr y

siguió por la otra orilla en dirección al oeste, hacia la luz que se iba desvaneciendo en el horizonte. En el puente Möckern volvió a cruzar el canal y siguió el curso de agua por el lado Norte. Su paso, hacía unos momentos todavía enérgico, en línea recta y resuelto, se iba enlenteciendo minuto a minuto de tal modo que en un momento Josef tuvo la sensación de que todo estaba detenido. De pronto volvía a andar más rápido, de pronto estaba sumergida en sus pensamientos y como paralizada. No parecía sentir el frío.

Cuando Frieda se detuvo debajo del tren elevado y miró hacia abajo, hacia la congelada superficie del canal, como para dilucidar qué había debajo, Josef se escondió detrás de un tembloroso arbusto de boj. Pensó que seguirla de esa manera sería inútil. Si ella continuaba a ese ritmo, pronto notaría su presencia, si es que no lo había hecho ya hacía rato y simplemente estaba esperando que él saliera de su escondite y la enfrentara. ¿Y si lo hacía y ya le daba el libro allí?

Josef escuchó el silbido del viento y luego de nuevo el ruido de los tacos de Frieda sobre el asfalto. Proseguían su camino. Por las calles Tirpitzufer, Herkulesufer, por la Corneliusstrasse. Fue oscureciendo, las farolas se fueron haciendo más escasas, las casas fueron desapareciendo. La hora de los murciélagos. Ahora iban andando por tierras vírgenes y foresta salvaje. Cuando poco antes de llegar al parque Tiergarten Frieda volvió a cruzar por tercera vez el canal, ahora en dirección al zoológico, Josef supo que ya desde hacía algunos minutos ella andaba sin rumbo; si es que en algún momento desde que había salido de la tienda lo había tenido. Su camino la iba haciendo seguir vacilante y titubeante el curso del agua y cruzarlo una y otra vez. En el puente Lichtenstein se detuvo, en el medio del canal se inclinó sobre la baranda y miró hacia abajo el hielo.

Por un momento había permanecido indeciso en la orilla mientras oía el rugido de los animales salvajes que una ráfaga llevó hasta allí desde el zoológico. Él había planeado seguirla hasta la casa y hablarle cuando llegara a su puerta, quizás ella le permitiría pasar unos instantes en los que nadie los estorbaría, él le explicaría todo (¿qué había que explicar?) y depositaría ante sus pies el libro, la *Germania*. La sacó ahora de su portafolio de cuero, pues, ¿no estaban también ahora solos sin que nadie los estorbara? ¿Por qué esperar? Sintió el ruido de sus nervios en la boca del estómago. Respirar. Hondo. Inspirar y espirar.

Pero apenas había puesto un pie sobre el puente cuando percibió que Frieda trastabillaba. Como si el peso de su pie sobre la piedra hubiese hecho tambalearse todo el puente y a la muchacha que se

encontraba sobre él. Peligrosamente cerca de la baranda de hierro se hallaba ella, el rojo de sus cabellos colgando extendido, su mirada profundamente ensimismada como si algo abajo desde el hielo la atrajera. Se había abierto el abrigo y las faldas de este ondeaban sobre el puente como banderas negras.

Josef comenzó a correr, sostenía el libro entre ambas manos.

Ella lo vio recién cuando ya era demasiado tarde. Tan inalcanzable había estado ella y tan cerca suyo había llegado él de pronto que ella lanzó un grito. Y otro grito más, que resonó sobre el canal, lanzó cuando vio su rostro. Ahora lo tiene parado directamente delante de ella. Él intenta sujetarla, pero ella lo mantiene a distancia, lo aparta de ella y así comienza nuevamente a tambalearse sobre el agua. Un paso en falso y pierde el equilibrio. Él tiene que acercársele más, bien cerca, tomarla entre sus brazos y protegerla de ella misma, ¿pero cómo hacerlo sin volver a tocarla? Él sigue sosteniendo la *Germaniaentre* sus dos manos, un abrazo así es imposible. Ella agarra entonces el libro de las otras dos esquinas y lo sostiene como un escudo delante de su pecho, entonces por tercera vez lanza un grito, pero ya nadie viene en su ayuda. Están solos, por fin solos. Ella tira y da golpes y eso hace que él reaccione más salvajemente, también él tira y da golpes, fuerte y duramente, con una poderosa fuerza la agarra ahora y la alza, la estupidez de ella lo pone furioso, por qué no lo entiende. Si él quiere salvarla.

Ligera y suavemente cayó Frieda, como una pluma rojinegra, y con ella cayó la *Germania*. Desde arriba Josef la vio ir flotando por el aire, chocar con un ruido sordo casi imperceptible y sumergirse entre las placas y los pedazos de hielo, hundirse en las gélidas aguas y perderse en la oscuridad.

Se asombró. De lo rápido que sucedía.

Por encima del silbido del viento desde el zoológico sólo llegó el llanto de las hienas.

11

Un nuevo anillo anual se había formado. El 6 de febrero de 1936 Josef lo pasó en su pequeño cuarto sin calefacción leyendo bajo la luz de las velas *El Anticristo*. No era menor el efecto que tenían sobre el joven ánimo las palabras del libro: “Bien sabemos cuán lejos de todo vivimos”, decía allí, “más allá del Norte, del hielo, de la muerte; nuestra vida, nuestra felicidad… ¡Mejor vivir en el hielo antes que bajo modernas virtudes y otros vientos del sur!”.

Y luego la pregunta: “Un judío más o menos, ¿qué importa?”.

En la clase nadie se había apercibido de que el alumno Schwarzkopf, cuya voz ya casi ni recordaban, tan callado era, ese día cumplía años. Tampoco la tía Ruth había dicho nada; Josef sabía que no era que ella se hubiese olvidado, sino que jamás había sabido cuándo era su cumpleaños. Y tampoco recibió correo aquel día ni los que siguieron, nada, ni de su padre ni de su madre. Pero Josef no estaba decepcionado. Disfrutaba más que lo dejaran tranquilo. Después de la tarde en la que Frieda y la *Germania* habían desaparecido en las heladas aguas del canal Landwehr, cada hora que podía pasar solo consigo mismo era un bálsamo para él. Salvo por los necesarios trayectos de la Mindener Strasse hasta el colegio y luego de regreso, Josef ya casi no iba más allá de su puerta. Sus caminatas por la ciudad se habían acabado. Demasiado grande era su temor de que lo descubrieran, de que reconocieran en él al ladrón y asesino que era. Ahora llevaba la marca de Caín en la frente y él sentía como si todos, realmente todos lo vieran. Los compañeros de su clase: ¿lo evitaban aún más que antes? Los profesores: ¿había aún más desdén y desconfianza en sus miradas que habitualmente? Y los transeúntes que pasaban por la Sömmeringstrasse, los comerciantes de la plaza Gustav-Adolf: ¡todos ellos simplemente tenían que verlo, tenían que saber lo que había hecho!

Josef permanecía en su escondite siempre y todo el tiempo posible. Sentía como si aquella tarde de invierno él se hubiese hundido junto

con la *Germania* y ahora tuviese que resistir todo el tiempo necesario debajo de la superficie hasta que el hielo volviera a liberarlo. Se quedó quieto. En las frías y solitarias horas que pasó en su pequeño cuarto se envolvió en su manta y se quedó mirando fijo por la ventana, oyó las voces de los vecinos en el patio, el ruido de las bicicletas y el ladrido de la radio del pueblo de la tía Ruth. Se sentía como un enfermo que debía sobrellevar un largo período de convalecencia.

Pero cuando con las primeras semanas de abril y tras un par de cálidos chaparrones que vinieron del Oeste finalmente llegó la primavera a la ciudad, algo se produjo en él. No era la sensación de estar curado, pero sí de golpe había allí algo que hasta ahora él no había conocido. Despertó como un instinto en él, sintió que algo crecía y creyó comprender. Era la nostalgia de lo que había tocado una vez, una nostalgia que se fue haciendo más y más fuerte y finalmente lo hizo volver a levantarse y lo impulsó a salir. Una nostalgia que lo había conducido a los angostos aposentos llenos de recovecos de su propia sensualidad. ¡Pero cuán poco consciente era él mismo de esa nostalgia, ni siquiera tenía palabras para nombrarla! Sólo sabía que siguiendo algo que no se podía definir claramente había emprendido una senda que conducía hacia lo profundo de su propio ser y al mismo tiempo lejos hacia afuera, hacia el mundo.

Apenas volvió a deslizarse junto con el viento primaveral por las peladas avenidas de Berlín se dio cuenta de que su temor de que el mundo lo considerara un criminal no sólo era infundado, sino que lo único que había hecho era impedir que él pudiera abrirle nuevos espacios y nuevas sendas a aquella nostalgia y a aquella sensualidad. La ciudad lo había estado esperando como un viejo amor, y ahora, cuando los días se iban haciendo cada vez más largos, se veía llena de augurios y promesas de ofrecerle por fin lo que él deseaba.

Su primera salida lo llevó al sitio donde todo había comenzado. Un viernes por la tarde se encontró parado delante de la vidriera del anticuario Hoffmann y vio al viejo detrás del mostrador. La tienda estaba vacía. Él estaba allí, con la mirada perdida, inmóvil. Josef se obligó a soportar la vista del hombre encorvado que con su hija Frieda había perdido lo más importante en su vida e inevitablemente debía echarse la culpa por ello. Resistió la tentación de voltearse. En lugar de ello se grabó la expresión de Hoffmann, su mirada, los hombros caídos sobre el pecho hundido; esa imagen de la soledad impactó a Josef y lo hizo estremecerse. El anticuario era un hombre quebrado. Y *él* era el responsable de ello. ¡Qué tremendo poder tenía un solo ser humano que

podía decidir sobre el destino de toda una vida! ¡Qué poder más misterioso!

Camino de regreso hacia el canal Landwehr, Josef revivió los recuerdos que lo habían asolado durante el invierno. Por primera vez volvía a estar allí, volvía a ver las calles, las casas y los árboles que habían sido testigos de su crimen. Ahora que pronto volverían a reverdecer en su plenitud, lo miraban sin carga alguna, casi amistosamente. Las personas que se cruzaban con él —serios caballeros de sombrero, damas de cuidados peinados— no se dignaban siquiera a mirarlo. Su marca de Caín parecía ser invisible para ellos.

Cuando llegó al puente, aquella indiferencia casi lo enojó más que lo que lo había paralizado el miedo por el merecido castigo. Miró abajo, buscó el sitio donde Frieda y la *Germania* habían caído sobre el hielo y apretó el puño. Tanto había esperado un castigo que casi sintió ganas de vomitar cuando pensó que nadie, ni el viejo Hoffmann, ni los habitantes de esa ciudad, ni las casas ni las calles lo repudiaban: ¡sí, que hasta los árboles querían volver a florecer pese a su sacrilegio! Pero su ira se desvaneció, desapareció, fluyó como las aguas que corrían debajo cuando comprendió qué posibilidades se le abrían ahora a él, a quien por lo visto nadie registraba. Como si todo aquello no hubiese sido más que un percance, el paso en falso de un niño inmaduro. Como si pudiera seguir probando una y otra vez más hasta conseguir lo que quería. Él había actuado, había apostado todo a una carta y aun así no había obtenido lo que deseaba. Su sed permanecía insatisfecha. Pero aparentemente no estaba todo perdido.

Lo invadió el recuerdo de cuando la había tocado, de su primera verdadera caricia y al mismo tiempo la última desde hacía tantos días y noches. Cuántas veces había pensado en la imagen de Frieda alejándose con el viento invernal, cuántas veces, para no volverse loco, había tenido que acallar en su mente el ruido del libro chocando contra las placas de hielo. Ahora que volvía a estar en el mismo sitio hubiera saltado de haber vislumbrado la más mínima posibilidad de poder recobrarlas. Aflojó el puño, contempló las blancas estrías que sus uñas habían dejado en la palma de la mano e inspiró y espiró.

Una extraña mezcla de sentimientos se apoderó de Josef en aquellos días de primavera. La ira por la ausencia de castigo, la nostalgia, el deseo; y sobre todo una pasmosa euforia ante la estupidez del mundo, ante su desinterés por ver descubiertos sus crímenes, ante esa bienintencionada falta de registro hacia él, esa disposición a cerrar los

ojos ante él y sus pecados mientras al mismo tiempo, lleno de furia y rabia contenida, proscribía a otros seres humanos que no habían cometido la más mínima falta… todo aquello le hizo urdir nuevos planes. Ya no eran más sueños infantiles, sino las decididas intenciones de un muchacho serio, no claras aún en cuanto a su exacto orden y sucesión, pero sí descifrables en lo que hacía a dirección y objetivo. Eran planes cuya posibilidad, sí, cuya realidad, él ya casi podía sentir físicamente cuando se concentraba. La flecha de lo bello se había clavado en él. Se había convertido en un hombre.

Eisenstein supo que para lograr su objetivo tenía que adentrarse aún más profundamente en el cuerpo de la ciudad. Las librerías a las que había ido hasta ahora las había devorado hasta dejarlas peladas. Y todos los otros negocios frecuentados por los ciudadanos bien educados de la capital le aburrían por su mediocridad autocomplaciente.

Fue entonces a las grandes bibliotecas, se deslizó allí furtivamente, pasó horas sentado oculto entre estudiantes llenos de esperanzas y desaliñados intelectuales bajo la gran cúpula de la sala de lectura de la Biblioteca Municipal y no cupo en su asombro. Poco a poco aquel lugar fue convirtiéndose para él en un templo con sus miles de salas y patios en los que habitaba el espíritu de todos los pueblos y todos los tiempos aguardando siempre un nuevo despertar, siempre nuevamente dispuesto a hacerles vivir a los adeptos como una unidad la polifónica multiplicidad de las apariencias. Y su curioso espíritu hurgó en ese reino, tomó miles de senderos por la jungla, se perdió en laberintos y cuevas y océanos sin ver jamás que ese mundo se hiciera más pequeño.

Pero incluso allí, le quedó claro finalmente a Eisenstein, él no habría de hallar lo que deseaba. Un presentimiento de lo que era ese deseo lo había rozado en la feliz noche que había pasado en Friedenau y luego nuevamente en la tienda del anticuario Hoffmann. El deseo que una vez la *Germania* había despertado en él… esa sensación de que un solo y mismo objeto, por partes iguales, le ofrecía satisfacción absoluta y se le negaba eternamente, como los encantos de una mujer que rehúye la mirada que la desea… una sensación de una permanente excitación que no ceja y que a partir de ese momento él estaba condenado a perseguir… Josef no tenía duda alguna de que en aquella ciudad, más allá de las evidentes, existían otras posibilidades de volver a tener acceso a un objeto con el poder de generar esa sensación. La *Germania* no podía ser la única en su tipo.

Fueron los rincones más apartados, las zonas que parecían menos frecuentadas, más inaccesibles, los que ahora se convirtieron para él en

la promesa de poder satisfacer su ansia. Y así fue como Josef Eisenstein pasó la primavera del año 1936 recorriendo después de clase siempre nuevas partes de la ciudad. Fue explorando barrios cada vez más alejados, se metió en patios y callejones cada vez más oscuros a la búsqueda de aquello sin lo cual ya la vida no era más deseable para él. Si a los dieciséis años había recorrido sobre todo sitios conocidos y que le resultaban familiares, las anchas avenidas y las calles iluminadas por los carteles luminosos de publicidad, ahora se animó a adentrarse en los barrios de mala fama, en las zonas sospechosas, allí donde vivían los pobres, los proletarios y los comprometidos con la lucha de clases, los comerciantes del mercado negro con sus dentaduras postizas, las damas de la sociedad semimundana, los caldereros, los afiladores de tijeras, los *katzelmacher*, como se nombraba despectivamente a los italianos, y los inmigrantes de la Europa Oriental, los casubos y los cuyavios, los polesios, los pomeranios y los pomerelios; fue a Moabit y a Wedding, a Kreuzberg y a NeuKölln, a la estación de ferrocarril de Silesia en Friedrichshain, a los barrios en los que no se extraviaba ningún policía, en los que se hablaba tapándose la boca con la mano y se miraba con desconfianza a los forasteros, allí donde todas las noches se reunían grupos de callados hombres de sombreros de alas anchas que recién se dispersaban en todas direcciones cuando se había cerrado el último negocio. Trabajos de dudosa moral, prostitutas, armas, muchachitos jóvenes, alcohol y todo tipo de drogas buscaban y hallaban allí a sus amantes. Allí también debía haber libros, la droga más fuerte de todas. Eisenstein sospechaba que en aquellas oscuras calles laterales existía aquel otro mundo que le había sido prometido. Sólo tenía que lograr acceder a él. Pero al pálido, delgaducho estudiante secundario no quería abrírsele ninguna puerta. No le tenían confianza, ¿y cómo habrían de hacerlo? No tenía dinero ni un nombre ni nadie que lo avalara. Y así fue como sus caminatas siguieron sin rumbo fijo, su búsqueda sin recompensa.

Eisenstein decidió echar un anzuelo. Al final de varias tardes esperó debajo de la estatua ecuestre de Federico el Grande hasta que los últimos estudiantes se retiraron de la Biblioteca Municipal y desde adentro cerraron las puertas de la entrada principal. Al tercer día descubrió que los empleados dejaban el edificio media hora más tarde por la salida de la Dorotheenstrasse. Al día siguiente siguió al último, un corpulento hombre de uniforme, en su trayecto nocturno por el barrio de Scheunen. Había cerrado con llave la puerta trasera tres veces, arriba, en el medio y abajo, y había guardado las llaves en un maletín

de metal con cerradura con números que ahora llevaba en la mano izquierda. El domingo Eisenstein se puso a pensar cómo podía hacerse del maletín. El portero era demasiado robusto como para que en alguna calle lateral tranquila Eisenstein pudiera simplemente agarrarlo y arrastrarlo hasta la entrada de un patio, y además probablemente portaba un arma. Tampoco podía asaltarlo y arrebatarle el maletín y salir corriendo, pues entonces el guardia daría voz de alarma y Eisenstein tendría vedado de una vez para siempre el acceso a la biblioteca vacía. Tenía que haber otra forma.

Ya el atardecer del lunes puso en práctica su plan. En la plaza Rosenthal, cuando el guardia se paró por el semáforo en medio de una muchedumbre que miraba pasar indiferente el tránsito nocturno, Eisenstein se deslizó detrás de él y esperó el momento adecuado. Su idea era dejar fuera de combate al guardia por algunas horas con un pequeño accidente y en ese tiempo entrar a la biblioteca con las llaves robadas. Cuando el guardia volviera en sí y diera voz de alarma, él ya hacía tiempo que estaría muy lejos.

Lo empujó. El inesperado empujón hizo que el hombre perdiera el equilibrio, tambaleara, diera un paso hacia adelante y tropezara cayendo por encima del cordón de la vereda en las fauces del tren eléctrico que se aproximaba bramando. Con el torso golpeó contra el frente del coloso que haciendo repicar la campanilla lo arrastró consigo algunos metros hasta dejarlo finalmente tendido en el asfalto mientras la multitud chillaba y se abría para reunirse luego enseguida alrededor de su cuerpo ensangrentado.

Eisenstein se mezcló entre los transeúntes alterados que vociferaban, apretujándose pasó entre tapados de visón y levitas y se arrodilló delante del cuerpo aplastado del guardia como si quisiera tomarle el pulso. Pero sólo era el maletín, sobre el que aún se cerraba el terco puño del hombre, lo que estaba en su mira. Soltó la mano del hombre, tomó su botín y se largó.

Ya aquella misma noche, mientras la policía registraba en sus archivos una nueva víctima en un accidente de tránsito, Eisenstein fue a la Dorotheenstrasse, se abrió paso entre las pesadas puertas de roble de la entrada posterior de la Biblioteca Municipal, las dejó cerrarse silenciosamente detrás de él y se encontró solo. Estaba en el vestíbulo, vio las escaleras que subían y prestó atención para ver si se oía algo. Todo estaba en silencio. Inspiró profundamente aquel olor que le era tan familiar: ese aroma centenario a cuero y pergamino, tinta de escritura y tinta de imprenta que inundaba las salas. Por primera vez le

era concedido disfrutar sin ser perturbado de todas las joyas que albergaba aquel edificio. Cuántas veces había estado sentado en la sala de lectura entre todos los estudiantes y los docentes que legítimamente se encontraban allí y había pensado en las obras de arte que lo esperaban ocultas en secciones especiales y colecciones de valor histórico. Algún día, se había jurado, él las encontraría y las liberaría.

Ahora había llegado ese día, al menos para una de ellas. Eisenstein tuvo que concentrarse. Mientras se iba deslizando por los oscuros pasillos, subía escalinatas, entraba a las salas y los cuartos, dejaba atrás angostas y empinadas escaleras de madera y corredores sólo guiado por el resplandor de las farolas de la calle que se colaba por las ventanas, sintió como si no tuviera más que cerrar con cerrojo las puertas para entonces poder permanecer allí para siempre. Como si entonces pudiera ser príncipe de aquella fortaleza que había conquistado en un golpe de mano. Estaba arriba en la galería bajo la amplia cúpula de la sala de lectura, apoyó las manos sobre la baranda, contempló el reino que se extendía a sus pies y se sintió un dios poderoso. Si todo aquello era suyo, ¿había logrado la consecución de sus deseos?

Pero aquella era una tentación a la que no debía sucumbir. Esos libros eran sirenas y lotófagos al mismo tiempo; por más valiosos y raros que fueran, los incunables, los manuscritos y las colecciones de partituras reunidos en aquellas estanterías poco era lo que podían ofrecerle para saciar su sed. Él no debía dejarse enceguecer por el goce de aquellos placeres allí presentes, los que eran desabridos y efímeros en comparación con los que él llevaba en su recuerdo. Aquella noche su misión era otra.

Al cabo de algunas horas por fin había encontrado lo que buscaba. En un espacio que funcionaba como sala de exposiciones en el último piso había unas vitrinas planas donde se exponían manuscritos de los siglos XIII y XIV. Fue echándole un breve vistazo a cada uno de ellos hasta que de pronto se detuvo como golpeado por un rayo. Allí, no abierto como los demás, sino cerrado, de modo tal que sólo se podían observar su tapa y su lomo, estaba el libro del que tan efusivamente había hablado antaño Wilhelm, su preceptor: *La historia de las guerras judías* de Flavio Josefo. La famosa edición de Estambul de 1589 con cubiertas de terciopelo marroquí y cierres de oro puro.

Eisenstein sacudió la tapa de la vitrina, intentó abrirla haciéndola saltar con una llave, y cuando todo aquello fue en vano, rompió el vidrio con el codo. Cuidadosamente extrajo el libro, lo limpió con la manga, inclinándolo hizo caer los últimos añicos que aún quedaban

sobre el reluciente terciopelo rojo como la sangre e inspiró y espiró profundamente. Luego se lo guardó debajo del abrigo y salió de la sala.

Las paredes fueron devolviendo el eco de sus pasos cuando con el ondear de las faldas de su abrigo corrió por los pasillos con el libro, pesado como una cabeza humana, apretado fuertemente contra su corazón. Atravesó la sala de lectura, pasó el vestíbulo, bajó apresuradamente las escalinatas y, deteniéndose un momento en la puerta de la Dorotheenstrasse, se volvió y echó una última mirada a la fortaleza que ahora dejaba con todo el dolor de su corazón. Luego arrojó con impulso el manojo de llaves hacia atrás al medio del salón, salió a la calle nocturna y cerró la hoja de la puerta tras de sí.

En los primeros meses de verano del año 1936, en los cuales Berlín volvió a mostrar su lado alegre, casi despreocupado por última vez en los muchos años que vendrían, Eisenstein encontró por fin el mundo que él había invocado. Lo encontró en los patios traseros, en sótanos y bares de mala muerte, en establecimientos de dudosa reputación que aún permanecían fuera de la vista de las autoridades. Allí se le abrió, ahora que había lanzado un anzuelo y que su presa había mordido, todo un mundo que prefería hacer sus negocios en la oscuridad sin importarle los peligros que esto conllevara. Pero las personas con las que se encontró Eisenstein en esos bajos fondos, con las que habló y negoció: ¿no llevaban todos ellos años expuestos a una permanente amenaza a la que habían sabido rehuir hábilmente? Allí, entre los verdaderos amantes de los libros de aquella ciudad, se encontró con numerosos judíos, homosexuales, truhanes, comunistas. Hombres a los que les habían hecho la vida tan difícil que, como no habían querido irse del país, habían tenido que buscarse nuevas ocupaciones en los sucios rincones que les habían dejado. Hombres que preferían morir a abandonar Alemania.

Uno de ellos era el judío Abramsky. Salomon Abramsky, el viejo de nariz puntiaguda del barrio de Luisenstadt, era uno de los que llevaban adelante sus negocios en uno de aquellos corrompidos rincones donde pese a todo crecían las flores más bellas. Vivía en una casa de alquiler no lejos de la Oranienstrasse. De los cuatro cuartos de su apartamento le habían dejado sólo el más pequeño desde el cual una escalera conducía al local; después del año 1933 los otros se los habían reclamado alegando que el propietario los necesitaba para alojarse él mismo o para alguien de su familia. Abramsky era un hombre bajito de edad difícil de estimar (¿quizás sesenta largos?, ¿quizás más de cien?), de ralos

cabellos que le salían rebeldes por debajo del *yarmulke* y ojillos débiles de leer siempre en la semipenumbra que ocultaba detrás de gruesos cristales. En la planta baja tenía una pequeña tienda donde antes había vendido torás, tanajs y talmudes así como también objetos sacrales como señaladores de Torá o *mezusas*. Pero ahora se pasaba el día fumando pipa en su sillón junto a la ventana, escuchando a Wagner y sosteniendo un libro en su regazo como si fuera un gato dormido hasta que a las seis en punto cerraba la puerta con llave, apagaba el gramófono y jadeando quedamente subía la escalera hasta su cuarto. En la tienda, aún en los días soleados, la luz era escasa porque desde hacía meses los cristales de las vidrieras estaban cubiertos por una opaca capa que había quedado después de que no con mucho entusiasmo hubieran borrado de ellos el *¡Muere, judío!* que hacía tres años habían pintado allí; bajo estas circunstancias Abramsky prefería no seguir exigiéndole más a sus ojos con la lectura de libros sobre cuyo espíritu e ideas él, de todos modos, no podría debatir con nadie. A su tienda hacía tiempo que no iba ni un alma, nadie iba a buscar un libro allí; al contrario, lo habían obligado a comprar, y muy por encima de su valor, cientos de libros de viviendas que habían quedado abandonadas. Y por eso era que desde hacía años Abramsky vivía en medio de una inmensa cantidad de libros que, como refugiados, poblaban todos los recovecos de su negocio en la Oranienstrasse.

Eisenstein, que había descubierto la tienda de Abramsky en mayo en una de sus caminatas por Kreuzberg, tuvo que esperar el momento en que no hubiera gente en la calle y nadie pudiera observar al joven de uniforme escolar que entraba al negocio del judío. Pese a que se habían vuelto a retirar las estrellas de David, todos en Berlín sabían a qué tiendas se podía ir y a cuáles no. Cuando oyó la campanilla del timbre, Abramsky parpadeó sorprendido desde detrás de sus gafas y ya iba a levantarse cuando con un gemido se dejó caer, empero, de nuevo en el sillón.

El intruso, un pálido joven que llevaba un paquete debajo del brazo, se plantó delante de él y sostuvo la mirada escrutadora del dueño de la tienda mientras a sus espaldas concluía el primer acto de *Parsifal*… *iluminado por la compasión el necio casto*…

—¿Qué buscas, muchacho? —preguntó Abramsky.

—Vendo un libro.

—Yo ya no compro más libros. ¿De dónde iba a sacar el dinero?

—Pero es un libro especial. Yo creo que encontrará a alguien que le

pague algo por él.

Diciendo esto Eisenstein le puso al viejo el paquete en el regazo. Abramsky alzó la vista boquiabierto. Luego rompió el papel de lino, pasó su mano temblorosa por la cubierta y el lomo del libro que allí se escondía, achicando los ojos descifró lo que estaba escrito y abrió lentamente la tapa. Con su afilada nariz casi parecía desaparecer detrás del volumen, tan pequeño era su cráneo y tan grande el libro.

Mientras desde el gramófono se comenzaba a oír el segundo acto, Eisenstein echó una mirada alrededor. La librería de Abramsky estaba inmersa en un humo de pipa atravesado por danzantes partículas de polvo al que los últimos rayos de sol que penetraban a través de los enturbiados vidrios más bien ensombrecían que iluminaban. Era más pequeña que la librería de anticuario del viejo Hoffmann; albergaba, empero, muchísimos más ejemplares, como pudo observar de un vistazo. En esa habitación, a la que dividían un par de estanterías hasta el techo, los libros ocupaban en forma caótica los estantes y los peldaños de las escaleras, estaban ubicados en dos o hasta tres filas una detrás de otra o apilados en el piso o sobre banquetas y mesitas. Las pilas, de la altura de un hombre, semejantes a estelas, parecían tambalear, y los estantes de las estanterías, hechos de oscura madera de arce, se encorvaban bajo el peso de aquella colección reunida allí por lo visto desde hacía generaciones. Eisenstein no pudo percibir ningún orden, y si alguna vez lo había habido, hacía tiempo que ya no se le prestaba atención. Pero lo que también pudo percibir cuando se adentró en la oscuridad de los compartimientos posteriores fue que muchos de los libros eran de los indeseables. Libros perjudiciales de naturaleza subversiva, aquellos que sólo se podían comprar aún donde ya no se debía comprar más. Libros que Eisenstein no había encontrado siquiera en el depósito de la biblioteca de la escuela. Tratados comunistas, escritos de Marx y Engels y de Lenin, de socialistas y anarquistas como Bakunin, Robert Owen o Moses Hess, luego literatura judía, escritos de los rabinos, la Mishná, la Tosefta, las respuestas de Moisés Maimónides. Allí había libros en alfabeto cirílico y otros en hebreo, libros con títulos en ídish, libros de autores cuyos nombres Eisenstein casi no podía pronunciar. *Simcha Bunim* de Peshischa. Elimelech Weisblum de Lizhensk. Y libros que él lamentablemente conocía demasiado bien. Spinoza. Mendelssohn. Friedländer. Heine. Más al fondo, bien al fondo, ocultos en los últimos oscuros recovecos, títulos casi ilegibles de ocultismo, obras con particulares exlibris y contenido aún más particular, obras de las artes secretas, de la Cábala, de la Gnosis, de

Teosofía. Los sermones del Maestro Eckhardt, el *Mysterium Magnum* de Jacob Böhme, títulos de Swedenborg o Paracelso, la *Tabula Smaragdina* y el *Directorium Inquisitorum* del dominicano Aymerich de Girona. Todo parecía estar allí, en un caos prehistórico y no siempre en el mejor estado, pero al menos en ambiente seco y seguro, todos reunidos como para una última cena conjunta. Eisenstein estaba en el paraíso.

—*La historia de las guerras judías*. —La voz de Abramsky lo volvió a traer a la realidad—. La famosa edición de Estambul.

El viejo dio una pitada a su pipa, estiró la nariz que emergió por detrás del volumen y susurró:

—¿De dónde lo sacaste, muchacho?

—Eso no se lo puedo decir.

Abramsky pareció no haber entendido.

—De dónde sacaste este libro quiero saber.

Eisenstein volvió a acercarse a Abramsky, quien se había incorporado en su sillón, le sacó el Flavio Josefo de la mano y dijo:

—Se lo vendo.

El anticuario lo miró con desconfianza.

En el fondo se oyó el *Yo… no quiero… ¡Oh!… ¡Oh!* de Kundry en el *Parsifal*. Y a Klingsor respondiéndole: *Sí quieres, porque debes hacerlo.*

—Lo robaste, ¿no? —Pero en la voz de Abramsky ya no se percibía ninguna hostilidad, sonaba más bien interesada, llena de ansias de saber cómo un muchacho como ese había conseguido un libro tal.

—Allí de donde lo saqué hay más de este tipo. —Eisenstein se acercó al gramófono que estaba sobre el alféizar de la ventana y desde el cual se seguía oyendo a Kundry y a Klingsor cantando juntos en el castillo mágico—. Si me dice quién le compra libros como este, le vendo la buena pieza. Y otras más.

—Ya dije que no compro más libros. ¿Eres sordo, muchacho?

De pronto se acabó la música. Eisenstein había tocado el gramófono haciendo que el disco se detuviera.

—Me pregunto con qué paga usted estos discos. Esta es una grabación del año pasado. Debe haberle costado una fortuna.

Luego Eisenstein fue recorriendo con el dedo los numerosos discos que había colocados en una fila debajo del alféizar. Allí estaban la edición completa del *Anillo* del año 1932 dirigida por Kleiber, obras de Carl Orff o Hans Pfitzner, a su lado *Electra* y *Salomé* de Richard Strauss, y muchos otros, tocados por las sinfónicas de Viena bajo la dirección de Wilhelm Furtwängler. Todos los discos estaban en perfecto estado, cada

uno valía una pequeña fortuna.

—Ahorré —dijo en un susurro Abramsky.

Eisenstein se quedó mirándolo largo rato en silencio.

—Está bien. —Resollando se levantó el viejo del sillón. Con rostro torcido de dolor se deslizó hasta el mostrador, el que también estaba cubierto de pilas de libros. Hizo algo de espacio, sacó un trozo de papel y garabateó algo en él. Luego colocó un par de billetes sobre el trozo de papel, lo dobló y le extendió su oferta a Eisenstein. Sin titubear este depositó el Flavio Josefo sobre el mostrador, tomó el dinero y el trozo de papel y se volteó para irse. Antes de cerrar la puerta detrás de él y salir oyó que adentro volvía a sonar el comienzo de *Parsifal*.

En las semanas siguientes Eisenstein visitó la tienda de Abramsky muchas veces más. Cada tanto tenía un objeto que había robado de una biblioteca o de un museo, pero la mayoría de las veces simplemente lo que hacían era estar sentados en el tranquilo cuarto entre escaleras, banquetas y pilas escuchando Wagner, bebiendo té y conversando. Por la mercancía que llevaba, Eisenstein no pedía más que las palabras que Abramsky tenía para él: palabras que hacían surgir delante de sus ojos un nuevo mundo, el mundo secreto de los libros. En esas charlas el viejo le enseñó al joven lo que había aprendido en su larga vida de librero. Le enseñó la verdadera sistemática, los diversos principios que regían el ordenamiento: por disciplina, por fecha de publicación, por formato, por idioma o nacionalidad del autor, y que el único verdadero era el orden que él aplicaba, esto es, en forma asociativa.

—Lo mismo con lo mismo, Josef. Pues, en regla general, el libro que uno busca es el de al lado.

Abramsky le enseñó que coleccionar era una forma de amor, quizás la más elevada; que él se imaginaba el paraíso como una inmensa biblioteca y que delante de las puertas de cada biblioteca debía haber un cartel que desalentara a los no iniciados con la advertencia de que ya había habido quien había perdido la vida por cruzar aquel umbral. Y le advertía a Eisenstein con las palabras del predicador:

—Ten cuidado, la tarea de hacer libros no tiene fin, y el mucho estudiar fatiga el cuerpo. —Una advertencia a la que él mismo era el que menos se atenía.

Sentado Eisenstein escuchaba con atención la voz menguante de su interlocutor. Escuchaba al viejo hablar sobre libros especiales, los libros más valiosos y raros del mundo; sobre encuadernaciones en cuero de

búfalo africano, sobre los tipos de imprenta góticos de la imprenta Enschede en Haarlem, sobre matrices y punzones de impresor, sobre papel de la China y papeles de tina con marcas de agua hechos a mano en las manufacturas de Vire. Sobre su opinión de que el primer libro que se había impreso había sido el mejor y lo seguiría siendo siempre, la Biblia de Gutenberg de cuarenta y dos líneas, y dado que él recién vendía un libro cuando había podido estar seguro de que quedaba en buenas manos… pues un precioso libro valía tanto como una vida humana.

—¡Hay personas a las que les basta un solo libro, imagínate! Para los judíos ese libro es la Torá y para un par de filósofos es *La república* de Platón y para otros es *La Divina Comedia* de Dante. Y de hecho, todos los libros son de una u otra manera meros comentarios sobre ese único libro que quizás ni siquiera fue escrito aún. Cuando llega su momento, cae del cielo, como sucedió con la Torá.

Un día a Eisenstein se le cayó un libro de la mano. Una Hagadá con encuadernación en cuero negro, las indicaciones para la celebración del Séder de Pésaj. Tras recogerlo y mirarlo Eisenstein se disponía a colocarlo de nuevo rápidamente en el estante cuando la voz de Abramsky lo hizo detenerse.

—Antes tengo que hacerlo arreglar —dijo.

—Pero sólo se golpeó en una esquina. La vuelvo a enderezar y nadie se dará cuenta.

—No, Josef. Quien destruye un libro, destruye un ser humano. De ninguna manera hay que dejar que llegue a ese punto. Cuando recibo libros que tienen un defecto, o cuando están gastados porque se los ha guardado o tratado mal, se los llevo al maestro Cornelius. Es un viejo amigo, tiene su taller en la Sophienstrasse. Cornelius es el mejor encuadernador de la ciudad, sólo él puede reparar esos daños. Dámelo, se lo enviaré.

Abramsky hizo que le mostrara el daño que había sufrido la Hagadá.

—*¡Oi va voi!* —exclamó en ídish cuando vio de qué libro se trataba —. ¡Tú, infeliz! Esto no se lo podemos enviar al maestro Cornelius. Ya no se lo podemos enviar más. Es un hombre honorable. Vuelve a colocarlo donde estaba, Josef.

Más tarde, cuando Abramsky se hubo dormido en su sillón y Eisenstein se puso a hurgar un poco en las estanterías, en la sección de clásicos alemanes, detrás de las obras completas de Lessing, encontró un volumen que lo cautivó. Era una edición de *Memorias de mi vida. Poesía*

y verdad, impreso en letra gótica Fraktur y publicado en 1832 por Cotta en la ciudad de Tubinga; un libro en octavo mayor, con tapas de lino con inscripciones en oro e ilustraciones de los escenarios de la vida de Goethe en las amarronadas páginas: antiguas vistas de Fráncfort, Leipzig, Estrasburgo, Wetzlar, que despertaron su interés. Entonces vio las notas en lápiz en los márgenes y abrió la página del título. Arriba a la derecha, como un exlibris, también escrito con delgado trazo de lápiz pero claramente legible decía: *A. Schopenhauer, Frankfurt am Main*. No podía explicarse por qué intrincados caminos podía haber llegado un ejemplar como ese a la tienda de anticuario de Abramsky y por qué estaba tan oculto detrás de otros libros, pero en nada disminuyó esto su fascinación. Al contrario. Se sentó y se sumergió en la lectura mientras oía roncar al viejo en la parte delantera de la tienda. Después de una hora de leer, mirar y sentir, Eisenstein se guardó el libro en el portafolio y se fue de la tienda antes de que Abramsky se despertara.

El día en que se habían conocido Abramsky le había dado la dirección de un contacto que habría de cambiar su vida. Ahora que había encontrado una pista, debía poner toda su pasión en seguirla. Estaría preparado. Un atardecer regresó a Friedenau, volvió a treparse a la librería de préstamo de la Niedstrasse, sustrajo allí la *Edda poética*, una edición de siglos de antigüedad traducida al alemán, y se fue a su casa.

La noche siguiente el papel que le había dado Abramsky lo condujo a Moabit, a un local de nombre Alt-Lübeck que a cualquiera le hubiera pasado desapercibido, ubicado detrás de la iglesia del Espíritu Santo en la Birkenstrasse. A la calle se accedía por un gran arco de piedra todo cubierto de esvásticas grabadas a martillo y cincel y empapelado con viejos avisos de remates y órdenes de captura. Adentro del Alt-Lübeck lo recibieron el silencio de los presentes y una sorda música extranjera. Tras un breve intercambio con el dueño del local accedió a un cuarto trasero en el que poco antes de la medianoche había reunida una media docena de hombres. Fumaban, bebían, se hacían gestos de asentimiento con la cabeza, se conocían. Examinaban la mercancía del otro y ofrecían en venta la propia. Aquellos no eran delincuentes sino hombres honorables, y con todo debían reunirse en horas de la noche en cuartos traseros. Nadie registró al delgaducho joven de negros rizos. Pero tan pronto como colocó la *Edda* sobre la mesa en el centro de la sala, no le cupo duda del asombro, sí, de la inocultable admiración de los presentes. Observaron el objeto que había llevado el nuevo con mirada

de conocedor y lo palparon con dedos experimentados. Le ofrecieron dinero, Eisenstein vendió al mejor postor. Así fue también otras noches en las que se reunieron en el Alt-Lübeck. Pero nadie preguntó jamás de dónde sacaba Josef los libros.

Ahora que finalmente había obtenido acceso al otro mundo, su deseo lo fue haciendo internarse en él cada vez más. Una vez introducido en aquel particular submundo, ya le resultó fácil establecer contacto con otros vendedores y coleccionistas. Pronto se dio cuenta de que a todos allí los movía un similar objetivo. Eran personas con ideas afines, que aspiraban de la misma manera a lo mismo: todos estaban a la búsqueda del último libro que completaría su colección. No siempre tenían en claro qué libro podía ser ese último, ese perfecto, pero un vago impulso los llevaba por las noches a las tabernuchas y las tiendas clandestinas de la ciudad, a los depósitos de los subastadores, a los pequeños hoteles con la campanilla nocturna cuyas habitaciones se podían arrendar por hora. Los impulsaba a arriesgar su vida. En aquellas calladas y lascivas figuras Josef halló una sociedad de hombres que consagraban su existencia a un objetivo superior por el cual él también estaba dispuesto a sacrificarse.

Pero pronto se dio cuenta de que a pesar de toda su pasión aquellos hombres no iban más allá de lo convencional, sí, de lo corriente. Que ellos no *querían* ir más allá en absoluto. Los libros que eran objeto de su deseo eran simplemente títulos más o menos conocidos, volúmenes que se consideraban perdidos, obras clásicas de Goethe, Schiller, Lessing, Kleist, antologías de poemas románticos, primeras ediciones firmadas por el autor, rarezas y curiosidades, afamados ejemplares de lujo con estrafalarias ilustraciones o impresiones particulares de oscura fama. Algo como la *Edda poética*, justamente, o el Flavio Josefo o las memorias de vida de Goethe que habían pertenecido a Schopenhauer. Eran devoradores de libros y bebedores de papel, coleccionaban para poseer. Eran los locos de los que hablaba Sebastian Brant: “que tienen muchos libros a su alrededor que ni leen ni comprenden”. Ellos buscaban lo que tenía fama, y a esto le otorgaban tanto valor sobre todo porque los demás lo hacían también. Reconocían un ejemplar bien hecho con sólo verlo: pero sólo cuando otros antes lo habían visto y lo habían declarado de valor. Lo reconocían por el título y el nombre del autor, lo reconocían por el nombre del editor o el lugar de la publicación o por su antigüedad. Pero no lo reconocían *a priori*, no lo reconocían por el libro en sí. Nadie buscaba lo nuevo, lo desconocido. Nadie buscaba lo que no tenía nombre. Nadie buscaba un libro del que

ni siquiera sabía si existía.

Y en ese mismo momento Eisenstein se dio cuenta de que eso era lo que precisamente nadie podría ofrecerle allí. Ni siquiera ante Abramsky, quien pese a su miopía pronto había percibido qué había en la esencia de aquel joven, podía él expresar en palabras lo que deseaba. El experimentado librero por cuyas manos de flacos dedos habían pasado millones de libros sacudió la cabeza cuando Eisenstein le contó sobre la *Germania* y lo que había sentido más de medio año atrás.

—¡Eso es como si uno quisiera adorar a un dios que al cabo de siete días se ocultó para siempre de su creación! —refunfuñó—. ¡Es como si uno amara a una muchacha que todavía ni siquiera nació!

También los demás vendedores y coleccionistas asintieron mudos y arrugaron la frente como si cayeran en cuenta, para luego, empero, encogerse de hombros como con compasión. En aquellas semanas y meses Eisenstein había logrado conseguir las más valiosas y raras ediciones que la capital había dispuesto para él. Si quería entrar clandestinamente a robar en una tienda, una biblioteca, un museo o un depósito, lo hacía. Y por los tesoros que llevaba a los cuartos traseros le ofrecían a cambio otras joyas y los más raros ejemplares de lujo. Efectivamente se encontraban allí valiosos objetos que ya hacía mucho que no se conseguían en la venta libre. Pero tampoco allí encontró una *Germania*.

En lo sucesivo su camino lo llevó fuera de la ciudad. Mientras Berlín era invadida por grupos de turistas extranjeros que querían ver los Juegos Olímpicos de Verano, él tomó el tren y viajó al interior, allí donde ondeaban las banderas con las esvásticas. Como se había hecho de dinero vendiendo su botín, se pudo permitir comprar los pasajes que lo llevaron a sitios sobre los que cada tanto corrían secretos rumores en Berlín. También allí había coleccionistas privados cuyos nombres sólo se pasaban tapándose la boca con la mano, vivían allí en grandes mansiones en la periferia de la ciudad o en propiedades ocultas a la vista de todos a la orilla de un lago. Lo recibieron a Josef Eisenstein, quien llevaba una recomendación, miraron su mercancía, se interesaron y compraron. Pero tampoco ellos lo pudieron ayudar en su búsqueda. Sus colecciones eran magníficas, impresionantes, valiosas y únicas. Asombrado fue pasando revista a estanterías y armarios, deslizando su mirada y sus dedos por los lomos de los libros. Y sin embargo quedó decepcionado.

Berlín se había vuelto demasiado pequeña para él. Cada vez más amplios fueron los círculos que fue trazando alrededor de la capital, cada vez más lejos viajó, aquello que lo impulsaba se hizo cada vez más fuerte. A tal punto que un atardecer ya no volvió más a su casa. Pero a la tía Ruth, que lo oyó llegar por el patio la tarde siguiente, un domingo, no le preocupó. Sólo la escuela le impedía aún hacer viajes de más de un fin de semana. Así pues, después de graduarse finalmente en junio, comenzó a irse de viaje a menudo por varios días. A las localidades cercanas a la capital, lugares como Oranienburg, Königs Wusterhausen, Potsdam, Köpenick y Zossen, ya había ido; ahora su camino lo llevó hacia el Norte hasta Greifswald y Schwerin o al bosque del Spree y hasta Cottbus.

Un día Eisenstein llegó a Templin. En los bares de mala fama de Berlín había oído nombrar una y otra vez a un hombre que allí, en el Uckermark, poseía una colección de primer nivel y que buscaba en la región piezas de semejante categoría. Aún más, se decía que Clemens von Reventlow (ese era su nombre), proveniente de la aristocracia de Elbia Oriental, veterano de guerra y hermano mayor del jefe del Gau de Pomerania, era el custodio de un tesoro que contenía los más exquisitos y valiosos libros de todo el Reich. En la mansión del conde, una propiedad rodeada de perales y casi como un castillo, ubicada en medio de vastos bosques de abetos rojos, pasó Eisenstein numerosas noches; se alojaba en uno de los pequeños cuartos para la servidumbre que había en el edificio delantero, por las mañanas se encontraba con el conde para desayunar en la sala de caza y luego pasaba las horas del día solo en la biblioteca. Para esta, hacía unos años, Reventlow había hecho vaciar toda el ala occidental del edificio renacentista, una construcción con gabletes y torres de escaleras que se hallaba ubicada delante y en ángulo recto al edificio principal. Allí una sala se unía a la otra y alojaba los más raros ejemplares del arte librero europeo.

Clemens von Reventlow, descendiente directo del general de caballería prusiano del mismo nombre que había logrado tan importantes victorias en la batalla de Fehrbellin, era un hombre de principios y lealtad. Por encima de todo hacia su país, luego hacia su bella esposa y su encantadora hija, pero enseguida luego de ellos hacia el libro. A quien se ganaba la confianza del conde, ya fuera por su alto rango en el ejército o en el partido, ya fuera por su intachable reputación, le permitía este conocer aquella selección de joyas de las que había logrado hacerse como botín en sitios lejanos y había llevado luego a su castillo. Entre ellas había obras como la *Astronomia Nova* de

Johannes Kepler, Praga, 1609; *La ciudad de Dios* de San Agustín, impreso por Johann Froben en Basilea en el año 1522, con grabados en *criblé* y xilografías de Hans Holbein el Joven, o una copia del *Codex Manesse* realizada por un artista anónimo de Núremberg. Finalmente, coronación y perla de toda la biblioteca: un *First Folio* de 1623.

Eisenstein, que se había ganado la confianza del conde por medio del aval de sus enlaces berlineses, pero también por la información de que su difunto padre había sido un héroe de guerra, aprovechaba cada minuto que tenía para explorar aquel bosque desconocido al que había logrado acceder. Estudiaba desde la mañana temprano hasta tarde en la noche, examinaba minuciosamente los volúmenes, los ponía bajo la lupa ansiando lograr arrancarles sus secretos. Y así fue revisando cada estantería, cada estante, cada sección, fue mirando y oliendo y tocando todos los ejemplares, desde los más antiguos manuscritos medievales pasando por manuscritos originales de Goethe o de Bach hasta raras ediciones privadas de poemas de Stefan George y ediciones de colección de *El mito del siglo XX* de Rosenberg. Al cabo de unos días, antes de salir para una partida de caza en el bosque de Schorfheide, el conde le entregó a su huésped la llave de la entrada principal de la casa superior y de la biblioteca de modo que durante su ausencia y a horas tardías también pudiera estudiar allí sin tener que molestar a los sirvientes. Estaban en la escalinata que subía al portal principal, el sol aún no había salido del todo. Ante la pregunta de su joven huésped sobre cómo había logrado hacerse de una colección tan amplia y de tal excelencia, el conde dio con dos dedos unos golpecitos sobre el cañón de la escopeta que estaba por colgarse al hombro y dejando deslizarse la mirada sobre sus posesiones dijo:

—Hay cosas que a uno simplemente le caen del cielo.

La última noche que pasó en la finca Reventlow, Eisenstein se enteró de que él no era el único que usaba la biblioteca para estudiar tranquilo. Se encontraba en un momento en el último rincón de la última de las salas dejando pasar entre sus dedos ejemplar tras ejemplar cuando oyó quedos pasos que bajaban desde el piso superior. El conde y su esposa, sabía, ya se habían ido a dormir. Alguien bajaba la escalera. Se oyó el crujido de la puerta de la primera sala. Luego allí encendieron luz. Eisenstein se ocultó detrás de una cortina entre la ventana y una estantería dedicada al siglo XVII. Puso atención a ver si se oía algo. Los pasos se aproximaban. Alguien andaba por las salas, lentamente y con paso leve; finalmente entró a la última sala donde se encontraba él. Por

la rendija del cortinado vio a una muchacha joven parada junto a las estanterías de libros. El cabello rubio suelto le caía sobre los hombros. No llevaba puesto más que un camisón, arriba un cárdigan de lana, los pies envueltos en pantuflas. Era baja y delgada, tenía el cuerpo de una niña, pero no podía ver su rostro. Ella buscó un libro, lo sacó, se sentó en el sillón junto a la ventana y se puso a leer.

La oyó respirar profundamente. Absolutamente absorta en la lectura estaba ella allí, ni siquiera a un metro de él. Entonces pudo ver su cara, un dulce rostro era, de rasgos bien proporcionados, joven y sin arrugas, inmerso en un pálido resplandor bajo la luz de la lámpara que caía sobre el blanco de su camisón y de su cuello. La nariz recta, la frente pura y pálida, largas pestañas rubias sobre sus ojos redondos, una boca carnosa cuyos labios al leer permanecían semiabiertos. Tendría apenas unos diecisiete años.

Él no emitió sonido. Una hora permaneció allí viéndola leer, página tras página. Luego ella se levantó, apagó la luz y dejó la biblioteca.

Aquella noche él se preguntó por qué no había visto a la muchacha antes. ¿Sabía ella que él estaba allí y por eso no se había atrevido a ir a la biblioteca? ¿Había creído ese día que él ya había partido? ¿O era simplemente un fantasma, un producto de su imaginación ya hipersensible por la constante concentración?

Pero no, por lo visto se trataba efectivamente de la hija del conde.

—Tengo que hablar seriamente con Katharina —dijo este a la mañana siguiente mientras desayunaban—. Realmente lee demasiado.

Luego Josef Eisenstein partió. Y se llevó las llaves.

Las siguientes semanas y meses lo condujeron a uno que otro sitio donde pudo ver y palpar libros. Fue a Stralsund y a Schwerin. Fue a Dessau y a Magdeburgo, donde tuvo la oportunidad de hacerse una idea de la colección de la princesa Radványi. Fue a Brunswick y a Wolfenbüttel, a Halle y a Sangerhausen y por último su camino lo condujo a Sajonia. En aquellos viajes entabló relación con una innumerable cantidad de volúmenes. Tantos pasaron por sus manos, sobre tantos se posó su mirada que una persona común y corriente seguramente pronto hubiera olvidado dónde había visto qué ejemplar. Pero aún meses después Eisenstein podía decir exactamente dónde estaba ubicado y cómo estaba confeccionado cada título. En la medida en que le era permitido, palpaba los libros por fuera y por dentro. Coleccionaba las impresiones que le transmitían las yemas de sus dedos

mientras se deslizaban por las tapas y el lomo, por el papel, el pergamino, el terciopelo, el cuero.

¡Y cuán grande era la variedad de impresiones que dejaban aquellas superficies! Allí estaba el efecto frío de la laca, lo rústico del lienzo barnizado, la lisura del mármol pulido de una estatua del siglo XVIII, la calidez de las hojas de oro, lo áspero como piel de elefante de un estuche de madera pulida; allí estaba la blanda piel de gamuza, que respiraba; estaba lo hirsuto de Persia, lo escamoso del Cairo, lo forrado con tafetán o muaré, el crujir del cuero marroquí, el fino cuero de cabritilla, la aterciopelada superficie de la rosa damascena; allí había un cuero suave como la cera china o duro como la barba de ballena o fibroso como el bambú, el nácar tornasolado, la pelusilla de la superficie del fieltro de un lomo reforzado con huesos, como el musgo que crece en la piedra pizarra; allí había ornamentos de carey o alabastro o marfil, cierres de plata oxidada, resinosa goma laca, seda de brocado, papiro o delgado pergamino, allí había tejido otomán aprestado, allí había delgado papel de impresión con un reflejo azulado atravesado por *paillettes* doradas apenas perceptibles. Era un placer imposible de describir. ¡Cuán pobre era la lengua comparada con la maestría de aquellos libros!, ¡cuán insuficientes eran las palabras que estaban dentro de ellos! Para los dedos de Eisenstein todas aquellas pieles, cubiertas, envoltorios y cápsulas, todas las superficies de este mundo, eran una promesa venida de un reino de los bienaventurados.

Pero precisamente sólo una promesa. Entre ellos encontró la atracción y el consuelo y un bálsamo y la avidez, pero la sensación —*aquella* sensación— no la encontró. Nada llegaba a satisfacer su pulsión.

En agosto, cuando pasó una serie de noches en Leipzig y se encontró con los coleccionistas de la ciudad, de pronto lo asaltó el vacío. Se encontraba en la callejuela Thomasgasse, no lejos del restaurante Auerbachs Keller, cuando le faltó el aire. Tan inesperadamente como había llegado, tan claro se le presentó: el saber que no podría negar por más tiempo que tampoco allí encontraría lo que estaba buscando. Allí no y en otro sitio tampoco. Que podría viajar alrededor del mundo y que jamás llegaría a la consecución de sus deseos. ¡En vano era viajar! Fuera de sí había estado, y entonces, sin aliento, se había doblado mientras se agarraba la cabeza ardiente. Había recorrido todas las librerías y todas las tiendas de anticuario, todas las bibliotecas y todas las colecciones, miles de miles de libros había tocado, legiones de pieles habían pasado bajo sus dedos, pero aquella que en aquel momento le había hecho sentir la promesa de lo absolutamente fuera de lo común,

ella se resistía a mostrarse nuevamente. Era como si en aquel momento de golpe se hubiera cerrado una puerta que desde entonces le habría de permanecer vedada para siempre.

Sintió la ira alzándose en él, contra él mismo y contra el mundo, mezclada con decepción y pesar. Le latían las sienes. Era la pena que residía en la sospecha de que no vería jamás cumplidos sus planes, de tener quizás que renunciar para siempre al objeto de su deseo, de haber perdido su huella de una vez y para siempre.

Se arrastró de regreso a la estación de trenes. No fue a su próxima cita. Ahora era el hombre quebrado que había visto en el padre de Frieda cuando había mirado por la vidriera y se había obligado a absorber en su interior aquella tristeza infinita. Ahora que volvía a casa con las manos vacías y que tenía que reconocer finalmente que su deseo no tenía contrapartida en el mundo que pudiera satisfacerlo se sintió como un muchachito malogrado, inútil. No serviría para nada en esta tierra. La fiebre que lo había impulsado en los últimos meses a viajar por el país había descendido bruscamente y en lugar de un distinguido joven que tenía su vida por delante había dejado una débil cáscara que erraba sin rumbo. El vacío en el que se hundió fue mucho más profundo y sombrío que aquel en el se había visto atrapado después de la muerte de Frieda Hoffmann y la pérdida de la *Germania*. Esta vez no había ninguna esperanza, esta vez la melancolía sonreía burlona acercando hacia él su cabeza de negra cabellera desgreñada, se reía de él enseñando los dientes y haciéndolo hundirse más profundamente en las almohadas. Afuera, en las alegres calles veraniegas, las muchachas podían lanzar los grititos más juguetones; en el campo, los lagos podían ser tan claros y los cielos tan suaves, y en los cuartos traseros de Moabit podían cambiar de dueño los libros más valiosos: para él no había salida. Él no se quería matar, él sólo quería morirse.

Leyó, al menos lo intentó. Pero también los libros que le habían quedado no podían aliviar su hastío. Lleno de ira los arrojaba por el aire, uno detrás del otro, a una esquina de su pequeño cuarto. *ElAnticristo*, el *Rembrandt, Hombre y tierra*, el corneta, a todos los vio estrellarse contra la pared. Lo invadió el éxtasis de la destrucción, y un maligno placer le provocó la vista de aquel montoncito de aquellos antes respetados libros que ahora estaban tendidos sobre el suelo como soldados caídos en una batalla con sus cuerpos desmembrados.

El último que agarró fue *Poesía y verdad* de Goethe. Voló por el cuarto describiendo un elevado arco. Eisenstein oyó cómo se rompía el papel y se soltaban las tapas y el lomo. Se levantó de la cama y cayó de

rodillas ante el cadáver del destruido Goethe, como si quisiera tomarle el pulso. Pero ya era demasiado tarde. Su libro más valioso se había echado a perder. Él lo había destruido. ¡Sí, qué misterioso poder poseía!

12

El día en que murió la esposa del maestro Cornelius fue un hermosísimo domingo de agosto. Tres días más tarde, en cambio, cuando tuvo lugar el entierro en el Cementerio Francés de la Liesenstrasse, llovía a cántaros. El maestro Cornelius, con su hijita de tres años de la mano, estaba parado debajo de un paraguas, a su lado su hermana que llevaba en brazos al recién nacido que le había costado la vida a su madre. Tres días tenía la pequeña Elizabeth y desde hacía tres días su padre era viudo. El maestro Cornelius reprimió las lágrimas que estuvieron por saltarle ante la vista del féretro que iba descendiendo hacia las profundidades, tomó más fuertemente a su hijita de la mano y alzó la vista al cielo. Este había abierto todas las compuertas, por primera vez después de semanas, como si quisiera burlarse de Cornelius. Cuando hubo concluido la ceremonia, el sacerdote, al que un monaguillo le sostenía el paraguas, guio a los deudos de nuevo a la capilla donde tras algunas palabras dichas con gran tacto el grupo se despidió para proseguir cada uno su camino. Cornelius y su hermana se quedaron esperando aún unos minutos en la fría capilla en la esperanza de que pasara la lluvia y miraron a la pequeña de tres años jugando con las coronas preparadas ya para los entierros de las tres y de las cinco.

Cuando ya habían decidido irse del cementerio, porque la lluvia parecía no querer detenerse más, un hombre entró en la capilla, se acercó adonde estaban ellos esperando y sacó un paquete de su portafolio de cuero, el que, para protegerlo, se había guardado debajo del abrigo. El recién llegado, un muchacho pálido de mejillas hundidas que apenas si llegaba a los dieciocho años, con los cabellos negros chorreando de agua, la ropa empapada, abrió su portafolio, se lo extendió al maestro Cornelius y dijo:

—Lo busqué por todas partes, maestro Cornelius. Mire. Tiene que repararlo, por favor. ¡Hoy mismo!

Por un instante Cornelius sintió que debía enfurecerse, pero

enseguida la tristeza volvió a agarrarlo de la negra solapa y entonces dijo en voz baja, con aquella suavidad en la voz de quien ha perdido para siempre lo más precioso en su vida:

—Creo que hoy no tengo la cabeza para eso.

Pero el joven no cejó. Mientras Cornelius y su hermana se disponían a ponerse en camino, con una niña en brazos y la otra de la mano, corrió quien entonces se había presentado con el nombre de Josef Eisenstein hasta la alta puerta de cristal de la capilla y se detuvo delante. Pero en lugar de cerrarles el paso a los cuatro, les abrió las dos hojas de la puerta y saliendo detrás de ellos bajo la lluvia dijo:

—Usted no me conoce. Pero yo sé quién es usted. Tenemos un amigo en común, Salomon Abramsky.

Cornelius abrió su paraguas y lo sostuvo sobre su cabeza y la de su hijita. Miró a Eisenstein.

—¿Abramsky? ¿Todavía vive?

—Está como puede estar en estas circunstancias —respondió él, y fue siguiendo a los cuatro por la Liesenstrasse.

—Muchacho, no podría haber elegido peor momento para venir con su deseo. Como podrá ver, hemos tenido una desgracia en la familia. El taller está cerrado hasta nuevo aviso.

Un solo vistazo le hubiera bastado a Cornelius para persuadirse de que el desconocido que venía detrás de él evitando cuidadosamente los charcos no poseía la menor sensibilidad ante lo que acababa de suceder en su vida privada. A este, que iba corriendo detrás del grupo inclinado hacia adelante, preocupado por cubrir y proteger de las masas de agua con su cuerpo lo que llevaba en el interior de su portafolio, no parecía interesarle nada más que el libro en pos de cuya aparentemente impostergable salvación había emprendido aquella marcha en medio de la tormenta.

Cornelius se vio conmovido por el afán de Josef.

—¿Qué libro es?

—¿Lo mirará, sí?

—Ni siquiera me dijo nada de por qué es tan urgente.

—No entiendo.

Al oír esto Cornelius pensó que en otra época, hacía muchos años, cuando él también era joven y nuevo en el oficio de la encuadernación, tampoco hubiera entendido lo que acababa de decir. Le hubiera parecido como la pregunta de un médico a un paciente que corría peligro de vida de por qué era tan urgente que lo tratara. Ese

muchacho, por lo visto un protegido de Abramsky, le recordaba a él mismo y eso le impresionó. Hacía veinte años él también hubiera corrido contra viento y marea si alguno de sus amados hubiese sufrido algún daño y él hubiera sabido dónde encontrar al maestro que acogiera a sus tesoros en la emergencia. Y tampoco hubiera cejado en su intento hasta ver salvado a su amado.

Ambos se refugiaron bajo la marquesina de una tabaquería. Mientras la hermana de Cornelius tomaba de la mano a la niña de tres años y llevaba a las demás a la casa, Eisenstein volvió a abrir su portafolio, siempre atento de que no cayera ni una gota de agua sobre el valioso objeto. Cornelius echó una rápida mirada a lo que había en su interior y, protegido por un colchón de virutas de madera, como un pequeño pájaro en su nido, distinguió tapas de lino y dentro de ellas, en tres piezas, un bloque de hojas de un libro en amarronado papel de vitela. Introduciendo allí cuidadosamente los dedos, separó algunas páginas y observó el título.

De un salto retiró la mano de allí como si lo hubiesen mordido y miró al joven con los ojos bien abiertos. Pero este no hizo más que asentir y bajar la mirada.

Ese mismo día el maestro lo llevó con él a su taller. El taller de encuadernación estaba ubicado en la Sophienstrasse en medio de docenas de otros talleres, fábricas y comercios; junto a las sastrerías, las tiendas de prendas textiles, el tonelero, el tornero, el fabricante de cepillos, el fabricante de gafas, junto a las tiendas de vestimenta para caballeros y los peleteros. Hasta hacía algunos años aquella parte de la Sophienstrasse había constituido un floreciente centro comercial, con las grandes tiendas Wertheim de la esquina de la Rosenthaler Strasse como buque insignia, por así decir, con patios traseros que se abrían a otros y otros patios con fábricas donde se producían cadenas para bicicletas y máquinas de coser y tiendas de fabricantes de paraguas y zapateros adonde iban de compras los ciudadanos finos. Pero los tiempos habían cambiado. Los dueños de aquellas tiendas eran personas con nombres como Katz, Wolf y Hirsch, Weiss, Roth y Grün, Goldstein, Rubin y Demandt, Kaminski, Ranitzky y Horowitz.

Mientras las vidrieras de esas tiendas o bien estaban tapiadas o tenían pintadas, el taller de encuadernación de Cornelius florecía. Llegaban encargos de todos los puntos del Reich: de imprentas de Fráncfort, de editoriales de Leipzig, de excéntricos particulares; la Biblioteca Municipal requería cada tanto su asesoramiento en casos

difíciles y algunos años atrás Cornelius había supervisado los trabajos de restauración de los ejemplares de la Biblioteca de Lovaina que habían resultado dañados durante la guerra. Personajes misteriosos iban a verlo con los encargos más insólitos, querían encuadernar sus memorias por dentro y por fuera con cuero de cerdo color carne y grabar arriba el escudo de armas de la familia u ornar con esmalte brillante un volumen de *Las flores del mal* publicado en edición de un solo ejemplar. De este modo la comunidad local de los bibliófilos, si bien no tan unida ni tan consciente de la tradición como la inglesa o la francesa, le había permitido a Cornelius, creador de valoradas joyas y dotado restaurador, hacerse de unos ingresos considerables con los que había podido olvidarse de las penurias de los años de inflación. Y no sólo era un hombre hecho, de renombre en el gremio de la encuadernación: además tenía una hija sana y una amante esposa. Pero desde hacía tres días todo aquello ya no existía más. Con la muerte de su esposa su futuro se había convertido en escombros. Ya veía las vidrieras de su taller tapiadas con tablones y a sí mismo sentado adentro en la oscuridad esperando el final de sus días.

En aquellos minutos, sin embargo, sus penas se acallaron. De nuevo en el taller, por primera vez desde hacía media semana, y con un libro delante de él en el banco de trabajo, ya sólo pensó en eso. Tomar en sus manos la tapa, ver su peso, evaluar cómo estaba hecha, acariciar el lomo, palpar la inscripción en oro, estudiar las partes donde se había desgarrado el lino: era como un alivio. Verificar cómo estaban los cantos del cuerpo del libro, la unión de las hojas, también allí controlar si había daños que él pudiera reparar… Cornelius estaba en su elemento. Olvidó sus penas y se puso a trabajar.

Eisenstein estaba parado detrás de él en la semipenumbra de aquel cuarto sólo iluminado por unas angostas luces de techo y el resplandor de la lámpara de trabajo. El taller de la Sophienstrasse 21 se encontraba a un metro por debajo del asfalto, de tal modo que cuando uno trabajaba allí sólo alcanzaba a ver al ras de la vereda, a los transeúntes y la hilera de las casas de enfrente. Pero los dos hombres no tenían el más mínimo interés en mirar nada. Bastante con que se habían quitado sus abrigos; aún conservaban puestas las chaquetas frías por la humedad. Cornelius se había colocado un delantal de cuero sobre el traje negro, Eisenstein seguía con el cabello goteando y el rostro mojado; charcos se habían formado alrededor de los pies de ambos. Mientras Cornelius comenzaba a retirar con una escofina y una brocha de cerdas algunos restos que habían quedado en el interior de la tapa,

donde luego encolaría los primeros nervios para volver a unir a ella el bloque de texto, a sus espaldas Eisenstein se fue acercando más y más. Cuando Cornelius hubo separado las páginas rotas, para lo cual se valió de una tijera de uñas y un cuchillo que a Eisenstein le recordó el escalpelo de la colección de biología del colegio, este último se hallaba a sólo un paso de él. Pero a Cornelius no parecía preocuparle su cercanía. Ahora había que colocar el volumen en la prensa y para ello podía necesitar una mano. Le extendió al muchacho la mitad derecha del libro, con un gesto le indicó cuándo y qué hacer y Eisenstein comprendió. Hombro a hombro trabajaron los dos, revolvieron la cola, mojaron los pinceles, pegaron, cortaron y abatanaron, sujetaron, tiraron con fuerza y unieron los cuadernos del bloque, el hombre joven y el mayor, ambos callados al unísono como si jamás hubieran hecho otra cosa en su vida.

Cuando finalmente hubieron acabado, y tuvieron el restaurado Goethe delante de sus ojos y admiraron el trabajo que ellos mismos habían realizado, no supieron decir cuánto tiempo había transcurrido. Pero cuando salieron del taller ya era tarde en la noche.

Y así fue como Josef Eisenstein comenzó su período de aprendiz en la Sophienstrasse.

En los meses que siguieron el maestro le enseñó tantas cosas a su alumno que este pronto pudo encuadernar un libro solo sin ayuda. Cornelius le mostró cómo se reparaban daños producidos por malas condiciones de almacenamiento, cuando el bloque de texto se había hinchado y combado fuertemente, en el caso de apelmazamiento del papel, o daños causados por incendios, cuando el humo había ennegrecido las hojas o el calor las había secado y las había vuelto quebradizas. Le enseñó cómo limpiar y restaurar márgenes chamuscados y a blanquear manchas de agua con alcohol y jabón de hiel. Le mostró cómo se marmoleaba el corte del libro. Le enseñó métodos que el gremio guardaba en secreto desde hacía generaciones: cómo se alisaban abolladuras en el cuero, cómo se hacía el oro en hojas y cómo se aplicaban estas luego de modo que el dorado se conservara sin descascararse durante décadas, cómo se mezclaban lacas para imitar el color de los materiales que rodeaban la parte dañada, o cómo se trataban con resina de sauce llorón y un fino pincel de maquillaje desgarros en el pergamino, que habían arruinado ilustraciones completas, uniendo las partes en forma invisible.

En los primeros días tras el rescate del libro de Goethe, Cornelius no

había pensado en absoluto en la idea de tomar al muchacho como aprendiz. Eisenstein simplemente se había aparecido en el taller todas las mañanas, se había instalado en un rincón y había mirado, y el maestro lo había dejado. Luego había podido intervenir aquí y allá, había hecho algunas tareas auxiliares, vaciar ampollas, lavar frascos, barrer la basura, recoger restos de tela y de cuero, preparar colores. Pero al cabo de poco tiempo el nuevo se le había hecho indispensable. El trabajo se terminaba más rápido y los resultados al menos no eran peores. La mayor parte del tiempo permanecían en silencio, pero ya la sola presencia calma y sumergida en el trabajo del muchacho aliviaba aquella sensación de soledad y tristeza que de otro modo hubiera agobiado a Cornelius y le hubiese hecho imposible trabajar.

Eisenstein rebosaba de celo y ansias de conocimiento. Ya había dejado atrás el páramo de la escuela y esta actividad, la primera en su vida que lo colmaba de satisfacción, la primera que él llevaba a cabo verdaderamente concentrado y con perseverancia no sólo le permitía evadirse de esa uniformidad mortal para el espíritu de la Juventud Hitleriana, de su repugnante corporalidad y de su infame camaradería, sino que le permitía ganarse un pequeño sustento con el honrado trabajo de sus manos. Pronto se animó a encarar sus propias piezas; Cornelius dejó en sus manos una Biblia cuyas páginas, provistas de numerosos grabados en cobre, se habían ondulado por la excesiva humedad del sitio donde había sido guardada, o por ejemplo un volumen sobre la doctrina del hielo mundial, la *Cosmogonía glacial*, de 1913, cuyo propietario ya se encontraba fuera del país y no estaba más interesado en el trabajo. Eisenstein restauró aquellos libros como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Mientras que ahora el maestro Cornelius podía dedicarse más a sus hijas, a cocinarles, a estar con ellas en su casa, o podía hacer diligencias, Eisenstein se quedaba hasta altas horas de la noche en el taller. Una vez concluido su trabajo diario, cuando ya había reparado los tesoros de ricos coleccionistas o los volúmenes enviados por alguna biblioteca de Berlín, se dedicaba a continuar estudiando los secretos del arte de los libros. Había una cantidad innumerable de técnicas que aquel arte había desarrollado en sus siglos de historia. En el taller de Cornelius había ejemplares modelos de los más diversos tipos de encuadernación, de los materiales más comunes hasta de los más estrafalarios, de los más diversos formatos y cortes, de los más diversos colores y consistencias. Por lo general no eran originales, sino muestras confeccionadas en el transcurso de los años por el mismo maestro y que

una y otra vez le servían de guía en sus trabajos. Allí había formatos desde el infolio hasta el vigésimo y el vigésimo cuarto, había miniaturas, incunables y joyas, manuscritos ilustrados; había libros encadenados, valiosos ejemplares de bibliotecas conventuales a los que se protegía de ser sustraídos por medio de cadenas de hierro o incluso de plata u oro; había volúmenes del gótico tardío y otros del Renacimiento temprano, había *liber sine asseribus* con encuadernación de tapas flexibles, libros empaquetados en cubiertas de cartón, libros completamente encuadernados en cuero o sólo con los lomos de cuero y otros con cubiertas de cartón; había pergamino, papiro, rafia, papel crepé, fieltro y papel de seda. Con el tiempo el taller se había ido convirtiendo en el sitio donde se guardaban prácticamente todas las materias primas que se requerían para la fabricación de un libro, y cada una de ellas producía un efecto absolutamente individual, como si fuera una persona que vivía, sentía y tenía su propio carácter.

Eisenstein se sumergió profundamente en el enigma con el que cada nuevo libro volvía a confrontarlo: el enigma de cómo estaba hecho realmente. Cuando tenía uno en la mano, como por sí sola surgía en su interior la pregunta de todas las preguntas, esto es, ¿cuál era su particularidad?, ¿cómo estaba confeccionado exactamente?, ¿qué era lo que lo hacía único y lo diferenciaba de todos los demás? En sus viajes había visto y tocado cantidades de libros, pero, ahora lo sabía, sólo lo había hecho por fuera. Ahora que se había iniciado en el secreto de su factura, su visión de las cosas había cambiado. Miraba en su interior como si se tratase de la entraña del mundo, buscaba allí el secreto de lo que lo mantenía unido.

Con este fin retomó sus incursiones de robo por los anticuarios, las bibliotecas y los museos. Cada vez que tenía ante su vista un raro ejemplar hacía lo imposible por hacerse de él y llevarlo a la Sophienstrasse. Allí lo revisaba, lo desarmaba como a un mecanismo de relojería para volver a armarlo enseguida. Y luego, cuando su curiosidad ya estaba satisfecha y se había agotado el enigma de la particularidad de su objeto de estudio, lo regresaba al sitio de donde lo había tomado. Y se llevaba otro. Se juró no cesar de hacerlo antes de dominar el oficio como ningún otro antes en la historia.

Un día Eisenstein robó en una librería nada especial de la Boxhagener Strasse un libro que ya hacía tiempo que le atraía por sus enigmáticas ilustraciones. Era la *Kreisleriana* de E.T.A. Hoffmann, una edición de 1813 que estaba allí en un estante como olvidada del mundo. Los grabados que mostraban al director de orquesta Kreisler en las más

estrafalarias ocupaciones y las más fantásticas contorsiones eran obra, suponía, del mismo Hoffmann. Aquellas ilustraciones a Eisenstein siempre le daban la sensación de ser imágenes en movimiento, como si el director de orquesta Kreisler fuera a saltar en ese mismo instante de ellas para ir dirigiendo en una salvaje danza por su habitación. No podía explicar qué era lo que le producía tal efecto. Había despertado su deseo de investigar.

Hallar el momento adecuado para poder tomar el libro sin ser visto y guardárselo en el portafolio le resultó fácil. Salió de la librería, nadie notó nada, fue caminando hasta la Sophienstrasse, ya era de noche, abrió la tienda y se puso a trabajar. Arriba, en la vivienda de Cornelius, todo estaba en silencio, por lo visto todos dormían, tenía todo el taller para él. Estaba inclinado sobre la *Kreisleriana* con escalpelo y pinceta en la mano cuando lo interrumpió de pronto la voz del maestro.

Estaba parado allí con su gorro de dormir y un martillo en la mano, el que bajó cuando divisó a su aprendiz en ropa de calle inclinado detrás del banco de trabajo.

—¿Sigues trabajando tan tarde?

Eisenstein no respondió. Se quedó tieso en su sitio con los ojos muy abiertos del susto mientras se preguntaba si aún llegaba a tapar con un lienzo el libro o si ya era demasiado tarde.

Cornelius se acercó y dejó el martillo sobre la tabla de madera. *Era* demasiado tarde. Vio el libro que estaba allí tendido abierto como un enfermo en medio de una operación, los hilos sueltos, las hojas ya no más unidas en cuadernillos, a su lado diversas herramientas que Eisenstein estaba usando para su trabajo.

—¿Qué encargo es? —preguntó ahora a sabiendas de que la *Kreisleriana* no era ningún libro que él hubiera recibido en las últimas semanas.

Eisenstein permaneció en silencio. Sentía miedo e ira al mismo tiempo: ira contra sí mismo por haber sido tan torpe y tan descuidado. Había hecho demasiado ruido, había estado demasiado ensimismado en su trabajo, y ahora estaba allí y tenía que soportar ver cómo Cornelius se daba cuenta de lo que venía sucediendo en la planta baja mientras él y las niñas dormían arriba.

¿Qué otra cosa podía hacer? Esa noche Eisenstein le contó a su maestro sobre la *Germania*. La parte de la muerte de Frieda se la guardó para él, pero por primera vez logró hacerle comprender a otra persona, con la sola fuerza de las palabras, lo que él había sentido en ese

momento. Esta vez su relato sobre los particulares encantos que había ejercido la *Germania* sobre él no se chocó con oídos sordos ni la respuesta fue un encogerse de hombros. Cuando hubo terminado, el maestro lo miró y asintió.

—Lo que describes no es ningún espejismo, Josef. Existen libros así. Vuelven a aparecer en la historia de la humanidad una y otra vez, en los sitios más imprevistos y en los momentos más inesperados, les hacen perder la razón a sus lectores, los arrastran por un tiempo con ellos a otro sitio, para luego volver a desaparecer en la niebla de los grandes océanos y dejar sólo un título enigmático, un vago registro en una antigua bibliografía. Pero existen. Quizás para cada persona sólo hay uno de ese tipo escondido en los laberintos de las bibliotecas, ¿quién sabe? Un libro que sólo fue escrito para ti. Un libro que abarca todo lo que para ti es sagrado en la vida. Es un libro que tú abres y quita los pecados del mundo.

Se escuchó a Eisenstein respirar hondo.

—Yo mismo viví lo que tú cuentas —prosiguió Cornelius—. En mi caso no fue ninguna *Germania*, ningún texto de la antigüedad, y no estaba en una tienda de anticuario. Fueron *Los pájaros de Américade* John James Audubon, y la primera vez que los vi fue cuando estuve en Lovaina después de la guerra. Son cuatro tomos, editados entre los años 1827 y 1838, y cada uno de ellos tiene casi un metro de alto y más de medio metro de ancho. ¡Imagínate, Josef, un libro tan alto como Elizabeth, más alto aún! Tienen grabados en cobre de Robert Havell y de su hijo y muestran la vida ornitológica de América del Norte alrededor del 1800. En el momento en que los vi en una vitrina supe que no podría vivir sin tenerlos alguna vez en mis manos y poder estudiarlos profundamente. Después del trabajo logré que me dejaran encerrado en la biblioteca al final de la jornada y así pude pasar una noche entera con ellos. Los cuatro y yo… nadie se enteró jamás.

Eisenstein miró a su maestro. Luego bajó la vista en silencio hacia la *Kreisleriana*.

—Pero este no es uno de esos libros —dijo Cornelius adivinando su mirada—. Todos estos libros que nos envían, que restauramos o que hacemos, no importa lo valiosos que sean, no son del tipo de los que despiertan en ti ese sentimiento.

Eisenstein asintió. Cornelius fue pasando la mano por las distintas partes del libro y lo sopesó en su palma. De pronto saltó dando un par de pasos atrás.

—Tienes que devolverlo. Tienes que volver a armarlo como estaba. Nos pones a todos en peligro, ¿no lo entiendes? ¿Qué crees que pasaría si descubren un libro robado en el taller? A mí me encierran en la cárcel y a las niñas las mandan a un hogar. ¿Has robado otros más, Josef? ¿Hay más libros de esos aquí?

Nervioso miró Cornelius a su alrededor. Mientras agitaba violentamente el libro delante de su rostro, Eisenstein no hizo más que sacudir la cabeza.

—¡Josef, te lo ruego! Si aquí hay más obras robadas, estamos todos perdidos.

Como la pura miseria estaba Eisenstein allí, los hombros caídos, la cabeza gacha. Luego balbuceó:

—Pero… si no es este… y el otro tampoco… y el otro tampoco… ¿qué hago? ¿Cómo lo encuentro?

—No lo sé, Josef. Quizás no haya nada que puedas hacer. Esos libros son como ballenas, que aparecen cuando les da la gana, donde les da la gana, y una vez que se sumergen de nuevo el cazador de ballenas no puede hacer más que continuar navegando los mares con paciencia. Años, quizás décadas.

Pero la paciencia no era la virtud de Eisenstein. Ahora que había aprendido cómo se encuadernaban los libros, se había despertado en él una avidez y la convicción de que él mismo tenía que fabricar aquello que no podía encontrar en ningún sitio. Aunque para hacerlo tuviese que aprender todos los demás oficios que se requerían: hacer el papel y curtir el cuero, cómo hacer marcas de agua y bandas de lectura, la composición y la impresión, la coloración, de ser necesario también la elaboración de ilustraciones, de exlibris, de grabados en cobre y xilografías… y si no quedaba otra alternativa, él mismo redactaría también el texto de ese libro. Él haría todo lo que fuera necesario, con la máxima y más virtuosa perfección; pero esperar, como le había aconsejado Cornelius, eso no podía. La vida era demasiado breve.

13

Así transcurrieron los meses. Febrilmente se dedicó Eisenstein a adquirir todos los conocimientos y habilidades que se le brindó oportunidad de aprender, sin perder jamás de vista su Norte. Tanto los contactos de Abramsky en los bajos fondos como los contactos oficiales del maestro Cornelius le permitieron observar cómo trabajaban los otros maestros: curtidores y peleteros, torneros, imprenteros y cajistas, grabadores, bordadores en seda y pasamaneros, fabricantes de guantes, guarnicioneros y cordobaneros, grabadores en cobre y orfebres, laqueadores, pulidores y pintores artísticos. A menudo trabajaba entre ocho y diez horas en el taller de Cornelius, luego pasaba a visitar la tienda de pieles Mommsen en la Metzer Strasse, la joyería Petersdorff en la plaza Leopold o el taller de repujado Johannes Zielke & Hijos cerca de la estación de trenes de Wedding. Una vez que se había ganado su confianza, lo dejaban hacer algunas tareas o le explicaban lo que quería saber. Muy especialmente le había impactado la curtiembre Benjamin en la avenida Landsberg. Allí, bien afuera de las puertas de la ciudad, el señor Siegfried Benjamin, un hombre robusto de inmenso bigote, vivía en una pequeña casita al lado de su taller y fabricaba todo tipo de cueros. Al bonachón Sr. Benjamin le alegraba la compañía y la sed de conocimientos del muchacho y así fue como, con su cerveza y su pipa, lo introdujo en el arte del curtido. También allí Eisenstein aprendió rápidamente.

A veces, tarde en la noche, pasaba aún por lo de Abramsky, se sentaba con el viejo y compartían las últimas horas del día tranquilamente en la tienda bebiendo té y escuchando a Wagner, y cuando cerraba los ojos, veía delante de sí absolutamente vívido, brillante y pulsante el libro perfecto. Como si no tuviera más que extender la mano y…

Pero siguió siendo sólo la imagen de un deseo. Podía trabajar todo lo

que quisiera, podía aprender todo lo que quisiera y con quien quisiera: su arte habría de permanecer siempre dentro de los límites de aquellos que, si bien dominaban su oficio con maestría, lo hacían de forma tradicional. ¿Cómo podía él entonces producir algo nuevo, inaudito, inigualable, ininteligible, si no hacía más que repetir lo que ya existía? Con el inicio del nuevo año comprendió que para seguir su Norte debía internarse por nuevos senderos no surcados absolutamente por nadie antes. En la tienda de anticuario de Abramsky halló finalmente una señal que le indicó el camino.

Era un libro titulado *Astrum Argenteum*, un volumen negro semiencuadernado en cuero en estilo *fanfare*, de peculiar formato, casi tan ancho como alto, no especialmente pesado y que, sin embargo, se balanceaba extrañamente cuando uno lo sostenía en la mano. Como desbalanceado, como si tuviera monedas o bolitas que rodaran hacia un lado y otro y alteraran el equilibrio. En la cubierta, dentro de los rameados, sobresalían delante en forma de escudo las letras A.A., y detrás, la griega omega. El autor se hacía llamar Johannes von Rosencreutz, evidentemente un seudónimo. El *Astrum Argenteum* se trataba, tal como Eisenstein pudo comprobar tras innumerables horas de lectura, de una suerte de introducción al pensamiento y los ritos de una orden secreta del mismo nombre.

El que se hubiera topado con ese libro que desde tiempos inmemoriales había dormido su sueño allí en el último rincón de la tienda para él no era ninguna casualidad. Él hurgaba con frecuencia en la colección de Abramsky, sobre todo en los tratados sobre historia y religión judías, cada tanto sacaba también una obra de Marx o de un anarquista ruso, pero a menudo le resultaban insoportables y, decepcionado, las volvía a dejar en su sitio. El viejo insistía en que debía probar una vez seriamente con la literatura socialista, que allí se profetizaba el futuro de la humanidad, tarde o temprano esta ingresaría en la fase de una paz mundial comunista, ineludiblemente habría de caer el sistema de opresión para dejar lugar a la eterna hermandad:

—*Que el hombre libre ha de forjar.*

Eisenstein le respondía que si de todas maneras eso habría de llegar, él no veía entonces mucho sentido en ocuparse demasiado de ello. Él prefería las cosas que podía influenciar.

De tanto en tanto, empero, tomaba en sus manos alguno de los libros de esoterismo o de los que trataban de la Cábala o de mística, las prédicas de Tauler, escritos pitagóricos o la *Tabla de Cebes*. Por lo general no hallaba en ellos más sentido que en Marx, pero eso no le

preocupaba. Admiraba su presentación exquisita, lo intimidante de su carácter elitista, ese gesto de mantener alejados ojos no iniciados, el halo críptico que los rodeaba. Ya fuera esto porque sus páginas seguían un peculiar orden aparentemente sin sentido y a descifrar, o porque estaban escritos en una letra desconocida para él, ya fuera porque tenían símbolos como estrellas de cinco puntas, ojos de Horus y otros, ya fuera por el simple hecho de que algunos sólo se podían abrir a costa de su destrucción. La sola aura que poseían aquellos libros, aquel quedo recuerdo de lo que podía haber significado en tiempos de un antiguo orden y en medio de un pueblo de analfabetos el dominar el secreto de la escritura —esto es, distinción y poder, magia blanca y negra, talismán y vara mágica— lo cautivaba y lo atraía hacia ellos.

Pero ese libro, el *Astrum Argenteum*, se podía abrir sin problemas, estaba redactado en un latín fácilmente comprensible y tenía totalmente un cierto sentido. Trataba de que en todas las épocas siempre lo más importante se desarrollaba secreta y desapercibidamente y de que en alguna parte debajo de la Tierra existía una comunidad secreta de sacerdotes o juramentados que, desde una anónima clandestinidad, era capaz de dirigir los destinos del espíritu, que disfrazaba a sus emisarios dotados de poder y los enviaba a la Tierra logrando de este modo que el mundo no se enterara en absoluto de la magia que se ejercía directamente delante de sus ojos. Se describían doce grados que el aspirante debía recorrer para ser recibido en el seno de la orden secreta, luego otros doce dentro de la orden para llegar a ser *magister* y *magus*, luego los siete signos en los que se hacía patente el comienzo del Nuevo Eón y las tres tareas que debían cumplir la orden y todos sus miembros para demostrar, antes del inicio de aquel, que eran dignos del nuevo orden mundial. En la segunda parte se le revelaban al lector cuáles eran los recursos de los que se podía valer el aspirante para los fines de su iniciación, el adepto para su ininterrumpido ascenso a más elevadas esferas espirituales y finalmente el *magister* para perfeccionarse a sí mismo y lograr la última y más elevada comprensión de los misterios del universo.

Eisenstein, a quien lo aprendido en el colegio le había alcanzado para entender aquel latín verdaderamente simple de la primera parte, notó que luego, página tras página, el texto se iba sustrayendo cada vez más a su comprensión. Palabras que no conocía, modismos usados de un modo no habitual, frases retorcidas, aspectos gramaticales que no podía adscribir a nada de lo consabido: a medida que más se iba ascendiendo en los grados, menos comprendía él las explicaciones y

mayor era el esfuerzo que le costaba hallarle un sentido al todo. Valiéndose de los diccionarios y de las gramáticas de Abramsky se propuso continuar luchando hasta el final. Cuando creía que por fin había aprendido la mayoría de las palabras nuevas, que había hallado el sentido que se ocultaba detrás de los inhabituales modismos y comprendió que se trataba de símbolos y objetos rituales, tridentes, urnas con reliquias de santos, animales tótem, en las últimas dos páginas todo se volvió de nuevo absolutamente incomprensible. Allí tuvo una sensación como si el texto hubiese sido traducido por un escriba sordomudo de una lengua muerta hacía mucho tiempo a otra lengua y luego a otra lengua hasta llegar finalmente a aquella última versión que él tenía delante. Varias noches pasó con los enigmas de aquellos párrafos, enigmas para los cuales él ni siquiera estaba seguro de que existiera una solución; intentó con innumerables métodos nuevas constelaciones, combinaciones, reordenamientos. Pero en ninguno de ellos parecía estar la clave que conducía al sentido de aquellas páginas.

Eisenstein estaba solo en la tienda de anticuario, era de noche, estaba sentado bajo el resplandor de la lámpara de Abramsky en su sillón junto a la vidriera. El viejo ya se había ido a acostar, pero él se había jurado que ese día lo lograría. Tenía que haber una solución y ahora que había llegado tan lejos también descifraría finalmente aquella última parte. Pero él también estaba cansado, la cabeza le pesaba, y así se desmoronó sobre el libro y se durmió.

Cayó. Cayó detrás de ella para salvarla. Se había lanzado, había saltado sin titubear a las sombrías aguas y la había agarrado. Abajo los recibió un mundo frío, oscuro, pesado. Debajo de la capa de hielo había bastante vida, ellos iban siendo llevados flotando por la oscuridad, iluminados por corales y medusas, acompañados por símbolos inescrutables. Un tridente, una cifra mágica. Allí estaban unidos en una íntima vida de a tres, Frieda, la *Germania* y él. Fuertemente abrazadas las sostenía, los cabellos rojos azul hielo de ella sueltos y rodeándola delicadamente como plantas acuáticas. Él la estrechaba fuertemente y allí entonces por fin respondía ella a la presión de sus manos, de su abrazo. Entonces él sentía la delicada piel de ella por todo el cuerpo de él, le hacía pensar en jade, cómo acomodaba ella suavemente su cuerpo al suyo, elogiaba sus dedos, acariciaba sus mejillas. A él le latía el corazón. Cada vez más estrecho se volvía su abrazo, cada vez más íntimamente se rodeaban el uno al otro, cada vez más fuertemente se sujetaban, cada vez más salvaje su deseo, tan salvaje que pronto amenazaron con fundirse el uno en el otro. Fueron siendo llevados y

llevados flotando lejos en un embelesamiento embriagador en el que ya no supieron más de quién era el deseo que sentían. Y en el instante de máxima felicidad efectivamente se disolvían, se deshacían, se fundían el uno en el otro y eran uno. Una piel, un envoltorio, un cuerpo. Un segundo de bienaventuranza hasta que él se daba cuenta de que no podía respirar allí abajo, respiraba trabajosamente buscando aire, resollaba, jadeaba, escupía… y despertó.

Cuando se incorporó, vio que con su saliva había mojado el libro, el *Astrum Argenteum*, sobre el que había tenido recostada la cabeza. Tanta saliva le había caído que las dos páginas que continuaban resistiéndose a ser descifradas ahora casi se habían desdibujado completamente y eran un gris borroso. El papel se onduló, la tinta de imprenta corrió por sus manos hasta no quedar más que una única mancha sin contornos de modo tal que ya una lectura del texto se hizo imposible.

Aquellas fueron las semanas en las que se cumplía un año de la muerte de Frieda, las semanas en las que Josef Eisenstein cumplió dieciocho años. Le llevaría meses aún hasta que comprendiera absolutamente lo que había visto, pero desde la noche en la tienda de Abramsky estuvo latente en él la certeza de conocer el secreto de la *Germania*. Él había contemplado su belleza con sus ojos, y más aún: él la había sentido. No había duda posible.

Hasta el momento, empero, en que pudiera sostener en sus manos un libro hecho por él que fuera de su tipo y compartiera con ella su secreto, se requerían amplios estudios. Eisenstein comprendió que recién se encontraba al inicio del camino que conducía a los sagrados espacios de aquella ciencia: ¿o es que era con magia, blanca o negra, con el arcano de la alquimia con lo que debía vérselas él allí? Como fuera: él debía seguir adelante. Así pues hurgó en bibliotecas y estudió cómo se preparaban las pieles, el proceso de descarnado, la purga, el encenizado y la pelambre, el curtido con sales de aluminio, con grasa, con sal, huevo y harina, con cromo, al zumaque, con corteza de roble, orina o con agallas. Estudió la constitución y el funcionamiento de la piel, sus capas y los diferentes tipos que se hallaban en un cuerpo humano, las diferencias entre la piel de las palmas y las plantas del pie y la del resto del cuerpo, la capa córnea y la capa basal, la pigmentación, las líneas papilares y las células táctiles. Estudió la tradición del escalpelamiento y la técnica médica de avulsión de la piel, la separación sin producir daño de la piel del tejido muscular.

Lo hizo durante semanas. Leyó todo lo que le cayó en las manos

sobre estos temas. Pero con ello no logró acercarse más a aquello que lo había fascinado.

En un minuto de tranquilidad entre dos libros, cuando Cornelius había bajado al taller donde él se encontraba, se animó a comentarle al maestro la conclusión a la que había llegado si bien sólo pudo describírsela en forma vaga como una suposición. Aquel vaciló. Pero como en su aprendiz le pareció percibir una mera curiosidad profesional y no creía que pudiera tener otras intenciones, finalmente le contó sobre una antigua tradición en la corporación de los encuadernadores que se podía decir formaba parte de la leyenda.

—Yo mismo vi una vez un libro de esos —dijo el maestro—. Estaba en la biblioteca del Louvre, quizás sigue estando allí. Una Biblia francesa del siglo XIII, encuadernada en piel humana. Por lo que pude observar ningún mal trabajo, pero tampoco nada excepcional. A primera vista nada que llamara la atención. Si no se les hubiese dicho a los visitantes de qué material estaba hecha la encuadernación, con toda seguridad hubiesen pasado por delante sin prestarle ninguna atención.

—¿Pero lo tocó, maestro, lo tocó?

—¿Cómo te imaginas eso? ¿No estuviste nunca en un museo, Josef? Claro que me hubiese gustado poder tener el libro en mis manos para ver cómo estaba hecho. Pero lo que más me fascinó fue el dato que dio el guía de que la piel era de un obispo de París. Le había donado sus restos mortales a la Iglesia para que a la gloria de Dios con su envoltura se encuadernara un libro.

—¿Pero quién hace algo así? ¿Qué curtidor hace cuero con piel humana? ¿Qué encuadernador usa cuero humano?

—Bestias, pienso. O genios, depende. Pues con toda seguridad tiene que haber sido terriblemente difícil. Trabajar la piel humana para convertirla en cuero, aun cuando uno cuente con los utensilios necesarios y encuentre el lugar adecuado para hacerlo, ya sólo desde el punto de vista técnico es un proceso sumamente complicado. Nuestra piel es mucho más fina y frágil que la de un cerdo o un ternero. La elaboración de ese cuero, el teñido, el cardado, el tratamiento, luego las inscripciones, el repujado… todo eso significa un gran trabajo que uno nunca sabe si habrá de tener recompensa. Y luego el peligro de que a uno lo descubran, lo persigan y termine encerrado en la cárcel para siempre. La imposibilidad de ofrecer esos trabajos abiertamente. El riesgo de arruinar para siempre la propia reputación. Y no digamos nada del asco y de la cuestión moral. Si es que alguna vez hubo

maestros que lo hicieron, ya hace tiempo que han pasado a la historia. En épocas más oscuras, en épocas de superstición, de magia negra, sí, incluso en el siglo XVII puede ser que tales trabajos encontraran aún secretamente algún interesado en adquirirlos. Pero hoy en día…

Las palabras de Cornelius sobre "épocas más oscuras" siguieron resonando en la cabeza de Eisenstein durante mucho tiempo. Se puso a investigar el tema y se dio cuenta de que era todo menos leyenda. Eisenstein halló mencionados tantos ejemplares de los que se daba por hecho que estaban encuadernados en piel humana que supuso que aquella tradición había seguido viva mucho tiempo y en muchas partes del mundo. La disecación de la piel humana ya era conocida desde los tiempos de los antiguos egipcios y de los mayas, pero con otros fines. Para encuadernar libros se había usado una y otra vez sobre todo en la Edad Media; aparte de la Biblia se mencionaban, por ejemplo, *La regla de San Benedicto* o *La Divina Comedia*. Pero también en los luminosos siglos del Renacimiento y del Humanismo, de la Ilustración y del Sentimentalismo, se afirmaba, se habían hecho libros como esos. Como el famoso manual de Andrés Vesalio sobre la estructura del cuerpo, *De humani corporis fabrica*, con las ilustraciones de Jan Stefan de Calcar, impreso en el siglo XVII y fabricado con los restos mortales disecados del bandido Jakob Karrer von Gebweiler. Un ejemplar de la *Utopía* de Tomás Moro, se decía, se encontraba en el armario de venenos de un coleccionista de Edimburgo. En aquel siglo XIX optimista y obsesionado con la idea de progreso se habían encuadernado actas de juicios de casos de crímenes con la piel del condenado a muerte; y así también había sido con *Las flores del mal* de Baudelaire o los poemas de Arsène Houssaye, la novela de Balzac *La piel de zapa* o *Allá abajo* de Huysmans. ¿Qué probabilidad había entonces de que también en el siglo XX, cuando la civilización parecía hallarse en tan franca y veloz decadencia hacia épocas más oscuras, siguieran existiendo amantes de tales usos?

La mayoría de los ejemplares de los que se tenía noticia parecían no haberse conservado. A menudo compradores que no habían estado al tanto del verdadero carácter de su adquisición habían vuelto a vender los libros a desconocidos o directamente los habían destruido. Algunos estaban desaparecidos, convertidos ya en meros nombres, sus rastros se perdían en la nada. Sin embargo, la Biblia parisina del Louvre no era de lejos el único ejemplar que se podía contemplar en aquellos días. En Oxford estaba la *Selenografía* de Johannes Hevelius, un atlas lunar del siglo XVII, impreso en Danzig por Andreas Hünefeld. En la Biblioteca del Observatorio Astronómico de Toulouse se había encontrado la

autobiografía del astrónomo Camille Flammarion, encuadernada en la piel de una de sus admiradoras. La Universidad de Pensilvania había mandado a encuadernar expresamente compendios de anatomía en cuero humano y los había expuesto durante mucho tiempo. Según las investigaciones de Eisenstein, en todo el territorio del Reich se podían rastrear como mínimo tres, quizás cuatro libros que estaban incluidos en catálogos de depósitos de bibliotecas públicas, de renombrados coleccionistas o de museos. El que estaba más cerca era la edición del *Werther* de Goethe. Una rareza entre rarezas. No estaba impreso sino escrito a mano con tinta azul sobre papel de China amarillo, envuelto en cuero hecho con la piel, como se rumoreaba, de una elegida de Napoleón que había fallecido tempranamente y bajo misteriosas circunstancias. Aquel joven amor, que aún no había cumplido los diecisiete años, era una simple muchacha del interior que, sin embargo, no había correspondido la pasión del emperador francés y así había signado su destino. Incluso corría el rumor de que ese ejemplar que ahora se hallaba en los depósitos de la Biblioteca Anna Amalia en Weimar era el mismo que Napoleón había llevado consigo en la isla de Santa Elena hasta el final de sus días.

Y así fue como en el verano de 1937 Josef Eisenstein viajó por primera vez después de muchos años a su ciudad natal. Fue por tres días.

No reconoció Weimar. Todo se había vuelto tan pequeño, verdaderamente minúsculo. La ciudad, un pueblo; el laberinto de sus callejuelas, una cuadrícula de vías algunas más, otras menos anchas, donde resultaba absolutamente fácil orientarse. La casa de Goethe, en su recuerdo un imponente baluarte, no era más que una mole tosca y alargada. El cisne blanco sobre la entrada del mesón contiguo, antes un monstruo, un pájaro viviente, ahora no era más que simplemente papel maché pintado. La alegremente animada Plaza del Teatro, un cuadrángulo desierto que hombres de gesto adusto y camisas pardas cruzaban marchando al paso de la oca.

En los últimos ocho años no había pensado muy frecuentemente en Weimar, pues allí no había nada que lo llamara. Pero sus recuerdos le habían jugado una mala pasada al inflar tanto aquel escenario que ahora en comparación con la realidad se achicaba hasta el grado de lo ridículo. Incluso la vastedad infinita del parque, antaño el límite natural de su espacio vital, ahora no le parecía más que un claro, un par de praderas ubicadas entre un riacho de nada y el comienzo del bosque. Y

también la Biblioteca de la Gran Duquesa Anna Amalia, si bien aún imponente sobrepasando en altura hasta las copas de los árboles, desde hacía algunos años llevaba el simple nombre de “Biblioteca del Estado de Turingia”, y lo cierto era que no era más que un verdaderamente tosco caserón con banderas con esvásticas ubicado junto a aquellas praderas.

En su interior, empero, al que Eisenstein ingresó por primera vez, olvidó este su consternación. Lo recibió allí ese familiar olor a antiguos infolios mezclado con el aroma de pisos de madera recién encerados y lustradas estatuas. Las estanterías de la sala rococó, los arcos marmóreos, los óleos en las columnas, los bustos de Schiller y Wieland: espléndido y cautivante era todo aquello, y por primera vez le resultó muy natural que él hubiera debido nacer precisamente en esa ciudad, a sólo cien metros de aquel paraíso. Quizás la cercanía a todos aquellos tesoros le había infundido ya antes de su nacimiento el amor a los libros y a los sitios donde ellos moraban; quizás al final lo que buscaba en la vida no era más que regresar a aquel jardín del Edén.

Excitado fue pasando revista a las estanterías centímetro a centímetro; apenas si podía resistir la tentación de sacar los libros y acariciarlos. Sabía que allí arriba no hallaría lo que realmente había ido a buscar; con toda seguridad guardaban el *Werther* en el sótano. Pero los libros con los que se encontró, manuscritos orientales de gazales de los poetas Rumi o Hafez que Goethe mismo había empleado para su *Diván de Oriente y Occidente* y luego donado a la biblioteca; la Biblia de Lutero de 1535, protegida detrás de sogas y cristal, o los cien libros del remate de la biblioteca del conde Kessler le fascinaron tanto que casi olvida el verdadero objetivo por el que había ido allí. Pero al cabo de unas cuantas horas, cuando estaban por cerrar la biblioteca y solicitaban a los visitantes que se retiraran, aprovechó el desorden general para echar un vistazo. Buscó escondrijos donde poder deslizarse y evadir el último control. Observó quién de los empleados tenía llaves, quién y cuándo cerraba qué puerta y por dónde iba cada uno. Afuera esperó debajo del árbol de ginkgo biloba, cuyas hojas él ya de niño había recogido y prensado y secado, hasta que saliera de la biblioteca el último grupo, dos hombres y una mujer. Los siguió, pero no pudo distinguir quién tenía la llave principal. Regresó entonces a la biblioteca; al fin y al cabo, no podía empujarlos a los tres, uno detrás del otro, para hacerlos caer delante de los vehículos que pasaban. Cuando oscureció fue andando sigilosamente y dio varias vueltas al edificio pero no encontró ninguna entrada posible. Las ventanas inferiores tenían rejas. En el

interior todavía había luz, supuso que habría uno o dos guardias. Trepándose a una rama de un olmo que había cerca del muro que daba al parque hubiera podido saltar a una de las ventanas del piso superior, pero habría hecho tanto ruido que cualquier otro paso hubiera sido imposible. Decidió que al día siguiente intentaría quedarse encerrado dentro del edificio y regresó a su pensión.

Aquella primera noche que Eisenstein volvió a permanecer en su ciudad natal el camino de la biblioteca a la pequeña pensión de la calle Brauhausgasse lo hizo pasar por delante de la casa paterna en la Parkstrasse.

No le hubiera prestado prácticamente atención, pero un débil resplandor en el primer piso, allí donde su padre tenía su estudio, lo hizo alzar la vista y detenerse. Las otras ventanas estaban a oscuras. Era extraño volver a ver todo aquello, pero más extraño aún era que desde el momento en que había tomado la decisión de viajar a Weimar no había pensado ni un segundo en visitar a su padre y menos en alojarse en su casa. Ni siquiera le había comunicado al Dr. Eisenstein que su hijo se encontraría en la ciudad. En lugar de ello, registrándose bajo un nombre y edad falsos, había tomado un cuarto en la casa Eckermann, a menos de cien metros de allí. Pero en ese momento, quizás apaciguado su ánimo por las maravillosas vivencias e impresiones en la biblioteca, casi le dio pena no haber saludado todavía a su padre. ¿Cómo estaría el viejo?, se preguntó. ¿Seguiría escribiendo su *opus magnum*, aquel por él tan anhelado segundo tomo de la *Historia de la lengua alemana*?

Volvió a alzar la vista hacia la ventana, sacudió la cabeza y prosiguió su camino por las silenciosas callejuelas.

Pasó el día siguiente desde la mañana hasta la tarde en las salas de la biblioteca. Esta vez consiguió espiar las cabinas de los guardias nocturnos, el sitio donde estaban los tableros con las llaves y las hojas con los horarios de servicio. Halló el camino a las salas del sótano, en cuyos archivo y depósitos se guardaban otros miles de libros y documentos, entre ellos, como esperaba fervientemente, también el *Werther*. Pero aún todo esto le estaba vedado, la biblioteca estaba cuidadosamente protegida contra cualquier intrusión de toda persona no autorizada. Eisenstein recordó el juego que jugaba de niño cuando sus padres ofrecían recepciones y los huéspedes poblaban los salones de la casa de la Parkstrasse. Recordó cómo se había escondido como una rata, como una garrapata, como una chinche en el más angosto rincón para escapar a las miradas de los adultos. En aquel momento no lo habían registrado en absoluto, hoy tampoco lo harían. Pues él seguía

siendo el niño de entonces, el pequeño fantasma en el gigantesco castillo. No tenía más que esperar el momento adecuado.

Pero este no llegaba y no llegaba.

Fue así como la segunda tarde, sin haber cumplido tampoco su propósito, dejó el edificio por la entrada principal, volvió a esperar debajo del árbol de ginkgo biloba a que salieran los últimos guardias y después fue errando sin rumbo por la ciudad. Pero en la Parkstrasse finalmente cobró ánimo y tocó el timbre.

Tardó una eternidad hasta que respondieron a su llamado. Y contrariamente a sus expectativas de que sería un portero o una mucama quien le abriría la puerta y él le diría su nombre y le avisarían al señor de la casa, fue este mismo con quien se encontró. Los dos hombres se reconocieron enseguida mas ninguno podía creerlo. Uno de ellos, un hombre de barba gris y pecho hundido, de mirada cansada y profundos surcos en la frente, era sólo una sombra del hombre cuya imagen había guardado en su mente el otro durante años. Este último, un jovencito, si bien un poco pálido como su padre pero de gallarda postura y figura, tenía en los ojos el brillo que el viejo aún había tenido años atrás.

Sin mirar dos veces hacia la calle el Dr. Eisenstein invitó a pasar a su hijo. Mientras el padre subía jadeante la escalera, el más joven percibió el hedor pesado y mohoso de los húmedos muros, el que persistía en las habitaciones. Al pasar la mano por las paredes revestidas de madera le pareció sentir su antigüedad. Arriba debió reprimir el impulso de recorrer los salones y corredores. El doctor lo condujo directamente a su estudio. Allí le ofreció su propio sillón, que había corrido del otro lado del escritorio, mientras él tomaba asiento en un taburete.

Ambos hombres permanecieron callados. El hijo tuvo tiempo de observar el estudio de su padre, al que antes prácticamente no había tenido acceso. Los armarios de caoba estaban llenos de libros, el piso también. Al igual que en la tienda de Abramsky las pilas de libros llegaban hasta el techo, había pilas sobre tablones colocados en forma improvisada sobre el dintel de la puerta o el alféizar de la ventana; pero allí todo se veía más caótico, más lleno, más agobiante. El único lugar libre era el sitio en la mesa delante de Josef donde, rodeado de utensilios de escritura, libros de consulta y una taza de té frío, había un cuaderno de notas negro abierto. Las páginas estaban en blanco.

—¿Quiero suponer, Josef, que no viajaste con tu nombre?

La voz del Dr. Eisenstein sonó ronca y sin fuerza.

—¿Quieres decir con *tu* nombre? Y si lo hice, ¿qué? ¿Tendrías miedo por ti?

—¿Lo hiciste… o no, muchacho? Tengo que saberlo. ¿A la persona que te alquiló el cuarto le diste tu verdadero nombre?

—¿Mi verdadero nombre? Si supiera cuál es.

—Tú eres Josef Eisenstein, ¿o acaso no lo eres?

—¿Y cómo voy a saberlo? En mi diploma figura Josef Schwarzkopf y así estoy inscripto en la parroquia del Corazón de Jesús, lugar de nacimiento: Berlín. Mi madre es la prometida de un soldado de la Wehrmacht y mi padre cayó en la guerra. Mi maestro me llama Josef Schwarzkopf y bajo ese nombre estoy registrado ante las autoridades de Weimar también.

—Alégrate. Ya ves lo que sucede cuando uno se llama Eisenstein en estos días.

Josef no comprendió.

—Y pese a todo Él sigue sosteniendo su mano protectora sobre mí. Otros de nosotros están pasando momentos mucho más complicados. Muchos se han ido y los que todavía viven aquí lo hacen bajo condiciones indignantes. Tuvieron que vender sus negocios. Delante de la entrada de Sachs & Berlowitz está apostada de la mañana a la noche la SA para intimidar a la gente. El señor y la señora Mintz se ahorcaron juntos en el bosque de Webicht. Y en el Marstall, en las caballerizas del Gran Duque, ahora se encuentra la cárcel de la Gestapo. Se dice que el que entra allí sale como un hombre quebrado. Si es que sale. Llegará el momento en que nos expulsarán a todos. Pero a ninguno de nuestros "buenos amigos" parece interesarle.

Era la primera vez que Josef oía hablar a su padre de los judíos como de "nosotros".

—La casa me la dejaron, no sé cómo agradecerle a Él por esto. Pero menos sé cuánto tiempo más será así. Los inquilinos de la planta baja se fueron, pensar en encontrar otros es ilusorio. Mi puesto en Jena lo perdí, y no sólo yo. La Federación del Reich de Soldados Judíos del Frente se disolvió. Mis libros ya no se editan más. Ahora mi única ocupación es escribir un libro para publicar cuando todo el horror haya pasado.

El hijo seguía con la mirada puesta delante de él sobre la mesa, sobre las páginas en blanco del cuaderno de notas.

—Así que alégrate, muchacho mío, si no te toca nada de esto. La tía Ruth me escribe que estás bien con ella. Aguantemos y las cosas

seguirán así.

—¿Por qué nunca respondiste las cartas?

—¿No comprendes? Ya pasaron los tiempos en los que Samuel Eisenstein podía escribirles cartas a sus más queridos sin ponerlos en peligro. Continúa viviendo tu vida alemana en Berlín.

—¿Y mamá?

—No sé. La última vez que la vi fue hace cuatro años, aquí, en Weimar, el día de nuestro divorcio. Dos o tres veces tuve noticias de ella luego, envió un par de cartas desde Viena, básicamente con temas organizativos. Allí puso algo de un contrato en el teatro de Josefstadt. La última noticia que tuve de ella fue ya hace un tiempo, se volvió a casar. Quizás eso la ayude, sólo nos queda rezar por ello.

Josef vio cómo su padre cerraba los ojos y murmuraba algunas palabras. El viejo hombre estaba sentado encorvado hacia adelante en el taburete, el hijo apenas si alcanzaba a distinguirlo como una figura humana detrás de todos los libros que había sobre la mesa entre ellos.

—Y sí —dijo cuando hubo abierto los ojos de vuelta—, tengo miedo por mí. Todos los días y todas las noches tengo miedo por mí. Y ahora que tú estás aquí, más aún.

Ambos permanecieron callados mientras avanzaba el atardecer y las sombras se alargaban. Pronto afuera fue de noche, sólo la lamparilla sobre el escritorio brindaba una débil luz, empezó a hacer frío en la habitación. A Josef le dio hambre, pero su padre no hizo ningún amague de ofrecerle nada, ni siquiera una taza de té.

—¿Así que encontraste un empleo? —preguntó en un momento el Dr. Eisenstein—. ¿Eres aprendiz?

El joven le contó a su padre lo que aprendía y dónde trabajaba. Le contó sobre el maestro Cornelius y la Sophienstrasse, sobre el taller y los libros, y no pudo ocultar su orgullo. Sobre el *Werther* y el verdadero motivo de su presencia allí no dijo nada, y el doctor tampoco preguntó.

En lugar de ello este se encogió de hombros, alzó la cabeza hacia el cielorraso como si estuviera echando un vistazo a su alrededor y dijo:

—Bueno, alguien también tiene que hacerlo.

Aún mucho tiempo después de haber regresado a Berlín, Josef no pudo evitar seguir pensando en ese “alguien”. Un largo rato permanecieron todavía sentados en silencio en la habitación, luego el doctor apagó la luz y miró afuera por la ventana.

—No es bueno que andes a estas horas por la calle, Josef. No hay que levantar sospechas. Puedes quedarte a dormir aquí.

Sacó un colchón de detrás del armario y luego llevó otro del salón. Juntos corrieron libros a un lado y luego se instalaron, lo mejor que pudieron, entre las pilas; el hijo de un lado del escritorio, el padre, del otro.

Fue la primera y última vez que dormirían ambos en la misma habitación.

Pasada la medianoche Josef despertó de un sueño intranquilo. Oyó cómo su padre respiraba profundamente y se vistió sin hacer ruido. A tientas fue andando por los silenciosos cuartos, sólo escasa luz entraba de afuera. Allí donde antaño habían habitado la vida y la diversión, ahora todo estaba muerto y solitario. Bajo los altos cielorrasos del salón reinaban el desconsuelo y el vacío, como en un templo abandonado. Habían quitado los muebles, los cortinados estaban desteñidos y carcomidos por las polillas. También su antigua habitación era un sitio desolado: en el lugar donde había estado la biblioteca con los libros que le había regalado Wilhelm Guthmann se notaba una zona más clara en el empapelado. Hacía frío.

Luego salió de la casa y se dirigió a la biblioteca. Sigilosamente volvió a dar varias vueltas alrededor del edificio. Todo estaba en silencio, en el piso superior estaba encendida la luz nocturna. Parado debajo del olmo mirando hacia arriba, tomó coraje. Tenía que ser. Ágil trepó por el tronco del árbol y colgándose fue avanzando por la rama desde cuyo extremo final había dos metros hasta una de las ventanas. Dio un salto, sintió cómo cedía la rama y oyó el crujido de la madera rompiéndose mientras él flotaba en el aire. Entonces cayó con estruendo contra la ventana, durante una milésima de segundo tuvo la sensación de que esta no cedería y de que él se estrellaría contra ella y caería sobre las placas de piedra del piso. Pero el vidrio estalló, el marco saltó ante el choque de su cuerpo y él aterrizó sobre el piso de madera de la sala superior. Con su intrusión había hecho un ruido enorme, oyó pasos en la planta baja, allí donde estaba la cabina de los guardias nocturnos. Sospechó por dónde irían, se escondió en la otra punta de la galería detrás de una columna, los dejó pasar delante de él y sin que lo vieran bajó rápidamente las escaleras. Mientras oía a los hombres hablando agitados arriba, entró a hurtadillas a la cabina, tomó las llaves del tablero, bajó sigilosamente al sótano y allí buscó la puerta del depósito. Sin hacer ruido la cerró detrás de sí, giró la llave por dentro y la dejó puesta.

Lo envolvió la oscuridad. Tanteando fue buscando el interruptor de

la luz pero no hizo más que caer sobre algo que se rompió haciendo mucho ruido. Lentamente fue hallando el camino hacia adelante, ahora confiando ya sólo completamente en los demás sentidos. Su nariz lo condujo por el aire pesado del sofocante cuarto, sus manos se extendieron tanteando, lo fueron guiando a lo largo de paredes y columnas, entre armarios y cajones de madera. El lugar era tan inmenso como había esperado. Él estaba ahora totalmente en su elemento. Pronto algún otro sentido que había reemplazado al ya inútil de la vista lo fue conduciendo como un sonámbulo a través de aquel sótano como si por fin él mismo se hubiera convertido en un murciélago.

De repente el rastro se intensificó, sus pasos se hicieron más rápidos y más seguros, maniobró diestro por un pasillo hasta que se topó con una suerte de armario con puertas de cristal. Las abrió y dejó que sus dedos como tentáculos fueran recorriendo ejemplar por ejemplar. Lo mismo sucedió con el armario que había a la derecha, luego también con otro al lado, pero luego volvió al primero. Fue sacando un cajón tras otro, fue tocando los volúmenes, los olió, los olfateó.

De pronto oyó el ruido de movimientos agitados, los ruidos venían de arriba. Habían dado voz de alarma, quizás habían notado que faltaban las llaves. Tenía que darse prisa. Agarró un libro, luego otro, luego otro. Entonces lo sintió. En sus manos tenía un libro sobre el que no podía echar ni un vistazo y sin embargo supo con absoluta firmeza que sabía cuál era. Sus dedos se lo decían. Era el *Werther*, no había duda.

Volvió hasta la puerta del sótano, giró la llave, abrió una hendija y prestó atención a ver si oía algo. Arriba ahora estaba más tranquilo, pero cada tanto volvían a oírse ruidos que venían de diferentes puntos. Con el *Werther* en los brazos subió las escaleras; la salida, ahora fuertemente iluminada, estaba desierta; la puerta de entrada, entornada; salió del edificio.

Se encontraba nuevamente en el estudio de su padre cuando oyó las sirenas resonando por la Plaza del Castillo. Su padre se despertó a medias, murmuró algo ininteligible, quiso incorporarse, pero Josef le susurró:

—No pasa nada, papá. Sigue durmiendo.

Y el Dr. Eisenstein volvió a caer en un sueño profundo.

Sin quitarse la ropa se tendió en el colchón junto a la ventana. Sostenía fuertemente abrazado el *Werther* pero ni aun así logró conciliar

el sueño. Ahora que tan estrecha, tan íntima era su unión, ahora que podía tocarlo y acariciarlo… su efecto mágico se había desvanecido. En él depositó sentidos que jamás antes había percibido, pero ahora era un libro más entre muchos, incapaz de ejercer esa magia que ansiaba. Decepcionado estaba allí tumbado Josef mientras escuchaba la respiración de su padre al otro lado del escritorio. ¿Quizás era su presencia, aquella inusual y bochornosa situación de estar acostados los dos, él y el viejo, en un solo y mismo cuarto, lo que hacía imposible un sentimiento puro? Como fuera, se dijo, algo estaba claro: el *Werther* no era lo que él había ansiado. Permanecía insatisfecho.

Algunas horas más tarde, cuando ya estaba amaneciendo, se levantó y fue hasta la puerta del estudio. Puso el *Werther* en una de las angostas y altas estanterías, algo escondido en la segunda fila de modo que el viejo no lo distinguiera a primera vista. Si hacían un registro más profundo, sin embargo, podrían encontrarlo rápidamente. Echó un último vistazo a su padre durmiendo y salió de la habitación.

Por última vez atravesó los espacios muertos de una infancia ajena. De pronto sintió como si sólo hubiese soñado que alguna vez él había vivido allí: en realidad él era el muchacho Schwarzkopf de la Mindener Strasse. Un tal Josef Eisenstein sólo existía en su cabeza.

En puntas de pie bajó las escaleras. Abajo se quedó un instante escuchando el canto matinal de los pájaros y luego salió a la Parkstrasse, la que aún se encontraba desierta. Las sirenas ya se habían acallado hacía mucho, pero seguramente los encargados de las manzanas estarían haciendo su trabajo. Dejó la puerta de entrada entreabierta. Luego fue andando por la primera luz de aquel día de junio hasta la Brauhausgasse, empacó sus cosas y se dirigió a la estación. Pocas horas más tarde estaba sentado en el tren de regreso a Berlín.

LIBRO UNO

NUEVA YORK, 1969

12

En un momento tuve que despertar del sueño que era mi vida. Después de la noche que habíamos pasado en la biblioteca de Park Slope las cosas iban aproximándose a su fin. Atrás había quedado el último solsticio de verano de la década; de ahora en más los días serían cada vez más cortos, las noches, más largas, y las chicas, mayores. Yo había conocido a un par de jóvenes damas, bonitas y dulces y sin malicia, pero seguía enfermo de amor. Mi búsqueda no tenía fin. Mi deseo quería perdurar, quería sobrevivirme; con cada acto mi pulsión interior no hacía más que volverse más grande y más salvaje y más dolorosa, y un día me llevaría hasta la locura. Yo era eso, pensaba, toda esa sensualidad y voluptuosidad, ese deseo de siempre nuevos cuerpos, de gracia y belleza y perfección: eso me hacía quien era, otra cosa no tenía. Lo que vendría después —una nueva década, una nueva etapa— no me interesaba. Yo quería vivir el momento, arder como un fuego artificial el 4 de julio, salir volando en todas las direcciones posibles para explotar con un inmenso estallido en el cielo estrellado. Prefería abrasarme y desaparecer antes que traicionar mis sentimientos. Una sensación de lo efímero se apoderó de mí después del solsticio, amarga y punzante. No podía perder tiempo, mañana sería viejo y lo lamentaría. Y cuánta razón tenía.

No estudiaba. Iba a perder el semestre y me daba igual. Mi madre lloriquearía y se quejaría y amenazaría con hacer añicos la vajilla de Pésaj para luego no hacerlo, y mi padre echaría pestes o simplemente pondría una sonrisa cínica, y eso también me daba igual. Estaban muy lejos, en Solomon County, vivían su vida judía en los Alpes Judíos, y yo estaba allí, en la más grandiosa y terrible ciudad del mundo, en el mejor y en el peor de todos los tiempos, con Eisenstein a mi lado. Había devuelto el Hawthorne; mi lista de lectura, la que Eisenstein había criticado tanto, la había tirado y a cambio leía *El lamento de Portnoy*. Fui andando por el centelleante asfalto, vagabundeando por entre el vaho

de las alcantarillas y bajo miles de ojos a lo largo de los bloques de edificios, por parques y cementerios, por puentes y avenidas, fui detrás de las veraniegas muchachas y pulí mi táctica. Por las noches los cafés estaban colmados de música, la revolución se sentía en el aire. Yo estaba lejos de ser bueno o muy seguro de mí mismo, pero algo había cambiado en mí. Iba hacia ellas con las manos bañadas en sudor y la garganta seca pero sin haberlas seguido antes horas por la ciudad. Me decidía más rápido. El que no quiere seguir, tiene que llevar, como decía Eisenstein. Muchas simplemente se volteaban y seguían su camino, algunas me daban una bofetada, otras lanzaban una risita histérica: ellas se reían de mí, pero a mí me daba igual. El deseo era mayor que el miedo a la humillación. Y a veces tenía éxito, y el momento en el que una muchacha desconocida me sonreía, hablaba conmigo, flirteaba conmigo y finalmente se iba conmigo compensaba todo. Ahí estaba yo, besaba muchachas y dormía con ellas y no quería sentir lástima de mí mismo.

Chicas. Chicas que prendían velas y bebían demasiado. Chicas que se ofendían rápidamente, y rápidamente se volvían a amigar. Chicas como fantasmas. Chicas que andaban descalzas por la ciudad, con sus ondeantes cabellos iluminados por el sol. Que llevaban en sus brazos sus instrumentos, sus libros, que iban del brazo de sus amigas. Chicas invadidas de nostalgia.

Allí estaba Samantha, con sus ojos marrones, bajita y dulce y morena; me llegaba hasta el pecho. Fumábamos marihuana que nos conseguía Eisenstein, en el Sunset Park, detrás de las flores de áster. Allí estaba Claudia con sus ojos de calavera, allí estaba la italiana (¿Gianna?, ¿Gina?, ¿Giannina?) que nos traía granadas y pastel de almendras de la fiesta de San Genaro a la que sus padres la obligaban a asistir todos los años. Comíamos acostados. Allí estaba Mary, de diecisiete años y alumna con las mejores notas en la Escuela Secundaria de East Orange, a la búsqueda de desafíos, con sus trenzas rubias enlazadas en la nuca en una resplandeciente corona y la risa más sonora al este del East River. La besé bajo los pilares del Puente de Brooklyn, hicimos el amor sobre el verde césped detrás del estadio. Allí estaba Jessy de Connecticut, llevaba una falda de jean y bufanda de lana en pleno verano, la conocí en una exposición en el Village. Una estudiante de Arte, como yo al principio había supuesto también de Gretchen, que pintaba y como regalo de despedida me regaló un autorretrato, en carbonilla y acrílico sobre papel. Aún lo tengo por aquí en algún lado. Allí estaba Bertha, la profesora de deporte que andaba por Broadway en

su bicicleta de dama, que, cuando salía, volvía a su casa al día siguiente y podía extender sus piernas alrededor de la nuca, la mía y la suya. Recuerdo a Rita, *hippie* de la primera hora, Rita, con sus altos pómulos y los zapatos de altas plataformas, que hablaba sin cesar y, si alguna vez no lo hacía, intentaba cantar como Janis Joplin, *the girl who sang the blues*, ¡ay, Rita!; también recuerdo a la rellenita Sandy y sus grandes y suaves pechos, y a otras dos cuyo nombre no es lo más importante aquí.

Ese fue el fruto de un verano sin orden, sin fin, esos fueron mis descubrimientos y mis conquistas. Marinero, pirata y general, todo eso fui al mismo tiempo. Con las muchachas conquisté la ciudad y descubrí mi vida, y en esa nueva vida que había descubierto todo estaba ligado a Eisenstein. En realidad mi verdadero deseo estaba puesto en él, en el enigma que era él, esa era mi adicción. Yo quería develar su secreto, entenderlo como se comprende el significado oculto de un texto hermético. Pero con cada día que pasábamos juntos él se iba convirtiendo en un mayor enigma, y cuanto mayor era su enigma, mayor y más dolorosa era mi adicción.

La oscuridad de los atardeceres de julio Eisenstein y yo la vivimos en compañía de la fina y no tan fina sociedad de Nueva York. La primera vez que me llevó a una fiesta sentí como si él mismo fuera el anfitrión y dueño de casa, con aire tan mundano se movía por aquellos espacios, de modo tan soberano conversaba con las damas de tapado de piel reunidas en pequeños grupos y con los caballeros de esmoquin. Él también era elegante, aunque con una elegancia de otra época. Con su moñito blanco y el cuello esmoquin parecía Fredric March en la vieja película de *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de los años treinta. En esas fiestas, en todas las cuales yo era de lejos el más joven, muchos llevaban aún trajes de corderoy de los años cincuenta, con anchas solapas y coloridas camisas de nailon mientras que el estilo de Eisenstein hacía pensar en los retratos de un George Grosz o en los finos caballeros de las viejas películas europeas en blanco y negro.

Llegábamos tarde y nos íbamos temprano, pero mientras estábamos allí él era el centro de la fiesta. Conocía a todos y todos lo conocían. Formaban círculos en torno suyo, lo rodeaban, reían cuando él reía, sacudían la cabeza cuando él lo hacía. Decían *Mr. Eisenstein* cuando hablaban de él y *Josef* cuando lo tenían enfrente. Y con todo, y como si fuese algo convenido, todos mantenían distancia. Su aura de intocabilidad los mantenía a distancia, trazaba un círculo invisible alrededor de su cuerpo que nadie se atrevía a atravesar. Cuando

hablaba y, lo que no era infrecuente, iba más allá de los límites de lo convencional, uno sentía que en cuestiones intelectuales él poseía una tal fría objetividad, que en su saber había tan poco afán de destacarse que por eso él no se cuidaba en absoluto de ocultar su superioridad ante la masa. No le daba la mano a nadie, no daba abrazos y a todos esto les resultaba natural. Incluso cuando brindaba con alguien o le daba fuego a una dama y extendía la mano hasta su boca, incluso cuando se acercaba al oído de su interlocutor para que pudiera oírlo pese a la música… esa distancia siempre persistía.

Qué distinto era aquel hombre aquellas noches cuando estaba sentado entre profesores, conversaba con pintores y escultores o escuchaba a los concejales que le contaban los últimos rumores que corrían en el Ayuntamiento. Aquel no era el ocioso en su diván que rehuía la luz, no era el hombre de abrigo de mohair que flaneaba por la ciudad y tampoco el que ansiaba oír mis relatos en su biblioteca. En aquellas noches de verano Eisenstein era un hombre sin atributos y sin pasado. Era aquel al que nunca se confundía con otro y al que sin embargo no se conocía.

Algunos lo tenían por un detective o por un exdiplomático de un país lejano, o por alguien que trabajaba en forma oculta para alguna majestad y mantenía en secreto su verdadera vida. Cuán a menudo escuché a la gente hablar sobre él cuando él no los podía oír. Y cuán orgulloso me sentía cuando notaba que ellos lo conocían mucho menos que yo pero creían que sabían algo. Y ni siquiera sabían que era de Alemania, aunque su nombre, su aspecto y toda su forma de conducirse eran tan ajenas y tan poco americanas. Quizás era por Nueva York que no llamaba la atención, o porque era judío. Algunos lo tenían por un agente secreto del Mossad, ¿y por qué no? A veces actuaba como un rico coleccionista de arte, luego de nuevo como un bohemio. A veces entretenía a todos los presentes con historias de los bajos fondos, a veces se quedaba simplemente parado allí fumando y en silencio. En algunas de aquellas noches incluso cambiaba la pronunciación, hablaba con el anticuado acento de los colonos, como si recién hubiera bajado del Mayflower; luego volvía a hacerlo como el rey de Inglaterra, y yo sabía que todo lo hacía intencionalmente, que era algo planeado y estudiado y que era parte de los roles que él actuaba. Lo único que no podía o no quería ocultar era que era judío. Él era el oscuro corazón de la fiesta en el que todo confluía. Era el centro de las conversaciones, de ese mundo. Mi mundo.

Yo me quedaba callado a un costado, observaba el escenario y las

miradas de los que se encontraban en las otras puntas del salón y en otros grupitos. Nadie me registró nunca, yo sólo era el joven conocido del gran Eisenstein, un chico de provincia de jeans y malos modales. Pero yo registraba todo. Me iba deslizando por los vestíbulos y los salones, me escurría sigilosamente por entre la multitud como un ratón en medio del pulular de la gente en una plaza del mercado… y aguzaba el oído. Ese era mi entrenamiento.

En un piso desocupado de una antigua fábrica del Meatpacking District escuché hablar por primera vez de las mujeres desaparecidas. Un periodista del *New York Times* asustaba a las madres y los padres que lo rodeaban con un par de historias de horror que estaba investigando en ese momento. Como hechizados lo escucharon cuando comenzó a contar sobre el caso más reciente.

—En Nueva York desaparecen mujeres —dijo— y eso desde hace años. Jovencitas, la más joven de dieciséis años recién cumplidos.

—Todo el tiempo desaparecen mujeres jóvenes en algún sitio —replicó alguien—. Y la mayoría un día vuelve a aparecer.

El periodista, un tipo ágil de unos treinta años, lentes de carey, sienes canosas y un bigote de lana de acero, estaba sentado en diagonal a mí, inclinado hacia adelante como cuidando de no arrugarse el saco; los demás hombres y mujeres se habían reunido en torno a él. Eisenstein estaba parado detrás de mí.

—Sí, incluso de las que desaparecieron sólo en Manhattan y Brooklyn en los últimos dos años muchas volvieron a aparecer —dijo el periodista.

—¿Ve? ¿Y entonces por qué tanta alharaca?

—Porque las muchachas aparecieron cuando las aguas del río Hudson las dejaron en la orilla. Muertas, con los labios azules, y muy fácilmente reconocibles. Pero más que desnudas.

—¿Más que desnudas?

—Desolladas. De la cabeza a los pies. O mejor dicho: del cuello a los tobillos. Desde hace meses en esta zona se vienen sacando del agua cuerpos de mujeres completamente desolladas. Al momento doce en total. Y no son ningunas muchachas que por mal de amores se fueron de casa por unos días. Aquí se trata de una serie de asesinatos que nuestra ineficiente policía sigue sin poder esclarecer.

—¡Qué horror! —exclamó la mujer que estaba al lado mío—, ¿quién puede hacer algo así?

—Los periódicos lo llaman “el Desollador de Williamsburg”. Ese tipo

de gente existe, no nos engañemos.

—¿Pero por qué Williamsburg?

—Allí se encontró el primer cadáver, en la dársena de la Franklin Street. Una muchacha de Grace, de veintiún años. El rostro estaba intacto, sólo un poco hinchado después de tres días en el agua. Del mentón para abajo, en cambio, le habían quitado toda la piel; hasta abajo, hasta los tobillos. Los pies también estaban intactos, como si llevara calcetines de piel. Y en todos los demás casos lo mismo.

—Un psicópata. ¿Y el asesino anda suelto?

—Hasta ahora no hay ningún tipo de indicios. Millones de sospechosos pero ningún rastro. Alguien entre nosotros está asesinando a nuestras hijas y no podemos hacer otra cosa más que esperar.

—Es como el estrangulador de Boston.

—No del todo. Por lo que sabemos, el estrangulador de Boston violó a sus víctimas y después las estranguló con sus medias de nailon. Las muchachas desolladas no sólo no fueron violadas, sino que tampoco hay indicios del uso de violencia, si podemos decir así. Ningún rastro de golpes, ninguna fractura, ningún corte en la masa muscular. Sólo limpias incisiones quirúrgicas. Hasta el momento no se pudo establecer fehacientemente la causa de la muerte, pero no fue ni asfixia ni se ahogaron. A las muchachas se las encontró como si fueran animales buscados por su piel a los que se dio muerte con absoluto cuidado.

—¿Pero qué va a hacer alguien con la piel?

—Antes con piel se hacían pantallas para lámparas o se tapizaban sillones.

—Qué repugnante. ¿Cómo se puede?

—¿Quién hace algo así?

—Bestias. Bestias humanas.

—Lo malo es que en los últimos veinticuatro meses en Nueva York y los alrededores desaparecieron más mujeres que las que aparecieron hasta el momento en las orillas. Y muchas de ellas encajan en el perfil de las víctimas.

—¿Qué perfil?

—Jóvenes y bonitas.

—Bueno, eso encaja con una cantidad de mujeres de la zona. ¿Con suerte podemos contar entonces con encontrar más cadáveres acuáticos desollados?

—¿Con suerte? ¿No tiene usted compasión por los familiares de las muchachas, Josef?

—La compasión a menudo se esconde en las cuevas más gélidas. Cuantos más asesinatos, mayor es la probabilidad de que el asesino cometa un error. Cuantos más cadáveres, más rastros. Cuantas más víctimas, más claramente se percibe el patrón.

Esas fueron las semanas en las que Eisenstein y yo pasamos días y noches juntos: caminando, mirando, escuchando, leyendo, hablando. Tomamos cócteles en el Oak Bar del Hotel Plaza, estuvimos en medio del ruido de las carcajadas y de las conversaciones en *penthouses* sobre los tejados de Manhattan, en *lofts*, clubes, bares, en cuerpos traseros de edificios, asistimos a matinés y *soirées* y al estreno de una obra cuyo nombre no anoté. Yo era su acompañante, su confidente, su Watson y su Horacio. De todas las personas que no lo conocían, yo era el que lo conocía mejor.

Pero un atardecer, en el concierto de verano de la Filarmónica en el Prospect Park, lo perdí de vista. En la primera parte habíamos escuchado el himno nacional y la obertura de *Egmont* de Beethoven dirigida por Josef Krips, y en la pausa, en el bar donde servían champagne, nos encontramos con dos damas que aparentemente le debían algo a Eisenstein y nos invitaron una copa. Eisenstein, de chaqué blanco, brillantina en el pelo, permaneció callado y bebió su champagne de dos sorbos. Yo intenté iniciar una conversación, pero las dos damas no parecían muy interesadas. Pronto me volví hacia él buscando su ayuda, suponiéndolo detrás de mí, pero había desaparecido. Me disculpé con dos frases desesperadas, fui andando entre la multitud como un niño perdido, sobre mí sólo el claro cielo estrellado de la noche de Brooklyn. Poco antes de que terminara la pausa abandoné la búsqueda y regresé al bar. Las dos damas se habían ido, así que me encontré allí solo mientras la gente en torno mío se preparaba para la segunda parte. Me sentía vacío, como agotado, y eso aunque él sólo hacía diez minutos que había desaparecido. En nuestros lugares lo volvería a encontrar, pensé, así que me dirigí hacia allí.

Entonces de pronto lo vi. Estaba con un hombre debajo de un olmo, allí donde no llegaba la luz de las farolas. Me sentí aliviado, por lo visto se había encontrado con un viejo conocido y simplemente había querido tener unos minutos en privado. Estaban parados uno cerca del otro como inmersos en una conversación familiar. Y pese a todo me sentía aturdido: ¿por qué había desaparecido así tan de repente?, ¿por qué había estado tanto tiempo sin que yo lo pudiera encontrar? Cuando el gong de la pausa sonó por tercera vez, Eisenstein se volvió bruscamente

y lo dejó allí parado al hombre, sin despedirse, según me pareció. Este, por su parte, un negro de cabellos plateados y elegante traje con pañuelo en el bolsillo, partió en la dirección opuesta y con paso rápido se alejó del parque. Lo seguí con la vista con un mal presentimiento sin saber por qué. Pero mis cavilaciones fueron interrumpidas por Eisenstein que vino hacia mí sonriente mientras lanzaba un "vamos, vamos".

Aquellos minutos solitarios en medio de la multitud del concierto del Prospect Park no serían más que un anticipo de lo que viviría algunos días más tarde, pero esta vez no lo descubriría con otro hombre y esta vez tampoco vendría hacia mí sonriente. Me insultó y casi me echa de su apartamento. Una muchacha me salvó.

Fue el día después de la llegada del primer hombre a la Luna, la que habíamos seguido juntos en un televisor de una vidriera de Coney Island. Al día siguiente, mientras los carros del desfile seguían pasando jubilosos por las calles haciendo resonar desde sus parlantes la canción "Fly me to the Moon", yo me sentía como si a mí, Jonathan Armstrong Rosen, me hubieran dejado abandonado, solo, en medio del mar de la calma; allí estaba yo, un niño sin padre, andando por las calles como si fuera el último muchachito sobreviviente en Nueva York.

Mi soledad había comenzado esa mañana cuando me había encontrado con la puerta de su apartamento cerrada. De nuevo había temido que, como semanas atrás, no fuera a aparecer por varios días. Pero ahora lo conocía, conocía sus itinerarios y sus escondites, esta vez lo encontraría. Lo primero que hice fue recorrer las librerías de la Lexington y de la Quinta Avenida, incluso fui a la tienda de anticuario donde había comprado los ensayos de Emerson y el vendedor me había parecido un hermano gemelo de Eisenstein; después fui a los museos donde me lo imaginé parado delante de *La lección de anatomía del Dr. Tulp* que tanto le gustaba, me senté en el muelle 1, recorrí de un lado para el otro el Puente de Brooklyn y almorcé en el *diner* de Pedro, como ausente me puse a leer el periódico mientras alzaba la vista cada veinte segundos. Pero a Eisenstein parecía habérselo tragado la tierra. El día era melancólico e insoportable, pero ya no más dulce. Allí estaba de nuevo aquel *Get back, Jojo*.

Al atardecer mi camino me llevó a Park Slope pasando por el Prospect Park y casi como por casualidad me volví a encontrar en la Sexta Avenida. Atravesé el patio trasero hasta encontrarme delante del edificio de ladrillo a la vista y por las enrejadas aberturas de la puerta de entrada miré hacia el interior. Estaba oscuro, *Mr*. Rothbard ya se

había retirado del edificio y había cerrado.

Recordé cuando habíamos salido de allí por la mañana después de nuestra primera noche en la biblioteca. Medio congelado y hecho polvo me había despertado de un sueño sumamente intranquilo y como de tiempos muy lejanos, había vuelto a colocar los libros en los estantes y había buscado a Eisenstein. Este ya había desarmado su campamento en el pasillo vecino, el único indicio que quedaba de su presencia allí el día anterior era el hueco vacío en la estantería donde antes había estado la *Justine* de Sade. Subí, arriba la sala ya se veía suavemente iluminada por la luz matinal, y allí encontré a Eisenstein envuelto en su abrigo y con un libro en el regazo sentado en uno de los sillones junto a las mesas.

Me condujo hasta el fondo del salón y allí corrió un armario de metal hasta colocarlo debajo de una de las luces del techo, se trepó encima de este y de un tirón sacó una reja de cobre. Luego se introdujo por un acceso hacia arriba. Yo lo seguí, y ya estuvimos afuera.

Aquel atardecer hice el camino inverso para entrar a la biblioteca. Di una patada en la ventana y la reja se soltó, por lo visto no habían vuelto a fijarla. Al bajar por allí me resbalé y aterricé dolorosamente, porque el armario de metal ya no se encontraba más donde nosotros lo habíamos dejado en nuestro escape matinal.

La planta baja estaba a oscuras y en silencio. De encontrarse Eisenstein allí quizás me habría oído caer por la ventana. O bien continuaría escondiéndose de mí o de una vez por todas pondría fin a ese juego sin sentido. Me dirigí hacia la escalera caracol. De la cripta salía una débil luz, quizás era sólo la luz de emergencia. Bajé lentamente cuidando de no tirar las pilas de libros que había en los peldaños. De nuevo me invadió el frío del sótano, como la vez anterior fui recorriendo las estanterías, olía a cuero, cera para pisos y humo de cigarrillo.

Efectivamente allí habían fumado y no hacía mucho. Fui recorriendo lentamente las hileras de libros y llegué hasta los pasillos donde habíamos dormido. *Justine* seguía faltando.

De pronto con el rabillo del ojo percibí una sombra que se desprendía de la oscuridad. Oí pasos rápidos y sigilosos, como los de un tejón, pero no pude distinguir en qué dirección iban. Me volví y volví y volví hasta que me mareé y al final, a través de las hileras de estanterías, me pareció ver algo que se movía en la otra punta del sótano, a unos veinte metros de donde me encontraba. Saqué un libro

de gran formato de un estante y sosteniéndolo delante de mi pecho como un escudo medieval me asomé vacilante del otro lado de la estantería. Fui avanzando lentamente. Oí algo caer, ruidos sordos de algo que se movía, luego rápidos pasos silenciosos, me quedé petrificado. Los ruidos cesaron, la sombra desapareció, estaba solo.

Debo haberme quedado algunos minutos en esa posición, con el libro desconocido delante del pecho, hasta que pude volver a moverme. No sabía si había sido miedo o asombro o el instinto de supervivencia el que me había paralizado. Pero sí sabía que Eisenstein había estado allí, había notado mi presencia y había huido.

Al día siguiente, tal como lo había temido y esperado, todo volvió a ser como antes. Como si nada hubiera pasado, su puerta estaba abierta, él estaba sentado en bata en su escritorio, sin afeitar y con ojeras, y con un libro delante. Pero algo *había* pasado, ni la sonrisa más encantadora y una botella de vino tinto al mediodía podían hacer que lo olvidara. Fuimos de nuevo a lo de Pedro, nos volvimos a sentar en el muelle 1 y vagabundeamos por las calles. Echados en los divanes fumamos y escuchamos a la Callas. Entonces tomé coraje.

—Ayer a la tarde, en la biblioteca…

Su mirada me hizo enmudecer.

—Jonathan —dijo y exhaló fuertemente—, fue un día largo. Bebimos. Quedémonos simplemente aquí tranquilos echados dejando que transcurra el tiempo.

—Pero ayer —comencé de nuevo yo—, lo que pasó ayer…

Él callaba. Yo sabía que tenía que continuar. Yo tenía que saber qué era lo que no me atañía, demasiado me había herido su ausencia repentina y no quería volver a sentirme herido otra vez.

—Ayer estuve en la biblioteca. Eras tú, ¿no? No digas que no, te vi.

—Una mierda viste.

—Josef, estoy seguro. Y quiero tener la certeza. Sólo quiero saber…

—Quieres saber lo que no necesitas saber, Jonathan. Ese es el mayor pecado de todos. Quieres tener certeza sobre mí, pero eso nadie te lo puede dar.

—¿Pero al menos puedes decir dónde estabas? Te busqué por todas partes…

—¿Qué? ¿Buscar? ¿En esta ciudad? ¿De dónde sacaste esa idea delirante de que en esta ciudad puedes encontrar a alguien que no sabes dónde está?

—Pero tú no eres cualquiera. Te conozco, pasamos tanto tiempo

juntos. Yo sé en qué sitios se te puede encontrar.

—Por lo visto no es el caso, muchacho, sino me hubieras encontrado. Por lo visto no me conoces, en lo más mínimo, y no me conocerás jamás si no dejas de acosarme.

Se incorporó y me miró. Era como si la ira lo arrancara de su cansancio. Yo alcé las dos manos en señal de disculpa.

—¿Acosar? Yo no quería molestarte o lo que sea, yo sólo que-ría saber…

—Sí, sí, sí, querías saber. —Ahora hablaba alemán—. Así empieza. Y así termina. Si quieres comer en el paraíso del árbol del conocimiento, mejor sería que tuvieras cuidado de no enemistarte con el jardinero, tú, estúpido judío.

Se había levantado y estaba parado delante de mí como un poderoso monarca; en lugar del cetro, en la mano una botella vacía de oporto.

Tú, estúpido judío. Realmente me había llamado estúpido judío.

Nos quedamos un momento mirándonos, ambos mudos. Tuve miedo de que me arrojara la botella por la cabeza.

—Y ahora, hijo, mejor te vas.

Su voz sonó más fuerte que el aria de *Norma* y me hizo temblar.

Al principio no comprendí, no podía entender lo que me había dicho. Pero él permaneció allí parado, amenazante, violento, el pecho medio descubierto, su cabeza tan poderosa como la de Zeus en la pared detrás de él. Me levanté y noté la cabeza pesada por el alcohol. Balbuceé algunas palabras, quise disculparme, dar una explicación, pero él permaneció serio. Tambaleando me dirigí hacia el corredor, tomé mi mochila y con todo me volví una vez más. Eisenstein estaba parado en medio del salón junto a los divanes y la mesa.

—Así empieza —volvió a decir—. Y así termina.

Estaba abriendo la puerta del corredor cuando de pronto la tuve delante de mí, me miró directamente a los ojos, me hizo un guiño y no me dejó ninguna chance. Me besó tan de repente que yo retrocedí unos pasos tropezando y casi me caigo de espaldas en el salón.

Stina. Nos habíamos olvidado de ella. Eisenstein y yo nos miramos. Luego él puso una sonrisita, sus ojeras habían desaparecido como por arte de magia, y yo tampoco pude evitar reír. ¿Cómo podíamos ser tan tontos de olvidarnos por nuestra discusión de una muchacha con la que desde hacía días teníamos una cita? Los dos éramos unos estúpidos judíos.

Y allí estaba Stina, la rubia platinada Christina Falk con sus orejitas

puntiagudas como de elfo y sus musculosas pantorrillas, estaba parada delante de mí sobre altos tacos como la patinadora olímpica de velocidad danesa que algún día llegaría a ser y me extendía su chaqueta de jean. Súbitamente sentí calor y frío, era como si me quitaran el alcohol de las venas bombeando con brusquedad. Sonreí abochornado y no supe qué hacer conmigo mismo. La había abordado una semana atrás en Austerlitz, una librería de dos plantas en Carnegie Hill, mientras Eisenstein me hacía guiños desde el sector de las tarjetas de felicitaciones. Aquel se había convertido en nuestro lugar favorito, en nuestro coto de caza preferido. Allí las chicas eran bonitas y cultas y yo me sentía como en casa. Era como pescar. Uno se metía entre las estanterías y volvía a salir con una chica. Aquella mañana Stina estaba parada con su falda escocesa delante de la sección de los clásicos, con un libro en una mano y una cartera en la otra. Yo me había acercado, había espiado el título del libro y me había ubicado al lado de ella.

—Si le gusta Scott Fitzgerald —yo casi susurraba, tan cerca estaba de ella, sentía el calor de su cuerpo, olía el perfume a vainilla de su pelo—, entonces le va a gustar este libro.

Al azar había tomado yo delante de sus narices un libro de un estante y se lo había extendido. Ella me había mirado asombrada, como si hubiera esperado cualquier cosa menos que la atendiera un hombre joven.

—¿Trabaja aquí, *Sir*?

—Se puede decir.

—¿Y usted cree que Pearl S. Buck y Scott Fitzgerald tienen mucho en común?

Yo miré el libro, leí el título y reí. *La estirpe del dragón*.

Entonces también Stina rio.

—¿Entonces quiere decir que no trabaja desde hace mucho en librerías, no? —Me sacó el libro de la mano y volvió a colocarlo donde estaba—. O no por mucho tiempo más.

—Todavía estoy practicando —respondí, y miré sus ojos azul hielo. Resplandecientes como el mar danés en el verano. Una chica como esta no existe en Solomon County, pensé.

Se volvió de un brinco y se alejó dejando flotar detrás de ella sus cabellos. Pero un par de metros más adelante se volteó otra vez y asintió con la cabeza.

—Pero siga practicando. La práctica hace al maestro.

Torpe la seguí hasta que se detuvo en la caja para pagar *Suave es la*

noche.

—No es para mí —dijo—. Es un regalo.

Y entonces… sí, ¿y entonces? ¿Y entonces? Ya no recordaba más qué había sucedido entre nosotros, pues su inesperada aparición, la pelea con Eisenstein un par de segundos antes, la ira de él, tanto oporto después del almuerzo me habían liquidado, habían convertido mi cerebro en una gelatina y me dejaban ahora ante ella con los calzones bajos. En sentido figurado, por el momento.

Por lo visto ella no había registrado a Eisenstein, y él se había retirado al dormitorio desde donde, como suponía, nos espiaba por una rendija de la puerta mientras nosotros estábamos sentados en silencio uno al lado del otro en el diván.

¿Pero qué le había contado la semana anterior en la caja de la librería Austerlitz? ¿Qué truco había usado?, ¿qué historia le había inventado? Librero ya no era más, de eso todavía me acordaba, ¿pero qué era entonces? ¿Hacía una encuesta sobre los hábitos de lectura de las estudiantes de Nueva York? ¿Era un cazatalentos de la Olimpíada Invernal de Sapporo? ¿El nieto ilegítimo de Scott Fitzgerald en cuyo apartamento se hallaban antiguas cartas inéditas de su abuelo?

No se me ocurría nada. Mientras iba a buscar una copa limpia y rollitos de jamón a la cocina, le servía oporto, ponía un disco de Leonard Cohen (por suerte lo más seductor y romántico de la colección de Eisenstein ya no era Jacques Offenbach), me sentaba a su lado y contemplaba sus blancas rodillas debajo de la misma falda escocesa, me pregunté intensamente cómo podía seguir el juego si ni siquiera sabía quién era yo para ella. De nuevo sentí que me hervía la cabeza.

Finalmente las cosas se pusieron en movimiento. Probablemente me había quedado un rato demasiado largo mirando sus rodillas callado y meditabundo y con la cara roja y así, mientras Suzanne nos conducía al río, nos alimentaba con té y naranjas de China, Stina se acercó un poco complicadamente a mí, tomó mi mano izquierda y la colocó sobre su muslo. Yo sentí la firme musculatura debajo de la tela, sentí el calor de su regazo, su mano fría sobre el dorso de la mía… *for you've touched her perfect body…*

—¿Tienes frío? —pregunté, y en el mismo momento me arrepentí de la pregunta. Pero Stina sólo me miró con el brillo de sus ojos de cristales de hielo, abrió los labios, no dijo nada.

Lo hicimos lentamente. Con “Winter Lady” fui quitándole la ropa hasta que quedó en bragas y sostén y Leonard cantó: *Trav'ling Lady stay*

a while until the night is over… y Stina fue mi niña de nieve, y yo admiré su cuello de cisne y acaricié el arco de sus codos. Con “The Stranger Song” me desvestí yo, lentamente, torpe, suavemente, borracho, mientras ella se recostaba y se envolvía en la manta, lentamente, bromeando, traviesa. Ella volvió la vista hacia mí, me miró, alzó la vista hacia mí cuando me quité el calzoncillo y quedé desnudo ante ella. Ella sonrió y yo canté: *I told you when I came I was a stranger*. Con “Sisters of Mercy” estábamos los dos uno al lado del otro bajo la manta, toqué su cuerpo, y ella tocó el mío, nos miramos a los ojos y Leonard dijo: *they lay down beside me*, y los dos buscamos calor en las piernas del otro, nos besamos con “So long, Marianne”, la desnudé completamente, besé sus pechos y se los lamí, ella tomó mi miembro, con su suave mano que aún estaba fría y dijo: *it’s time we began*, reímos, lloramos, lloramos y reímos cuando yo saqué un poco complicadamente el condón y me lo puse, y con “Teachers” por fin estuve arriba de ella, la penetré, *her hair the gold that gold can be*, ella lanzó un suspiro, gimió, me susurró al oído algo que no entendí, yo vi sus pestañas húmedas y me dejé caer sobre ella, y Leonard dijo: *Is my passion perfect*?, y nosotros dijimos: *No, do it once again…*

Al final, al final de “One of Us Cannot Be Wrong” Leonard fue silbando y aullando bajito por el lejano salón mientras Stina y yo estábamos tendidos en el diván apretados uno junto al otro en el calor de nuestra transpiración, mi cabeza sobre su pecho, su mentón sobre mi frente, y entonces el disco llegó a su fin y el suave clic que hizo el brazo de la aguja nos despertó.

Así se lo describí más tarde a él cuando los dos estábamos tendidos fumando uno al lado del otro, dos estúpidos judíos satisfechos después de que Stina se hubiera ido.

—Un día quiero escribir un libro sobre esto —dije.

—Hazlo —dijo—. Pero no te animarás.

Es el día de hoy que no puedo recordar qué es lo que le dije a Stina en la librería. Debe haber sido algo muy convincente.

* * *

Lewis amaba a Lisa y Lisa amaba a Lewis. Lewis y Lisa se amaban tanto que con guijarros de la orilla del mar grabaron sus nombres en los vidrios de aquel hotel en lenta decadencia del balneario de Plymouth,

Massachusetts. *Lewis & Lisa* decía allí en el centro de un tembloroso corazón de cristal. Tenían diecisiete años, se habían escapado por un par de horas de la excursión que hacía su clase al Mayflower y habían ido andando tomados de la mano por el paseo marítimo de la Nelson Beach. Lewis amaba tanto a Lisa que faltaba a su entrenamiento para ayudarla a ella con las tareas de geometría. Lisa amaba tanto a Lewis que en el asiento trasero del coche de él, el que después del cine había estacionado detrás de la Hester Street, le permitió que le tocara los pechos.

El amor de Lewis y Lisa incluso era más grande que su deseo de celebrar un feliz 4 de julio en familia. Sus padres dijeron luego que habían desafiado al destino.

En el Día de la Independencia del año 1968 se escaparon de sus casas, en una pequeña localidad de nombre Holden, en Massachusetts, para poder entregarse libremente a su amor. San Francisco estaba muy lejos, quedaba entonces Nueva York y en ese momento Nueva York parecía ser la ciudad perfecta para perder la virginidad. El día de su llegada Lewis y Lisa caminaron por una Quinta Avenida en la que flameaban las banderas con sus tiras y sus estrellas, fueron a comer a Kellerman's, vieron una película en el Seaview y luego fueron paseando por la orilla del lago del Central Park, entre el zoológico y la Casa de los Botes, para darles de comer a los cisnes. Ya había oscurecido, pero las luces de la gran ciudad y el miedo les impidieron detenerse en algún sitio. Hubieran podido atraparlos y entonces hubiera ido la policía y los hubiesen llevado de regreso a Holden.

Detrás de los plátanos del East River Park hallaron un banco bajo la sombra del puente de Williamsburg; en medio del susurro de las sogas de acero, del bramido del mar que detrás de ellos había subido un par de metros sobre la orilla y ahora llegaba directamente hasta el césped, hallaron un pequeño lugar acogedor donde besarse, y el miembro de él se halló junto a los dedos de ella, los labios de ella bajo la mano de él, y detrás del banco del parque hallaron un arbusto de enebro que crecía saliendo del terraplén de la orilla bajo cuyas ramas pudieron tenderse suave y cálidamente, y allí sus torsos desnudos se abrazaron apretadamente, el pene de Lewis halló la vagina de Lisa y la vagina de Lisa el pene de Lewis y la boca de él halló la nuca de ella, los dientes de él la suave piel de ella en la concavidad entre el hombro y el cuello… y entonces hallaron la hermosísima cabeza de Heidi Lynch. Estaba a sólo unos pocos centímetros del rostro de Lisa, de modo tal que al principio

Lewis creyó que estaba soñando y que ella se había duplicado mágicamente. Pero no, aquella era otra chica, un poco mayor que Lisa y más bonita, con una nariz pequeña y recta y húmedos labios rojos, pero del cuello para abajo, por lo que pudo ver, Heidi estaba más que desnuda. Lisa y Lewis vieron a la muerta Heidi al mismo tiempo. Era como si las aguas del East River la hubieran arrastrado hasta allí durante su encuentro bajo el arbusto de enebro. ¿O ya estaba allí y ellos recién la veían ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad? Lisa lanzó un grito agudo y rodó tan de repente hacia el otro lado para alejarse de Heidi que Lewis perdió el equilibrio y golpeó con la cabeza contra el suelo directamente al lado de la cabeza de la muchacha. Se levantó a duras penas y se abalanzó detrás de Lisa que no conseguía subirse de nuevo las bragas, de modo que ella también tropezó y habría caído de no haberla sostenido Lewis. Allí estaban, sudados, jadeantes, en pánico, con la ropa interior baja, en medio del calor de la noche de julio. Lisa volvió a gritar y gritó otra vez, pero los camiones que pasaban por arriba de ellos se tragaban todos sus gritos. Lewis la rodeó con sus brazos desde atrás y esperó a que se calmara.

Lo primero que se les ocurrió fue salir corriendo. ¿Pero qué si alguien los había visto? ¿Si en algún momento encontraban el cadáver e interrogaban a gente y podían describir exactamente a Lewis y a Lisa? Allí había una parejita que salió de debajo de los arbustos, y estaban muy excitados, y entonces yo pensé: algo no encaja ahí, ¿no? Una parejita de asesinos de Nueva Inglaterra que viaja por todos los Estados Unidos para matar a gente inocente…

Lewis liberó a Lisa de su abrazo y se subió el pantalón. También Lisa se alisó la falda y se arregló el cabello. Lo segundo que se les ocurrió fue volver a mirar a la muchacha. ¿Estaba realmente muerta? Tenía una expresión tan calma allí tendida entre los arbustos, los ojos delicadamente cerrados, los labios apenas entreabiertos, la parte inferior del cuerpo bañada suavemente por las aguas…

Pero seguro que estaba muerta. Cuando Lewis y Lisa volvieron a meterse debajo del arbusto comprobaron que ya no respiraba. La vista de la carne viva de sus hombros, sus pechos, su vientre hizo vomitar a Lisa. Por segunda vez volvió a huir, pero Lewis permaneció allí y la miró. La carne de Heidi era roja como la carne vacuna que cuelga del gancho para desangrarse en el cuarto trasero del matadero. En realidad una vista bastante interesante, pensó él. Un poco como el hombre de la lámina explicativa en la clase de Biología. Se podían distinguir los músculos de los brazos, el bíceps, el deltoides de los hombros. Relucían

lisos y sedosos. Se podían distinguir los ligamentos entre los músculos del cuello y del pecho y la grasa blanquecina de su pequeño vientre redondo. Todo en un estado impecable, si uno tenía en cuenta las circunstancias, una lisa y rosada carne muscular aquí y allá salpicada de azulados brillos de restos de algas. El rostro daba la impresión de que recién acababa de dormirse. No podía haber estado mucho tiempo en el agua.

—¿Qué hacemos?

—Lewis, hagamos lo correcto.

—Sí, Lisa. Lo correcto.

Y Lewis tomó suavemente a Heidi de la cabeza, sintió sus cabellos mojados y el cuero cabelludo debajo, levantó el cráneo que en su mano era tan liviano como un pequeño pájaro y, mientras Lisa hacía presión con los pies contra el torso de Heidi, lo empujó hacia la línea del agua. Heidi permaneció aún un momento allí, sus cabellos extendidos como plantas trepadoras, su rostro luego totalmente sumergido, la carne viva de sus pechos alzándose apenas sobre la superficie, permaneció allí como si esperara el momento justo hasta que las olas la tomaron y se la llevaron al East River. Quizás la pobre muchacha sería arrastrada hasta el océano y pescadores la encontrarían en algún sitio en la otra punta del mundo.

La tercera cosa que pensaron fue avisar a la policía local sobre su hallazgo. Pero ya iban sentados los dos en el auto de Lewis y ya habían dejado atrás Nueva York. Todo el viaje de regreso a Massachusetts lo hicieron en silencio. Cuando Lewis la dejó delante de su casa, ella no lo miró. Lewis no volvió a ver a Lisa nunca más. Muchos años después él volvió a pasar por delante del hotel de la playa en Plymouth en cuyo vidrio habían grabado un corazón con sus nombres, pero habían renovado el hotel y habían cambiado las ventanas.

13

Vi cómo el verano se acercaba a su fin en una isla poblada de arces sicómoros en medio del río Connecticut, no lejos del pueblito de Sunbury, en Vermont. Era el último día de nuestras vacaciones en el campo, yo estaba descalzo en medio de la centelleante luz del atardecer viendo el sol ponerse sobre las colinas verdinegras de Orange County y lloraba. Era mi verano el que se despedía allí. Yo había sabido que llegaría ese día, que un día volveríamos a marcharnos, que las banderas de oración que habíamos colgado en las ramas se irían decolorando, que las hojas irían cambiando de color y los grillos acallarían sus cantos. Hasta el año siguiente, el que me parecía inimaginablemente lejano. ¿Y quién me prometía que entonces, cuando ya no tuviera más veinte años, todo volvería a ser como en ese momento… tan perfecto?

A principios de agosto Nueva York se había puesto insoportable. En el aire denso de las calles había olor a gas quemado y a asfalto derretido. La gente iba en sus autos por las avenidas a paso de hombre y con las ventanillas bajas; no era que aquello permitiera refrescarse un poco, no, la cuestión era no asfixiarse. En las noches de lluvia torrencial ni el salón de Eisenstein había sido ya aquel reino apartado del mundo e intocable que había sido. Los lomos de los libros comenzaron a hincharse, del cuero emanaba un aroma cada vez más pesado. Yo oía zumbar el papel en los armarios como un enjambre de langostas que está por alzarse por los aires para cubrir el cielo. En los parques ya sólo había gente una vez que se había puesto el sol y tampoco las librerías nos ofrecían escape alguno. En la Montague Street había un cine con sala climatizada donde pasaban películas europeas; allí vimos *La hora del lobo* y por una hora y media nos olvidamos del verano. Pero enseguida, cuando pasamos de la oscuridad al pegajoso calor de la tarde de Brooklyn, recibimos nuestro castigo por haber cometido el sacrilegio de haber salido de la cueva.

La gente se iba de la ciudad, la canícula la llevaba hacia el campo y

con ella iban las muchachas, por lo que nosotros hicimos lo mismo.

Yo no había sospechado que Eisenstein pudiera tener un auto, incluso había supuesto que no sabía conducir, tanto era para mí el ciudadano de Brooklyn que anda caminando y si alguna vez quiere ir a otro barrio se sube a un taxi. Pero Eisenstein no sólo conducía, sino que incluso lo hacía bien, y en un garaje a cinco minutos de su casa tenía un antiguo Studebaker, un Commander Starlight del 53 color borravino con guardabarros blancos. La tardecita del día antes de salir lo único que me dijo fue que empacara un par de cosas, que íbamos a hacer una pequeña excursión, así que al día siguiente yo fui con mi mochila a la Willow Street, donde él ya me esperaba en el pórtico.

—Espero que hayas traído un par de libros. Puede ser que nos quedemos más tiempo.

Pero yo sólo había llevado los ensayos de Emerson, los que casi había terminado. Y muda de ropa sólo para cinco días, si era cuidadoso.

En el garaje le quitamos la lona al Studebaker, echamos nuestras cosas al asiento trasero y partimos. Yo no sabía adónde nos dirigíamos, cuánto tiempo nos quedaríamos y si alguna vez habríamos de volver.

Tomamos la ruta interestatal 87 rumbo al Norte, fuimos andando a lo largo del río Hudson, dejamos atrás Kingston y después de Albany doblamos a la derecha, en dirección a la frontera del estado. Queríamos irnos lejos, lejos, sólo irnos lejos. Ir subiendo, hacia allí donde el agua sabía a vino y el cielo encajaba con nuestros trajes de verano. Nuestra ruta nos llevó para el este. La primera noche la pasamos en un motel cerca de Rutland, la segunda nos alojamos en una pequeña pensión con desayuno con vistas al Pico Killington. Luego vino el día después del asesinato de Sharon Tate. El cielo como hecho de porcelana azul, delicados cirros como dibujados en él con tinta china blanca, las colinas y los valles de Vermont como el último rincón de la Tierra que nos había quedado del paraíso. Íbamos andando por el campo, por algún sitio entre Woodstock y Montpelier, en la radio sonaba “Helter Skelter” y entonces vinieron las noticias: habían encontrado asesinada a Sharon Tate, con tan solo veintiséis años, con un embarazo muy avanzado, la mujer de Roman Polanski, el director de cine, y relataron las circunstancias en las que había sucedido con los pocos detalles que ya se conocían y que aún se estaba buscando a los asesinos. Dos hombres en un auto blanco de marca desconocida habían sido vistos en las cercanías de su casa en Cielo Drive, ahora se encontraban a la fuga.

—Bueno, por lo menos nosotros tenemos una coartada.

Lo miré. Él rio.

Todavía teníamos en la mente las imágenes del rostro de Sharon, su impecable rostro, sus largas y negras pestañas de Hollywood.

—¿Qué piensas? ¿Era la mujer más bella de la década? ¿La *Miss Sixties*? Yo creo que sí. Al menos hubiera quedado en la última ronda, junto con Gretchen y Medea y Stina Falk. A Sharon Tate me hubiese gustado verla alguna vez de cerca.

—Lamentablemente ya no hay chance.

—Quizás no es tan malo. Al fin y al cabo, estaba embarazada. No me puedo imaginar que eso no haya afectado su aspecto. Los párpados hinchados, edema en las piernas, cabello quebradizo, la piel seca… Y ni decir las estrías en el abdomen. Espantoso.

—¿No tienes compasión? Era tan joven, pronto hubiera sido madre, y también mataron al niño… ¿Quién hace algo así?

—Jonathan, pero tú la viste. La viste en *La danza de los vampiros*, ¿no? Y eso aunque usa peluca. ¿Crees que hubiera permanecido así para siempre? ¿Crees que no hubiese perdido su belleza así como los árboles pierden sus hojas en otoño? Pero ahora, que está muerta, ya nadie le podrá quitar jamás su belleza. No envejecerá, en las revistas no habrá ninguna foto de una mujer vieja arrugada u operada. Permanecerá en la memoria sólo como el ángel que era. ¿Demasiado joven para morir, dicen? Al contrario, ya dentro de un par de meses hubiese sido demasiado vieja para eso. La muerte fue una verdadera suerte para esta muchacha.

El día después de la muerte de Sharon Tate fue el día en el que por primera vez sentí un ligero miedo de Eisenstein.

Un par de noches después de salir de Brooklyn, tras estadías en Weston y Montpelier, habíamos llegado a algún lugar en las montañas, habíamos comprado utensilios para pescar y nos habíamos sacado el carnet de la biblioteca pública. Era como si fuéramos a quedarnos a vivir allí. Woodsville era un pueblo dormido en la frontera con New Hampshire, apretujado entre las colinas del Parque Nacional de White Mountain, en una ubicación idílica en las laderas del río Connecticut, con una cantera y un aserradero, un McDonald’s, un restaurante chino, una tienda de venta de bebidas alcohólicas y cinco estaciones de servicio. Nos alojamos en el Hotel Wentworth, un edificio victoriano ubicado no lejos del puente de arcos de acero; dos habitaciones intercomunicadas por una puerta, con biombo y vista al río, con el Nuevo Testamento en el cajón de la mesita de luz y descoloridos

cuadros de Norman Rockwell sobre las camas de bronce. En mi habitación había un minúsculo televisor atornillado a la pared; en la de él, un piano desafinado y encima, un espejo Reina Ana. Por las mañanas Ma Wentworth nos preparaba café fresco, luego íbamos a pescar, aunque en realidad lo que hacíamos era estar tumbados fumando entre los arbustos de espino albar sobre la vera del río Ammonoosuc, el pequeño afluente que desembocaba allí en el Connecticut, o debajo del puente del ferrocarril que cruzaba el valle; mirábamos el sol, arrojábamos piedras a la corriente o nos dedicábamos a nuestros libros.

Nunca en todo aquel tiempo lo había visto leer tanto como en aquellos días. Yo sentía como si antes del viaje, la ciudad, con su ruido y ajetreo, le hubiera impedido entregarse seriamente a la lectura. Ya no bebía más tampoco, como mucho una copa de vino por la noche. Ahora, bajo la sombra de los arces de Vermont, leía concentrado y ensimismado y ni siquiera se distraía cuando picaba un pez. Yo recogía entonces nuestra pesca, por lo general algún tipo de perca sol, le extraía el anzuelo y la arrojaba en el buitrón. Luego volvía a tenderme en el pasto y retomaba mi lectura. Al cabo de algunos minutos Eisenstein alzaba la vista y preguntaba:

—¿Picó algo?

Como si se estuviera tomando vacaciones. Las ojeras que le había visto tan a menudo en la ciudad habían desaparecido. Su voz había perdido ese tono irónico; su rostro, todo aire de superioridad. A veces parecía un niño pequeño. Bromeábamos, inventábamos historias. Nos imaginábamos nombres de guerra que usaríamos para operar cuando la situación se pusiera delicada: yo me llamaría Joe Schwarzkopf por mis cabellos negros y él se llamaría Dick Fiddler. Yo soñaba con vivir mi vida así. Viajar por los Estados Unidos, desde los bosques de Redwood hasta el Golfo de México, instalarme en algún pueblo dormido, estar tumbado en la orilla y esperar que picaran los peces. Ir andando por entre los campos de avena, por entre los jazmines que florecían, los lagos claros, el cielo suave… Recoger mazorcas de maíz y asarlas en el fuego a la orilla del río. Ser un forastero en un mundo desconocido. Pasar los largos atardeceres sentado en una terraza en la plaza del mercado y esperar que las chicas picaran. Por la noche realizar la obra del diablo y a la mañana siguiente partir antes de que saliera el sol. Convertirme en un hombre. En un norteamericano. En un *shegetz* de cabello rubio como la paja. Un presbiteriano. No hablar más alemán, comer jamón y no temer a la muerte. Y algún día, cuando el momento hubiera llegado, morir en el verano, cuando la tierra está blanda para

cavar.

Las muchachas de allí fueron un desafío, al menos al principio. No salían nunca solas a la calle, algo que hacía las cosas infinitamente más difíciles que en la ciudad. No había supermercados en cuyos pasillos uno pudiera estar algunos minutos sin que lo molestaran, únicamente las pequeñas tiendas y los pequeños comercios de la Central Street. Había un *milk bar* y estaba el restaurante chino. Era imposible esconderse, al forastero desde el primer día lo conocían todos los niños, hombres y mujeres. Y lo miraban con desconfianza.

—En Woodsville no hay chicas *hippies* que cantan como Janis Joplin —dijo Eisenstein—. Y tampoco estudiantes que leen a Sartre y a Beauvoir. Aquí no fuman marihuana, aquí los domingos van a la iglesia con sus vestidos largos hasta el piso y cantan el hosanna y “God Bless America”. Esto complica un poco las cosas.

Pero quizás ese era justamente el sentido de nuestras vacaciones en el campo: ¿sería yo también capaz de llevarme a la cama a las normales chicas cristianas de Vermont, a las rubias *shikses* de medias blancas hasta la rodilla que sólo habían oído hablar de amor y de la píldora en las palabras de advertencia que les habían dirigido en la escuela dominical? Si es que habían oído algo… ¿Lograría yo también contárselo a él?

—Pero aquí no hay tampoco judíos —dije—. Y tampoco forasteros exóticos como nosotros. Aventureros venidos de ciudades lejanas para arrancar a las chicas de su estrecha vida de pueblo, con el *brunch* de los domingos y el baile alrededor del Árbol de Mayo. Aquí nosotros somos algo especial.

—Un punto a nuestro favor, diría yo. Aquí entonces somos los precursores del movimiento feminista. ¡Que así sea!

La segunda tardecita fue la pequeña Jill, que estaba con sus amigas en el estacionamiento del taller y venta de repuestos para coches y sorbía ruidosamente su yogur helado. Tuvimos que luchar bastante para llegar a ella, pero valió la pena. La elegimos porque era la más común y corriente de las cinco que ya desde hacía media hora no podían despegarse de la sombra del bistró delante de cuya entrada nosotros estábamos comiendo costillitas y bebiendo café. Las vi juntar las cabezas haciendo ondear sus colas de caballo y observarnos por el rabillo del ojo mientras apretaban entre sus labios las gruesas pajitas de sus vasos de plástico. ¿Nos esperaban a nosotros?

La tercera tardecita fue Amy August, la hija del dueño de la tienda

de enseres para pesca, con aparato de ortodoncia y largas uñas azules, ceceosa, un poco retardada. Amy decía *beisarro* en lugar de *bizarro* o palabras como *hiptonizar*, confundía Nueva York con Nueva Jersey y pensaba que Vietnam estaba en África. Pero su cabello era dorado como un campo de maíz, y ella era vital y estaba llena de ideas locas, y amaba su propio cuerpo.

Luego, finalmente, Marie. Nuestra consagración. Marie Ziegler era otra cosa. Ya simplemente por la edad; veinticinco había cumplido ese verano. Era la reina de Woodsville: bellísima, inteligente, con un imbatible sentido del humor y gusto por la buena literatura. Trabajaba en la biblioteca de préstamo de la School Lane donde yo quería sacar *El lobo estepario*, básicamente por *Easy Rider* y todo eso, pero ella me recomendó *Bonjour tristesse*.

—Françoise Sagan, la tiene que leer.

Ella me decía *Sir*, se burlaba de mí, cinco años menor, y me miraba descarada con sus ojos celestes sobre fondo blanco.

—Tenía recién dieciocho años cuando la escribió. Léala, *Sir*, y después, *Sir*, venga y dígame si eso es posible.

Mientras confeccionaba dos carnets temporarios y escribía nuestros nombres en las tarjetas —el de él, Richard Fiddler, el mío, Josef Schwarzkopf, finalmente las cosas amenazaban con ponerse delicadas —, nos quedamos observándola en silencio, contemplando sus cabellos castaños a la luz de la tarde en la sala de lectura y ambos pensamos lo mismo. *Volvemos*. Y allí estábamos de nuevo.

Condujimos por el otro lado del río, por tierras antiguas, cruzando hacia New Hampshire, bajo los pinos silvestres y la luna de agosto, explorando la tierra de los abenaki. Él iba al volante, callado, escuchando a Woody Herman y a la Orquesta de Glenn Miller en la radio y los relatos de su joven amigo que iba en el asiento del acompañante. Yo le contaba sobre la cálida y húmeda piel de Jill, sobre el estremecerse de su vientre cuando lo acariciaba, sobre cómo se mezclaba el perfume de sus cabellos con el de las sábanas limpias de mi cama que Ma Wentworth había lavado con jabón de naranja, y sobre el delicado círculo de sus dedos rodeando mi miembro. Le contaba sobre el gusto metálico cuando con la lengua rozaba el aparato de ortodoncia en los dientes de Amy, sobre la pelusilla encima de su labio que danzaba bajo la luz del sol cuando ella jadeaba y suspiraba y respiraba más y más pesadamente, y sobre la sensación de témpanos de hielo que me perforaban hasta la médula cuando hundía sus uñas en mi espalda.

Le contaba sobre Marie, sobre la dulce y pálida Marie Ziegler con sus ojos azules, sobre esa sensación de piel de ciruela en sus pechos cuando estaba tendido a su lado y la abrazaba y la acariciaba bajo el cielo sin nubes del verano en Grafton County, sobre ese sabor a ciruela cuando besaba sus curvos labios azules, y sobre el aroma a confitura de ciruela entre sus muslos. Nosotros dos a orillas del Ammonoosuc, avanzada la tarde, cuando el calor tórrido soltaba de sus garras el día, menta acuática e iris, llantenes y caléndulas palustres en los terraplenes, martines pescadores balanceándose y saliendo disparados por aquí y por allá, dejando deslizarse sus sombras sobre las truchas del arroyo, Françoise y *El lobo estepario* entre nuestras rodillas. Así era esa muchacha, aquella Marie. Una verdadera mujer. Jamás la olvidaré.

Y entonces mi relato fue interrumpido por las últimas noticias de Hollywood y los detalles sobre el asesinato de Sharon Tate y quienes la acompañaban. Los atacantes habían perseguido a los presentes por el terreno y por la casa, los habían maniatado y amordazado, había heridas de bala y cuchilladas. Una sola víctima, un hombre joven, había recibido cincuenta y una puñaladas, con la sangre de las víctimas y una toalla habían escrito *PIG* en la puerta de entrada de la casa. Sharon había implorado por su vida y la de su bebé que aún no había nacido, se había ofrecido como rehén, pero los atacantes no habían tenido ninguna compasión con ella y le habían asestado dieciséis puñaladas. La habían apuñalado a ella y al niño que llevaba en su vientre. Eisenstein sacudió la cabeza y lanzó un suspiro, y por un momento tuve la sensación de que lamentaba sus palabras de unos días atrás.

—¿Quién haría algo así? —preguntó entonces él también.

—Bestias humanas.

—Dieciséis puñaladas. Es tan… —puso los ojos en blanco como ante un centrocampista desconcentrado durante un *inning* decisivo en un partido de béisbol— poco profesional.

Más tarde tuve en mis manos la edición de la revista *Life* para la cual Roman Polanski se había dejado fotografiar delante de la puerta ensangrentada de su casa en Cielo Drive. Pero para ese entonces Eisenstein había desaparecido.

Después de Marie Ziegler ya se había roto el hielo. Las muchachas venían a nosotros. Se había corrido el rumor de que aquel par tan disímil que atardecer tras atardecer se sentaba en la plaza del mercado

bajo la luz del veranillo de San Juan constituía una posibilidad. Una promesa. Una aventura. Y si una hacía las cosas hábilmente de modo de llamar su atención, ¿quizás ellos la abordarían a una…? Pero al mismo tiempo yo percibí un cierto cansancio. Un atisbo de tedio. Cuanto mejor era yo y más dispuestas estaban las muchachas, cuanto menor resistencia ofrecían y más rápidamente terminaban en mi cama, menor era la excitación. Más previsible era todo. Yo temí que aquello que había traído la mayor agitación a mi vida pronto habría de convertirse en algo monótono. Experiencias unas iguales a otras. No cambié mi forma de actuar por esto. Pero no podía sacarme la idea de la cabeza. ¿Era posible? ¿Era posible hastiarse alguna vez de las chicas?

La gente se había olvidado por un breve lapso de los cadáveres de las muchachas desolladas de Nueva York. Después de las noticias sobre el asesinato de los LaBianca a nadie en las montañas de Vermont se le ocurrió preguntarse si el mundo se acabaría pronto. Hollywood no era Woodsville, Hollywood era Hollywood, y Hollywood estaba muy lejos. Pero incluso allí pronto se llegó a la conclusión de que los asesinatos de Tate y su grupo y los asesinatos de Leno y Rosemary LaBianca un día después podían tener alguna relación: de nuevo Hollywood, de nuevo incontables puñaladas, víctimas maniatadas y amordazadas, las letras de *WAR* grabadas en el vientre del hombre, *PIGS* y *RISE*[17] escritos con sangre de las víctimas en las paredes. Con todo esto a la policía le llevó hasta diciembre atrapar a Charles Manson.

Pero Eisenstein me tranquilizó:

—Jonathan, el tedio es uno de los siete pecados capitales y no lo sería si no fuera tan parte de nuestra vida como el sueño y la vigilia. Esa aversión hacia lo ordinario, hacia lo que ya viviste antes, no es más que una prueba, Jonathan, de que naciste para algo más elevado. “La aversión del mundo hacia mí no es tan grande como mi aversión hacia el mundo”, dice Lutero. Hubo gente que se mató por este motivo, y no fueron pocos. Yo no te aconsejo eso, Jonathan, aun cuando en el fondo sea lo único que nos queda. Pues cuanto más paralizantes son ese tedio y el aburrimiento, mayor es la exigencia a tu objeto del deseo. Ese cansancio puede ser todo lo fuerte que quiera: el dolor que te provoca el deseo no te deja en paz jamás. El dolor es infinito como infinito es el deseo. Tendrás que buscar la forma de estimular de otro modo tu deseo y de satisfacerlo siempre de un modo diferente.

Ya no sé si en ese momento las palabras de Eisenstein me tranquilizaron. Como fuera, después del día que había pasado con Marie Ziegler debajo del ciruelo junto a la orilla, los cuerpos de otras mujeres

me resultaban prácticamente indiferentes. Las muchachas de Woodsville y sus alrededores no significaban nada para mí, y esa sensación me destruía. No sentía nada cuando pasaban en grupo delante mío y una se quedaba atrás para arreglarse las medias, no me excitaba cuando se volteaban de nuevo hacia mí, se pasaban la mano por los cabellos o me hacían un guiño, y cuando había iniciado una conversación con alguna en la estación de servicio o golpeaba a su ventana en la noche, yo sólo pensaba en Marie.

Ella me había leído en voz alta *Bonjour tristesse*, sus frases preferidas, con la cabeza apoyada en mi regazo de modo tal que yo podía acariciar su frente pálida; sus cabellos castaños extendidos por fin sobre mis muslos, el vestido corrido, los tirantes de su sostén sueltos entre sus hombros y sus pechos, mi mano izquierda trémula sobre su clavícula. Me había recitado de memoria sonetos de Shakespeare que hablaban del aliento a miel del verano y el furor destructivo de los días: "¿Qué recia mano detendrá el rápido pie? ¿Quién evitará que arrase con lo bello?". Ella me había contado sus sueños, había tenido planes de ir a estudiar inglés en Rutland, pero al terminar el colegio secundario no había podido irse de Woodsville. Poco después de graduarse la madre de Marie había presentado síntomas de la enfermedad de Huntington, temblores musculares, movimientos incontrolados, luego pérdida de la memoria y parálisis. Su padre había muerto en la guerra en Alemania y ahora ella tenía que hacerse cargo de su madre enferma. Yo le había preguntado si no quería hacer un estudio a distancia, en las horas tranquilas en la biblioteca con toda seguridad encontraría tiempo para estudiar, y después quizás algún día podría trabajar como maestra. Quizás entonces, en un par de años, yo podría ir a visitarla cuando estuviera al frente de una clase y les recitara sonetos de Shakespeare a los niños.

Sí, yo quería volver a verla, pero no recién en cinco años. Algo había pasado entre Marie y yo. Pero recién descubrí lo que había sido cuando le quise contar a Eisenstein en el auto y me di cuenta de que no podía. Allí estaba de nuevo, mi impotencia descriptiva. En aquel verano me había vuelto tan bueno para reproducir en palabras todas mis experiencias y lo que había sentido que me impactó ver que ahora de repente fallaba. Ciertamente yo podía hacer revivir los momentos ante nuestros ojos, describiendo cómo sonaba la risa de Marie en mis oídos o cómo se sentían sus pezones, pero no podía expresar en palabras ese algo que yo había sentido entre Marie y yo.

Eisenstein percibió mi vacilación.

—No cometas ese error —dijo.

—¿A qué te refieres?

—No te enamores.

Habíamos dejado Woodsville por unos días, íbamos andando en un camino que pasando por Montpelier y los techados puentes de Vermont nos llevaría hacia el Norte, hasta la frontera con Canadá. A explorar nuevos territorios. Nuevos objetos del deseo. Pero me dolía cada milla que íbamos dejando atrás entre nosotros y Marie y su puesto en la biblioteca.

—No estoy enamorado. Es sólo que… Marie fue de algún modo algo diferente. Con ella *es* diferente. Ella fue algo especial. No como las otras chicas antes.

—Eso sólo te parece porque es cinco años mayor y sabe un poco de libros. Aunque… ¿Hermann Hesse? ¿*El lobo estepario*? No lo decía en serio, ¿no?

—¿Por qué no? A mí me parece muy bueno. Pero no es eso. Simplemente ella es maravillosa.

—Entonces es porque su madre está enferma e incapacitada y tú sientes compasión por ella y la quieres ayudar. O porque todavía nunca te acostaste con ella. Grande sólo es siempre lo que uno no conoce.

Volvió su rostro hacia mí, lentamente, como si le diera pena que yo me hubiera enfermado. Se quedó mirándome un rato tan largo que me dio miedo de que se saliera del carril y estrellara el Studebaker contra un arce.

—Jonathan, ¿qué sabes de ella? Ella no te conoce, tú no la conoces. Tíratela, conócela durante un par de semanas y verás que ella es tan común y corriente y tan banal como todas las demás mujeres del mundo.

—¿Todas las demás? ¿En serio? Yo no creo eso. Las mujeres también son seres humanos como tú y como yo.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Alguna vez encontraste entre las muchachas que conociste a alguna que fuese al menos la mitad de genial que tú y yo? ¿Que tuviera nuestra chispa? ¿Nuestra capacidad intelectual? ¿Que hubiera hecho alguna otra cosa de ella y de su vida que pintarse las uñas y preguntarse qué piensa tal o cual tipo sobre ella?

—¿Y tú cómo sabes que no fue así? Quizás fue así. Quizás hubo una que tenía algo en la cabeza. ¿Cómo averiguarlo si al cabo de un par de días ya no la veo más? ¿Si nos vamos antes de que me pueda ganar su confianza? Quizás es justamente Marie la que es así de especial.

Pero él se puso un dedo sobre los labios como si no quisiera escuchar nada más de mi parte y subió el volumen de la música.

—Escucha esto, muchacho. Benny Goodman. “Soft winds.”

Pero yo no me callaba, no quería callarme sino gritar con toda mi voz y gritarle al mundo lo que sentía. Un solo día y ya extrañaba a esa muchacha.

—Maldición, esa Marie, lo que yo viví con ella es algo simplemente indescriptible. Pero cómo quieres poder entenderlo alguna vez *tú* precisamente.

Lamenté mis palabras en ese mismo instante. Pero Eisenstein sólo dijo:

—No cometas ese error, muchacho.

Sonó como una amenaza.

El resto del viaje lo hicimos en silencio. Yo no sabía qué era lo que le molestaba más: si el que yo hubiera manifestado sentimientos por Marie Ziegler que iban más allá de lo físico o que no pudiera describirle esos sentimientos.

Cuando regresamos al cabo de tres días y volvimos a ocupar nuestros cuartos en casa de Ma Wentworth, la gente ya no hablaba más de Sharon Tate. Las muchachas de Woodsville ya no cuchicheaban más sobre nosotros, y también en Nueva York parecía haber concluido la serie de asesinatos, pues ya habían pasado tres semanas desde que habían sacado del río a la última víctima, mujer, joven, bonita, desollada y por lo demás intacta a la manera habitual. El Desollador de Williamsburg parecía haber acallado su sed.

Después de colgar mi ropa en el armario, lo dejé a Eisenstein en el hotel y salí. Él sabía que yo iba a ver a Marie.

—No te acomodes tanto, Jonathan —me gritó cuando yo ya estaba en la puerta—. Un par de días y volvemos a las carreteras.

Yo me puse furioso.

—¿Adónde vamos?

—Volvemos. A la ciudad. Todavía tenemos muchas cosas que hacer.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer? ¿Qué tienes que hacer *tú*? ¿Tirarte en el diván y fumar?

—Yo tengo mi vida, y tú tienes la tuya. Todos tenemos nuestras cosas que hacer. El semestre comienza pronto, muchacho, tienes que inscribirte en tus cursos, prepararte para los exámenes de admisión.

—¿Quieres decir que tengo que leer los libros de la lista de lecturas?

¿Esa que rompiste delante de mis ojos por los antisemitas? ¿Por un verso de T.S. Eliot?

—Deberías ocuparte, jovencito, de avanzar en tus estudios. El semestre pasado lo perdiste. Mira, créeme, yo tengo un poco más de experiencia en estas cosas. Yo veo bien mientras el resto del mundo lleva gafas.

Yo sabía que él tenía razón, pero no quería dársela tan fácilmente.

—¡Madre mía, hablas como mis padres!

—No puedes continuar toda tu vida así, ¿tú qué crees?

—¿Qué sabes tú de mi vida? Quizás pierdo un semestre y después otro. Y después otro. Desperdicio todo mi futuro. Al diablo el *college*, al diablo los profesores. ¿Qué tiene que ver todo eso con mi vida?

Salí corriendo hasta el río Ammonoosuc. Las golondrinas volaban en círculos bajos sobre mi cabeza, quizás pronto se largara a llover. Fui andando entre los ciruelos y bajo los sauces llorones y di rienda suelta a mi indignación.

Y allí la vi. Por fin volví a ver a Marie Ziegler y por fin sentí ese aguijoneo del deseo del que había hablado Eisenstein. Ella no me veía, pues estaba de espaldas a mí; a su lado había un hombre de camisa leñadora y la tomaba de la mano. Tampoco él, un verdadero gigante que pese a estar encorvado le llevaba más de dos cabezas a Marie, me veía. Debo haberme quedado allí una eternidad, oculto detrás del cortinaje del sauce llorón. Entonces él apretó su boca contra la de ella, larga y salvajemente, acarició con su garra nudosa su cabello castaño, *mi* cabello castaño, mientras con la otra sostenía la pequeña mano de ella sobre su pecho y me mató y me hizo despertar a una nueva vida.

Mi deseo de castigar a Marie por hacer lo que yo hacía con todas las demás chicas, ¡PERO NO CON ELLA!, me produjo un nudo en la garganta. Tres días había estado afuera, tres días y tres noches y ella ya se había buscado otro y estaba junto al río (¡junto al río!, ¡NUESTRO río!) toqueteándose con él. Y uno como ese además, un idiota fortachón, un *goy*, un campesino, un leñador de botas polvorientas que no tenía ni idea de literatura y buenos libros. Otras mujeres ataban durante años una cinta amarilla alrededor del roble delante de su casa, pero Marie no me esperaba ni tres días. Ella había querido castigarme por mi ausencia, de otra manera no podía explicármelo. ¿Acaso también le leía novelas francesas a ese gigante? ¿Le citaba a Shakespeare? Parado allí intentando tomar aire me di cuenta de la intensidad de la sensación que me invadía, como a un personaje de una novela de Sade que se

autoestrangula para aumentar su deseo. Yo no podía saciarme, no podía apartar mis ojos de los dos, me solacé en el dolor de mis celos.

Ellos avanzaron unos pasos hasta los avellanos. ¡Pero qué mujerzuela era ella! Mientras Marie se tendía en la hierba con su nuevo amante y comenzaba a abrirle la bragueta, yo sentí rabia y desesperación y arrebato y excitación, todo al mismo tiempo. Y tristeza. *Bonjour tristesse*. A Marie se la veía ausente y precipitada, como un animal, como si no pudiera esperar un instante que el gigante la montara. El sentirme rechazado me puso loco. ¿Debía abalanzarme desnudo sobre ella y participar también o clavarle los dientes a él en la espalda o aplastarle a ella con una roca del río su dulce y pálido rostro o directamente partirles el cráneo a ambos?

Me decidí. Cuando él la hizo voltearse, le alzó el vestido y le bajó las bragas, yo también estaba con los pantalones bajos debajo del sauce, a sólo pocos metros de ellos. Los observé a ambos a través de las hojas, vi cómo él le separaba las rodillas y luego colgaba jadeante sobre ella, haciendo subir y bajar en el impulso su trasero desnudo y velludo, rápido y fuerte y ruidosamente, y ella parecía disfrutarlo. Ver eso, ver el deseo de ella, oír sus gemidos me hizo explotar, y mientras aún estaba sucediendo supe que tarde o temprano yo me volvería un adicto a esa sensación.

También Marie y el gigante concluyeron lo suyo, se levantaron y se sacudieron las hojas de hierba de la ropa. Pasaron por delante de mí, tomados de la mano, sin notar mi presencia. Yo esperé aún un rato con los pantalones bajos, satisfecho y lleno de miedo al mismo tiempo. Finalmente había vivido lo que él me había prometido. Durante esos minutos en los que había mirado tener sexo a Marie, mi tedio había desaparecido, y yo había sentido un deseo que me daba una razón para vivir, un deseo que no me podía provocar ninguna muchacha común que se fuera conmigo después de un par de copas. Pero allí estaba el miedo, un miedo feo, opaco, que a partir de ese momento me condenaba a tener que volver a sentir una y otra vez ese deseo. ¿Algún día me volvería como Eisenstein?

Al atardecer de ese día estaba sentado solo en la terraza del restaurante chino en la plaza del mercado. Eisenstein no apareció. En un momento pagué mi vino y fui andando por las calles buscándolo. No estaba en el *milk bar*, no estaba en las estaciones de servicio y tampoco en el McDonald’s. Me corría el sudor de la frente de sólo pensar que me hubiera abandonado, que se hubiera subido a su Studebaker y se hubiera ido a Brooklyn.

Al final regresé al hotel. Era la última posibilidad antes de la biblioteca, a la que no me animaba a ir. Cuando subo las escaleras que llevan a nuestros cuartos, escucho música detrás de la puerta, suave, no puedo distinguir qué es. Apoyo el oído contra mi puerta. Frank Sinatra canta "Moonlight in Vermont". Lentamente abro una rendija. Adentro no hay nadie. El televisor en la pared está encendido y con el sonido apagado se ve en él el noticiero de la noche. Un par de bombas de napalm en Vietnam, Nixon, Walter Cronkite. Cuando avanzo más en el cuarto, lo veo a él acostado en mi cama. Al principio tengo la sensación de que es el nuevo amante de Marie, el gigante, que me esperó metido en mi cama y en la espera se quedó dormido. Pero es Eisenstein. Me acerco más. Sus ojos ligeramente abiertos no me miran. Están vacíos y sin brillo, como si estuviera muerto; pero su pecho asciende y desciende lentamente debajo de la blanca manta de lino. Allí está él tendido, su cuerpo un envoltorio abandonado y su espíritu lejos de mí, lejos de todo. Corro la manta a un lado. En el pliegue del codo del brazo derecho el pinchazo de la aguja de una jeringa que ahora está delante de la cama en un platillo plateado, directamente sobre mi edición de los ensayos de Emerson. Tiene el torso desnudo, la piel enrojecida como después de un baño caliente. Percibo en él un ligero temblor. Me siento a su lado en la cama y lo observo. Ahora sus ojos se mueven, parecen verme, él levanta un poco el pecho y como en un suspiro pronuncia algunas palabras ininteligibles, como si estuviera agonizando, luego de nuevo, mientras Frankie canta sobre la brisa de una noche de verano y sobre el canto de una alondra, su mirada se pierde en la nada, en su paraíso artificial.

Alzo la mano lentamente. Mis dedos buscan su rostro, se acercan vacilantes a sus sienes. Le seco el sudor de la frente, toco sus cejas, sus frías mejillas y los grises pelos hirsutos de su barba. Lo acaricio. Le acaricio los cabellos, sus finos y resquebrajados labios debajo de su pequeño bigote, el contorno de su larga nariz aguileña, la curva de su mentón y el oscuro hoyuelo que tiene allí. Ese hombre viejo y desconocido. Qué bello es.

Al cabo de unos minutos voy a su cuarto, me acuesto en su cama y me duermo.

Por la noche llegó la lluvia, la tan ansiada lluvia que habían predicho las golondrinas. "Una lengua de un frente de baja presión desciende desde Nueva Escocia", informaron en las noticias. El mundo se enfrió. En una granja de Bethel los prados se convirtieron en

lodazales mugrientos porque demasiada gente pasó por allí andando y pisoteándolos. Había demasiados pocos baños públicos. Un tipo destruyó el himno nacional y le prendió fuego a su guitarra. A otro lo pisó un tractor en su bolsa de dormir.

Un día más tarde yo estaba en la isla del río Connecticut; mientras sentía la arena entre los dedos de los pies y veía ponerse el sol me despedí de Marie Ziegler y de mi verano de amor.

* * *

En el Lower East Side, no lejos del Puente de Williamsburg, bajo la sombra de la maciza torre del Hospital Beth Israel, había en aquella época un local donde se podía estar entre nos. Los parroquianos del Lepke's valoraban la atmósfera, el whisky y la reserva de los empleados. Se decía que en el Lepke's todavía se podía cerrar un negocio sin que al día siguiente a uno se lo llevaran esposado preso o lo hundieran en el fondo del río con los pies en un bloque de cemento. Los parroquianos del Lepke's se sentaban en los taburetes de la barra, fumaban, comían maníes, acosaban a las camareras, conversaban sobre el futuro de los Jets y bebían whisky de una malta. Acomodados en los sillones verdes de imitación cuero comían papas cocidas con cáscara, sentados bajo el parpadeo de los letreros luminosos con publicidades de cervezas fumaban cigarros o se escondían de las miradas en alguno de los apartados separados por barras cromadas que tenía el *diner* y se la pasaban bien.

Y por lo general también Ira Bloom se sentía cómodo en el Lepke's. Esto no se debía al hecho de que fuera judío. Los judíos ya habían dejado de ir hacía tiempo. Lo único que hacía pensar en ellos era el clarinete de Benny Goodman que se escuchaba regularmente en la gramola. No se debía tampoco al hecho de que Ira Bloom fuera negro. Si él no podía ver los colores, ¿cómo le iba interesar si otros los veían? Y tampoco se debía al hecho de que fuera homosexual. El que los otros hombres allí fueran matones barrigones, tipos con cicatrices de acné y puños velludos, o pálidos contadores estrábicos, no tenía por qué preocuparlo. Pues Ira Bloom era ciego.

El que se sintiera cómodo se debía al hecho de que allí nadie se fijaba en él. Pues Ira Bloom, con su melena de cabellos plateados y el anillo de oro con la estrella de David en la izquierda, no era sólo un caballero de traje a cuadros que se sentaba en algún rincón apartado

con una leve sonrisa, bebía su cerveza y escuchaba la música de *swing*. Ira Bloom era más que un cliente común: él hacía sus negocios en el Lepke’s, porque sabía que ninguno de aquellos hombres tenía miedo de él ni tampoco pensaba que él era mejor que ellos.

Aquella noche, empero, una fresca noche de otoño del año 1968, Ira Bloom se sentía cansado y agotado como si acabara de donar litros de sangre. Demasiado lo estaban haciendo esperar y demasiado delicado era el asunto como para que él pudiera quedarse sentado relajado mientras pasaba el tiempo. ¿Pero quién se creía ese tipo que era?

Con el pañuelo del traje se secó la frente, sintió cómo crecía la furia en su interior, sintió su corazón latiendo contra el estuche de la pistola, le costaba respirar. No entendía por qué Eisenstein no le había dado directamente el libro. Podía entender que no quisiera que supiera dónde estaba su taller o en qué calle vivía. Pero con las tantas veces que él y Eisenstein se habían encontrado en las últimas semanas con toda seguridad hubiera existido la oportunidad de cerrar el negocio. Ni siquiera la ceguera de Bloom era suficiente garantía para Eisenstein. Así que ahora no le quedaba más que aguardar.

Cuando, tras su cuarta cerveza, Ira Bloom se disponía a irse del Lepke’s, oyó el golpeteo de pesados pasos bajando la escalera. Alguien se acercaba cojeando hacia él. Jerry. Eisenstein había tenido razón. “No lo pasará por alto.” Una vez más agradeció Bloom al destino que lo había hecho ciego. A juzgar por la forma de cojear, el aliento putrefacto, su gemir y resollar con cada movimiento que hacía, un engendro del infierno debía ser aquel secuaz que Eisenstein le había enviado. No se podía creer que Josef Eisenstein, un hombre de gusto y estilo exquisito, estuviera con ese producto de una enferma imaginación. ¿Cómo soportaba trabajar noche y día con aquel monstruo? Por lo visto, pensó Bloom, este Jerry debe poseer otras cualidades que no son una agradable presencia.

Bloom volvió a sentarse. Su corazón latía más aceleradamente. Oyó a Jerry depositar sobre la mesa un pesado objeto, envuelto en papel de periódico. Tuvo que tocarlo.

—N-no —tartamudeó Jerry. Bloom sintió la cálida saliva de Jerry cayendo sobre la mano que él había puesto encima del periódico—. Primero dinero. Primero Jerry adiós.

Después de limpiarse la mano con el pañuelo del traje, sacó un sobre, lo colocó lo más apartado de él sobre el banco y oyó cómo Quasimodo tomaba el dinero y se alejaba gruñendo.

Bloom sonrió y sacudió la cabeza. Acercó el periódico, lo abrió y palpó el bloque rectangular que estaba envuelto en otra hoja más de papel y sostuvo entonces en su mano como una tabla de piedra antigua. Bloom se olvidó del Lepke's, se olvidó de la gente a su alrededor, se olvidó de sí mismo.

No habían exagerado con la promesa. Una vez que hubo retirado cuidadosamente el envoltorio, sintió cuán impecable era lo que sostenía en sus manos. No necesitaba abrirlo para saber que el negocio había más que valido la pena. Cuán perfecta era la superficie, tan lisa y pura y delicada como una hoja recién caída en el otoño temprano, como la fina y firme corteza de los brotes de sauce que volvían a salir cada primavera, fuertes y flexibles al mismo tiempo, sí, como la piel de un niño en el verano. Esa resistencia que ejercía sobre su palma, las leves vetas en el cuero marrón claro, el magistral trabajo en las esquinas, los cierres de madreperla, la directamente sublime pátina del lomo, oscura e irisada, como si acabaran de ungirlo, de aplicarle un bálsamo como al cuerpo de una momia que debía preservarse de ahora en más y hasta el final de los siglos en la pétrea cripta de los reyes. Una obra maestra del oficio de la encuadernación, una obra de arte, una genialidad. Otro glorioso ejemplar en esa colección suya que cada vez se iba volviendo más perfecta.

Bloom sintió con el tacto el título grabado en la tapa, leyó con sus dedos. *Ovidio. El arte de amar*. Acercó el libro a su rostro, inspiró profundamente y murió. Toda la magnificencia del mundo. Podía matar por él. Tenía que guardarlo. No debía abrirlo. No allí.

14

Su padre le había puesto el nombre por la guía en el Paraíso de Dante. Al menos era lo que él decía cuando la presentaba. Así pues en realidad ella se llamaba Beatrice y vivía en el paraíso, aunque ella se llamaba a sí misma Bea. En las veladas que el profesor Ehrlich ofrecía en su *penthouse* del Upper East Side se la veía con vestido de noche, fumando aburrida y ensimismada. Seguramente de no más de dieciocho años, tenía cabellos negros que a cada minuto se corría de la frente con la mano en la que sostenía el cigarrillo haciendo que su delgado rostro siempre se viera envuelto en un halo de humo. Un rostro indígena, pensé la primera vez que la vi, audaz, oscuro y misterioso. Sus ojos eran casi asiáticos, mongoles, los hombros debajo de las negras tiras de su vestido como tallados en marfil, sus frágiles dedos largos como las varillas de un abanico andaluz. Beatrice, decía el profesor Ehrlich, de quien ella era su gran orgullo… junto a una colección de manuscritos del Trecento. Ella nunca hablaba sobre sí misma. Yo deseé que ella no hubiese hablado jamás.

No había sido fácil regresar a Nueva York en aquellos días. Poco antes de llegar a Kingston ya no se podía pasar. Minibuses con camisetas en lugar de cortinas en las ventanillas llenaban las calles. En la radio decían que medio millón de jóvenes querían volver a sus pueblos después de tres días de paz y música. Medio millón que en el ínterin simplemente había dejado sus autos en los campos. Medio millón, la mitad de ellos chicas. Y yo no había estado allí.

En la carretera provincial que habíamos tomado en lugar de la autopista interestatal discutimos sobre mí y sobre mi vida.

—Quiero ser escritor o nada —dije—. Quiero ser famoso de infame fama o morir a los veintisiete. Quiero tener un apartamento en Brooklyn con miles de libros, quiero seducir muchachas y escribir poemas como Rimbaud.

—¿Y una grandiosa novela?

—Eso sobre todo. ¿Para qué estudiar entonces?

Él sonrió.

—Tú no puedes escribir siquiera cómo es seducir a una mujer. ¿Cómo quieres llegar a escribir alguna vez una grandiosa novela?

En Manhattan habíamos retomado nuestra vida de dandis, íbamos de nuevo a fiestas, bebíamos en los bares de los ricos y bellos y de los que creían que lo eran, y esperábamos hasta encontrar a las chicas. Aquella noche tuvimos que esperar exactamente hasta el momento en que sin que nadie se lo preguntara y en medio de largas disquisiciones sobre la literatura italiana el profesor Ehrlich reveló el origen de su nombre, y haciendo esto señaló a la misteriosa muchacha que estaba sentada junto a la ventana con las piernas cruzadas haciendo un esfuerzo por no escuchar.

Esa mirada indiferente, ese mostrarse aburrida, ese negarse a simular interés: todo eso me excitaba tanto como tenía que excitarlo a él. La fuerza de su impasibilidad. ¿Qué podía ser más erótico que la ausencia de toda intención erótica en una mujer excitante? No necesitamos decir nada, una mirada bastó, habíamos encontrado nuestro objetivo. Pero Bea no era en absoluto un caso fácil.

Yo supe que no tendría éxito si me acercaba directamente a ella y le hablaba; me fulminaría como a todos los demás jóvenes cuyos fragmentados huesos yacían dispersos alrededor de sus delgados pies. Supe que aún era virgen y que ocultaba su inseguridad detrás de un muro mostrándose consentida e intocable. Mientras Eisenstein conversaba con el profesor Ehrlich sobre Savonarola, yo me acerqué a una muchacha no demasiado bonita que estaba en medio de un grupo de trajes de corderoy, con un cóctel en la mano y dentro del campo de visión de Bea. Hice un par de chistes que en ese punto ya me sabía de memoria, rocé un par de veces su hombro, alabé el ramito de flores campestres en el lazo de su vestido hasta que me volví y mientras bebía aburrido sorbos de mi copa miré por la ventana. Mi nueva conquista alzó la suya brindando conmigo ya al cabo de unos minutos en los que la ignoré, luego me volví de nuevo hacia ella, le susurré al oído algún disparate sobre los New York Jets en la próxima temporada y le pregunté si pensaba que Joe Namath podría romper su récord del año anterior. Yo no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba diciendo, pero mi boca estaba cerca del pabellón de su oreja y eso era todo de lo que se trataba.

Luego ella también me susurró algo, ante lo cual yo di un paso atrás y la miré con los ojos bien abiertos, como si acabara de hacerme una oferta indecente. Me aparté una vez más de ella y de su grupo y entonces la miré a Bea directamente a la cara. Allí estaba, sentada a un par de metros de mí, con la copa y el cigarrillo en una mano, y me había estado mirando. Yo puse los ojos en blanco como si todos los días me hicieran ofertas como esa. Ah, las mujeres. No quieren otra cosa…

Y Bea me sonrió.

La siguiente media hora me quedé encerrado en el baño del profesor Ehrlich. Yo tenía que desaparecer de su vista y ella tenía que pensar en mí, tenía que extrañar al tipo *cool* con esos ojos que brillaban de chispa e inteligencia antes de que este volviera a aparecer de la nada y le diera fuego. La torturante media hora en el baño la pasé simplemente ahí parado, mirándome en el espejo y mordiéndome el puño para impedirme a mí mismo volver a salir a escena demasiado pronto. En un momento, no obstante, los golpes a la puerta se hicieron demasiado intensos, alguien en el corredor hacía chistes diciendo que alguien estaría por pegarse un tiro ahí dentro, así que abrí la puerta, pasé delante del bromista y regresé al salón.

No alcancé a divisar a Eisenstein por ningún lado, quizás estaba en la sala del piano haciendo que la amante del profesor le sirviera un trago. Con esfuerzo fui abriéndome paso entre las excitadas y banales conversaciones de los invitados y los trombones del *jazz* hasta llegar adonde estaba Bea junto a la ventana. Ella había desaparecido.

Me invadió el pánico. ¿Se había ido de la fiesta? ¿Pero si ella vivía allí? ¿O ya vivía sola en alguna parte del Upper East Side? ¿Por qué había esperado yo tanto en el baño?

Al final me dirigí hacia la puerta del balcón y miré afuera la noche de Manhattan. Allí estaba ella, con la parte desnuda de su espalda que dejaba ver su vestido de noche vuelta hacia mí, conversaba con un hombre de traje negro, una cabeza más alto que ella. Ambos miraban hacia los tejados de Carnegie Hill. El hombre se volvió hacia mí y yo reconocí su sonrisita de tiburón. No podía ver el rostro de Bea, pero sabía que estaba conversando con él.

Sentí el impulso de plantarme delante de ellos, de inmiscuirme en su conversación o por lo menos de escucharlos, aun cuando aquello significara destruir todo y que él no me lo perdonara nunca. Pero al final yo había sido de los dos el que había dado el primer paso, el primero de los dos al que *Miss* Pocahontas le había sonreído: ¿dónde

había quedado la justicia? Ahora era él el que estaba a sólo un palmo de distancia de ella y escuchaba su trivial charla. Demasiado cerca de su espalda desnuda y de una cita en algún momento de los próximos días, ¿quizás en Brooklyn? ¿Quizás en su atelier?

Así pues me quedé en el marco de la puerta del balcón, con un pie en el salón y el otro afuera sobre los edificios de Manhattan, y los observé a los dos. Ella se corría mechones imaginarios de la frente, gesticulaba al hablar, permanecía en silencio, calma cuando escuchaba, luego reía, inclinando la cabeza hacia atrás sobre la nuca haciendo que sus negros cabellos le cayeran entre los omóplatos, y observaba constelaciones que él le enseñaba y que ya hacía cien años no se veían más sobre esa parte de Nueva York.

Yo no lo soporté. ¿Qué si esta vez él no me cedía nada de ella? ¿Como castigo por lo de Marie? Más tarde no pude comprender de dónde me había surgido exactamente ese sentimiento, pues él no habría conseguido nada seduciéndola solo, al fin y al cabo él no había tocado jamás a las chicas y no se dejaba tampoco tocar por ellas, sino que dependía total y absolutamente de que yo las tocara y de lo que yo le describía. Pero en ese momento, a mi derecha, la charla y la música de *jazz*, a mi izquierda, los silbatos y las bocinas de la avenida Madison, el invisible cielo estrellado sobre mí y en mi interior ese arder sin llama de la noche, no pude pensar claramente. Avancé hacia la parejita junto a la baranda, me ubiqué a la derecha de Bea y le coloqué una mano sobre el hombro. Firme, flexible, cálida.

—Creo que aún no nos hemos presentado. Joe Schwarzkopf.

Yo no quería soltar más aquel hombro. Simplemente clavar allí las garras de mi mano y llevarme arrastrando conmigo, detrás de mí, el cuerpo que colgaba de él, por entre la gente reunida, pasando por delante de los ojos asombrados del profesor, atravesando el corredor hasta el baño donde nos encerraba a los dos, le quitaba la ropa y la tendía en la bañera. Que ahora fuera mi guía al paraíso.

—¡Pero qué casualidad! —me dijo Bea—. Los dos se llaman igual. ¿Quizás son gemelos separados al nacer?

Yo intenté ocultar mi furia contra Eisenstein. No era sólo que se me había adelantado, sino que ahora usaba también mi nombre falso. Eso no era ninguna senilidad, *Mr*. Fiddler, eso era pura maldad.

Me quedé allí mudo. Bea nos dejó a los dos parados junto a la baranda, fue hasta la puerta del balcón, se volteó una vez más y dijo:

—Quizás los dos deberían ponerse de acuerdo antes de salir de caza.

Les deseo mucha suerte.

Y desapareció en medio de las charlas y la música de *jazz*.

No volví a ver a Bea nunca más, como tampoco a Marie. De Marie todavía tengo aquí en mis cajas los dos libros que no devolví en la biblioteca de Woodsville. Los que Joe Schwarzkopf le robó. De Bea, en cambio, sólo me queda el recuerdo de su risa burlona.

* * *

Cuando él traía un libro al mundo, todo lo demás perdía sentido. Él lo creaba, estaba solo con él, eso era lo que él sabía hacer, eso era lo que él quería hacer. Y eso era todo lo que contaba. Quiénes eran las personas que compraban sus libros para él no tenía significado alguno. Él sabía que entre los compradores había decadentes, perversos, gánsteres y rufianes, seres sin conciencia pero a cambio con un oscuro pasado y un sospechoso presente. Famosos que no querían que se supiera su nombre, gente que se había hecho de dinero demasiado rápido y lo único que buscaba era un pasatiempo extravagante. Él no abrigaba la ilusión de muchos artesanos: que los que pagaban por su arte también lo entendieran.

Lo único importante era que el libro estuviera en manos cuidadosas. No importaba qué clase de monstruos pudieran ser en sus vidas, los coleccionistas tenían algo en común: su amor incondicional a ese libro especial, valioso, único. Él no hacía preguntas. A él no le preocupaba por qué querían poseer el libro. Fundamental era sólo que él supiera que lo habrían de cuidar como a la niña de sus ojos y mientras vivieran jamás se lo darían a nadie más. Sólo así podía estar seguro de dónde estaban.

Tampoco le interesaba el dinero. Las sumas que pagaban los coleccionistas financiaban su propia biblioteca, su apartamento, hacían posible su tren de vida, pero: si en todo el mundo no hubiera habido más coleccionistas locos, si nadie más hubiera pagado siquiera lo más mínimo por su trabajo… él igual lo hubiera tenido que hacer. Aquello no era sólo lo que él sabía hacer. Era lo que tenía que hacer.

Más allá de quién le comprara por cuánto dinero un libro: para él cada una de sus obras sería su propiedad por los tiempos de los tiempos. Él la había traído a la vida, era para siempre suya. Un libro que había creado Josef Eisenstein no era ningún libro para leer. Simplemente existía para ser percibido. Y así le daba igual de qué título se trataba. Si

era una edición del Nuevo Testamento en la que estaba trabajando, o los poemas de Petrarca o, como aquel día, *El arte de amar* de Publio Ovidio Naso: no le preocupaba. Eran pequeñeces sobre las que él no tenía ninguna influencia y que poco añadían al valor de su trabajo. Lo que estaba escrito en un libro, su espíritu, sus entrañas, carecía de significado para la verdadera obra. Lo único importante era la superficie.

Cuando traía un libro al mundo, tenía que estar solo. Sin que nadie lo molestara y sin que nadie lo viera. Así estaba ahora en el sótano del edificio de la calle 42, en un fresco espacio abovedado de paredes de ladrillo y sostenido por cuatro imponentes columnas, sólo iluminado por un par de lamparillas, y era el último ser humano que había quedado en la Tierra. Era su escondrijo, su refugio y su fortaleza. Construido a finales del siglo XIX, primero había servido de depósito de carbón, luego, tras su ampliación con dos cuartos accesorios conectados, como bodega de vinos y despensa de Cavaggio's, el restaurante italiano de la planta baja, y después de la guerra, durante un par de años, como depósito de Rene's Cars, el taller mecánico que estaba en la avenida New Utrecht. Pero ahora, como tanto la familia Cavaggio como René hacía tiempo que habían desaparecido, los tres cuartos del sótano, a los que sólo se llegaba por una estrecha escalera desde el patio trasero cerrado con cerrojo, no eran de nadie. No había ningún propietario ni ningún registro en el catastro. No había nadie a quien uno hubiera podido dirigirse. ¿Pero a quién podía interesarle ese agujero de mala muerte?

Para la gente de Sunset Park todo el edificio no era más que otro resto de una época ya pasada hacía largo tiempo que esperaba ser demolido. No sospechaban quién pasaba días y noches enteros debajo de sus pies y lo que hacía allí. No sabían su nombre. Nadie lo veía entrar, nadie lo oía trabajar, nadie lo registraba cuando salía del edificio por el cobertizo de chapas detrás de los tachos de basura que había en la calle lateral. Nadie notaba la furgoneta blanca de la marca Kaiser que estaba estacionada allí algunas noches, a nadie le llamaba la atención el jorobado que lanzaba gemidos bajo el peso de los cajones y las cajas que llevaba cargando con ímpetu desde el interior del vehículo al sótano y luego de regreso.

Allí, en aquella fría celda sin ventanas, de desnudos muros sólo adornados por una copia de *El bibliotecario* de Arcimboldo, trabajaba Josef Eisenstein. Allí preparaba las hojas que por lo general recibía unidas en cuadernillos pero en forma suelta, pegaba mapas, tablas y

grabados en los sitios correspondientes, unía las guardas con la primera y la última página. Ya sólo este trabajo demandaba suma concentración y a menudo le llevaba horas. Luego pasaba los hilos por los pliegos, cosía los cordeles en forma transversal a los lomos de los cuadernillos y encolaba el bloque del libro. Allí cortaba y trabajaba con el punzón, plegaba y doblaba, redondeaba el lomo y ablandaba la cola. Allí colocaba gasa y pergamino entre los nervios del lomo. Luego adornaba los cortes con laca dorada o pintura blanca marmolada, haciendo dibujos con el tinte o aplicando la técnica de gofrado, hasta que finalmente el bloque se podía encuadernar. Y esta tarea, la de unir el bloque del libro a las tapas, la boda del papel con el cuero, era la que exigía mayor atención. Papel e impresión, composición del texto e ilustración, encuadernación y corte: cuando él traía un libro al mundo, importaba hasta el último detalle. Así lo había aprendido y así lo había hecho desde el principio. Lo más importante era, empero, la tapa, la naturaleza del cuero y la calidad con la que estaba procesado. Para Ovidio se le había ocurrido algo especial, pues el comprador le caía bien. Un hombre como ese judío negro y ciego merecía algo especial.

Eisenstein tomó la tapa que había reservado para una ocasión como aquella. Desde hacía dos años esperaba empaquetada al vacío en el frescor del cuarto contiguo. Eisenstein sintió cómo el cuero corría entre sus dedos. Ese era el material del que estaban hechos los buenos libros. Hasta ese momento no estaba grabado, no tenía pasamanería ni medallón. Casi le daba miedo hacer con el punzón sus marcas en el material aún virgen. Cuán bien recordaba aún cómo se había hecho de él. Un ser celestial era ella, suave y tierna, grácil, de contextura delgada y delicada mirada. Un ángel de Botticelli. Esa noche él tenía que poner lo mejor de sí. Ella no debía haber muerto en vano.

Después de tantas horas de un trabajo verdaderamente autodestructivo que lo había mantenido allí hasta entrada la noche, volver a salir de su cueva y encontrarse en la calle con su iluminación nocturna le pareció un milagro. Una vez más sintió la perplejidad de no ser él el único sobreviviente de la catástrofe. Se había equivocado. No había pasado años y siglos allí abajo, aunque esa sensación había tenido mientras estaba ocupado con *El arte de amar*. Cuánto tiempo había transcurrido no se había fijado, ¿quizás un día entero? ¿Pero cómo hubiera podido cesar antes, antes de que se llevara a cabo la boda? Hacía mucho había pasado el punto en el que ya le era imposible dejar. Hubiera podido estallar la guerra atómica: Eisenstein no hubiera podido

hacer otra cosa más que seguir hasta que el libro estuviera terminado. Tenía que hacerlo por la cosa en sí misma.

15

Quizás él tenía razón. Quizás yo tenía que ser sensato. Quizás el nuevo semestre me traería nueva fortuna, abriría una nueva hoja en el libro de mi vida. Quizás todo aquello era el camino equivocado.

Así pues una mañana de fines de agosto volví al campus, me senté en un aula del Lewisohn Hall e hice como si fuera un estudiante regular, un buen joven norteamericano con el optimismo norteamericano, un *shegetz* de Nueva Inglaterra con un compás moral y metas en la vida, como por ejemplo, partidos de polo y cacerías de zorros. Yo realmente hacía lo mejor que podía.

Pero la chica que conocí en aquellos días me dijo después que ella me había hablado porque yo me veía tan triste e indignado al mismo tiempo. Como si sintiera un personal encono por el Dr. Castillo, el docente de nuestro curso de verano de escritura periodística. El Dr. Castillo tenía unos treinta y pocos años, un hombre bajito de origen español, con un brillo en los ojos que ocultaba detrás de gruesas gafas, un bigote no muy correspondiente a su edad y rulos salvajes. Yo no lo soportaba.

—Como si el Dr. Castillo te hubiera robado la novia, esa cara tenías —dijo ella—. Como si estuvieras tramando una terrible y cruel venganza.

Yo no le creí, porque no entendía por qué le hablaría una chica como ella a un muchacho como yo sin que este antes hubiera pronunciado un par de frases inteligentes. No entendía cuán especial tenía que ser una chica que me hablaba sólo porque me había visto triste e indignado.

—Es sólo porque él está allí en el centro y todos lo adoran y tú estás sentado aquí en la última fila y piensas que ya lo sabes todo y que estás para cosas mejores.

Quizás tenía razón. Pero mi encono no estaba dirigido sólo al Dr. Castillo. Mi encono era contra todo el mundo.

Aquel día no fui *cool* ni relajado, no tenía una frase lista para responder, sólo estaba asqueado de la falta de sentido del universo y de la Universidad de Columbia en especial. Si un año antes hubieran tirado abajo todo el edificio, si lo hubieran volado, no se hubiera perdido nada.

—¿Para qué vienes entonces si piensas así?

Tomábamos un café en la terraza del Morningside Park.

—Ya no lo sé. Eso es lo que pasa.

—¿Tus padres te obligaron?

—Hubiera sido mejor. Así sabría por qué. Pero mi padre hubiera preferido mucho más que fuera arquitecto como él o por lo menos abogado, y yo me enfrenté a él y me impuse porque para mí no existía nada más que la literatura y escribir y los libros. "Hijo, ¿tiene que ser necesariamente Nueva York?" —imité la voz de mi madre—, "¿por qué no estudias en Monticello, así no tienes que viajar siempre tan lejos? Incluso podrías seguir viviendo con nosotros, ahorrarte el dinero del alquiler".

Ella me había hablado a mí. Ella no me había llamado la atención durante la clase en la que el Dr. Castillo había dado su conferencia sobre la historia de las glosas, y eso aunque yo estaba sentado atrás. La mayoría de los alumnos del curso de verano de escritura periodística eran varones, mayores que yo, con más experiencia, más inteligentes, algo que me ponía aún más furioso. Quizás escribían artículos y cada tanto incluso veían sus nombres impresos en el periódico del campus. Y después había allí un par de estudiantes en el aula IX, una rubia alta de grandes pechos que yo ya había registrado al entrar, una china bonita, Caroline, a la que el Dr. Castillo llamaba por su nombre de pila cuando hacía que respondiera una pregunta, y luego un par para mí intrascendentes. Pero a esta chica la había pasado por alto y tampoco en ese momento en que la tenía sentada enfrente en la mesa de la terraza del café Morningside en el parque pensé en lo bella que era. Yo lo único que quería era conversar con ella. Y con Katharine Adler se podía conversar muy bien.

Conversábamos sobre nuestras metas. Katharine ("mis amigos me llaman Kathy") Adler de hecho quería ser periodista, quería cambiar el mundo, choquear al *establishment*, quería ir a regiones en guerra, reportar desde la zona de combate. Me contó de su admiración por Margaret Bourke-White y Martha Gellhorn y su fascinación por Hemingway. Kathy era la primera mujer en mi vida que no rechazaba

de plano a Hemingway, ni por su estilo ni por sus poses. Hablábamos sobre los libros que estábamos leyendo en ese momento, yo sobre *El lobo estepario*, ella sobre *La caída de la Casa Usher*. Amaba a Edgar Allan Poe ("¡pero no sólo porque soy de Baltimore!"), citaba poemas enteros y aforismos ("¡Es sorprendente que el hombre sólo sea él mismo detrás de la máscara!"). Lo que decía a veces sonaba como si acabara de salir de un seminario de Harold Bloom,[18] pero su entusiasmo, el tono de su voz cuando hablaba fascinada de algo, con un brillo en los ojos, la hacía diferente de todos los idiotas que andaban por el campus hablando y hablando en esa jerga. En Poe, como decía, ella amaba su entrega absoluta, su capacidad de olvidarse de sí mismo aun con todo su sufrimiento personal, la pobreza, la adicción, la locura, poniendo todo de sí y sus aspiraciones en esa pequeña dicha y creando un gran arte.

—Él me emociona y eso es lo que yo quiero. Emocionar con la escritura y que cuando leo, me emocionen.

Cuando le confesé que a veces había sentido miedo cuando leía sus historias de horror, ella sonrió.

—Alégrate de que te dio miedo. Lo que me parece apasionante es pensar que todo lo que hay en esos libros sólo está dentro de nosotros. La casa de los Usher, por ejemplo, el estado en el que está, su ruina, la enfermedad mental de Roderick, Madeline resucitando de la tumba: todo eso son fragmentos de nuestra psiquis. ¡Su hermana gemela está parada delante de su puerta bañada en sangre! Ese es nuestro lado oscuro, el que no podemos enterrar. Y nuestro miedo es la prueba de que nos identificamos con él.

—¿Tú te identificas con enfermos mentales?

—¿Acaso tú no?

Al día siguiente la volví a ver en la inauguración de la librería universitaria en Broadway. Yo estaba parado delante de la sección de libros de Escritura Creativa en el primer piso, mirando algunos desganado y sólo porque había un cinco por ciento de descuento para los estudiantes de Columbia. Tenía un libro en la mano, lo había abierto al azar en una página y la miraba sin leer. Durante un segundo todo se detuvo, todo fue perfecto, la gente a mi alrededor, las letras en mi mano, yo en la librería más bella en la más bella ciudad del mundo. Respiré, inhalé el aire por la nariz, olí. De repente tuve que pensar en ella. Pensé tan intensamente en ella que me pareció oír su voz.

—Terminar un libro —me susurró ella al oído— es como si uno

atrajera a un niño hasta un patio trasero y allí lo matara de un disparo.

Y antes de verla, antes de darme cuenta de lo bella que era realmente aquella chica, supe que había sido su olor, el olor a menta y canela que su perfume hacía emanar de su piel y el champú de sus cabellos y que el día anterior yo ya había sentido sin darme cuenta, cuando estábamos uno al lado del otro en la caja del café para pagar: era su olor el que me había hecho pensar inconscientemente en ella, por lo visto de una manera tan intensa y rotunda que ahora la tenía delante de mí.

Yo me había vuelto, ella me miraba con una sonrisita. Había echado un vistazo por encima de mi hombro y leído el libro que yo tenía en la mano y que ahora cerré y me quedé mirando. Truman Capote, *A sangre fría*. También esta vez ella me había visto antes y se me había acercado.

—¿Es una recomendación para futuros periodistas? —preguntó—. Quizás mejor vamos a ver otro sector. ¡Ven, vamos!

Me agarró del brazo y quiso llevarme con ella, pero yo aún tenía el Capote en la mano y quería volver a dejarlo en su lugar. Así que me quedé quieto y con la otra mano tomé la suya que aún rodeaba mi brazo y la miré.

—Espera.

Ella no me soltó y también yo la sostuve con fuerza y así nos quedamos parados trabándonos con los brazos y nos miramos. Entonces ella hizo un gesto con la cabeza en dirección a aquella sección de libros.

—¿Realmente es lo que quieres hacer?

—¿Qué cosa?

—Ser periodista y eso.

—¿Y qué hay de malo en eso? Algo hay que hacer.

—Si tú lo dices…

Diciendo esto soltó mi brazo, giró hábilmente la mano para librarse de la mía y se fue marchando por la tienda por entre las mesas de libros y las estanterías. Pero yo no dejé que se fuera, corrí detrás de ella y la llevé unos metros hacia el costado, la acorralé entre mis brazos y la estantería de libros en otros idiomas.

—¿Pero qué quieres decir con eso? Tú misma dijiste que lo más grande para ti sería escribir notas sobre otros países. Ser la nueva Martha Gellhorn y todo eso. ¿No dijiste que querías emocionar con la escritura y que al leer te emocionaran?

—Sí, pero esa soy yo, yo no soy tú. Tú con tu escritura sólo quieres emocionarte a ti mismo.

—¿Quizás el apetito viene con la comida?

—Nunca escuché algo más tonto. ¿Para qué va a comer alguien algo por lo que no siente ningún apetito?

—Bueno, antes de morirme de hambre y terminar como Edgar Allan Poe.

—Si tú lo dices…

Me volvía loco ese *Si tú lo dices*…

Quizás también en eso tenía razón. Quizás simplemente mis exigencias conmigo mismo no eran lo suficientemente grandes. Quizás simplemente yo no era nada especial, no era ningún Poe ni ningún Harry Haller, no era ese tipo especial por el que yo me tenía tan a menudo. No podía terminar ni un cuento, ¡y ni hablar de una novela entera! Quizás yo era un mediocre y el hecho de que yo no lo supiera era mi mayor signo de mediocridad. ¿No era al final también lo que mi padre pensaba de mí cuando decía que mejor fuera arquitecto? Un arquitecto de mierda, como yo, muchacho, para más que eso no sirves. Primero construyes la casa de mierda, después puedes matar allí con el alcohol todos tus floridos ensueños nunca concretados. Así hacemos las cosas en nuestra familia.

Yo había hablado por teléfono con mi madre, ella me había contado que en las últimas semanas él había estado muy ocupado, por Woodstock. Buenos tiempos para baños públicos. Se pondrían muy contentos si los iba a visitar pronto. "¿No son ahora las vacaciones del semestre? Tienes tiempo para venir a vernos. Seguro que tu ropa necesita de nuevo un lavado, yo preparo mermelada de rosas y tú puedes sentarte a la orilla del lago y leer. Papá también se alegraría."

¿Sí? ¿Él había dicho eso? ¿O ella simplemente se lo imaginaba? Como fuera: la idea de pasar ya sólo un día en Swan Lake y tener que rendir cuentas ante mis padres, soportar los sarcásticos comentarios o simplemente el silencio de tumba de mi padre durante la cena me sacaba de quicio. ¿Pero cuál era la conclusión de esto? ¿Debía hacer un estudio decente como él me reclamaba o escucharme a mí mismo y dejar todo?

Kathy, con quien yo podía conversar tan bien, sobre Holly Golightly y nuestras partes favoritas de *El mago de Oz*, sobre Simon & Garfunkel y la canción que Paul le había dedicado a ella, sobre Dios y el amor y todo eso y sobre la cita de la *Eurídice* de Anouilh que tenía escrita con

marcador en un papel y que colgaba encima de su cama: "Quizás no soy como me querías. Pero estoy aquí y soy cálida, soy tierna y te amo"… Kathy fue la primera mujer sobre la que no le conté a Eisenstein. No quería destruir aquello, no quería que él hablara sobre ella como lo había hecho sobre Marie Ziegler. Él no tenía corazón, era cínico, pero esto sólo me quedaba claro cuando otra persona que no se llamaba Josef Eisenstein era importante para mí. Existía en algún sitio, esa mujer especial, tenía que existir, de eso estaba convencido. Un loco verano fue aquel.

Ella vivía en el campus en una habitación de diez metros cuadrados con una vista sin obstáculos a la pared del edificio de enfrente que estaba a tres metros. Tenía todo lleno de libros, había camperas de jean y ropa tirada en puro desorden sobre la cama, en el alféizar de la ventana, elefantes de yeso, y en la pared, un cuadro con una foto de Gandhi. Igual que mi apartamento de East Harlem, sólo que más desordenado. Y por lo visto Kathy tenía más libros.

—No son todos míos. No te imagines, Jonathan.

—Y si lo fueran, ¿qué?

—Quizás te imaginas que no tengo *hobbies* en mi vida o que no tengo amigos, sólo amigos imaginarios. No quiero que pienses eso.

—Yo no pienso nada. ¿Pero entonces de quién son los libros?

—La mayoría son de la biblioteca de Baltimore. —Ella alzó uno del piso y me enseñó el sello—. Y un par los dejaron algunos chicos que pasaron antes que tú por este cuarto.

Cuánto tiempo me quedé pensando en esta frase.

Confundido me dejé caer sobre el único rincón de su cama que quedaba libre y tomé un libro al azar. Casi lo hubiera arrojado lejos del susto. *La letra escarlata* de Hawthorne, la misma edición que yo había sacado de la biblioteca. Quizás era incluso el mismo ejemplar que algunos meses antes había estado —sin leer— sobre *mi* cama. Aquello no era una casualidad.

—¿Te gustó?

—Magnífico —dijo. Estaba de pie delante de mí, yo sólo veía el contorno de su delgado cuerpo recortándose sobre el cuadrado de luz de la ventana—. Después leí todas las obras de Hawthorne, pero *La letra escarlata* es su obra maestra. Hester Prynne es ángel y diablo al mismo tiempo y de ese modo tan humano. ¿No te parece también?

Yo acaricié lentamente el lomo del libro, toqué las páginas, las acerqué a mi rostro, inspiré profundamente, sonreí abochornado y no

dije nada. El libro efectivamente olía a Kathy.

Su rostro, el que ahora salía de la sombra, estaba tan cerca del mío como nunca antes. Ella colocó sus manos sobre mis mejillas, acercó sus labios a mi boca, cerró los ojos y me besó. Yo sentí su rodilla contra la mía. Mis ojos permanecieron un instante abiertos, pero ya no podían ver nada.

16

Por primera vez me alegré de que hubiera cursos en las vacaciones, de las clases de los seminarios, de ir a estudiar a la biblioteca. Antes todo me había parecido un sustituto barato de la verdadera vida. Ahora era aquello por lo que vivía. Ya me alegraba del próximo semestre. A Eisenstein le podía decir que tenía que ir a una clase sin mentir. Fui al curso del Dr. Castillo por todos aquellos que querían pasar los restantes días del verano en espacios cerrados y querían desperdiciar su joven talento en el periodismo, pues allí estaba *ella*. Pero claro está que no lo dije.

Hice como si finalmente me hubiera decidido a continuar mis estudios. Podría morir joven más adelante. Volví a empezar *La letra escarlata*; leía el libro de la biblioteca cuando Kathy se había dormido a mi lado en su angosta cama. Y naturalmente: ahora también me gustó.

Tres veces nos encontramos en el aula IX del Lewisohn Hall, nos sentamos juntos y no nos podíamos concentrar. Por el Dr. Castillo yo ya sólo sentía compasión, porque tenía que estar allá adelante haciendo el ridículo mientras yo estaba a los arrumacos con mi chica en la última fila. Después de las clases íbamos a tomar un café, paseábamos por el Central Park y recogíamos frutos de hayas. Una vez se nos ocurrió de repente ir al Museo Metropolitano de Arte, admiramos los campos de girasoles de Van Gogh y los nenúfares de Monet.

Estábamos parados tomados de la mano delante de la *Mujer con papagayo* de Courbet.

—Mira —dije—, tuviste otra vida anterior. Cuando estás en la cama, te ves igual. —Y efectivamente las sonrojadas mejillas y el cabello sedoso, castaño, que se extendía como un mar alrededor de la cabeza de la mujer tendida en la cama me recordaba a Kathy cuando habíamos hecho el amor.

Un par de salas más adelante me detuvo delante de un grupo en mármol de un hombre con sus hijos, un tipo horrible llamado Ugolino,

de expresión desesperada y rostro surcado por las arrugas.

—Mira —dijo—. Parece que tú también tuviste otra vida antes.

Yo le puse una mueca de Ugolino, la tomé de las caderas y la alcé, y ella rio, la gente se dio vuelta para mirarnos. Lo liviana que era, como un papagayo de colores.

Fuimos al cine, vimos *Midnight Cowboy*[19] porque era prohibida para menores de dieciocho y nosotros éramos adultos y podíamos hacer o deshacer con nuestras vidas lo que quisiéramos. Durante todo el día no nos pudimos sacar de los oídos "Everybody's Talkin'" de Harry Nilsson, y cuando uno estaba pensando en otra cosa, el otro volvía a tararear la melodía y los dos nos dábamos una palmada en el brazo y reíamos.

Así transcurrió una semana, así transcurrió agosto. Durante aquellos días yo fui llegando cada vez más tarde a lo de Eisenstein, a veces recién cuando comenzaba a atardecer. Él nunca me preguntó de dónde venía. Pasábamos un par de horas juntos, a veces nos visitaba una muchacha. Él me leía en voz alta pasajes de la *Ilíada*, yo le contaba sobre Giannina o Naomi. Luego me iba a casa.

Ya no era más como antes de Vermont. Jamás volvió a ser así. Y yo extrañaba nuestra vida de antes, cuando no estaba con Kathy, cuando estaba solo en la cama. Extrañaba el leer y fumar y beber, las caminatas de horas por el encantador, venido abajo, íntimo Brooklyn Heights, la vista desde lo alto hacia los muelles, la música, las chicas. Extrañaba su cara, sus rizos canos, sus ojos oscuros, su olor. Me sentía tironeado entre el paraíso artificial de su salón y los suaves muslos cálidos de Kathy, entre el aroma del humo y el cuero y el de la concavidad bajo las axilas de ella, entre el tacto de la Biblia de Doré y el de la piel de ella sobre su torso, entre el peso de un florilegio adornado con incrustaciones de marfil y el de su cuerpo cuando se sentaba arriba mío.

Tampoco ella sabía nada de él. Ni me preguntaba nunca adónde iba yo en la tarde. Y del mismo modo que con Eisenstein, durante exactamente siete días conseguí justificarme ante mí mismo por no contarle nada sobre ese hombre, porque quizás él no le interesaría en absoluto. Porque yo no tenía que contarle nada sobre mi vida a nadie: ni a mis padres, ni a él y tampoco a Kathy Adler. Al séptimo día supe que aquello era una tontería. Pero no sabía la reacción de quién temía más.

Finalmente tomé una decisión y mi padre me ayudó.

—La semana que viene no voy a venir a las clases —dije. Estábamos

sentados en nuestra mesa bajo las hayas lloronas del Morningside Park bebiendo café. Kathy llevaba un vestido y en los párpados se había pintado sombras en forma de pálidas medias lunas. Se la veía triste al escuchar mis palabras.

—Mi madre festeja sus cincuenta, una gran fiesta, así que tengo que ir por unos días al campo.

Claro está que no tenía la menor intención de ir a visitar a mi madre, sino de pasar los días de nuevo con Eisenstein, como antes.

—Llévame contigo. Sería una bonita sorpresa para tus padres.

—No creo que se alegraran mucho.

—Si tú lo dices…

Se hacía la ofendida para no reconocer que realmente estaba ofendida.

—Quiero decir, por ti se alegrarían, sin duda, seguro que estarían encantados de conocerte. Pero mis padres no son personas a las que les agradan mucho las visitas sorpresa. En general las sorpresas no les gustan mucho. No me olvido cuando mi hermano apareció de repente un sábado por la mañana, porque estaba de licencia y no nos había dicho nada. Nosotros habíamos terminado de arreglarnos para ir a la sinagoga y estábamos vestidos de traje en la veranda cuando enfrente de la casa aparece un vehículo militar, él se baja y el vehículo sigue a toda velocidad, y ahí estaba mi hermano. Mi madre tuvo que contener a mi padre para que no pusiera a Sam de nuevo de patitas en la calle. “Mi casa, mis reglas”, dice siempre mi padre.

—Quizás tus padres tienen que aprender alguna vez que no son ellos solos en este mundo, ¿qué opinas?

—A quién se lo dices.

—Y quizás *tú* debes aprender alguna vez a no acatar siempre las reglas. ¿Qué opinas?

Yo me encogí de hombros. Por un lado estaba contento de que ella estuviera triste e hiciera todo lo posible por ir conmigo y conocer a mis padres. Por otro lado me irritaba y yo deseaba que en algún lugar ella tuviera un botón con el que pudiera apagarla.

Pero ella insistía.

—Entonces avísales que voy. Así durante tres días podrán hacer todos los preparativos, porque su hijo va a llevar a su dulce noviecita. Esperemos que ese tiempo les alcance. Tú les hablaste de mí, ¿no?

—Sí, claro. No se pueden haber olvidado.

—¿Qué?

—Quizás en este tiempo se olvidaron. Yo no hablo muy a menudo con ellos como tú con tus padres.

—¿Olvidado? ¿Dices que tus padres se pueden haber olvidado de que tienes una novia? Si es así, espero que lleguen a tiempo a tu boda cuando sea el caso.

—Pero todavía no es, ¿no?

—Si tú lo dices…

Pero Kathy naturalmente tenía razón. En algún momento yo tenía que empezar a vivir según mis propias reglas. Y así fue como mi padre me ayudó a convertirme en un hombre sin enterarse nunca de ello.

Llevé a Kathy a lo de Eisenstein. Era un domingo, uno de esos días en los que al mediodía aún es verano y al atardecer ya otoño. Camino a Brooklyn Heights le conté que le quería presentar a un viejo amigo. Ya no mencioné más el cumpleaños de mi madre.

Yo planeaba presentársela como a las otras chicas que había llevado. ¿Cuál era la diferencia? También a ella finalmente yo le había hablado, aunque hubiera sido después de que ella hubiera dado el primer paso. También a ella me la había llevado a la cama. Yo sabía que él no mencionaría a las otras chicas delante de ella, pues ese era el secreto de nuestro éxito. Tratar a cada una como si fuera la primera o la última.

Pero cuando nos encontramos delante de su puerta, estaba cerrada. Al cabo de unos minutos nos fuimos. Cuando íbamos bajando la escalera, yo me sentía aliviado y esperaba que ella no hiciera más preguntas y que el asunto quedara cerrado, también la historia con mis padres. Abajo en la calle miré atrás, alcé la vista hasta sus ventanas y brevemente tuve la sensación de que él estaba allí arriba espiando por entre las cortinas. Pero seguro que me había confundido.

Ojalá no hubiera vuelto a insistir después de esa tarde. Al día siguiente, cuando volví solo, todo estaba como antes, como siempre. Las puertas abiertas, las cortinas cerradas, el aire turbio y él en el diván, leyendo. Pero esta vez le conté sobre ella.

—Conocí a una mujer, me encantaría presentártela.

—Déjame adivinar: ¿cincuenta años?

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre?

—¿Una *mujer*? ¿Ninguna muchacha más, niño viejo?

Yo me senté enfrente de él.

—Muchacha, mujer… es lo mismo. Un ser femenino de especial calidad. Dulce, encantadora, maravillosa.

—Bueno, magnífico. Te volviste a enamorar, Jonathan.

Yo lo miré. Esta vez ya no quería negarlo. ¿Por qué hacerlo?, ¿para qué? Yo tenía que vivir según mis propias reglas.

—¿Y si fuera así? ¿Nunca te enamoraste de una mujer, Josef? ¿Nunca amaste a nadie?

Él mantuvo los ojos cerrados y respiró hondo. Habló como si estuviera muy lejos al teléfono, en otra costa, en otra vida.

—No me acuerdo. Una vez lo pensé, pero eran sólo sus pechos los que yo amaba.

—Alguna vez tendrías que ver los pechos de Kathy. Ahí cambiarías de opinión.

Yo no quería menos que eso.

—Kathy, entonces. ¿Kathleen, Katrina? Johnny y Kathy… ¿có-mo suena?

—Yo la llamo Lenore —lo cual era una mentira y al mismo tiempo verdad, así la llamaba yo, pero ella no lo sabía.

—Entonces tráela, a tu Lenore. Para que yo cambie de opinión.

Así pues volví a ir con Kathy a Brooklyn, esta vez con éxito. En el corredor resistí el impulso de enseñarle un par de libros, quizás el *Arthur Gordon Pym* de Poe en la edición pirata de 1888 de Baltimore, para predisponerla así positivamente con respecto a Eisenstein. Y en el salón resistí el impulso de retenerla cuando ella quiso darle la mano. Pero no fue necesario. Se me paralizó el corazón. En todos esos meses fue la única vez en la que vi a Eisenstein estrecharle la mano a alguien. Precisamente a ella, *a mi* Kathy. Un breve y demasiado prolongado contacto. Al hacerlo él no se inclinó, sino que la miró, la observó, observó sus pechos, sonriendo. ¿Acaso me estaba haciendo un guiño?

Allí ya debería haberlo notado. A más tardar cuando había puesto el álbum *Songs of Leonard Cohen* debería haberlo notado. Pero yo era un tonto. No entendí nada hasta que fue demasiado tarde.

—*Miss* Adler, supongo.

Era la amabilidad en persona.

—Dígame Kathy, por favor.

—¿Por lo que he oído usted es una amante de los buenos libros?

—Me gusta mucho leer —dijo ella.

—¿No nos gusta a todos?

—Si usted lo dice…

Eisenstein puso una sonrisita.

—Por lo menos a todos los presentes. Pero yo pensaría que alguien con su apellido y su aura lee libros de una manera diferente a la plebe.

Kathy se encogió de hombros.

—Venga, quiero enseñarle algo especial.

Yo me senté en el diván, encendí un cigarrillo y miré cómo ella lo seguía hasta una de las estanterías detrás del piano donde estaban los libros de filosofía y psicología. Parados hombro con hombro ambos me volvieron la espalda mientras él sacaba un libro por encima de su cabeza.

—Alfred Adler —leyó ella cuando tomó el libro en sus manos—. *Menschenkenntnis*. Un bello libro.

—¿Sabe lo que significa? ¿Habla alemán? Abra la primera página. ¿Ve? Autografiado por el profesor Adler personalmente. ¿Acaso un pariente suyo, *Frau* Adler? ¿De dónde es usted?

—No que yo sepa. Soy de Baltimore.

—Lenore de Baltimore. —Él rio—. Quiero decir, ¿de dónde es *usted*, Kathy?

—No comprendo.

—Bueno, yo pensaría que usted es de Austria, ¿no es así? Con ese apellido, con sus cabellos rubios, con su bello rostro. Déjeme adivinar… ¿de Salzburgo?, ¿de Viena?, ¿de un castillo del Burgenland? ¿Tú qué opinas, Jonathan?

Yo salté asustado como si me despertara de un sueño, balbuceé algo de Baltimore y Edgar Allan Poe, pero los dos parecían no escucharme.

—Adivinó bien. La familia de mi padre viene de Eisenstadt am Neusiedler See.

Él le susurró algo al oído que yo no alcancé a entender.

Y en ese momento volví a ver a Stina Falk. La princesa del hielo danesa de musculosas pantorrillas. Por un instante permaneció ella indecisa allí, en toda su altura, su mirada fue pasando de mí a Kathy, luego a Eisenstein para regresar a mí. Luego tomó coraje, vino hacia donde estaba yo y me dio un beso.

—Qué bueno volver a verte, Joe Schwarzkopf.

Leonard cantaba, yo callaba y transcurrió una eternidad. Nos quedamos parados como tres témpanos de hielo.

Eisenstein era el único que no había perdido la compostura. Parsimoniosamente fue andando hasta el escritorio y hojeó en una libreta de direcciones.

—Tengo que disculparme, chicos. Se me mezclaron un par de citas.

Falk y Adler, es que son como del mismo grupo… ¿Dos aves,[20] no?

Pude observar cuál de las chicas comprendía más rápido. Realmente podía estar orgulloso de Kathy, pues ella fue la primera que me dio una bofetada, exactamente en el mismo sitio en el que Stina me había dado el beso. Luego salió corriendo. Stina permaneció aún unos segundos más, dejó caer su mano en el mismo lugar de mi mejilla como si no le hubiera ofrecido la otra y se fue del salón detrás de Kathy.

En cuanto a comprender, yo hacía tiempo que había quedado eliminado. Recién muchas horas más tarde lo entendí, cuando estaba solo en mi cama. Era su forma de vengarse.

* * *

Uno hubiera tenido que no poder hablar. Mudo tendría que haberse quedado ante todo lo que había pasado. Pero la gente hablaba. A su alrededor la gente hablaba y charlaba y conversaba y discutía y departía, reía, estaba fuera de sí, bebía, pronunciaba brindis y chocaba copas. Y seguía hablando: el que hablaba no estaba muerto. La gente se mantenía viva con su cháchara, como si temiera perecer si una vez realmente callaba ante el sacrilegio. Ante los muros. Ante los uniformes. Ante los hombres que venían. Hacia ella. El brillo en sus ojos.

Esto es lo que ella pensaba. Pero ella también hablaba. No podía evitarlo. Tenía que hablar, sin cesar, tenía que expresar profundas comprensiones que no obstante nunca podían cobrar otra forma más que la de fórmulas vacías y frases hechas. Como si no fueran otra cosa. Como si *ella* no fuera otra cosa. Ella tenía que hablar para acallar el silencio dentro de sí. La más terrible pesadilla seguía siendo: no tener palabras. No poder explicar lo que había pasado. Para con ello confesar: que hubiese sido mejor no haber sobrevivido.

Hablar era la vocación de Ruth, era su esencia. El lenguaje le había sido dado desde su juventud. Desde sus épocas de estudiante en un colegio secundario de Múnich, desde sus primeros semestres en la universidad en Tubinga y Friburgo, desde sus primeras discusiones con estudiantes y profesores. Desde sus primeros textos y sobre todo luego en sus libros las palabras habían sido la única medicina que le había mantenido alejada la muerte del cuerpo. ¿Cómo podía quedarse callada ahora justamente en este día en el que festejaba sus segundos treinta años? Justamente ahora tenía que hablar. ¿Quizás en medio de toda la cháchara se escondería algún momento de verdadera comprensión,

alguna posibilidad de escapar del aislamiento?

Miró a su esposo. Cómo estaba allí parado, el señor profesor. Alemán todavía pese a todos los años del exilio. Cuán en serio se tomaba a sí mismo. La espalda bien extendida y el pecho en alto, la frente fruncida, un brazo detrás de la espalda… parecía un soldado al que poco antes de la batalla se le pasa revista una vez más. Jamás se sacaría de los huesos la escuela prusiana, ni aunque vivieran treinta años más en los Estados Unidos. Pues Ludwig era un hombre del intelecto y ya sólo por eso más alemán que todos los demás allí presentes, con su cuello duro y su saco con coderas andaba moviéndose siempre por el reino de lo abstracto, incluso cuando les daba una conferencia a chicas estudiantes en una fiesta en su propia casa. Su vida era la teoría. Con eso se había ganado desde el primer momento las simpatías de Ruth, que aún no había cumplido los veintitrés años, aquel hombre diez años mayor. Recién después lo había hecho con la huida a Ámsterdam que él le había posibilitado a ella, la señorita Weinberger, de treinta años recién cumplidos. Un hombre ario que podía protegerla, al menos por un par de años.

—¿Nunca pensó en regresar a Alemania, *Mrs*. Bering? —preguntó alguien.

—¿Por qué iba a hacerlo? Mientras esté casada con Ludwig, tengo a Alemania todos los días en casa. ¿Cómo es que él dice siempre?

Y los que la rodeaban respondieron:

—¡Donde estoy yo está Alemania!

Cuánta razón tenía con su dicho. Ese hombre que vivía totalmente entre abstracciones era para ella, más que el horror que se ocultaba en la niebla del pasado, el recordatorio admonitorio más concreto y presente de no volver a ser nunca más alemán. De jamás volver a pensar en poner ni un pie en suelo alemán.

Lo que había pasado no podía olvidarse. Era algo tan imposible de olvidar que Ruth no soportaba pensar en ello. Y así en días como aquel sabía que era de nuevo su esposo el que le traía a la memoria lo que ella un día se había jurado. Y con ello la salvaba por segunda vez de quedarse muda.

Era la advertencia que la protegía de la propia tentación de leer en alemán, y ni decir de escribir en alemán. Esa lengua que alguna vez había sido su patria. Una vez había sido una niña alemana, pero ahora era una judía norteamericana, cien por ciento una norteamericana judía, había sido allí en Nueva York donde había podido ser libre y

escribir y hablar y donde los demás la escuchaban. El día en que había llegado a Ellis Island, hacía exactamente treinta años, había sido el día de su segundo nacimiento, su verdadera venida al mundo. ¡*Shalom aleijem*, Nueva York!

Eso había que celebrarlo. Fuera esos pensamientos sobre Ludwig y el pasado. Tener amigos allí, la posibilidad de ser ella misma la anfitriona, una mujer de mundo, una persona buscada para departir, una escritora, una periodista comprometida cuya fama mundial superaba desde hacía años la de su marido: estaba agradecida y quería expresar su agradecimiento. Al país que la había recibido, que había hecho posible todo lo que en su anterior vida ya no se había atrevido a esperar. Ese país que había sido incluso tan benéfico de regalarle una hija.

El tema que dominaba aquella velada eran los sucesos de Praga. La entrada del Ejército Rojo, la detención de Dubcek, Svoboda en Moscú. Después se hablaba de Warhol y de los Yankees, del precio del billete de metro que había vuelto a aumentar y del atentado a Bobby Kennedy. Alguien habló también de los cadáveres de las muchachas en el río Hudson y en el East River; otro dijo que lo llamaban el Desollador de Williamsburg, y que después seguramente harían una película sobre el tema. “Eso sí que es macabro”, opinó una mujer.

Más tarde Ruth buscó a su hija. La distinguió finalmente a través del vidrio de la ventana del salón desde la cual se podía ver la terraza del *penthouse* de los Bering en la calle 40 Oeste. Allí estaba ella, con sus dos amigas, tres gracias bajo el cielo del atardecer de verano en Manhattan; detrás, la cúspide centelleante por el calor del Empire State Building. Cada una con vaso de cóctel en la mano que un par de jovencitos les volvían a llenar con gran celo con *ginger ale*, eso esperaba. Al fin y al cabo, Hanna no había cumplido aún los veintiún años, su amada hijita, la niña de sus ojos, su gran orgullo que, con toda su belleza, pureza y virtud, tenía que crecer en ese mundo que era el peor de todos los mundos posibles, en medio de aquella ausencia de sentido y elegancia que llamaban presente, en ese infierno ridículo e ineludible del siglo XX.

¿Era realmente orgullo lo que sentía respecto a Hannah? ¿O compasión? Un extraño contraerse el estómago, gratamente vacío y frío. ¿Acaso era envidia? ¿Celos de una madre de la propia hija? Ella también había sido joven una vez, había tenido por delante la vida y los hombres y los libros y las ideas y todo el vasto mundo. También ella había sido bella, quizás no con esa belleza exótica de su hija con su impecable rostro y el arco oscuro de sus pestañas, pero sí también

vistosa y deseable. Como Hannah, ella había estado en balcones en medio de admiradoras, había dejado que los estudiantes del Seminario de Filosofía la adoraran desde lejos, había embelesado ya con su sola presencia.

Mientras la música y el murmullo de la charla en el salón llegaban apagados hasta ella, permaneció por un breve y solitario momento en la cocina, separada de su hija por el vidrio de la ventana y tantos años de tener que ser adulta. Hannah estaba parada allí debajo de las guirnaldas de estrellas y reía y se movía como en un torbellino, hacía sonar las pulseras y echaba la cabeza hacia atrás sobre la nuca. Tan joven era, recién salida de su cuerpo infantil y crecida en esos delgados miembros, con su rostro alargado, los delicados rasgos, el cabello lacio que ahora, en la luz tardía, dejaba deslizarse reflejos rojizos, con sus hombros desnudos y sus blancos dientes.

Ruth vivía una vida que le había dado mucho a cambio de todo el sufrimiento que le había infligido. Un puesto de profesora en la Columbia, un *penthouse* de dos pisos en Bryant Park, a dos minutos de la Public Library donde se les podían servir canapés a los intelectuales de Nueva York. Pronto todo aquello también habría quedado en el pasado. Su nombre seguiría sonando en el mundo quizás durante algunas décadas. Pero ella algún día estaría vieja y enferma, fea, tonta y luego muerta y se llevaría sus recuerdos a la tumba. Hannah Bering, empero, que no podía recordar nada, por suerte, era joven y bella.

Ruth se inclinó un poco hacia adelante sobre el aparador. Sus pechos rozaron las copas de champagne que comenzaron a oscilar y cayeron tintineando en la pileta. Ahora divisó la terraza entera. Tenía a su hija bien delante de sus ojos. Contempló el esplendor de su juventud y todas las promesas que este contenía, y no supo: ¿estaba orgullosa o sentía envidia?, y no pudo dejar de mirarla. Hannah rio. Alguien había contado un chiste, quizás alguno de los muchachos jóvenes con esos peinados que hubieran necesitado ya un nuevo corte de pelo. Qué deslumbrante era esa joven mujer de allí fuera, cuán prometedora con su vestido negro de noche, de escote un poco demasiado profundo para su gusto, los labios carnosos, las mejillas con el rubor de la risa y el calor nocturno de Nueva York, una flor en el pelo.

Ruth supo de pronto que era envidia lo que la roía.

Y entonces vio al hombre. Estaba a un costado, oculto detrás de la magnolia en la esquina más distante de la terraza, casi invisible con su traje negro, de rígida raya al costado. Elegante, de cuarenta años largos, quizás mayor. Hasta ese momento no lo había registrado, quizás era un

amigo de Ludwig, quizás sólo un amigo de amigos. Y sin embargo le resultaba conocido. Estaba apoyado contra la balaustrada, fumando y con la vista fija en ella. No, no en ella. En Hannah.

En los ojos de él, ella vio ese brillo.

17

Mi traición no era que me acostaba con Kathy. Tampoco que le ocultaba mi amor por ella. Mi traición a Eisenstein era que yo lo negaba ante ella. Que yo le había contado a ella que iría a visitar a mis padres cuando en realidad lo que había hecho era ir a Brooklyn, sentarme en su salón y charlar con él sobre chicas. El hecho de que le ocultara a él con quién me encontraba después de las clases lo sentía menos como traición a Kathy que como un secreteo que no tenía nada que ver con nuestra relación.

¿Pero qué tipo de relación era aquella? ¿Puede uno traicionar a quien no conoce? ¿O yo conocía a Eisenstein mejor de lo que creía?; ¿lo suficiente al menos como para poder decepcionarlo? En realidad yo tenía todo el derecho de no contarle algo. ¿Qué me contaba él de su vida sin mí? ¡Yo ni siquiera tenía derecho a preguntar! Y en realidad yo debería haber sido el indignado. En realidad yo hubiera debido pedirle cuentas después de la historia con Kathy y Stina. Pero a mí ese juego de las escondidas me dolía tanto como el hecho de que ahora su puerta estuviera de nuevo cerrada cuando iba a verlo.

¿Pero por qué iba yo a su casa? *Él* era el que hubiera tenido que disculparse. El que al menos debía una explicación. Él era el que había roto nuestro tácito acuerdo cuando me había puesto en evidencia ante las dos mujeres. ¡Él tendría que haber ido a verme a mí!

Tres días esperé y tres noches. Y cuando esto no sucedió, cuando nadie me escribió una carta, nadie me llamó por teléfono ni tocó mi timbre… entonces no aguanté más y fui a Brooklyn a verlo. Como tantas veces.

Y una vez más su puerta estaba cerrada, una vez más me enojé pensando que él nunca había considerado la posibilidad de darme una llave para que yo pudiera esperarlo adentro, tumbado en el diván. ¿Se puede traicionar a alguien que nunca ha confiado en uno? Al cabo de unos minutos empecé a golpear la puerta como loco, quizás estaba allí y

hacía como que no estaba. Golpeé y golpeé y grité, grité su nombre, sacudí el picaporte, embestí la puerta de madera con mi cuerpo, hasta que finalmente me dejé caer en el suelo y rodé con las rodillas dobladas sobre su felpudo. Lloré. Allí estaba yo, como un perro solitario que espera a su amo lloriqueando. En algún momento tenía que volver.

Pero nada sucedió. Fui andando por las calles y me di contra la cabeza. ¿Por qué, maldición, había llorado? ¿Por qué no me había enfurecido? ¿Acaso creía que me merecía lo que él me hacía? ¿Consideraba que su castigo era justo? Yo sabía que recién podría aclarar mis pensamientos cuando le hubiera contado todo y él me hubiera perdonado.

La única posibilidad era Park Slope. Ya en una oportunidad, cuando no sabía más qué hacer, lo había encontrado en la biblioteca. Era sólo cuestión de ser más hábil. Tenía que lograr entrar haciendo menos ruido que la otra vez, él no debía percibir en absoluto mi presencia, no tenía que dejarle escapatoria. Pero todo eso no fue necesario aquella noche. La puerta de la biblioteca no estaba cerrada con llave. Del interior salía una débil luz. El puesto de *Mr*. Rothbard estaba vacío, pero oí algo en la sala principal. Yo no estaba solo.

Me fui deslizando por los pasillos del modo más sigiloso posible. Hacía frío, había un aire denso y sofocante. Los libros en las estanterías me miraban burlonamente y cuchicheaban entre sí como si me hubieran esperado. Era la primera vez que estaba allí y sentía verdadero miedo. La luz venía de una pantalla como de papel de una lámpara sobre las mesas. Allí había un volumen abierto. Del sótano salía otra luz hacia el pasillo del fondo, el ruido se hizo más fuerte. Era como si alguien estuviera trabajando allí, como en una mina.

Bajé. Las lamparillas del techo estaban puestas en modo de emergencia por lo que echaban un resplandor verdoso y sólo se alcanzaba a divisar los contornos de las estanterías. En la otra punta, de donde venía el ruido, sombras danzaban sobre la pared. Bajé la escalera y fui avanzando por los pasillos, en puntas de pie, pues no quería darle ninguna oportunidad como entonces de que desapareciera simplemente en la oscuridad.

De pronto el ruido se detuvo abruptamente y la sombra quedó quieta.

Una voz, débil, cansada, sonó de la nada.

—Llegas justo a tiempo, Jonathan.

Se lo oía jadear.

—¿A tiempo para qué?

—Necesito tu ayuda, muchacho.

Entonces lo vi, estaba en el último pasillo entre las estanterías, las que prácticamente había vaciado. Los libros estaban diseminados por el suelo a su alrededor, sólo unos pocos quedaban en los estantes. Estaba con la camisa blanca desabotonada en el pecho, arremangado, de pie con las piernas bien abiertas en medio de montones de los libros más valiosos, como si estos no fueran más que escoria.

—¿Qué buscas? —pregunté.

—¿Recuerdas el ejemplar de *Justine* que te mostré? El del MS Normandie. Lo necesito, ahora.

Lo miré a la cara. Ni el más mínimo rastro de arrepentimiento por lo que había pasado. Ni el más mínimo rastro de sorpresa por volver a verme recién al cabo de tres días y además de noche allí. Sus ojos centelleaban en la luz verde, perlas de sudor brillaban sobre su frente, sus labios temblaban. Jamás lo había visto así.

Feliz de haberlo encontrado, de que no se hubiera escapado, de que hablara conmigo e incluso necesitara mi ayuda, no me atreví a hacer ninguna pregunta, me puse a buscar. Mientras yo iba revisando las otras hileras, él prosiguió revolviendo en las pilas que tenía a sus pies; iba tomando cada uno de los ejemplares y luego los arrojaba lejos de modo que cada tres segundos resonaba un estallido en el sótano. Al cabo de algunos minutos, empero, comenzó a hacerlo más lentamente, más calladamente, pareció haberse tranquilizado.

Se levantó, y con los puños en jarra en las caderas sacudió la cabeza.

—Lo sabes, ¿no?: “Aunque viajemos por todo el mundo para encontrar la belleza, no la hallaremos si no la llevamos dentro”. —El espacio a nuestro alrededor parecía ir agrandándose. Un instante tuve la esperanza de que entrara Gretchen y nos salvara de nuestra situación. Nada sucedió—. Quizás mejor vamos sistemáticamente.

—¿Estás seguro de que ese día volviste a guardar la *Justine* en el mismo estante? ¿Quizás a la mañana la pusiste en otra estantería o quizás incluso la llevaste arriba?

—Posible sería —dijo—. Bueno, nos queda todavía mucho trabajo por delante.

Fui hacia él y me paré directamente enfrente suyo, bien cerca, miré sus ojos centelleantes. Las pupilas eran enormes, expulsaban el blanco del iris detrás de los párpados.

—¿Tomaste algo? —pregunté.

—Posible sería. Pero quizás es sólo el esfuerzo. Ya sabes, a mi edad…

Arriba de la camisa, alrededor del cuello, tenía un enrojecimiento como de fiebre.

—*Shmonzes*. Algo tomaste.

Como por lo visto el efecto de su sustancia mágica parecía írsele pasando lentamente, pronto comenzó a buscar igual que yo. Él iba revisando las estanterías a la derecha del pasillo central y yo, las de la izquierda. Al cabo de media hora finalmente la encontré. Era el libro negro. Mis manos temblaron cuando lo toqué. De nuevo me pareció sentir lo que había sentido entonces cuando la había rozado por primera vez. Un latir. Un respirar. Un pulsar debajo de la superficie.

Fui hacia él, le extendí la *Justine*.

—¡La tengo!

Él corrió hacia mí, quiso sacármela, pero yo la sostuve firme y no se la di. Él me miró con los ojos bien abiertos. Por un instante me hizo pensar en un intruso al que se lo pesca con las manos en la masa. La sonrisita de tiburón había desaparecido, tampoco había allí ninguna sonrisa encantadora más. Eisenstein parecía confundido.

Extendió la mano, pero luego la volvió a retirar cuando yo puse un brazo delante como defensa.

—Puedes tenerla —dije—. Pero antes tenemos que hablar.

Él se cruzó de brazos, yo hice lo mismo sosteniendo la *Justine* con ambas manos. Él puso una cara como si temiera que yo fuera a infligirle un daño a su tesoro. Jamás lo había visto antes así.

—¿De qué quieres hablar?

Como si nada hubiera sucedido que hiciera que ello fuera necesario.

—Kathy…

—Ah, la chica de cabello castaño y pechos grandes. ¿La volviste a ver?

Yo sacudí la cabeza.

—¿No? ¿Por qué no? Me pareció que le interesabas…

—Tú sabes exactamente por qué.

—¿La historia con Stina? Está bien, reconozco que fue un poco malvado. ¿Pero desde cuándo eso es algo, muchacho, que te aleja de tus metas? Te acostaste con una modelo como Gretchen, conseguiste llevarte a la cama a las chicas de Vermont, ¿no te vas a volver atrás por un mínimo aumento así del grado de dificultad?

—¿Así que eso debía ser? ¿Una prueba? ¿Sólo un mayor grado de dificultad en el juego?

—¿Por qué no? ¿No es eso todo de lo que se trata para ti? ¿De nuevos desafíos para tu deseo? Deberías estarme agradecido, Jonathan, agradecido por esta nueva posibilidad en lugar de ponerme aquí en el banquillo de los acusados. Tú querías ver hasta dónde eras capaz de llegar. Tú querías probar los límites. Recién tienes veinte años ¿y ya quieres darte por satisfecho con eso? ¿No quieres ver si, pese a este pequeño malentendido, todavía consigues llevarte a la cama a tu Kathy?

No conducía a nada. Mi intento de hablar francamente se iba transformando cada vez más en un interrogatorio con el que quería obligarlo a justificarse. Pero él nunca se había justificado y nunca había pedido disculpas, ¿por qué habría de hacerlo justo ahora?

Volví a extenderle la *Justine*, pero él siguió sin tocarla.

—Ya me acosté con Kathy —dije—. Me mostró sus cicatrices.

Durante unos segundos nos quedamos los dos callados uno enfrente del otro en el pasillo central, yo dando la espalda a la salida, él entre la pared y yo. Entre los dos la *Justine* en mis brazos como un escudo. Pero yo ya no sabía a quién de los dos protegía.

Eisenstein me miró de arriba abajo como si acabara de conocerme. Su mirada fue pasando de mi rostro al libro y de nuevo a mi rostro. Luego susurró: —Ya te lo dije una vez, jovencito, y te lo digo por última vez: No cometas ese error.

—No estoy enamorado.

Él se dio cuenta de mi mentira antes que yo. Vino en dirección hacia mí, quería pasar de largo para seguir hasta la escalera y salir. De golpe el libro parecía darle igual. Cuando estuvo a mi altura, lo agarré con una mano del hombro y quise retenerlo. No podía, no debía terminar así. Pero él simplemente se volteó y me miró a los ojos y puso su mano sobre la mía. Su mano se sentía cálida, ligera y flexible, delicada pero al mismo tiempo firme. Lo miré. No sabía qué haría él. Luego tomó envión. Fue lo último que vi.

* * *

Su sombra se desprendió del letargo. Sabía que no podía quedarse mucho. Había oído lo suficiente.

Eisenstein estaba a la búsqueda. Tenía que hallar un sitio donde no llamara la atención. Debajo del árbol de magnolias sólo podía quedarse

el tiempo de un cigarrillo. Las menores sospechas las despertaría siempre si se mezclaba con los invitados en el medio del salón. Eran idiotas, cierto, pero hoy no le preocupaba. Periodistas de tercera, pseudointelectuales, autorzuelos que se creían grandes mentes porque sus libros estaban un par de meses en las vidrieras de las librerías, o *shmoks* que no sabían nada del mundo como Bering, el anfitrión de aquella velada. También Bering era un idiota. Pero era el padre de ella.

La primera vez que Eisenstein había visto a Hannah tenía dieciséis años. Ludwig y Ruth Bering habían llevado a su hija a un concierto de piano de Schubert y Debussy en el Carnegie Hall y Eisenstein, como por casualidad, había estado sentado sólo una fila detrás de ellos. Ya en ese entonces la belleza de Hannah había sido insoslayable. Él la había observado durante todo el concierto, sentada delante de él, con el cabello recogido, los hombros descubiertos. Su nuca era impecable, también la piel de su espalda era inmaculada. Clara, firme y suave al mismo tiempo, delicada y pálida, ninguna cicatriz, sólo algunos lunares aquí y allá. Los omóplatos en leve tensión; debajo, jóvenes y flexibles músculos. La rápida, automática tensión de sus miembros. El nacimiento de los cabellos cubierto por una ligera pelusilla. No podía despegar la vista de ella. Mientras sonaban los acordes de *La fantasía del caminante* tuvo que reprimir el impulso de tocar allí mismo a esa muchacha, su nuca, sus hombros.

Pero todavía no había completado su desarrollo. Uno, más bien dos años faltaban aún. Su talla, toda la dimensión de su estatura, el tamaño completo de sus pechos, caderas y muslos alcanzarían recién entonces ese breve instante en la vida de una muchacha en el que más cerca estaba del ideal de su belleza. Como una flor en el momento de su máxima fuerza y despliegue, poco antes de que los pétalos se marchiten y finalmente caigan. Si hasta ese momento no crecía demasiado rápido y en ese lapso además no pasaba nada que pudiera dañar su piel, entonces sería perfecta.

Ese atardecer en la terraza del *penthouse* de la calle 40 Oeste él vio que ella había alcanzado ese punto. Era una mujer alta y delgada de delicados pechos. Y vaya qué suerte: llevaba un vestido de noche con los hombros y la espalda al descubierto y un escote hasta el esternón. Hannah exponía su belleza de modo que todos los presentes pudiesen cerciorarse personalmente de ella. La piel de su nuca estaba cubierta por el castaño de sus cabellos, pero él sintió que todo era como él lo

había esperado. Nada malo le había sucedido a ella hasta ese momento.

Eisenstein la vio de pie junto a la baranda, satisfecha de sí misma en la amorfa eternidad de su juventud con el vaso de cóctel en la mano, vio a sus amigas, vio a los muchachos que revoloteaban a su alrededor, estudiantes de pelos largos y jeans demasiado estrechos que hacían lo que fuera por una sonrisa o algunas frases de su parte. Otra suerte más, como pudo constatar cuando se puso a escuchar lo que decía Hannah: desde hacía unas semanas no vivía más con sus padres, sino en un pequeño apartamento en el SoHo, adonde regresaría más tarde en la noche. Él no tenía más que esperar.

Entonces se unió la anfitriona al pequeño grupo, les volvió a llenar las copas de vino a sus invitados y se mostró interesada. Ruth Bering llevaba un vestido semejante en su color y su corte al de su hija, pero cerrado hasta el cuello y que cubría sus brazos.

—¿Le gusta la fiesta, *Mr*….?

Ella le extendió la mano. Él pudo ver a Hannah en su madre: en un movimiento, en la postura orgullosa de la cabeza, en la mirada en sus ojos. Eso le había fascinado siempre: cómo se reproducía la belleza como si sólo fuera pasando a través de los cuerpos humanos para dejarlos ya al cabo de un par de breves años e ingresar en el niño que crecía con este don y debía creer que lo tenía por él mismo. Eisenstein vio que también *Mrs*. Bering había sido una vez una bella joven. Hacía mucho tiempo, en un país lejano.

—Magnífica, muy divertida —dijo él y colocándose las palmas sobre el pecho hizo una ligera reverencia.

Mrs. Bering se detuvo sorprendida, luego retiró la mano como si en ella guardara un secreto que de a partir de ahora no quería mostrarle a nadie más y también hizo una inclinación.

—Creo que no hemos sido presentados —intentó ella por segunda vez.

—Oh, sí, si me permite. Nos conocimos hace mucho tiempo. Quizás demasiado, me parece. ¿Recuerda el concierto de Schubert en el Carnegie Hall? Su esposo fue entonces tan amable de presentarme. Soy un entusiasta comprador de todos sus libros, *Frau* Bering.

El tratamiento la dejó visiblemente confundida. En lugar de responder "¡Ah, por favor, llámeme Ruth como todos aquí!", le dijo en alemán: —¿Y también lector, espero? Me disculpo. Mi memoria no mejora con los años.

Eisenstein, sin embargo, prosiguió en inglés: —Bueno, a los treinta

comienzan los problemas. Cuando yo tenía su edad, también noté las primeras anomalías. Me desperté y lamenté que ya no podría morir más joven. Y envejecer no es ningún arte. Sólo hay que vivir el tiempo suficiente.

Los que estaban alrededor rieron. También *Mrs*. Bering esbozó una sonrisa. Eisenstein sabía que ella no le tenía confianza. Era una mujer inteligente.

Por un breve instante pensó que había perdido de vista a Hannah. Pero de repente ella pasó por delante de él, seguida por sus dos amigas como dos criadas detrás de la emperatriz. Los estudiantes se quedaron decepcionados en la terraza. Hannah se despidió de su madre con un beso.

—Tesoro, ¿no quieres que papá te lleve en el auto?

—Ah, no, *mum*. Adele y Kitty me acompañan. Es sólo una media hora andando todo derecho por Broadway.

Hannah no le dedicó ninguna mirada a Eisenstein. Por lo visto tampoco se acordaba de él. En su corta vida él no había sido hasta ahora más que una sombra oscura que había cruzado por su vista hacía una eternidad.

Ruth Bering besó a su hija en la frente. —Ten cuidado, tesoro.

Luego Hannah se dirigió a buscar a su padre que debía haberse retirado a la biblioteca con algún par de estudiantes.

Ahora era el momento de actuar.

—Veo que necesitamos refuerzos —dijo Eisenstein, le quitó a la madre de Hannah la botella de vino casi vacía de la mano y se puso en camino hacia la cocina. Allí dejó la botella sobre el aparador, fue por el pasillo hasta la puerta de entrada y se fue de la fiesta.

Era una noche agobiante que anunciaba tormenta, el cielo estaba iluminado por reflectores, por los mil ojos de los rascacielos; las veredas, llenas de los adictos a la diversión, de los veleidosos y frívolos que aquella ciudad escupía a todas horas del día y de la noche. Eisenstein, con el abrigo doblado sobre el brazo, se ubicó en la entrada del edificio de enfrente, prendió un cigarrillo y esperó. De las ventanas abiertas que había arriba de él salían chillidos y risas, la ampulosa música de una de esas nuevas bandas de moda, de algún lado llegaban sirenas. Era agosto, era sábado, era Nueva York. Esa noche todo era posible. Al cabo de un par de minutos vio a las tres chicas salir del edificio, tomadas del brazo fueron paseando por la calle para detenerse

entre la parada del autobús y el supermercado nocturno, en la esquina de la Avenida de las Américas. A qué volumen hablaban, hacían ruido, reían. Las pulseras de las muchachas iban tintineando al entrechocarse al andar. Tres mujeres jóvenes en la magnífica noche de verano, caminando por Manhattan, despreocupadas y vestidas en forma ligera, achispadas por la música y la risa y la perspectiva de todas las aventuras que la vida tenía preparadas para ellas. Fáciles presas para todos los atrevidos allí fuera.

Él comenzó a caminar. Su itinerario las llevó por la Quinta Avenida a través del Garment District y luego, pasando por el Madison Square Garden, en dirección a Chelsea. Pasaron por el Hotel Savoy con sus pinos y más adelante por el túnel Lincoln. Pasaron por sinagogas e iglesias, galerías y clubes nocturnos. Las tres muchachas no tenían apuro en llegar a casa, muy al contrario de lo que Hannah le había prometido a su madre. En la Décima Avenida volvieron a detenerse. Eisenstein esperó a unos metros de ellas debajo del hierro fundido de una escalera de incendios. Desde allí podía escucharlas. Demasiado cuidado no debía tener esa noche. Las tres estaban tan distraídas por la atracción que irradiaban ante la manada de hombres jóvenes que las seguían con la mirada, les silbaban, les hablaban y luego seguían su camino riendo que ellas ni siquiera hubieran registrado si él hubiera ido andando durante algunos minutos a su lado. Seres como aquellos simplemente no tenían ojos para alguien como él. Era su propia culpa.

Estaban paradas muy juntas, rozándose todo el tiempo brazos y hombros. Estaban discutiendo algo, una de ellas gesticuló locamente en el aire, las otras rompieron en carcajadas, hicieron bambolear sus bolsos, sacudieron las cabezas. Adele y Kitty querían seguir a Chelsea, encontrarse con un par de amigas, ir a bailar, hacer quizás que algunos chicos les invitaran un trago. Pero Hannah dudaba, parecía no estar segura. Continuaron camino, fueron andando un par de minutos hacia el Sur por la avenida, de nuevo balanceándose rítmicamente tomadas del brazo y haciendo tintinear sus pulseras. Debajo del arco del tren elevado que subía desde el Meatpacking District se volvieron a detener. Allí estaba más tranquilo, por un momento estuvieron solas. Eisenstein se escondió detrás de una escalera. Ahora, en medio de la oscuridad de la vía del ferrocarril casi se pelearon, sus voces agudas resonaron contra los muros con grafitis y las vigas de acero. Hacían gestos exagerados, se tiraban las unas a las otras de las muñecas en diferentes direcciones, luego volvieron a reír y continuaron camino juntas.

Hannah, empero, se recogió el cabello dejando a la vista su nuca y

se quedó un poco atrás. Adele y Kitty iban más adelante tomadas del brazo, con una melodía en los labios. Por lo visto habían tomado la decisión de separarse en la próxima esquina, Hannah iría en dirección a Broadway a su casa, sus amigas continuarían un par de tórridas horas más andando por la noche.

A partir de allí Hannah quedó sola, detrás de ella, la sombra muda de un hombre en el que en su corta vida no se había fijado en absoluto. Ahora siguió con más cuidado, más silenciosa, cuidando de no llamar demasiado la atención. Tenía en claro que en ese camino nocturno hasta su casa estaba sola y no podría recurrir a nadie, por eso no tenía que correr el riesgo de mostrarse a los ojos de otros como lo que era: una joven muchacha, insegura, sin experiencia, inocente. Faltaba poco para la medianoche.

Pero no tenía por qué tener miedo. Pues ella no lo podía saber: pero hasta que no llegara a su casa no tenía nada que temer. Él, que se iba deslizando detrás de ella, que seguía sus pasos, él, velaba por ella. Él la protegería. A ella no debía ocurrirle nada.

Los pasos de ella se aceleraron. Había comenzado a soplar una ligera brisa que hizo que refrescara un poco. Diez minutos fue andando hasta que de pronto Hannah se detuvo abruptamente. ¿Había notado su presencia? No, habían llegado. Estaban delante de un bajo edificio en el medio de la cuadra en la Wooster Street, una ancha calle lateral, tranquila a esa hora, con empedrado, en la que sólo había un par de gatos persiguiéndose. Eisenstein, que esperó detrás de una columna de publicidad, vio que Hannah buscaba algo en su bolso. Oyó un tintinear. La oyó respirar. ¿Hacía ahora más frío? Ella estaba parada con sus delgadas piernas desnudas delante de la puerta enrejada del edificio de ladrillo rojo y buscaba las llaves. No las encontraba. ¿Las había dejado quizás en casa de sus padres? ¿Tenía que volver a hacer todo el trayecto hasta el Bryant Park? ¿Quizás preferiría tomar un taxi?

Todo estaba sereno. Por un instante el tiempo pareció detenerse. Eisenstein se desprendió de la sombra de la columna y se acercó a ella. Vio su nuca, desnuda y al descubierto, resplandeciendo bajo la luz de la farola, cubierta por la pelusilla de sus cabellos. Tan tierna, tan delicada. Tan cerca. Ella no lo oyó.

Luego ella sacó las llaves, avanzó un paso, abrió la puerta y desapareció en el interior del edificio.

18

Kathy no volvió a aparecer más por las clases. No estaba en el Morningside Park, no estaba en la librería. Y cuando comenzó el semestre tampoco la vi en las clases introductorias. Ahora también la había perdido a ella, pensé.

Pero a mediados de septiembre golpeó a mi puerta.

—¿Por qué no fuiste a mi casa? —preguntó sentada en mi cama con los ojos rojos y recién entonces me di cuenta de que la había extrañado, pero que ni por un segundo se me había ocurrido que ella también podía estar en la residencia estudiantil esperándome a mí tal como yo había esperado a Eisenstein.

Había llorado. Pero ahora su voz estaba llena de ira.

—Al fin y al cabo, tú eres el que tiene que disculparse. Y ahora me haces venir a mí aquí y yo soy tan tonta que lo hago.

—Yo pensé que no querías saber nada más de mí…

—¿Ah? ¿Y si así fuera? ¿Tú lo aceptas así tan fácilmente y te quedas metido en tu cueva en lugar de querer hacerme cambiar de opinión? ¿En lugar de luchar por mí?

—No quería ser un pesado. Podía entender que no quisieras tener más relación conmigo.

—Sí, y hubiera tenido toda la razón para hacerlo. Pero por lo visto no es así, tonto.

Y me tomó del brazo y me tiró tan fuerte hacia ella que casi me hizo doler y me besó.

Tonto se convirtió de allí en más en mi sobrenombre. El verano había sido largo, un par de días frescos habían anunciado su fin, pero ahora estaba de regreso y Kathy con él. Más tarde ella dijo que le había sorprendido que yo hubiera seguido yendo a las clases teóricas.

—Ahí sentado, buscándome con la vista…

—¿Tú me viste? ¿Estabas ahí?

—Un par de veces fui un poco más tarde, sólo para ver si me buscabas. Y entonces lo supe.

—¿Supiste qué?

—Que me amas, tonto.

Sus palabras me causaban dolor. Cada vez que ella insistía en que yo la amaba era como si me clavara un cuchillo en el pecho. Como si ella también hubiera estado allí la noche en que Eisenstein me había noqueado. Como si ella hubiera oído las palabras que yo había pronunciado un momento antes, cuando le había asegurado que no estaba enamorado de Kathy. Cuando la negué.

El puño de Eisenstein me había dado en el ojo derecho. No sabía si había sido la trompada o el golpe de mi nuca contra el piso del sótano lo que me había dejado inconsciente. Cuando me desperté, tuve la sensación de que todo no había sido más que un sueño. Cada uno de los libros estaba perfectamente de nuevo en su lugar en las estanterías.

Eisenstein se había ido. *Justine* se había ido. Yo estaba solo.

Esta vez, no obstante, no lo busqué. Resistí la tentación de ir a Brooklyn, de buscarlo en medio de la confusión de gente desconocida o de ir de nuevo a la biblioteca. Resistí lo mejor que pude. Me distraje yendo a las clases teóricas, leyendo los libros que daban los profesores. Comencé a escribir una novela, una historia de amor, que debía tener lugar a fines del siglo XVIII. Se convertiría en la gran novela norteamericana, pero no logré pasar de las veinte páginas. Me volví a encontrar con Kathy, fui con ella a Coney Island y la besé en la playa de Brighton. Eso era lo que nos gustaba ahora, tomar la línea Q del metro hasta allí, con una manta y un canasto bajo el brazo, tumbarnos en la arena y leer, besarnos, luchar contra el sueño, dormir. Dejar que la piel volviera a cobrar su tono dorado en los últimos días del verano, bronceados hasta los labios por el gran calor. Comer los *bagels* que había hecho Kathy. Escuchar a Chet Baker en la radio, a Stan Getz y a João Gilberto. Mirar jugar a los niños y las olas. Los veleros delante de nosotros, los aviones sobre nosotros. Y luego, cuando caía el sol, ir andando por la pasarela de madera hasta Astroland a comprar algodón de azúcar y sacar fotos y patinar con mi *baby* de Coney Island del brazo.

Así seguimos durante un par de días. Tonto-Jonathan y Kathy vagabundearon por las librerías, fueron al cine, al Alice’s Restaurant, arrojaron vasos de cerveza durante una lectura en el Café Gaslight, escucharon música, se tumbaron con una radio a transistores detrás del

estadio, con la cabeza sobre el regazo del otro y un libro en la mano. Era perfecto, ella era mi gran amor, esa inteligente y hermosísima mujer de ojos marrones, yo la amaba y ella me amaba, y yo me sentía terriblemente mal.

Cuando Kathy no estaba, yo me distraía escribiendo mi novela en la cafetería de la universidad. Había guardado la cámara. Lo que registraba lo hacía con el lápiz y el papel y la máquina de escribir. Por eso de aquella época prácticamente no tengo fotos, y de Kathy tengo sólo esa única que le tomé una tarde después de hacer el amor, una foto de su espalda desnuda con la constelación de sus lunares. En mis libros, empero, cada frase se refiere a ella.

En aquella época yo no quería aceptar que probablemente no había nacido para ser escritor. No podía ser de otra manera, mi historia, mi vida, mis sentimientos eran algo tan especial, y todo aquello, mi melancolía, mi existencia de mártir, mis malentendidos, todo eso me predestinaba a escribir la gran novela americana. Pero ya pronto comencé a desesperar ante la estupidez que me acechaba detrás de cada una de mis frases, ante mi falta de imaginación y mi incapacidad para hallar las palabras correctas. Cuando Eisenstein no estaba en el mismo cuarto, mi vieja impotencia se volvía a apoderar de mí. Tiré todo ese papel garabateado al tacho de basura que había al lado del mostrador donde servían la comida y juré que nunca más volvería a empezar una historia. Como fuera, ¿no había ya suficientes libros en el mundo? ¿No había ya suficientes personas que habían muerto pobres e infelices por el arte? Quizás tenía que seguir el ejemplo de Marie Ziegler y simplemente ir a una escuela. Al fin y al cabo, ser maestro también era una profesión honorable.

Cuando le conté esto a Kathy durante uno de nuestros paseos a la caída del sol, me dio ánimos.

—No puedes darte por vencido, Tonto. ¿Cómo quieres saber si no naciste para ser un famoso escritor si no perseveras? No dudes de ti mismo. Piensa siempre en Poe, Tonto.

Yo pensé en Poe, y pensé en Kathy. Cada día pensé en ella, al menos durante un tiempo. Pero me di por vencido.

* * *

La transformación se consumó.

La habían amasado y abatanado, prensado y comprimido, frotado y

estirado, trabajado con la plegadera y la plancha de plomo y ahora, tras horas y horas de un durísimo trabajo que él y Jerry habían realizado, y después de todas las semanas y todos los meses que habían pasado desde este primer hallazgo, estaba lista. Para su piel este era el último paso.

Eisenstein transpiraba. Se corrió algunas mechas de pelo de la frente, se puso las manos enguantadas en jarra en las caderas y alzó la vista. También Jerry respiraba dificultosamente. Una vez más se asombró Eisenstein de la fuerza inhumana que tenía ese lisiado. El jorobado se movía sobre la superficie de trabajo como un buey en el yugo, con la mirada siempre pegada al piso, puesta en los pocos centímetros cuadrados delante de sus pies, y recién se detenía cuando Eisenstein le hacía una seña. Entonces alzó la plancha de plomo que habían usado para aflojar la piel, la dejó caer junto a la pata de la mesa y esperó nuevas órdenes.

En el fondo se necesitaban cuatro o cinco hombres para ese trabajo. ¿Pero cómo iba a poder convencer a cuatro hombres de llevar su secreto a la tumba? Con Jerry, sin embargo, le parecía posible. Casi mudo, fuerte como un oso, al mismo tiempo temeroso y torturado por la idea de los tormentos del infierno que Eisenstein le había descripto. Ese tipo horrible era una suerte para él.

Había llegado el momento. La piel, que se había vuelto bien firme en esos tres meses de secado que había pasado extendida entre paños de lino en el cuarto contiguo, se hallaba ahora en un delicado estadio intermedio, similar al ala aún no extendida de una mariposa que acaba de eclosionar de la crisálida. El estadio entre lo efímero y lo eterno. Ese era el instante en el que se decidía todo. Si la transformación se veía coronada por el éxito, ellos lo habrían logrado. El pasaje de lo efímero a lo perdurable, de la materia terrenal a la substancia celestial, del vano vegetar a la vida inmortal. La transfiguración, el retorno, como él lo llamaba, de la tonta existencia humana sin sentido al libro perfecto sería ya sólo una cuestión de tiempo y de un par de operaciones más que él tenía que realizar solo. Pero si no era así, si habían cometido el más mínimo error, ahora se vería cuán inútiles habían sido todos sus esfuerzos. Si durante el transporte se habían producido imperceptibles rasgaduras, si habían usado mordiente de más o de menos, si durante el secado en el sótano la temperatura había oscilado demasiado, entonces todo el trabajo podía haber sido en vano. Encontrar a la muchacha, matarla, desollarla, encenizar su piel, purgarla, curtirla, secarla: todo eso no habría valido nada.

Esperaron. Jerry, aún jadeante como un ciervo macho después de una larga lucha, estaba allí con ojos vidriosos y no veía nada. Tampoco Eisenstein podía observar nada. La piel tensada sobre la placa delante de ellos continuaba tan pálida y gris como antes. Como harina le pareció, como una extendida, plana capa de harina seca, todavía. Anémica, lívida como un cadáver. Algo común y ordinario. Todavía.

Pero luego vio las primeras esquirlas, chispas y brillos. Era como si se moviera, como si allí hubiera un ser vivo tensado entre las cuatro esquinas de la mesa, como si se retorciera y se diera vuelta ante sus ansiosas miradas. La capa adquirió un tono luminoso, casi fluorescente. La pálida coloración desapareció para dejar lugar a un marrón: un soleado siena cubrió la piel, en algunas partes con un reflejo como el del bronce en medio de la oscura luz del abovedado sótano. Él no se atrevió a imaginarse la impresión que causaría ya limpia, fijada, extendida sobre cartón, con inscripciones, plegada en torno a un valioso bloque de texto y bajo la clara luz de una biblioteca. El pensar en el libro en el que se convertiría lo hizo estremecerse.

Cuidadosamente soltó las cuatro pinzas de las esquinas, y liberó a la piel, que finalmente se había convertido en cuero, de su lecho de tortura. Ahora que se había aflojado la tensión, se vería definitivamente si él aún seguía siendo capaz. Si la superficie conservaba su firmeza natural y al mismo tiempo permanecía suave y elástica, había llegado el momento de buscar el encargo. Sabía que numerosos coleccionistas se encontraban en ese momento en la ciudad, luchando por conocerlo y solicitando les permitiera hacerle una oferta. A uno de ellos Eisenstein lo tenía muy especialmente en la mira. Lo había observado el tiempo suficiente, había seguido sus itinerarios, había visto su codicia. Ese Ira Bloom estaba obsesionado, lo quería realmente. Le correspondía tenerlo.

Pues efectivamente era algo consumado. El cuero se deslizaba en su mano, maleable, suave al tacto, elástico, casi como una seda, al mismo tiempo, empero, resistente, fuerte y estable en su estructura, de un color magnífico que iba de un miel a un caoba, de un brillo directamente lujoso que gratificaba la vista, con un veteado único, como sólo podía ofrecer una piel como aquella. Ah, ¿qué era todo el azafrán del mundo, todo el chagrín y toda la gamuza y todo el armiño, qué eran el terciopelo y la seda comparados con el cuero de la piel de una joven y bella muchacha alemana?

Eisenstein pensó en Heidi. Pues una muchacha tal había sido ella. Su madre, alemana, el padre, de Scarsdale. Su ser tan puro, su cuerpo tan

espléndido. Y tan inesperado había sido hallar en ese barrio de la ciudad una flor como aquella. Como el loto del fango había surgido esa muchacha del gueto de Williamsburg. Eisenstein ya casi había renunciado a seguir buscando allí cuando un atardecer de primavera del año 1968 la había encontrado bajo un sauce en el Brower Park. Cuán encantadoramente estaba sentada allí, ensoñadora y ensimismada en el libro que estaba leyendo. Sola.

Y ahora estaba aquí, con él. Las yemas de sus dedos acariciaron suavemente su piel. Él se sintió estremecer. Su piel perfecta desde ahora y para siempre segura y protegida de todos los males del mundo exterior.

19

Yo amaba a Kathy, no importaba lo que me costara reconocerlo, y no obstante: no pasó mucho tiempo hasta que ya no aguanté más el síndrome de abstinencia. Sin su sonora y pausada voz, sin el alemán de sus antepasados, sin su mirada y sus palabras sentía que la ciudad, que incluso la presencia misma de Kathy no me podían dar nada. Cuando estaba en sus brazos, pensaba en él. Cuando ella me acariciaba, sentía la mano de él sobre la mía. Añoraba que él me pegara un puñetazo en la cara. Después de hacer el amor, cuando estábamos tendidos sudorosos en su cama de la residencia estudiantil bajo la luz de septiembre, me invadía el impulso de levantarme, ir a la casa de él y de contarle como siempre lo había hecho. A veces pensaba que yo sólo me acostaba con chicas para poder contarle luego a él. Que recién al contarlo se completaba el acto sexual, este llegaba a su clímax. Kathy percibió que le había mentido. También percibió que yo estaba ausente, vio mi pesar. Pero yo no le dije nada. Y ella no preguntó más.

Al final volví a encontrarme solo en las calles de Nueva York. Las fui recorriendo como lo habíamos hecho antes, sólo que ahora ya no a la búsqueda de chicas. Volví a ir a nuestros lugares, fui a Pedro’s Diner, al muelle 1, al Austerlitz, al café junto al Hospital Mount Sinai, al Limelight. Fui al Aurora, anduve por la Allen Street. A veces, al atardecer, iba caminando por el Village y llegaba hasta los *penthouses* del Upper East Side, sólo para pararme en todos lados delante de puertas cerradas. Una vez me volví a encontrar con el profesor Ehrlich, sin su hija, y le hablé. Si había visto a Eisenstein en los últimos días, le pregunté, pero él me miró sin comprender, como si jamás me hubiera visto, sonrió confundido y siguió andando.

No sé, tampoco lo sabía en ese entonces, qué esperaba con todo eso: era como si tuviera que recorrer el mundo entero a la búsqueda de una amada que había muerto hacía mucho tiempo. Fui trazando círculos cada vez más cercanos. Me animé a regresar a Brooklyn Heights y lo

esperé detrás del Carroll Park en el restaurante donde habíamos ido a comer juntos por primera vez. Por la mañana me parecía haber visto su rostro surgir de entre las cabezas de los transeúntes. Al mediodía detenía a un hombre en la calle que llevaba su sombrero. Por la tarde lo buscaba en las vidrieras, entre los pasajeros del autobús y entre los vagabundos de la Montague Street. Al atardecer regresaba a East Harlem, cansado y agotado.

Fui a la biblioteca. *Mr*. Rothbard alzó la vista de su lectura, me reconoció, me hizo un inexpresivo gesto de asentimiento, me dejó pasar. Adentro estaba frío y silencioso, sólo se oía el murmullo de los humidificadores de aire. Recorrí cada uno de los pasillos, pero estaba solo. Al salir le pregunté a *Mr*. Rothbard sobre Eisenstein.

—¿El hombre con el que vine aquella vez…?

Pero Rothbard hizo como si no me comprendiera y volvió a dedicarse al libro que tenía en el regazo.

Al llegar a la puerta de cristal por alguna razón me volteé de nuevo y miré hacia adentro. Entonces distinguí al negro de cabellos plateados que había visto junto con Eisenstein en la pausa del concierto en el Prospect Park. Estaba allí parado con el mismo traje a cuadros, asomado detrás de una columna miraba en mi dirección. Un momento antes había estado seguro de que yo era el único visitante, ¿y ahora estaba allí ese hombre? Volví a entrar a la sala. El hombre permaneció inmutable en su sitio bajo la sombra de la columna. Yo me presenté, dije mi nombre, él hizo un gesto con la cabeza como si me conociera. Como si ya me hubiera visto en algún sitio.

—¿Lo puedo ayudar en algo, joven?

—Usted conoce a mi amigo, *Mr*. Eisenstein. ¿Sabe quizás dónde puedo encontrarlo?

—¿A Josef? Bueno, es *su* amigo, ¿no?, así que también *usted* debería saberlo.

—¿Entonces usted lo conoce?

—Todos aquí conocen a Josef Eisenstein.

Y con un amplio gesto me señaló las estanterías de libros y las columnas y las paredes como si estuviéramos rodeados de los espíritus de antepasados fallecidos hacía largo tiempo.

—¿Últimamente lo vio?

Sonrió.

—Si lo vi últimamente… no, no puedo decir eso.

Entonces me di cuenta de que era ciego. Había dado un paso fuera

de la sombra por lo que pude ver su oscuro y arrugado rostro y me sobresalté ante sus blancos ojos vacíos. No pude seguir, balbuceé una disculpa, pero él me interrumpió.

—Si busca a Eisenstein, lo mejor será que se deje encontrar por él.

Yo no entendí, le agradecí y me despedí.

Al salir tomé coraje.

—Disculpe mi franqueza, *Sir*… ¿un ciego en una biblioteca?

Pero él había vuelto a desaparecer detrás de su columna y esperaba en la sombra que yo me fuera. Luego me gritó mientras me iba:

—No todos venimos aquí a leer, ¿no?

Mis caminatas se fueron haciendo cada vez más largas. Cada vez más seguido lo vi, cada vez más intensa fue mi decepción. Cuando finalmente ya no volví más a casa por las noches, sino que me la pasé holgazaneando en bares y clubes, fui al Museo Metropolitano, a la ópera, a un concierto, me paré solo en medio del gentío y lo busqué entre los espectadores, Kathy comenzó por última vez a hacer preguntas.

—Necesito un poco de tiempo para mí —dije.

¿Y no era esa la verdad? ¿Todo el tiempo en el que buscaba a Eisenstein no era tiempo para mí?

Tonto.

No recuerdo cómo es que de pronto me encontré de nuevo delante de su puerta. El hecho es que estaba en el rellano superior de la escalera, respirando y prestando atención a ver si oía algo. Era como la primera vez. Y como la primera vez la puerta no estaba cerrada. Pero esta vez no me esperaba nadie, ninguna muchacha me dio un beso en la mejilla, ningún hombre en bata me recibió. Las estanterías del corredor habían desaparecido. En el salón sólo estaba el piano, la tapa del teclado estaba cerrada, el atril de las partituras, vacío. Las cortinas todavía estaban allí, pero por lo demás se habían llevado todo. El Zeus había dejado entre las ventanas un recuadro más claro sobre los ladrillos y donde había estado el escritorio se notaban cuatro partes redondeadas más hundidas en el parqué. Tampoco en el atelier y en la cocina quedaba indicio alguno de quién podía haber vivido antes allí.

Sólo para mí quedaban aquellos efímeros indicios. Lo olí a él en los tablones de madera del piso, lo palpé en las cortinas, olfateé su perfume en las paredes y en los invisibles muebles, seguí sintiendo el olor del

cigarro y de los libros, en forma delicada pero clara. Me dejé caer al piso. Me quedé sentado allí, acurrucado, inspiré los recuerdos y esperé. Pero nada sucedió. Luego dejé cerrarse la puerta detrás de mí y me fui.

En los días siguientes hablé con los vecinos de la Willow Street. Tenían que haber visto algo. Todos los libros, era algo que no se podía hacer sin que nadie lo notara. Pero nadie pudo darme información. Nadie sabía bien quién había vivido en el tercer piso de ese edificio. Nadie había escuchado jamás su nombre. Yo busqué en los periódicos, busqué en las páginas locales avisos de apartamentos vacíos, notas sobre accidentes, asesinatos, extraños acontecimientos, personas desaparecidas. Sobre las muchachas desolladas hacía mucho que no publicaban nada, por aquí y por allí encontré en un suplemento suprarregional un artículo sobre los asesinatos Tate-LaBianca. Sobre Charles Manson todavía no publicaban nada. A cambio ahora tenían al Asesino del Zodíaco con sus enigmas, pero eso también era muy lejos. Revisé los avisos de gente desaparecida, ¿pero quién iba a buscarlo a Eisenstein? Me di cuenta de que todo era en vano. Eisenstein se había ido y si no quería que lo encontraran, yo no lo iba a encontrar. Así había sido siempre.

Fui al puerto y busqué su rostro en la espuma de las olas. Temprano una mañana de fines de septiembre estaba en el muelle 88, allí donde entonces había estado atracado el MS Normandie, con la *Justine* a bordo. Me estremecí en el frío temprano del verano que iba llegando a su fin, los rayos del sol caían borrosos desde el Oeste sobre los postes de madera y las negras olas del Hudson. Seguí con la vista un barco de pasajeros que acababa de zarpar. Bien arriba entre el gentío había un hombre parado en la borda, tenía un sombrero en la mano derecha y saludaba. Su abrigo resplandecía claro a través de la niebla matinal. A mi lado gente devolvió el saludo mientras el barco fue desapareciendo en el amanecer, y yo estuve seguro de que ese hombre me saludaba a mí.

Y también supe que él no podía ser.

LIBRO DOS. SEGUNDA PARTE

BAJO LA PIEL
DE LA VIDA DE UN CRIMINAL

1

Quitándose con deferencia el sombrero, impulsados por un respeto del cual apenas si eran conscientes pero que les inspiraba tan intachable hombre, reaccionaban los habitantes del suburbio de Spandau ante el maestro encuadernador Cornelius cuando este, llevando de la mano a sus dos saltarinas y alegres hijitas de blondas trenzas, iba andando por las calles: por la Rosenthaler y la Auguststrasse, por la umbrosa espesura de piedra del edificio de los Hackesche Höfe o por el ventoso triángulo de la plaza Horst Wessel. Cornelius se había hecho un nombre. Su taller vivía el momento de auge de su fama, estimado por el trabajo de calidad que venía realizando desde hacía años, por la destreza y el saber que moraban allí en la Sophienstrasse. Una apreciada familia era, pues, la que residía en el número 21 de esta: un viudo, sus dos pequeñas hijas y cada tanto la hermana del viudo, quien se ocupaba de las niñas, hacía las compras y limpiaba la casa. Y por esto no se asombraba el maestro de que, en las calles, donde ellos resultaban una imagen familiar, se les saludara con un “Buenos días” o un amable saludo alemán.[21]

Al callado joven, empero, que habitaba con ellos en la buhardilla de la casa la gente no lo veía. Su escuálida figura se aventuraba raramente a la calle y sólo a partir del crepúsculo; tampoco en la tienda se dejaba ver detrás del mostrador, y ni siquiera los encargados de las manzanas lo habían visto. Él vivía entre ellos como una sombra.

Mientras el maestro Cornelius seguía siendo la cara visible de la tienda de encuadernación, hablaba con los clientes y cerraba los contratos con los proveedores, con el transcurrir del tiempo el joven se había ido convirtiendo en el corazón palpitante del taller. Cada día se volvía más rápido y trabajaba mejor que el día anterior. Lo hacía con mayor destreza y en forma más incansable, y sus conocimientos en el oficio del trabajo del cuero, en repujado y en el arte de la orfebrería lo ayudaban a hacer que los resultados superaran en mucho las

expectativas. Con frecuencia pasaba toda la noche trabajando hasta el alba en el sótano del taller. Cornelius lo encontraba entonces acurrucado debajo del banco de trabajo, tendido sobre un par de cueros que en realidad eran para los libros. Una y otra vez lo llevaba arriba, lo dejaba dormir en el sofá de la sala mientras las niñas retozaban a su alrededor sin conseguir despertarlo. Tras un rápido desayuno, sin embargo, Eisenstein volvía a desaparecer en el taller y continuaba trabajando.

Para Cornelius el joven era un regalo. No exigía mucho, comía modestamente y trabajaba con esmero; era confiable, no despilfarraba el material y manejaba con cuidado las herramientas. El dinero no parecía interesarle; en los dos años que llevaba empleado en el taller de encuadernación no había pedido aumento ni una vez. Ni siquiera había pedido un día libre.

Cornelius era consciente de que la ambición del joven, al que pronto le podría otorgar el título de oficial, debía tener otro motivo que iba más allá de su carácter. Sospechaba que era algo muy especial lo que no le daba paz a su aprendiz y alguna vez se descubrió indagando ocultamente las huellas de su trabajo. Pero nunca, nunca llegó a descubrir lo que estaba atrás.

El mismo nombre del joven, de hecho y como ya se ha de haber notado, es un enigma. Cornelius lo llamaba por su nombre de pila, Josef, y este parecía ser también el que le habían puesto sus padres. Ya en la escuela, ahora en el taller y como subinquilino en la casa del número 21 estaba registrado bajo el nombre Josef Schwarzkopf; este también era el que tenían de él las autoridades. Él, sin embargo, sabía que su madre y su padre se habían llamado Eisenstein y así pues, en las noches solitarias en el taller, cuando hablaba solo, se llamaba a sí mismo por este nombre.

Febrilmente trabajaba Josef Eisenstein, pues así queremos llamarlo de aquí en más, para perfeccionar sus habilidades. Sabía que le llevaría años adquirir la destreza y maestría necesarias para lograr la gran obra de arte, pero no le quedaba elección. A su regreso de Weimar, cuando había vuelto a encontrarse con las manos vacías, sin haberse acercado un ápice a su sueño, lo había sobrecogido una profunda aflicción. Pero esta vez ya sabía lo que era eso. Esta vez había logrado evadir esa sensación asfixiante, el dolor y el desánimo. Trabajaba. No tenía opción.

El *Werther* no había sido. Otros libros de ese tipo existían,

ciertamente, pero eran inaccesibles para él. Uno se hallaba en Wolfenbüttel en la Biblioteca Augusta, otro se sospechaba que lo tenía un coleccionista que vivía en Praga. Los restantes títulos parecían encontrarse en el extranjero, si uno daba crédito a lo que figuraba en la bibliografía; en Oxford, en la Biblioteca Real de Estocolmo o en la Biblioteca Marciana de Venecia. ¿Cómo podría tener él jamás acceso a ellos? ¿Eran realmente como ballenas que salían a la superficie cuando se les antojaba, y lo dejaban a él sumido en la impotencia? En las horas débiles hasta lo invadía el pensamiento de que tampoco la *Germania* podía haber estado encuadernada así en ese entonces, sí, de que incluso lo que había sentido en ese momento había sido simplemente fruto de su imaginación. Las exaltadas sensaciones de un muchacho de quince años.

Pero con las palabras de su maestro resonando en sus oídos, de que existían libros que lo abarcaban todo, que elevaban todo, que todo lo perdonaban, él seguía trabajando, y cuanto más aprendía, experimentaba, creaba, mayor se volvía su certeza. Con cada acción de sus manos, página a página le iba quedando más en claro que su única meta en esta vida sólo podía ser hallar una fórmula con cuya ayuda él lograra por sí mismo traer a la luz de este mundo un libro tal, y que no cejaría en su intento hasta hacerse de esa fórmula. La idea de que esa fórmula existía, de que los iniciados la habían conocido en tiempos antiguos y de que él también habría de lograr esa consagración se convirtió de allí en más en la estrella polar de sus días y sus noches.

La habitación de arriba en el segundo piso, un tranquilo cuarto bajo el tejado con una ventanita que daba a las tiendas y las casas de la Sophienstrasse, la había acondicionado totalmente para sus fines. Era suya, mucho más aún que la despensa que había tenido como habitación en casa de la tía Ruth. Los libros que albergaba estaban efectivamente seguros, ningún cabo primero Meier pondría jamás un pie allí. En la pared sobre la cama había colocado estantes, en el pie de cama había colgado un par de láminas que, con ayuda de una hoja de afeitar, había cortado de un volumen ilustrado en una tienda de anticuario. Allí estaban el Zeus de Fidias con su ancho tórax, un grabado de Maarten van Heemskerck, un dibujo de un artista anónimo del Moisés de Miguel Ángel en Roma, *El bibliotecario* de Arcimboldo.

Cuando no se encontraba trabajando, estaba allí arriba y leía. Como había perfeccionado su arte del robo, su biblioteca de mano había crecido, y no obstante se caracterizaba más por su búsqueda de distinción y fineza que por la mera superabundancia, aún cuando, tal

como Eisenstein era consciente y consideraba que así debía ser, nadie más que él habría de verla jamás. Sus lecturas de aquellos años consistían sobre todo en obras latinas y griegas. Leía los clásicos: Homero, Teócrito, Ennio y Lucrecio; la *Eneida* de Virgilio, el cisne de Mantua, en un incunable holandés de 1483; los cantos de Pisandro y Juvenal, las cartas de un tal Horacio y de un tal Séneca, el relato de Apuleyo sobre Eros y Psique que había llegado a sus manos en la primera edición romana de 1469 impresa en folio, los discursos de Cicerón y las crónicas de Julio César o de Plinio el Viejo. Pero sobre todo el *Satiricón* de Petronio. Por obras posteriores no sentía prácticamente interés, pues la lengua y el estilo que él hallaba en los autores antiguos le parecían reflejar de modo tan magnífico la excelencia de las ediciones que los envolvían que a menudo no podía evitar sentirse conmovido, sentir una de pronto devota, de pronto consternada emoción. Eran de una fineza para él prácticamente imposible de encontrar hoy en día: a veces lacónica, a veces sentimental, concisa, amanerada, intencionalmente obscena, llena de chistes subidos de tono y dobles sentidos y contrastes, llena de matices y refinados artificios, salpicada de juegos de palabras y ambiguos vocablos, con alusiones y citas ocultas que le eran un placer descubrir. ¡De qué modo todo, valiéndose simplemente de signos negros sobre fondo blanco, podía alcanzar un sentido más elevado y sublime! Aquellos eran libros que él sólo podía leer con una mano.

—El estilo —dijo entonces, y suspiró mientras dejaba caer el libro sobre su pecho—, el estilo es verdaderamente el ser humano mismo.

En las noches de insomnio que no lo veían ni trabajar ni leer, se sentaba junto a la ventana, apoyaba la frente contra el vidrio y miraba la calle desierta. Sentía como si fuese el único hombre en toda la Tierra. Había encontrado el capullo donde poder refugiarse y sentirse protegido, donde quería resistir mientras fuera necesario. No tenía por qué salir a la calle, no tenía que hablar con otra gente. La hermana de Cornelius cocinaba todos los días y le depositaba su plato de comida delante de la puerta de su cuarto. Lo dejaban en paz.

Sólo para realizar algunas pocas compras Eisenstein no podía evitar tener que salir de la casa. Cuando trabajaba en un nuevo libro con el que quería afinar sus habilidades, cuando probaba nuevas telas y nuevos materiales, entonces no le dejaba al maestro la tarea de adquirir los elementos necesarios, sino que él mismo abandonaba su puesto de mira, cruzaba la calle una vez que había comenzado a anochecer y él

personalmente buscaba en las tiendas. Largamente revolvía a estos fines en los establecimientos de los sastres y de los tejedores de lino del suburbio, que tenían en oferta telas exóticas, y una y otra vez también en la tienda textil y de confección de prendas para caballeros Kaminski, la sastrería que estaba enfrente de la casa del número 21. Y así como desde los años veinte las tiendas de esa parte de la Sophienstrasse se habían convertido en los sitios a los que había que ir para todo lo fuera de lo común, Kaminski también se había convertido en un sitio donde los más estrafalarios gustos hallaban lo que buscaban. Allí encontró Josef lana andaluza, telas de oro, terciopelo negro de Persia, crepé de China, seda Atlas y crepé craquelado; seda, franela o satén de Turquía, un tejido que daba una sensación de humedad, y en definitiva todo lo que sus manos y sus ojos ansiaban, telas de los más diversos colores, fucsia, malva, lila, gris perla. Eisenstein no podía explicarse de dónde sacaba Kaminski, un hombre bonachón de barriga imponente, tiradores y camisa blanca cuyo último botón siempre estaba abierto, todas aquellas telas exóticas; y tampoco quién aparte de él le compraba aquellas mercancías, pero él no hacía preguntas y dejaba que Kaminski o su esposa, que ocasionalmente estaba también detrás del mostrador, le cortaran los trozos de tela del tamaño y la forma que necesitaba.

El maestro Simón Kaminski, esposo de la tres años más joven Eva y padre de una hija de dieciocho años que asistía a la Escuela Secundaria Judía de la Grosse Hamburger Strasse, había llegado a la ciudad en 1912 proveniente de Varsovia, se había alojado en casa de familiares y algunos años más tarde había aprobado el examen de aprendiz. En los años de la república se había hecho cargo de la Sastrería Gottschick, una pequeña tienda ubicada directamente al lado de la Iglesia de Santa Sofía, y la había llevado a gozar de cierta reputación y prosperidad. Ahora, empero, dado que los tiempos habían cambiado, él y su familia vivían en su mayor parte de sus ahorros así como de ayudas de la comunidad judía. Su tienda se encontraba ahora entre el cementerio y, del otro lado, tres negocios vacíos.

—Un cadáver viviente somos —solía decir el señor Kaminski. Salvo por la tienda de instrumentos de los Wolf su familia era la única que había quedado en ese tramo de la calle. Ya casi nadie iba a comprar allí, y los judíos que iban apenas si tenían dinero; en junio algunos civiles le habían pintado en la vidriera una estrella de David amarilla. Pero Eva y Simón Kaminski no se dejarían intimidar.

Desde su llegada a Berlín poco después de la guerra el maestro Cornelius había entablado amistosas relaciones con no pocas familias de

la Sophienstrasse. Un vivo vínculo de negocios se había desarrollado entre la tienda de encuadernación y las tiendas vecinas, pero sobre todo con la sastrería de los Kaminski. Cuando todavía vivía la esposa de Cornelius, mutuas invitaciones habían sido la regla, y en los meses de verano habían realizado juntos excursiones a los alrededores con los niños. Pero ahora a Cornelius lo invadía la pena cuando contemplaba el destino de sus amigos, y más pena aún cuando se veía obligado a admitir que tenía las manos atadas. Había tenido que aprender que vínculos como aquellos sólo podían conservarse si se tenía la necesaria precaución. Por eso le alegraba que su aprendiz fuera al anochecer a comprar a la tienda de los Kaminski; aquello era mucho menos comprometedor que el que vieran al maestro en persona allí.

Pero quizás aquello no era suficiente, se decía. ¡Uno no podía pasarse la vida dejando que desde arriba le dictaran lo que tenía que hacer! Y así fue como en el verano de 1938 a plena luz del día cruzó la calle, entró a la tienda de los Kaminski y le propuso a la sorprendida Eva que volvieran a hacer una pequeña excursión juntos. El tiempo prometía ser bueno, quizás también los Wolf serían de la partida, quizás Isidor tocaría el clarinete, sería como antes. El fin de semana siguiente podían ir en el tren de cercanía a Friedrichshagen, en el lago Müggel alquilar uno, dos o tres botes y así escapar por unas horas del calor de la ciudad.

—¿Fue alguna vez al lago Müggel? —le preguntó Cornelius a la atónita Eva—. ¡Es un sitio maravilloso!

Lamentó la pregunta ya antes de salir de la tienda. El riesgo que implicaba, también para sus hijas y su hermana, lo que acababa de iniciar le provocó dolor de cabeza. Pero al final cambió de opinión. ¿Qué podía pasar? ¿Podían prohibirle dar un paseo en bote con una familia amiga…? ¿A él, un viudo, un alemán ejemplar, un trabajador honrado que no había cometido delito alguno? No se atreverían.

Los Kaminski aceptaron la invitación, lo mismo el matrimonio Wolf un día después, y en uno de los días siguientes el maestro Cornelius también le propuso ir a su aprendiz. Simplemente lo presentarían como amigo de la familia, nadie podía tener nada en contra; y él también conocía a la familia Kaminski, y alguna vez el muchacho tenía que salir a la calle, esa vida encerrado en su habitación de arriba no podía seguir así para siempre…

Josef Eisenstein mismo no supo qué lo había llevado a aceptar la invitación de su maestro. Quizás lo había predispuesto favorablemente el gran calor que sufrían Berlín y él aquel día de agosto. Por la mañana

había trabajado bien, al mediodía había hecho un calor tan húmedo y pesado que incluso había sido imposible leer, inmersa en un sordo, inescrutable y pesado silencio su habitación se le había hecho casi insoportable. Así pues, había cedido.

El lugar de reunión fue la estación de trenes de Ostkreuz. Allí había suficiente ajetreo, allí estaban lo suficientemente lejos, allí no los conocía nadie. El señor Isidor y la señora Irma Wolf, una pareja graciosa de observar, que provenía de Galitzia, ambos bajitos y con gruesas gafas de carey, hermanos parecían, y quién podía atreverse a decir si incluso no lo eran, habían llevado una cesta con pan y vino; lo mismo la familia Kaminski que llegó un cuarto de hora más tarde.

Allí, debajo de los arcos del puente de la estación del tren de cercanía, Eisenstein vio a su hija por primera vez a la luz del día. Dos o tres veces había visto a Milena Kaminski en la tienda cuando había preguntado por telas, pero bajo la luz artificial de las lámparas no le había llamado especialmente la atención. Tampoco ella le había dirigido nunca la palabra. Ahora, parados en el andén bajo el sol de agosto y luego, cuando iban sentados juntos en el compartimiento del tren y este salió de la ciudad y fue andando rumbo al este, la muchacha de cabellos castaño oscuro le pareció rara y extraña, aunque sin que pudiera decir por qué motivo. Ella iba sentada enfrente de él, con las piernas cruzadas enfundadas en medias blancas y la mirada baja. Cuando el maestro Cornelius le preguntaba algo, respondía en forma amable y escueta. Un rato más tarde, cuando iban caminando por la Bölschestrasse, las niñas la tomaron de la mano y fueron conversando a viva voz con ella algunos metros más adelante mientras Cornelius con su hermana y las dos parejas las seguían parsimoniosamente. Eisenstein iba atrás de todos.

También en el lago las niñas acapararon a Milena. La pequeña Elizabeth, ya de dos años, no podía parar de jugar con ella a que una corría a la otra, hasta que ambas terminaron sentadas exhaustas en la arena, y la niña mayor le hizo entonces largas trenzas y se las ató con los lazos azules de su muñeca. Alquilaron botes. El muchacho del puesto de alquiler sólo echó una mirada aburrida al desconocido grupo citadino y les sacó del cobertizo tres de los botes antiguos. Con un par de fuertes golpes de remo dejaron la orilla del lago y se encontraron en aguas abiertas. Cornelius iba con Simón y Eva en un bote; Milena, con la hermana de Cornelius y las niñas en otro; y Eisenstein se hizo cargo de los remos en el bote del matrimonio Wolf.

Allí había que resistir. Como vidrio descamado centelleaba la

superficie del agua bajo la luz del sol. Un par de veleros danzaban sobre el horizonte; sobre ellos, las gaviotas y las garzas reales; bien a lo lejos un ferry navegaba hacia Erkner. Estaban solos. El cielo de verano formaba una bóveda sobre el lago Müggel y brillaba como si fuera de porcelana azul.

Al cabo de media hora amarraron los botes en la orilla, y en un sitio entre sauces y abedules, protegido de las miradas ajenas por avellanos y carrizos, extendieron las mantas. Como a través de largas pestañas se veía a través de las espigas de la grama el espejo calmo del lago. Rieron, comieron, bebieron, charlaron. El señor Kaminski contó un cuento de hadas que tenía lugar en las cercanas colinas de Müggel y que hablaba de un castillo sumergido en el lago del Diablo, de una muchacha que se había perdido allí y nunca había vuelto a aparecer, y de un coche llevado por cuatro ratones en el que la muchacha, convertida en princesa, andaba por el bosque en Navidad y cada tanto era vista por los niños pastores y los caminantes.

Cornelius se hubiera sentido como antes si hubiera estado su esposa. La extrañaba muchísimo, pero la alegría de las niñas mientras jugaban con Milena, la animada charla de los hombres y las mujeres y no por último el hecho de que el rostro de su joven aprendiz se iluminara por primera vez desde hacía meses le daban consuelo. Si los Wolf y los Kaminski podían olvidar por un par de felices horas su mundo, ¿no podía hacerlo él también?

En la mirada de Eisenstein creyó volver a percibir efectivamente aquel brillo que parecía apagado desde hacía meses. Ciertamente el muchacho había trabajado concentrado, con total entrega y esmero, pero ese fuego que todavía lo había movido el año anterior parecía haberse extinguido. Como si su alma hubiese quedado totalmente desgastada después de un difícil y riesgoso trabajo que exigía absoluto detalle. Pero ahora se volvía a notar un ardor. Seguramente eran el aire soleado, la tibia brisa, el aroma a agua y prado, quizás el esfuerzo que le había exigido el remo, quizás la media copa de vino… un rubor se hizo perceptible en el rostro si no tan pálido de Eisenstein, su respiración se hizo más fuerte, sus ojos brillaban.

Lo que Cornelius no sospechaba, jamás hubiera podido sospechar, era que en el corazón de Eisenstein todo aquello no tenía la menor influencia. El vino no podía tener el más mínimo efecto sobre su mente en ese instante, a la nube en forma de cirro sobre sus cabezas no le prestaba atención, y tampoco la desacostumbrada compañía con su ociosa conversación, sus cuentos de hadas y la música de clarinete del

señor Isidor con sus sonidos del imperio austrohúngaro eran lo que lo turbaban. Era simplemente la presencia de la muchacha, la vista de la rara-encantadora Milena, cómo retozaba con las pequeñas sobre la hierba, se trepaba a árboles, se ensuciaba las medias, no le daba vergüenza a su edad dar tontas volteretas y jugar a las escondidas con las niñas entre los altos pastos. Cuando Milena, sin aliento, regresó a su manta, las niñas se le colgaron al cuello y con su peso encima la hicieron caer tumbada sobre el suelo, ella rio a viva voz y su risa hizo sonar una nota en Eisenstein que él no olvidaría jamás. Alegre, traviesa, una risa libre, fuerte, no domesticada, clara y radiante; y en el instante en que él se percató de que ella pese a todo podía divertirse y disfrutar, le resultó infinitamente cautivadora en esa felicidad de la que ella era su propio artífice. Y sintió el deseo de hacer todo lo posible para que aquel divertirse y disfrutar no acabara jamás.

Pero esto no duró mucho, pues cuando observó que evidentemente Milena podía estar alegre sin él, la pena fue mayor que el embeleso. Ella le pareció inhumana en esa forma que tenía de pasarlo por alto. ¡Ya con su mera presencia le hacía sentir que él no valía nada para ella! Lo halló algo sumamente antinatural, ya que a ambos sólo los unía la edad. Ni una mirada le dedicaba a él que casi no pasaba un segundo sin mirarla, tan insistente y penetrantemente que seguro ya habría llamado la atención de los demás si no hubieran bebido tanto vino. Ningún guiño furtivo de soslayo, ningún pestañear, ni el atisbo de una sonrisa que le pudiera estar dedicada. Inhumana era, un ángel inhumano, encantador, extraño; y asco y odio debía sentir ese ángel por él, de otra manera no se podía explicar.

El domingo transcurrió, demasiado rápidamente, demasiado irrecuperablemente. Tampoco al atardecer refrescó demasiado, pero las sombras de los sauces se hicieron más largas y entonces decidieron dar un par de vueltas más por el lago. ¿Fue casualidad que ahora Eisenstein estuviera en el bote de Milena y se ofreciera para hacerse cargo de los remos y llevarla a ella y a las niñas de regreso a puerto seguro en Friedrichshagen, o desde hacía horas esperaba esa oportunidad? Las parejas se pusieron en camino, ebrias, riendo, y lentamente se alejaron los botes recortándose sobre el horizonte. Eisenstein los siguió con toda intención de no quedar como un debilucho. Resolvió acortar camino y, en lugar de hacer como los demás y describir un arco a lo largo de la orilla occidental, cruzar el lago en línea recta en dirección al puesto de alquiler de botes. Pero entonces un fuerte viento cayó sobre la

embarcación y, en medio de los chillidos de las gaviotas, lo arrastró desviándolo de su rumbo de vuelta hacia la orilla. Ahora no les quedaba más alternativa que rodear el lago por el otro lado, por la orilla oriental.

Este camino era mucho más largo que el planeado originalmente. Hacía mucho que habían perdido de vista a los otros botes, desdibujados en la resplandeciente línea azul y turquesa entre el lago y el cielo, y al cabo de media hora en el agua las niñas se habían quedado dormidas. Tranquilas reposaban allí envueltas en chaquetas y mantas, con sus muñecas en brazos, mecidas por las ondas. Con cada golpe de remo la orilla se fue divisando cada vez con menor claridad. Allí ya no había más senderos que condujeran por entre el claro bosque de abedules, sino que anchos y añosos robles extendían largamente sus ramas sobre las aguas de modo tal que Eisenstein tuvo que poner toda su fuerza y su habilidad para ir avanzando por debajo de ellas y a través del carrizo. En un momento el lago se estrechó, desembocó en un pequeño brazo que Eisenstein trató de evitar, pero la brisa que se levantó y la corriente los arrastraron más aún hacia el este. Él se dio por vencido y dejó las palas de los remos dentro del bote y a partir de ese momento parecieron ir flotando. A través de un canal ingresaron a un lago más pequeño cuyas orillas se hallaban desiertas y sólo pobladas de pinos verdinegros. Los excursionistas ya habían regresado a la ciudad o se encontraban en sus casitas de fin de semana en el bosque. Mosquitos jugueteaban en la luz de oro negro, oro envejecido bajo las hayas, azul ciruela en el cielo. No se movía ni una hoja. Llevaron el bote hasta la orilla, lo subieron al vadeable y arenoso terraplén cuidando de no despertar a las niñas y se miraron.

¿Qué debían hacer? ¿Dejar el bote allí, cargar a las niñas y regresar caminando a Friedrichshagen? ¿Esperar hasta que los otros los encontraran? ¿Pasar la noche allí y regresar en el bote al día siguiente? Todo parecía igualmente inútil.

El silencio fue creciendo a su alrededor. Milena había ido andando unos pasos por la arena y ahora descansaba recostada contra un árbol que crecía en el suelo de la orilla y caía inclinado sobre la superficie del agua. Hasta ese momento no habían intercambiado una palabra.

Entonces ella pronunció su nombre por primera vez.

Josef fue hacia ella, se fue acercando como llevado por un hilo invisible hasta detenerse a un paso de ella delante del tronco sobre el que tenía apoyada la cabeza. Él la miró, con gesto interrogante, a la expectativa, pero ella no dijo nada.

¿Acaso ella no lo llamó? ¿Simplemente él se imaginó su voz? Pero también ella lo mira, como si esperara algo. Por primera vez ella lo mira. Lo mira. Sus ojos miran profundamente los de él. Él puede oír la respiración de Milena, puede ver el marrón de sus iris; detrás de ella, el lago inmerso en la luz del sol bajo, delante de ella está él. Él siente que tiene que tocarla, que por lo que más quiere en el mundo tiene que asirla, asir su cuello, tocar sus caderas, sus pechos, atraerla hacia sí.

Una eternidad permanecieron los dos parados uno enfrente del otro sobre la arena, sin moverse, respirando, sus cuerpos sólo separados un palmo del otro. Ya estaba oscureciendo; sólo unos minutos hasta que cayera la noche.

2

Pensar claro le había resultado imposible desde aquel domingo en el lago Müggel. El interminable minuto junto al tronco del árbol, la mirada profunda de Milena, el silencio entre ambos mientras habían ido remando hombro contra hombro por la oscuridad… la sospecha de que Milena quizás sí mostraba un cierto interés por él… y al mismo tiempo el temor por su vida. La imposibilidad de acercarse a ella sin exponerla a un peligro mortal. Alegre debía ser ella, jubilosa debía reír su risa cristalina como el tintinear las campanas, y él, se lo juró a sí mismo, haría todo porque así fuera. Se imaginaba su piel, la que ansiaba… pero él no debía tocarla. Ella tenía que vivir y su presencia era una tácita amenaza.

No se la pudo sacar más de la cabeza. Desde el día en que había entrado clandestinamente a la Biblioteca Anna Amalia no se había sentido tan vivo. Y al mismo tiempo desde la noche con el *Werther*, desde la despedida de su anciano padre mientras dormía no se había sentido tan triste y decepcionado. ¿Cómo hacer para prohibirse no sólo tocarla, sino ya el sólo volver a verla, incluso el pensar el ella?

No soportó muchos días la tortura en su monacal retiro, no resistió muchas noches de insomnio la tentación de pensar en la clara piel de su cuello. Pero tampoco pudo conciliar el sueño ni aun cuando continuó pensando en ella. Y no le importaba de qué le serviría volver a ver a una muchacha que él se había jurado sacrosantamente no tocar jamás. No le quedaba alternativa, tenía que volver a verla. Así pues comenzó a acecharla.

Por la mañana a las siete Milena salía de la casa de sus padres e iba andando, con los cabellos y las faldas ondeando al viento, por la Sophienstrasse, luego doblaba en la Grosse Hamburger Strasse y desaparecía en el interior del edificio de tejuelas rojas de la Escuela Secundaria Judía. Recién a las tres, los viernes una hora más temprano, dejaba el edificio y regresaba sin dar ningún rodeo a la sastrería. El

hecho de poder verla sin que ella lo notara nunca le provocaba satisfacción. Pero al cabo de un cierto tiempo quiso más; le fastidiaba que el camino de la escuela fuera tan corto y que ella casi nunca se detuviera hasta volver a desaparecer en el interior de la tienda de sus padres. Los fines de semana ella estaba allí y ayudaba a ordenar la mercadería, pero frente a la vidriera él no tenía ningún escondite adecuado desde donde observarla sin que nadie lo molestara. Cada tanto pasaba por delante de la tienda, echaba disimuladamente un vistazo hacia el interior, pero sólo para seguir camino decepcionado y al cabo de unos metros volver a voltearse, porque en lugar de ella la señora Kaminski era la que estaba detrás del mostrador.

Lo que hizo luego fue lograr ingresar al patio desde donde se accedía a las casas traseras. En silencio esperaba allí a la sombra, debajo del escuálido árbol que había en el centro, tratando de escuchar y espiando y sin poder más que adivinar cuál era su ventana. Nunca vio aparecer una silueta reconocible a la luz del crepúsculo, nunca oyó su voz emergiendo de una ventana abierta. Cuando había anochecido, se trepaba por las ramas de la hiedra para poder mirar en las habitaciones del primer piso, pero nunca llegó a ver más que almohadones con borlas de colores, ancianas tejiendo y hombres de gafas con kipá. Hasta que no entrara en el apartamento de los Kaminski no conseguiría saber cuál era su habitación.

Así pasó agosto y llegó septiembre. Por la tarde la había acechado, como de costumbre, había esperado cinco minutos detrás de la escalera del Geriátrico Judío hasta que se habían abierto los portones de la escuela, entonces la había detectado en medio del gentío y como de costumbre la había seguido y en la esquina de la Sophienstrasse había estado ya a punto de darse por vencido, porque, como de costumbre, ella habría de doblar y de desaparecer en el interior de su fortaleza hasta la mañana siguiente.

Pero ese día se apartó de su camino habitual. Asombrado él la siguió y se preguntó cuál sería el motivo por el que no iba directamente a su casa, teniendo en cuenta que además, si bien hacía calor, estaba lloviznando; de ninguna manera un tiempo que haría que una chica normal se decidiera espontáneamente a dar un paseo. Pero Milena era un ángel extraño y él la siguió.

Pasaron por la plaza Koppen y siguieron en dirección al Norte hasta la Invalidenstrasse, pasando por el Weinberg fueron hasta la Iglesia de Sión y siguieron luego por las callejuelas empedradas del suburbio de Spandau. En la plaza Arkona ella se detuvo, sin mirar alrededor, como

si esperara algo o a alguien. Al cabo de un momento prosiguió su camino, aunque ahora más lentamente, a un paso más indeciso y titubeante. Bajo la cálida lluvia, que ahora caía más intensa, resultaba aun más extraño. Le pareció como si ella hubiera perdido de vista la meta a la que se dirigía en su paseo o como si se hubiera perdido. Él permaneció a una distancia segura, la siguió por veredas y semáforos, por la Bernauer y la Eberswalder Strasse, cruzando la avenida Schönhauser y pasando por debajo del tren elevado para continuar hacia el Norte.

En la avenida Pappel de pronto su figura desapareció de su vista. Él apuró el paso hasta que llegó a una angosta entrada entre dos casas de alquiler, pero en el momento en que estaba doblando para ingresar en el patio, vio que Milena se había detenido y estaba a sólo unos pasos de él. Ella lo miró, lo miró directamente a los ojos. Él casi se tropieza con ella, de no haber sido que pudo sostenerse de un gancho que había en la pared. Estaban en el patio desierto de un taller mecánico, parados bajo la lluvia entre un auto desechado y el muro encalado del patio.

Un ruido hizo sobresaltarse a los dos y los dos se ocultaron al mismo tiempo buscando refugio en un pequeño garaje. Allí estaba oscuro, seco y en silencio. No fue necesaria ninguna palabra. Él se acercó, ella lo dejó hacer. No apartó la vista de su perseguidor. Él avanzó un paso más hacia ella, ella no se inmutó. Entonces también ella se acercó, hasta que ambos pudieron sentir el aliento del otro sobre su piel. A él le temblaron las piernas, sus manos estaban exangües, sintió un tirón en el estómago como si le hubieran dado allí con un martillo. Pero él no tenía más que ojos para ella, y ella sólo para él.

Ella se recostó contra la pared del garaje, apoyó la cabeza hacia atrás, como cuando estaba reclinada aquella vez contra el tronco del árbol. Él sintió el agua cayendo por sus cabellos en la nuca y deslizándose por su espalda. Vio las gotas cayendo por la frente de ella. De nuevo descubrió en su mirada el atisbo de una expectativa. Esta vez tomó su angosta cabeza, la rodeó con ambas manos, la atrajo hacia sí hasta que por fin pudo sentir el gusto de la piel de su mejilla y el rojo de sus labios.

Luego se alejó corriendo.

3

Ya en el camino de regreso a la Sophienstrasse lo invadió la convicción de que Milena no lo lograría. Al tocarla él, con sus manos, con su boca, la había consagrado a la muerte, y como siempre esta no se haría rogar demasiado. Se encerró. Pero tres días más tarde, cuando salió por primera vez del taller y de la casa, la vio detrás del mostrador. A la mañana siguiente la vio salir de su casa para ir a la escuela. Ella no notó su presencia.

Pero esta vez él se mantuvo a distancia. Lo carcomía el arrepentimiento. Con el tiempo le vino la idea de que quizás había algo con lo que, si bien no podría volver atrás lo que había hecho, sí podría repararlo. ¿Quizás había una palabra que él podía pronunciar, o un sacrificio que él podía hacer que le quitara de encima a ella esa maldición antes de que fuera demasiado tarde? Su propia presencia, el hecho de que ambos vivieran en la misma calle se le hizo insoportable; el pensar a qué peligro la exponía él al estar tan prohibidamente cerca de ella le provocaba pesar. Pensó en irse de la ciudad, huir al campo y regresar recién cuando todo aquello ya hubiera quedado atrás. ¿Pero cómo podía hacerlo? ¿De qué viviría? ¿Y cómo habría de hallar la fórmula para su libro en otro sitio?

Así pues, permaneció donde estaba y se mantuvo callado y tranquilo. Trabajó, leyó, miró por la ventana. Cada tanto iba a visitar al viejo Abramsky, bebía té con él y en el crepúsculo intercambiaban algunas palabras sobre libros. Él se prohibió cualquier pensamiento sobre su piel, su perfume, el sabor de sus labios. Se escondió de ella.

Pero Milena no sabía por qué su callado amigo había huido aquel día, y tampoco por qué desde entonces no la había acechado ni seguido más. Conturbada había regresado a su casa y los días siguientes en el camino a la escuela había mirado todo el tiempo para encontrar a su perseguidor. Había dado rodeos y salido a dar vueltas y había dado

paseos al final de la tarde, pero Josef no había aparecido por ningún lado. Ella había sentido que a él le había gustado, y en ese momento ella hubiera esperado todo de él menos que la dejara plantada. Llegó a la conclusión de que al mostrarse ella tan resoluta aquello lo había desbordado. Recién luego pasaron por su mente los pensamientos que ya hubiera tenido antes de haber querido ser una chica sensata. Que Josef Schwarzkopf y Milena Kaminski no tenían ningún futuro juntos y que un beso no haría más que hacer más difíciles sus vidas. Que de repetirse lo sucedido o ya una simple palabra que intercambiaran esto sellaría el destino de ambos.

Pero ella había hecho lo que había hecho y ella no era la persona que se arrepentía de algo así. Tenía que volver a verlo. ¿Quién podía decir en este mundo qué era lo correcto y qué lo equivocado? ¿Quién podía decirle a ella cómo sería su futuro o cuánto presente tenía aún?

¿Por qué no debía disfrutar ella ese momento? ¿Qué podría pasarle?

Así pues, lo siguió. Entró al patio del edificio que estaba enfrente del de ella, allí donde se encontraba el taller de encuadernación de Cornelius, y espió por las ventanas. En sus horas libres esperó que Josef saliera. Le provocaba placer el acecho y la caza, despertaba en ella una fascinación desconocida. Pero fue en vano. Él no fue más a la escuela, ella no sabía exactamente dónde vivía, y sólo podía conjeturar que la luz que salía de la buhardilla fuera la de su cuarto. Para saberlo con certeza hubiera debido forzar la entrada e ingresar al edificio.

Así que lo hizo.

Un sábado sacó la Torá de sus padres del armario, una edición hebrea de fines del siglo pasado que en los últimos años había sufrido algunos daños. Con el libro envuelto en una ordinaria tela de lino, cruzó la calle y entró en la tienda de Cornelius donde halló al maestro en la sala de ventas.

—¿Quizás no tiene sentido repararlo? —preguntó.

Él la miró largamente. Su mirada fue pasando de ella a la Torá, la que ahora tenía descubierta ante sí, y de nuevo a ella. ¿Acaso no se fiaba de ella? Pero finalmente tomó el libro en sus manos y bajó la escalera hacia el taller.

Milena se quedó sola en la tienda. Una escalera del otro lado llevaba a la vivienda en el piso superior. La subió de prisa, fue prestando atención a ver si oía algo detrás de cada puerta, oyó las risitas de las dos niñas, olió allí el aroma a sopa recién hecha que venía de la cocina y siguió. Siguió subiendo hasta que llegó a la última puerta, detrás de la

cual sospechaba que se encontraba el cuarto de Josef.

Volvió a prestar atención a ver si oía algo, con la cara ardiente pegada a los fríos tablones de la puerta. No se oía nada. Al cabo de algunos minutos tomó coraje, agarró el picaporte y lo apretó. La puerta estaba cerrada con llave.

Abajo en la tienda siguió estando sola. Revolvió en los armarios y en los cajones buscando llaves, en vano. Entonces oyó voces que venían del taller. Cautelosamente fue bajando la escalera y vio al maestro parado junto a Josef detrás del banco de trabajo, ambos inclinados sobre la Torá de la familia Kaminski. A su alrededor había numerosos trozos de cueros colgados de las paredes y del techo, detrás había armarios llenos de instrumentos, herramientas y materiales, tubos y botellitas, muchos cepillos, pinceles, tijeras y pinzas, sobre las superficies de trabajo había telas, madera, cartón y papel, y dispersos en el piso, libros a medio terminar. Le dio la sensación de un taller de falsificación clandestino. Los hombres, con las cabezas juntas en postura conspirativa, murmuraron algo que Milena no llegó a comprender. Sin querer hizo ruido, pero antes de que ambos notaran la presencia de la observadora secreta, ella se volvió y se fue de la tienda.

Así continuó los días siguientes. Milena esperaba hasta que Cornelius se iba de la sala de ventas, abría la puerta de la tienda sólo una rendija para que no sonara la campanilla y observaba a los dos hombres desde la empinada escalera. Cada tanto Cornelius volvía a subir, allí ella se escondía detrás del reloj de pie hasta que volvía a quedar sola. Tres veces más intentó encontrar la llave de la buhardilla, donde ahora estaba segura de que dormía Josef, tres veces más subió la escalera hasta bien arriba y prestó atención a ver si escuchaba algo. Tres veces más apretó el picaporte. En vano.

Hasta que llegó el día en que Milena vio salir de la casa al maestro Cornelius, con sus dos hijitas de la mano, y alejarse andando con gran dignidad por la Sophienstrasse. Enseguida avanzó a hurtadillas hasta la puerta de la tienda, la halló sin llave, se deslizó adentro y lo oyó trabajar en el sótano. Bajó entonces adonde se encontraba él.

Él no la había esperado, y sin embargo y pese a la prohibición que se había impuesto a sí mismo, desde el día en que el maestro había aparecido en el taller con la Torá y le había dicho que Milena la había llevado, tantas veces se había imaginado que volvía a verla que ahora la realidad le pareció como una obra de teatro que se representaba

siguiendo fielmente las indicaciones del autor.

La vio bajar. Ella llevaba puesto el mismo vestido que tenía en el lago Müggel.

—¿Es mi libro?

Eisenstein, cuando tomó conciencia de que estas eran las primeras auténticas palabras que Milena le dirigía, balbuceó, se quedó mudo, luego sólo se le ocurrió una frase que ya en el momento en que la dijo le sonó ridícula.

—Esta es la Torá.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó ella.

—Es bastante antigua, la encuadernación está totalmente destruida y muchas páginas no están en buen estado. Va a llevar un poco de trabajo.

—Sí… —Ella se había aproximado más, estaba de pie enfrente de él delante del banco de trabajo y lo miraba a los ojos—. Pero… ¿podrás hacerlo?

—Creo que sí.

—Es un libro muy valioso para nosotros, ¿sabes? Es la base de todo. Desde que tengo memoria mi padre nos lo lee en voz alta. Pero tanto uso hizo que se aflojara la cola. Y seguro que viste también las manchas de tinta. En realidad así ya no se puede usar. Para mis padres sería muy importante poder volver a tenerlo en sus manos algún día en buen estado.

—Intenté quitarle las manchas con esta solución.

Él tomó una botellita de un estante, abrió la tapa e hizo que Milena oliera. Ella hizo un gesto de disgusto.

—Perdona, debería haberte advertido. Pero con estas soluciones se pueden sacar manchas sin dañar demasiado el papel y la tinta de la impresión. Las letras después igual hay que retocarlas. Mira aquí…

Él hojeó y le señaló con el dedo un sitio donde se distinguía un borde más claro. Los signos hebraicos, no obstante, habían sido restaurados, de modo tal que prácticamente no se notaba la diferencia con las partes que no estaban dañadas.

Milena lo miró con gesto de asombro. Él le devolvió la mirada con gesto interrogante.

—¿Cómo lo hiciste? Quedó perfecto. Dibujar las letras te tiene que haber llevado horas. ¿Pero cómo lo hiciste? ¿Sabes hebreo?

Él sacudió la cabeza.

—No… no leo hebreo. Sólo traté de adivinar cómo tenía que ser y

me orienté con las letras que estaban al lado.

Era la primera vez en su breve vida juntos que él le mentía.

—Qué extraño —dijo ella—. Pusiste los puntos exactamente en los sitios en que debían ir… también los acentos, y hasta los *teamim*.

Tan ensimismado había estado trabajando en ese libro que nunca se le había ocurrido la idea de que efectivamente se requería un conocimiento más exhaustivo del texto para poder corregir correctamente, y de que la probabilidad de que una persona no conocedora del hebreo colocara correctamente los puntos debajo, entre y sobre los signos eran casi igual a cero.

Y así otra mentira siguió a la primera.

—Usé otra edición de la Torá para comparar.

—Te tiene que haber llevado días hallar los distintos pasajes.

—Por eso digo, algo de trabajo va a llevar. Un trabajo de *goy*, para decirlo así.

Él rio, y ella rio, y el tono claro de su voz inundó el espacio abovedado del taller y el pecho de él. Cuántas veces no había podido evitar pensar en esa risa…

—Quizás puedo ayudarte para hacerlo más rápido. Te puedo decir cuántos puntos hay que poner en cada lugar. En el caso en que no encuentres enseguida esa parte en la otra Torá. Así quizás podrías volver a dedicarte más pronto a los otros libros. Y yo me podría llevar antes la Torá a casa. Dentro de un par de semanas celebramos la fiesta de los tabernáculos, ¿y cómo podríamos hacerlo sin ella?

—¿Quieres ayudarme?

Milena asintió.

—No sé si Cornelius estaría muy contento de encontrarte aquí abajo.

—Pero ahora no está, ¿no?

—Ahora en este momento no. En este momento estamos solos.

Él no tiembla de frío, aunque está desnudo. Él contempla sus caderas, sus senos, el delgado cuello, todo su cuerpo, tendido sobre mantas de cuero debajo del banco de trabajo. Tampoco ella tiembla de frío. Su piel es pareja y suave y blanca. Su cabeza está recostada sobre los restos de libros descartados y sobre el tomo de la Torá familiar de los Kaminski que con el choque de los cuerpos, el tirar y estrecharse entre los brazos, los besos, el desvestirse, de pronto lucha, de pronto danza, han tirado al piso. Ahora ella está desnuda y al descubierto ante él, y a él no le queda más alternativa que tocar cada punto de su

cuerpo. En los labios siente un hormigueo. Sus dedos van explorando los lóbulos de sus orejas, se deslizan por las sienes y la mejilla y el mentón, descienden por el cuello y la clavícula, sienten los huesos de sus hombros y las costillas debajo de la delgada cubierta de piel. Él huele sus pezones, los humedece con su saliva, saborea el pliegue entre los senos y el tórax. Él asciende y desciende con fuerza y debajo de él el movimiento es como el de un pequeño animal que estuviera encerrado allí. Él siente latir el corazón de ella. Sin aliento sostienen las puntas de sus dedos la pelusilla de su vientre, se hunden donde comienza su vello púbico. Finalmente ella alza una pierna de modo que él puede tocar su sexo. Es casi más bello que contemplar un valioso libro. Ella tiene los ojos cerrados. Él sólo oye leves suspiros que salen de su boca, luego son como quejidos, callados y contenidos, jadeos gimoteantes, y luego gemidos.

También ella se aferra firme, mientras lo deja hacer, lo acaricia, lo besa, tira de su cabello. Cuando él está encima de ella, las manos de ella rodean su espalda y sienten sus vértebras ascendiendo y descendiendo, el arquearse de sus costillas, los músculos de su trasero que se tensan y se enfrían. Ella abre los ojos en el momento en el que él se yergue sobre ella y con movimientos lentos e inseguros intenta penetrarla. Ella sólo ve su melena castaña enrulada y, distorsionada, la mitad de su rostro; por encima de él, la placa de madera del banco de trabajo que les brinda refugio en ese instante. Ella voltea la cabeza hacia un lado y contempla las tapas de libros, los pliegos de papel, los retazos de tela y cuero, en el medio libros enteros y mitades de libros, clavos, cinceles, tijeras y cuchillos que hay dispersos a su alrededor. Ella toca un cuchillo y siente la fría y dura hoja sobre su piel. La rodea completamente, luego aprieta la mano y siente cómo corre la sangre.

¿Por qué no debía disfrutar ella ese momento? ¿Qué podría pasarle?

En el taller ahora estaba oscuro. Por las ventanas sólo entraba la débil luz de las farolas de la calle. Sus padres seguro que ya se preguntaban dónde estaba. Eisenstein los había tapado a los dos con todo lo que había encontrado que sirviera como protección y agotado sostenía a Milena en sus brazos. Él sentía la piel de sus hombros suave sobre su pecho, ella sentía el suave latir de la arteria en el cuello de él contra su sien. Envueltos en terciopelo negro de Persia, en satén, fieltro, lana y seda y en las pieles de los corderos y los cueros de terneros y cerdos, estaban allí tendidos apretados como dos larvas en el mismo capullo, en el calor húmedo y latiente de la sangre, de la esperma, de la

saliva, del sudor, y sentían la desnudez del cuerpo del otro como si fuera la propia. Luego se durmieron.

4

Milena se negaba y se negaba a morir. En los meses que siguieron se vieron todos los días, y cada mañana Eisenstein se volvía a preguntar si durante la noche a ella le habría sucedido algo, y cada encuentro le volvía a traer el alivio de verla viva. Ya antes del amanecer espiaba él por la ventana de su cuarto y pronto la veía andando por la vereda. Entonces corría abajo a la sala de ventas, se cercioraba de que Cornelius no estaba allí y la hacía entrar.

Ella lo ayudaba en el taller. En algunas tareas le podía ser útil. Podía mezclar colores y diluirlos, lavar pinceles, alcanzarle los clavos y las tachas que él necesitaba, podía cortar cartones con la forma adecuada, enhebrar agujas, ir a comprar elementos de cuero. Eisenstein estaba seguro de que su maestro la echaría, y quizás también a él, de enterarse de que Milena los visitaba tan regularmente, tanto y más y más se habían ido convirtiendo ella y sus semejantes en un peligro para sus hijitas. Así que se olvidó de decirle.

Y Milena tampoco les dijo nada a sus padres. El atardecer en que su hija regresó a casa tarde con las ropas compuestas con mucho trabajo no la retaron, no se enfadaron por su prolongada ausencia, no hicieron preguntas. Simplemente la estrecharon en sus brazos y le hicieron prometer no preocuparlos nunca más con su ausencia

Ya al día siguiente Milena debió quebrantar la promesa que había hecho con tan poco entusiasmo. Eisenstein la había esperado al lado de la escuela y, tras andar un par de minutos uno detrás del otro, separados por cinco metros de distancia, habían doblado en una calle lateral, habían buscado un lugarcillo protegido y se habían besado. Más tarde habían dado un rodeo por la Oranienburger Strasse y por un rato se habían escondido entre el río Spree y el castillo Monbijou. Eran momentos robados al estricto horario de sus días, timados instantes para el secreto, y cada vez estos instantes se fueron haciendo un poco más largos. La cautela que ambos debían tener los incitaba, no hacía

más que aumentar el deseo. Lo prohibido les fascinaba.

Podía ser que los padres de Milena hubieran notado que algo había cambiado en el comportamiento de su hija, pero seguían sin retarla; lo único que hacían era sacudir tristes la cabeza cuando su hija regresaba de nuevo demasiado tarde.

Cuando ella finalmente les llevó de regreso la Torá restaurada y les reveló quién la había reparado, sospecharon lo que sucedía e intercambiaron profundas miradas. Pero Eva y Simón Kaminski tenían otras preocupaciones. Habían visto que a las tiendas Wertheim les habían cambiado el nombre. Habían escuchado que ahora, después de los médicos, también los abogados judíos habían perdido sus matrículas. Habían leído que tenían el plazo de un año para solicitar unas credenciales que les costarían tres marcos imperiales cada una y que tendrían impresa una gran “J” amarilla. Habían escuchado que allí, como no se llamaban Itzig y Zipora, pronto detrás de sus nombres de pila figurarían Israel y Sara. Y habían escuchado que el Ministerio de Relaciones Exteriores mantenía conversaciones con el gobierno polaco y que también se trataría del futuro de los polacos residentes en Alemania. Habían escuchado hablar sobre la Conferencia de Evian y las declaraciones de un funcionario extranjero que había dicho que no se podía recibir a ningún judío si no se quería poner en peligro la propia raza.

—“Nadie los quiere” —citó en aquellas semanas Simón los titulares, y Eva replicó—: Ayuda ninguna. ¡Pero moral!

Milena sabía que sólo les provocaría aún más pesar a sus padres si les contaba sobre su amante. Así que siguió manteniendo silencio sobre por qué el camino a la escuela se le hacía cada vez más largo y por qué sus paseos por la tarde se hacían cada vez más extensos. Al fin y al cabo, lo que había prometido había sido no inquietarlos más con su ausencia; y mientras ella volviera a casa cada atardecer sus padres no tenían motivo por el que inquietarse.

En septiembre exploraron las plazas y las calles de la ciudad, conquistaron las colinas, los prados, los parques y los bosques: la Torre de Agua en Prenzlauer Berg, las islas de Tegel y el balneario, el lago del Diablo en Grunewald, las extrañas esculturas del parque en Blankensee, el Templo de las Musas allí. Volvieron a ir a Friedrichshagen, comieron un helado en la Bölschestrasse. Luego remaron por el lago hasta llegar a un sitio apartado y olvidaron el tiempo debajo de un manzano en la arena de la orilla. Eisenstein, agotado de remar, había recostado la cabeza sobre el regazo de Milena. Ella sostenía un libro en la mano

izquierda y leía con una suave voz, su mano derecha apoyada sobre la ardiente frente de él.

Así transcurrió el verano. Milena seguía negándose a pensar sobre su futuro en común. Tampoco parecía ocupar la mente de Eisenstein la cuestión de qué sería de ellos. En las horas que pasaban juntos se olvidaba del trabajo en el taller de encuadernación. No sólo aquella muchacha era más interesante que la mayoría de los libros, su conversación más variada, su rostro más cautivante: era sentir que él realmente le interesaba a Milena Kaminski, que ella se relacionaba con él, que lo escuchaba. Que lo veía. Si llegaba con algo de demora a la cita, la encontraba impaciente, con un pequeño surco de preocupación en el rostro, y entonces veía cómo su aparición dibujaba mágicamente el alivio en sus ojos.

Incluso cuando estaba en el taller investigando la posibilidad de emplear nuevos materiales o nuevos métodos, pensaba en ella. El sentido de todos sus esfuerzos parecía haber pasado ahora a un segundo plano, junto con el ansia por ese sentimiento que Frieda y la *Germania* habían suscitado en él. Muchos años había abrigado esa ansia dentro de él, ella había sido su motor, y la búsqueda por satisfacerla la única meta en su vida. Pero ahora que se había acostado con Milena, que podía estar con ella, besarla y acariciarla, ahora que ella hablaba con él y lo escuchaba, aquella ansia no era más que un vago eco de lo que fuera. Cuando estaba solo, cada tanto volvía a pensar en la *Germania*, pero entonces debía confesarse que la presencia de Milena le ofrecía un consuelo mucho mayor que cualquier ejemplar tan valioso. Los libros podían ser más variados, más instructivos y también más fáciles de conservar que una sola mujer, pero lo que vivía con Milena sustituía para él bibliotecas enteras.

Algunos atardeceres, cuando se sentía muy valerosa, ella iba a su habitación. Él dejaba la puerta de la tienda sin cerrar con llave, pues Cornelius y las niñas ya estaban cenando en su vivienda. Milena se deslizaba por la escalera y entraba a su cuarto sin golpear. Luego se quedaba tendida en su cama mientras él se sentaba en el taburete junto a la ventana, ya que no encendían ninguna luz, para sus fines era suficiente con los rayos de sol del ocaso. Josef, que había tomado un libro de la estantería, le leía en voz alta. Por primera vez en su vida tenía que pensar en qué libros le podrían gustar a otra persona. Al fin y al cabo, a Milena no podía leerle el de Petronio. Se decidió entonces por los *Gesta Romanorum* que él poseía en una edición nada especial pero intacta y que impresionaba por la vívida variedad de sus historias. A

Milena le gustó muy especialmente la saga de Príamo y Tisbe, de modo que al día siguiente Eisenstein no pudo hacer otra cosa más que tomar las *Metamorfosis* de Ovidio para así comparar las versiones y luego pasar a las fábulas de Níobe, Apolo y Dafne o Filemón y Baucis. Pronto se atrevió Josef a unas pequeñas muestras de *El arte de amar* de Ovidio, obviamente las partes más inofensivas. Así transcurrieron los atardeceres de otoño; él sentado junto a la ventana con la cabeza apoyada sobre el puño cerrado leyéndole en voz baja sus libros a la luz del crepúsculo; ella tendida en la cama, con los ojos cerrados y escuchando. Las historias los envolvían como un manto protector y así los ocultaban del mundo. Luego oscureció.

Cuando empezó a hacer más frío, Eisenstein comenzó a llevar a Milena a las bibliotecas y a las librerías. Mucho tiempo había reñido con la idea de enseñarle los lugares sagrados de su vida, había sentido reparos en revelarle demasiado de sí, o simplemente había temido que a ella no le interesara. ¡Pero esa muchacha se había entregado a él debajo del banco de trabajo, había visto su colección de libros y lo había besado en la playa del lago Müggel! Así que tomó coraje y fue con ella a la librería de Friedenau, a la de la plaza Boxhagener —a todos lados donde no había que presentar una identificación— y así fue como finalmente también fueron a la tienda del viejo Abramsky. Aquella soleada tarde de octubre estaba más oscuro que de costumbre en el interior, pues en los vidrios habían escrito con pintura roja “JUDÍO” y habían dibujado un rostro con una gran nariz. Sentados uno al lado del otro bebían té, hojeaban libros. Abramsky parpadeaba en la oscuridad.

—¿Cómo te llamas, niña? —preguntó el viejo.

Cuando Milena le dijo su nombre, Abramsky se recostó en el asiento y permaneció callado. Eisenstein intentó un par de veces iniciar una conversación, le preguntó sobre nuevas grabaciones de Wagner o le contó sobre su trabajo en el taller. Pero el anticuario no hizo más que torcer las comisuras de la boca y siguió callado.

Recién al cabo de un rato, cuando ya habían bebido el té y ambos se disponían a partir, Abramsky le hizo una seña a Eisenstein para que se acercara. Su voz sonó floja y tomada.

—Muchacho —susurró para que Milena, que ya se encontraba en la puerta de la tienda, no pudiera oírlo—, no te enamores. ¡No te enamores de alguien como ella!

Milena Kaminski seguía sin morir. En Eisenstein comenzó a anidar la sospecha de que su presencia poseía una fuerza mágica sobre la maldición que había caído sobre ella cuando él la había tocado. Mientras él estuviera cerca de ella, creyó, a ella no le pasaría nada.

Y efectivamente su presencia aquellos días pareció ser una promesa de protección para ella. Cuando fueron testigos de un asalto perpetrado por unos jóvenes a una joyería de la Tauentzienstrasse y los miembros de la Juventud Hitleriana salían corriendo con los bolsillos de sus uniformes deformados de lo llenos al grito de: “¡Al diablo con la chusma judía!”, a ellos no los molestaron. Aquellas casi dos docenas de muchachos los evitaron, y a Eisenstein ya sólo le llamó la atención que no se sacaran incluso las gorras ante ellos. Otro día se cruzaron con un ejército de hombres y mujeres vestidos de gris, custodiados por soldados de las SS. Las calles estaban bordeadas de curiosos entre los que Eisenstein y Milena se mezclaron. “Prisión preventiva”, oyeron decir a uno. “Delincuentes y comunistas”, a otro. “Sachsenhausen”, a un tercero. Luego siguieron camino como si nada hubiera ocurrido. Delante de los almacenes Landauer habían estado, jóvenes apenas si mayores que ellos, con grandes carteles y gesto rabioso, y en la avenida Kurfürstendamm un grupo de uniformados había sacado a los golpes a la gente de un local bailable; pero ellos dos habían permanecido siempre invisibles para todos.

A fines de octubre él fue de nuevo su ángel protector. A la mañana temprano del viernes él ya había salido a hacer un par de compras y había visto a la policía entrando a la casa del comerciante de metales viejos Horowitz. Cuando al cabo de unos pocos minutos los vio salir con toda la familia, el señor y la señora Horowitz apenas con un abrigo sobre el camisón, una maleta en una mano, de la otra los niños, volvió y golpeó a la puerta de los Kaminski. Le llevó un tiempo valioso convencer a Simón y Eva de que ahora habían salido a buscar a los judíos polacos, pero al final fueron con él y con Milena al taller de Cornelius sin que la policía los viera. Recién al cabo de algunas horas regresó la familia a su casa. El horror había pasado.

Cuanto más fuerte se fue haciendo su unión y cuanto con mayor frecuencia creyó Eisenstein haber protegido a Milena, más imposible se le hizo confesarle la verdad. Ya en aquel entonces, cuando había negado saber hebreo, había tenido que hacer creíble su mentira con tantos detalles que cada vez se le hacía más embarazosa una confesión. ¡Cuán impensable le resultaba ahora cualquier tipo de revelación sobre su verdadera identidad! Aunque la circunstancia de que aquel tal Josef

Schwarzkopf fuera ario había vedado desde un principio todo pensamiento en un futuro juntos, de algún modo mágico había ayudado a que Milena siguiera con vida. El que ella y su madre y su padre aún estuvieran allí, aun cuando los judíos polacos ya habían sido deportados en gran número, él sólo lo atribuía al hecho de que ninguna persona en el mundo lo conocía realmente. Decirle a ella que él era el judío Eisenstein hubiese equivalido a aceptar su fin.

Si él quería continuar salvándole la cabeza, debía continuar jugando a las escondidas. Más aún, tenía que perfeccionar el juego. Incluso cuando esto significara que ella jamás habría de conocerlo realmente. Incluso cuando, una vez que hubiera descubierto la mentira, ella decidiera odiarlo.

En algunos raros momentos Josef tenía la sensación de que Milena no confiaba en él en forma incondicional, ¿pero cómo podía enojarse por ello? Él apenas si contaba algo de él y tampoco le decía de dónde sacaba todo ese dinero con el que la podía llevar a Potsdam o al teatro. Quizás incluso en lo profundo de su alma ella sospechaba que algo no encajaba bien con su amante. A sostener la mentira lo ayudó, empero, a principios de noviembre una mujer que él ya había dado por muerta.

5

Daban *El mercader de Venecia* en el Teatro Hebbel. Milena y Eisenstein estaban en la galería superior y esperaban intrigados el comienzo de la representación de la compañía teatral invitada. Él no había relacionado nada con sus nombres, tampoco el nombre de la actriz que hacía el papel de Porcia le decía nada. Y sin embargo no creyó luego que aquello fuera una casualidad. El que volviera a ver a su madre de esta manera, después de casi diez años, no sólo le pareció un presagio, sino una expresión de conformidad del destino con su vida. Su madre, la que actuaba en Josefstadt bajo el nombre de Ilse Berger y ahora había llegado incluso a la capital imperial, había empleado la misma fórmula que él. Para todos visible pero ocultándose no sólo había sobrevivido sino que incluso celebraba éxitos.

Su disfraz era excelente, llevaba una peluca negra y estaba fuertemente maquillada. Tampoco cuando en el cuarto acto apareció disfrazada de abogado, en lugar de con la larga peluca con una corta y canosa, y pronunció las palabras: “¿Quiénes son el mercader y el judío?” sospechó él nada. Pero luego cuando de pie al borde del escenario le dirigió a un repugnante y jorobado Shylock su monólogo sobre el valor de la clemencia, la revelación lo golpeó como un rayo.

—¿No te sientes bien, Josef? —le preguntó Milena que había notado su agitación.

A él le costó guardar la compostura ante ella. Permaneció en silencio.

—¿Quieres que nos vayamos? ¿Quieres tomar un poco de aire fresco?

—No es nada.

Y en verdad: ¿qué era? Allí estaba una mujer con la que él no tenía ninguna relación no sólo desde hacía diez años, sino en el fondo desde el día que había seguido a su nacimiento. Una mujer desconocida en la que él prácticamente no pensaba nunca, una austríaca que ni siquiera lo

había visitado estando en Berlín. Una mujer de la Gran Alemania de nombre ario de la que no sólo lo separaban la baranda de la galería y cien cabezas en la platea. Su madre era Ruth Schwarzkopf y su padre había caído en la guerra. Si había podido traicionar al Dr. Eisenstein, ¿qué le importaba a él esa mujer?

Pero ya fuera por la presencia de su novia que apaciguaba su ánimo y lo hacía adoptar una actitud reflexiva, o por la descarnada sorpresa a la que había debido enfrentarse su alma completamente indefensa, o incluso la idea de que si aquella Ilse Berger era su verdadera madre esto podía hacer mucho más verosímil su mentira a Milena… el hecho es que a medida que fue avanzando la representación lo fue fascinando tanto su actuación que durante un par de horas quedó como hechizado por ella. La escuchó absorto, admiró sus gráciles movimientos, siguió cada una de las palabras de Porcia como si Fanny Eisenstein le hablara a él. Y cuando finalmente cayó el telón, él ya estaba resuelto.

Con Milena de la mano fue luchando para bajar las escaleras y avanzar por entre la multitud que había en el foyer. Halló la entrada al escenario, pero dos tipos robustos de uniforme les vedaron el ingreso. Entonces se metió andando de prisa entre los grupos de espectadores que salían en masa de la platea, Milena lo seguía vacilante. Se pararon al borde del escenario. Él llamó a su madre. Una vez, dos veces. Por tercera vez. Entonces algo se movió detrás del telón.

Milena lo miró con gesto interrogante.

—Te quiero presentar a alguien.

—Esta fue nuestra última función en Berlín. Mañana partimos.

En el camarín Milena y Eisenstein estaban sentados en taburetes mientras su madre se quitaba el maquillaje. Se había sacado la peluca de abogado, ya llevaba puesto un vestido de noche entallado con volados azules en el cuello y las mangas. Los dos habían esperado hasta que los demás se habían ido y ahora se les permitía presenciar la transformación de Porcia de nuevo en la famosa Ilse Berger. De un papel al otro.

—Me alegra volver a verte —había dicho ella cuando la pareja había entrado acompañada por un uniformado—. Lamentablemente no tengo mucho tiempo; me esperan en la fiesta de celebración por la última función. ¿Cómo estás?

Ella había permanecido sentada en su tocador y los había mirado por el espejo. Brevemente estudió a la muchacha que estaba al lado de

su hijo, luego retomó su tarea. Quitarse el maquillaje, maquillarse.

Eisenstein seguía teniendo que forzarse para ver en esa mujer a su madre. La imagen que le había quedado de las personas que antaño lo habían dejado en Berlín hacía mucho que había empalidecido. Ahora se había encontrado con una dama con la que no tenía más que ver que con una transeúnte cualquiera de la Sophienstrasse. Fanny era delgada de brazos largos y daba una sensación de alta; aun sentada en la silla mantenía erguida la espalda como si temiera colapsar apenas cediera un instante a la fuerza de gravedad. Seguía teniendo esos grandes ojos oscuros, aunque ahora rodeados por leves sombras azuladas. No especialmente nórdica, como fuera no más que su hijo, pero para sus fines parecía alcanzar.

A él le pareció recordar su voz. Era la voz que había escuchado a través de la puerta de su dormitorio en la casa de la Parkstrasse cuando ella declamaba o cantaba. También allí se había producido un cambio. Seguía siendo una voz teatral, incluso ahora que estaban los tres solos en el camarín se la oía. Pero se había entrenado para tener un acento vienés que por lo visto podía dejar sobre el escenario para volver a retomarlo cuando quisiera.

—¿Tuviste noticias de papá? —preguntó él.

—Una vez le mandé una carta desde Viena. Nunca contestó.

—Yo lo fui a visitar.

—¿Estuviste en Weimar? ¿Cómo está?

—Está bien.

—Por lo visto no quiere saber nada de mí.

—No fue la impresión que tuve.

—Pero quizás no es el mejor tema de conversación para este momento. Oí decir que hoy estuvo en la sala un alto funcionario del gobierno. Incluso se espera al señor ministro en la fiesta. —Ella sacudió la cabeza, se peinó con las manos con impetuosos movimientos y se paró. Eisenstein percibió las finas mechas grises en las raíces de su cabello—. Tienes que disculparme, todavía no me relajé del todo. ¿Qué les pareció la función?

A Milena le había parecido fantástica.

—¿Fantástica? —Fanny, con las manos apoyadas en las caderas, rio —. Me causas risa, muchacha. ¿Habías estado alguna vez antes en el teatro?

Milena asintió, pero Fanny, que ahora estaba de nuevo ocupada con el espejo, no la vio.

—Es evidente que no. Así que perdonada. No puedes saberlo, pero la función de hoy fue una catástrofe. El cofre de oro no se podía abrir y Basanio estaba totalmente desconcentrado. ¿Lo oyeron? En el tercer acto dijo, y no miento: “¡Dadme verdad y os diré la vida”. Y justamente hoy que teníamos a gente tan importante entre el público. Lo único que me alegra es que mañana nos vamos. Esta ciudad no tiene ningún nivel, ¿no te parece a ti también? No se puede ni comparar con Viena. Yo siempre digo: Tan felices como estamos de volver a formar parte del Reich, tan feliz se puede sentir Prusia de volver a tener a Viena. Sabes, Viena tiene algo exquisito, algo fino que siempre me resultó más favorable a mi esencia que esta asquerosa Berlín con sus delirios de grandeza.

Eisenstein se preguntó si la actuación hasta allí no era suficiente, pero quizás era bueno seguirla hasta el último acto.

—¿Eres de Berlín, niña?

Milena asintió de nuevo, luego dejó oír un claro sí.

—Nací aquí. Pero mis padres son de Varsovia.

—¿De Varsovia?

Fanny alzó la vista y volvió a estudiar a Milena una segunda vez, ahora con el atisbo de una sospecha en la mirada.

—¿No deberían haber regresado ya hace mucho allí? Oí que todos los polacos ahora vuelven a casa…

—Todos los judíos polacos, sí.

—¿Entonces, Milena…?

—¿Entonces… qué?

—¿Qué hacen todavía aquí? ¿Tienen un permiso especial?

Milena sacudió la cabeza y bajó la mirada.

—Estoy convencida de que en Varsovia estarán mejor. Esta no es verdadera vida para ustedes, ¿o no? La gente no lo soporta más. Mi esposo está a cargo de la limpieza en Viena, y las cosas que cuenta a veces, no se puede creer. ¡Las cosas que se ven!

Eisenstein se levantó.

—Más seguros —prosiguió Fanny— estarían los judíos en un país donde no hay tantos de ellos como en Alemania.

Él se precipitó a tomar a Milena de la mano y la arrastró con él, tenían que salir de allí. Pero cuando ambos estuvieron en la puerta, Fanny le hizo una seña a su hijo para que se acercara.

—Hijo, dime sólo una cosa: ¿están comprometidos?

Ella no creyó necesario susurrar. Él sacudió la cabeza.

—Me alegro.

Fueron las últimas palabras que Josef Eisenstein escuchó de su madre.

6

Había reforzado la mentira con una verdad detrás de la cual se ocultaba otra mentira. Como ahora Milena creía conocer la verdad, siguió creyendo en la mentira. Muchos interrogantes permanecían para ella sin respuesta, pero ahora que había conocido a la madre de Eisenstein, había partes de su vida que pertenecían a un ámbito sobre el que era prudente no saber nada, incluso de importancia vital. ¿Y de qué servía preguntar? Eisenstein podía ser callado y reservado como una tortuga, y mientras no tuvieran un futuro en común, aquellas preguntas no tenían sentido. Y ese futuro en común, tan irreal como siempre había parecido, ahora se había vuelto absolutamente imposible si la madre de su novio era una famosa actriz alemana.

Él nunca le contó por qué sus padres lo habían llevado a Berlín y tampoco habría de saber ella nunca cuál era su verdadero nombre. Pero la forma de comportarse de la madre sofocó todo germen de sospecha de que había algo en él que no encajaba. De allí en más Milena se asombró menos sobre su carácter taciturno, sobre lo enigmático de su persona, sobre su tendencia a la soledad.

Y también ella debía callar. No debía contarle a nadie sobre su amante. ¿Pero y con quién hubiera podido compartir su euforia? Sus amigas, sus compañeras del colegio seguro que le hubieran dicho que estaba *meshugue*.

Con sus padres se mantuvo reservada, aunque ellos debían sospechar dónde y con quién pasaba su tiempo. Pero mientras no preguntaran ella tampoco estaba obligada a mentir. Del mismo modo el maestro Cornelius no debía enterarse de nada; las consecuencias podían ser imprevisibles. Y él tampoco la llevó a ver más a su viejo amigo, el anticuario.

Estas circunstancias hicieron que la relación de la joven pareja se convirtiera en un vínculo estrecho, pero al mismo tiempo separado de todo y excluyente. Cuando estaban juntos, sólo eran ellos dos, no les

interesaba nada más. Cuando no estaban juntos, Eisenstein vivía su vida aislada en el sótano y en su cuarto y Milena la suya en la escuela, la sastrería y el salón de la casa familiar. Pensaban en el otro, pero no podían hablar sobre ellos con los demás.

En común se tenían sólo el uno al otro y tenían los libros. Ese era su mundo: Ovidio y la *Gesta Romanorum*, las *Conversaciones de emigrados alemanes*, las *Historias del pueblo* de Auerbach y *Piedras de colores* de Adalbert Stifter. Pues ahora también Milena leía en voz alta mientras Josef estaba tumbado en la cama. Cuando estaba con él, ella llevaba uno de sus libros o un libro del armario de sus padres. Entre otras cosas había allí relatos románticos de una antigua antología, el *Viaje a la azul distancia* de Tieck, *Romeo y Julieta en el pueblo* de Keller o la saga de Lancelot y Guinevere, pero también leyendas judías: las de los sesenta y tres justos o las del Baal Shem Tov, las ídish del libro de los ma'asse o las del rabí Löw de Praga, o historias del Sohar o de un libro tradicional llamado *Sefer ha-Yashar*.

Pero a Milena le gustaba especialmente la literatura polaca, pues ella hablaba y leía la lengua y así le enseñó a Josef un par de expresiones. Sus padres tenían las novelas históricas de Kraszewski y Sinkiewicz; Milena le leía estos libros en polaco en voz alta y luego intentaba traducir. Su propia edición tenía, en cambio, del poema épico de Adam Mickiewicz *Pan Tadeusz*, un gastado ejemplar de 1882, encuadernado en medio lino, que ya había sido usado tanto que se le salían las hojas. Milena verdaderamente adoraba esa historia del regreso del señor Tadeusz Soplica a su noble residencia en Lituania, su amor por Zosia y su niñera, la bella Telimena, la confusión de los sentimientos, su incapacidad para reconocer de nuevo a su propio padre y la reconciliación de la enemistada familia al final. Adoraba y ardía de entusiasmo y leía, y cuando le hubo leído del primero al último canto, le regaló el libro a él.

También las preocupaciones de Eisenstein habían disminuido después de la tarde en el camarín de Ilse Berger. Saber cómo tenía que comportarse le hacía sentir que el futuro estaba abierto y lleno de posibilidades. Pensó en el "Me alegro" de ella y luego en el "Bueno, alguien también tiene que hacerlo" de su padre. Ahora resultaba una suerte que sus padres lo hubieran abandonado. Quizás habían tenido razón. Si se mantenía callado, no les pasaría nada.

Así velaba por Milena. Por la mañana la acompañaba al colegio, por la tarde la iba a recoger. A la noche observaba la calle desde su ventana de la buhardilla. No alcanzaba a ver la entrada a la sastrería, pero

enseguida hubiera notado ruido y luces. Apenas si comía, y cuando probaba bocado, lo hacía apresuradamente. No se permitía dormir. Ahora él era su ángel, y los ángeles no dormían.

Así siguió un par de días y noches. Un atardecer, empero, mientras estaba sentado junto a la ventana con la cabeza apoyada contra el vidrio, lo invadió el cansancio. Cayó en un profundo sueño sin sueños.

Cuando se despertó a la mañana del 10 de noviembre, no sospechaba nada. Recién cuando puso un pie en la calle poco antes de las siete y vio las piedras y los tablones en las veredas, salió corriendo. La Sophienstrasse estaba más oscura que de costumbre. Muchas de las farolas de las calles estaban destruidas, el vidrio de las lámparas hecho añicos. Estos crujían bajo sus pies mientras iba corriendo a la sastrería. Olía a madera carbonizada, a papel quemado, pero no podía decir de dónde venía el hedor. También las vidrieras de la tienda de los Kaminski estaban destruidas, el maniquí estaba tirado sobre los adoquines de la calle, a su lado, jirones de tela, plumas y el relleno de almohadones rotos.

Entró a la tienda. También ella había sido objeto de esa furia destructiva. Las estanterías habían sido saqueadas, en el piso había restos de telas, añicos del espejo roto y rollos de tela vacíos. Habían forzado las puertas de los armarios con hachas, ahora colgaban abiertas de las bisagras. Mesa y sillas estaban destruidas. En el mostrador habían pintado una estrella de David, detrás de él estaba la caja rota con violencia, y el óleo de Corinto que había estado colgado en la pared ahora había quedado apoyado tajeado sobre la máquina de coser que habían arrojado al suelo entre tijeras, agujas, hilo y cintas métricas.

Eisenstein avanzó tropezando por el salón de ventas y subió corriendo las escaleras que llevaban a la vivienda. Golpeó a la puerta y esperó. Nada. Sintió cómo le latía el corazón. Volvió a golpear a la puerta una segunda y una tercera vez, luego llamó el nombre de Milena.

El señor Kaminski abrió, su rostro lívido, los cristales de sus gafas, empañados. Detrás de él vio a la señora Kaminski andando desesperadamente por la sala. De Milena ni rastro.

—Hoy Milena no va al colegio.

Diciendo esto el señor Kaminski le cerró la puerta a Eisenstein en las narices.

Salió a la calle. Todavía no se veía un alma. Ahora vio los sofás y los sillones que estaban tirados por un lado y por otro sobre el asfalto.

Debían haberlos arrojado por las ventanas. Fue hasta la Grosse Hamburger Strasse y luego regresó por la vereda de enfrente hasta la Rosenthaler Strasse. Hasta había pintadas en las columnas de las grandes tiendas. También habían atacado el negocio de instrumentos de los Wolf. Había estuches de violines abiertos tirados sobre el asfalto como negros féretros, trompetas aplastadas, tambores hechos pedazos. Ni rastro del señor y la señora Wolf. La única tienda de ese lado que había permanecido intacta era la tienda de encuadernación Cornelius.

El maestro, aún en bata de casa, lo hizo entrar.

—Ahora es mejor no salir a la calle.

Eisenstein hizo preguntas pero Cornelius no supo qué responderle.

No se podía concentrar en el trabajo. Mientras no supiera qué había pasado con Milena, los libros le daban igual. Tampoco por la tarde, cuando ya habían barrido la mayor parte de los pedazos de cristales, se lo pudo explicar. La pelea a los puñetazos en la avenida Kurfürstendamm, el desfile de los detenidos rumbo a Sachsenhausen: todo eso lo había visto con sus propios ojos, pero la obra de destrucción que ahora se desplegaba ante él lo impresionó mucho más fuertemente. No sólo estaba espantado por el hecho de que podría haberle tocado a Milena; ¡estaba conmocionado porque él se había dormido!

No había estado con ella en ese momento.

7

Luego fue todo muy rápido. Se oyó decir que cosas similares no sólo habían sucedido en toda la ciudad, sino en todo el país. Era algo diferente a las acciones del verano, cuando se habían llevado a todos los indigentes y pordioseros, a los gitanos y los que ya tenían antecedentes penales o habían hecho razias en el Café Reimann y habían detenido a un puñado de judíos. Esta vez la gente no se había quedado ahí parada o había mirado para otro lado cuando una tropa de camisas pardas había apaleado a un par de vagabundos. Esta vez habían participado. Esta vez la policía se había quedado en sus cuarteles. Esta vez los bomberos no habían apagado nada. Esta vez, en la mañana del 10 de noviembre, habían revuelto en la vidriera de la tienda de Kurt Levy en la avenida Frankfurter buscando un par de zapatos que les anduviera.

Ahora a todos les quedaba en claro que algo había llegado a su fin. Eisenstein fue andando por las calles como un loco. Entre los numerosos comercios que habían sido atacados estaba la curtiembre. El señor Benjamin se había ido, su taller en la Landsberger Strasse estaba vacío. Los templos de la ciudad estaban destruidos, sus cúpulas, estalladas, los asientos, quemados, el cementerio de la Grosse Hamburger Strasse, profanado. Sólo la Nueva Sinagoga de la Oranienburger Strasse parecía haber quedado exenta por un milagro. Se contaban historias a las que él no quería dar crédito, de mujeres que habían sido arrastradas de los cabellos escaleras abajo, de un hombre al que le habían roto la pierna ortopédica, de una pareja anciana a la que se habían llevado en un auto… para divertirse a la mujer la habían sentado sobre el capó, luego la habían arrojado al terraplén a orillas del río Panke. De las sinagogas se habían llevado los candelabros de Janucá y joyas de plata de la Torá, habían orinado sobre los libros de oración y los rollos de la Torá antes de echarles petróleo y prenderlos fuego.

—Jehová quebró —decían.

—*De menshhayt ist gewordn meshugue*[22] —decían.

—Es la ira del pueblo que se descarga —decían.

—Es un *menetekel* —decían—. ¿Pero para quién?

También en la tienda de anticuario de Abramsky habían causado estragos. Habían arrojado libros a la calle, allí estaban todavía en el lodo. Eisenstein se quedó en cuclillas horrorizado entre ellos, luego los volvió a llevar a la tienda. Allí estaba Abramksy sentado en su sillón, y al verlo así uno hubiera podido pensar que todo era como siempre de no haber sido que tenía el pantalón rasgado en la rodilla y una herida sangrante abierta sobre el ojo derecho. El viejo no lo miró. Tampoco le habló cuando Eisenstein fue entrando poco a poco los restos de los libros a la tienda. Era como si quisiera castigarlo con su silencio.

Por última vez fue andando el matrimonio Kaminski por la Sophienstrasse a la que se habían mudado hacía más de veinte años. Por última vez vendieron sus telas, esta vez a precios regalados. Por última vez visitaron al maestro Cornelius. Le pidieron que conservara un par de pertenencias de valor irreemplazable, entre ellas la Torá familiar.

—Cuando volvamos, le pagamos y las recuperamos. Prometido.

Milena no estaba con ellos. Eisenstein, quien hacía días que no la veía, se sentía impotente. No sólo lo irritaba no haber podido proteger a su amada esa noche, sino el que por lo visto él habría de permanecer sin poder hacer nada. Estar sentado allí arriba ya no servía. ¿Cómo podría impedir él desde allí que el destino siguiera su curso? Entonces bajó y habló con Cornelius. Intentó convencerlo de recibir a los Kaminski en su casa, dejarlos vivir en el taller o en su cuarto de la buhardilla, aun cuando debía saber claramente lo imposible que era su propuesta. Después intentó persuadir a los padres de Milena de esperar al menos algunas semanas, hasta que la agitación hubiera pasado. Hasta ese momento la situación siempre se había vuelto a normalizar. Pero él sabía que todo aquello ya no valía de nada. Ellos ya habían vendido su tienda, a un precio tan irrisorio como la mercadería. El Fondo Comunitario Judío ya no les pagaba nada. Habían gastado lo último que les quedaba en los pasajes.

Quizás su madre tenía razón. Quizás en Varsovia estarían mejor. Al fin y al cabo, vivirían entre parientes, quizás en un barrio propio donde estarían protegidos. Quizás allí tenían la chance de abrir otro negocio, de iniciar una nueva vida. Quizás allí Milena podría terminar el colegio.

Quizás aún todo podía andar bien. Si uno se quedaba callado…

Una vez más aún se vieron los enamorados bajo la Torre de Agua de Prenzlauer Berg. Se juraron que no sería la última vez.

—Nos volveremos a ver.

—Cuando todo haya pasado.

—Pasará.

—Tiene que pasar.

Después falleció Abramsky. Eisenstein lo había ido a visitar cada día, en el crepúsculo se había deslizado dentro de la tienda de anticuario a través de la entrada a la vivienda. Al principio el viejo había protestado, había querido impedirle el acceso. Pero estaba débil, sólo semiconsciente. Ahora Abramsky permanecía también por las noches sentado en el sillón, sólo se levantaba cuando era absolutamente imprescindible. Hacía tiempo que ya no podía leer y ahora que habían destruido el gramófono, ya en la tienda de anticuario no sonaban ningún Wagner ni ningún Strauss. Su estado era malo. Le costaba respirar. La herida en el ojo se había infectado. Eisenstein lo alimentaba con sopa y pan, le cambiaba las vendas y con una gasa le aplicaba alcohol en la herida purulenta. El viejo necesitaba verdadera comida y asistencia médica como se debía. Pero se negaba a abandonar su tienda.

—Si muero —susurraba con voz ronca mientras parpadeaba en la oscuridad—, que sea aquí. No en sus calles, no en sus hospitales. Aquí, con mis libros, quiero morir.

Un atardecer Eisenstein lo tuvo que alzar de su sillón para llevarlo al baño. Agarró al anciano por debajo de las axilas, lo levantó hacia él y rodeó con su brazo su espalda estrecha y huesuda. Era liviano como una pluma. Cuando lo trajo de vuelta y lo ubicó en el sillón, durante unos segundos Abramsky no soltó su mano de los hombros de Eisenstein, y también él permaneció un momento demasiado largo inclinado sobre el anciano, con las manos detrás de su espalda, como si quisieran abrazarse el uno al otro.

Al día siguiente Abramsky había muerto. Eisenstein llegó recién poco antes de la medianoche a la Oranienstrasse. Cuatro hombres de negro habían cargado el pequeño cuerpo en una carretilla y lo habían llevado por las silenciosas calles nocturnas. Zapatos negros, abrigos negros hasta el suelo; hasta sus sombreros, por debajo de los cuales asomaban rulos sobre las sienes, eran negros. Él los siguió en dirección al Norte hasta Gesundbrunnen, observó cómo la policía hacía detenerse una y otra vez al grupo y cómo los hombres paraban la carretilla,

sacaban un papel del bolsillo del abrigo y luego, entre palabras dichas en alta voz y burlonas miradas, se les permitía pasar. Al cabo de dos horas de marcha a pie en la fría noche llegaron a la Schulstrasse y desaparecieron allí con el cadáver de Abramsky detrás de los altos portones del Hospital Judío.

Al día siguiente, el 12 de noviembre, también los Kaminski abandonaron su vivienda. No cerraron con llave. Aún no había amanecido. Eisenstein, quien a su regreso no había dormido, los vio ir andando a los tres por la Sophienstrasse, cada uno con una maleta en la mano. Los siguió un par de esquinas por la ciudad desierta, luego, en el puente Monbijou sobre el río Spree, los vio perderse en la niebla otoñal.

8

La soledad de Josef Eisenstein ya no fue ninguna elección personal más. A menudo pasó por delante de la casa de Milena, vio cómo un nuevo dueño se mudaba a la tienda. Parado en el patio miró hacia arriba las oscuras ventanas. Leyó las historias que había leído con ella, leyó el *Pan Tadeusz,* practicó su polaco. Visitó los sitios donde habían pasado momentos juntos. Tan intensa fue esta nueva etapa en su vida que hasta fin de año prácticamente no pudo realizar ninguna tarea sensata. Todo en lo que había trabajado le parecía sin sentido. Pero no sabía a quién debía odiar por ello, salvo a sí mismo. Finalmente *él* no había hecho todo lo suficiente para proteger a Milena. Finalmente *él* se había quedado dormido la única noche en la que tendría que haber estado de guardia. *Él* había sido el que había consagrado a la muerte a Abramsky. *Él* había sido el que no había cumplido con la *shivá* ni había rezado *kadish.* Y *él* no había hecho su trabajo.

Con el comienzo del nuevo año creció en él la voluntad de superar todo esto. Estaba en el taller y perdido en sus pensamientos acariciaba las páginas de un volumen de *Mi lucha* que hacía unas pocas semanas le habían llevado para su restauración. Era una edición de lujo limitada y numerada de 1925, encuadernada en cuero de ternera rojo, con corte de oro y bandas de lectura negras, blancas y rojas. Las tapas estaban dañadas, con manchas de moho, y casi todas las páginas atacadas por la polilla de los libros, pero como había sido firmado personalmente por el autor, su propietario había esperado que, con una restauración como correspondía, se pudiera conservar su valor. Esta era la tarea de Eisenstein.

Lo hojeó un poco, leyó algunas palabras al azar y horas después se encontró sumergido profundamente en su lectura. Casi no podía decir lo que había leído, tan confuso era y tan obsesionado parecía estar el autor con todo sobre lo que escribía: la política colonial, el valor del boxeo, el dadaísmo como bolchevismo del arte, la política de expansión de la

flota de Japón, la educación de las niñas y la salud del pueblo y finalmente el pueblo judío. Para Eisenstein lo que estaba leyendo era como estar presenciando un terrible accidente del cual no podía apartar la vista.

Pero algunas expresiones, consciente o inconscientemente, hallaron eco en él. “El hombre fuerte es más fuerte cuando está solo”, decía allí. La humanidad no era más que la expresión de una mezcla de estupidez, cobardía y creer que se sabía más que otros. Se hablaba de mentes vigorosas en cuerpos vigorosos, de firmeza de carácter, de determinación y fuerza de voluntad, de discreción y voluntad de acción. “Las grandes épocas de nuestra vida”, leyó allí, “son aquellas en las que tenemos el coraje de declarar que lo malo que hay en nosotros es lo mejor de nosotros mismos”. Y él también quería pasar a la acción, capaz quería ser también discreto y fuerte e iniciar una gran época en su vida.

Cuanto más lejos fue quedando Milena, más cerca estaba el recuerdo de su trabajo; el saber cuál era realmente su misión en la vida. La indefensión que sentía se fue convirtiendo para él cada vez más y más en una tácita consecuencia del hecho de que su tarea aún seguía inconclusa. ¿Acaso había sido la muchacha sólo una infructuosa distracción? Sintió como un gran sacrilegio el haber abandonado su verdadero afán y que una mujer hubiera podido alejarlo del sentido de su existencia. ¡Lo había hecho débil y vulnerable! Y por eso la señal de la estrella de su destino había sido quitarle a Milena. Lo que tenía que hacer, su obligación, era seguir trabajando.

Así pues, volvió a cargar con todo el esfuerzo que significaba seguir una dirección que aún no estaba del todo clara, apuntando a una meta que sólo vislumbraba a medias, emprendiendo camino por un sendero apenas marcado. Se juró: si volvía a ver a Milena alguna vez, sería recién cuando tuviera en su posesión la fórmula. Con el libro en sus manos.

Se volcó al trabajo de modo mucho más inflexible que antes. Sin miramiento alguno para con su cuerpo, para con sus necesidades humanas. No hubiera podido hacerlo de otro modo; ser indulgente consigo mismo hubiera equivalido a entregarse. Pese a lo despiadado y olvidado de su propia dicha, los progresos que hacía lo consolaban, sin embargo, de la pérdida y el dolor. Restauraba los libros que le encargaban con tal prontitud y habilidad que a Cornelius lo dejaba mudo. Las restantes horas del día las dedicaba a su búsqueda. La nieve que cayó en enero sobre los techos de la ciudad y la débil luz del sol de febrero no lo tuvieron de testigo. Después del trabajo ya casi no subía a

su cuarto. Pronto le comenzaron a llevar la comida al sótano. Dormía debajo del banco de trabajo como en un armario-cama, envuelto en telas y cuero.

Recién en marzo salió del sótano. Entonces descubrió que la desaparición de Siegfried Benjamin también tenía su lado bueno, pues ya nadie se preocupaba más por la vieja curtiembre de la avenida Landsberger. Había quedado intacta desde aquella noche de noviembre. En la noche de Pascua de 1939 ingresó a hurtadillas, se volvió a familiarizar con el instrumental, las sustancias y los químicos, recordó las palabras del maestro Benjamin y probó con su primera piel. Era la de un ternero, el matarife le había regalado su pellejo. Tras un par de semanas de ensimismado trabajo el resultado fue un pasable trozo de cuero, hirsuto, sí, pero absolutamente firme. Luego compró un conejo entero en la carnicería y con sus propias manos le quitó la piel por encima de las orejas. Pero con uno no fue suficiente. El trabajo con el primero y también con el segundo terminaron siendo una cochinada, directamente una carnicería. Prácticamente no consiguió sacar un jirón de piel del cuerpo que fuera más grande que la palma de su mano. Pero con el tercero logró separar tan delicadamente la piel de la grasa corporal que apenas si salió sangre. También con esta piel fabricó un trozo de cuero respetable.

Pero pronto se dio cuenta de que, no importaba lo mucho que trabajara, cuán intensamente se dedicara, aquello que lo podía hacer avanzar en el camino de la creación del libro perfecto, ese último paso aún debía darlo. Todo lo que había producido en esos meses de invierno era algo nunca visto, excelente, eran obras maestras. Pero la gran obra seguía haciéndose esperar.

Se acordó de Frieda, de la *Germania*, del *Werther*. Se acordó del afiche en la Alexanderplatz y del sueño que había tenido en la tienda de Abramsky. Y se acordó de lo que significaba ser alemán. Debía hacerlo por la cosa en sí misma.[23] Así pues, empacó un par de libros, camisas y cuchillos, salió de su sótano y volvió a emprender la búsqueda.

Ella era un par de años menor que él. Desde su nacimiento había vivido en el campo, y el brezo y el aire fresco le habían dado a su piel una estructura fina y firme; en los hombros flexible, elástica y maleable como una vara de sauce; en la espalda, inmaculada, blanca y brillante. Desde que era niña tomaba clases de equitación y por lo visto eso le había dado a la piel de sus muslos fuerza y firmeza. Sus pechos eran altos y como de niña, a eso se sumaba en sus mejillas el color de los

pétalos de rosa por la mañana y en la nuca y el cuello una delicadeza sin parangón. Su nombre era Katharina von Reventlow.

Eisenstein había tomado el tren a Templin, se había alojado en una posada y al final de la tarde había ido caminando hasta la casa solariega. El primer día, parado debajo del peral, notó que algunas cosas habían cambiado. Por lo visto el conde no se encontraba allí, sólo un par de sirvientes se deslizaban sigilosamente por los aposentos o el patio. En el primer piso se recortó sobre las cortinas la silueta de la condesa, inmóvil de pie junto a la ventana.

Al siguiente atardecer la vio. Katharina estaba sentada leyendo un libro ensimismada en el sillón de lectura de su padre en el último salón del ala oeste, igual que el año anterior. Su padre, se había enterado Eisenstein en el pueblo, había sido trasladado algunos meses atrás y se hallaba lejos de casa en una importante misión para la patria. Las mujeres se encontraban solas en la casa señorial de los Reventlow.

El tercer atardecer llevó su maleta. Caída la noche fue andando bajo una fría luna llena pasando por lagos y bosques de pinos, volvió a detenerse junto al peral y, cuando estuvo seguro de que los sirvientes ya se habían retirado al edificio delantero y la condesa arriba a sus aposentos, subió hasta el portal principal. Giró la llave en la cerradura, abrió y pasando por el vestíbulo y la sala de caza se deslizó en la biblioteca. Sus manos recordaron la mecánica de la puerta, hicieron las maniobras aprendidas, se movieron sigilosamente. Katharina no lo oyó cuando abrió el ala de la puerta. Sólo el reflejo de la luna, que penetraba por la rendija entre los pesados cortinados de la ventana y caía sobre sus rubios cabellos, sumía el espacio en una extraña luz. Lentamente, sin que un solo ruido me delatara, me acerqué a ella que estaba sentada en camisón con el rostro vuelto hacia la ventana mientras su espalda, sólo cubierta por un chal de lana, señalaba hacia la oscuridad de la que yo venía. Cuando ya casi hubiera podido tocar el sillón, me incliné sobre ella y vi lo que estaba leyendo. Vi sus largos dedos deslizándose sobre las páginas, el gesto ensimismado con el que las hojeaban, las blancas palmas de las manos que sostenían el libro, las delgadas muñecas adornadas con finas pulseras de plata. Era *El canto rodado* de Kleist. Mi mirada fue ascendiendo por su camisón hasta sus hombros para descender luego desde su cuello hasta su escote. Vislumbré la redondez de sus senos, me pareció sentir cómo se alzaban entre los volados del cuello de su camisón. Su pecho ascendía y descendía, acompañado por el sonido del aire que pesada y lentamente iba entrando y saliendo, y yo no pude evitar pensar en Milena, cuyo

pecho ascendiendo y descendiendo yo siempre había contemplado mientras dormía. Los senos de Katharina eran más pequeños, pero en total su torso era un poco más ancho que el delgado torso de Milena. La piel de sus clavículas era firme y pareja, incluso en el cuello no tenía pliegue alguno. Su nuca, la que vi relucir debajo de los largos rizos rubios recogidos en forma algo negligente en los lados, era recta y delgada, cubierta de una ligera y rubia pelusilla. Todo ello era grandioso. Y me pertenecía sólo a mí.

—Tu padre tenía razón. Realmente te gusta leer.

Durante un segundo pensé que ella no me había oído. ¿O yo sólo lo había pensado y no se lo había susurrado al oído? Quizás estaba tan inmersa en la lectura que había incluido mis palabras en la historia del libro, allí donde Nicolo, con el rubor y la palidez alternando en su rostro, le aseguraba que no tenía nada que temer. Pero luego se sobresaltó, volteó su rostro y, dichoso instante de la cognición, me miró con sus claros ojos azules a la cara.

En ese mismo momento le coloqué mis manos desde atrás alrededor del cuello y me desvanecí en la sensación que tuvieron mis dedos al tocar su piel. Con mayor intensidad aún creí sentirla cuando la muchacha no estuvo de acuerdo con lo que estaba sucediendo.

9

Su único testigo fue la luna. Como un disco redondo de amarillento papel madera pendía del cielo y contemplaba en silencio cómo Josef Eisenstein realizaba su trabajo. Pero lo que vio no fue ni glorioso ni honroso y tampoco agradable. Había llevado cuatro minutos enteros hasta que las manos de Eisenstein la habían asfixiado, mientras la piel de su rostro se iba enrojeciendo, luego poniendo azulada hasta finalmente hincharse. Pequeñas vénulas se habían marcado en sus sienes y los párpados. Con las uñas ella le había… peor aún, ella misma se había lastimado en el cuello y en el rostro. Todo su torso se había tensionado en las últimas convulsiones de la muerte, y cuando finalmente, con las órbitas de los ojos veteadas de rojo, yació inmóvil ante él y él le desabotonó la camisa de noche y se la quitó por encima de la cabeza, él pudo comprobar que por el esfuerzo en varios sitios su piel se había endurecido, que en el abdomen incluso tenía estrías blancas. Llevarla por las salas, por el corredor, por sobre las húmedas piedras de la explanada y luego al bosque había sido riesgoso. El sueño intranquilo de su madre, una mirada que lanzara casualmente desde la ventana hacia el patio nocturno, o el tardío apremio de uno de los sirvientes que lo hubiera obligado a salir al frío e ir al retrete en el momento equivocado, y Katharina habría sido su última muchacha.

Tampoco la tarea de desollarla resultó como lo esperaba. Pese a toda la preparación en la curtiembre de Benjamin, su instrumental resultó inadecuado. El brillo de la pálida luna sobre el claro entre los pinos en el bosque de Herzfelde era demasiado escaso y su miedo a ser descubierto por un caminante nocturno, quizás un cazador, hizo temblar sus manos. Con la helada a ella se le habían cerrado los poros, la sangre se había coagulado demasiado rápido. Cuando Eisenstein le hizo una incisión en la parte inferior del cuello para quitarle la piel del hombro izquierdo, el canto del mochuelo lo asustó tanto que hundió el cuchillo algunos centímetros demasiado profundamente cerca de la

garganta y llegó a sentir el hueso de la costilla cervical. La sangre manó pronta, como si su corazón aún latiera; le salpicó los ojos y él tuvo que limpiárselos con el dorso de la mano. Desollar a una muchacha, comprobó esa noche, era diferente a arrancarle la piel a un conejo por arriba de las orejas. Necesitaba todavía mucha más práctica.

Y no obstante… llegó el día en que logró hacer algo bello con lo que quedaba de Katharina von Reventlow. Había regresado a Berlín con medio metro cuadrado de piel de la espalda, del vientre y del pecho en su maleta. Sus restos los había dejado en los pantanos, no le importaba si alguna vez los encontraban, él tenía lo que quería. Durante largas noches en el taller de Benjamin, purgó y curtió la piel, luego la llevó a la Sophienstrasse. Por último se puso a escoger el libro adecuado. Largamente había reflexionado sobre cuál debía ser, pero recién cuando hubo terminado la restauración de *Mi lucha* le había quedado claro. Lo volvió a llevar al taller, allí le quitó el cuero rojo de ternero de la tapa y envolvió las tapas desnudas con la piel de Katharina. Lejos aún de estar satisfecho, Eisenstein notó, sin embargo, que pese a todas las dificultades había conseguido algo nuevo. Más tarde consideraría este libro su primer libro, así como también siempre consideraría a la muchacha del Uckermark como su primera muchacha. Pues aunque Katharina von Reventlow no era la primera que se había cruzado en su vida de modo tan funesto, y tampoco la primera sobre cuyo cuerpo había caído su deseo, él le concedió el honor de valer como el primer experimento que había realizado con mente absolutamente clara y cuyo sacrificio él había estado dispuesto a hacer por la sola belleza de su piel. Y finalmente había llegado el momento: había conservado su belleza; la había destruido y no obstante conservado y sublimado al mismo tiempo.

Durante un par de semanas guardó el libro con él. Al principio estuvo sin llamar la atención y sin que Cornelius lo percibiera en la estantería detrás del banco de trabajo, desde donde él siempre lo podía ver; luego lo llevó a su cuarto bajo el tejado y lo colocó al lado de su cama, encima de la pila de libros que por las noches le servían de consuelo. Pero al cabo de un tiempo sintió que el libro iba perdiendo su efecto sobre él. Sintió miedo de que le sucediera lo mismo que con el *Werther*, el que había sostenido en brazos sin sentir deseo alguno. Es que aún no era absolutamente perfecto. Así pues, decidió librarse del libro.

Por tercera y última vez en su vida viajó a Templin. Ahora, casi medio año después de la trágica desaparición de su hija, desaparición

que no habían perdido la esperanza de esclarecer, e inesperadamente unidos por el duelo compartido, el conde y su esposa se encontraban en su propiedad. El conde había hecho una pausa veraniega en sus negocios, había contratado a un investigador para que rastreara las huellas de Katharina, y sólo soportaba la impotencia alternando partidas de *gin rummy* junto al hogar, solitarias búsquedas por los bosques aledaños y nocturnas estancias en la biblioteca: allí donde una mañana de primavera habían hallado el camisón y el chal de Katharina.

Reventlow había olvidado que hacía un año le había dado la llave de la entrada principal y de la biblioteca a un peculiar joven loco por los libros que venía de la capital y que luego no le había pedido que se la devolviera, y tan poco como se le había ocurrido contarle esto a la policía y a su investigador, tan poco le recordó la figura del caballero que se presentó sin previo anuncio en el palacio al joven de entonces. De otro modo la policía quizás habría extendido sus investigaciones a la zona de Berlín y no, como habían hecho hasta ese momento, limitar la búsqueda a los pueblos y ciudades aledaños, los bosques y los pantanos de la región de Schorfheide.

Pues todavía se suponía, sus propios padres lo suponían para tranquilizarse, que Katharina se había escapado. De entre todas las posibilidades era la que por lo visto los asustaba menos, a pesar de que el hallazgo de su camisón, su chal de lana y un libro abierto en el sillón decían otra cosa. Ellos eran los responsables de la duda que carcomía sin descanso al conde Reventlow.

—Usted no conocía a mi hija, joven amigo —le dijo a Eisenstein en la mesa del desayuno—. Pero si usted la hubiese visto, hubiese sabido que ella no era la persona que huye de casa. Ella era una muchacha alegre, tenía toda la vida por delante. Y ella tenía todo aquí.

Eisenstein asintió. Vio el pesar en los ojos de Reventlow. Y supo: *él* lo había hecho.

—Pero en las landas, en los lagos no se halló rastro alguno de ella. Los habitantes del pueblo, más allá de rumores infundados, no tienen dato alguno, ni siquiera un indicio respecto a su desaparición. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

Eisenstein asintió.

—Pero dejemos ese tema —agregó el conde—, hablemos de negocios. Ante usted ve a un hombre quebrado. Es poco lo que podría alegrar mi espíritu.

Eisenstein sacó el paquete que traía guardado en su mochila. En su

carta le había prometido al conde hacerle una oferta que con toda seguridad él no habría de querer rechazar. Y no titubeó más, sino que le quitó al libro el envoltorio de papel de lino, se lo extendió al señor de la casa a través de la mesa y observó su reacción.

Para Eisenstein fue un deleite. Mientras el conde tomaba el libro en sus manos, acariciaba lentamente la peculiar aterciopelada tapa, admiraba sus vetas, contemplaba su lomo, lo hojeaba y lo olía, consuelo y alivio se expresaron en su rostro. Sus ojos brillaron, humedecidos por una pequeña lágrima.

—¡La edición de lujo de 1925! ¡Y tan… impecable!

Casi le falló la voz.

—Es un ejemplar único —aseguró Eisenstein—. Absolutamente… único.

El conde tenía que poseerla, pagó todo por ella. Y cuando finalmente se despidió de Eisenstein, con el saludo alemán y chocando los talones, no había más que agradecimiento en sus ojos.

Eisenstein había tenido razón. Era imposible que tal persona rechazara ese libro. Y era su obra. *Él* lo había hecho.

En el tren a Berlín se sintió seguro de que iba por el buen camino. Por fin se le había abierto un sendero que sólo estaba determinado para él. Haber llevado a ese hombre a las lágrimas era su triunfo; una victoria que nadie le podría arrebatar. Las posibilidades que tenía un ser humano que no se viera limitado en su camino por la traba de la conciencia se le abrirían ahora a Eisenstein como una antigua biblioteca con todos sus tesoros que se creían perdidos. Sintió como si de pronto tuviera en su posesión la llave que le permitiera el acceso a las bibliotecas de Alejandría, Babel y Cesárea.

Pero luego, en agosto del año 1939, las cosas tomaron otro giro.

10

La guerra estaba allí. Todavía no se había disparado ningún tiro, ningún tanque había cruzado la frontera, ningún hombre había caído. Y sin embargo Eisenstein sabía desde hacía semanas, desde que se habían entregado cupones de racionamiento de ropa y alimentos, desde que se habían llevado los caballos de los campos a los cuarteles, que la movilización sólo podía significar eso. Todo el que como él había leído *Mi lucha* desde la primera a la última página tenía que saberlo.

Había llegado una carta. En el mismo instante en el que Cornelius y Eisenstein abrieron el sobre con el águila imperial sobre la cruz gamada supieron claramente qué sucedería. Se reclutaba para el Servicio de Trabajo del Reich[24] a la promoción 18 y 19 y el señor Josef Schwarzkopf, nacido el 6 de febrero de 1919 en Berlín, domiciliado en la Sophienstrasse 21, Berlín 1, debía presentarse en la sede de la Dirección del Servicio de Trabajo del *Gau*[25] IX en Friedenau. No tardaría mucho en saber dónde estaba el frente.

Cornelius lo llevó a la estación.

—Sólo una cosa puedo imaginarme —dijo— que nos costaría más cara que la derrota alemana: la victoria alemana.

Luego Eisenstein se echó al hombro su atado y subió al tren.

Servicio de Trabajo, como comprobaría en los días siguientes, significaba seleccionar de entre los más jóvenes a los más adecuados y a los demás hacerlos construir calles, abrir senderos en el bosque y remover pantanos por un salario de cincuenta centavos por hora. A los más adecuados se les sugería presentarse como voluntarios para el servicio militar.

Cuál sería el asombro de Eisenstein cuando no habiendo pasado siquiera dos semanas en el Servicio de Trabajo una mañana también se acercaron a él. Durante una pausa se había sentado en el cordón de la vereda y se había puesto a hojear su *Pan Tadeuz*, allí se le plantó delante el teniente y le ordenó que lo acompañara. A Eisenstein le

resultaba difícil explicarse a qué se debía tal honor para con él, el tipo tímido y callado que no tenía siquiera la suficiente resistencia como para cavar trincheras durante tres horas. De hecho era diestro, con el cincel y el cuchillo y la tijera no había ninguno mejor, pero dudaba de que esas fueran habilidades de utilidad en la campaña contra Polonia que acababa de iniciarse. Pronto le reveló el teniente en qué pensaban emplearlo.

—¡Va a tener que escribir, trabajador Schwarzkopf! ¡Escribir! Usted sabe polaco, ¿no?

Él aprovechó la oportunidad y mintió.

—*Na pewno.* [26]

En la compañía a la que lo enviaron a fines de septiembre se encontró con hombres a los que los uniformes les bailaban alrededor de los tobillos, cuyas gorras les quedaban demasiado grandes y cuyas botas eran demasiado pesadas para sus delgaduchas piernas. Eran jóvenes de gafas y altos pómulos y lechosos rostros, tórax angosto, paso inseguro y enjutos deditos. No necesariamente modelos de la raza superior. Pero cuando estaban en su elemento, uno no percibía sus deficiencias corporales. Las habilidades de esos hombres, rápidamente lo vio Eisenstein, eran de otra índole diferente a la de conducir un tanque, disparar armas de fuego, cavar trincheras. Eran artistas. Hombres de la palabra, hombres de la imagen, hombres que sabían trabajar con el lienzo y el lápiz y la máquina de escribir. Era la Compañía de Propaganda PK 558, y ahora Eisenstein debía formar parte de ella.

No halló indicio alguno de por qué él podía parecer idóneo ante los ojos de los oficiales. Había algunos que dominaban el polaco más fluidamente que él. Y él no compartía tampoco sus posturas. Entre los periodistas y los escritores, los dibujantes y pintores y fotógrafos, entre los directores y los camarógrafos había sólo pocos que no estaban en el Partido. Todos ellos hablaban del frente como de unas vacaciones en la playa. A viva voz gritaban sus eslóganes sobre los polacos como seres inferiores, algunos con férrea convicción, algunos con apenas disimulable malestar en la voz.

Concluido un precario entrenamiento básico en el uso de carabinas, pistolas y granadas de mano así como la instrucción para el combate y la guardia, finalmente a Eisenstein le entregaron una cámara fotográfica. El cursillo para usar la Leica no duró más de tres días, luego lo nombraron jefe especialista. Extraño le resultaba todo aquello, pues

seguían sin revelarle cuál era el sentido y la finalidad de la tarea que él, llegado el momento, debería llevar a cabo en el Gobierno General de los Territorios Polacos Ocupados. Sólo una vez, conversando un atardecer con un periodista de Hamburgo, pudo vislumbrar algo. El periodista, quien seguramente se había dado cuenta de que el callado Eisenstein no encajaba demasiado con ellos no sólo por su falta de experiencia, sino también por la indeterminación de su postura política, sí, incluso también porque era un ser primordialmente diferente, se acercó a su oído y susurró:

—Usted se da cuenta de quién puede mentir bien.

El primero de octubre Eisenstein vio la Sophienstrasse por última vez. Al día siguiente la compañía partió. En largos vagones del ferrocarril, por largas vías, pasando por largos bosques de pinos se dirigieron hacia el este. Iban a Varsovia.

No fue orgullo lo que sintieron. No fue esa sublime sensación que les habían prometido, a ellos, los miembros de un pueblo superior. No fue la euforia de sentir el honor de participar en aquella hora histórica. Fue envidia. Nada más que envidia. Sólo que reprimieron esta sensación con todas sus fuerzas, se esforzaron para ocultar su envidia tras un porte de gallarda dignidad, tras una risita maliciosa o una mirada de desprecio, y así casi no fueron conscientes de ella. Pero la imagen que ofrecía la ciudad, la impresión que a uno le quedaba cuando veía sus destruidas fachadas, despertó en ellos tristes celos del saber y la capacidad que tenían otros. Y esos celos eran dobles: eran celos ante la maestría de la construcción, ante las habilidades de aquellos que a lo largo de los siglos habían participado con todo su ser y todo su arte en la creación de una ciudad como aquella, de sus catedrales, iglesias y sinagogas, de sus palacios y palacetes y castillos, de tan imponentes mansiones y espléndidos bulevares, de sus puentes, parques y jardines. Y al mismo tiempo eran celos de los que en ese momento estaban convirtiendo en ruinas toda aquella pompa, los maestros de la destrucción, los maestros del arte de la guerra; eran celos de la fuerza y el coraje de aquellos que de calles enteras sólo habían dejado escombros, los que ahora, en limpios y ordenados montículos, bordeaban las avenidas que los conducían en su periplo hacia Varsovia. Calladamente en su interior sintieron: ellos no eran ni creadores ni destructores. No eran nada más que una banda de mentirosos.

Para Eisenstein, sin embargo, todo aquello no significaba nada. Él no tenía tiempo para orgullo, envidia, celos o para inculparse a sí mismo.

Si todo aquello existía o en un par de meses no quedaba piedra sobre piedra era algo que no le preocupaba. Buscaba a Milena en cada esquina. Tantas veces le pareció distinguirla y quiso saltar del vehículo y correr hacia ella, pero fue siempre en vano. Lentamente le quedó en claro que lo último que haría Milena sería formar parte del corro de gente que recibía en las calles a las tropas alemanas que marchaban por Varsovia. La ciudad era el pajar y Milena, la aguja dentro.

Finalmente recibió la orden de lo que tenía que hacer. Le entregaron tres rollos de película, ya al amanecer lo mandaron fuera del cuartel y le dieron tiempo hasta el ocaso para regresar con algún material útil. El primer día lo acompañó el jefe especialista Kris. Silvester Kris, un fotógrafo que ya llevaba algunas semanas en la ciudad, le enseñó las callejuelas y los barrios adecuados, le dio consejos en lo que hacía a la luz, los ángulos y la nitidez, cómo había que dirigirse a la gente y cómo colocarse bajo una luz favorable, y pronunció algunas grandes palabras sobre su programa:

—¡La cámara tiene que ser tu arma! ¡Josef, este aquí es el caldo de cultivo de la peste! ¡Y aquí se trata de Alemania, de su curación, de su lucha! ¡Se trata de la verdad! ¡Y tú, Josef, eres quien viene a proclamarla!

Pero ya pronto, cuando Kris vio que Eisenstein había entendido qué era lo que tenía que hacer, se dividieron la ciudad y cada uno fue por su lado.

Al segundo día Eisenstein descubrió Mirow. El barrio se extendía ante él encorvándose como un raquítico lisiado. Fue recorriendo cada callejuela, cada rincón, fotografió todo. Los adoquines del empedrado que faltaban, los profundos charcos, la inmundicia en las callejuelas, los toneles con los arenques y las anguilas y los tablones delante de las tiendas de los tintoreros y los barnizadores. Allí hallaría lo que buscaba, allí no era necesario mentir en absoluto. Simplemente debía andar por las calles con el obturador abierto. Lo único que no podía capturar en el celuloide era el hedor que manaba en cada esquina. Fotografió a cada hombre de negra barba y oscura expresión, a cada niña harapienta, a cada vieja de pañuelo en la cabeza. A los niños de la calle Krochmalna jugando al fútbol en el barro. A las mujeres del mercado maldiciendo mientras se peleaban por una hogaza de pan. A un niño que yacía en la vereda rodeado de gente, parecía muerto. A su lado, un montículo de paja. Fotografió a los vendedores callejeros con sus bandejas colgantes mirando impasibles y con la mirada perdida. A los niños huérfanos bebiendo como desesperados suero de mantequilla. A los hombres de

hirsutas barbas y polvorientos gorros de piel, esos cantores que se iban balanceando con un libro de oración en la mano. Todos ellos se convirtieron en su objeto aquellos días.

Eso fue lo que más lo impresionó. Los judíos que había conocido en su vida, comenzando por sus padres, pasando luego por sus compañeros de escuela Goldfarb, Levitsky, Seligmann, pasando por los dueños de las tiendas de la Sophienstrasse hasta llegar hasta el señor y la señora Kaminsky y Milena y finalmente hasta él mismo (¿pero podía contarse él aún entre ellos?) siempre habían estado en discordancia con la imagen que él había visto en los afiches en las calles de Berlín y en los noticieros. Pero ahora ellos lo veían *a él*: el lustrador de zapatos, la escolar de rubias trenzas sentada en el pescante del viejo coche al que le habían quitado las ruedas, el pordiosero borracho que comía del papel de diario, el rabino delante del templo. Miradas directas, sin compasión. Se quedaban mirándolo como si el leproso allí fuera *él*. No tenían ningún respeto por su uniforme. ¿Quizás lo reconocían? ¿Sabían qué y quién era él realmente? ¿Habían descubierto su disfraz? *Du bist nisht a deitsher, kind, bist nur a schmok.*[27] Eres uno de los nuestros y no quieres serlo. Eso no va más.

Ni rastro de Milena. Regresó al cuartel.

Al tercer día dejó su uniforme en un rincón y salió de civil. De Milena siguió no habiendo ni rastro.

Al cuarto día escondió la cámara. Ahora debían reconocerlo como uno de ellos, ya no podían rechazarlo más. De una ventana salía música, alguien estaba tocando el piano. Eisenstein esperó que fuera Chopin. Delante de una carnicería *kosher* le habló a un hombre, intercambió algunas palabras con él en polaco. El hombre lo miró de arriba abajo y respondió en alemán:

—¿No eres de aquí, no?

—Soy de Berlín.

—¿Y qué haces aquí? Todos los berlineses están en Praga. ¿No lo sabes?

Al quinto día cruzó el río Vístula y, sin uniforme ni cámara, fue andando por las calles del barrio de Praga. Campesinas con cestas vacías que con una varilla de mimbre iban arriando a los gansos; mercados de rojos puestos de madera para frutas, repollos, ropas y botas; trabajadores de piernas curvadas. En un salón de té vio a unos hombres sentados a una mesa jugando al *skat*. Le dio la sensación de que estaban sólo de paso. Estaban sentados con sus ligeros abrigos como

sobre maletas empacadas, con los sombreros al alcance de la mano. Aquellos no eran jasidíes rumanos, no era gente del *ReichsgauWartheland* que habían llevado allí, aquellos eran, no podía decirlo de otra manera, auténticos berlineses. Hablaban dialecto berlinés, tenía gomina en el pelo, llevaban camisas y corbatas almidonadas, sobrezapatos, y cuando contaban sobre su tierra, se referían a la Alexanderplatz, al lago Wannsee, al Tiergarten y a la avenida Ku'damm. Ese era el sitio correcto.

Al cabo de algunos juegos y algunas tazas de té comenzaron a hacerle preguntas. Si conocía al señor tal y cual o a tal o cual familia. Si tenía novedades; lo que fuera que esto pudiera significar ahora. A él le resultó raro. ¿Qué les iba a contar él a aquellos señores mayores sobre su propia ciudad? Empezó a hablar sobre él. Cuando dijo "suburbio de Spandau", nadie mostró reacción alguna. Cuando dijo "Sophienstrasse", uno prestó atención. Y cuando dijo "Sastrería Kaminski", el que había prestado atención se levantó de la mesa y fue hasta la puerta. Eisenstein lo siguió. Afuera permanecieron callados. Eisenstein creyó que había malinterpretado la reacción del otro y se disponía a entrar, cuando el hombre le dijo algo por lo bajo. Le sonó como si hubiese dicho su nombre, ¿pero de dónde lo iba a conocer a él el desconocido? Tenía que haber dicho otra cosa.

Al sexto día Eisenstein se puso en camino hacia Josefov. El hombre no le había dicho qué o con quién se encontraría allí. Sólo le había descripto el camino al pequeño pueblo al sur de Varsovia, había parpadeado y se había colocado el dedo sobre los labios.

Mientras caminaba por la orilla del río Vístula, Eisenstein iba pensando. No tenía la menor idea de qué haría exactamente si tenía enfrente a Milena. Abrazarla y besarla e irse con ella. Hasta ese momento no le había parecido necesario pensar más allá y ahora tampoco quería hacerlo. Tenía que darse solo. Quizás ya era imposible regresar al cuartel esa noche. El riesgo que había corrido dejando cámara y uniforme había sido tremendo. Los últimos tres días había entregado un trabajo demasiado malo, pues de regreso del barrio de Praga simplemente había tomado a las apuradas un par de fotos de chicos sentados aburridos sobre las canaletas o de los trastos en las calles. Apenas revelaran las fotos le llamarían la atención. Y ahora que se disponía a ingresar en la clandestinidad las cosas se convertían en algo mucho más delicado.

11

Eran tres horas de marcha, pasando por la Plaza del Castillo y la universidad, luego subiendo el Vístula aguas arriba para salir de la ciudad hasta llegar a la amplia vega de un río colmada de carrizos que separaba el poblado de Josefov de la orilla. El uniforme recién se lo había quitado allí, cuando había estado seguro de no cruzarse con ningún guardia más. Había envuelto en él la pistola y la Leica y lo había ocultado en el tronco de un árbol; siguió entonces como un simple polaco, en los bolsillos nada comprometedor: una hogaza de pan y una antigua edición polaca del *Pan Tadeusz*. Ya sólo pocas casas vio; a la derecha y a la izquierda silenciosas, anchas calles esparcidas bajo altos abetos; pequeños edificios grises desde cuyas puertas mujeres de delantales blancos lo miraban con desconfianza. Cruzó una carretera y dobló en un sendero que conducía a través de una zona de bosque. De allí en más confió en su intuición. Pasó por delante de huertos, campos baldíos, estanques de pesca, graneros abandonados. Luego, una serie de cercos bordeados de espesos pinos detrás de los cuales había terrenos ocultos a la vista. En un momento algo lo hizo detenerse. Cuando se halló delante del portón cubierto de hiedra y viña salvaje, colocó sus manos sobre las rejas y esperó. Allí debía ser.

Apretó el picaporte, entró y cruzó el jardín que estaba lleno de trastos y de viejas cubas. Daba la sensación de que hacía muchos años que el último habitante de la derruida casita hubiera muerto o se había ido. La negra madera estaba cubierta de musgo, una fina e intrincada red de tela de araña humedecida por la lluvia se extendía desde los aleros del techo hasta por encima de los opacos vidrios de las ventanas. No pudo reconocer tampoco huellas de pisadas en el suelo de barro. Pero apenas se hubo acercado a diez pasos de la entrada, oyó el chirriar de los goznes de una puerta. Una anciana salió de la oscuridad. No se diferenciaba de las mujeres de delantal que lo habían mirado de arriba abajo en la calle, también ella era bajita y ruda, de anchos hombros y

llevaba la cabeza cubierta con un desteñido pañuelo por debajo del cual salían mechas de canos cabellos.

Eisenstein esperó. Ella respondió con un parpadeo de sus pequeños ojos. Él no estaba seguro de que ella realmente lo pudiera ver: ¿quizás sólo había oído que alguien había entrado por el portón del jardín? Ella dijo algo en polaco que él no comprendió. Simplemente asintió. Luego ella volvió a meterse en la casa y volvió a cerrar la puerta.

Eisenstein esperó. Sabía que lo estaban observando, pero no podía decir de dónde. Un cuco salió volando precipitadamente de la copa de un abeto, la que se balanceó tres veces, luego todo quedó en silencio.

Él sacó el *Pan Tadeusz*, lo sostuvo en alto de modo que se viera y se aproximó a la puerta. Depositó el libro en el umbral y luego retrocedió unos pasos.

—Un libro perdido —gritó en polaco. Y luego en alemán—: ¿Quizás le pertenece a alguien que usted conoce?

Eisenstein esperó. Nada sucedió. Después de un par de minutos regresó al portón por el jardín, lentamente, prestando atención a ver si oía algo, luego abrió la reja y salió. Se volvió para mirar por última vez. Entonces vio cómo la puerta se abría y una mano salía de la oscuridad para tomar su libro. Cerraron la puerta, él esperó. Ahora estaba parado detrás de la hiedra y de la viña, sabiendo perfectamente que aún podían verlo. Tardó una eternidad. Luego la puerta se abrió por tercera vez, por tercera vez chirriaron los goznes, pero esta vez no salió nadie. La puerta permaneció simplemente abierta una rendija. Detrás, oscuridad.

Eisenstein volvió a acercarse a la casita, se detuvo delante de la puerta, escuchó atentamente. Entró sin golpear. Y desapareció en su interior.

Reconoció a Milena por sus pechos. Fueron lo primero que sintió cuando se abrazaron en la oscuridad: sus magníficos pechos con los que había soñado durante meses y que ahora volvía a reconocer a través de su camisa y la blusa de ella. Cuando se tocaron en ese instante lo supo: lo había logrado, había llegado a su meta. Recién entonces sintió la mano de ella sobre su espalda, sintió el balanceo de su talle, olió su perfume, oyó su voz. Todo le era familiar.

Milena lo condujo por un oscuro corredor y luego bajando diez escalones de madera hacia el sótano. Allí, bajo la luz de dos lámparas de aceite, había hombres y mujeres sentados sobre sacos y almohadones. Una docena de figuras que lo miraban en silencio. Milena

le indicó un sitio donde sentarse, luego se sentó bien junto a él y lo acarició. Ella le hizo preguntas, quería saber cómo había estado, qué hacía el maestro Cornelius, cómo andaban las cosas en general en Berlín y en la Sophienstrasse. Quién tenía ahora la sastrería. Cómo la había encontrado, cómo había llegado a Varsovia.

Y recién entonces, con gran pavor, se dio cuenta de que no podía contarle la verdad. Y menos en tanto no estuvieran solos. Mientras estuvieron rodeados por hombres y mujeres bajo la bóveda de aquel húmedo y frío sótano él fue inventando una historia y lo que inventó se convirtió en lo que después también les contaría a todos los que quisieran escucharlo. Comenzó contando sobre cómo había ingresado en la resistencia berlinesa, sobre amistades con comunistas y socialdemócratas, incorporó anécdotas sobre sus experiencias con los coleccionistas de libros, describió sus reuniones como si fueran encuentros de una conspiración para derrocar al gobierno. Contó sobre su marcha a pie cruzando el río Óder hasta Posen y luego el viaje escondido en un carro de cosecha hasta Varsovia. Al explicarle cómo los había encontrado en aquella casita de jardín en su mayor parte pudo contar la verdad. Al principio habló lentamente y en voz baja, inseguro al final de cada frase porque no sabía cómo comenzar la siguiente. Pero a medida que fue urdiendo su mentira fue cobrando seguridad en su discurso y también las expresiones en los rostros de los otros se tornaron más amables. La gente relajó los miembros, comenzaron a hablar, le sirvieron vodka. Le creyeron.

La palidez de Milena desapareció, sus negros ojos brillaban como si los dos estuvieran de nuevo en Berlín, sentados en un banco de la plaza Wittenberg o a la orilla del lago Müggel. Se comportó como si nunca le hubiera pasado nada malo. Se tragó la risita y frotó su pierna contra la de él, Eisenstein casi se sentía incómodo delante de los otros. Ella le devolvió el *Pan Tadeusz* y le ordenó que les leyera en voz alta.

—¡Queremos escuchar cómo anda tu polaco, *Panie Józefie*!

Él comenzó y cuando al cabo de algunos versos que él creía saber bien su voz se tornó más firme, todos los hombres y mujeres se unieron a él y recitaron en un coro que fue resonando por el sótano: “Amor… Divina palabra, sólo comparable en sublime grandeza a otra tan divina como ella: ¡patria!”.

Milena aplaudió y rio y los demás aplaudieron y rieron con ella.

Y recién años más tarde él comprendió que aquel triste día ella había estado tan alegre sólo porque lo había vuelto a ver a él, su

amado, al que extrañaba.

Avanzadas las horas se dio cuenta de que no podía volver. Era demasiado tarde como para regresar al cuartel sin despertar sospechas y poner en peligro a Milena y a todo el grupo. Al atardecer, cuando los hombres y mujeres se habían quedado callados de embriaguez y melancolía o dormitaban tumbados en sus colchones, Milena, quien durante las últimas tres horas había tenido apoyada la cabeza sobre el hombro de él, le dio a Eisenstein un beso, se levantó y lo llevó con ella. Tras cerciorarse de que no hubiera moros en la costa, salieron a la puerta. De pie en el jardín, abrazados, se olvidaron del tiempo.

—¿Dónde están tus padres, Milena?

—Están bien. Encontraron un lugar. Separados sí, pero papá dice que es mejor.

—No será así por mucho tiempo, Milena.

—Lo sé. Por eso estamos aquí. Esperamos.

—¡Pero tenemos que irnos de aquí!

Ella sacudió la cabeza.

—Simplemente nos vamos para el Este. Quizás a Lublin. O seguimos más allá, si es necesario. Nos las arreglaremos. Algún día llegaremos a Rusia.

Pero ella le tapó la boca con la mano.

Él calló y sintió el sabor de la piel de su palma, salada y dulce.

—Hoy te quedas a dormir aquí con nosotros —dijo Milena en voz baja. Luego quitó la mano de su boca y lo miró a los ojos.

Pero esa noche no regresaron más al sótano.

Él la condujo en medio del crepúsculo a uno de los pajares junto a los estanques por los que había pasado. Ese día ya no hallarían el camino de regreso, ya era noche cerrada. Todo estaba en silencio, y sin embargo alguien tocaba Chopin. Forzaron una cerradura, echaron dos sacos de lino sobre la paja, apoyaron las cabezas sobre el brazo del otro y se besaron.

Uno halló en el otro el más fascinante gozo. Uno pasó con el otro la noche más cautivante. Recién se durmieron cuando empezó a amanecer.

Era demasiado tarde. Seguramente en el sótano ya estaban despiertos y habían notado su ausencia. A Milena se la veía preocupada. Y también Eisenstein sufría. No podían postergar más tomar una decisión sobre su futuro. Regresar al cuartel estaba totalmente descartado. ¿Pero quizás volver una vez más a Varsovia? Comprar una

mochila, provisiones, otro par de botas. Ir a buscar su uniforme, su pistola y la Leica que había dejado en el árbol. A la tarde regresar y llevarse a Milena con él; ella lo seguiría, él sólo tenía que avanzar con la necesaria resolución. Y luego camino al este, rumbo a Rusia, rumbo a la libertad.

En el portón ella lo besó una última vez. Él la siguió con la mirada mientras ella volvía a entrar, luego bajó la vista y partió.

Había andado diez minutos, regresando por el bosque, pasando por los estanques y el pajar, cuando oyó el ruido de los motores. Miró a través del campo de rastrojos y sobre el horizonte divisó tres vehículos militares. Dos con la capota abierta, uno con una amplia superficie de carga. Adelante dos motocicletas. Iban en la dirección de la que él venía.

Volvió corriendo. En el sendero oyó ya los gritos de los soldados y cuando dobló en el camino que llevaba a la casita, vio los vehículos detenidos delante del portón, con las puertas y la superficie de carga abiertas; al lado, las motocicletas. Saltó por encima de la zanja entre los matorrales y se escondió detrás del cerco y los pinos, desde donde se quedó mirando sin aliento y con el corazón latiéndole salvajemente.

Se oían ruidos que salían de la puerta de entrada. Golpes y gritos. Un disparo, otro. Luego todo se sumió en el silencio. Salieron dos oficiales. Detrás de ellos, hombres y mujeres del sótano, con las manos sobre las cabezas. En medio de ellos otros dos oficiales con pistolas desenfundadas y la anciana polaca del pañuelo en la cabeza. No pudo distinguir enseguida a Milena, pero sí, allí, bien atrás, esa debía ser. Su cabello castaño, el vestido oscuro que aquella noche él había tenido aún en sus manos. También ella tenía las manos en alto; detrás de ella, más soldados. Los fueron llevando por el jardín haciéndolos salir por el portón de entrada hasta que Eisenstein los perdió de vista. Oyó el estruendo de las puertas de los vehículos cerrándose, el zumbido de los motores.

Eisenstein volvió corriendo de nuevo al camino. Se ubicó para enfrentarlos, los obligaría a detenerse aún cuando ello le costara la vida. Estaba dispuesto. Extendió los brazos y ofreció el pecho. Allí estaba él, no podía hacer otra cosa.

Pero tomaron la otra ruta, fueron alejándose de él, volvieron traqueteando por el bosque, se fueron haciendo cada vez más pequeños sobre el horizonte y desaparecieron. No lo habían visto.

LIBRO TRES. PRIMERA PARTE

ISRAEL, 1990

1

No escribo más. Es extraño reconocer esto; sobre todo cuando uno lo escribe. Pero no por eso es una mentira, sino más bien un breve resumen de mi vida actual. Ya no vivo como escritor. No pienso más como escritor. Lo que vivo ya no se me transforma inmediatamente en material para novelas y cuentos. Mi vida ya no consiste en inventar otra vida.

Hasta estas páginas. Pero el hecho de que vuelva a tomar lápiz y papel, como antes, para redactar frases, para escribir historias —¡para narrar!— es sólo una excepción. La última.

Lo que antes me parecía inimaginable —estar vivo sin que la literatura constituyera un fin en mi existencia—, ahora es mi forma de vida. Y sin embargo estoy aquí. Cultivo mis pomelos, riego los melones. Saco el abono del galpón comunitario, hago el mantenimiento de los tractores, reparo los invernaderos, corto la maleza. Cultivo los frutos de mi trabajo y los regalo, por ello me regalan dinero y así vivo, no, existo algunos días más. Y eso fue todo.

Mis manuscritos inconclusos los quemé en el campo, hace años, la máquina de escribir está guardada llenándose de polvo en el desván. Mis novelas de la época de Nueva York no se venden bien. Pero yo estoy tranquilo, porque hay pocas cosas en mi vida de las que me arrepienta más que de haber publicado esos tres libros. Si hubiera escuchado a mi editor en esa época, que me decía que me eligiera un seudónimo. *Jonathan Rosen*, eso suena tan… judío, decía. Aquí en Israel pensé después en adoptar otro nombre, uno superjudío, como lo hicieron muchos antes que yo: Yehonatan Ben Shmu‘el, por ejemplo, o Elia Vered o algo por el estilo. Pero ahora eso ya es historia, mi historia, y con ella debo vivir.

La culpa de que retome la escritura, por última vez, la tiene un libro que nunca existió. En mis viejos cuadernos de notas leo sobre la Gran Novela Americana que se había propuesto escribir el envalentonado

joven estudiante, veo los esbozos que redactó en la cafetería de la Universidad de Columbia, veo planes de escritura, veo un par de intentos, comienzos de capítulos: debía convertirse en la historia de un judío en Estados Unidos. Y veo que esa novela no se escribió jamás y que en algún momento yo dejé de creer en ella. El pequeño paquete de Nueva York que estuvo días sin abrir en la veranda me hizo entrar en trance. Ahora sueño con una vida anterior, sueño con cómo fue y cómo podría haber sido. Leer mis notas de entonces, mis diarios, todas las impresiones y los pensamientos que apunté en el verano de 1969, sobre las mujeres y los libros y todo eso, y sobre la desaparición de Eisenstein… me hace sumergirme en un mundo extinguido.

Vacilo en darle a este sentimiento que me agobia con su suave dolor su bello y serio nombre: nostalgia. Me envuelve como una seda, tersa y extenuante, y me aísla de los demás.

Es extraño, pero en el *kibutz* Beit Oren no hay ningún soltero y tampoco ningún viudo, como si ello no fuera el curso normal de las cosas. Por eso no es difícil que me encuentre solo aquí. Pero no me afecta, *I have my books and my poetry to protect me*. Leo los antiguos relatos de peregrinos, el viaje a Jerusalén de Peter Füssli, Ignacio de Loyola, por supuesto, o la *Peregrinatio in terram sanctam* de Bernhard von Breidenbach de 1484. Tengo una bella edición de 1863, con xilografías del pintor holandés Erhard Reuwich. Leo sobre los eremitas cristianos que vivieron antiguamente aquí en el Monte Carmelo a ejemplo e imitación del profeta Elías.

"Varones santos fueron, que renunciaron al mundo. Servían a nuestro Dios de la forma más valiente. Especialmente en aquel sitio que domina la ciudad de Porfiria y no se halla lejos del monasterio de la virgen Santa Margarita y lleva el nombre de fuente de Elías. Allí, en humildes celdas con forma de colmenas, elaboraban cual abejas del Señor la miel de la dulzura espiritual."

Esta fuente está a sólo media hora en auto de Beit Oren, cada tanto voy, cuando hace demasiado calor en el *kibutz* y los jardines del Bahai están demasiado llenos. Es la cueva donde Elías se escondió de la ira del rey Ajab, antes de reencarnarse en Persia algunos miles de años más tarde y de charlar con Joseph Smith. Y luego vinieron los monjes bizantinos y los carmelitas y ahora vengo yo y vivo como ellos, huyo del obispo y de las mujeres, vivo como Elías en mi cueva en el Monte Carmelo, *a fortress deep and mighty that none may penetrate*, y el mundo es una roca, y todo lo que uno recibe alguna vez de él no es más que el eco de la propia voz. Y mi único empeño son los melones.

No se ve con buenos ojos. Si enciendes la tostadora durante el *sabbat*, si no celebras nuestras fiestas, eso aquí no le interesa a nadie. Si vas a la ciudad y te gastas los *shekels* del *kibutz* en prostitutas, nadie alza una ceja. Si lees libros jesuitas… les da absolutamente lo mismo. Tú puedes volver a escuchar Wagner, y todos sienten comprensión. ¡Pero cuidado con comenzar a no comer más en el comedor o a no ir más a la peluquería de Moishe! ¡Cuidado con no comprometerte más con toda tu alma en los asuntos de la comunidad! Ahí también se acaba pronto su compasión, aunque tu mujer te haya dejado.

Los *chaverim* me piden que vuelva a asistir a las asambleas. Me insisten para que vuelva a participar en las votaciones. La gente tiene que comprarme, tiene que darme mi dinero, sí, pero ellos preferirían que me ocupara más de los intereses del colectivo. Yo no puedo hacer más que decirles que coincido. Yo no necesito el sionismo, y él no me necesita. ¿De qué sirve vivir en una comunidad cuando lo único que uno quiere en el mundo es no estar con nadie? Si no sucede algo pronto, también tendré que irme de aquí. Quizás me vaya al desierto. Pero en realidad en mi vida ya he llegado lo suficientemente lejos, he viajado de una parte a otra del globo, y cuando llegué al *kibutz*, lo primero que pensé fue: Aquí vas a morir.

Tenía que ser así. Ahora como castigo me asignaron una turista, una *midnadevet*, para que nos ayude un mes. Se llama Goldman, Jonathan, como Nahum Goldmann, imagínate. ¡Eso tiene que ser una buena señal! Por supuesto que debes recibirla, Jonathan, ella es norteamericana como tú, Jonathan, de Nueva York como tú, Jonathan, y además tú eres el único que tiene un cuarto libre, desde hace años ya, Jonathan.

Sí, Jonathan, desde que Esther se fue ocupas más espacio que el que te corresponde, y eso fue ya hace algunos añitos. Tú no tienes la culpa de que se haya ido, eso lo entendemos y nos da pena. Pero que en algún momento tienes que volver a poner a disposición de otros el cuarto libre, ya hace tiempo que deberías saberlo.

La alternativa sería: hasta Janucá me mudo a una casa más pequeña, una vivienda para una sola persona, y me contento con un dormitorio, un salón y una pequeña cocina. Con ello reconozco finalmente que he fracasado. Además debería regalar una parte de los libros, pues ya desde hace tiempo ocupan el espacio que había reclamado para ella mi exesposa. En síntesis, que no es ninguna alternativa.

Y sí, Sally Goldman es alguien de tu tierra natal, vive en la ciudad donde surgieron todas estas notas. A ella le interesa la idea del *kibutz*, apoya las ideas sionistas y quiere ayudar. Necesitamos gente como esa,

ahora más que nunca. Seguro que es simpática, y el que yo ya no la soporte, seguro que no tiene nada que ver con ella. Como siempre es mi culpa.

¿Pero tenía que ser precisamente una mujer?

* * *

Rara vez él tenía tanto tiempo. Esa chica que acababa de salir por la puerta de rejas y ahora iba andando por la Wooster Street en dirección a Broome no tenía prisa. Adónde iba, él lo sabía. Qué camino tomaría, también. Los dos viernes anteriores al atardecer había tomado el mismo camino, la Broome Street, Broadway, Lafayette, pasando luego por el Columbus Park hasta llegar a Bowery, donde desaparecía en el interior de un edificio en una esquina y salía recién al cabo de dos horas con las mejillas rojas y un brillo en los ojos.

Pero su paso había sido más rápido que hoy. Hoy había salido un poco más temprano. Quizás era también el calor del atardecer el que la hacía ir a un ritmo más lento. Era principios de septiembre y desde hacía días la ciudad gemía inmersa en un calor húmedo y pesado que tampoco cedía por la noche. También en ese momento, eran las ocho, el cielo aún claro y despejado, reinaba en las calles un calor tórrido que manaba de los muros con una narcótica intensidad. La muchacha iba vestida de manera ligera, calzaba zapatos tipo marinero y pantalones cortos de jean que dejaban ver sus muslos; arriba, una camiseta blanca holgada que iba flameando al andar. Llevaba los cabellos castaños en una suelta trenza recogida en la nuca. Colgado del hombro izquierdo, un bolso de deporte con su ropa de ballet.

Él había esperado delante de su puerta y, cinco minutos antes que en los fines de semana pasados en los cuales él la había seguido, ella había salido del edificio de tres pisos y fachada de ladrillos rojos que estaba como apretado entre edificios mucho más altos en el lado Este de la Wooster Street. Allí el maestro había dejado su estigma. Había rayado el ángulo del marco de la puerta, había dejado las marcas del animal, para él, el obediente sirviente.

Cinco minutos antes y sin embargo todo funcionaba según lo planeado. Jerry se puso en camino. Él sabía, había pecado y vivido de forma tan impía que no existía chance alguna más de perdón por Jesucristo, nuestro Señor. Tan lascivo había sido en sus pensamientos, tan lleno de envidia y pereza y embriaguez en la bebida, en vano había

invocado el nombre del Señor, de manera tan escandalosa había frecuentado a las rameras así como con deliberada aceptación y propia voluntad había matado; por su culpa, por su culpa, por su gran culpa la certeza de su destino lo agobiaba ahora como su cuerpo lo había agobiado desde el comienzo. Digno de desprecio había nacido, digno de desprecio había vivido, digno de desprecio habría de morir. Y pese a todo lo torturaba el temor ante el castigo que le estaba predestinado. Un solo camino le restaba aún, el camino de la humildad y la obediencia, el de la entrega y el sacrificio por un fin superior. No podía servir a dos ídolos, y si Cristo lo había rechazado, entonces tenía que ser otro judío. Pues este lo había atendido en la hora de la necesidad, Su preciosa palabra había resonado en él. En Sus manos había puesto su vida, en Sus delicadas, férreas manos. Se había sometido a Su voluntad, seguía Su señal y Su llamado. Realizar Sus obras había sido desde entonces su misión en esta tierra, no podía dudar de Su poder, ni oponerse a su destino, debía cumplir y servir para Su gran honra.

Y así hizo Jerry lo que se le hubo mandado.

A la altura de la White Street la alcanzó, estaba a sólo un par de metros de ella. Le pareció volver a sentir el olor de sus pasos. Sí, eso era. El perfume. Cerró los ojos, siguió el aroma que lo había cautivado. Ansiaba volver a verla de frente, como entonces, su bonito rostro, su delgado cuello, sus pequeños pechos bajo la camiseta. Sentía la necesidad de tocarla, de aferrarla y atraerla hacia sí. Aspirar su perfume como el de una rara flor. Pero debía esperar, tener paciencia se le había encomendado. Reprimir el instinto, le había ordenado el maestro. Debía realizar Su plan, completar Su tarea, entonces y recién entonces lo escucharía el Señor.

Al cabo de cincuenta metros ella giró hacia la derecha en la Baxter Street, luego hacia la izquierda en la Bayard. Allí, donde acababa el Columbus Park, bajo cuyos altos arces la calle se sumía en una silenciosa oscuridad, se colocó él a la misma altura que ella. Allí era, allí debía suceder. La asió del brazo izquierdo mientras con la mano derecha le rodeaba la cara y así tapaba su boca. Luego de un fuerte tirón la atrajo hacia sí. Su pequeño cuerpo de niña y de ballet quedó apretado contra su torso descomunal. Como un pequeño animalito. Ella era fuerte, ciertamente, el regular entrenamiento había hecho elásticos y fibrosos sus músculos. Pero Jerry era más fuerte. Tres pasos necesitó, no más, y ya habían desaparecido entre los autos que había estacionados en un pequeño patio. Él sintió cómo ella se doblaba y se volvía bajo sus puños, quería liberarse de sus garras, pero en vano fue

toda súplica en sus ojos. Él se había hecho dueño de su cuerpo, a él le pertenecía ahora ella por los instantes que vinieran.

Rara vez él tenía tanto tiempo. Quizás, pensó, era su fealdad la que hacía doblegarse a la muchacha. La imagen que ofrecía, su mera presencia la petrificaba, hacía que de golpe toda esperanza de salvación abandonara sus miembros.

Pues el Señor es tu esperanza, el Altísimo es tu refugio.

Su corazón latía agitado. No le provocaba ningún placer. No tenía ganas de hacerlo.

2

Tengo que concentrarme para ver a Sally como un ser humano. No meramente como una mujer. El que sea efectivamente de Nueva York, haya vivido en East Harlem y ahora tenga un apartamento en la calle 112 Oeste esquina Ámsterdam no hace mejores las cosas.

—Es cerca de San Juan el Divino, ¿no? ¿Al lado del Morningside Park?

—¡Exactamente! Cuando salgo de casa, prácticamente estoy delante del portal de la catedral. Así que no te olvidaste totalmente de Nueva York en estos diez años.

—¿Uno se puede olvidar alguna vez de esa ciudad?

Estamos sentados en la veranda, bebemos cerveza y miramos las nubes, cómo van pasando por encima del monte Carmelo mientras va cayendo el sol. Empieza a soplar un viento tibio, el aire ya no es tan húmedo como hace un par de días. Va transcurriendo el atardecer.

Ella dice que está impresionada por la cantidad de libros que tengo.

—Estudié Letras, sabes. La gran literatura siempre me fascinó.

—¿Pero luego te convertiste en periodista?

—Es que era esa época… Yo quería participar, quería cambiar algo, y bueno, eso no se consigue publicando monografía tras monografía sobre los *minnelieder* franceses de la Edad Media en revistas especializadas. Yo estaba en el SDS,[28] leía a Mary McCarthy y a Susan Sontag. Yo siempre quise ser como Susan, quería escribir como ella, hablar como ella, vivir como ella. Quería intervenir, mover algo. Y entonces de pronto la gran literatura me pareció muy pequeña frente a los problemas que teníamos con Vietnam y Watergate y Barry Goldwater.

Efectivamente tiene un cierto parecido con Susan Sontag: largo cabello castaño y aquí y allá unas mechas canas. Ojos de un marrón profundo, altos pómulos. Como si su entusiasmo intelectual hubiese determinado su fisionomía.

—Entonces fuiste tú la que en el 68 me cerró el acceso a la Secretaría de Alumnos de Columbia —dije—. Por tu culpa tuve que empezar un semestre más tarde.

Río, ella ríe.

—¿Qué es un semestre comparado con la paz mundial? En esa época todavía teníamos ideales. Algo por lo que valía la pena luchar. Seguramente a ti te pasaba lo mismo.

Todos en Eretz Israel mentimos cuando nos preguntan sobre nuestro pasado, todos lo saben. Para proteger al otro o protegernos a nosotros mismos. Yo ya me acostumbré a contar una bella historia que me inventé en noches solitarias, algo sobre la resistencia, mis ideales comunistas, mi vida en Haight-Ashbury como bajista de una banda, mi experimentación con las drogas… Hasta aquí siempre sonó plausible, pero ahora las palabras se deshacen en mi boca y suenan tan falsas como lo que son. ¿Por qué no contar alguna vez la verdad? Yo sólo estaba siempre a un costado, nunca participé en una marcha, ni una vez me detuvieron, y para drogas como corresponde siempre fui también demasiado cobarde, sólo hablé e hice como si me preocupara por unos vietnamitas y por los negros del Sur y por la situación de las mujeres. Cuando en realidad yo lo único que quería era follar y escribir la Gran Novela Americana y ser famoso. La humanidad que sufre nunca me importó una mierda, y a los hombres siempre los juzgué según la cantidad de mujeres que habían tenido y la cantidad de libros que habían leído.

Pero no le cuento esto a ella. Tampoco le cuento sobre él.

Hablamos sobre aquella época y sobre la ciudad. Sobre los museos y las salas de conciertos, la música y la gente, sobre la Gente de Jesús, los rastafaris, la gente naranja y los *hippies*. A mí siempre me resultaban demasiado políticos, su ideología les ocultaba de la vista la verdadera vida y la naturaleza de las cosas; para Sally, en cambio, no eran lo suficientemente políticos. Hablamos sobre nuestros cafés favoritos, el muelle 1, Fulton Ferry y el Wavertree, sobre las películas que vimos, la música que escuchamos.

Y hablamos sobre leer y los libros.

El recuerdo que ambos tenemos de leer parece ser lo único que compartimos. Recordamos la forma salvaje y desenfrenada en la que se leía entonces, como quizás poco después de la guerra y luego nunca más. Lo peligroso que había sido leer alguna vez, una aventura. Leíamos sin detenernos ante nada y sin vergüenza alguna, en un café, en el

metro, a orillas del río y una y otra vez en la fresca oscuridad de la biblioteca. Una febril búsqueda de intensidad, una avidez de una experiencia extática en la literatura… un ansia que incluso se vio a veces satisfecha. Tanto en mi caso como en el de ella. Resulta que es malditamente leída. Sus libros favoritos me asombran: *El bebé de Rosemary, Solo en Berlín, El almuerzo desnudo*, Althusser, las baladas de Villon…

—De un asesino siempre se puede esperar un estilo extravagante.

—¿Qué estás leyendo ahora?

Ella trae del cuarto su lectura de viaje.

—Es francés. —Me alarga un gastado libro lila en edición de bolsillo —. *Bonjour tristesse*.

—Recién voy por la mitad, pero…

—¿Pero…?

—Ya lo odio. Es tan… naíf. Actúa tan de inocente. Ya sé, *Madame* Sagan tenía recién dieciocho años cuando lo escribió, pero igual. Me parece *kitsch*.

—Fue hace mucho tiempo —digo—, pero creo que a mí en ese momento tampoco me gustó.

—Me parece que lo voy a dejar.

—¿Qué? No puedes dejar un libro así porque sí en la mitad.

—¿Por qué no?

—El libro nos necesita. Depende de sus lectores para permanecer vivo. Si no lo lees hasta el final, lo matas en la mitad de su vida.

Sally sacude la cabeza.

—Tonterías. Los libros no nos necesitan. Nosotros los necesitamos para sobrevivir. Pero los libros también viven sus vidas en las bibliotecas sin que nadie los lea jamás. En el fondo, en la vida de los libros nosotros sólo somos huéspedes, y cuando nos quedamos mucho, lo único que hacemos es molestar.

—¿Tú dices que lo que más querrían sería librarse de nosotros?

Yo río y trato de que mi risa tenga un aire de superioridad. Ella no me presta atención.

—En realidad los libros son también el motivo por el que estoy aquí —prosigue. Me saca *Bonjour tristesse* de la mano y lo contempla como si fuera una planta exótica—. *Éxodo* de Leon Uris o *El albade* Elie Wiesel. Pero sobre todo mi novela preferida: *El mal de Portnoy*.

—Jamás conocí a una mujer a la que le haya gustado esa novela —

digo.

Ella pestañea en el sol del atardecer.

—Siempre hay una primera vez.

A la mañana siguiente me siento culpable. Y eso que una semana atrás hubiera creído que maldeciría a todo el que viniera y me contara sobre el Más Allá: sobre el más allá del gran charco, sobre la tierra de mis padres, sobre los lugares donde crecí, sobre el verano de 1969. Pero me da gusto, y, junto con mis diarios que ahora vuelvo a abrir, de algún modo todo me emociona. No puedo evitar compartir un par de recuerdos con ella.

Estamos en el prado comunitario delante del portón oriental, es invierno y hace veintiún grados temprano a la mañana, el sol aún se oculta detrás de Nazaret. Va a ser un día caluroso. Le enseño cómo se colocan los aspersores para que a lo largo del día el riego vaya llegando a todas las partes del césped por igual.

—Es extraño, ¿no? Nos hubiéramos podido cruzar hace veinte años, no hubiera sido nada improbable. Yo en Harlem, tú en Harlem. En la universidad. En lugar de eso nos encontramos aquí en el otro extremo del mundo.

—Quizás ya nos vimos alguna vez. Quizás fuimos a la misma función y no lo sabemos. Por ejemplo, ¿de *Zabriskie Point*? ¿De *Alice's Restaurant*? ¿De *Midnight Cowboy*?

Tarareamos la melodía de “Everybody's Talkin'” y sonreímos satisfechos.

—¿Quién sabe? Esa fue otra vida, no recuerdo mucho.

—¿Por qué no te quedaste en Nueva York?

Yo le cuento sobre mis libros, los que me permitieron alquilar un estudio en Montauk y durante algunos veranos contemplar el mar con mi exesposa. Hasta que me dejó por un abogado de los Hamptons. Le cuento sobre mi *aliá*, mi primer viaje a Israel y los primeros meses de prueba en el *kibutz*. Cómo conocí a mi segunda esposa, cómo me mudé luego con ella a Beit Oren y cómo también ella me abandonó después. Me hace hablar, esta mujer.

—¿Pero por qué precisamente Israel? —pregunta Sally.

—Y el SEÑOR dijo a Abraham: Vete de tu tierra, de entre tus parientes, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré.

Mi respuesta estudiada. Hacía cuánto tiempo que no la usaba. De repente comienzan a funcionar los aspersores y salimos corriendo a los

grititos del prado.

Ella vive en el cuarto de abajo, duerme donde durmió Esther en los últimos meses de nuestra relación. Me pidió prestadas un par de camisetas para dormir. Sólo había traído pijamas y ahora, con el calor de las noches de Israel, son demasiado gruesos. Ella tiene algo, no sé. Conozco a esta Sally Goldman recién desde hace dos días, pero ella ya sabe casi todo de mí. Cuando ando por la casa a la noche, veo su puerta entornada.

Por la tarde paseamos por los olivares, rociamos con veneno los naranjos, ponemos trampas para ratas. Después vamos a ver el jardín de rocas, sacamos las malezas que hay entre los cactus, cavamos allí un par de huecos donde mañana irán los nuevos laureles de flor. Para ser una mujer de la palabra lo hace bastante bien, con toda seguridad mejor que yo en mis primeros meses en el *kibutz*. Los *chaverim* ya estaban al borde de la desesperación al ver lo torpe que era el norteamericano, ya habían pensado si no lo ponían mejor en la administración y que emitiera cheques. Pero él había sido tenaz y había puesto todo para hacer el trabajo y aprender lo que era necesario. No quería estar más sentado en lugares cerrados, no quería usar más una máquina de escribir, sino salir afuera, al campo, bajo los cipreses y el sol del levante.

Alguien como Sally nos puede venir bien aquí. Es bonito verla parada allí con la pala, secándose el sudor de la frente con el antebrazo, con el sombrero en la mano. El viento viene del este, del desierto, es cálido y seco. Se cuela por debajo de la camiseta de Sally, la infla, y yo veo las finas líneas que el sujetador corrido ha dejado en su piel. En los últimos días se ha puesto morena.

—¿No extrañas tu tierra, Jonathan? ¿No piensas en lo que dejaste?

—¿Qué se supone que debería extrañar? ¿El hedor y el ruido de Nueva York? ¿La basura del East Village? ¿Los yonquis y los vagabundos de la Estación Grand Central?

—Yo tengo miedo de extrañar la ciudad. Tú sabes, el que vivió una vez allí no lo deja tan fácilmente.

—A mí me volvió a escupir. Le habré resultado incomible.

—Creo que yo extrañaría toda esa vida. No me entiendas mal, ustedes también viven una vida aquí, que tiene mucha vida incluso; cuando veo a los niños andando descalzos por los caminos, jugando a la mancha y dándoles de comer a las cabras, en todo eso hay mucha vida. Pero Nueva York es algo diferente. Uno está en el medio de las cosas, uno tiene toda la vida. El amor, el odio, la ira, la decepción, el miedo.

—¿El miedo?

—Ah, cuántas veces tuve miedo en Nueva York. Y de algún modo eso también era la vida. Esa ciudad atrae a las figuras más sombrías, bestias humanas, pederastas, violadores, y el saber que uno vive entre ellos y ellos entre nosotros, también hace realmente mucho a su fascinación.

Río.

—Eso sería lo último que me atraería para volver a Nueva York. La idea de tener a un psicópata viviendo tras la puerta de al lado.

—Reconozco que es un poco extraño. Pero las épocas en que se decía que había un asesino rondando por ahí, y estaba en todos los diarios y la gente no hablaba de otra cosa me quedaron casi más grabadas que no sé qué discusiones con intelectuales de mente estrecha sobre Vietnam o el derecho a la contracepción y la segunda ola del feminismo.

La entiendo. También yo me acuerdo de los titulares, de las agitadas conversaciones en los salones y de la expresión en los rostros de padres y madres cuando sus hijas querían volver a casa solas de noche. Aun cuando no puedo imaginarme cómo recuerdos como esos pueden ser un motivo para que a uno le guste Nueva York.

—Todavía recuerdo cómo sacaron del agua a las mujeres desolladas, como si fueran pescados. Varios años duró aquello, mes tras mes se encontraba el cuerpo de una muchacha a la que le habían arrancado la piel de la cabeza a los pies. Todas mujeres jóvenes, bonitas, que habían desaparecido y recién al cabo de algunas semanas volvían a aparecer. En ese momento yo acababa de cumplir veintiún años y estaba sola en la ciudad. Me despertaba en la oscuridad de mi pequeño apartamento bañada en sudor y me tocaba a ver si todavía tenía piel. Lo que un par de noticias como esas pueden producir en la cabeza de una joven.

Lo recuerdo.

—El Desollador de Williamsburg.

—Seguramente a ti no te causó miedo. Tú quizás tenías miedo de los latinos de la zona del estadio de los Yankees o de los negros de las calles del Bronx, pero para un hombre es fácil evitarlo, basta simplemente con no ir a determinado barrio. En cambio una chica joven ya tenía miedo cuando se despertaba sola en la noche y oía un ruido y esperaba a ver de dónde venía ese ruido.

¿Y esto es precisamente lo que le hace extrañar Nueva York? ¿Algo no le funciona bien a esta mujer?

—Por lo que sé —digo—, nunca atraparon al asesino.

—Seguí el tema todavía un par de años, por puro interés periodístico, se entiende. A la última muchacha la encontraron en el otoño de 1969, detrás de un par de abollados tachos de basura en la isla Ward. Después cesó de repente y durante mucho tiempo no hubo siquiera un atisbo de explicación. La policía estaba desorientada. ¿Quién era el tipo? ¿Por qué todas eran muchachas tan jóvenes? ¿Por qué eso de la piel? ¿Y por qué no las había violado?

—¿Quizás no era un *tipo*?

—También hubo algunas semanas en que lo consideré. No me parecía justo que se pensara que sólo los hombres eran capaces de hechos como esos. Quizás ese era el motivo de la incapacidad de la policía para identificar al desollador. Meses más tarde la prensa todavía sostenía que sólo había saciado temporalmente su sed y esperaba el momento de volver a atacar. Pero cuando luego ya no pasó nada más, el tema se olvidó. Hasta…

—¿Hasta?

—Algunos años más tarde, en unos trabajos de demolición en la calle 42 en el Sunset Park, en Brooklyn, se toparon con un sótano al que por lo visto no había entrado nadie durante años. Era un taller subterráneo, con herramientas y maquinarias para todos los fines posibles; en el medio, en el contrapiso, había empotrado un hueco de dos metros de diámetro en el que habían vertido cemento. Ahí dentro los obreros encontraron fusiles, revólveres, un par de cuchillos y llamaron a la policía. El detective a cargo de la investigación apostó primero a un escondite de la mafia, pero por otro lado para eso eran demasiadas pocas armas. Le llamaron la atención los cueros que había colgados en las paredes y sobre soportes. Los hizo analizar, ¿y qué resultó? Algunas de las muestras eran cuero de piel humana. Entonces entró el FBI, había una huella.

—¿Y el taller de quién era?

—Eso no se logró averiguar. Preguntaron en todo el vecindario y obtuvieron algunos datos sobre anteriores dueños e inquilinos, hasta que se tuvo una lista de nombres. Pero, como se comprobó, todos eran de personas que habían fallecido hacía mucho tiempo. Salvo uno. Un coleccionista de arte de nombre Richard Fiddler. Una hoja en blanco. Fueron a verlo, pero su apartamento en Brooklyn Heights hacía años que estaba vacío. De Fiddler ni rastro.

* * *

Se pusieron en camino. Eisenstein, para quien los ruidos en la superficie de carga habían sido la señal de que todo había salido según lo planeado, dio marcha atrás con la furgoneta, fue por la Bayard Street para tomar la Bowery y luego condujo por el FDR Drive hacia el Norte. Al principio le había fastidiado el lugar donde debía suceder, pues desde la pequeña calle lateral de Chinatown hasta la isla Ward era un trayecto de media hora, con más tránsito quizás de cuarenta minutos. Con Heidi había sido más rápido y sobre todo más seguro. Pocos semáforos, pocos peatones, poca policía. En ese momento, en cambio, un viernes al atardecer en el corazón de Manhattan, corrían mayor riesgo. Una calle cerrada, un desvío, un control vehicular, un grupo de gente en una protesta vespertina o simplemente estudiantes festejando: todo eso podía interponerse entre ellos y su arribo a salvo a la base de mantenimiento de la isla Ward.

Pero para el poco tiempo en el que había que actuar no había otra alternativa mejor. Secuestrar a Hannah delante de la casa de sus padres hubiera sido mucho más difícil. Más público, menos rincones tranquilos y escondidos. Y no había ningún patrón que le hubiera dado la seguridad de que ese atardecer y exactamente a esa hora la muchacha andaría por esa calle donde él podía esperar como la araña en su tela.

Finalmente en el Parkway fue mejor. Avanzaron bien, el tránsito vespertino era decente, ¡vivan las autoridades de tránsito! Una y otra vez se detenían ante un semáforo, una y otra vez sentía él golpes en la parte de carga. Luego todo volvía a quedar en silencio. Esperaba que a su carga, la que iba atrás sola con Jerry, no le hubiera pasado nada. Tan poco le faltaba para su meta, tan cerca estaba de llevar a un punto final todos sus afanes de las últimas semanas… no tenía que salir nada mal.

Con cautela estacionó delante del portón de rejas de la base de mantenimiento. Por un momento aún permaneció dentro del vehículo. Miró y prestó atención a ver si oía algo. Estaba desierto, como siempre. Era un gigantesco predio cubierto de hiedras y setos de arbustos oculto entre dos trazas de ferrocarril, por un lado, y Hell Gate y la orilla del East River, por el otro. Salvo por el lejano zumbido del ferry del río Harlem no llegaba ruido alguno a los oídos de Eisenstein. También atrás en el vehículo parecía estar todo tranquilo.

Cuando Eisenstein se apeó, sintió el golpe del calor del atardecer. Se quitó el saco, lo arrojó sobre el asiento del conductor, se arremangó la

camisa y fue del otro lado hasta la pared verde delante de la cual había estacionado la furgoneta. De dos vistazos verificó el estado del alambre que le indicó que desde su última visita nadie más había estado allí, abrió el portón con su chirrido, corrió a un lado plantas y raíces y regresó al vehículo. Sin volver a encender el motor, soltó el freno de mano, dejó que el vehículo se fuera deslizando y bajando por la empinada entrada hasta que se detuvo de nuevo y cerró el portón detrás de ellos. Delante se extendía el predio en el ocaso, lleno de herrumbrados trenes del metro, viejos vagones de trenes de carga y rollos de cable vacíos; hacía diez años lo habían quitado de funcionamiento y desde entonces sólo cada tres meses lo recorrían durante media hora dos aburridos empleados de seguridad de la MTA para así mantener alejados a los grafiteros.

Lentamente siguió entonces adelante con la furgoneta. El camino que bajaba a la nave industrial donde se guardaban los trenes, lleno de piezas de chatarra y raíces, estaba en tal mal estado que tuvo miedo de dañar su carga si andaba demasiado rápido. Al lado de la construcción había una caseta más pequeña, un antiguo taller, al que se accedía por una rampa. Volvió a encender el motor. Allí tuvo que dar vuelta en U para entrar de culata al taller. Ya arriba, se bajó de la furgoneta, abrió el portón, dejó que las palomas salieran volando, luego entró cuidadosamente el vehículo unos metros hasta que sólo la parte de carga quedó afuera y apagó el motor. Luego bajó las ventanillas, prendió la radio-casetera y puso un casete. Las *Variaciones Goldberg*, tocadas en el címbalo por Wanda Landowska, una grabación del año 1933.

El sol del ocaso penetró por las altas ventanas góticas como a través de vidrio de plomo y sumergió el interior del taller en una penumbra dorada. Delante de él tenía un espacio prácticamente vacío, donde sólo había viejos *containers* de chapa y olor a excrementos de ratas. De los techos colgaban cadenas de acero envueltas en telas de arañas y cabos, entre ellos las palomas habían hecho sus nidos. Entre las dos fosas, a la derecha y a la izquierda, que antaño habían servido para trabajar en las partes de debajo de las locomotoras, se extendía una superficie de cemento sin uso determinado, sobre ella había una maciza mesa de piedra. Todo, las fosas, la gran superficie, la luz, la mesa, era ideal para sus fines. Todo era tan bello y silencioso allí, lo único que sonaba claro y a bajo volumen era la música del címbalo de Landowska que llegaba desde la radio-casetera y resonaba en las paredes.

Regresó a la furgoneta, tomó su caja de herramientas del asiento

delantero, abrió la puerta de atrás y miró a Jerry a los ojos. Lo vio enseguida, Jerry había pecado. Consciente de su culpa bajó la mirada. Detrás de él yacía Hannah sobre la manta que él había extendido para ella. Desnuda, con el cabello suelto, inconsciente.

Eisenstein tomó impulso con la pesada caja de hierro en la mano pero no fue necesario golpear. El jorobado Jerry se dobló lloriqueando a un costado de la superficie de carga dejándole libre el camino. Eisenstein se precipitó para revisar el cuerpo de Hannah buscando daños, se arrodilló ante ella, inspeccionó sus miembros, buscó alguna desfiguración, moretones, desgarros, escoriaciones. Tenía que saber si le había sucedido algo malo. Si ese idiota lisiado le había provocado algún daño y con ello había malogrado todos sus esfuerzos tan cerca como estaba de llegar a la meta… aquello sólo hubiese sido su culpa, la de él, Eisenstein. ¿Por qué había corrido de nuevo ese riesgo dejando a Jerry atrás con la muchacha?

Pero mientras sonaba la primera *Variación Goldberg* vio que eran afortunados. Hannah estaba intacta. Se inclinó sobre ella, sacó un frasco de vaselina de la caja de herramientas y se frotó con ella las manos hasta que estuvieron calientes. Comenzó con las pantorrillas. Tenía que lubrificar centímetro cuadrado por centímetro cuadrado, masajeando con lentos movimientos circulares, cuidadosamente, con la suficiente presión de toda la mano, desde las tibias pasando por la rodilla y los muslos hasta…

De repente Hannah se levantó dando un respingo, lanzó un grito extraño como un graznido y empezó a sacudir salvajemente los brazos por el aire. Su torso estaba a la altura de la cabeza de él. Ella lanzó golpes, le dio con su pequeño puño en la nuca. Velozmente saltó levantándose pero se dio con la cabeza contra el techo de la furgoneta, tambaleando intentó salir. Al hacerlo chocó contra Jerry, quien reculó con el cuello en alto. Hannah, desnuda, frenética de ira y temor, saltó hacia afuera y arrastró con ella al jorobado. Ambos quedaron parados al borde la fosa, sosteniéndose en brazos como en una extraña danza, el robusto Jerry, aún fuera de sí, y Hannah, todavía no del todo consciente. Durante una décima de segundo permanecieron así en el aire, ninguno de los dos sabía qué iba a suceder. Entonces Hannah, con un nuevo grito, se soltó de su atacante, el que ahora se había convertido en el atacado, y él perdió el sostén y cayó rodando los dos metros por el aire hasta estrellarse contra el cemento.

Hannah miró hacia abajo. La imagen del cuerpo rígido tendido entre barras de hierro y herramientas le provocó una extraña euforia. No

tenía la menor idea de lo que había pasado o dónde se encontraba, sólo sabía que había vencido a ese hombre desconocido que le había querido hacer mal y ahora yacía allí lloriqueando entre la mugre.

Iba a voltearse cuando sintió que había alguien detrás de ella. Sintió fallar su pulso cuando él le tapó la boca y la nariz. La mano de él sobre sus labios era caliente y húmeda. Ella no podía mover sus brazos, no podía salir corriendo, sus piernas cedieron. Mientras caía sintió el frío filo del cuchillo en el cuello y las mandíbulas, sintió sus venas latiendo contra el acero y luego, cálida, húmeda, suave, su propia sangre que fluyó por su pecho y su vientre hasta su regazo.

Desde algún sitio llegaba la suave música de un címbalo.

3

Qué bien se puede sentir uno cuando le mintieron. Uno está decepcionado y sin embargo le agradece al otro. Por haber experimentado lo que es ser usado. Lo que es no ser el único que usa a otros.

Lo único que lamentablemente no puedo decir es que sospeché desde el primer momento, no lo hice con *Alice's Restaurant* y *Midnight Cowboy*, ni siquiera cuando nombró al desollador. Ahora que lo escribo me río de mi ingenuidad; incluso cuando mencionó la Willow Street no había nadie que me sacara la idea de que se trataba de una extraña coincidencia. Quizás simplemente no había contado conque un día viniera una mujer y me engañara así con tanta frialdad. Me siento usado, pero ella dice:

—La fascinación que genera ver y darse cuenta de pronto de algo sería insignificante si en el camino hacia ello uno no tuviera que sobreponerse tanto a la propia vergüenza.

Al menos sé cómo son las cosas con ella. Y también me río de cómo caí en su trampa pese a que ya desde nuestro primer encuentro había dicho que sólo quería ver en ella al ser humano y no a la mujer. Por lo visto todo aquello no me ha dejado aún, mi lamentable dependencia de todo lo físico, esa deplorable fijación en los atractivos de la figura femenina. La forma en que Sally se mueve bajo la luz del atardecer, sus finas muñecas, el color de sus mejillas y sus labios, el perfume de su pelo. Si fue la intención del FBI mandarme una exactamente así… lo hicieron bien.

Al cabo de una semana dejó caer su máscara. Quiero creer que porque se dio cuenta de que su mentira estaba moralmente mal. Pero quizás sólo pensó que si no el pobre tipo nunca se iba a dar cuenta solo. Así que me lo tenía que revelar. No me podía dejar creer que realmente estaba interesada en *mí*, Jonathan Rosen, de Nueva York, domiciliado en el *kibutz* Beit Oren, Casa 21, porque yo era tan interesante y tan

guapo y un escritor tan talentoso al que sólo le faltaba un poco de inspiración; y tampoco podía esperar hasta que yo cayera en cuenta de lo que sucedía y yo mismo percibiera el engaño.

A la mañana siguiente está sentada en la veranda. Yo salgo después de mis ejercicios de yoga y la veo allí, con su camiseta gris con la inscripción de Columbia en el pecho, pantalones cortos de *jogging*, el cabello recogido, las piernas cruzadas en posición de loto. Me siento al lado de ella y escucho su historia.

—Tú recuerdas el revuelo en ese momento. Los titulares de pánico, todo el miedo que generó. Búsqueda a nivel nacional de homicida no identificado. Encuentros nocturnos en el auditorio municipal, organizaciones de autodefensa ciudadana. Y la impotencia del FBI, las burlas que cayeron sobre nosotros. Los padres de las muchachas crearon un fondo con el que se pagaba a detectives privados. Porque por lo visto nosotros no lográbamos nada. Si una serie de crímenes como esa no se resuelve en el lapso de un año, ya empiezan los primeros a hablar de un caso maldito. Y luego una cosa trae la otra. Es así. Se empieza a creer que es uno de esos casos que no se resolverán nunca. Porque ahí hay algo mágico. Los indicios están en realidad sobre la mesa, pero hay algún embrujo que impide que todos los involucrados vean claro y saquen las conclusiones correctas. Y después se piensa que no se puede hacer más que esperar el momento en el que la maldición se deshaga. Un caso como ese nunca se archiva hasta que se encuentra al culpable. Pero queda en suspenso. Oficialmente se habla de "caso cerrado", aunque simplemente está durmiendo su sueño de bella durmiente. Hasta que sucede algo que rompe el encantamiento y entonces el caballero de brillante armadura puede acercarse a la torre.

—¿Y tú eres ese caballero ahora?

—Lo fui una vez. Estamos buscando al Desollador de Williamsburg desde hace más de veinte años. Cuando descubrimos el taller de Brooklyn, durante un par de meses volvimos a tener esperanzas. La dueña del apartamento de Richard Fiddler en la Willow Street nos dijo que estaba vacío desde hacía años, pero que no obstante puntualmente todos los comienzos de mes se acreditaba el importe del alquiler en su cuenta y por eso no había querido hacer preguntas. Cuando controlamos la cuenta, vimos que los pagos podrían haber continuado así un par de años más. Pero el último depósito es efectivamente del año 1969. Entonces chequeamos todos los vuelos al exterior de ese año, pero no hay ningún pasajero de nombre Fiddler. Mis compañeros creen que es un truco, un juego para distraer nuestra atención. Alguien

desarrolla una teoría sobre un círculo, una banda traficante de mujeres que dispersa falsos indicios por toda la ciudad y sostienen que no existe realmente ningún Richard Fiddler. De pronto a todos esto les parece plausible. Pero yo no estoy convencida. Así que vuelvo al taller del Sunset Park, revuelvo de nuevo en aquel sótano abovedado que nadie reclama. Después de algunas investigaciones encuentro al antiguo propietario de la tienda que estaba arriba del taller, un italiano de nombre Cavaggio, y él me describe al hombre que le compró las salas del sótano en 1966: alrededor de los cuarenta y cinco, mediano de estatura, imponente, vestido de elegante *tweed*. Cabello negro ligeramente ensortijado, judío. Me muestra el nombre en el contrato de venta: *Mr. Josef Schwarzkopf*.

”Tenemos otro nombre y otro rastro; o mejor dicho: yo los tengo. El FBI se concentra en la versión del círculo de traficantes de mujeres, así que a partir de ese momento tengo que seguir sola. Después del trabajo me dedico a recorrer el país, paso mis días de vacaciones buscando a Josef Schwarzkopf. Pero no hay nadie con ese nombre que encaje con la descripción de Cavaggio, tampoco entre los muertos. Durante diez años pasé mi tiempo libre con este caso. Y cuando en un determinado momento colgué mi profesión, ya no creía más que alguna vez se pudiera resolver. Hasta hace un par de meses…”

Yo no quiero oír nada. No sé qué creerle. Tampoco sé directamente por qué sigo hablando con ella.

—No todo era mentira —dice.

Es extraño no oír esta frase de mis propios labios.

—¿Y tú te llamas Goldman? ¿O sólo fue un truco para caerles bien a los sionistas? ¿Realmente estudiaste Letras?

—Te digo, todo eso es verdad. Pero no podía venir aquí y decirte: Soy del FBI y busco a tu antiguo amigo, el asesino serial.

—¿Por qué no? Al menos hubiese sido más honesto.

Me comporto como una chiquilina.

—Tenía que ganarme tu confianza.

—No lo conseguiste.

Huyo de allí y me encierro en mi cuarto.

* * *

Él tuvo que usar las ropas de ella para secarla antes de que se coagulara la sangre. Su camiseta blanca quedó enseguida teñida de un rojo

profundo. El flujo de sangre no se detenía por lo que le colgó la cabeza sobre el canto de la fosa y la dejó correr. Al fin y al cabo, no era muy diferente a como lo había planeado. Las muchachas anteriores también se habían desangrado sobre la fosa. Sólo que otras veces las cosas habían sido un poco más tranquilas y más civilizadas y él había podido escuchar las *Variaciones Goldberg* sin molestas interrupciones. Después de rebobinar un poco el casete hasta el final del aria volvió a dedicarse a su tarea. No eran de esperar ya nuevas molestias.

Vio la sangre de ella cayendo con su peculiar sonido sobre el pobre Jerry, quien resollaba y gemía buscando aire. Eisenstein no podía decir si Jerry se había roto la columna o el cuello, no se lo veía ni peor ni mejor que antes. Pero a juzgar por sus quejidos y el hecho de que desde hacía algunos minutos yacía allí casi inmóvil, probablemente había sido algo serio.

Daba igual, había que cumplir con el plan. Hacía demasiado calor aquel atardecer como para perder tiempo. Luego podía quitar la sangre y la suciedad de la piel de Hannah, ahora tenía que ver cómo separarla limpiamente de los músculos sin dañar más arterias, las que sólo hubieran complicado el trabajo innecesariamente. Tuvo que dejar de lado su plan de engrasar la piel aún en el cuerpo. Por la temperatura en el taller calculó que para todo el proceso le quedaba algo así como una media hora, mucho menos que en días más frescos, pero con todo algo posible si se concentraba.

Sólo deseó que Jerry cesara por fin de resollar allí abajo. Había subido el volumen de la radio-casetera de la furgoneta al máximo pero con esos ruidos de fondo no podía disfrutar las partes más lentas. Hoy, pensó, seguramente hubiera sido mejor la grabación de Gould; ¿pero quién podía sospechar que justo ese día Jerry no calcularía bien la dosis de cloroformo? Aunque luego la música adquirió esa fuerza mágica que ejercía sobre él. Las notas cobraron vida y resplandecieron y brincaron a su alrededor —un fuego eléctrico surcó las yemas de sus dedos—, el espíritu del que emanaba fue más fuerte que todos sus reparos. Cuidadosamente hundió la punta del escalpelo en la piel debajo del tobillo izquierdo de Hannah. Sólo unos pocos milímetros se necesitaban allí, tan suave era esa parte. Apenas por encima del tendón fue llevando el filo, con suave y pareja presión, como el violinista su arco iba deslizando la hoja, rodeó el pie, pasó el tendón de Aquiles y llegó exactamente al punto debajo del talón donde había comenzado. Dejó el escalpelo. Con la punta de los dedos levantó la piel debajo de la pantorrilla y esperó. No se veía sangre. Los tendones estaban intactos.

Luego hizo un corte a lo largo de la parte interna de la pierna, subiendo hacia la rodilla, hasta el hueco poplíteo y el ligamento interno. Si lograba hacer de una vez la incisión hasta arriba, hasta el anillo inguinal, tendría por lo menos medio metro cuadrado de material en una sola pieza. Las rodillas de Hannah, volvió a comprobar con satisfacción, eran suaves y no tenían ni arrugas ni cicatrices. Lo logró. En el pubis volvió a iniciar otro corte, se animó a hacer una incisión circular alrededor del muslo, deslizó la hoja exactamente por debajo de la nalga para terminar en el mismo punto donde había comenzado.

Volvió a dejar el escalpelo. Ya podía sentir en las yemas de los dedos la impecable constitución, la magnífica estructura, la perfección del material. No se había equivocado.

La pierna derecha le salió tan bien como la otra. Contempló las dos tiras, luego las colocó cuidadosamente sobre la manta en la furgoneta. Estaba fascinado, con ellas podía hacer dos libros en tamaño folio, ya los veía ante sus ojos. Pero debía apresurarse. Le quedaría un cuarto de hora, la señora Landowska ya iba por la giga y el señor Eisenstein todavía no había llegado al tronco. Tenía que empezar con el torso delante de los brazos, porque de allí extraería la pieza más grande. Era mucho más complicado que las piernas, se requerían más incisiones curvas, no había que dañar ningún órgano. A la altura de las costillas casi no había carne entre el tórax y la piel. Qué delgada era. Una verdadera *ballerina*. Un par de años hubiera podido bailar quizás y con su arte brindar placer a la gente. ¡Pero cuán efímero hubiese sido ello comparado con el arte que ella ahora hacía posible!

Sintió la carne endureciéndose bajo sus manos, era la sangre que había dejado de fluir y ahora comenzaba a espesarse. Su cuello parecía ya casi seco, sólo gotas aisladas caían sobre Jerry, quien se había quedado notablemente más quieto. A Eisenstein lo invadió la euforia. Cuando levantó un poco a Hannah y la atrajo hacia sí, vio la pelusilla de sus cabellos reluciendo como ámbar a la luz del ocaso, tan suave, tan dorada, tan cerca. Exactamente como aquella vez en la sala de conciertos durante *La fantasía del caminante*. Y ahora Bach. ¿No era maravillosa la vida?

Tras colocar las pieles una sobre otra en la furgoneta y cerrar las puertas, alzó a Hannah y la sostuvo en sus brazos. Su camisa blanca, que hasta ese momento sólo tenía salpicaduras de rojo, se embebió completamente de su sangre. La llevó afuera. Unos metros detrás de la nave industrial para los trenes un sendero conducía hasta la orilla del

East River. Disfrutó el camino que lo llevó hasta un rincón solitario con vistas a Astoria y el puente Triborough. Bien al fondo, al oeste, se ponía el sol y les enviaba a los dos sus últimos rayos. Olió el aroma de sus cabellos. Ella era liviana. Casi le pareció que volaba cuando, parado sobre el muro del muelle, la soltó y se quedó mirando cómo caía como planeando los tres metros hacia las oscuras aguas.

* * *

Mayo había llegado. El invierno había quedado atrás. Los crocos florecían y había hombres en camiseta en sus balcones sembrando berro. Eisenstein estaba sentado junto a la ventana del pequeño *diner* en Brooklyn adonde le gustaba ir por las mañanas porque no estaba tan lleno y servían un buen té. Pero aquella mañana, de un fresco sábado de principios del verano, estaba allí porque tenía una cita. Esperaba a una muchacha.

Dedicado a su periódico y su taza de Darjeeling mientras tanto pensaba en el pasado. La muerte de su ayudante lo había conmovido más que lo que había creído cuando regresaba a su casa desde la isla Ward con su botín en la parte de atrás de la furgoneta. En ese momento no había sabido si Jerry estaba muerto y le había dado lo mismo. Pues el pobre lisiado era mudo y tonto y no sabía ni leer ni escribir, ¿qué peligro podía significar si sobrevivía?

Pero muy pronto, después de llevar la piel de Hannah al sótano de la calle 42, de lavarla y purgarla, se había dado cuenta de que se vería en problemas cuando tuviera que abatanarla. Hasta ese momento sólo habían logrado hacer ese trabajo de a dos, y con gran esfuerzo. ¿Cómo haría para hacerlo solo? ¿Cómo se produciría la transformación si él solo era demasiado débil? ¿Y cómo habría de continuar con su negocio?

En los meses de invierno les había vendido sus libros a coleccionistas de todo el mundo, y la mayoría habían estado recubiertos con la piel de Heidi Lynch. Uno se lo había llevado un extraño ruso, otro un grupo de criminales suecos, otro un hombre de negocios de Hong Kong, y un par de más pequeño formato diferentes interesados de Sudamérica. *El arte de amarde* Ovidio todavía había sido Jerry el que se lo había entregado personalmente al ciego Ira Bloom. Pero ahora Eisenstein necesitaba refuerzos. Había conchabado a un par de pequeños delincuentes del Bronx, cuatro portorriqueños a los que había llegado a través del primo del tipo que hoy también atendía en el *diner*. Eran fuertes, y al principio

tampoco habían entendido de qué se trataba. Habían hecho su trabajo, habían recibido su paga y no habían hecho preguntas. Pero en un momento, en enero, Eisenstein se enteró de que la gente hablaba. Circulaban rumores, decían esto y aquello. La sospecha de que alguno de los latinos había pescado algo y había dejado caer un par de palabras no muy inteligentes no lo dejó dormir tranquilo. Necesitó seis balas para los cuatro hombres, y aquello le dio mucha pena.

Con el comienzo del nuevo año todo parecía haber caído en el olvido. Se habían acallado los rumores, él pudo retomar su negocio. Trabajó el cuero que le había quedado para hacer un par de espléndidos ejemplares, una edición First Folio de 1638 que se daba por perdida desde hacía décadas, una *Crónica del mundo* de Schedel publicada en 1493 por Koberger en Núremberg, un volumen chapado y repujado en estilo *rocaille* del siglo XIX y una edición en pequeño formato del *Fausto* de Goethe en papel de Biblia y letra Fraktur.

Pero en algún momento, lo sabía, llegaría el día en que habría de necesitar nuevo cuero. En marzo, con el comienzo de la temporada de los espárragos, sintió despertar su pulsión. Fue siguiendo a las muchachas con la mirada como un demente, al verlas pasar tuvo que cuidarse de no abordarlas. El hecho de que ya no podía llevarse a ninguna simplemente porque no sabía cómo podría hacer para trabajar su piel amenazó con volverlo loco. Se sentía como si fuera lascivo e impotente al mismo tiempo.

Debía hallar un sustituto para Jerry. Quizás no dependía tanto de la mera fuerza corporal. Quizás también otros talentos eran ventajosos. Tenía que ser un solo hombre, un hombre naíf, fácil de influenciar, que pudiera guardar un secreto.

Recorrió todas las curtiembres, preguntó a peleteros y marroquineros. En vano. Anduvo por las carnicerías y los mataderos, a la mañana temprano fue con su Studebaker a Nueva Jersey, miró a la gente que sabía trabajar con carne. Había entre ellos tipos fornidos de mirada perdida, pero ninguno le pareció apto para ese trabajo. Estaba a punto de desistir cuando en el estacionamiento del Mercado Kosher Westville en Staten Island le llamó la atención un muchacho flacucho, como mucho de veinte años, todavía con pelusilla en los labios. Cargó unos cajones de patas de pollo a uno de los galpones del mercado, luego regresó, se quedó un rato sentado sobre la superficie de carga de su furgoneta y se prendió un cigarrillo. Ese no era ningún chofer de reparto de carne común, sino más bien un estudiante que trabajaba como ayudante. Pero por lo visto sabía de carne y también tenía

licencia de conducir. Algo en el joven lo fascinó. Su mirada, profundamente triste y sentimental. Un romántico chofer de reparto de patas de pollo.

De pronto el joven sacó una cámara, se ubicó al lado de su furgoneta y comenzó a sacar fotos. Después de cada foto hacía una pausa de unos segundos, fijaba la vista en un motivo y volvía a disparar. Luego dejó la cámara, aplastó la colilla del cigarrillo y subió al vehículo. Eisenstein lo siguió.

En los días siguientes se confirmó su sospecha. Un estudiante de Letras con ambiciones artísticas y el bonito nombre Jonathan Michael Rosen. Vivía en un albergue de estudiantes en Harlem, asistía a un par de cursos en la Universidad de Columbia y seguía a las chicas con la mirada. Más que eso, realmente las seguía. No le habló a ninguna durante la decena de horas en las que Eisenstein le fue pisando los talones. Pero había seguido a una a lo largo de varias calles, con la cámara colgada al hombro, había entrado con ella en las tiendas de ropa y en las librerías, la había esperado escondido detrás de una columna cuando ella se había detenido en algún lado para comprarse un *bagel*, aquí y allá había sacado una foto furtiva como un detective privado y la había seguido hasta su casa, donde había anotado en un cuaderno de notas el nombre que figuraba en el timbre. Sus presas eran siempre las jóvenes y bonitas. Ante las mayores y más feas había pasado de largo sin prestarles atención, y esto aun cuando tardara horas hasta volver a cruzarse con una posible víctima. El joven tenía sus preferencias. Y tenía buen gusto.

Finalmente, cuando las magnolias acababan de marchitarse, Eisenstein resolvió probar al muchacho. En la Séptima Avenida encontró a una bonita prostituta y la invitó a tomar un café. Cuando la vio más de cerca, no sólo vio que era extraordinariamente bonita —cabellos rubio rojizo, boca carnosa, una mirada cautivante—, sino también cómica, inteligente y talentosa. La chica definitiva, se podía decir. Le puso el nombre que mejor le iba, le dio también un par de billetes y un viejo libro, le dijo dónde y a qué hora y la mandó.

Cuando ella entró al *diner*, él no la reconoció enseguida. Llevaba chaqueta de cuero y falda, una mochila colgada al hombro y parecía una estudiante de Artes. Pero ella ya lo había espiado desde afuera, le hizo un guiño y se sentó en una mesa libre en la esquina opuesta a donde estaba él. Al cabo de unos pocos segundos entró tropezándose el muchacho, con torpeza miró alrededor, no podía disimular el objetivo

de su presencia allí. Se sentó no lejos de la chica y esperó. Esperó que el infierno se congelara. La muchacha sacó el libro y lo hojeó. Eisenstein vaciló aún con la vaga esperanza de que el joven tomara por fin coraje. Pero nada sucedió.

Entonces, por favor. El que no quiere llevar, tiene que seguir.

Bebió su té, dejó a un lado el periódico y se acercó a ella.

“Aunque viajemos por todo el mundo para encontrar la belleza, no la hallaremos si no la llevamos dentro.”

4

Esta mañana, cuando bajo, ella ya está despierta y preparó café, el que me trae apenas termino de hacer yoga. Intento meditar, pero no puedo no pensar. La oigo haciendo cosas en la cocina, luego pasa por el salón; durante un rato largo no oigo nada y me pregunto dónde está y qué hace y cómo le puedo mostrar que nada de eso me interesa.

Vuelvo al galpón de entrenamiento de tiro porque espero así poder descargarme. No pasaron quince minutos cuando la tengo al lado con equipamiento completo, da un par de muestras de su arte y luego me mira. Yo sé que quiere fastidiar, pero que se vaya al diablo. Me siento absolutamente seguro de mí mismo, inspiro profundamente y espiro. Tras un par de malos disparos (desde hace años que no toco una pistola, mi ojo se debilitó, y mi mano tiembla), ella se coloca detrás de mí y me corrige la postura. Endereza mis pies con los suyos, coloca sus manos sobre mis hombros y ejerce presión sobre ellos para bajarlos. Yo la dejo hacer, al fin y al cabo esta mujer me da lo mismo. En el jardín de rocas ya ha corrido un par de peñascos antes de que yo llegue con la carretilla. Le agradezco con un gesto de asentimiento. Llegaron los laureles de flor, los plantamos juntos en los huecos que cavamos, no decimos una palabra. Ella no se aleja de mi lado.

Así pasan los días. Mi truco consiste en no echarla. Ella sólo tiene cinco noches más en el *kibutz*, después sí o sí tiene que hacer sus maletas, ni por asomo voy a dejar traslucir que no veo el momento en que se vaya. Por mí que hasta ese momento haga como si se interesara por la vida en el *kibutz* y las ideas sionistas. Para mí no es tan importante como para que la ponga de patitas en la calle.

En la noche no la oigo subir la escalera. No la oigo abrir mi puerta, entrar a mi dormitorio y sentarse a mi lado. Cuando me despierto, no me asusto. Enseguida distingo su silueta a la luz de la luna, eso me asombra. Quizás mi cuerpo también la reconoció por su olor, quizás soñé o sigo soñando con ella.

¿Cuánto tiempo lleva allí sentada en el borde de la cama, con una mano sobre mi manta, a pocos centímetros de mi brazo, y la otra sobre su muslo desnudo? Cuando mis ojos ya se acostumbraron a la luz de la luna, veo que lleva mi camiseta, la blanca, que le queda muy grande, y *hotpants*. ¿Ella me mira? Entonces noto que mi miembro está erecto, que estuvo erecto todo el tiempo, como si hubiese soñado algo excitante que ya olvidé. Y después pienso que ella me tocó mientras dormía. Sí, me parece recordar su mano entre mis piernas, la misma mano que ahora descansa inocentemente sobre su muslo. ¡Ella me tocó! Pero no puede ser, no puede ser.

Levanta la manta y se desliza debajo. Yo siento sus pechos junto a mi torso, su pierna se mete entre las mías, y por un rato yo sigo creyendo que simplemente se sentía sola abajo en su cuarto y sólo quiere un poco de calor y dormir a mi lado, al fin y al cabo somos gente adulta. Pero ella hace todo como para robarme esa ilusión. Mientras tenemos sexo, yo me siento sometido, oscilo entre el deseo y el cansancio, la ira y el asombro. Sally, en cambio, sabe lo que quiere, no se preocupa por mí. Yo me siento como un caramelo de limón que en su boca ella distraída va dejando entrechocar contra sus dientes.

Cuando luego estamos tendidos uno al lado del otro, susurro:

—¿Por qué viniste a buscarme a mí? ¿Por qué justamente a mí?

Pero Sally ya se quedó dormida.

En las pocas horas que dormí esa noche soñé con Eisenstein. Por primera vez desde hacía años. Una historia loca de que él vivía en una cueva en las montañas donde se alimentaba de miel salvaje y saltamontes y meditaba sobre una roca y hacía yoga, y yo iba por las mañanas y le servía café. Adiós a la creencia de que lo había desterrado de todo mi cuerpo; de qué otra manera podía ser después de todos los recuerdos que Sally volvió a despertar en mí, recuerdos de Columbia, del Village, del Sunset Park, de Coney Island… Y luego la Willow Street, Brooklyn Heights y el nombre Josef Schwarzkopf y su descripción del aspecto físico de ese hombre. De qué otra manera podía ser después de acostarme con una bella y desconocida mujer y no tener a nadie a quien poder contarle.

Cuando me despierto, sé que Sally busca al hombre equivocado. Aquel verano Eisenstein estuvo prácticamente todo el tiempo conmigo, yo fui su coartada. No hubiera tenido tiempo para cometer dieciocho asesinatos. Si Eisenstein era un asesino, ¿entonces qué era yo? ¿Un

cómplice, un confidente? ¿Un copartícipe de los hechos? Sé que ella está equivocada porque tiene que estar equivocada.

Desayunamos huevos revueltos y tocino, dátiles, yogurt y miel. Sally preparó café. Está sentada en la veranda con la camiseta de anoche y la pierna derecha, aún desnuda, sobre el banco, con el tobillo pegado al cuerpo. Me da un beso.

—Me compenetré tanto con este caso que descuidé toda mi vida. Dos años tardó pero me llegó la cuenta. Estaba en quiebra. Mi esposo quería el divorcio. Viéndolo ahora le estoy agradecida, pero en ese momento pensé que podría haber tenido un poco más de paciencia. Quizás uno o dos años más, o quizás simplemente podría haberme mostrado más que creía en mí. Todos mis colegas me dieron la espalda, mi jefe me dejó sola a cargo de los casos más desagradables, no me ascendieron. Al final renuncié. Y cuando estuve sola, sin trabajo, sin marido, tuve que probar lo importante que era para mí este caso, lo importante que era para mí la verdad. Y me di cuenta de que es más importante para mí que mi propia dicha.

Pienso en el cuerpo de Sally y en la noche pasada. El sexo con ella fue el precio para que después de todo ella pueda decirme esto y para que yo pueda creerle. Valió la pena. Valió su historia también.

—Me las fui arreglando. Al cabo de unos meses, como detective privada, tenía una agencia en la Ridge Street que, con un par de estafadores matrimoniales y un par de casos de adulterio, me permitía ganar el dinero necesario para volver a salir a la caza del fantasma.

—¿Por qué viniste a buscarme a mí?

—En esa época me identifiqué tanto con todas las muchachas; porque yo tenía la misma edad que ellas y también vivía en Nueva York y mis padres eran de Alemania. Yo estudié los destinos de esas chicas, sus breves vidas hasta que las conocí mejor que a la mía propia. Empecé a quererlas, y con cada cuerpo que se encontraba mi amor por ellas se hacía más fuerte: como si nosotras, las jóvenes y bonitas muchachas de Nueva York fuéramos una gran familia, todas hermanas, y él, nuestro padre terrible que abusaba de nosotras y nos dejaba destruidas. Mirando y mirando una y otra vez las fotos de los cuerpos tuve en claro que yo también podría haber estado allí, hinchada, con la piel de los miembros arrancada, ya sólo carne roja y viva. El pensar que hoy tendrían mi edad me enferma aún más. Cuando tuve la agencia de detectives, volví a revisar los indicios de un lado y del otro. Fui tantas veces a ver a los familiares y les hice preguntas que hasta los más

amables de ellos, los que veían que yo lo único que quería era ayudar, en algún momento me sacaron volando. Llegó el momento en que ya ni las víctimas querían tener nada que ver conmigo. Pero no todo fue en vano.

”En el verano de 1980 fui a una clase teórica sobre la literatura italiana del prerrenacimiento. El Trecento, Boccaccio, Petrarca, Dante. El profesor, un hombre que había envejecido tempranamente, hablaba en voz baja y lentamente con una voz quebrada. En sus ojos vi el duelo por su hija muerta. Beatrice Ehrlich, a la que llamaban Bea, nacida en 1949 en Newark, desaparecida el 31 de agosto de 1969. Una bonita y prometedora joven que no llegó siquiera a cumplir veinte años. La última vez fue vista en una fiesta que el Dr. Ehrlich dio en su *penthouse* del Upper East Side. Tres semanas más tarde su cadáver surgió de las aguas del Hudson. Desollada desde la mandíbula hasta los tobillos. Causa del deceso: intoxicación con monóxido de carbono. La décimo octava víctima del desollador y con toda probabilidad la última. Luego se encontraron más cadáveres, bien lejos en las costas de Long Island, pero los forenses partieron del hecho de que esas muchachas ya hacía más tiempo que estaban en el agua o que por lo menos llevaban más tiempo muertas que Beatrice Ehrlich. Lo extraño del caso y el motivo por el que cada vez me atrapaba más fue que había testigos que decían haber visto a Beatrice a la noche después de la fiesta paseando del brazo de un hombre por las calles de Manhattan. En ninguno de los otros casos había testimonios similares.

”Después de la clase hablo con el profesor Ehrlich, vamos a la cafetería por un *bagel*. Él no me reconoce, pasaron tres años desde la última vez que lo acosé con mis preguntas. Ni yo misma había esperado grandes novedades aquel día, ya en aquel entonces Ehrlich no me había podido contar nada especial, pero yo no quería reprocharme nada. Después de mi primera pregunta sobre Bea, él me reconoce y yo me preparo para recibir una andanada de insultos, él desiste de mandarme al diablo. En él sólo hay dolor, ninguna ira, ni odio.

”Y luego comenzamos a hablar sobre Schwarzkopf. Yo le menciono el nombre a Ehrlich y percibo cómo se crispa. Como si un mal recuerdo pasara por su mente. Lo intento una vez más.

”‘¿Oyó antes el nombre alguna vez?’

”‘No lo recuerdo.’

”‘¿Pero le dice algo?’

”‘Para mí es un tema cerrado.’

”‘¿Cree usted que su hija se lo agradecería?’

”‘¿Schwarzkopf?’

”‘Schwarzkopf.’

”‘Un apellido alemán. Quizás fue sólo un sueño, una fantasía de mi cerebro confundido. Quizás no es nada. Pero un par de meses después de que encontraron a Beatrice hablé con una de mis estudiantes que estuvo esa noche en la fiesta. Dijo que había visto a Bea hablando con un hombre en la veranda. Por casualidad llegó a estar tan cerca que alcanzó a oír algunas palabras. Él se presentó como *Mr*. Schwarzkopf, dijo ella. Dijo que lo sabía perfectamente porque un par de minutos después apareció un hombre más joven y este se presentó con el mismo nombre y allí mi hija se largó a reír. Después lo volví a olvidar porque no conozco a nadie que se llame Schwarzkopf, ni a un hombre mayor ni a uno joven. Supuse que la estudiante sólo había querido hacerse la interesante delante de mí.’

”‘Quizás no.’

”‘¿Cree que puede haber algo de cierto?’

”‘No quiero crearle falsas esperanzas.’

”‘No podría.’

”El desollador tiene entonces un cómplice. A partir de ese momento busco a dos hombres con el mismo nombre. Vuelvo a repasar la lista de las personas que fueron vistas en la fiesta de Ehrlich. Y ahora descubro un nombre que me salta a la vista por su parecido con Josef Schwarzkopf. Un hombre llamado Josef Eisenstein. En las actas veo que se lo interrogó en su momento como a todos los demás presentes y se lo catalogó como no sospechoso. Vuelvo a revisar sus datos y cuando veo las fotos carnet, pienso que encajaría con la descripción de Cavaggio. Entonces miro con más detalle. Nacido en Berlín en 1919 bajo el nombre de Josef Schwarzkopf, enrolado en la Wehrmacht en 1939, ese mismo año huyó, vía París y Ámsterdam, a Nueva York, donde después de la guerra registró domicilio en el East Village. De fe mosaica, como se decía aún entonces. Ningún dato sobre profesión, ninguna entrada en la policía, etc. Chequeo su domicilio actual, una cueva en la Allen Street, en el Lower East Side, donde desde hace años nadie ha puesto un pie. Por lo visto se fue de allí cuando logró hacerse de algo de dinero y entonces, bajo un nombre falso, alquiló el apartamento de la Willow Street, y bajo otro nombre falso —que por lo visto es su verdadero nombre si no mintió ya en Migraciones— compró los sótanos de la calle 42. Los rastros de Eisenstein se pierden en septiembre de 1969, siete

días después del interrogatorio en la comisaría de Midtown Nord. Tres semanas después de la desaparición de Beatrice Ehrlich.

”Reviso los datos del Servicio de Inmigración y Naturalización, examino los archivos de las empresas navieras, me contacto con las líneas aéreas. Si es un judío alemán, hay un par de posibilidades que son las primeras que entran en juego: Alemania, Austria, Suiza. E Israel. Solicito apoyo en las oficinas correspondientes, en las aduanas, en Relaciones Exteriores, Interpol. Ni la Embajada en Tel Aviv sabe nada. Ningún registro de una persona de sexo masculino de esa edad, ni con el nombre Fiddler ni con el nombre Schwarzkopf ni Eisenstein en ese período. Los emigrantes registrados no encajan tampoco con la descripción. El hombre es un fantasma.

”Finalmente sólo me queda Berlín Este. Pero las autoridades norteamericanas niegan todo tipo de colaboración. Solicito contacto con el Ministerio de Comercio Exterior, pero no quieren ni oír hablar de ello. El FBI no me apoya y todo lo relacionado con la RDA es algo con lo que se quiere tener que ver lo menos posible. *Es un par de números demasiado grande para ti, Sally*. Me doy cuenta de que no se quiere encontrar en absoluto al desollador, y al revés, están más que satisfechos de que la opinión pública vaya perdiendo lentamente interés en el caso. Pero Sally Goldman siempre hizo las cosas por ella y no porque prometían éxito.

”A través de un contacto, un viejo amigo del FBI, consigo hacer un par de llamados telefónicos a la Aduana de la RDA. Dos cartas van y vienen, un par de extractos de actas que no dicen nada, pero que bastan para darme la certeza. Es la dirección correcta, al menos la única. Tengo la sensación de que ahí hay algo que nos ocultan. Quizás tienen a alguien que encajaría con mi búsqueda. Supongo que piensan que lo tomaríamos por un espía de Alemania Oriental y han decidido dejarnos creer eso. El rastro se pierde. Eisenstein sigue siendo mi quimera.”

5

Durante veinte años no se habló más de él. Fue como un castigo para mí: veinte años de tedio y monotonía. Después del hallazgo del sótano se encendió de nuevo una chispa de esperanza, pero no sirvió de nada. En vano hojeé los diarios, escuché la frecuencia de radio de la policía, soborné a excolegas que me hicieron copias de las actas. Comencé a buscar otros casos menos frustrantes. La sensación de que yo, y sólo yo, iba por la huella correcta se adormeció bien escondida en el fondo de mi cabeza.

Pero ahora, desde que los acontecimientos se empezaron a desarrollar tan rápido, las cosas son distintas. Desde el otoño sé que llegó mi oportunidad. Es una suerte, no sólo el que se hayan abierto las fronteras, las autoridades estén en *shock* y toda la situación no sea más que un caos, sino también que para todos haya sido una sorpresa. Él no contaba con el hecho de que su coraza se rompiera, de que los muros que lo mantuvieron oculto durante veinte años cayeran así de repente. No le tengo que dar tiempo.

A fines de noviembre volé a Berlín. Cuando llegaron las noticias, empaqué mis papeles, recogí un par de informaciones y saqué un pasaje a Tegel. En la Kurfürstendamm me encuentro con mi contacto. Fiodor Netshajev, un antiguo agente de la KGB, que medio año antes de la caída del Muro huyó al Oeste. Ironías del destino, como él mismo dice, y por lo visto una señal de que los que deberían haberlo sabido, no vislumbraban nada. Desde que la frontera no se controla más, todos los días cruza al otro lado y hace negocios con ambos bandos. Él va por mí al Centro de Acogida Röntgental, me hace una copia de las actas del 1969 del Centro de Acogida Barby y del Centro Distrital Weissensee, que ahora serán trasladados allí, y me da el nombre de un hombre al que le puedo comprar un arma y municiones. Acepta dólares satisfecho.

No me lleva mucho tiempo hasta dar con la pista correcta. No fueron muchos los que se pasaron al otro lado en otoño de ese año. Cuando

miro los documentos, me llama la atención la escueta acta de un hombre al que le han tomado una foto en Barby. Está un poco movida y mal iluminada y la copia a las apuradas de Netshajev no mejora la cosa, pero el rostro tiene tanta semejanza con el que figura en el documento de Eisenstein que estoy segura. El nombre en el acta: Ralph Emerson. Nacido en 1921 en Milwaukee, Wisconsin. Supongo que para iniciar su nueva vida en el Este se ha hecho pasar por norteamericano. Encuentro una carta dirigida al Ministerio del Interior, fechada en noviembre de 1969, con sello de Colonia, escrita a mano con una firma ilegible, en la que *Mr*. Emerson hace una consulta previa. No hay ninguna respuesta oficial. Luego informaciones sobre el cruce de la frontera por la estación Friedrichstrasse y un par de protocolos de interrogatorios realizados en los tres días de la estancia en el Centro de Acogida. Nada fuera de lo común. Él afirma querer vivir en la RDA por motivos ideológicos. Sobre su pasado en los Estados Unidos relata una historia tan obviamente tirada de los pelos que me asombro de que las autoridades se la hayan tragado. Que completó una formación como curtidor y encuadernador, que en Duluth, Minnesota, se unió a un circo trashumante y así llegó a Nueva York, donde, hasta el momento de abandonar el país, se mantuvo con trabajos temporarios y se unió a la Unión de Lucha Marxista-Leninista. Ante la pregunta de por qué hablaba tan bien alemán, declaró que había crecido en una colonia de los Amish cerca de Madison, Wisconsin. Luego un par de palabras más sobre su firme convicción socialista. Nada más.

Yo estoy segura de que cualquiera que haya migrado de la BRD a la RDA tiene una colección mucho más amplia de documentos que los que tenía cualquier ciudadano normal de la RDA. Me encuentro por segunda vez con Netshajev y le pido copias del acta de la *Stasi*, el Ministerio para la Seguridad del Estado. Me mira asombrado, luego mira los billetes de dólar y desaparece.

Las copias del acta de la *Stasi* son de hecho aún más escuetas que lo que temía. Ningún dato sobre un posible pasado alemán. Ningún dato sobre su vida en los Estados Unidos que pudiera aportar algo a mis investigaciones. Ni una confirmación ni una desmentida de su historia. Ningún segundo nombre, ningún indicio sobre un seudónimo. Sólo otra foto, también de mala calidad así como los protocolos de la observación que se efectuó dos semanas después de su salida de Barby. Allí figura que el Sr. Emerson cumple con las tareas que le han sido asignadas de modo satisfactorio. Luego hay un registro, fechado en enero de 1973: Inicio tareas auxiliar archivero en la Biblioteca Estatal Alemana,

sucursal Berlin-Friedrichshagen. Y una dirección cerca de allí: Josef-Nawrocki-Strasse 31.

Cuanto más me acerco a él, mayor es mi confusión. En el cruce de frontera Friedrichstrasse me rompo la cabeza pensando. Por un lado estoy segura de que Emerson es Josef Eisenstein alias Josef Schwarzkopf. La información que reuní en Nueva York sobre Eisenstein-Schwarzkopf-Fiddler —descripciones, viejas fotos carnet, fecha de su desaparición— encaja más o menos con la fecha de ingreso, los datos sobre la edad, las fotos de este señor Emerson… por lo menos no se contradicen. ¿Pero quizás, después de todos los años que he invertido en esta pista, esto es algo que yo sola quiero creer? Del otro lado persisten aún mis dudas. Aun cuando tenga razón, aun cuando Emerson sea Eisenstein: ¿qué probabilidad hay de que este hombre sea efectivamente el Desollador de Williamsburg y cargue en su conciencia con la vida de dieciocho seres humanos? ¿Y de que yo sea la única entre todas las agencias de prosecución penal del mundo que lo sabe? Si no me equivoco, tenemos aquí a uno de los hombres más peligrosos del siglo, un asesino serial, un psicópata, que no figura en la lista de los más buscados sólo porque el FBI no tiene ningún nombre; ¿y luego se fue así tan fácilmente a Alemania del Este, sin que el Ministerio para la Seguridad del Estado haya descubierto nada de su pasado? ¿Luego vivió dos décadas en el Estado de los trabajadores y los campesinos sin que hayan descubierto su verdadera identidad? O bien se trata de un genio de las escondidas, de alguien que puede tomarles el pelo a los servicios secretos de varios países (¡pero precisamente a Sally Goldman no!), o yo simplemente me equivoco. Pero luego de nuevo: ¿por qué todo el teatro con la migración a la RDA, el nombre falso, la historia falsa? Si Eisenstein-Emerson realmente fuera sólo un comunista norteamericano sin tacha, ¿por qué entonces mentir? ¿Y no es muy llamativo lo escueto de su acta? Criminales que en los últimos treinta años se fueron al Este hubo bastantes, y entre los que tenían deudas y los que tenían antecedentes no hubo pocos que quisieran evitar una captura. Quizás hubo allí algún procedimiento semioficial. ¿Quizás en algunos casos hubo la intención de no mirar con tanto detalle?

Finalmente no me queda más tiempo para dudas. Es Nochevieja y yo me pongo en camino al Este. Desde hace semanas el transporte de cercanía no funciona de modo muy confiable. De repente faltan choferes, algunos regresan recién al cabo de un par de días, algunos no lo han hecho hasta el día de hoy. Desaparecen autobuses enteros. Ponen trenes cortos, sólo esporádicamente llegan a los distritos más alejados,

nadie confía más en los horarios. Mi tren de cercanía me deja en Ostkreuz, allí me encuentro en medio del frío entre cientos de personas de todas las edades, hombres, mujeres, niños, que vienen de los territorios del Este y ahora esperan con sus gruesos abrigos la conexión a Berlín Occidental. A partir de allí soy la única que toma el tren en la dirección opuesta. Al cabo de una hora llega a Köpenick, que es estación terminal, y yo me encuentro sola en un andén en medio del viento. Sigo camino hacia el Este a pie mientras sobre mi cabeza se van formando nubes de tormenta; paso por delante de monoblocs, luego por un barrio de mansiones, por el bosque hasta la orilla del lago Müggel. Cruzo el río Spree por un túnel peatonal y llego a Friedrichshagen. Allí, en una pequeña ciudad desierta en la que se percibe aún un pasado de colonos, rodeada al Norte por bosque y al Sur por el lago, encuentro, con vistas a la orilla, la Josef-Nawrocki-Strasse.

Es un pequeño apartamento en la planta baja de la casa de alquiler número 31, las ventanas tienen pesadas cortinas; delante, un jardín crecido. Forzar la puerta de la terraza no resulta ningún problema. Cuando estoy en el apartamento, de pronto me invade una sensación de absoluta certeza. Es el mismo jueguito que antaño en la Allen Street. No comprendo totalmente qué es lo que me hace sentir tan segura, pero los cuartos tienen la misma aura que los de Manhattan en 1980. Todo es provisorio. Todo es falso. Un apartamento coartada. Un par de muebles en madera contrachapada, un sofá que no fue usado nunca y el polvo de años sobre las superficies. La calma e impenetrable atmósfera de cuartos nunca ventilados. Sobre el armario tres libros a los que a primera vista se les nota que jamás fueron abiertos: la guía telefónica de Berlín, el segundo tomo de *El capital* y el primero de *Caminatas por la marca de Brandeburgo*. La línea telefónica está muerta. El agua que sale de las canillas es de color marrón rojizo.

Quien sea que haya vivido allí, sólo lo hizo por un par de meses. Esperó hasta que la investigación hubiera terminado, entretanto llevó una vida que no levantara sospechas, cumpliendo satisfactoriamente con su trabajo en el archivo y, apenas estuvo seguro de que habían perdido interés en él, se fue. Adonde sea.

Salgo al jardín, estoy parada sobre ladrillos rotos entre los que crecen las malezas. Un hombre sale de la entrada de un garaje, me mira y se saca el sombrero. Yo le hablo en alemán, pero él parece no entenderme. O no querer hacerlo.

—¿El señor Emerson? —le pregunto mientras él se aleja.

Él se vuelve. Cuando le muestro las fotos carnet, se asombra. Me

vuelve a mirar de arriba abajo, mira alrededor en la calle y cuando ve que estamos solos, pregunta:

—¿Norteamericana?

Yo asiento con la cabeza y él dice un par de frases que no entiendo. Ante mi gesto interrogante me señala más allá del lago, en dirección al sur, y dice sólo una palabra:

—Diablo.

Mi camino me lleva por senderos crecidos a orillas del lago Müggel. Entretanto las nubes de tormenta han pasado. El terreno es blando y arenoso. Hace frío. Me pregunto qué hago allí. ¿Adónde voy a ir con la extraña indicación del hombre, un dedo señalando y una palabra que casi ni entendí? Millas cuadradas alrededor sólo agua y bosque. Nada que haga pensar en la mano de la cultura, ninguna escollera ni ninguna otra vía transitable a la vista más que una enmarañada red fluvial que se extiende a lo largo de territorios forestales sin fin, no se divisa ningún humo saliendo de una cabaña, ningún rebaño pasta en las orillas, sólo un gavión de cabeza negra va planeando lentamente sobre el lago. Un paso más sin pensar hacia el Este y estoy en Siberia. Pero entonces me doy cuenta de que no hay otra alternativa. El sendero conduce a través del bosque y por suaves colinas y recién al cabo de una hora llego a una bifurcación. Un cartel gastado por las inclemencias del tiempo me indica de mala gana el camino hacia el Oeste de regreso a Köpenick. En el otro tablón que sigue el sendero más estrecho hacia el Sur descifro con esfuerzo las palabras *Lago del Diablo*.

Pondría una sonrisita si no hiciera tanto frío. De todos los lugares de un país en los que hubiera buscado a un asesino serial, el último hubiese sido uno con este nombre. Pero allí estoy ahora.

El camino se va haciendo más arduo, el terreno, más profundo, más barroso. Poco a poco se va abriendo un claro en el bosque y entre los troncos de los pinos diviso finalmente los contornos de una cabaña; junto a ella, la orilla de un pequeño lago redondo con carrizos que no lleva su nombre porque sí: la superficie del agua es oscura, negro pantano, y brilla como el ónix. Una ligera niebla flota sobre él. Allí no sopla viento, pero los juncos se doblan hacia un lado y hacia otro como en un murmullo, como si se susurraran algo entre ellos. Si no, todo está en calma. Huele a ciénaga y a hojas putrefactas.

Me escondo detrás de un tronco y saco el arma. La cabaña, una construcción de madera bajo la sombra de un imponente roble, con una pila de leña delante de la puerta, está habitada; de la salida de la estufa

sobre el tejado de ripia asciende recta hacia el cielo gris una pálida y amarillenta columna de humo. Las ventanas están tapadas, delante de una hay una bicicleta. Hay una caña de pescar apoyada contra una mesa de *camping*. Una pasarela lleva al interior del pequeño lago, al lado hay un pequeño cobertizo para herramientas. Bien al fondo un retrete. Si ya me vio, estoy perdida. Pero algo me dice que fui cuidadosa y que aún tengo el efecto sorpresa de mi lado. Me siento como un huésped inesperado en la noche de Navidad.

Me deslizo sigilosamente, tanto como la hojarasca de roble y las lisas agujas de abeto lo permiten, por el costado de la cabaña. Echo un vistazo a través de los vidrios que son mate pero adentro está todo oscuro. No hay ninguna salida trasera. Si él está ahí, cayó en la trampa. En el frente abro lentamente la puerta mosquitera, luego de golpe la puerta de madera que hay detrás y salto adentro empuñando la pistola. Quiero gritar algo, como estoy acostumbrada a hacer: *¡FBI, manos arriba!*, uno de sus nombres o simplemente “*¡Quieto ahí!*”. Es un único cuarto, con un lugar para cocinar sobre la estufa que da un poco de calor, una angosta cama debajo de la ventana, una mesa y una silla. Piso de tablones de madera, arriba una alfombra barata. En el rincón del fondo, una pileta de esmalte; al lado, una tabla revestida con linóleo como superficie de trabajo. Las paredes están cubiertas de estanterías llenas de libros. Estoy sola.

Lejos no puede estar. Estoy yendo hacia la puerta cuando sobre la mesa, donde en medio del desorden de platos y tazas sucios y una botella abierta de vino tinto hay muchos lápices, papeles y libros, me llama la atención un libro más antiguo, pesado, color rojo oscuro, de mayor formato que los otros. Guardo el arma en el estuche y me acerco. Luego lo tomo. En la cubierta de cuero con letras blancas dice: *EISENSTEIN*.

Voy a abrirlo cuando el cuarto se oscurece. Me vuelvo bruscamente y veo a alguien parado en la puerta. La luz penetra en la cabaña en forma oblicua por detrás de él, de modo que yo sólo llego a distinguir una silueta oscura. Allí está de pie un hombre, alto, ancho de hombros, sostiene algo con ambos brazos, y en lo que tardo en volver a sacar el arma, lo deja caer y salta del marco de la puerta. Yo salgo corriendo detrás de él, me tropiezo con un trozo de leña en el umbral y caigo afuera en el lodo. Veo cómo se sube de un salto a la bicicleta y presiona los pedales, las faldas del abrigo van flameando salvajemente a su espalda. Corro aún un par de cientos de metros, pero él es más rápido y finalmente desaparece en la oscuridad del bosque.

Sigo el sendero. Su bicicleta dejó un claro rastro sobre el terreno blando, pero poco antes de la bifurcación el camino está más firme, el suelo es más arenoso y entonces las huellas de las ruedas se pierden en la nada. Tengo que decidirme. Hacia el Oeste en dirección a Köpenick, de nuevo hacia Friedrichshagen, o dejar por el momento la persecución y regresar a la cabaña. En ese momento noto que en la mano derecha tengo el arma, pero en la izquierda sigo teniendo el libro. Por instinto no lo solté, ni siquiera cuando me tropecé con el trozo de leña, me volví a levantar y salí corriendo detrás de él. Vuelvo a leer las letras blancas sobre la cubierta roja, como un saludo o una advertencia: *EISENSTEIN*. Mientras dejo calmarse mi pulso, parada debajo del cartel gastado por las inclemencias del tiempo, abro el libro.

6

Después pienso que ese día perdí su rastro porque me quedé en el cruce y me puse a leer. Como si ese fuera su último recurso, su última charada para quitarse de encima a perseguidores que se acercaron demasiado, como un lagarto que pierde la cola cuando el cazador lo atrapó. Hasta que comienza a oscurecer camino por Friedrichshagen, busco su bicicleta, su figura, les pregunto a los pocos transeúntes. Paulatinamente la calma va invadiendo todo y está más desierto que antes. En las ventanas hay velas encendidas, oigo a gente cantar. En un momento soy la única persona afuera, delante de mí sólo el vapor que sale de mi boca. Regreso a la Josef-Nawrocki-Strasse, sin estar verdaderamente convencida. Tan tonto no puede ser. Hace frío, el aire helado entra por la puerta del balcón, la calefacción no funciona. Después de sacudir el polvo de almohadones y manta me acuesto en la angosta cama. No cierro un ojo. Es Nochebuena y yo duermo en la cama de un asesino serial; a la derecha junto a mi cabeza, su libro; a la izquierda, mi pistola.

Durante la noche comienza a nevar. A la mañana siguiente camino por Friedrichshagen antes del amanecer, pero no tiene sentido. Salvo por un traqueteante tranvía que va subiendo solitario por la Bölschestrasse, todo está desierto y en silencio. También en el bosque, camino de regreso al lago del Diablo, es en vano. La nieve cubrió todas las huellas. Vuelvo a la cabaña. Por el terreno delante de ella no pasó nadie desde que comenzó a nevar, la estufa está apagada, los leños están tirados en desorden en el umbral. Doy vuelta todo el lugar, pero no encuentro nada más incriminatorio que el libro que tengo en el bolsillo de mi chaqueta. Eisenstein llevó allí una vida solitaria, retirada, con libros, botellas de vino, café de malta y cantidades enormes de bolsas de sopa *soljanka*. Los libros de las estanterías son en su gran mayoría en alemán, algunos en ruso, y efectivamente fueron leídos, como se puede observar por su grado de desgaste. Clásicos de la

literatura mundial, diría: Goethe, Schiller, Lessing, Kleist, Fontane, traducciones de Shakespeare y Cervantes, Tolstói y Dostoievski en versiones originales. Ninguna referencia a Nueva York o en general a un pasado norteamericano. Un par de notas sobre la mesa, escritas con una letra ilegible. Un tocadiscos de la marca Ziphona, al lado, unos cuarenta discos. Grabaciones de Wagner, Richard Strauss, Mahler, etcétera; óperas, *lieder*, conciertos de piano. Las *Variaciones Goldberg*. Toda música clásica salvo por dos discos de Bob Dylan, uno de Leonard Cohen y el *Álbum Blanco* de los Beatles. En el armario, dos trajes, un par de camisas, un juego de sábanas. Las pertenencias de un hombre soltero. Supongo que Eisenstein ha ido todas las mañanas en bicicleta por el bosque a Friedrichshagen para cumplir con su trabajo en el Archivo de la Biblioteca Nacional y luego, por la tarde, volvía a desaparecer en la espesura. Por lo visto de este modo se puede llevar una larga vida sin ser descubierto.

Tal como lo esperaba, no regresa. Me quedo aún dos días en Friedrichshagen hasta que consigo contratar a un par de hombres para que vigilen la cabaña. Hago una copia del libro de la primera a la última página y envío todo por fax al FBI, luego saco un pasaje de avión a Tel Aviv. En el avión vuelvo a leer el libro de Eisenstein. Tanto como sé finalmente lo que siempre había sabido —que estoy sobre la pista correcta—, del mismo modo tengo en claro que para los intelectualoides de Nueva York estas páginas no sirven como indicio. Demasiado raro. *Mrs*. Goldman está loca de nuevo, dirán. Un tal *Herr* Ralph Emerson de Milwaukee, Wisconsin, vive desde 1969 en su cabaña del bosque cerca de Berlín y tiene en su poder un libro cuyo autor es un cierto Josef Eisenstein y en el cual en cierto modo se trata… ¿de qué se trata? ¿Qué prueba eso?

Ella hace una pausa y me mira.

—¿No quieres saber qué dice en el libro?

¿Por qué viniste a buscarme a mí, Sally Goldman?

Ahora lo sabes, Jonathan Rosen.

Sally se levanta de la mesa del desayuno. Yo la sigo con la mirada a través de la puerta de la veranda, la veo cómo va a su cuarto en sus cortísimos pantaloncitos, se recoge distraída el cabello castaño, despeinado, se balancea con cada paso, y yo la odio porque me pudo seducir tan fácilmente, y pronto también tendré que odiarla por lo que me hace. Regresa y deposita el libro delante de mí. Acaricio con la

yema de los dedos las letras blancas sobre la tapa de un rojo profundo, como él me enseñó a hacerlo. Fino y suave, con auténticas y completas cicatrices, más hecho para un guante, probablemente tafilete o napa. Una obra austera, sin adornos, discreta. Ninguna decoración, ningún ornamento; a excepción de las letras, ningún tipo de grabado en el cuero. En las letras de EISENSTEIN, llamativamente separadas entre sí, previamente troqueladas y cubiertas con oro a la hoja, distingo una Centaur, la tipografía que él tanto amaba. Una delgada y oscura costura remarca discretamente los bordes. Estimo unas doscientas páginas, que pesan sobre la mano, pero con un peso que se distribuye parejo. Lo doblo y sí ofrece resistencia. Me lo acerco al rostro y huelo tabaco y cuero, papel y tinta. Tengo la sensación de que el libro tuviera siglos y al mismo tiempo recién lo hubieran terminado. Lo abro.

Josef Eisenstein. Bajo la piel
De la vida de un criminal
Primera parte

Cuando miro con mayor detenimiento la carátula, quedo asombrado. Las letras, también Centaur, están escritas a mano, con tinta negra, pero tan derechas y parejas que a primera vista se engaña al lector y este cree que se trata de una impresión. Mi sorpresa es cada vez más grande cuando sigo hojeando y veo que todo el texto está escrito a mano. Pero los renglones tienen milimétricamente la misma longitud, son perfectamente rectos y sin inclinación visible al final. Los comienzos de los capítulos tienen iniciales ornamentadas artísticamente, al final hay anclas estilizadas a modo de elemento decorativo. Parece como una letra a mano medieval en una tipografía moderna, armónica, pareja, acabada. Incluso después de buscar y buscar no puedo distinguir ninguna irregularidad, no falta ningún punto de la i, ningún trazo que cruza la t es demasiado largo, no hay siquiera una mancha de tinta. Todo está hecho concienzudamente, impecable como una copia de la Torá. Le tiene que haber llevado años hacerlo con ese nivel de calidad. Sigo hojeando más adelante. Allí hay un par de páginas en blanco, como si faltara algo.

—Como si lo hubieran interrumpido al autor en medio de su trabajo.

Sally se ha vuelto a sentar a mi lado en el banco y sorbe su café ya frío. Yo empiezo a leer párrafos al azar. Hojeo hacia atrás y hacia adelante. Parece algo así como una novela, una historia de aventuras,

aparecen mujeres y libros y nazis; todo se desarrolla, por lo que puedo ver, en Weimar y Berlín en tiempos pasados hace mucho. Y en el medio una y otra vez de nuevo en Nueva York. Le tengo que dar la razón a Sally.

—Efectivamente esta historia no te va a servir de nada con el FBI.

Ella se arrima a mí, yo siento sus codos desnudos sobre mi brazo. Ella abre el libro por el final y me señala con el dedo una parte en la anteúltima página escrita.

—Esta historia quizás no —dice mientras yo vuelvo a mirar por segunda y por tercera vez—, pero tú sí.

Y leo mi nombre.

Este es el momento en el que me arrepiento de no haber usado un seudónimo y de no haber adoptado otro nombre en Israel. Naturalmente a Sally no le iba a resultar difícil encontrar aquí a un autor neoyorquino de cuarenta años de nombre Jonathan Rosen. Un par de días después incluso le estoy agradecido por ello. Porque ahora vuelvo a vivir una vez más la vida que siempre deseé. Paso mis días y noches escribiendo y leyendo. Estoy en Israel. A mi lado está sentada una bella mujer que espera leer mi visión de las cosas. Yo recién quiero hablar con ella a la noche, después de que hayamos tenido sexo. Pero por lo general después se queda dormida y yo le tarareo *Lay down Sally… rest you in my arms… don't you think you want someone to talk to?…*

Vuelvo a escribir por última vez, ahora es mi historia. Y al mismo tiempo leo la suya. El ir y venir entre una y otra me desconcierta, a menudo no sé en qué libro estoy, todo es confuso, en mi cabeza y en las páginas. Pero al fin y al cabo tengo que colaborar en el esclarecimiento de un crimen, así que hago todo lo que puedo.

Cuando leo, escucho su voz. Estoy convencido de que no tengo delante de mí sólo su letra, de que no sólo la impresión en espejo, la composición, el tipo de encuadernación, la apariencia externa del libro en su conjunto es su obra, pruebas de su arte que él siempre me ocultó, sino que Eisenstein mismo también escribió el texto. Toda la historia, en toda su autorreferencialidad, en todo su carácter novelesco, incluso en el peculiar hecho de que habla de sí mismo en tercera persona, suena tanto a él que veo su imagen ante mis ojos, lo veo sentado por las noches en la mesa de su cabaña del bosque bajo la luz de la lámpara de aceite escribiéndola.

Mi escritura empieza a competir cada vez más y más con lo que leo.

Me esfuerzo por emularlo, hago lo que siempre hice: me esfuerzo. Su historia es excelente, está escrita magistral e impecablemente; la mía, en cambio, en forma torpe y diletante; se va desbordando entre mis dedos, cobra formas que yo ya no domino. Mi impotencia descriptiva ha adquirido, quizás por la presencia de Sally, rasgos extraños. Al final sale algo; si es algo productivo, no lo puedo decir. Y sin embargo es cierto; al menos eso, por primera vez.

Sally va leyendo capítulo por capítulo. En el ínterin me da ánimos, me prepara café y me llama "Jonathan Harker".[29]

—¿Cómo va con el informe sobre su viaje a los Cárpatos, *Mr*. Harker? —pregunta con una sonrisa de suficiencia mientras sale a la veranda con la cafetera humeante. Yo pongo otra hoja en la máquina de escribir y quiero llamarla "mi Mina", pero luego pienso que ella es más bien mi Van Helsing,[30] así que callo y sigo tipeando.

Al cabo de un par de días se muestra decepcionada. Al principio pienso que puede estar celosa de las chicas cuyos nombres enumero en aquellas páginas. Pero luego me doy cuenta de que las anotaciones de Jonathan Harker confirman sus presunciones pero no le aportan nada que le permita avanzar. Su mente forense busca detalles que yo no le puedo ofrecer. ¡Como si Eisenstein me hubiera confiado entonces dónde se escondería en caso de que fuera buscado a nivel internacional!

Sally me insiste para que hurgue más hondo en mi memoria.

—Escriba también los aspectos más secundarios, *Mr*. Harker. Un comentario impensado, el título de un libro, el nombre de una persona. Una mirada de él, un pensamiento suyo. Hasta lo más mínimo puede ser de importancia. Quizás para usted no significa nada y sin embargo allí puede estar la clave.

Así pues, vuelvo a mirar mis viejas fotos por centésima vez, una y otra vez vuelvo a leer las notas que tomé en esa época. Luego le cuento a Sally la historia de mis diarios.

—Después de que Eisenstein desapareció, no tuve más noticias de Kathy Adler. Una vez más fue todavía a mi apartamento, una vez más tuvimos sexo. Y después se fue. Me desperté en mi cuarto y ella se había ido. Se había llevado mis cuadernos de notas. Supuse que buscaría allí respuestas, sobre mí y mis mentiras, sobre Eisenstein. Es extraño… de Kathy no me olvidé nunca, pero de mis cuadernos de notas sí. Recién cuando hace unos días recibí este paquete, tuve que volver a pensar en ellos. Y luego apareces tú.

—¿Cómo sabes que Kathy te los mandó?

—¿Quién iba a ser si no?

Hoy leo el final de la novela de Eisenstein. Valoro absolutamente su virtuosismo. Pero aunque esté magníficamente escrita… no sé qué me enoja más: si su alusión a que mi chica definitiva no era más que una puta pagada por él para que flirteara conmigo, para dejarse seducir por mí sólo para que él pudiera seducirme a mí y pudiera usarme para el fin que yo nunca cumplí. Gretchen: una prostituta. Mi primera vez: una mentira. Si el que por lo visto *Bajo la piel* no trabaje con los hechos con tanta exactitud. O el que la novela termine de ese modo: justamente sin terminar.

Así transcurre una semana. Escribir, leer, Sally, hasta que ambos estamos en el mismo punto. Durante el día callamos, por las noches nos acostamos. Nuestro sexo es como el de dos ahogados que se reviven uno al otro. Yo voy postergando el momento en el que tendremos que hablar sobre lo que leímos. Por las mañanas, cuando medito, me pesco espiando los ruidos que ella hace en la casa. Cuando se oye correr agua en algún sitio, me imagino que se está duchando. Diez minutos después me doy cuenta de que sólo fue la canilla de la cocina. Luego la oigo dar vueltas por el desván como si estuviera revisando mis cosas a la búsqueda de material incriminatorio. Comemos juntos, a veces cocino yo, a veces ella, y nadie dice una palabra salvo “por favor”, “gracias” y “*lejaim*”. Cuando estamos afuera, en el campo, debajo de los naranjos, en el jardín de rocas, somos como una vieja pareja que no tiene nada más que decirse y sin embargo se complementa en cada maniobra. Cuando vamos andando por las calles, noto que los *kibbuzim* aman a Sally. Y eso no sólo porque se llama Goldman. Admiran su fuerza y su habilidad, su bella sonrisa. La forma en la que juega con los niños. Lo abierta que es, la amistosa energía que irradia. La saludan con un gesto de la mano y esperan que ella se quede para siempre. Probablemente preferirían que yo desapareciera y de ahora en más Sally Goldman viviera en la casa 21. Otro motivo más para odiarla.

Más tarde llevo a Sally al gimnasio. Ella me enseña un par de técnicas de *krav magá*; incluso Moshe, nuestro instructor, queda impresionado, y a él no lo impresiona tan rápido nadie que no haya nacido en suelo israelí. Ella me permite ser su *sparring*, y en el momento en que me aplasta la nariz con la palma de la mano y me arroja al suelo (con el brazo derecho me rodea el cuello, con el izquierdo amortigua el golpe de mi nuca, exactamente como si me llevara a la cama), de repente me queda claro. ¡Ella también lo leyó! Estoy allí tendido con la

nariz sangrando y me doy cuenta: lo que Eisenstein escribió sobre mí, sobre Gretchen, sobre mi primera vez… todo eso Sally ya lo leyó también. Y está bien claro que ella piensa que lo que él escribe refleja los hechos. Quiere decir que ella cree que mi historia es falsa.

—Lo que escribe Eisenstein es puro embuste. Puro *shmonzes*.

—De un asesino siempre se puede esperar un estilo extravagante —dice—, pero eso no lo hace menos verdadero.

A la tardecita estamos sentados en la veranda sin prender la luz. Cada uno bebe su botella de cerveza Maccabee, miramos el cielo estrellado sobre Haifa y rompemos nuestro silencio.

—Es una novela, nada más. Lo conocí lo suficientemente bien a Eisenstein como para saber que ese era exactamente su truco. Inventar cosas que suenan verdaderas.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Eso debería preguntártelo yo a ti, Sally. ¿Por qué un asesino buscado internacionalmente iba a escaparse primero a la RDA y luego iba a escribir una historia de su vida contando hasta el más mínimo detalle, una historia en la que en el fondo confiesa que es el Desollador de Williamsburg? ¿Por qué se iba a ocultar veinte años en el bosque para luego servirle en bandeja al que lo encuentre su confesión?

—¿Tú crees entonces que Eisenstein no es el desollador? ¿Tu Eisenstein, el que casualmente una semana después de que se lo interrogara por la desaparición de Beatrice Ehrlich puso pies en polvorosa? Ni siquiera se fue a Canadá y alquiló allí una cabaña en el bosque, tampoco se fue a Alemania Occidental o a Israel, no, eso no era suficiente para él. ¡Se fue incluso detrás de la Cortina de Hierro, al único sitio donde podía estar seguro ante una persecución internacional! ¿Y esta persona tiene casualmente un libro sobre su mesa, que está bien claro que escribió él mismo y que trata de un hombre que desuella a jóvenes muchachas alemanas? Un poco demasiada casualidad, Jonathan.

—Pero es pura fantasía. ¡Es literatura, nada más, tienes que aceptarlo, Sally!

Efectivamente mientras leía una y otra vez me había sentido inclinado a creer eso. La historia me resultaba de algún modo conocida, como algo parecido a algo que ya había leído alguna vez en una novela. Y también lo que yo escribí en los últimos días me da esa misma sensación. El límite entre la vida y los libros se desdibuja, tanto en su caso como en el mío.

Sally no cede.

—¿Crees que una persona que hizo lo que hizo el desollador piensa en la misma escala que la gente común? ¿Nunca leíste *El lobo de mar*? Aquí no hablamos de un crimen pasional o de un acto impulsivo, sino de alevosía a sangre fría en dieciocho casos. ¡Dieciocho jóvenes mujeres de las que no sabemos por qué tuvieron que morir! No se trata de dinero, no se trata de venganza, ni siquiera de sexo. El que es capaz de secuestrar una y otra vez, de quitarles la vida una y otra vez a seres humanos, de mutilar una y otra vez a sus víctimas, casi maquinalmente y en forma bestial al mismo tiempo, está obsesionado con algún fin a la luz del cual todo lo demás le parece insignificante, incluso hasta la propia vida. Tipos como esos no conocen nada más. Y algunos de esos tipos son lo suficientemente megalómanos como para terminar llevándolo al extremo, por aburrimiento o hastío o delirios de grandeza. Mi teoría es que en 1969 Eisenstein logró escaparse a tiempo, pero después su vida en el socialismo real se convirtió en algo soso y, como ahí no pudo continuar con su oficio de matar, finalmente se le ocurrió escribir su historia para dejar algo para la posteridad. ¿De dónde iba a sacar si no esos profundos conocimientos en elaboración de cuero y encuadernación? ¿De dónde si no la descripción del apartamento de Ruth Bering? ¿La descripción del aspecto físico de Hannah Bering? Esa no es ninguna ficción, esos son los hechos, Jonathan.

—¿Alguna vez se encontró el cadáver de Hannah?

—No. Continúa registrada como desaparecida.

Sally bebe un trago de cerveza. Ha oscurecido a nuestro alrededor, pero aún hay un aire caliente y huele a hibiscos. Luego dice:

—¿Tienes algo para fumar? Me dieron ganas…

Pero yo sólo tengo un cigarro que compré hace meses en Tel Aviv, marca El Duque, de Buenos Aires. Lo traigo del escritorio y observo a Sally mientras lo prende.

Lanza tres nubecillas azules al aire y dice:

—El que siente placer al matar a mujeres jóvenes también halla placer al escribir una novela como esa. Y al revés. ¿Cómo se le ocurre a uno la idea de inventar una historia como esa con lujo de detalles si no comparte los goces de su protagonista? ¿Si uno no lo vivió en carne propia? De algún modo es un estudio psicológico del autor mismo. Pero lo que más le debe gustar es saber que otros también lo van a leer y se van a apartar horrorizados. Un tipo como ese quiere ser visto, eso es lo que lo mueve, lo que justifica toda su existencia: que el mundo lo

registre. En un punto te doy la razón, Jonathan. Ese tema de los libros con piel humana es un ardid, una mentira que nos cuenta como el mago que con un par de burdos movimientos de la mano nos distrae de lo realmente importante. Hay cuero de piel humana, investigué cuando encontramos los materiales en el taller. Y puede ser también que existan esos libros, pero son absolutas rarezas, hace siglos que ya no se hacen más. Y no obstante no hay ninguna duda: Emerson es Schwarzkopf y Schwarzkopf es Eisenstein y Eisenstein es el Desollador de Williamsburg. Evidentemente está jugando con nosotros. Juega contigo, Jonathan, como siempre lo hizo.

Extrañamente la historia con el cuero humano es lo que único que creí del libro de Eisenstein. No que él mismo se hubiera atrevido a convertir piel en cuero y a encuadernar libros con él, pero que en su biblioteca puede haber habido uno u otro ejemplar encuadernado con cuero humano no me parece nada imposible. Es probable que hubiera estado especialmente orgulloso de un libro así. Quizás en el verano de 1969 yo tuve alguna vez uno en las manos, ¿quién sabe?

Pero aun cuando Sally tenga razón y Emerson sea Eisenstein, eso no prueba nada. Yo supongo que él simplemente escribió una historia en la que unió aquellos sucesos, la sensación que generó el Desollador de Williamsburg en Nueva York con una historia increíble sobre libros valiosos y nazis malos, para convertirlo en una novela entretenida, nada más. Simplemente se preguntó lo que todos se preguntaron en aquel momento cuando se encontraron los cadáveres: ¿para qué quiere este hombre la piel de esas muchachas? Y después empezó a urdir una trama para una novela, lo que yo siempre quise escribir, sólo para mostrarme que él sí puede hacerlo y yo no. Pero no se lo digo a Sally. Que ella crea lo que quiera.

Hasta el día de mi partida logro mantener las cosas así. No pienso en que ella se dice lo mismo respecto a mí: Que él crea lo que quiera. Aunque él tenga razón y algunas descripciones históricas no se correspondan con los hechos, es evidente que la idea central sobre la que se basa la novela es una confesión, o mejor dicho, un testimonio jactancioso de la propia locura, la idea de un enfermo mental que se entrega a sí mismo.

Pero en el fondo da absolutamente igual lo que pensamos nosotros. Eisenstein permanece inhallable.

Es nuestra última noche y refrescó. Ella se puso arriba una sudadera,

pero sus delgadas y morenas piernas siguen desnudas como siempre. Hoy no nos quedaremos hasta tan tarde, decimos. Su avión a La Guardia sale mañana temprano a las seis. Bebemos cerveza en la veranda y para despedirnos terminamos de fumar el cigarro, como una especie de pipa de la paz. Yo no creo que ninguno de los dos tenga ganas de volver a ver al otro. Y no obstante las semanas con ella no fueron malas sólo para mí.

—¿Sí? ¿Te parece? —pregunta.

—También tuvo sus lados buenos —digo y alzo la copa en un brindis —. Mejoré mis habilidades de tiro, mi vida sexual despertó por última vez por un par de noches de invierno israelíes, y escribí doscientas páginas que no tiré enseguida a la basura.

Ella asiente con un gesto y bebe un trago de cerveza.

—Uno no lo diría —dice—, pero para mí tampoco fue todo un chasco. Es cierto que me gasté los últimos centavos en un par de malas copias de la Stasi, en una Makárov que no usé cuando fue el momento y en los pasajes de avión de Berlín a Tel Aviv y de regreso a los Estados Unidos. No sólo estoy quebrada, sino que aquí, contigo, perdí todo rastro de Eisenstein. Pero estuve una vez en la tierra de nuestros padres, y después también en un *kibutz*. Además leí un par de historias interesantes, la de él y la tuya. Y el sexo estuvo realmente muy bien. ¿Si valió la pena? Quién sabe…

Me mira con una sonrisa y da una pitada con fruición al cigarro. Yo siento la imperiosa necesidad de besar sus labios. Pero ella no deja el final del cigarro, lo sostiene firme en la boca y muerde los bordes. Yo no puedo esperar, me acerco hacia ella hasta que siento sus muslos contra los míos. Apoyo la mano izquierda sobre su hombro, con la derecha quiero quitarle el cigarro de la boca. Pero ella aparta mi brazo de allí, me agarra de la muñeca y comienza a girarla con una de sus técnicas de *krav magá* hasta que duele y yo me echo atrás. Luego se saca el cigarro de la boca, exhala un bello anillo de humo azulado hacia el cielo de la noche y ríe.

Me mira y me suelta. Yo la miro a los ojos. Ahora ella se acerca a mí, coloca mi mano sobre su pierna y con la otra mano me sostiene agarrado de la nuca como a un conejito.

Se inclina sobre mí hasta que nuestros labios están separados apenas por un dedo. Yo cierro los ojos y espero.

De pronto ella salta, mi mano cae de su muslo, ella empuja la mesa hacia delante de modo que casi la hace caer y sale corriendo y entra en

la casa. Yo permanezco sentado, apago la brasa del cigarro y limpio las manchas de cerveza que se volcó sobre la mesa. Al cabo de un minuto ella regresa sosteniendo en la mano unas hojas de un diario arrugado que extiende ante mí. Golpea con el índice marcando un punto como si fuera un antiguo mariscal de campo.

—¿Estuviste alguna vez en Argentina, Jonathan?

Todavía no.

LIBRO TRES. SEGUNDA PARTE

ARGENTINA, 1990

1

Si Sally tiene razón… Si Eisenstein fue el que ella cree que es… Si Eisenstein asesinó a chicas de padres alemanes… ¿entonces Kathy Adler, de Baltimore, Maryland, fue también una de sus víctimas? ¿Fue la última? ¿Esa fue su verdadera venganza por mi traición? ¿Fue *él* la causa por la que ella no volvió a comunicarse nunca más conmigo? ¿Pero entonces quién me envió el paquete con mis diarios?

Ahora puedes elegir si esta idea te llena más bien de horror o alivia tu pena.

—Ese no es el punto, Jonathan. Lo único que importa es si es verdad o no.

Resulta que aparentemente él no la tocó.

—Según mis informaciones —dice Sally—, ella terminó sus estudios en Columbia, luego comenzó a trabajar como profesora de inglés, se mudó a Boston y se casó. Murió en 1981.

Con qué ligereza lo dice.

—¿Sabías que Kathy había muerto y no me contaste nada?

—Quería esperar.

—¿Esperar qué, diablos?

—Hasta que estuvieras bien de nuevo.

—¡Estoy fantástico! ¡Nunca estuve mejor! ¿Pensaste que no podría soportarlo si me enteraba? Kathy Adler no es más que una chica con la que en otra vida fui feliz un par de semanas. Soy un hombre adulto, maldición.

Pero ella leyó mis recuerdos. ¿A quién le quiero fingir algo?

—Cierto, Jonathan, lo eres. Pero en lo que hace a tu constitución emocional me diste una impresión más bien frágil, y tengo que decir que tu reacción no demuestra necesariamente que estaba equivocada.

—¿Y entonces por qué me lo cuentas ahora?

—Porque ahora sí creo que tiene algo que ver con el caso.

Miro más allá de ella por la ventanilla. Estamos sobre las nubes, volando hacia el sol.

—¿Cómo murió? —pregunto.

—Cáncer de pulmón. Tenía treinta y dos años.

Ya estaba agradecido de que me hubiera mentido. Otra vez no era necesario. ¿Qué más me oculta? Estamos sentados uno al lado del otro en el avión a diez mil metros de altura sobre el Atlántico, camino de regreso al Nuevo Mundo. Vuelo 772 a Buenos Aires, con escalas en Madrid y Río de Janeiro. Ayer a la noche cancelamos el vuelo de Sally a Nueva York y sacamos dos pasajes a Argentina. Ahora que estoy poniendo mi propio dinero me asombra que ella me haya convencido tan rápido con su historia del diario. Puedo entender que en el FBI no estuvieran muy tristes de librarse de ella. Esta mujer tiene la capacidad de persuadir a un hombre con las argumentaciones más estrafalarias y de hacerlo dar pasos de los que este se arrepiente en ese mismo instante.

Quizás fue el efecto del beso que desde ayer a la noche en la veranda aún no se concretó y flota entre nosotros inasible. Según ella, yo soy la última tabla de salvación a la que se aferra, porque sólo yo podría reconocer a Eisenstein si lo tuviéramos delante. Con eso me puede. Jonathan, tú eres el último puente a la verdad y la justicia.

No fue más que un gran rectángulo de papel. No fue más que la doble página de un diario pero para Sally suficiente como para echar todos sus planes por la borda y viajar a la otra punta del mundo. Y arrastrarme a mí con ella. Nunca antes la había visto tan de buen humor, nunca tan diligente y exaltada como desde ayer, desde nuestra supuesta última noche. Ni siquiera ahora puedo convencerla de que cierre los ojos y duerma un par de horitas.

—¿Qué más puedes hacer ahora? —pregunto—. Descansa, lo que nos espera va a ser duro.

Ella cierra los ojos, expira fuertemente y se recuesta sobre el respaldo. Luego vuelve a incorporarse. Me agarra de la muñeca y me mira profundamente a los ojos como si tuviera que confesarme algo.

—Yo no creo que Eisenstein sea judío.

—¿Qué?

—Y creo que llegado el momento las investigaciones me darán la razón.

—Ahora sí que en serio estás loca, Sally. Dime, por favor, ¿por qué

no habría de ser judío?

—¿No entiendes, Jonathan? Con una mano nos da un pedazo de verdad para con la otra arrojarnos arena a la cara. Toda esa historia, los libros de cuero humano, esa cosa nazi… eso es sólo una justificación ante el mundo. Es la carta blanca para un asesino, su disculpa por haberles arrancado la piel a jóvenes muchachas. Por eso escribió *Bajo la piel* y por eso lo dejó en la cabaña: para que yo lo encuentre y le crea.

—¿Por qué sus víctimas fueron todas hijas de inmigrantes alemanes no judíos?

—Quizás simplemente eso era lo suyo, así como lo de John Wayne Gacy eran los muchachos adolescentes y lo de Jack el Destripador, las prostitutas. Para gente como ellos lo único que importa es eso por lo que matan. Su fetiche. Cuando van a la cárcel o la silla eléctrica a menudo lo único que lamentan es el hecho de que ya eso no lo podrán hacer más. Para ellos se trata de su firma. Para algunos es la forma en que asesinan, su *modus operandi*. Algunos sólo matan estrangulando, algunos con veneno, algunos primero mantienen cautivas a sus víctimas durante días, las torturan, las violan una y otra vez. Para otros es el lugar, una carretera que cruza por los bosques o cines; para otros es un mensaje que quieren dejarle a la opinión pública o algún tipo de fe, una cosmovisión. Y para algunos son justamente las mismas víctimas, su tipo de presa. A algunos les van los niños pequeños, algunos matan en orden alfabético según los nombres de sus víctimas. Algunos matan mujeres que les recuerdan a su madre, y algún otro precisamente a chicas bonitas con nombres que suenan alemanes. Y después arma toda una historia alrededor que les otorga a sus crímenes un sentido más elevado. Que sublima su delito. Si uno quiere, una racionalización de sus impulsos instintivos, *a posteriori* y para la historia. Como lo describe la novela suena a venganza. Pero yo creo que Eisenstein es un mero alemán absolutamente común y corriente. Quizás uno de esos que apoyaron pasivamente al nazismo. Quizás incluso él personalmente carga con alguna culpa de esa época, fue alguien que simplemente cumplió con su deber sin pensar en nada. Quizás sí es cierto el resto de la historia: un hombre que creció en Berlín-Charlottendorf como Josef Schwarzkopf, hijo de Ruth Schwarzkopf. Su padre cayó en la Primera Guerra Mundial. Y él sólo por un motivo nunca llamó la atención como judío en todo ese tiempo, ni en la escuela, ni ante las autoridades: ¡porque justamente no lo era! Todo inventado para absolverse a sí mismo mientras que su falsa identidad aria en realidad fue desde siempre la verdadera.

—No sabes de lo que hablas. No lo conociste. Si algo sé, es precisamente eso: que Eisenstein es tan judío como tú y como yo. Lo supe desde el primer día y con cada momento que pasé con él me quedó más claro.

—¿Nunca dudaste?

—¿Por qué iba a dudar?

Sally me coloca ante la disyuntiva. Mi versión o su versión del relato. O bien Eisenstein es judío e inocente, o es una bestia humana que se quiere presentar a sí misma como víctima y con ese fin durante décadas construyó en torno suyo un pueblo de Potemkin maldita y laboriosamente edificado. En ese caso estoy a un tris de mirar detrás de bambalinas y comprobar que nada de lo que he creído en mi vida tiene ya ningún valor. Gretchen nunca lo hizo conmigo por propia voluntad, y él nunca fue mi amigo.

¿Pero no existe una tercera posibilidad? ¿No puede ser mi amigo *y* judío *y* un asesino?

—Si fuera judío, ¿realmente crees que se vengaría de los nazis haciendo una carnicería con sus hijos veinte años más tarde? ¿Realmente lo crees, Jonathan?

Sí, ¿qué piensas tú, Jonathan?

Finalmente sí se le caen los párpados. Yo le acomodo la almohadita y le subo la manta hasta la barbilla, luego me pongo los auriculares, escucho a Eric Clapton y tengo un par de minutos para pensar.

¿Y Kathy Adler? Murió ya hace nueve años sin que yo me enterara. No me quedó nada de ella salvo mis propias palabras en cuadernos de notas que ella ni me robó ni me envió de vuelta en un arranque de amoroso sentimentalismo. Ninguna foto de ella tumbada desnuda boca abajo, con un libro delante, las piernas flexionadas y bamboleando los pies mientras la luz del sol cae sobre su cama y su trasero. De nosotros en la playa de Brighton, con una manta y una cesta debajo del brazo; de nosotros en la arena, tumbados leyendo, besándonos, durmiendo. Sólo pálidos recuerdos de su piel de lívido oro, del sabor de los *bagels* que hacía para mí, la primera mujer que lo hacía después de mi madre. Escuchar a Chet Baker en la radio. Mirar a los niños y las olas mientras jugaban. Los veleros ante nosotros, los aviones a motor arriba de nosotros. Y luego, cuando se ponía el sol, ir por la pasarela de madera a Astroland, comprar algodón de azúcar y sacar fotos y andar en patines del brazo de mi *baby* de Coney Island. Mi desconcierto respecto a

Eisenstein se mezcla con una especie de duelo, con la comprensión de que ya no podré volver a verla nunca más. Kathy Adler de Baltimore, Maryland. La Lenore que perdí.[31] Una especie de nostalgia que me desgarra el pecho, ese deseo que ya jamás podrá convertirse en realidad de verla sin falta una vez más, de oír su voz, de intercambiar una vez más una palabra con ella, quizás sobre un libro, sobre Edgar Allan Poe o *La letra escarlata.*

Y ahora, de golpe, sé que la amé.

Siento lágrimas en las comisuras de los ojos. Luego me volteo hacia Sally. Se durmió.

En Río de Janeiro Sally vuelve a llamar por teléfono a Nueva York. Aparentemente allí también la cosa se empezó a mover un poco. La "novela" de Eisenstein, como era de suponer, generó tan poco cambio en las opiniones como me sucedió a mí, algo que suena raro decir cuando exclusivamente por su causa uno está sentado a diez mil millas de casa en la sala de espera de un aeropuerto brasileño. Pero para uno de sus antiguos colegas el texto bastó como para prometerle a la exagente Goldman algo de apoyo logístico y forense. Van accediendo a sus pedidos, aun cuando lo van haciendo lentamente y con rodeos. Desde Berlín Sally envió al FBI fotos de la cabaña de Eisenstein junto con muestras de las tapas de los libros. Me hace sentir bien que esta vez ella me tenga que dar la razón.

—Tres muestras —dice cuando regresa a la sala de espera desde la cabina telefónica—. Tres libros estaban encuadernados con cuero de piel humana.

Me extiende un trozo de papel donde reconozco su letra: *Homero, Odisea. Pierre Menard, Don Quijote. Marqués de Sade, Justine.*

Me parece volver a sentirlo en los dedos. Suave, vivo, como un pequeño animal dormido. La miro a Sally. Ella leyó mi historia, ella lo sabe. Pienso en la noche en la que encontré a Eisenstein en la biblioteca, cuando estaba buscando la *Justine* y me dio una trompada que me dejó K.O. porque yo no se la quería dar. Si es el mismo ejemplar, el que respiraba, bajo cuya piel latía la sangre, si veinte años y todo un océano de por medio se trata del mismo… *Justine o los infortunios de la virtud…* ¿qué significa eso? ¿Fue ese el motivo de su extraña conducta? ¿De su ausencia de días? ¿Ya en ese entonces preparaba su huida?

En el mismo instante en el que ella me da la razón se fortalece en mí

también la sospecha de que la versión de la historia que ella defiende es cierta.

—Pero todos esos son ejemplares conocidos, curiosidades del arte librero. Figuran incluso en la Enciclopedia de la Bibliofilia, en la entrada sobre “Encuadernación antropodérmica”. Nada de eso es de él. Me alegraría si lo fuera. Hoy podríamos analizar todo. Se toma el ADN del libro y se lo compara con muestras de los cuerpos de las mujeres. Un rizo en un diario, una estampilla pegada con saliva… Hoy en día podríamos hacerlo también con los cueros de la calle 42, pero nadie me cree. Llevaría semanas, pero quizás, quizás tendríamos por fin certeza.

Esta no parece existir tampoco para mí. Durante un par de días pensé que, sin razón alguna, sin un saludo, Kathy Adler me había devuelto mis viejos diarios. Pero ahora hasta mi recuerdo de que después de nuestra última noche juntos en East Harlem ella se los llevó ya es caduco. Ahora me parece sólo uno más dentro de los miles de tontos pensamientos que por pereza y egocentrismo abrigué en los últimos años, sin cimiento alguno en la realidad. Sally ya había descubierto unos días antes la hoja de diario en el desván, pero no había pensado nada; recién lo hizo en el momento en el que estábamos en la veranda y yo quería besarla y ella a mí y entonces el cigarro argentino se lo recordó y me privó del beso.

Recién entonces comprendió ella lo que yo le hubiera podido decir si simplemente me hubiera preguntado: era el papel en el que estaban envueltos los cuadernos de notas que me habían enviado desde Estados Unidos. Pero yo tampoco me había fijado en eso y Sally también tiene la culpa. Si yo hubiera sabido que Kathy estaba muerta, me hubiese fijado más en el envoltorio. El sello del correo decía Ciudad de Nueva York, pero estaban envueltos en la sección deportiva del *Argentinisches Tageblatt,* la edición del 28 de diciembre de 1989. Su camino la había conducido con grandes rodeos hacia él.

Un poco demasiada casualidad, Jonathan.

Pero sí, qué bien que nos complementamos, Sally y yo.

Él me envió un mensaje que sólo yo podía haber comprendido, pero ella fue la única que efectivamente lo comprendió.

Él quiere que lo encontremos. Que *yo* lo encuentre. Quiere volver a verme. Está jugando conmigo.

2

Aquí sólo vivimos de noche. No sé cómo vamos a poder buscar nada en estas circunstancias, en este estado. De día las calles de Buenos Aires son insoportables de lo calurosas, es verano en enero y nosotros sufrimos el *jet lag*. Nos despertamos cuando oscurece, vamos a un bar que se llama Edelweiss y comemos algo. Nuestra cena es nuestro desayuno. Después caminamos bajo las acacias de la avenida Erich Kleiber, escuchamos tocar a un grupo de tango, miramos a los hombres y a las mujeres que bailan y no sabemos si seguimos soñando. Al segundo día Sally compra un arma en una oscura esquina de Palermo, recién entonces vamos a Belgrano y buscamos la sede central del *Argentinisches Tageblatt*. El redactor en la calle Ciudad de la Paz habla alemán. Trabaja para un diario que ha salido durante cien años, fundado por dos inmigrantes suizos y desde entonces muchas veces prohibido. Durante la guerra, dice, el *Tageblatt* fue el órgano de los exiliados alemanes, de los luchadores de la resistencia que habían huido y de la comunidad judío-alemana. Desde hace algún tiempo sólo sale semanalmente, pero con cuatro diferentes ediciones regionales, todo en alemán. Por lo visto en Argentina todavía vale la pena escribir para los alemanes. O vuelve a valer la pena una y otra vez. También en la imprenta hablan alemán. Un tipógrafo mira la hoja que llevamos y nos indica la sigla en el margen inferior. Nos dice lo que queremos escuchar: edición regional Córdoba.

De Buenos Aires tomamos un autobús interurbano. Un viaje de seis horas hacia el interior del país, hacia el noroeste, subiendo por el río Paraná, pasando por Rosario. Al principio Sally está excitada, pero cuando la noche cae sobre la pampa se duerme con la hoja del diario en la mano. Yo estoy tumbado despierto y miro más allá de ella por la ventanilla. Todo parece falso, como salido de un *western* barato. Las estrellas del Sur en el cielo, debajo inmensos rebaños de ganado vacuno en infinitas praderas sobre las que la luna proyecta su sulfurosa luz,

gauchos que desde sus monturas y con el cigarrillo prendido en la comisura de la boca nos miran pasar. Todo ese viaje es un chiste. En esa tierra de nadie al fin del mundo, abandonada de Dios, buscamos a un hombre que desde hace un cuarto de siglo ha rehuido con éxito toda persecución, y todo a causa y valiéndonos de un diario arrugado así como también de la poco fiable memoria de un exescritor.

Por primera vez pienso que no voy a saber qué hacer si tenemos razón. Cuando lo encontremos, cuando yo haya cumplido con mi deber y lo haya identificado, ¿finalmente lo voy a abrazar? No, Sally le va a disparar y lo va a matar cuando huya, y si él no lo logra, ella lo detendrá, lo entregará a las autoridades, lo extraditarán a los Estados Unidos donde tendrá un juicio justo que concluirá con la pena de muerte. Y yo habré colaborado para ello.

¿Será esa mi segunda traición hacia él? ¿Pero se puede traicionar a alguien que uno no conoce? Quizás al entregarlo a él me entregue a mí mismo también, como su compañero y cómplice… ¿quién me creerá que nunca supe nada de nada?

La miro a Sally y me pregunto si realmente me exigirá eso. Entregar a mi único amigo. El sueño hace que ella afloje el puño, el papel se desliza de su mano y cae en su regazo. Lo agarro, lo aliso y ahora que miro por milésima vez mi mirada cae sobre un pequeño título en la sección *Misceláneas*. Es una breve nota sin foto sobre una antigua colonia, la Colonia Almirante Graf Spee, a sólo un par de horas de Córdoba. Ahí está la sensación de certeza de la que habla siempre Sally.

En Córdoba, una ciudad bordeada de barrios bajos ubicada entre las sierras y la llanura, nos encontramos con el director regional del *Tageblatt*, un hombre que se para con las piernas bien abiertas y se apellida Blumenau. El señor Blumenau usa tiradores y lleva un pedazo de lápiz gastado detrás de la oreja, pero no nos puede ayudar.

—Esta edición —dice— puede haber sido comprada en cualquier sitio dentro de un radio de trescientos kilómetros, sólo aquí en la ciudad hay siete puntos de venta. ¡Escribimos para toda la provincia!

Nos hace una copia de una lista con los puntos de venta en los alrededores; tabaquerías, librerías, estaciones de tren y de autobuses; unas cincuenta direcciones. Sally me mira desconcertada, pero yo estoy seguro y señalo un nombre: Tabaquería Avenida Comandante Langsdorff, Colonia Almirante Graf Spee.

—¿Dónde queda esta ciudad? —le pregunto a Blumenau en alemán.

—Oh, ese tiene que ser un error, por lo visto la lista no está

actualizada. La Colonia Almirante Graf Spee hace mucho tiempo que no existe más.

—Pero aquí figura una dirección —insisto.

—Como le digo: la lista no está actualizada. La Colonia fue alguna vez un balneario a orillas de la Laguna de Mar Chiquita, fundada en el siglo XIX por un puñado de locos suabos que querían vivir su pietismo aquí. La colonia entró en decadencia en los años veinte y prácticamente cayó en el olvido. Más tarde vinieron unos nazis y volvieron a reconstruir todo. Después de la guerra el sitio se convirtió en un popular destino de excursiones, con grandes hoteles y restaurantes caros, paseos a la orilla de la laguna y un parque de diversiones. Pero hace un par de años desbordó la laguna y las calles quedaron bajo la inundación. Ahora ya no vive nadie, y yo dudo de que ahí se consiga nuestro diario.

Ríe, pero yo le hago un gesto de asentimiento con la cabeza a Sally. Afuera le cuento mi corazonada, porque más que eso no es. Una hora más tarde estamos sentados en un autobús rumbo al Noreste. Aparentemente el señor Blumenau tiene razón, porque ya no hay más parada en la Colonia Almirante Graf Spee. Al cabo de dos horas de viaje por rutas de ripio el autobús para en un cruce en medio de la nada. Estirando el brazo el conductor nos señala por dónde seguir, un camino provincial que va cruzando todo recto por el medio de la pampa; luego cierra las puertas y parte. Nosotros continuamos a pie.

Los dos sabemos que fue la decisión equivocada. El sol está alto en un cielo sin nubes, la estepa es árida y gris, no hay más sombra que la de un par de tristes caballos que en medio del camino comen matas espinosas que han crecido cubriendo el asfalto. Un aire salado nos pellizca la nariz como si estuviéramos en el fondo de un mar prehistórico que se secó hace mucho tiempo. Un perro salvaje se nos cruza por el camino, nos mira y luego sigue andando imperturbable por el medio de la nada. Cuando al cabo de una hora y media de marcha divisamos las casas de la colonia, estamos a punto de dar la vuelta.

No tenemos agua, y si realmente el lugar está tan abandonado como dicen, y ahora que podemos ver las derruidas fachadas así lo parece, estamos perdidos. Pero regresar es igual de inútil. Hasta que pase por el cruce el próximo autobús ya estaremos al borde de la ruta, tomados de la mano, sí, pero muertos, deshidratados. Así que enfrentamos nuestro destino y entramos en el pueblo.

Por las sucias calles no circula ningún auto ni autobús, nadie anda a caballo ni en bicicleta, todo está inmerso en un tórrido silencio. Pero

aquí y allá se desprende una sombra de la línea de muros de las casas, cruza la calle, nos hace un gesto de asentimiento con la cabeza y prosigue su camino. Pasa alguien con una caña de pescar, luego una mujer de vestido blanco, un vestido de boda sin lavar parece, y efectivamente en la mano lleva un velo y una corona de flores marchita. Ella también nos registra sólo brevemente. Un hombre más joven está sentado con una ira reprimida en el umbral de una tienda de sombreros tapiada y juega a las cartas solo. Cada uno parece seguir su propio camino, da la impresión de que esto fuera así desde hace décadas, siglos. En las veredas hay palmeras a las que habría que podar alguna vez. En los edificios aquí y allá hay tiendas con las puertas abiertas, y a veces vemos entrar a alguien y luego volver a salir, con una canasta en la mano o una bolsa de plástico vacía. Bien al fondo se alza la ruina del edificio de una fábrica sin techo y de la que no quedan más que los muros.

Hablamos con los lugareños y les preguntamos por la Avenida Comandante Langsdorff; dos veces en español, una vez en inglés, pero tres veces en vano. Simplemente nos miran desconcertados y sacuden la cabeza. El cuarto hombre, un viejo de pantalón de corderoy deformado, rostro moreno y surcado por las arrugas y una barba blanca detrás de la cual se entrevén unos últimos dientes oscuros, masculla algunas frases que yo finalmente reconozco como alemán.

Vamos juntos por las derruidas calles. En una gran plaza hay una base de cemento, pero la estatua falta. A su sombra duerme un perro. Vemos las estructuras del parque de diversiones, la derrumbada pista de una montaña rusa, la mitad de una rueda gigante, un carrusel sin caballos. Al cabo de diez minutos llegamos a la tabaquería que lleva el nombre Comandante Langsdorff. Un localcito escondido debajo de arcadas donde antes se podían comprar pipas y cigarros. Ahora las vidrieras están vacías. En el mostrador el viejo se arma un cigarrillo y durante algunos minutos conversa en alemán sobre resultados de partidos de fútbol con el dueño que mastica tabaco, como si nos hubiera olvidado. Yo los interrumpo y le pregunto al dueño por el *Tageblatt*, entonces el viejo alza de nuevo la mirada hacia nosotros, se acuerda y ríe.

—Joven, el *Tageblatt* sale sólo una vez por semana. ¿No lo sabe?

El dueño, un hombre regordete de camiseta blanca, el ralo cabello peinado con severa raya al costado, tiene un tono de voz agudo y penetrante y habla un alemán que yo hacía tiempo que no oía.

—¿Pero se puede comprar aquí?

Asiente y saca un ejemplar de debajo del mostrador. Yo pago.

—Buscamos a un hombre.

Sally pone la foto de Eisenstein sobre el mostrador, los hombres la miran brevemente y se encogen de hombros.

—Aquí no vive nadie más —dice entonces el viejo, por lo menos es lo que creo entender—. La ciudad está totalmente muerta.

Y enseña entonces una risita desdentada.

Más tarde Sally y yo entramos a un bar cerca de la playa. Somos los únicos clientes. Hace calor, en la radio se oye una marcha, el ruido del ventilador tapa la música, por los vidrios opacos apenas si entra luz. La camarera, una sexagenaria de largos cabellos grises y rasgos curtidos por las inclemencias del tiempo, como si hubiera transcurrido su pasado al aire libre en la laguna en un barco de pescadores, nos trae cerveza y un bol con maníes. Sobre el hombro lleva colgado un trapo polvoriento con el que se la pasa limpiando todas las superficies, también nuestra mesa cuando ya están los vasos.

Ni bien le hablo sobre el viejo loco, ella asiente.

—Pero el señor Schäfer tiene razón —dice—. Aquí todo está muerto. Si hubiera visto lo que era esto antes de la inundación, entendería.

Sobre el bar hay un cuadro, ella lo descuelga cuidadosamente y le pasa el trapo antes de alcanzárnoslo.

—Esta era la Colonia Almirante Graf Spee en sus mejores épocas. Ven aquí: el paseo, la gente que venía de excursión con sus sombrillas, todos vestidos de blanco, el parque de diversiones, ahí se podían comprar copos de azúcar, para nosotras, las niñas, eso era lo máximo; después, cuando crecimos, nos podíamos encontrar con los muchachos detrás del tren fantasma y fumar, usted sabe. Miren aquí, los bonitos carruajes a caballo, las calles estaban adornadas con faroles de papel y flores de hibisco, las palmeras eran altas y magníficas. Aquí se ve aún la antigua torre de la iglesia, y bien al fondo, ¿ven?: el Gran Hotel Viena. La joya del pueblo, un palacio. Esas sí que eran épocas.

—Siempre antes todo fue mejor —bromeo.

—La fotografía es de 1950. ¿Se puede imaginar? Cuarenta años después vivimos peor y somos más pobres. Todo está en decadencia. ¿Y quién tiene la culpa?

—¿Los judíos? —pregunto.

—¿Los judíos? Tonterías. ¡La extinción de los bosques! ¡La lluvia ácida!

—¿Aquí en Argentina?

—Aquí naturalmente no, pero en Alemania. ¿Usted cree que lo que pasa en Alemania no influye en el clima global? ¿Usted cree que una laguna se desborda así simplemente y se lleva todo lo que teníamos? ¿Así porque sí?

—Probablemente debe haber una buena explicación —digo.

—Sí, claro. Y la explicación es: ¡extinción de los bosques! Los argentinos tienen incluso una palabra para decirlo: “el desmonte”. ¡Ve, usted!

—Pero hace tiempo, en los años veinte, ya hubo también una decadencia. Y eso no fue por “el desmonte”.

—No me venga ahora de nuevo con los judíos.

—Dios me libre.

Yo tomo un sorbo de mi cerveza. Es desabrida y huele a pescado.

—Mi abuelo vino aquí de Bremerhaven en 1880. Él era de Todnau, en la Selva Negra. A menudo me contaba sobre esas épocas, sobre la primera y la segunda generación de inmigrantes. No pudieron acostumbrarse al clima, los veranos calurosos, el suelo duro y los mosquitos. Es que eran suabos, decía siempre mi abuelo, qué se podía esperar; bueno, él mismo era de Baden. En aquel entonces la colonia todavía se llamaba Nueva Suabia. En algún momento se quedaron sin hombres jóvenes, emigraron o se fueron muriendo; durante años prácticamente sólo hubo mujeres en Nueva Suabia. Recién cuando la tripulación del Almirante Graf Spee tomó las riendas, las cosas volvieron a mejorar.

—¿Un barco alemán? ¿En medio de la pampa?

Ella regresa detrás de la barra, vuelve a colgar el cuadro de la ciudad y toma otro que está al lado. Le saca el polvo y entonces se ve un enorme barco de guerra con torretas, radares, tubos lanzatorpedos y un águila de bronce sobre una corona de hojas de roble con esvástica en la cubierta de proa.

—El Almirante Graf Spee era un acorazado de la marina de guerra alemana. En 1939 hundió en el Atlántico Sur nueve barcos mercantes británicos, sin una sola víctima fatal. Pero resultó tan gravemente dañado en la batalla del Río de la Plata que tuvo que recalar en el puerto de Montevideo. Los cruceros británicos vigilaban la desembocadura del río, de modo que cada vez se les fue haciendo más difícil volver a hacerse a la mar. El Capitán Langsdorff decidió echar a pique el Graf Spee en la rada del puerto. Allí está hasta el día de hoy.

La tripulación, ochenta y un hombres, fue internada en Buenos

Aires, pero luego liberada cuando el Capitán Langsdorff, tendido sobre la bandera de guerra del buque, se suicidó de un disparo. Los hombres se dirigieron hacia el interior del país y en la primavera de 1940 pusieron rumbo a la colonia. Renovaron las casas, arreglaron las calles, se casaron con las muchachas y se instalaron aquí. Era un paraíso. Las calles tenían nombres como Camino de las Lavandas, Goethe o Unter den Linden, y en el centro de la plaza, donde ahora no queda más que la base, el Viejo Fritz saludaba desde su caballo.

—Esas sí que eran épocas —digo, y termino de beber mi cerveza.

Después ella mira la foto de Eisenstein, se encoge de hombros y le pasa el trapo a la mesa.

Caminamos por el paseo de la costa, el que está separado de la calle por un muro bajo de piedra. Al igual que todo el pueblo, está lleno de restos del pasado, hojas de diario pudriéndose, piezas de chatarra, carretas, marcos de bicicleta oxidados, una turbina de barco. La playa que hubo aquí alguna vez no existe más, lo único que queda es una larga franja de barro marrón salpicada de manchas de espuma blanca en la que sobresale un desembarcadero de madera gastado por el tiempo y sin esperanza alguna de volver a tocar jamás el agua. Más allá, gris y como tras un velo, comienza la laguna. Bien al oeste, sobre el horizonte, distinguimos la imagen que vimos en el bar: la silueta del Gran Hotel Viena.

3

Ana no habla alemán. La mujer que está en la orilla de la laguna de Mar Chiquita es la primera persona que encontramos en Argentina que sólo habla con nosotros español e inglés. Está parada debajo de una palmera mirando hacia el agua y pinta. Delante de ella, un lienzo de gran formato apoyado sobre un caballete; en una mano tiene pincel y paleta; en la otra, un cigarrillo, en una mesita plegable al lado hay tubos de óleos, y en el suelo, una botella de ginebra.

Sally le muestra la foto de Eisenstein, pero también aquí la misma reacción. Ella se encoge de hombros.

Nos ofrece un trago de la botella. Nosotros nos sentamos en un tronco a la sombra y la miramos pintar. Desde allí se ven los contornos de la colonia recortándose por encima del paseo, los mástiles de banderas, la desmoronada torre de la iglesia, los restos de la rueda gigante. Estamos en las afueras del poblado, a media hora de caminata, en un sendero de la orilla entre carrizos y flamencos parados en una pata. Aquí está un poco más agradable, sopla un suave viento del Norte, a unos pasos hacia el Oeste un angosto río desemboca en la laguna, y la cercanía del agua refresca un poco el aire. Yo contemplo el lienzo, contemplo la laguna, pero no puedo hallar ninguna semejanza.

Es inútil. Quizás Eisenstein cambió tanto su aspecto que nadie lo reconoce en las fotocopias. Quizás también todos mienten, o son ciegos u olvidadizos como el viejo señor Schäfer; este menjunje endogámico de suabas pietistas y soldados nazis.

O efectivamente él jamás estuvo aquí.

Yo calculo que Ana tiene unos cincuenta años. Lleva un sombrero de paja de ala ancha y gafas de sol, de modo que no veo sus ojos. Pero la veo bella. Su cabello es oscuro y cuidado, su rostro, proporcionado, se mueve lentamente y no se la ve tan loca como a los suabos nazis. Y sin embargo hay algo en ella que me inquieta. Cada tanto bebe un trago de la botella y nos la extiende, nosotros le decimos que no, pero a la

tercera vez Sally acepta y entonces bebemos los tres y así dejamos ir ese tórrido día de enero emborrachándonos entre plantas de ajo salvaje hasta que el sol se inclina sobre el horizonte. Mientras Ana mezcla los colores y va haciendo oscilar el pincel habla con nosotros en un articulado inglés de Oxford que no se vuelve más confuso cuando la botella está vacía.

—¿Saben cómo llaman los indígenas a la laguna en su lengua? "El mar de la ausencia." Bonito nombre, ¿no?

Le preguntamos a Ana si conoce al señor Schäfer, o al dueño de la tabaquería o a la camarera del bar. Pero ella se queda mirando la laguna.

—Aquí no vive nadie más —dice luego—. Esta ciudad está muerta, ya desde hace años.

Sally y yo nos miramos.

—¿Entonces usted no vive en la colonia, señora Ana?

—Eso fue hace mucho. Mi vida entonces era como la de todos, con bailes alrededor del Árbol de Mayo y las fiestas populares con competencia de tiro y fuegos artificiales para la fiesta del solsticio de verano. Esta ciudad era el orgullo de toda la provincia, qué digo, de toda Argentina. El que se lo podía permitir, venía a pasar el verano aquí, por el buen clima y el agua salada. La laguna antes tenía un porcentaje más alto de sal que el Mar Muerto. Y la ciudad era magnífica y bella. ¿Pasaron por el cine? El Miramar, también era un lujo. Ahí veíamos películas los domingos, *Era una noche embriagadora* con Zarah Leander y Marika Rökk, o *La caja de Pandora* y cosas por el estilo. Y después de la función uno iba al paseo con una copa de champaña o de la mano de un joven caballero y contemplaba las aguas. Pero después vino la inundación y se llevó todo, nuestras casas, nuestros amigos, nuestra vida. Durante mucho tiempo yo fui la única sobreviviente, pensé que algún día volverían, pero no vino nadie, y después un día yo no aguanté más tampoco y me fui. No podía soportar esos recuerdos de los viejos tiempos que me traían las ruinas.

—¿Adónde se fue?

—A Buenos Aires. Allí viví algunos años en el Once, el barrio judío. Allí me convertí en pintora y aprendí que en la vida también hay otras cosas aparte de bailar alrededor del Árbol de Mayo y el domingo, Marika Rökk. El Talmud. Los hombres. El arte. En ese orden.

—Y sin embargo hoy está aquí de nuevo.

—Vivo muy cerca. En un momento ya no aguanté más entre todos

los judíos. Muchos de ellos nacieron aquí o vinieron antes de 1938, vía Paraguay o México. Ellos no tienen idea de lo que hablan, pero eso no les impide contarte lo terrible que fue todo. Mi madre se escapó a la Argentina a fines de 1940 conmigo en brazos, yo no tenía ni tres meses, directamente desde la Polonia ocupada, directamente del infierno y por intrincados caminos. Y finalmente no pude soportar ver debilitarse así los recuerdos de los viejos tiempos. Si no vengo a visitar estos viejos lugares, los lugares de la destrucción y del terror, el color se me seca más rápido de lo que quisiera. El poder ver la colonia desde mi ventana es para mí un constante recordatorio, cada mañana y cada atardecer.

Mientras habla, en su lienzo los colores comienzan lentamente a cobrar forma. Pinta abstracto, pero partiendo de elementos concretos de la naturaleza; me recuerda las pinturas de Paul Klee que vi el año pasado en Jerusalén. Me parece reconocer la superficie del agua, estilizada, un trapecio marmóreo, la línea de la bahía, por encima de ella, ramas muertas, mástiles de banderas, un pálido sol (¿o la luna?) sobre un negro cielo de resplandeciente terciopelo, quizás un flamenco con las alas abiertas, ¿quizás un ángel? Y bien a la izquierda, oculto detrás del carrizo, la mole gris y rectangular del Gran Hotel Viena.

—Tendrían que haber visto cómo era antes —dice como si hubiera adivinado mi mirada y mis pensamientos—. El hotel fue siempre lo más importante de la ciudad, aunque está a unos kilómetros afuera. Mi madre decía que lo habían construido los tripulantes del Graf Spee entre el 40 y el 41, en el año en que llegó conmigo aquí. Nosotras incluso vivimos unos años ahí, mamá y yo, debe haber sido hasta el 45. Como la colonia no disponía de viviendas suficientes, el Viena se utilizó para alojar a los refugiados de Alemania. Mis primeros recuerdos de la infancia son de nuestros dos cuartos en el último piso. Todavía recuerdo la vista desde la ventana, se podía ver hasta bien adentro de la laguna, hasta la orilla Norte y hasta Paraguay. Me acuerdo de los pomos dorados y de los números dorados en la puerta de la habitación. Seiscientos catorce, fácil de recordar: el año en el que los persas ocuparon Jerusalén. Recuerdo los largos pasillos, los salones comedores, el gran hall. A partir de las diez de la mañana las mujeres bajaban a la cocina del hotel y preparaban los platos de los países de donde habían venido, y alrededor del mediodía llevaban la comida arriba a los pasillos y a las habitaciones y comía todo el que quería. También después, cuando mamá y yo ya vivíamos en la Försterstrasse, yo seguía yendo a menudo. Siempre estaba todo lleno, lleno de vida y de aromas y de palabras, lleno de judíos que hablaban alemán o ídish y que

jugaban al *backgammon* en las escaleras. Y en el hall, con sus gigantescas arañas de cristal, toda Europa volvía a estar reunida en todo su esplendor y bebía té. En un momento se dividió el hotel en tres clases: en la planta baja, la tercera clase, luego arriba, la segunda, y el piso superior, donde habíamos vivido nosotras, era para los ricos y bellos. Sólo ellos tenían vista a la laguna, los otros tenían que conformarse con las palmeras. Pero directamente después de la guerra no había clases, todo se mezclaba salvajemente, como si hubieran tirado todo junto. Después, yo tendría unos diez años, se empezó a decir que en el Viena había escondidos unos jerarcas nazis. En la ciudad todos lo sabían pero nadie decía nombres. Los niños no teníamos que ir; allí había hombres que jugaban con víboras, nos decían. Así pasaron algunos años, después se libraron de ellos. Mejor dicho, con el fusil en alto los hicieron marchar al agua. Los hombres y las mujeres jóvenes salieron del pueblo, se metieron en el hotel, sacaron a los viejos de sus camas, los arrastraron escaleras abajo y después afuera por el paseo a lo largo de la playa, y los hicieron entrar al agua, cada vez más y más profundo, hasta que ninguno se podía mantener ya en pie, y después simplemente esperaron hasta que todo terminó. De niña, cuando jugaba en la playa, yo siempre miraba a ver si encontraba esqueletos o uniformes nazis. Una vez mis amigas y yo encontramos en el carrizo un parche para el ojo, nos lo fuimos poniendo una tras otra y fuimos andando así al pueblo, cómo nos divertimos. Cuando los nazis ya no estaban, vinieron los turistas. Y después, hace diez años, la inundación: la laguna se desbordó, destruyó las calles, reblandeció los cimientos. El agua le llegaba a uno hasta las caderas. Todo se vino abajo, la gente emigró. Pero pronto van a volver a venir algunos, así parece ahora. La historia se repite del modo más extraño. —Y entonces sí habla alemán, sólo esta frase—: Nunca habrá en el mundo suficientes lugares escondidos para refugiados alemanes, ¿no?

Bebe un último trago de la botella, contempla su pintura y dice, ahora de nuevo en español:

—Mientras tanto vivimos allí sólo un par de flamencos y yo.

Y hace como si no hubiera pasado nada. Al despedirme le digo que su cuadro me recuerda a Paul Klee. Ella sonríe satisfecha.

—Yo ahora sólo pinto así. Mi madre me contó sobre él, ella lo conoció a Klee, en 1940 en Suiza, poco antes de su muerte. Ella estaba embarazada de mí.

Por su padre no le pregunto.

4

En pocas horas el sol habrá desaparecido y entonces para Ana no habrá nada más que pintar y para nosotros nada más que buscar. La dejamos donde está y nos apresuramos. El camino al Viena es dificultoso. Si Ana lo recorre efectivamente todos los días, cargando caballete y lienzo, debe tener más fuerza de lo que parece. Llegan los mosquitos. El terreno se hace más profundo, apenas si se divisa ya la línea de agua. Siento el alcohol pesado en la sangre. Desde la mañana no comimos ni bebimos nada más que cerveza y aguardiente. El trillado sendero se pierde en el bosque bajo y por aquí y por allá está crecido, cubierto por matas de hisopo y espesos arbustos de acacia. Un par de flamencos nos indican el camino. Nuestros arcángeles.

Ante nosotros se extiende la mole gris del hotel. Un edificio alargado, rodeado de terreno, con arcos decorativos en los muros y amplios balcones, imponentes columnas y altas ventanas como con gabletes que dan cuenta de la pompa de épocas pasadas, lo cual intensifica la sensación de tristeza. Ahora parece más bien un búnker externo, como lo que ha sobrevivido de una fortaleza de frontera de alguna guerra ocurrida hace mucho tiempo. Mientras el sol se pone a sus espaldas proyecta largas sombras sobre la laguna. Antaño debe haber habido aquí elegantes paseos, árboles floridos en medio de espaciosas plazas, ornadas farolas que iluminaban haciendo resplandecer la fachada. Ahora sólo quedan un par de troncos secos que pálidos y enjutos se alzan al cielo como los dedos de un muerto. Más bien da la impresión de que hubiera habido allí un incendio que arrasó con todo para dejar un bosque petrificado lleno de escoria y ceniza y negros huesos. Nos aproximamos al edificio andando por sobre el cemento quebradizo de la explanada; en la nariz, un olor a azufre y romero. Las ventanas de la planta baja están tapiadas con tablones, en los pisos superiores, los vidrios están rotos o directamente no hay. Me hace pensar en el desdentado señor Schäfer.

Delante de la entrada principal, un amplio portal al que conduce una escalera de piedra, hay charcos profundos como si el mar de la ausencia recién se hubiera retirado poco antes de nuestra llegada. Entramos al hotel y nos encontramos en lo que alguna vez debe haber sido el lobby. Nos recibe el olor a viejo de la madera enmohecida. Las arañas de cristal de las que nos habló Ana no están más; de los cielorrasos cuelgan largas telas de araña y de las paredes, jirones del empapelado que con el aire húmedo se ha despegado. Debajo se ven los ladrillos desnudos. Reina un silencio total. Bajo nuestros pies cruje la arena. Cuando vamos andando por el hall en dirección al salón comedor, Sally saca su arma.

Después de revisar las salas de abajo, las cocinas, el sector de oficinas y los cuartos de la caldera y de ver en la sala de música el piano sin cuerdas, en la biblioteca las estanterías sin un solo libro, subimos las escaleras. Sally me hace un gesto con la mano para que yo vaya por la otra escalera mientras ella sube por esta, pero yo no quiero y hago como si no entendiera. En el primer piso voy andando detrás de ella. Me pregunto de qué tengo miedo. Si él realmente está allí, si realmente lo vuelvo a ver después de todos esos años y él a mí, seguramente no va a matar a su viejo amigo. Y tampoco voy a dejar que me deje K.O. otra vez; no un septuagenario. Pero quizás le podría hacer algo a Sally y entonces me vería obligado a salir en su defensa. Y en ese caso no sé qué podría suceder.

Echamos un vistazo en cada habitación. En este piso hay sobre todo habitaciones dobles con baño colindante. Las puertas están abiertas de par en par con las llaves puestas, algunas cuelgan salidas de los goznes, otras directamente faltan. Las camas siguen allí, pero los colchones han desaparecido. En los baños las cortinas están desgarradas y tienen manchas de moho, por aquí y por allá gotea una canilla en una herrumbrosa pileta. Habitación por habitación vamos conquistando el búnker. Paso los dedos por las paredes revestidas de madera y me parece sentir los años que tienen. En los corredores cuelgan marcos de cuadros, algunos vacíos, otros con los vidrios rotos; en algunos hay fotos retrato en sepia de hombres de barba y cuello duro, de damas con sombreros de matronas y velos, retratos de familia con seis hijos, los mayores con saco y chaleco, los menores con traje de marinero, las niñas con vestidos blancos con moños. De repente tengo el griterío de los niños en los oídos, nenas jugando, varoncitos saltando y brincando alegremente. Oigo a los hombres, oigo a las mujeres. Oigo su alemán, como un grave cuchicheo, oigo su ídish, cimbreante y suave, luego italiano, un parloteo excitado, y francés, casi como una canción, oigo su

polaco sisear y murmurar, y luego su ruso, triste y salvaje. Una niña de vestido gris pasa corriendo a mi lado, me grita algo, pero yo no comprendo. Huele a hisopo y romero, comino, cardamomo, cilantro y todos los aromas del mundo que emanan de la cocina y llegan hasta nosotros; me parece sentir su sabor debajo de la lengua, sabe a chucrut, vinagre, rábano picante, pan ácimo, pollo asado, hígado y riñones picados, pescado, menta, mostaza, luego tabaco y el cuero de las monturas y zapatos y cinturones y libros y la mermelada de rosas de mi madre. Veo a los judíos gesticulando o sentados en la estrecha y empinada escalera, las cabezas inclinadas juntas sobre un tablero de *backgammon* o una edición de la Mishná; los veo parados mirando hacia la pared con las cabezas gachas, las palmas de las manos alzadas, balanceándose levemente, murmurando. Algunos hombres han sacado instrumentos de sus estuches, clarinete y violín, acordeón y mandolina, desde abajo llega el sonido del piano; ahora están parados juntos como siempre al lado de la escalera y tocan un cuarteto para cuerdas, una mazurca, una polonesa, un vals o cantan una canción de la Galitzia. Veo a la pequeña Hannah andando por las habitaciones de la mano de su madre, una mujer elegante de cabellos color gris ceniza, los que lleva peinados en una suelta trenza, habla bajo y me mira con sus delicados ojos marrones.

De pronto la música se acalla, aunque en realidad sólo casi. Mientras alguien toca solitario la viola de arco, los veo expulsando de allí a los nazis. Hombres y mujeres asaltan las escaleras, llegan hasta arriba, se oyen golpes y gritos y disparos. Veo desde la ventana a los viejos hombres de calzoncillos largos marchar a lo largo del paseo, con las manos sobre las cabezas, como si ello aún fuera necesario. Un par de gritos en alemán, un chapaleo en el agua como si adentro hubiera serpientes, bulle, la laguna está agitada. Así continúa durante horas, la viola de arco toca un lento vals hasta que finalmente todo queda en absoluto silencio.

Subimos al último piso. Los nazis ya no están, y también los espíritus han enmudecido. En las paredes de los corredores hay colgadas más fotografías en marcos quebrados, una cantidad innumerable de viejas fotografías en blanco y negro, pequeñas y grandes, un libro ilustrado de paisajes y ciudades cuyas páginas vamos recorriendo. Como si cada uno que habitó alguna vez en el Viena hubiera dejado la imagen de su tierra natal. El casco viejo de una ciudad del sur de Alemania, angostas casas con gabletes, quizás Núremberg, quizás Augsburgo, la ciudad vieja de Varsovia, la ciudad vieja de Róterdam, Danzig y Lübeck, la Puerta de

Holsten, la Torre Eiffel y el Puente Mirabeau, la Puerta de Brandeburgo y el Palacio Real de Berlín, la catedral de Reims y la catedral de Colonia, el Hradčany, Múnich y Viena, la iglesia colegiada de Jena, Dresde. Un corredor está todo en el Este, allí están Königsberg, Bialystok y San Petersburgo, Cracovia y Lublin y Lemberg y Chernivtsí, Budapest y Presburgo. Bien al fondo, el Bósforo, la Acrópolis, Baalbek, Heliópolis, Alejandría, Damasco y luego Haifa y Tel Aviv y la Cúpula de la Roca. Aquí ya no hay seres humanos, sólo piedras, piedras y cielo. Ha oscurecido, es de noche en Europa, y nosotros nos deslizamos por sus callejuelas, atravesamos la Puerta, seguimos por delante del Palacio Sajón y del Hotel Reichshof, cruzamos por el antiguo puente de Carola y el Spittelmarkt, pasamos por la Frauenkirche y la Catedral de San Miguel. Sally va delante con la pistola en alto, pero aquí ya no hay nadie de quien uno tenga que cuidarse. De golpe se detiene y yo me choco contra su hombro. La habitación 614 es la única cuya puerta está cerrada.

Yo sé que no duerme. Está tendido en la angosta cama en la cabecera del cuarto, más envuelto que tapado con una clara sábana sobre la que descansan sus manos con los dedos entrelazados. La luz del atardecer que penetra oblicua por la ventana y sumerge el espacio en un profundo color naranja cae sobre su rostro. La oigo a Sally entrar por la puerta detrás de mí, correr a la habitación contigua, luego al baño. Yo permanezco allí parado. Sé que sólo es un breve momento el que nos ha sido concedido para nosotros dos solos. Lo contemplo. Sus ojos están cerrados, sonríe. No es una sonrisa de tiburón, sino de calma bienaventuranza. Su fino bigote traza una línea blanca sobre un labio superior surcado de profundas arrugas.

Allí está de nuevo tendido en mi cama del Hotel Wentworth, en la radio está tocando Benny Goodman, yo tengo veinte años otra vez. En la pared hay colgado un trozo de papel amarillento donde dice: *Quizás no soy como querías que fuera*. Quiero tocarlo, acariciar su rostro, ese rostro que conocí tan bien y que ahora, de golpe, es el de un septuagenario. Pero en ese momento Sally entra en la habitación. Los instantes que siguen, sus acciones, cómo le toma el pulso, le palpa el cuello y la nuca, revisa su piel buscando pinchazos, sólo los percibo vagamente. El cuarto se va oscureciendo, mis ojos se velan. Yo estoy parado junto al río Hudson, es temprano en la mañana, aún está frío y neblinoso. Me estremezco y miro hacia el Este los postes de madera y las negras olas, sigo con la vista el barco que lo trae de regreso hacia mí; allí está él, arriba, apoyado en la borda, en la mano derecha

sostiene su sombrero y saluda. Su abrigo resplandece claro en el crepúsculo. Yo le devuelvo el saludo.

A lo lejos oigo a Sally andar de nuevo por los cuartos, revisar sus cosas, dar vuelta todo. Abre los armarios, busca debajo de la cama y de la mesa, revuelve en las maletas y los bolsos. Aún espera encontrar algo, una certeza, una prueba. Una confesión bajo la forma de un jirón de piel humana, por más pequeño que sea. Certeza. Una señal de que nuestro periplo ha llegado a su fin. Yo simplemente me quedo allí parado y sé que ella no encontrará esa señal.

Luego regresa. Sacude la cabeza.

Sentados uno al lado del otro sobre el borde de su cama miramos por la ventana. La luna se eleva sobre las aguas del mar de la ausencia, como un lejano disco de papel cuelga sobre un mar de mármol. Luego me llama la atención la mesita de luz, una pequeña mesita de caoba. Encima, al lado de una botella de plástico vacía, de un lápiz y el platillo plateado con la jeringa, hay una llave. Entra en el cajón de arriba. Lo abro y encuentro un Nuevo Testamento en español y debajo un libro de tapas rojas. Es lo único que nos llevamos cuando dejamos el hotel.

Afuera el aire sigue caliente y pesado.

—Él mismo se inyectó —dice Sally—. Pero con toda seguridad no fue él mismo el que se tapó tan cuidadosamente y se cerró los ojos.

Cuando llegamos, empero, al sitio donde estaba Ana, ya se ha ido. El pincel y la paleta están tirados en la arena junto a la botella de aguardiente. Terminó de pintar su marina, pero no se la llevó. Vacíos mástiles de banderas bajo un cielo de terciopelo, el hotel gris, las alas del flamenco. Allí está sobre el caballete a la luz de la luna y sueña con tiempos pasados.

La colonia está en silencio y desierta. Por las calles sopla un leve viento del Norte que va arrastrando bolsas de plástico y diarios por delante de nosotros. Es como si efectivamente todas las personas que alguna vez vivieron allí se hubiesen ido hace mucho tiempo. La ciudad está muerta, como dicen allí.

Sally y yo nos sentamos sobre el pequeño muro de piedra del paseo y miramos la laguna. Sobre nosotros cuelga la luna de papel, nos contempla allí sentados uno al lado del otro, ve cómo se reflejan nuestros rostros en el agua. Yo saco el libro del bolso, lo deposito sobre nuestras rodillas. Las tapas lanzan reflejos de un rojo intenso bajo la luz de la noche. Voy palpando el libro largamente, acaricio las letras

blancas. Luego lo abro en la primera página.

AGRADECIMIENTOS

Algunas personas acompañaron y apoyaron el nacimiento de esta novela. En especial quiero agradecer a Uwe Kalkowski del blog kaffeehaussitzer.de, quien ya tempranamente creyó en la novela y la nominó para el Premio Blogbuster. Agradezco al equipo de AVA INTERNATIONAL y muy especialmente a mi agente Markus Michalek, sin el cual *Bajo la piel* jamás hubiera visto la luz. Agradezco a mi lector Andreas Paschedag de la editorial Berlin Verlag; su trabajo incansable, su sentido literario y su visión precisa se convirtieron para mí en algo imprescindible.

Finalmente agradezco a mis maravillosas hijas por su paciencia y el ánimo que me dieron y a mi amada esposa por todo lo bueno en mi vida.

NOTAS

[1] Traducción literal de la expresión del inglés *to live under a rock*, que significa vivir aislado, sin saber lo que ocurre en el mundo [N. de la T.].

[2] Tres términos gentilicios que se refieren en forma despectiva a los polacos (*polacken*), puertorriqueños (*spiks*) e italianos (*wops*) [N. de la T.]

[3] Se refiere a la "encamada" o "la cama de la paz" de John Lennon y Yoko Ono en 1969, en tiempos de la guerra de Vietnam. En un acontecimiento-*performance* abierto a la prensa pasaron una semana en la cama en un hotel de Ámsterdam y otra en un hotel de Montreal como forma no violenta de protestar contras las guerras y en pro de la paz [N. de la T.].

[4] Sopa que suele comerse, entre otras, en la cultura judía de origen europeo [N. de la T.].

[5] La versión al alemán es: "*Im Frühling mag ich gern im Grünen weilen, und Einsamkeit mit einer Freundin teilen, und einem Kruge Wein. Mag man mich schelten: Ich lasse keinen anderen Himmel gelten*" [N. de la T.]

[6] Personas que toman habitualmente LSD [N. de la T.].

[7] ¡No preguntes, no digas nada! [N. de la T.].

[8] Vivienda cupulada de una sola estancia usada por ciertas culturas nativas norteamericanas [N. de la T.].

[9] Villa o pueblo con una numerosa población de judíos en Europa Oriental y Europa Central antes del Holocausto [N. de la T.]

[10] Verso de la llamada "Canción de Horst Wessel" o "La bandera en alto" que se convirtió de facto en el himno de la Alemania nazi [N. de la T.].

[11] Friedrich Ludwig Jahn (1778-1852) fue un pedagogo alemán conocido como el "padre de la gimnasia" [N. de la T.].

[12] De la dinastía de los Hohenstaufen, Federico I (que gobernó entre 1152 y 1190), apodado "Barbarroja", fue considerado un gobernante brillante, enérgico y virtuoso que luchó por "el honor del imperio" como rey de Alemania, Borgoña e Italia y como emperador del Imperio romano [N. de la T.].

[13] *Undeutsche*, en el original, con el prefijo *un-* que indica negación, es un término usado por los nazis para expresar la negación de la alemanidad. En mayo de 1933 en Berlín se quemaron, por ejemplo, cientos de *undeutsche Bücher*, libros no-alemanes [N. de la T.].

[14] *Blut und Boden*, en alemán, se refiere a una ideología que se centra en el origen étnico, basado en dos factores: la ascendencia (sangre de un pueblo) y la tierra (en tanto fuente de alimentación por la agricultura y hábitat socio-cultural). Así, exalta la relación de un pueblo con la tierra que ocupa y cultiva. Por extensión, concede un gran valor a las virtudes de la vida rural y al campesinado como origen racial esencial del pueblo alemán [N. de la T.]

[15] Se refiere a la Juventud Hitleriana [N. de la T.].

[16] Así se denominaba popularmente al rey Federico II de Prusia [N. de la T.]

[17] En español, "GUERRA", "CERDOS" y "ÁLCENSE" [N. de la T.]

[18] Crítico y teórico literario estadounidense, profesor de humanidades en la Universidad de Yale [N. de la T.]

[19] En español el título de esta película se tradujo como *Perdidos en la noche* [N. de la T.].

[20] En alemán, *Falk* es halcón y *Adler*, águila. También hay un juego entre *Vögel* (aves) y *vögeln* (hacer el amor) [N. de la T.]

[21] Se refiere al saludo nazi [N. de la T.]

[22] En ídish, "La humanidad se volvió loca" [N. de la T.]

[23] Cita atribuida a Richard Wagner: "*Deutsch sein heisst, eine Sache um ihrer selbst willen tun*" [N. de la T.]

[24] El Reichsarbeitsdienst fue una institución establecida por la Alemania nazi con el objetivo de reducir el desempleo, similar a programas de ayuda en otros países. Durante la Segunda Guerra Mundial fue una formación auxiliar que sirvió de apoyo para la Wehrmacht [N. de la T.].

[25] División administrativa de la Alemania nazi [N. de la T.].

[26] Por supuesto [N. de la T.].

[27] En ídish, “Tú no eres un alemán, muchacho, tú sólo eres un charlatán” [N. de la T.]

[28] SDS: sigla de Students for a Democratic Society, organización activista estudiantil a nivel nacional en los Estados Unidos de los años sesenta y una de las principales representaciones de la Nueva Izquierda [N. de la T.]

[29] La novela *Drácula* de Bram Stoker presenta las anotaciones del diario personal de Jonathan Harker, el joven que visita al conde Drácula por motivos de negocios y queda prisionero en el castillo. Es el prometido de Mina [N. de la T.].

[30] Personaje de la novela *Drácula* de Bram Stoker. Es el atípico médico especializado en vampirismo [N. de la T.]

[31] Del poema *El cuervo* de Edgar Allan Poe [N. de la T.]